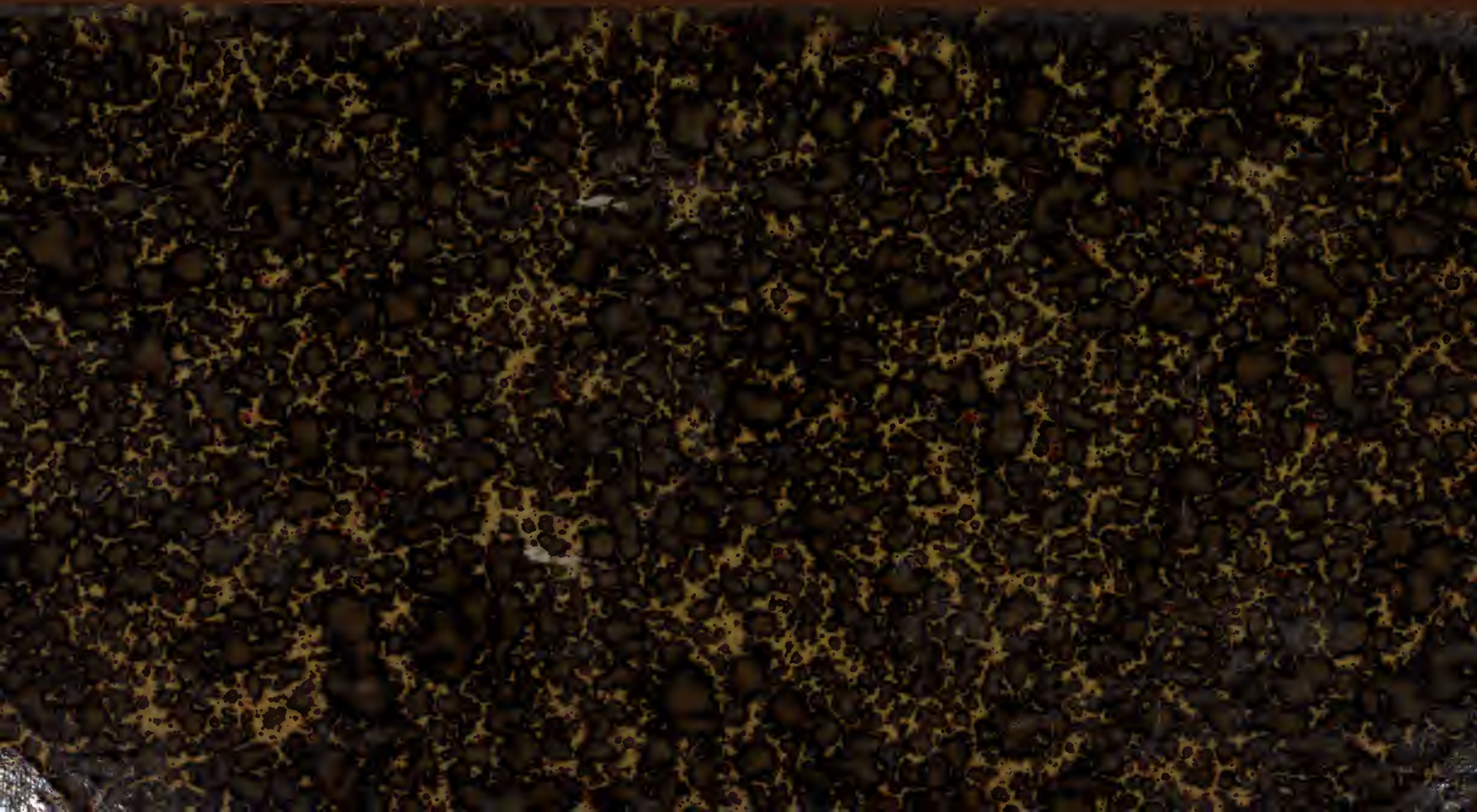
3 1761 08166238 9



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO VII NÚM. LXXXII

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

OCTUBRE 1895

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.353.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 7
no. 82-84

LA NIÑA DE LOS CINCO PISOS

CUENTO BIOGRÁFICO

Tienen fama las porteras de Madrid como chismosas y entremetidas; pero no lo era doña Robustiana. Faltábala tiempo para dormir: todo el día y parte de la noche lo pasaba en perpetuo letargo sobre una silla muy baja, muy ancha y muy fuerte, que hubiera podido resistir el peso de un toro. Cuando atravesaba el portal, no parecía que andaba, sino una bola enorme que iba rodando. Poca estatura y nueve ó diez arrobas de carne pegada á los huesos, no son muy compatibles con la esbeltez y ligereza. Esta soñolienta y mantecosa mujer decía que estuvo casada; sólo que desde la muerte de su marido, se quedó viuda; pero aseguraban malas lenguas, que no hubo jamás tal casamiento, sino un desliz amoroso del que resultó luego una hija... ¡Cielo santo! ¿Cómo fué posible que aquella vaca suiza diese á luz una hija tan hermosa? Y aquí entra en escena la heroína de este cuento.

Juanita era un primor de belleza y de gracia. Cuando á la edad de cuatro ó cinco años jugaba con otras chicuelas de la misma calle, los transeuntes volvían la cara para mirarla, á ella, á Juanita, no á ninguna de sus compañeras. Cuando á los diez iba al colegio con su vestidito corto y su bolsa para los

libros, y sus dos trenzas negras, y sus dos ojazos negros, y su andar de gatita ágil y muelle, aquel capullo de flor anunciaba la más fragante rosa del jardín humano. Y cuando apenas cumplidos los diez y siete abriles ó los diez y ocho, que en esto no estoy muy seguro, su gruesa y dormilona mamá tuvo la infeliz ocurrencia de dormirse con sueño eterno, quedó sola como un espárrago y sin una peseta mi niña... ¡Mi niña! Pues, señor, ya me la apropié: ¡lástima de que no sea verdad! Digo que la niña se halló huérfana y pobre, esto es, con dos orfandades juntas, y un cuerpo y una cara tales, que al verla pasar á su lado cierto músico viejo, á quien ya solamente le quedaban la afición y el compás, exclamó entusiasmado y absorto:—*¡Zarramacantunclis!* ¡Si yo tuviese cuarenta años menos!—Y para suavizar la conmoción, metióse en una taberna y se tragó dos medios vasitos de aguardiente. ¡Si sería guapa Juanita! Pero una cosa es ser guapa, y otra cosa es tener dinero; aunque ambas cositas se atraen mutuamente con fuerza de doscientos ó trescientos caballos. Sin embargo, la muchacha sufría los apuros del que no tiene para los indispensables zapatos, y la indispensable ropa, y el indispensable pan cotidiano, y tantos otros indispensables como suelen amargarnos la existencia. Sólo conservaba una joya de gran valor, su honra; pero, ¡vaya V. con semejantes alhajas á la casas de empeños! ¡Y la honra de una porterilla! Vamos, ¡la idea tiene gracia! Quiso entrar de costurera, y no encontró dónde: quiso entrar de criada, y le fué imposible; ¡una sirvienta como la propia Venus! Las señoras temblaban por sus esposos, las madres por sus hijos, y en ninguna parte halló colocación. A pesar de todo, el estómago pedía de comer, la pobreza tocaba ya en la miseria, era preciso adoptar una determinación, y pronto. ¿Dejarse morir de hambre? De ningún modo. ¿Tirarse por el viaducto de la calle de Segovia? Menos todavía. Dicen que el suicida se condena, y ella no quería ir al infierno. ¿Qué hacer? ¿No hay en el mundo Providencia? Sí, que la hay: ¡vaya! Y esta vez se presentó disfrazada bajo la forma de un señorón algo brusco

y muy corpulento, un señor de muchas libras y de muchísimas talegas.

PISO PRINCIPAL Ó PRIMERO.—Cuyo egregio y caritativo varón era, ó aparentaba ser algo así como banquero, propietario, capitalista ó millonario, ó tal vez las cuatro cosas juntas, según la desdeñosa indiferencia con que derrochaba el oro. Habitaba el principal de la casa y se llevó consigo á Juanita, no porque la muchacha sintiese amor hacia aquel fastuoso elefante, sino porque tuvo miedo y retrocedió ante el espectro de la miseria, prefiriendo comer bien, vestir con elegancia, llevar diamantes, pasearse en coche y disponer de numerosos criados, á sufrir forzosos ayunos, envolverse en harapos y morir en un rincón cualquiera, como un perro sarnoso. Antes de pasar adelante, conste que no aseguro si hizo bien ó mal, sino que lo hizo. Y quizá (tampoco lo aseguro), quizá haya muchas ó bastantes, ó por lo menos algunas, que harían lo mismo que Juanita. Y añadiré que su opulento protector no era para ella un desconocido: estaba desde niña acostumbrada á sus besos y á su generosidad, pues el tal señorón era inquilino antiguo de la casa donde su madre fué portera, y había socorrido con largueza á la difunta en varias ocasiones, sacándola de apuros. Así, pues, el cariño de la muchacha al capitalista quincuagenario era como el que suele profesar una señorita joven y pobre á un pariente rico y maduro que la toma en matrimonio.

Los ocho años que vivió Juanita con D. Baltasar, que así se llamaba el señor, fueron tranquilos, regalados, y hasta cierto punto felices. Cuanto se puede gozar y lucir á fuerza de dinero, otro tanto gozó y lució la desigual pareja. Muebles riquísimos, criados, mesa espléndida, abono á los espectáculos, viajes al extranjero, derroche de galas y joyas... en fin, la tal Juanita se presentaba triunfante como una princesa. D. Baltasar la quería bien á su modo, la mimaba, la levantaba por la cintura como á una muñeca, y en cierta ocasión, con tono medio serio, medio de broma, le habló así:

—Oye, niña mía: yo no me hago la ilusión de inspirar pa-

siones; pero no sufro que me engañen. Si te enamorases de algún hombre, me lo dices, y te casas ó te vas con él; y siempre que me necesites, me encontrarás. Pero si me engañas, y yo lo advierto, irás por el balcón volando á la calle, como esta punta de cigarro. Entre nosotros juguemos limpio.

Advertencia excusada, pues Juanita no pensaba engañarle, ni sentía verdadero amor por ningún hombre: aún no le había llegado la hora. Por entonces sólo se ocupaba en el lujo, en las diversiones y en lucir su deslumbrante belleza, con la cual estaba muy orgullosa y desvanecida.

Se encontraron y se hablaron,
y á la hermosa dijo el tiempo:
—Esa soberbia que gastas,
yo la pondré por los suelos.

Mas antes de que el tiempo cumpliese su amenaza, obscureciendo primero y borrando después tan peregrina hermosura, vino un acontecimiento súbito á destruir como el rayo aquella existencia espléndida y regalona. Mi señor D. Baltasar anduvo algunos días mudo y caviloso; y sin decir á nadie una palabra, desapareció como el humo, en la agradable compañía de mucho oro, muchas joyas y muchísimos billetes del Banco de España. Había olido la tempestad y se puso á cubierto. Poco después los numerosos accionistas ó víctimas de la sociedad benéfica fundada, dirigida y explotada por el ausente, se llamaban á engaño, y llenos de rabia por el chasco y la pérdida, invadieron la casa, autorizados por la justicia, y embargaron hasta los clavos de la pared y los chirimbolos de la cocina.

Y gracias á la mediación y buenos oficios de un abogado, vecino y amigo de D. Baltasar, pudo Juanita salvarse del naufragio con todas sus ropas, algunas alhajas, y cierta cantidad, nada grande, que tenía en su mesa de noche.

Piso segundo.—La gratitud, la necesidad, el capricho, ó el diablo que todo lo enreda, impulsaron á Juanita para que

al poco tiempo subiese dos tramos en la escalera de la misma casa, yéndose al cuarto segundo á vivir con el leguleyo. Era este un sensato joven, viudito fresco é inconsolable por la reciente pérdida de su esposa, que hubiera podido ser su madre, con dientes sacados y abiertos como varillas de abanico ó canutos de órgano, y capaz por lo fea de infundir dudas al más experto naturalista sobre si era ó no era criatura de la raza humana. La espantable señora falleció de horror cierto día que tuvo la inadvertencia de mirarse al espejo, y dejó en paz al abogadillo y con buena renta, que era lo que él deseaba, no precisamente por el interés, sino por los viles metales.

Cualquiera imaginará que, libre de aquel vínculo conyugal, verdadera soga liada al pescuezo, con dinero abundante y teniendo al lado una mujer como Juanita, se disparó el abogadillo, volviéndose loco de alegría, pues semejante cambio era pasar del infierno á la gloria. No, señor, no fué así, aunque parece lo natural y lo irremediable. Aquel joven semejaba una figura de yeso rellena de papel sellado. Circunspecto en su conversación, frío de sangre y de afectos, por nada ni por nadie se entusiasmó nunca, ni tampoco nunca se vió en él alegría, ni tristeza, ni risa, ni cólera. No era un hombre, sino un muñeco. Para él se hizo el refrán de

Con regla, peso y medida,
pasarás aquesta vida.

Era un cronómetro viviente. Hablaba muy despacio y escuchándose á sí propio de la dignidad de la toga, del decoro de la toga, de la seriedad de la toga, de la rectitud de la toga, y pronto se le indigestaron á Juanita la toga y el togado. Ella alegre, y él serio: ella vivaracha, y él flemático: ella todo espontaneidad y franqueza, y él cálculo y ceremonia; no siendo su gravedad la del sabio, sino la del burro, que es algo diferente. Decía con énfasis:

—Juanita, no te descompongas. La circunspección es necesaria en todos los actos de la vida.

—No puedo autorizar con mi presencia el teatro, ni el café, ni los conciertos. Debo respetar el decoro de la toga.

Y otras muchas necedades. Si alguna afición le tuvo Juanita, se le disipó como el humo. Puede una mujer volverse loca por un perdido, un vicioso ó un criminal; pero nunca por un tonto con ribetes de sensato. Así es que echaba de menos á D. Baltasar: aunque viejo, era muy capaz de la risa y la tristeza, de tomarla en brazos como á una niña, de cubrirla de terciopelo y diamantes, de arrojarla por un balcón y de hacer cualquiera barbaridad por ella; mientras este otro, aunque joven, no gastaría dos reales más de lo preciso, no tendría nunca un arranque varonil; y estando vestidito y almidonado, esquivaría el abrazo de una diosa por temor de arrugar la camisa, planchada y reluciente como porcelana. ¡Qué despreciable tipejo!

Quien de veras gustaba á Juanita era el militar del tercer piso. ¡Qué hombre! Parecía una tempestad: se contaban de él cosas estupendas. Lo mismo desenvainaba el abanico toledano y limpiaba una calle de gente, que apuntaba la paga entera contra una sota, y hubiera apuntado también las asaduras, si fuesen materia cotizable sobre el tapete verde. Tampoco al hijo de Marte le parecía costal de paja mi heroína: y cuando al subir ó bajar la escalera se encontraban al paso, la dirigía miradas incendiarias y hasta frases no muy comedidas, aunque fuese acompañada por su mismo amante. Cierta mañana salía muy ataviada la gentil pareja, y el capitán entraba. Se conoce que traía mal humor y ganas de pendencia, porque tras de una interjección poco culta, exclamó:—¡Con dos mil batallones de demonios, que siempre son los pañuelos de seda para quien no tiene narices! Y se quedó mirando al abogadillo, que en vez de responder con hechos á palabras tales, aguantó el insulto, hízose el sordo y dirigió la vista á otra parte, como si tal cosa.

En las dos horas que duró el paseo, apenas si entre los amantes se cruzaron cuatro palabras. Cierto que el abogadito,

aunque lindo de facciones, era pequeñuelo y endeblillo de persona; pero dentro de su pequeñez, todavía fué menguando, menguando á los ojos de Juanita, hasta quedarse reducido á ruin cucaracha, que pudiera caber en una caja de fósforos. ¡Cuánta diferencia entre este cobarde pigmeo y el gran don Baltasar! A bofetones y á palos hubiese arremetido, no ya contra un insolente, sino contra un ejército en igual caso. En fin, logró contenerse y disimular; pero no olvidar el lance. ¿Diré que todavía vivieron juntos algunos años, y que ella, menospreciando á su compañero, siguió siéndole fiel, aunque no cariñosa?

Inverosímil es, pero cierto. También lo es que el borrascoso capitán fué trasladado de guarnición á otra parte, y no tendría poca tal ausencia en la fidelidad de mi heroína. Pero del uno al otro Abril corren las aguas por do solían ir: tras un plazo nada corto vuelve el capitán, ya ascendido á comandante, y vuelve solo, sin su madre y su hermana. ¿Dónde las dejó? ¿Se murió la una, y se casó la otra? No lo sé, ni se lo he preguntado. Lo cierto es que venía con mayor graduación, más enjuto, más moreno y verdoso, con pelos blancos en las sienes y barba, y el genio todavía más colérico y endiablado. Y para colmo del azar, vió á Juanita en la calle, la siguió, y hallando con papeletas su antiguo cuarto tercero, lo alquiló, y se metió en él con su equipaje y su asistente. Y todo esto al vapor, en pocas horas. La diligencia es madre de la buena ventura.

In illo tempore, es decir, por aquel tiempo, mi señor abogado proyectaba contraer segundas nupcias. Había conquistado una suculenta jamona; es decir, con dinero abundante, y resolvió hacerla su esposa, por supuesto después de licenciar á la querida. Pero Juanita, que no era tonta, vió venir el nublado, y con tiempo tomó su paraguas, concertándose con el militar y esperando impávida el chubasco. No tardó en presentarse, aunque sin relámpagos, ni truenos, ni la menor violencia, como era de suponer dado el carácter insípido del

leguleyo. El cual cierto día hizo sentar junto á sí á su compañera, y después de toser, escupir, pasarse la mano por los rizados pelitos, y otros preparativos oratorios, empezó su discurso ponderando el decoro de la toga, la respetabilidad de la toga, y dale con la toga, viniendo á parar, al cabo de consideraciones difusas y prolijos rodeos, en la irregular situación del hombre amancebado, en los fueros de la moral, en el heroísmo de romper lazos de antiguos amores en aras de la familia..., y cuando el pobrete sudaba y tragaba saliva, no hallando manera propia de terminar su arenga, le interrumpió la más sonora carcajada que ha brotado de boca de mujer, y la risueña Juanita le dijo, sin ponerse amarilla ni colorada:

—No te apures ni te atormentes para declarar que nuestras relaciones han concluido; concluyeron mucho antes de lo que tú imaginas. En cuanto á nuestro amor, no puede concluir, porque no ha empezado. Tuve por ti una afición, que pasó muy pronto: te parecí hermosa, y me fingiste amor; pero tú, infeliz, no puedes amar á nadie, porque no eres hombre. Esa toga de que tanto hablas es un trapo negro que te sirve de pantalla cuando te acomoda: tu moral es otra pantalla, lo mismo que tu decoro; y yo, hija de la portera Anastasia la Gorda y de padre desconocido; yo, ignorante; yo, públicamente amancebada, valgo muy poco; pero valgo cien veces más que tú, doctor y caballero, que cuando te casas, te vendes; y cuando te insultan, te callas. Adiós: para ti he muerto: si me ves algún día, como si nunca me hubieses conocido.

Y le volvió la espalda con la majestad de una reina.

Piso tercero.—A los pocos días de tan amena plática, el de la toga había mudado de casa y oído leer la epístola de San Pablo en compañía de su segunda consorte; mientras Juanita lo pasaba tan ricamente, felicitándose por su dichosa ascensión al cuarto tercero. ¡Qué satisfecha estaba! Hasta cuando el asistente, rudo campesino transformado en guerrero y luego en criado, la decía: «Mi *comendanta*, ¿traigo aquello? ¿Voy por lo otro, mi *comendanta*?» La alegre Juanita le escuchaba

como escucharía la música más deliciosa. Y era que su corazón, dormido para el amor hasta entonces, despertábase brioso y pujante con verdadera sed de amar; que no en balde había llegado á los treinta y aun pasado de ellos, sin conocer de la pasión más que sus torpes apariencias. Con fundamento escribía el gran poeta del romanticismo:

> Tú el espíritu, amor; tú eres la vida
> de la mujer que en tu ilusión se ceba,
> y halla en ti sólo su ansiedad cumplida
> la que tu dardo penetrante prueba; etc.

Para abreviar, Juanita se chifló por el comandante, y no lo hubiese cambiado ni por un emperador, ni por el mismo Apolo. Cierto que antes ella había vivido maritalmente con dos hombres; mas al primero lo quiso y respetó como padre, ó algo por el estilo; y en cuanto al segundo..., ya sabemos el menosprecio que le profesaba.

Pasaron días y aun semanas, y no empañó nube alguna el cielo de aquel nuevo amor; pero esta serenidad paradisíaca no podía durar mucho. Tenía el militar no pocas prendas excelentes: corazón franco, valor llevado hasta la temeridad, imaginación pronta, mucho rumbo; y cuando estaba de buen humor, era ingenioso y simpático para hombres y mujeres. En cambio, y como reverso de la medalla, fuerza es consignar que, así como una silla ó una mesa se sostiene sobre sus cuatro pies, su vida entera gravitaba sobre cuatro puntos cardinales: el juego, el vino, las mujeres y las peleas. ¡Lástima de hombre! Su clara inteligencia le mostraba el abismo, y conteníase por algún tiempo; mas luego salía disparado, y con tanto mayor ímpetu y violencia, cuanto más se había contenido. Ciertamente abrigaba la esperanza, y casi la certidumbre, de enmendarse á los noventa años; pero hallábase todavía en la mitad del camino, y había de llover muchas veces antes de que se enmendase. El primer pesar, y uno de los mayores que dió á Juanita, fué el día en que dos amigos le trajeron á casa en-

sangrentado y metido en un coche. Había luchado en desafío y herido á su adversario; pero su adversario no era manco, y también le había herido á él, y en la cabeza, que es donde suelen llevar los valentones. Gracias á su dura fibra y á que le quedaban algunos años para rodar por el mundo, á las tres semanas hallábase levantado y paseándose por la casa, aunque sin poder salir todavía ni siquiera leer un periódico, pues se le iba la vista y se mareaba, entreteniendo sus ocios jurando y blasfemando en varios idiomas, la cual era otra de sus habilidades.

Ponderar la exactitud, el solícito esmero, el maternal interés con que Juanita cuidó al herido, no es en ninguna manera necesario. Baste decir que le amaba de veras, y está dicho todo. ¿Qué mujer amante no cuidará bien del objeto de su cariño? ¡Qué tristeza cuando le vió subir la escalera apoyado en los hombros de dos amigos! ¡Qué júbilo al verle ya levantado y andando por la casa, fuera de peligro y adelantando cada día en su convalecencia! Por fin, el comandante puso el pie en lo firme, recobró salud y fuerzas, y se quedó como antes, salvo una larga cicatriz que le dejó de por vida una línea blanca en la cabeza y roja en la frente; cuyo chirlo aumentaba la marcialidad de su aspecto.

Mas con la salud y las fuerzas recobró sus antiguas costumbres ó inveterados vicios. Cuando soplaba favorable el viento y le daba bien el naipe, había dinero en abundancia, y café, y teatro, y galas y mimos para Juanita, y era el comandante el hombre más amable y rumboso del universo, inclusos todos sus arrabales. Pero cuando sucedía lo contrario, íbase á un café donde ya le conocían; y allí, cabizbajo y pensativo, como filósofo que trata de resolver un gran problema, bebía copa tras copa, hasta que las luces le bailaban delante de los ojos y determinaba recogerse bajo techado. A su casa volvía murmurando con voz ronca entre dientes ciertas frases, que sospecho no serían piadosas jaculatorias en loor de la Providencia. Elegía para volver el camino más largo, dando mil ro-

deos y cruzando á las altas horas de la noche las más extraviadas plazas y callejuelas. Porque decía para su capote:—«Hice mal en jugar, y mucho peor en perder; pero si ahora me sale un ladrón para robarme, le retuerzo el pescuezo ó lo abro en canal, me desahogo, y me quedo tan fresco y tan conforme.»—Pero nadie le salía al encuentro, y llegaba á su domicilio con la ración de bilis íntegra, y un humor de cinco mil demonios; cuyo mal talante se traducía en puntapiés y palos al asistente, y en algunas bofetadas de revés á Juanita, con las que bailaba como un trompo. «Quien bien te quiere, te hará llorar», dice la sentencia. Juanita no era nada propensa á las lágrimas, y no derramaba ninguna: sufría la borrasca y dejaba pasar el mal tiempo. Al día siguiente, ó al otro, se cobraba la paga, se hacía una visita á la casa de empeños, ó daba el militar un fructuoso ataque á cierto general tío suyo, rico, viejo y medio chocho, que jamás le negó dinero; y se remediaban los apuros, renacía la calma, brillaba el sol de nuevo, y había café y teatro, y galas y mimos para Juanita, y etc., etc.

En tan variada existencia, es decir, entre pescozones y obsequios, entre agravios y funciones de desagravios, íbase pasando el tiempo, sin que en su continuo rodar trajese lo que tanto esperaba mi heroína, un hijo. ¡Sí, un hijo! Porque entonces el recién llegado sería vínculo indisoluble entre Juanita y su amante, convertiría el amancebamiento en matrimonio legítimo, y... ¡quién sabe si pondría freno á la conducta desordenada de su padre! Mas el suspirado infante no vino. Cada vez que salía Juanita, contemplaba con verdadero asombro al zapatero remendón de enfrente, autor de nueve ó diez chiquillos, que traían alborotado el barrio con sus pillerías y diabluras. Ni la emperatriz Zenobia, ni la gran Catalina de Rusia, ni mujer alguna del mundo fué tan envidiada jamás como la esposa y consorte de aquel malaventurado remendón, que ni para pan tenía con que saciar el apetito, siempre dispuesto, de su numerosa prole.

Otra pena mayor se sobrepuso en el ánimo de mi heroína

á la pena de su esterilidad ; y fué que de entre los vicios del comandante, hasta entonces equilibrados unos con otros, predominó el de la embriaguez, y con bebida blanca, esto es, con aguardiente; cosa la más eficaz para perder la salud primero y después la vida. Todas, ó casi todas las noches llegaba muy tarde, hablando solo y agarrándose al pasamano de la escalera para poder subir, y entre ella y el asistente se veían negros para desnudarle y meterle en la cama. Dejó el juego, no se peleaba con nadie, y en cuanto á mujeres no hacía caso de ninguna, ni siquiera de Juanita, y eso que la quería de verdad. Ya no se le iba la mano, y no había bofetadas; pero tampoco reconciliaciones. Con frecuencia pasaba días y días sin moverse de la cama, aletargado y triste. Realmente aquello no podía durar, y no duró. Levantóse cierta mañana con un ataque violento de locura, amenazando matar á todos los de la casa; y gracias á que le escondieron las armas, no cumplió su propósito. Poco después, confirmada la demencia, fué conducido al hospital de enajenados, y allí sucumbió en uno de sus arrebatos epilépticos y furiosos.

Piso cuarto.—Sentiré mucho que algún malicioso lector, con motivo de esta cuarta subida, recuerde el conocido refrán de «á rey muerto, rey puesto». No, señor, no; Juanita no era ninguna monarquía, ni trono vacante. Su amor por el militar fué grande y verdadero ; y la pena de su muerte, sincera y profunda. Como que por poco le cuesta la vida. Merced á su vigorosa naturaleza pudo vencer la enfermedad y librarse del *gorigori,* del carro fúnebre y del cementerio. Pero con los brevajes de la botica, las consultas de médicos y demás gastos propios de una larga enfermedad, se quedó sin una peseta: hasta sus joyas y sus mejores vestidos marcháronse, ¡ay, para siempre!, á los sombríos armarios de las casas de empeños. No menor estrago padeció su hermosura : nadie hubiese conocido á mi arrogante heroína en aquella jamona flacucha, marchita y deteriorada. Pero ¿cómo había de conocerla ningún otro, si ella misma no se conocía? La primera vez que se miró

al espejo, ya convaleciente, hartóse de llorar, y no sin motivo. Parecía como si la hubiesen cambiado por otra mujer; Venus transformada en espectro. Respetemos sus lágrimas.

Mientras duró su enfermedad y aquella lucha entre la muerte y la vida, cuidó de ella la vecina del piso cuarto, á quien había dispensado antes algunos favores en más bonancibles tiempos. No todos los corazones son ingratos. Y en verdad, que sin la solicitud de aquella buena mujer, habría muerto sin familia, sin amigos, sin nadie, abandonada como un perro. Justo castigo de su perversidad, exclamará algún moralista, á quien yo daría un cañonazo. Mas apenas la enferma recobró salud, la enfermera perdió la suya; es decir, la poca que le había dejado un reuma pertinaz, que concluyó por derribarla sobre una silla, impotente para el trabajo, y sin remedio baldada.

¿Qué había de hacer Juanita? Despidió su habitación, pues no podía pagarla, y recogiendo los restos de su naufragio, esto es, sus escasas ropas y escasos muebles, fuese á vivir con su enfermera y á pagarla con sus desvelos y cuidados los muchos que de ella había recibido. Tal fué la causa generosa de su triste subida al piso cuarto. La baldada, á quien llamaban doña Josefa, tenía marido, pobre empleado cesante sin jubilación alguna, que pasaba días y noches copiando escritos á tanto el pliego, pues era buen pendolista, ó traduciendo del francés á cambio de maldiciones, como quien dice, para desalmados editores de novelas por entregas. Mientras duraba el trabajo, medio comían: cuando faltaba, aquella desmantelada habitación era la viva copia del cuadro del hambre. Allí mostró Juanita su paciencia bregando con la baldada, y apuró sus últimos recursos luchando con la miseria, hasta quedarse sin un mueble y sin más ropa que la puesta. Aunque Madrid está repleto, y aun plagado de asociaciones muy católicas y muy caritativas, suelen darse casos en que el socorro no llega, ó llega con un puñado de garbanzos y dos onzas de tocino, cuando ya la familia necesitada ha muerto, y hasta el gato

yace tendido sobre los ladrillos con los pelos erizados y la boca llena de telarañas de no haber comido en tres meses.

¿Creerá alguno que llegó el día infausto, ó, con más exactitud, la noche en que Juanita, cubriéndose el rostro con un zarrapastroso velo negro, salió á pedir limosna? Pues que lo crean ó no, es la pura verdad. Con el puñado de cobre que trajo cenaron ella y la baldada y el mísero escribiente: y cuando éste no tenía trabajo, ya estaba mi heroína en campaña llorando miserias y mintiendo á cada paso; no porque las tales miserias no existiesen, sino porque para mover la caridad con mayor eficacia, decía tener siete hijos, y nunca había tenido ninguno. Pero, en fin, había hecho lo posible por tenerlos, y viene á ser igual. Con semejante ficción á nadie perjudicaba; y ¡ojalá que todos los embustes fuesen tan inofensivos! Cierta vez, pidiendo á la puerta de una iglesia, tropezó con el abogadillo, quien, como devoto prudente, seguía la máxima de «dar poquita limosna y en público», para gozar de buena opinión y comprar por seis ochavos un asiento de primera fila en el santo Paraíso; que es unir discretamente lo temporal con lo eterno. Esto se llama ser cuco. No conoció á Juanita, pero Juanita le conoció é él, y en vez de recibir su limosna, retiró la mano y le volvió la espalda con igual menosprecio que en su última entrevista. Y aunque le hubiese ofrecido millones, habría hecho lo mismo.

Entre quejarse la baldada, copiar y traducir el viejo cesante y mendigar Juanita por temporadas, pasaron semanas, meses y años. Esta es gran cualidad del tiempo y de la muerte: el uno corre igual para todos, felices y desdichados: la otra prende entre sus garras y se lleva con la propia indiferencia al pastor de cerdos y al Pontífice romano. Pero volvamos al asunto. Después de tan largas tinieblas, salió el sol para aquella familia.

Post nubila Phoebus, como decían los latinos. En Valencia falleció un hermano del cesante, solterón incorregible, legándole en su testamento, no riquezas, porque no las tenía, pero

sí lo bastante para pasarlo con tranquilidad, sin apuros ni angustias. El matrimonio se encaminó á la ciudad del Turia para coger los cuartos y establecerse en ella; mas no hubo manera de convencer á Juanita para que saliese de Madrid. A todas las reflexiones y súplicas, contestaba que en aquella casa había nacido; que aquella casa estaba llena de recuerdos para su corazón, siendo para ella, como la concha para el caracol ó la tortuga, cosa necesaria é inseparable. Metieron á la baldada en un coche, silbó la máquina del tren, se largó el matrimonio, y la infatigable Juanita subió al

PISO QUINTO, Ó SOTABANCO.—Donde un zapatero habitaba solo, y se encontró acompañado. El discípulo de San Crispín era un tipo singular, nacido en la provincia de Jaén: hablaba con ronquido, solía empinar el codo y achisparse, gastaba sombrero de copa y levita; y respecto de linajes, él, Pedro Alonso de Aguilar y Matamoros, no envidiaba ni á los mismos príncipes de sangre real. Aunque se apellidaba Matamoros, no había matado moro ninguno; pero sí enviado al hospital varios cristianos, por su funesta propensión á tirar de la navaja y buscarle las tripas al prójimo. Su última hazaña, le proporcionó, escapando bien, tres añitos de encierro, por haberle cortado la cara con la chaveta y algo del pescuezo á un chusco que tuvo la fatal ocurrencia de llamarle maestro Cerote. ¡Cerote á tan ilustre varón, más noble que el rey Wamba, y que en su juventud había estudiado en Seminario humanidades y hasta su poquito de teología! Cierto es que ya no recordaba ni el color de los libros, pero sí el nombre de sus estudios, aunque los apellidaba *jumanidaez* y *tiología*. No iba descaminado en la *tiología*, porque era un *tío* completo, más malo que Caín, más largo que un día sin pan, y con más conchas que un peregrino. Rayaba en los cincuenta, y era peli-rojo y zurdo.

¿De dónde vino el conocimiento, y después la unión profana del artesano con Juanita? De la dichosa escalera, donde solían encontrarse y hablarse desde algunos meses atrás; y aunque ella no era ya ni su propia sombra, todavía conser-

baba un débil reflejo de aquel antiguo sol de su hermosura, pues donde hubo mucho, suele quedar algo. Y además, tenía viveza, conversación agradable y mucho más anzuelo del necesario para enganchar á mi señor D. Pedro Alonso de Aguilar y Matamoros. Y lo enganchó tan de firme, que á pesar de sus magníficos y caballerescos apellidos, intentó casarse con ella; pero ella dijo nones, y cuando se le ponía una cosa en el meollo, era testaruda como mulo manchego, aunque con decir mujer, basta y sobra, sin necesidad de hipérboles ni comparaciones.

Juanita barría y limpiaba el sotabanco, iba á la compra, guisaba y entendía en todos los quehaceres domésticos, mientras el zapatero trabajaba pegado á su mesilla baja y cantando siempre lo mismo desde la mañana hasta la noche, y á veces hasta la hora de acostarse:

Pilatos le dijo á Cristo...
Cristo le dijo á Pilatos...
¡Ay! que le dijo... le dijo...

Y sin salir de esta letra, llevábase canturreando nada más que seis ó siete horas. Levantábase para comer, hablaba de distintas cosas; pero al sentarse á la banquilla y comenzar el trabajo, comenzaba también el sonsonete:

Pilatos le dijo á Cristo...
Cristo le dijo á Pilatos...
¡Ay! que le dijo... le dijo...

Y á la pobre Juanita le zumbaban los oídos con tan perenne cantilena, y hasta sudaba á chorros. Una vez, con la sangre ya quemada y colérica de impaciencia, exclamó:

—¿Acabarás de reventar, hombre? ¿Qué le dijo Cristo á Pilatos, y qué le respondió éste?

El zapatero suspendió su tarea para contestar con mucha calma:

—Mira, jermosa: cuando Nuestro Señor Jesucristo y er tu-

nante de Pilatos vivían en er mundo, yo no soñaba en naser, porque jase de eso la mar de tiempo; y como yo no estaba presente, no me enteré de lo que jablaron.

Y volvió á su faena y á su estribillo:

Cristo le dijo á Pilatos...

Cuando se achispaba de firme, que solía ser los lunes, á deshora se encaramaba por la escalera dando tumbos, y con admirable silencio se echaba vestido sobre un desvencijado sofá y se dormía con el sueño de los justos. Pero si mi heroína le increpaba por su mala conducta y por gastar en la taberna el dinero, no replicaba, pero en seguida salía la canción de

Pilatos le dijo á Cristo...
Cristo le dijo á Pilatos...,

hasta que la pobre mujer se aburría y le dejaba en paz.

Cuando pasaba la noche fuera de casa, cenando y holgándose con alguna mozuela, á cuyo ejercicio era muy aficionado, y volvía por la mañana pálido y muerto de sueño, si nada le hablaban, él tampoco despegaba los labios; pero á veces no podía contenerse Juanita, y después de tentarle los vacíos bolsillos, le disparaba una reprimenda del tenor siguiente:

—Está bien, muy bien. Tras de viejo, borracho; y tras de borracho, perdido por las mozuelas. ¡Bonitas lañas, que no le han dejado un cuarto! Lo sé todo. No te disculpes, no me lo niegues, que no te creo.

Mas él, así pensaba disculparse, ó negar nada, como hacerse moro: la reprimenda despertaba sus instintos musicales, y nada más:

Cristo le dijo á Pilatos...
Pilatos le dijo á Cristo...

—Me estás friendo la sangre, y esa canción va á ser mi muerte. Pero, en fin, ¿qué le dijo? Porque llevas ya dos años con esa matraca.

Y sacudiéndole por la solapa, añadió colérica:

—Vamos á ver, ¿qué le dijo?

El zapatero contestó muy tranquilo y muy despacio, y mirándola fijamente á los ojos:

—Yo no lo sé, jermosa; pero me figuro que jablaban del bello sexo, y desían los dos, que cuando una mujer se pone cargante y preguntona, y coge á un hombre por la solapa, hay que tirarle una jorma y partirle la cabesa.

Y como alargase ya la mano para coger la horma y pasar del dicho al hecho, salió Juanita disparada y se metió en la cocina. Pocos minutos después sonaban al unísono el martillo machacando suela, y la dichosa canción:

Cristo le dijo á Pilatos...
¡Ay! qué le dijo... le dijo...

¿Extrañará alguien que la pobre mujer, oyendo de continuo el pesado sonsonete, estuviera siempre sobrexcitada y nerviosa? Hasta en sueños lo escuchaba, imaginándose ver á Cristo y Pilatos entretenidos en largas pláticas, diciendo pestes del bello sexo, y que de pronto venía zumbando una horma por el aire, y no le daba á ninguno de los dos, sino á ella, en lo alto del cráneo, y con tal ímpetu que le vaciaba los sesos. Despertábase acongojada por el susto y el dolor: y al dormirse de nuevo, de nuevo aparecían Jesucristo y Pilatos, y también el zapatero con el tirapié, dispuesto á estrangularla. Y además, soñaba con cuanto había oído y leído de la Pasión del Redentor, y le veía ya amarrado á una columna y sufriendo los azotes, ya con la cruz dirigiéndose al Calvario; y por allí andaba Pilatos con unas barbas muy grandes, y el zapatero, y Longinos con su lanza, y los soldados romanos, y el mal ladrón, y todos los ladrones del mundo, buenos y malos.

Aquello se hizo intolerable. Aquello era no sosegar, ni dormir, ni nada. Había más que suficiente para volverse loca. Viendo que el enfadarse le traería malas consecuencias, aprovechó cierta ocasión en que su compañero estaba alegre, y

con acento meloso y zalamerías de gata le suplicó fervorosamente por Dios y por todos los santos, que se callase ó variase de estribillo; pues más bien que estarlo siempre escuchando, preferiría cien bofetones, ó dos ó tres palizas por semana.

El zapatero respondió indignado:

—¿Qué estás ahí disiendo? ¿Con qué desatinos te descuelgas? Si fuese darte dos puñalás y echarte al aire las tripas... vamos, pase; porque al fin, es una cosa desente. ¿Pero un caballero ilustre como yo, un D. Pedro Alonso de Aguilar y Matamoros, de los Matamoros prinsipales de Andalusía, deshonrar sus blasones y su prosapia apaleando señoras y pegándoles gofetás en la jeta? ¿Cómo se entiende? Cuando tienes el honor de jablar conmigo, ¿piensas que estás tratando con algún vendeor de pieles de conejo?

Y al expresarse de tan extraña manera, evocando su prosapia y sus blasones, los ojos del zapatero lanzaban chispas. Con su alto cuerpo muy erguido, su fulmínea mirada y su indignado acento, parecía un emperador de Roma, á quien hubiese faltado al respeto un miserable esclavo. Juanita se llevó un susto espantoso, y ni se atrevió á replicar palabra. Pero calmada aquella explosión de la dignidad ofendida, volvieron á sonar el martillo machacando la suela y el armonioso canto:

¡Ay! que le dijo... le dijo...

Aquella noche Juanita la pasó mucho peor que todas las anteriores. Extrañas y fantásticas visiones la acosaban sin tregua ni reposo. Palpitaba su corazon con ritmo atropellado y desigual. Su cabeza hervía: un rumor persistente atormentaba sus oídos. Cuando se despertó, miróse al espejo y quedó asombrada de verse. Estaba loca; pero con silencio y con una calma terrible, se lavó, se peinó, se puso de limpio, abrió la ventana del sotabanco y se lanzó á la calle.

Así acabó la niña de los cinco pisos. ¡Dios la haya perdonado!

Narciso CAMPILLO.

LOS PROGRESOS CIENTÍFICOS DE CHILE

Cuando los españoles de los siglos XV y XVI pusieron su planta en la tierra virgen de América y recorrieron victoriosos sus seculares y enmarañadas selvas, ya se habían conocido allí, hacía cientos y cientos de siglos, civilizaciones brillantes de las que míseros restos, indicadores de la decadencia humana, de lo perecedero de las grandezas de las formas organizadas, eran los salvajes hallados en su casi totalidad en las playas, en los bosques y en las montañas del Nuevo Mundo.

Una de estas civilizaciones, digna por más de un concepto de observación y de estudio, es la chilena ó araucana, descendiente en línea directa de aquellas sociedades cultas, cultísimas del Brasil y del Perú, en la edad cuaternaria, señaladas por la magnificencia que pregonan las ruinas de sus asombrosos monumentos.

Estas sociedades, destruidas por invasiones posteriores, vinieron en decadencia, porque los hombres que las formaban ya no tenían la aspiración del progreso y del adelanto; todos sus esfuerzos eran reclamados para el mantenimiento de la libertad, la más cara afección del corazón humano.

Los primitivos araucanos eran indómitos y verdaderamente salvajes, siempre que de defender su libertad se tratase, y este carácter fué un tanto modificado por las conquistas que los

incas hicieron durante el siglo XIV en territorio chileno, apareciendo entonces una raza que cultivaba la tierra, arando el terreno con una punta de madera impulsada sólo por las manos del hombre y removiendo apenas las capas más superficiales. Usaban los chilenos, vestidos hechos con lana tupida, y fabricaban ollas y cántaros cocidos al fuego para condimentar los alimentos y preparar las bebidas. Conocían el arte de la pesca y la manera de hacer canoas ó pequeñas embarcaciones, de una sola pieza de madera, de un solo tronco de árbol.

En el orden literario, los araucanos eran muy dados á la poesía y á la oratoria, teniendo un mérito grande entre ellos, el ser elocuente y tener facilidad de hacer buenos discursos.

En el orden científico su decadencia era aún mayor. Apenas conocían la medida del tiempo, puesto que sólo distinguían con nombres diferentes dos estaciones; invierno y verano, y para sus cuentas y plazos en días fijos usaban un cordón con tantos nudos, como días eran los que faltaban para el plazo convenido. Y respecto á sus curaciones, éstas acusaban ya un poco de progreso, toda vez que sabían reducir una luxación, soldar un hueso roto, curarse las heridas por medio del agua y la aplicación de determinadas hierbas; sangrábanse y vaciábanse los tumores con sin igual destreza, por medio de un fragmento de pedernal, que empleaban como nuestros médicos y cirujanos emplean el bisturí. Pero fuera de estas prácticas, la hechicería tenía una gran influencia en la medicina chilena, pues casi todas las enfermedades quería hacerlas originarias de un poder sobrenatural.

Carecían los indios chilenos de idealidad religiosa alguna, pero infundían en ellos los fenómenos naturales un terror profundo.

Con todos estos antecedentes, y con los datos que puede proporcionar un detenido estudio de los cráneos que de los aborígenes chilenos se conservan, tiene elementos suficientes el antropólogo para convenir en que los chilenos anteriores á la entrada de los guerreros españoles en aquellos territorios,

eran una raza degenerada por la inacción intelectual en que habían vivido muchas de sus generaciones y descendientes, como los guaraníes del Paraguay, los pueblos peruanos anteriores á los incas; los tapuyas del Brasil y otros de aquellas sociedades de la edad cuaternaria, situadas en el Perú y en el Brasil, y cuya arqueología es indicio cierto y seguro de cultura y de civilización.

*
* *

Muy pocos son los hombres de ciencia que florecieron durante los siglos XVI y XVII en la tierra chilena por la reacción entonces imperante en los dominios españoles, y sobre todo por la mala organización de nuestros sistemas de enseñanza, mal avenidos con las prescripciones de la razón y aun con las exigencias de la lógica.

Por eso, á pesar de haber examinado con detenimiento y escrupulosidad las crónicas y los anales chilenos de los dos siglos ya dichos, apenas si he podido encontrar tres ó cuatro nombres de escritores notables, en cuyos trabajos literarios se encuentre algo de interés para el científico.

De éstos, los más dignos de mención son: el jesuíta Ovalle, el franciscano Briceño, Obispo que fué de Nicaragua y de Caracas, y el dominico Acacio de Naveda.

El P. Alonso de Ovalle nació en Santiago de Chile, en los primeros años del siglo XVII, estudiando en el colegio que la Compañía de Jesús tenía en la ciudad de Córdoba de Tucumán y pasando algunos años más tarde, á ocupar el alto cargo de rector del Convictorio de San Francisco Javier de la mencionada ciudad de Santiago de Chile.

De regreso á su patria de hacer un viaje á Europa, donde fuera á gestionar asuntos de la Compañía, Ovalle tuvo la idea de escribir una obra sobre su país natal, en vista de la igno-

rancia que en todas las naciones europeas existía respecto á Chile, y de aquí resultó su *Histórica relación del reino de Chile y de las missiones y ministerios que exercita en él la Compañía de Jesús*, impresa en Roma el año 1646.

En los primeros capítulos describe la situación geográfica de Chile, clima y producciones naturales, y dice que los machis ó médicos indios eran muy competentes en la ciencia de curar por medio de hierbas, citando algunos casos de españoles que estaban muy enfermos y fueron curados por una india; que también las mujeres dedicábanse á la medicina entre estas gentes.

Describe tres plantas medicinales. Es la primera la que los indios conocen con el nombre de *quinchamali*, «la cual no se levanta del suelo más de un junco y sus ramas se esparcen y recogen á manera de ramillete, y rematan en la punta cada una con una flor del color y hechura del azafrán, que se llama Romi», y que, cocida en agua, toda, raiz, flores y hojas, se aplica á cuantos padecen enfermedades relacionadas con la corrupción de la sangre.

Es la segunda de estas hierbas la llamada por los indios *culen* y por los naturales de Chile *albaquilla*, que crece en los matorrales, y cuya hoja machacada aplican á las heridas, no sin antes dar al interior algo del zumo que de las dichas hojas se extrae.

Y es la tercera, una como escobilla muy sutil y delicada que sirve para curar toda clase de tabardillos y dolores de costado, sólo con beber unas tacitas de agua cocida con esta planta.

Hablando de la fertilidad asombrosa de aquel país, dice Ovalle que en los árboles no puede la fruta ser sustentada por las ramas «en creciendo, y assí, al tiempo de madurar, se desgajan, si no las ayudan con algunos orcones ó puntales, en que puedan descansar»; que las manzanas y camuesas son las frutas más productivas, pues no sirve de nada arrancar algunas del árbol, porque las que quedan, alimentándose de la savia

engruesan de tal modo, «que se traen las ramas al suelo», llenándose éste de manzanas y camuesas, siendo muy difícil poder dar un paso por parte alguna; que la cebada, trigo, maíz y legumbres producen veinte, treinta, ciento y aun cuatrocientos por uno, como acontece con el maíz; que los pastos son de tan buena calidad y se producen con tanta abundancia, que se crían millares de vacas, carneros, ovejas, cabras y castrones, cuyas carnes, en excesiva cantidad, para la alimentación, se queman en su mayor parte, aprovechándose sólo las lenguas y los lomos, y que el aceite y el vino se da en abundancia asombrosa, criándose allí cepas de dimensiones tales, que el tronco es tan grueso como el cuerpo de un hombre, y con racimos tan crecidos, que uno solo llena una cesta.

Respecto á minerales, asegura el P. Ovalle que Chile produce en gran abundancia oro, plata, cobre, estaño, azogue y plomo, afirmando que «son tantas estas minas en este reino, que más valía llamar esta tierra una plancha ó lámina de oro, que ponerse á contar sus minas, por ser innumerables».

Después habla de los volcanes, ríos, peces, aves, árboles y animales de todas clases que se producen en la tierra chilena, aunque contentándose sólo con describirlos, sin meterse en consideraciones científicas ni filosóficas, referentes á manifestaciones tan prodigiosas de la Naturaleza.

Por lo demás, la obra del P. Ovalle tiene un mérito: ella nos da una idea acabada de lo que era la vida colonial, de todas sus imperfecciones, de todos sus garrafales defectos; ella, bajo el punto de vista literario, indica en el P. Ovalle un escritor que no es pesado ni pretencioso, por las citas de erudición que otros autores hacen.

La *Histórica Relación del Reino de Chile* es un libro que revela algún conocimiento en las ciencias naturales, aunque imperfecto: había nacido en un país en que el nivel intelectual estaba muy bajo, y la incultura por doquiera dominaba.

El franciscano Fr. Alonso Briceño, nacido en Santiago de Chile hacia el año 1570, fué teólogo y filósofo dominado por

un espíritu estrecho, y que comentó, no con mucho lucimiento, las doctrinas del famoso Juan Duns Scotto.

El dominico Acacio de Naveda es algo más eminente que Briceño y Ovalle, y fué el primer profesor de filosofía en Chile, el año 1687.

Su competencia en los conocimientos filosóficos elevóle al rango de tercer jefe de la provincia de San Lorenzo Mártir, y se ignora la fecha exacta de su muerte.

Se ve, pues, que el nivel intelectual de Chile en estos dos siglos, fué bastante bajo. ¿Y cómo no, si, en concepto de los jesuítas y dominicos, directores de la educación del pueblo chileno, no HACÍA FALTA para nada la enseñanza científica?

*
* *

Causa pena y vergüenza decirlo: el nivel intelectual chileno comenzó á elevarse á principios del actual siglo, cuando aquellos españoles-americanos, cansados de la política personal y de egoísmo que los representantes de la metrópoli habían allí implantado, sublevároнse al grito de independencia y libertad, constituyendo un gobierno del pueblo, regido por el pueblo mismo.

Esta trascendental reforma para la vida social chilena, trajo como consecuencia obligada una reforma radical en lo concerniente á la enseñanza, la cual dejó de estar influida, como en los tiempos coloniales, por el poder eclesiástico, que hizo no se contasen allí sino cuatro escuelas de primeras letras, no permitiendo imprenta alguna que difundiese las luces de la civilización y de la cultura.

El decreto de 28 de Junio de 1813 acerca de la instrucción primaria, que lleva las firmas de los inolvidables patricios

D. Francisco Antonio Pérez, D. José Miguel Infante, D. Agustín Eizaguirre y D. Mariano Egaña, este último, como secretario, abarcaba 21 artículos, de que voy aquí á ocuparme en algunos de ellos, así como de pasada :

«Art. 1.° En toda ciudad, toda villa y todo lugar que contenga cincuenta vecinos, debe haber una escuela de primeras letras, costeada por los propios del lugar, que se invertirán precisamente en este objeto con preferencia á todo otro; y en caso de no haberlos, el jefe de la provincia en cuya jurisdicción se halle dicho lugar, propondrá los arbitrios que puedan tomarse para su establecimiento.»

Por otros artículos mandaba esta ley, que la enseñanza fuese gratuita, y á los alumnos se les facilitaran libros, papel y demás utensilios que necesitaran; se llevasen á debido efecto las providencias dictadas el año anterior para el establecimiento de escuelas en los monasterios de monjas, y que por la resistencia de éstas no habían podido implantarse todavía; que en cada villa se estableciese una escuela de mujeres con el fin de enseñarlas á leer, escribir y aquellas costumbres y usos inherentes á su sexo.

Decía además la enunciada ley «que nada contribuye más á la buena educación, que la elección de los libros en que los infantes empiezan á leer. Las fábulas frías, las historias mal formadas, las devociones indiscretas que carecen de lenguaje puro y de máximas sólidas, depravan el gusto y ocasionan infinitos vicios tan trascendentales á toda la vida».

Por último, el art. 11 iba encaminado á enaltecer la profesión de maestro de escuela, que «por el servicio que han hecho á la patria, deben ser mirados con toda consideración y honor».

En la instrucción secundaria y universitaria también introdujéronse reformas de trascendencia, entre ellas la fundación del Instituto nacional, con el siguiente plan de estudios :

En la facultad de Teología se cursaban: Metafísica, Derecho natural y de gentes, Teología dogmática y moral, Escrí-

tura sagrada, Historia eclesiástica y Elocuencia doctrinal, oratoria y panegírica.

Los que aspiraban á ser naturalistas é ingenieros, estudiaban: Dibujo, Matemáticas puras, Geografía, Ciencias militares, Física experimental, Elementos de Química y Botánica, y, sobre todo, Economía política y Lenguas.

En la facultad de Derecho se aprendía: Derecho natural y de gentes, Economía política, Derecho civil, Derecho canónico, Leyes patrias y Elocuencia en todos sus ramos.

Para ser médico era necesario acreditar suficiencia en: Dibujo, Matemáticas puras, Botánica, Química, Física experimental, Anatomía, Fisiología, Patología, Clínica interna y Materia médica.

Y para ostentar el título de cirujano era preciso aprender: Dibujo, Matemáticas puras, Anatomía, Fisiología, Cirugía, Vendajes, Operaciones, Arte, Obstetricia y Materia médica.

El Instituto nacional debía tener diez y nueve clases para dar esta enseñanza, clases que, con los primeros profesores, voy á trasladar á estas páginas:

1.ª Primeras letras, el fraile mercenario, D. Antonio Briceño.

2.ª Latinidad inferior, D. José Miguel Munita.

3.ª Latinidad superior, el franciscano Fr. José María Bazabuchiascuard.

4.ª Dibujo, D. José Gutiérrez.

5.ª Lenguas vivas: de inglés, D. Joaquín Egaña, y de francés, D. Reinaldo Bretán.

6.ª Filosofía, D. Pedro Nolasco Carvallo.

7.ª Matemáticas puras, el franciscano Fr. Francisco de la Puente.

8.ª Ciencias militares y Geografía, D. Manuel José de Villalón.

9.ª Física experimental, el presbítero D. José Alejo Bezanilla.

10. Teología dogmática é Historia eclesiástica, el dominico Fr. José Antonio Urrutia.

11. Sagrada Escritura, el presbítero D. Juan Aguilar de los Olivos.

12. Elocuencia doctrinal, oratoria y panegírica, el doctor D. Juan Egaña.

13. Derecho natural y de gentes y Economía política, el presbítero D. José María Argandoña.

14. Derecho civil, comercio y leyes patrias, el presbítero D. Juan de Dios Arlequi.

15. Química, D. Francisco Rodríguez Brochero.

Las demás clases restantes, Patología y Medicina teórica, Clínica y Medicina práctica, Cirugía y Anatomía y Botánica, no llegaron á abrirse.

Por último, el cargo de rector del Instituto nacional, fué confiado al Dr. D. José Francisco Echaurren, y el de vicerrector al presbítero D. Domingo Antonio Izquierdo.

Antes de promulgar definitivamente el plan de enseñanza de que acabo de hocer mención, y después de la abdicación de Fernando VII en su padre Carlos IV y de éste en Napoleón Bonaparte, manifestáronse dos grandes partidos, el autonomista, por decirlo así, pero que no quería separarse de la madre patria, y el que sustentaba por completo la independencia. El primero nombró diputados en las Cortes de Cádiz de 1810, con encargo de defender ardorosamente los derechos chilenos, al comerciante D. Miguel Riesco y Puente y al Dr. D. Joaquín Fernández Leiva, y el segundo, el 17 de Setiembre de 1810, elegía una Junta gubernativa, compuesta de los Sres. D. Mateo Toro Zambrano, conde de la Conquista, presidente; el Obispo electo de Santiago, D. José Antonio Martínez de Aldemate, vicepresidente; D. Fernando Márquez de la Plata, el Dr. D. Juan Martínez de Rozas, D. Ignacio de la Carrera, don Francisco Javier de Reina D. Juan Enrique Rosales, vocales, y los doctores D. José Gaspar Marín y D. José Gregorio Argomedo, secretarios.

Esta Junta echó, á no dudarlo, las bases de la independencia chilena y de la república que, andando el tiempo, iba á ser la más progresiva y próspera de la América española.

El decreto acerca de enseñanza de que ya he hablado, debióse al insigne pedagogo Camilo Henríquez, una de las glorias más preciadas de la historia intelectual chilena.

*
* *

En el siglo XVIII la cultura chilena se eleva un poco á consecuencia de la Universidad inaugurada el 11 de Marzo de 1747; pero esto hubiese dado, con el tiempo, resultado contraproducente, si no sigue á esta reforma la independencia chilena que, emancipando á este bello país de las garras de los frailes y del poder eclesiástico, difundió por doquiera la cultura, y destruyó todas las trabas que antes se oponían á la instrucción popular, á la educación del mayor número.

La Universidad creó algunos hombres de ciencia que no hubieran sido nada, si la independencia, el gobierno republicano que siguió á ésta, no hubieran decretado la secularización de la enseñanza, dictando sistemas educativo y de instrucción, racionales y lógicos, y la prueba de todo cuanto digo, puede tenerse leyendo los siguientes datos acerca de los principales hombres de ciencia que florecieron en Chile durante el siglo XVIII:

Tales fueron: dos geógrafos, Vicente de Carvallo Goyeneche y José Javier Guzmán y Lecaros; dos médicos, Manuel Chaparro y Pedro Morán; un industrial, Domingo Eyzaguirre; dos filósofos, Gregorio Farias y Juan Martínez de Rosas; un pedagogo, Alonso de Guzmán; dos matemáticos, Manuel Lacunza y José Rodríguez; dos agrónomos, Manuel de Salas y Pedro Nolasco Mena, y un naturalista, quizá el naturalista

más eminente que ha habido en Chile, el jesuíta Juan Ignacio Molina.

Vicente de Carvallo Goyeneche, militar, historiador y poeta, escribió en España su *Descripción histórica y geográfica del reino de Chile,* cuyo manuscrito fué lo único que dejó al morir en Buenos Aires el 12 de Mayo de 1815, y que fué vendido por su albacea oficial (el mayor de plaza de la capital argentina) por 200 pesos *á cuenta de misas.*

El cura que se encargó de estas misas lo vendió con ventaja, aunque siempre por una suma ínfima, á la Biblioteca de Buenos Aires, donde se conserva el manuscrito de Vicente de Carvallo Goyeneche.

¡Triste destino en esta sociedad, el del escritor, el del hombre de imaginación y de entendimiento, que trabaja durante años enteros en la confección de una obra, en la fabricación de un hijo de su inteligencia!

Muere, dejando su producción intelectual inédita y entregada al desprecio de la ignorancia, ó á la voracidad de insectos y roedores.

¿Por qué no habían de existir en los presupuestos nacionales y municipales algunas partidas destinadas á la publicación de obras escritas por literatos pobres?

José Javier Guzmán y Lecaros, el otro geógrafo de Chile, tuvo al menos el consuelo de ver publicadas sus obras antes de que el frío de la muerte helase su privilegiada inteligencia.

Religioso, pedagogo, historiador, orador y geógrafo, profesó, muy joven aún, en la Orden franciscana, y durante quince años enseñó en su convento Gramática, Filosofía y Teología, inició en la capital chilena el paseo de la Alameda de Santiago, construyó en el convento un edificio para escuela pública, é introdujo el álamo, planta que ha enriquecido después los campos de Chile.

Patriota entusiasta, tomó parte activísima en la revolución de la Independencia, poniendo á disposición de ella su brillante pluma, y sufrió por esto en la época de la reconquista espa-

ñola, desde 1814 á 1817, muchas persecuciones y no escasas amarguras.

Triunfante más tarde la revolución chilena, Guzmán y Lecaros fué declarado benemérito de la patria y ocupó elevados cargos.

Escribió la obra titulada *El Chileno instruído en la historia topográfica civil y política de su país*, en que se historia la guerra de la Independencia. El gobierno costeó su impresión, siendo inmediatamente puesta de texto en las escuelas, y de este modo cúpole á Guzmán la gloria de iniciar en Chile el estudio de la historia nacional, tan necesario á los seres que se preparan para las luchas de la vida, porque ella les enseñará las faltas por otros cometidas, indicándoles así el medio de que no imiten en esto á sus antepasados.

El P. Guzmán es asimismo autor de un *Discurso sobre los medios de hacer la felicidad y prosperidad del Estado de Chile*, y de un *Dictamen sobre la introducción de los extranjeros en Chile*.

Este ilustre fraile murió en Santiago, cargado de merecimientos para con su patria en 1840, á los ochenta y un años de edad, pues había nacido en la capital de Chile en 1759.

Juan Martínez de Rosas, filósofo eminente, y acaso el más ilustre revolucionario de 1810, como dice uno de sus biógrafos, fué el corazón de la revolución chilena.

Como filósofo, Martínez de Rosas, nacido en Mendoza el año 1759, es notable por haber introducido el estudio de la Física experimental, que jamás se había enseñado en su patria, cuando ganó por oposición la cátedra de Filosofía del Colegio real de San Carlos.

Otro filósofo distinguido de la era colonial fué el Obispo de Santiago, D. Manuel Alday y Azpee, el orador sagrado más famoso de América durante el siglo anterior.

Convocado un Concilio provincial por el arzobispo de Lima, D. Antonio de la Parada, á él acudió Alday, como todos los prelados pertenecientes á la archidiócesis limense; y fué tal la

fama de orador elocuentísimo y de filósofo profundo que en dicho Concilio adquiriera, que con razón llamósele desde entonces el *Ambrosio de las Indias*.

El naturalista P. Juan Ignacio Molina es la gloria más preciada del Chile colonial. Entrado muy joven en la Compañía de Jesús, era tal su erudición vastísima y su talento profundo, que á poco, el año 1757, fué nombrado bibliotecario del convento de jesuítas de la capital de Chile.

Al salir de su patria, como todos los hijos de Loyola, el año 1767, Juan Ignacio Molina estableciόse primero en Imola y después en Bolonia, de cuya célebre Universidad fué catedrático durante más de cincuenta años.

En 1779 dió á la estampa en lengua italiana su *Historia geográfica, natural y civil de Chile*, cuya primera parte fué traducida al castellano en 1788 por D. Domingo José de Arquellada y Mendoza, y la segunda siete años después por don Nicolás de la Cruz Bahamonde.

El sapientísimo Molina se propuso, al escribir esta notabilísima obra, dar á conocer la tierra, para él querida, que le sirviera de cuna, y cuyo cariño entrañable había de demostrar algunos años más tarde, al legar la herencia que en Chile obtuvo en 1815, sin cercenarla en lo más mínimo, para la fundación del Instituto de Talca.

Dedicado Molina por su particular idiosincracia, desde sus más tiernos años, al estudio de la naturaleza, enseñó ciencias naturales en la Universidad de Bolonia y dió á luz su *Historia Natural* en 1810, obra famosísima que dedicó al príncipe Eugenio de Beauharnais, en aquel tiempo virrey de Italia.

Teorías enteramente nuevas sustentaba en su obra, y entre ellas algunas que, cual la de la vitalidad de la materia inerte y de la sensibilidad de algunos metales, han sido posteriormente confirmadas por la ciencia, y que consiguieron al sabio jesuíta un timbre de gloria más que añadir á los ya obtenidos como escritor y como maestro; el timbre de gloria de la persecución y del martirio.

Su discípulo el ilustre Ranzani, censor de la Universidad de Bolonia, negó con energía la vitalidad de la materia inerte, sosteniendo que ésta era una proposición herética. La acusación pasó á la curia de Roma, y el ilustre naturalista fué suspendido de sus funciones sacerdotales y del profesorado; pero reconocida al fin su inocencia, quedó enteramente absuelto y con todos los pronunciamientos favorables que sus indiscutibles méritos y su tranquilidad turbada exigían.

Molina era un filósofo consumado, un matemático distinguido, y como naturalista llegó á alcanzar la aureola del genio. El barón de Humboldt, que tantos años dedicara al estudio de la naturaleza americana, le honró con su visita, para presentarle el homenaje de su profunda admiración.

En 1821 publicóse, costeada por los discípulos de Molina, una colección de las principales *Memorias científicas,* que había escrito con el fin de presentarlas en la Universidad ó en otras corporaciones, y en el curso de sus notabilísimos trabajos mereció el nombramiento de miembro de varios centros científicos de Europa, y entre ellos del *Instituto italiano.*

Tales son, á grandes rasgos trazados, los principales hechos del naturalista eminente por el saber, por la virtud y por su preclara inteligencia. Proscripto de su patria, la consagró, sin embargo, durante su ausencia de sesenta años, delicados y conmovedores recuerdos.

Bolonia, conceptuándole como una gloria especial suya, le ha erigido una estatua, y la nación chilena, agradecida á sus eminentes servicios, y contándole como uno de sus hijos más preclaros, levantóle un monumento en la Alameda de las Delicias de Santiago, el 16 de Setiembre de 1861.

Honra y gloria de la república chilena fué también el insigne pedagogo y entusiasta patriota Camilo Henríquez, cuyos esfuerzos en pro de la enseñanza, de la ilustración y de la cultura chilenas, le hacen acreedor á que sus compatriotas respeten y veneren su memoria.

Camilo Henríquez fué el fundador del periodismo chileno,

que se inició en 1812 con la publicación de *La Aurora de Chile,* bajo la dirección de tan insigne patricio.

A él también se deben algunos buenos dramas y el proyecto, que después fué ley, y que vino á levantar á la enseñanza del marasmo en que la había sumido, durante la época colonial, la perniciosa influencia de los conventos.

En Mayo de 1873, el pueblo de Santiago hizo elevar en la Alameda de las Delicias, el principal paseo público de aquella capital, un modesto monumento en mármol blanco, en cuyo frente se ostenta el busto del insigne Camilo Henríquez.

Las fecundas iniciativas, los profundos conocimientos agrícolas, los sentimientos genuinamente democráticos de Domingo Eyzaguirre, elevan su noble figura á la categoría de gloria chilena.

Eyzaguirre, comprendiendo que el derecho natural no estará nunca restablecido en toda su pureza ínterin el proletariado no obtenga íntegro el producto de su esfuerzo, entre tanto que al trabajo no se considere como el principal factor en la producción, y, por consiguiente, tenga la remuneración que su importancia requiere, se propuso sólo, impulsado por sus sentimientos generosos, mejorar la condición del obrero, estableciendo cierto orden en los trabajos y en el pago de los salarios, que hacía que el provecho de uno fuese el provecho de todos.

Para conseguir esto, puso á disposición de empresa tan humana, todo cuanto poseía; fortuna, inteligencia, actividad, conocimientos agrícolas é industriales, y con verdadero entusiasmo emprendió la construcción del canal de Maipó, que había de regar el inmenso llano que circunda á Santiago, así como hacer más fertil el valle del Mapocho, y que, á fuerza de tenacidad y verdadera constancia, terminó en 1820, y estableció una fábrica de paños, en la que invirtió la mayor parte del caudal que heredara de sus padres, donde encontraban honrada ocupación las mujeres y los niños abandonados de la suerte ó perseguidos por la desgracia.

Toda su larga vida la empleó en procurar bienestar y comodidades á los desheredados de la riqueza, y con el fin de hacer más práctica aquella sociedad de obreros que en su fantasía se dibujaba, sociedad dichosa en que el individuo, al labrar su felicidad por medio del trabajo, no estorbaba la ajena, creó, aunque sin éxito, unas especies de falansterios, antes, mucho antes que tal sistema fuese ideado por el socialista Fourier.

En estos afanes, es decir, en los afanes de toda su vida, cuyo ideal supremo fué la mejora de las clases proletarias, sorprendióle la muerte en Abril de 1854.

Sus últimos momentos fueron verdaderamente conmovedores: minutos antes de morir, los pobres, invadiendo la habitación de Eyzaguirre, rodearon su lecho de muerte, que era sencillo y modesto, y el insigne filántropo y socialista chileno, cogiendo las últimas monedas que le quedaban, dióselas por su mano, diciéndoles: «Ya no hay más; ¡adiós para siempre!...»

Domingo Eyzaguirre, desde la presidencia de la Sociedad agrícola chilena, contribuyó en grado sumo al progreso material de aquella República.

La Sociedad del Canal de Maipó acordó erigir una estatua á tan ilustre patricio.

Otras personalidades dignas de recuerdo brillaron por su saber y por sus hechos en el país chileno, y éstas fueron:

Los médicos Manuel Chaparro y Pedro Morán, este último creador de la primera escuela de Medicina que hubo en Chile, y que dirigió hasta su muerte, acaecida en 1840.

El pedagogo Alonso de Guzmán, profesor de cánones en la Universidad de San Felipe, y el primero de los hombres importantes de la colonia, que se preocupó de la educación intelectual de sus hijos.

Los filósofos Gregorio Farias y Miguel Ovalle, el primero de tan prodigiosa memoria que sabía á la letra el Antiguo y Nuevo Testamento, todos los Santos Padres de la Iglesia católica, el Maestro de las Sentencias, los Sentenciarios de Es-

coto, los libros de Santo Tomás y San Buenaventura, y aprendía de memoria todo cuanto oía y leía una sola vez, y el segundo, catedrático de la Universidad chilena después de la independencia y provincial de la Orden de la Merced, de la cual era religioso desde los primeros años de su vida.

El matemático Fr. José Rodríguez, que fué el primero que en el convento de San Francisco de Santiago enseñó matemáticas en Chile fué asimismo un inspirado poeta.

El también matemático y teólogo insigne P. Manuel Lacunza de la Compañía de Jesús, muchos de cuyos escritos están saturados de conocimientos profundos en ciencias exactas y naturales, y cuya obra *La venida del Mesías en gloria y majestad*, es tan sublime en lo que á la teología respecta, que hizo exclamar á un ingenio americano, *que si se le diese á escoger entre todos los objetos que hay apetecibles en la tierra preferiría el ser autor de la obra de Lacunza.*

El naturalista é industrial Diego de Almeida, descubridor de casi todos los ricos minerales del desierto de Atacama, entre ellos los del Paposo, Salado, Animas y Checo, todos los cuales produjeron millones de pesos á sus propietarios.

El ilustre benefactor, agrónomo é industrial Manuel de Salas, cuya vida no necesita escribirse, pues se halla escrita en el corazón de todos los chilenos, que contribuyó eficazmente á la construcción del tajamar, á la fundación del Hospicio y de la Biblioteca nacional, donde existe su retrato, al establecimiento del Instituto, fomentó el cultivo del cáñamo, introdujo el del lino, la morera, el gusano de seda, la higuerilla, la linaza, favoreció la filatura del cáñamo, enseñó la extracción del aceite de linaza por medio de máquinas, la confección de la loza vidriada, de la jerga, del paño burdo; hizo, en fin, explotar las vetas de metales que encierran las cordilleras chilenas, sin que le estimulase para ello el más ligero asomo de codicia, sino el más vivo deseo de la prosperidad pública.

El agrónomo Pedro Nolasco Mena, que fué ministro de Hacienda y favoreció grandemente la agricultura de Chile.

Y los marinos Ramón Valencia y Pedro Angulo, que se distinguieron por sus conocimientos científicos, así como en casi todos los combates navales que Chile y el Perú tuvieron en la primera mitad de este siglo.

En el siglo XIX han florecido en Chile ingenios notables en el orden científico.

Como médicos, se distinguen José Joaquín Aguirre, catedrático de Anatomía durante muchos años en la Escuela de medicina de Santiago, y actualmente decano de la mencionada facultad; Manuel Cortés, rector que fué del Liceo de la Serena y catedrático de Patología en la Universidad de Santiago, cuyo fallecimiento ocurrió en 1854; Adolfo Murillo, que introdujo en el país la práctica de recetar en castellano, y es autor de muchas obras, entre ellas una *Introducción al estudio de la Historia natural*, unas *Memorias y trabajos científicos; De la Lactancia maternal; Informes á la Comisión de Beneficencia*; *Miscelánea Médico-quirúrgica; La Vacunación obligatoria*; *La Profilaxis del cólera; La Farmacopea nacional* y *La Educación física y la enseñanza de la higiene;* Francisco R. Martínez, uno de los doctores más ilustrados de Chile, catedrático de la Universidad y autor de importantes trabajos, tales como unas Memorias acerca del bocio, la difteritis epidémica y un análisis crítico de la homeopatía; Augusto Ortego Luca, profesor de Anatomía de la Universidad de Santiago, presidente que ha sido de la Cámara de diputados chilena y autor de un notabilísimo estudio acerca de *Circunvoluciones cerebrales;* Miguel Semir, verdadera especialidad en las enfermedades de los niños y profesor de Cirugía dentaria en la Escuela de Medicina; Vicente A. Padín, catedrático de la Universidad, decano de la facultad de medicina diversas veces, y autor de un notable tratado de Fisiología, y que murió en Santiago en 1863; Estanislao del Río, que se distinguió como profesor de obstetricia y cirujano experto é inteligente; Valentín Saldías, cirujano eminente, profesor de la Universidad y autor de un estudio acerca de las epidemias, que está al nivel de las ideas

más avanzadas y hace honra á sus excepcionales condiciones de escritor ameno y brillante; y Nicanor Rojas, muy competente en la Hidroterapia é Histología, y que ha escrito luminosos trabajos acerca de tales extremos y de las aguas minerales de Chile.

También sobresalen como cultivadores de las ciencias médicas en Chile, Francisco Javier Tocornal, muy versado en asuntos higiénicos y de vasta erudición y gran espíritu observador; Ernesto Turenne, catedrático del Liceo de Rancagua y médico de la armada, que ha hecho ardorosa propaganda en favor de la educación científica de la mujer, y fué el verdadero organizador de la estadística sanitaria; Adolfo Valderrama, escritor notable de asuntos médicos y científicos; Juan Ernesto Bruner, cuyos estudios los hizo en Alemania y ejerce su profesión en Santiago; Pablo Zorrilla, profesor de Fisiología y Medicina legal en la Escuela Médica de Santiago, que se ha distinguido por sus conocimientos especiales en Anatomia, Disección é Higiene; Bernabé Chacón, homeópata, que ha hecho curaciones admirables; Domingo Gutiérrez, facultativo notable y profesor de higiene y vacuna y de cirugía operatoria y clínica externa; Elías Román Blanco, que se distinguió por los muchos coléricos que salvó en Santiago durante la epidemia espantosa del año 1887; David Salamanca, autor de una obra de investigación acerca de las causas originarias de la viruela en el hombre, y de la epizootia en los ganados; Alberto Valdés Morel, director del establecimiento de baños de Chillón y muy entendido en aguas minerales, y, por último, Doroteo Urigoitia, médico empírico muy estimado entre las tribus araucanas, cuyo idioma posee y cuyas plantas y hierbas conoce á la perfección.

Como pedagogos, distínguense en Chile Benicio Alamos González, Máximo Angel Argüelles, Diego Barros Arana, Ventura Cousiño, Vicente García Aguilera, Anselmo Harbin, Adolfo Larenas, Alejandro Larrain, Joaquín Larrain Gandarillas, Pedro Pablo Ortiz, José Bernardo Suárez, Pascual Ahumada

Moreno, y las insignes educacionistas Antonia Chacón, Isabel Le Brun de Pinochet y Filomena Rojas de Rebolledo.

De todos los pedagogos mencionados, quizá el que más ha influido en su patria en la obra meritísima de la transformación progresiva de la enseñanza, es el ilustre historiador y literato Diego Barros Arana, catedrático de Historia literaria en el Instituto nacional chileno. En 1863 fué nombrado rector del Instituto nacional, en cuyo establecimiento introdujo sabias reformas.

Modificó la enseñanza, cambió los métodos, el plan de estudios, y suprimió el antiguo sistema de los profesores enciclopédicos, reforma trascendentalísima que, merced á su influencia, se hizo extensiva á todos los colegios del Estado.

Para coadyuvar á tan benéficas medidas, encaminadas á modificar radicalmente la educación en su patria, compuso una serie de obras didácticas, en las que manifiesta poseer conocimientos científicos universales. Sus textos de educación *Compendio de la Historia de América; Geografía Física y Descriptiva; Historia Literaria*, y *Manual de Composición Literaria,* colocan al insigne Barros Arana á la altura de los primeros maestros americanos y preceptistas de Chile.

La gloria que ha alcanzado como escritor didáctico é historiador—dice uno de sus biógrafos—hará vivir su nombre y su memoria en todos los siglos.

Principios fundamentales sobre educación popular titúlase una obra notabilísima, debida á la docta pluma de Pedro Pablo Ortiz, y que circula como de incomparable mérito, no sólo en Chile, sino en las demás Repúblicas hispano-americanas.

Fruto de los treinta y tantos años que se dedicó á la educación popular en Chile el ilustre pedagogo José Bernardo Suárez, son sus obras históricas y didácticas, que lo colocan á la altura de los más notables escritores de su género, entre las cuales sobresalen: *Rasgos biográficos de niños célebres, Recreo del soldado chileno, Guía del Preceptor, Manual del Ciudada-*

no, Principios de Derecho internacional, Plutarco de los Jóvenes, Tesoro de Bellas Artes, Hombres célebres, Buffon de los niños, Mujeres célebres, Tesoro de los niños y *Rasgos biográficos de hombres notables de Chile,* sin contar los innumerables artículos que sobre asuntos didácticos y de pedagogía escribió en los periódicos chilenos *La Revista de Instrucción primaria, La Patria, El Ferrocarril, La Época, El Mercurio*, y *El Monitor de las Escuelas primarias*, que fué el primer periódico publicado en Chile sobre educación popular. Las obras de Suárez, reimpresas por la Casa editorial Rosa y Bouret, de París, circulan con profusión en Chile y en las repúblicas vecinas.

Como arquitectos sobresalen, Manuel Aldunate y Fermín Vivaceta. Aldunate hizo los planos de los dos grandes paseos de la capital de Chile, el de Santa Lucía y el del Parque Cousiño, así como los del Congreso Nacional y de la hermosa casa de D. José Tomás Urmeneta. Y Vivaceta dirigió las construcciones y levantó los planos de los edificios siguientes: Universidad, iglesia del Carmen, capilla de Chuchunco, torre de la iglesia de San Francisco, frontis y torres de la iglesia de San Agustín, frontis del portal Tagle: todas estas obras en Santiago, y la del templo masónico en Valparaíso.

Atravesada la región chilena por la cordillera de los Andes, ésta mantiene en su seno riquísimas minas de plata y oro, cobre, plomo, estaño, azogue, azufre, piedra imán y carbón fósil ó hulla, las cuales producen asombrosos rendimientos que, bien explotados, podrían llenar á aquella república de prosperidades inmensas.

Sin embargo, en Chile ha habido buenos mineralogistas, y entra ellos Antonio Alfonso, Paulino del Barrio y Juan Godoy; el primero hizo importantísimos trabajos mineros en la provincia de La Serena, donde había nacido, así como en la de Coquimbo, y el tercero modesto leñador sin saber leer ni escribir, descubrió el rico, riquísimo mineral de plata llamado de Chañarcillo, que á pesar de una explotación incesante de

más de sesenta años, producirá aún muchos millones, sobreviviendo con sus riquezas á dos ó tres generaciones.

Juan Godoy hizo el descubrimiento del tesoro más gigantesco que se ha conocido en América, el 18 de Mayo de 1832.

Cazaba en este día en tierras incultas, en bosques enmarañados y poco frecuentados por el hombre. De pronto, fugaz cual una estrella volante en templada noche del estío, atravesó volando, más bien que saltando entre ramas y breñas, un guanaco, que era la caza que Godoy buscaba en aquellas soledades. El disparo certero del cazador chileno y los ladridos de los perros que buscaban la res herida, turbaron por un momento el silencio casi sepulcral de aquellas vírgenes selvas, sólo interrumpido por las endechas de las aves en las horas del calor, que parece como que formulan al sol en sus melodiosos cantos, sentidas quejas por los ardorosos rayos que les envía. En vano se afanaban los perros en buscar el guanaco; inútiles fueron los esfuerzos de Godoy, que acabó por rendirse á la fatiga, desistir de buscar más la pieza que su certero ojo había recobrado, y sentarse á descansar sobre un pedazo de roca, tal vez con la esperanza de que sus ágiles perros le indicasen el sitio donde había quedado muerto el perseguido guanaco. Preocupado con esta idea, comenzó á escarbar maquinalmente con los dedos sobre el duro piso, y ¡oh fortuna! no tardó en reconocer que tenía por asiento, no una pelada roca, sino un riquísimo y extenso filón de mineral de plata.

Inició en su asombroso descubrimiento al cazador Juan José Calleja y al acomodado vecino de Copiapó Miguel Gallo, y entre los tres comenzaron la explotación de esta riqueza inmensa, que los hizo poderosos, sin embargo de lo cual la liberalidad de Godoy le hizo morir casi en la pobreza.

El pueblo de Copiapó, agradecido á su bienhechor, le elevó en 1854 una hermosa estatua de bronce, que representa al minero de musculatura gigantesca, tez tostada por el sol, mirada profunda, como familiarizada con los abismos, y pecho levan-

tado, propio para desafiar á cada momento aquella naturaleza rígida y avasalladora.

Paulino del Barrio era un matemático eximio y notable ingeniero geógrafo y de minas. Encargado por el gobierno chileno de estudiar la naturaleza geológica de los terrenos carboníferos de Lota y Coronil, descubrió la inmensa riqueza que en sus entrañas contenían, pues las hulleras de Lota son en la actualidad la riqueza más considerable de Chile. Paulino del Barrio fué también el iniciador y primer director del Colegio de Minería que el Estado fundó en Copiapó el año 1857.

En el ramo de ingeniería se distinguen en Chile: Eulogio Allendes, José Basterrica, Pascual Binimelis, Pedro Lucio Cuadra, Teodosio Cuadros, Leónidas García, Carlos García Huidobro, Simón Molinare, Uldaricio Prado, Manuel Valdés Vigil, Gabino Vieites, Javier Villanueva y Ricardo Rebolledo, este último ingeniero mecánico.

José Basterrica ha sido profesor del Instituto nacional en la facultad de Matemáticas, y es autor de dos obras de Aritmética elemental y razonada que han estado de texto en la Universidad chilena y consiguieron inmensa circulación.

A Pascual Binimelis débele la ciudad de Concepción, donde naciera, infinitas construcciones de utilidad pública, haciendo además trabajos importantes relativos á la canalización del Bío-Bío, un trazado de la línea férrea de Chillón á Talcahuano, y la construcción del ferrocarril de Talca al puerto de Constitución, pasando por San Javier de Lancamilla.

Uldaricio Prado, rector que fué desde 1872 á 1875 del Instituto nacional, cuyos trabajos geológicos acerca de los asuntos mineros de Caracoles, Batuco y otros son en extremo notables.

El nombre ilustre del ingeniero Javier Villanueva va unido á una vasta empresa, la construcción del telégrafo trasandino que recorre 1238 millas y que fué hecha bajo su dirección.

Como geógrafos, Francisco de Solana Asta-Burnaga, diplomático y autor de un interesante *Diccionario geográfico de*

la República de Chile y de una *Memoria sobre las repúblicas de Centro América,* y José Victorino Lastarria, el patriarca de las letras en su patria y el más eminente pensador de Chile que ha escrito obras importantes acerca de asuntos geográficos.

Como filósofos sobresalen Ramón Briceño, Alejandro Echeverría, Ventura Marín, Lorenzo Soto, Miguel Varas y Barra y Francisco Bilbao.

Como químicos, José Vicente Bustillos, Samuel Donoso Vergara, Luis Gorostiaga, Manuel Miquel, Luis Prieto de la Cruz y Angel Vázquez.

En Física distinguiéronse Samuel Donoso Vergara, Juan de la Cruz Escobar, Francisco García Huidobro, Manuel Miquel, Luis Troncoso y Ramón Vial.

Activos industriales de iniciativas fecundas para Chile fueron Luis y Matías Cousiño y Telesforo Andrada.

Agrónomos notables, que hicieron el progreso agrícola de su patria, fueron José Luis Donoso, José Rafael Echeverría, Francisco de Borja Larrain, Patricio Larrain Gandarillas, Rafael Larrain Moxo, Benjamín Vicuña Mac-Kemna, José Marcial Vigil, Aníbal Corria y Toro, Benjamín Saavedra Negrete y Manuel Domingo Ugarte Fernández.

Como matemáticos hay que mencionar á Alejandro Echevarría, Francisco García Huidobro, Maximiliano Navarrete, Pío Agustín Olavarrieta, Francisco Solano Pérez, Ramón Picarte, José Ignacio Vergara, Ramón Alvarez Luján y Baldomero de la Cruz.

Brillaron en Agrimensura ingenios meritísimos que, como Fernando Llona, Francisco de Borja Solar, Piovaras Marín y Alejandro Vial hicieron adelantar mucho la ciencia y el arte que tienen por fin la medición de las tierras.

Y, por último, Carlos Woster, Juan Williams Rebolledo, Oscar Viel, Francisco Vidal Gomar y Benjamín Muñoz Gamero llegaron á ser entendidos y valerosos marinos.

Ventura Marín es uno de los grandes filósofos contempo-

ráneos de Chile, uno de los hombres más sabios y más profundamente ilustrados de la pasada generación americana. Marín es un fervoroso católico; pero al lado de sus creencias religiosas se encontraban sus grandes aptitudes de filósofo, que le impulsaban, aunque inconscientemente, á no admitir nada que la razón no hubiese previamente sancionado. Y esta es la razón de que en Chile, que trata ahora de levantar cabeza la intransigencia religiosa, se tildara en un tiempo á este sabio filósofo de incrédulo y de racionalista. Sus *Elementos de filosofía moderna,* que durante mucho tiempo estuvieron de texto en los centros docentes de su patria, ejercieron saludable influencia en la presente generación chilena.

Otro de los grandes filósofos chilenos de este siglo es Francisco Bilbao, iniciador ilustre de la revolución moral en Chile.

Partidario ardoroso y decidido de la libertad de conciencia, de los derechos individuales y de la emancipación económica de los ciudadanos, publicó el año 1844, en el periódico *El Crepúsculo*, de Santiago, su programa político y moral bajo el título de *Sociabilidad chilena*. Este artículo hizo que se revolviesen contra pensador tan ilustre todas las preocupaciones, todos los absurdos del pasado, y el fiscal D. Máximo Mujícar persiguióle por sus doctrinas, teniendo que emigrar á Francia, donde tomó una parte activísima en la revolución del 48.

De regreso á su país el año 49, Francisco Bilbao, unido á Santiago Arcos, Paulino del Barrio, Manuel Recabarren y Pedro Urriola, fundó la sociedad de *La Igualdad,* para instruir á las clases obreras en sus deberes sociales y políticos.

Desde entonces hasta su muerte, ocurrida en 19 de Febrero de 1865, la vida de este ilustre filósofo socialista fué un batallar incesante por sus ideas de regeneración y de progreso, y un continuo martirologio causado por las enconadas persecuciones de los partidarios del privilegio que él con tan certeros golpes siempre combatió.

Quizá el más sabio de los químicos chilenos fuera José Vi-

cente Bustillos, profesor de química en el Instituto nacional; fundador de la enseñanza de este ramo en Chile y autor de una magnífica *Química orgánica*, un *Tratado de farmacia*, un *Formulario de medicamentos para el ejército*, y muchas é importantes comunicaciones é informes dirigidos á la Facultad de ciencias naturales de la Universidad chilena, á la cual perteneció desde sus comienzos.

Entre los muchos descubrimientos que la ciencia debe á Bustillos, cuéntanse tres de indudable importancia: la conservación de la carne, la destilación en el vacío por medio de aparatos de su invención, y un nuevo material para pavimento de calles.

Otro químico y farmacéutico chileno de importancia merecida, es, á no dudarlo, Angel Vázquez, profesor de la Universidad de Chile, autor de algunos libros notables, entre los cuales figuran principalmente una voluminosa obra de *Química aplicada á la medicina y artes;* una *Materia médica*, en que se consignan las plantas más interesantes de Chile, además de las exóticas; un *Curso de farmacia experimental;* un *Tratado de toxicologia*; un *Tratado de ensayos de materias orgánicas;* y una larga serie de Memorias, discursos, informes y trabajos analíticos, publicados en los *Anales de la Universidad* y de la *Sociedad de Farmacia*. De estos últimos *Anales* ha sido durante largo tiempo redactor en jefe.

Al eminente físico Luis Troncoso debe asimismo la ciencia notables observaciones meteorológicas, estudios acerca de los terremotos, é investigaciones sobre las mareas, la electricidad atmósférica y varios otros ramos de la física.

Obra ingeniosa y notable en su género, así como fruto del más ímprobo trabajo, es la que lleva por título *La División reducida á una adición*, que fué aprobada por la Academia de Ciencias de París, y debida á la gran inteligencia matemática del chileno Ramón Picarte.

Astrónomo de reputación merecida en el mundo científico es, sin duda alguna, José Ignacio Vergara, director del Ob-

servatorio astronómico de Santiago y catedrático de astronomía y cálculos diferencial é integral de la Universidad.

Sus interesantes estudios en los *Anales del observatorio astronómico de Chile;* sus trabajos acerca del meridiano de diferentes estrellas; sus observaciones meteorológicas en el Observatorio; su estudio sobre la ecuación personal en las observaciones astronómicas y sus observaciones sobre el eclipse de sol de 25 de Abril de 1865, cuyas dos últimas producciones fueron recibidas con aplauso en el *Año Geográfico* de Francia de 1866 y en el *Compte Rendus* de la Academia de Ciencias de París, le han colocado entre los mejores astrónomos contemporáneos.

José Ignacio Vergara no dedicó toda su actividad asombrosa al estudio de la ciencia; dedicóse también á la política, alcanzando en ella puestos elevados y ocupando en diversas ocasiones las carteras de Justicia, Cultos é Instrucción Pública, Guerra y Marina é Interior.

El progreso científico chileno tiene que escribir con letras de oro en sus anales los nombres de extranjeros ilustres que en la Cátedra, en el libro ó en el laboratorio, contribuyeron á ensanchar la esfera científica en el noble país que para nuestra raza conquistara, durante el siglo XVI, el guerrero Valdivia.

No puedo, por consiguiente, dejar de citar aquí con entusiasmo al naturalista francés Eugenio Chouteau, que con tanto cuidado estudió la flora y la mineralogía chilena, consignando sus observaciones curiosas y útiles en los periódicos *La Colonia Francesa*, *El Mercurio* y *La Revista Naval*, de Santiago, y *La Reforma*, de la Serena; al naturalista polaco Ignacio Domeyko, profesor de Física y Química, en el Liceo de La Serena, y más tarde, en el Instituto y en la Universidad de Santiago, en cuyo último centro docente llegó á ser rector el año 1876, habiendo publicado diversas obras de Mineralogía y Geología de Chile, fruto de sus concienzudas excursiones por el país; y á los también naturalistas, Claudio Gay, León

Koch, Amado Picis y Rodulfo Amando Philippi, los tres primeros franceses y alemán el último.

Claudio Gay, después de haber hecho concienzudas exploraciones botánicas y zoológicas en Francia, Italia y el Brasil, dedicóse durante algunos años al estudio de la flora y de la fauna de Chile, y sus trabajos fueron tan completos, describían de una manera tan acabada la portentosa naturaleza de aquel país, que después de la publicación de su *Historia física y política de Chile,* el gobierno del presidente D. José Joaquín Pérez, imitando la loable conducta de su antecesor Bulnes, que algunos años antes mandara poner el retrato del naturalista francés en el museo de ciencias de Santiago, confirióle una pensión vitalicia de 2.000 pesos fuertes anuales, en testimonio del agradecimiento nacional.

Filósofo y naturalista León Koch, ha sido catedrático en Valparaíso, Santiago y Talca, siendo dignas de especial mención sus observaciones meteorológicas y sus notables artículos filosóficos en *La Opinión* y *La Libertad* de Talca.

La historia de la Geología en Chile no podrá menos de recordar eternamente con veneración y respeto el nombre ilustre del francés Amado Picis, que durante cuarenta años consagró sus desvelos á la enseñanza de dicha ciencia en la Universidad de Santiago. Picis ha explorado el desierto de Atacama y levantado el plano geográfico de la república, siendo autor de una notable obra, *La Geografía física de Chile.*

El sabio naturalista alemán Philippi también ha dedicado largos años á la enseñanza en la Universidad de Santiago, escrito un texto titulado *Elementos de Historia Natural,* y numerosos estudios científicos acerca de la fauna y la flora del país, y en la actualidad es director del Museo Nacional de Ciencias naturales y del Jardín Botánico.

Se ve, pues, por esta larga enumeración de sabios en los diversos ramos de la ciencia que Chile ha producido en todos los tiempos, que el progreso científico de esta nación es importante en grado sumo. España, la gloriosa nación que en un

tiempo fué metrópoli de Chile, debe estar orgullosa de los adelantos que en la esfera de lo intelectual vienen efectuándose en el país chileno.

Las glorias de Chile, como las glorias de todas las naciones americanas del Sur y del Norte que pertenecen á nuestra raza, son también de España. Esta no puede menos de ver con ojos cariñosos de madre los progresos que en todos los órdenes de lo intelectual efectúan sus hijas las naciones de América.

Es indudable que de poco tiempo á esta parte unos y otros españoles, los de América y los de la Península, sentimos esa influencia misteriosa de atracción mutua que sólo reconoce como fuente de origen el cariño y el sentimiento.

Las naciones hispano-americanas y la madre patria, dicen los pensadores españoles de uno y otro continente, deben unirse, pero no con esa unión que radica en la fuerza, sino con esa otra que emana de la voluntad y se halla impuesta por costumbres similares é intereses comunes.

Por eso, no sólo los pensadores de acá, sino todos los españoles de la Península, vemos con cariñosa simpatía y transportes del alma los progresos científicos, los adelantos intelectuales de todas, absolutamente todas las naciones americanas de raza hispánica.

El día que en la América española hayan echado hondas raíces la instrucción y la cultura, habrá sonado la hora de la formación de esa gran nacionalidad hispano-americana que ha de ser la más poderosa y próspera del mundo.

RAFAEL DELORME SALTO.

M. GUYAU

Á PROPÓSITO DE LA PUBLICACIÓN DE SU LIBRO

LA EDUCACIÓN Y LA HERENCIA

I

El autor del hermoso libro cuya traducción española se acaba de publicar, no fué en vida lo que se llama un pedagogo: no profesó Guyau la pedagogía práctica. Guyau fué un filósofo, y lo fué, á juzgar por lo que de él nos cuentan Fouillée (1) y Tarde (2), en toda la extensión de la palabra: filósofo de pensamiento y filósofo en la vida. Podía, por lo visto, aplicársele tal nombre en la acepción amplia y propia que le daban los griegos. Fué filósofo, como lo fué Sócrates, como lo fué Spinoza. La vida de Guyau, como la de Zenón, debió de ser la imagen fiel de su simpática y piadosa filosofía. Lo seguro es que esa vida de Guyau, corta, cortísima, pues apenas tenía treinta y tres años cuando la muerte cortó el hilo de su existencia, fué una vida, como veremos, fecunda para la ciencia y fecunda como ejemplo y como enseñanza. «En aquel pensamiento, dice Tarde, encanta la armonía constante consigo mismo, con la realidad, con el corazón y con el carácter del hombre, y con la imaginación creadora... Hay

(1) *La Moral, l'Art et la Réligion d'apres M. Guyau.*
(2) *Revue Phisolophique.* Agosto de 1889, pág. 183.

unción piadosa, verdadera, en ese predicador de lo que él llama la *irreligión;* es aceite cristiano contenido en antigua lámpara lo que ha quemado toda su vida. ¡Y qué vida! bella y pura, tan corta y tan plena, tan feliz hasta en la muerte.» «Era, añade luego, un santo laico, de los más perfectos... que si en lugar de haber aparecido en las orillas del Mediterráneo surge en las riberas del Ganges, no hay duda que hubiera sido saludado como la reencarnación de alguna antigua deidad metafísica.»

A Fouillée, cuya filosofía abierta y caritativa tiene puntos esenciales de contacto con la de Guyau (como que éste fué su amado discípulo), debemos una muy completa noticia, no sólo de la evolución intelectual del pensador, sino también de la interesante vida del filósofo. «Platón, Epicteto y Kant, para la filosofía; Corneille, Hugo y Musset, para la poesía, fueron sus primeros maestros, excitaron sus primeros entusiasmos.» Especialmente los grandes modelos del platonismo y las vivas encarnaciones del estoicismo, ejercieron sin duda una influencia poderosa en la educación total del autor de *La Irreligión del porvenir*. La de Epicteto y Marco-Aurelio se puede señalar constantemente en las serias preocupaciones del insigne y malogrado moralista (1). Debe anotarse que Guyau fué un ejemplo de la más extraordinaria precocidad, á la par que de la más rara fecundidad. Como advierte Tarde, á los diez y nueve años *surgía* con su bella *Memoria* (2) premiada, en medio de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, como un adolescente inspirado entre los «Doctores de la ley»; no, ciertamente, para discutir con ellos y enseñarles algo, lo que era incompatible con su modestia, sino para maravillarles por su saber. El período de su vida, de escritor y pensador docente, fué, como se ve, continuo. Si á los diez y nueve años comenzó

(1) Véase *Esquise d'une morale sans obligation ni sanction*, y su *Estoicismo y cristianismo*, que va al fin de *La Educación y la herencia*.

(2) *La Morale d'Epicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines.*

á escribir, á los treinta y tres, segun queda dicho, expiraba. Y, sin embargo, en ese espacio de tiempo, ¡qué fecundidad la suya! ¡Quizá tenemos delante una de esas contradicciones tremendas de la vida! ¡Acaso el filósofo del amor, de la simpatía, de la expansión y de la dulzura fué víctima de todo esto! ¡Quién sabe si el esfuerzo gigante que supone una tensión intelectual cual la que se necesita para producir obras como las suyas, tan saturadas de cariño y amor á sus semejantes, no habrá agotado la fuerza de su espíritu, ó de su cuerpo al menos!

¡Y qué muerte debió ser la de Guyau tan ejemplar, tan llena de enseñanzas! Su alma de filósofo y de poeta estaba templada para la abnegación. Como filósofo, al penetrar en los abismos de la verdad, sereno como un estoico, no se arredraba; el desengaño, la contradicción no le vencían:

Le vrai, je sais, fait souffrir;
Voir, c'est peut-être mourir;
N'importe! o mon œil, regarde! (1).

Como poeta, tenía esa facultad de ver y de expresar en forma bella la realidad. Pero no era sólo un poeta de palabras y de imágenes; era además un hombre bien templado y fuerte. Las expresiones poéticas de sus versos correspondían á estados efectivos del ánimo y de la voluntad. Una vez dijo:

La mort!... J'en avais faim et soif, et je l'aimais.

Y era cierto. La muerte no le arredró cuando le sorprendía en la flor de la vida, en el momento en que se daba con mayor fuerza á la humanidad con sus libros, con sus doctrinas del amor. Fouillée describe aquellos instantes verdaderamente solemnes de la muerte del filósofo de una manera admirable. «La víspera del 31 de Marzo (1888), dice, aquel espíritu infatigable había trabajado todavía: dictaba algunas páginas. A la tarde,

(1) *Vers d'un philosophe. Dulce mors.*

cuando se acostó, estaba aún más fatigado, más exhausto que en las noches precedentes. Durante la noche manifestaba por primera vez á los suyos que no se hacía ilusión alguna sobre su fin próximo. «He luchado bien..., decía. Y estoy contento, »absolutamente contento... (1).» Poco tiempo después, con una tranquilidad absoluta, con una serenidad como la que es el alma de su filosofía, expiraba.» Léase ahora lo que de ese terrible momento escribe el filósofo de *La Irreligión del porvenir:* «En la hora de la muerte, en esa hora en que las religiones dicen al hombre: «abandónate un instante, déjate llevar por la fuerza del ejemplo, del hábito, por el deseo de afirmar aún lo que tú no sabes, por el miedo, en fin, y serás salvo»; en esa hora, en la cual el acto de fe ciega es la suprema debilidad, la duda es seguramente la posición más alta, más valerosa que puede tomar el pensamiento humano: es la lucha hasta el fin, sin capitulación; es la muerte erguida en presencia del problema no resuelto, pero indefinidamente contemplado cara á cara (2).»

II

La filosofía de Guyau es la resultante necesaria del encuentro, sin choque, de un espíritu idealista, poético, formado en las lecturas de Platón, de Epicteto, de Marco Aurelio, de Séneca, de Kant y de Hugo, con el evolucionismo moderno; es la prueba palmaria de que el positivismo darwinista no exterminó, como se creía, las fuentes del ideal, ni agotó las preocupaciones de la metafísica.

Considerada en conjunto la filosofía de Guyau, es profun-

(1) Véase Fouillée, obra citada, pág. 193.
(2) Véase Guyau, *Le Irréligion de l'avenir*, pág. 330.

damente moral. Si quisiéramos caracterizarla por lo que en ella hay de más saliente, diríamos que es, ante todo y sobre todo, una moral con todos sus antecedentes más ó menos metafísicos y con una serie de fecundas consecuencias sociales y pedagógicas. Resplandece además en toda ella una absoluta sinceridad. A esta nota achaca con razón Fouillée las cualidades más interesantes de los diversos libros de Guyau. En efecto, en todos ellos se puede señalar una sola preocupación, la que debe existir siempre en el hombre de ciencia, á saber: la de la investigación de la verdad. Porque debe advertirse que una cosa es la inevitable carga ó impedimenta de prejuicios, ya de educación, ya de clase, ya de religión, ya, en fin, del tiempo y de la sociedad en que vivimos, los cuales ejercen su influjo en los resultados de toda investigación científica, y otra muy diferente la falta de sinceridad verdadera, las preocupaciones aceptadas, los llamados respetos humanos y hasta el miedo que se impone á muchos. Sin caer en la inmoralidad á que llegan los espíritus vulgares cuando calculan con miras de un interés mezquino lo que deben decir y hasta pensar, se puede no ser sincero, se puede realizar la investigación científica de un modo inadecuado. Ahora bien; no hay posibilidad de achacar á Guyau ninguno de esos defectos más ó menos conscientes. Sereno ante los problemas más trascendentales, procede siempre con una nobleza absoluta, y se expresa siempre con una sinceridad completa. Por eso seduce y atrae tanto; por eso sus libros tienen siempre cierta belleza íntima, cierta música agradable y majestuosa á la vez.

Fuera de esto, en la filosofía de Guyau domina, como principio que pudiéramos llamar esencial, el de la evolución continua, progresiva y armónica, evolución con un contenido inagotable: la vida. Por otro lado, una idea se advierte constantemente en todas las diversas partes de su obra filosófica: la idea sociológica. Y estudiando despacio el pensamiento íntimo de Guyau, hay una relación estrechísima entre aquel principio y esta idea, relación que no podría ser racionalmente

explicada á no ser por los evidentes progresos de la biología, de la zoología, en una palabra, los progresos del evolucionismo moderno. En la manera de interpretar, mediante el idealismo de Guyau, los datos de la evolución y de la sociología positivista, está sin duda la originalidad de su filosofía, y por eso decíamos antes que ésta es como una resultante del encuentro entre su espíritu idealista y poético con las concepciones evolucionistas de nuestros tiempos. La idea sociológica es casi una obsesión en Guyau. Todo es sociedad; la vida, principio de unidad en su teoría, es sociedad siempre, y las diversas manifestaciones de la realidad concreta y determinada son formas diversas de *socialización*. De aquí un mérito indudable en toda la obra de Guyau, el cual persistirá como trabajo serio y aprovechable por la ciencia, independientemente de otras ideas quizá más fundamentales para el filósofo, pero también más discutibles: ese mérito consiste en haber estudiado, con gran lujo de detalles y con una gran profundidad, lo que pudiéramos llamar, con el mismo autor, el lado ó aspecto sociológico de la vida.

Así, en efecto, aparte de los diversos estudios en que se propone directamente el problema de la moral, y que por tanto se refieren á la sociología en uno de sus aspectos fundamentales y necesarios, obsérvase, lo mismo en sus investigaciones acerca de la religión y de la metafísica, que en las referentes al arte y á la pedagogía, una tendencia manifiesta á explicarlo todo según la idea sociológica. En el prólogo de una de sus obras póstumas (1), declara el filósofo terminantemente la necesidad de atender hoy con mayor ahinco que nunca á examinar el alcance é importancia de esa idea, porque, en su concepto, hace falta para contrarrestar las tendencias exageradamente egoístas de la filosofía imperante todavía en nuestros tiempos, pero sobre todo en el siglo pasado. Más: llega Guyau á asignar como misión al siglo XIX, que ya realiza con vocación

(1) *L'Art au point de vue sociologique.*

especial, la de estudiar todo el aspecto social, no sólo del ser humano, sino de la realidad misma en general, anunciando que el timbre de gloria más alto que este siglo podrá presentar en lo futuro, será sin duda el haber constituido la sociología científica.

Las consecuencias de esta manera particular de ver las cosas, que es un modo magnífico de aprovechar la obra gigante de Comte, de Spencer, en una palabra, de los grandes sociólogos, son muy importantes. En ellas se pueden prever las fecundísimas vías abiertas á las generaciones filosóficas futuras por el positivismo... prudentemente encerrado en límites propios. Claro es que no corresponde á Guyau toda la gloria que en ese aprovechamiento de la sociología hay. Spencer ha hecho ya mucho, y con citar los nombres de Schäffle, de Taine, y de cuantos han verificado investigaciones con cierto carácter positivo, bastará para dar á entender que no se desconoce su importancia. Pero preciso es conceder que Guyau ha visto el asunto con gran amplitud de miras y lo ha procurado sistematizar con cierto arte y originalidad.

III

Ahora bien; para comprender y penetrar el alcance de las consecuencias sociológicas de Guyau, especialmente en la Pedagogía, creo conveniente hacer aquí algunas indicaciones generales respecto de la obra que en conjunto resulta de la unión lógica de sus diferentes libros. Si la muerte no hubiera sorprendido tan presto al autor de los *Versos de un filósofo,* ¡quién sabe los giros variadísimos que tomaría aquel pensamiento naturalmente expansivo, abierto y generoso!

Sin embargo, con lo que hizo, con las huellas claras que de sus aspiraciones íntimas dejó en sus libros, se puede, sin gran esfuerzo, construir hasta cierto *sistema*, un poco del corte de los que por tanto tiempo fué corriente atribuir á los grandes y hasta medianos pensadores alemanes. Guyau, decíamos, procede, por sus entusiasmos de los primeros años de filósofo, del idealismo platónico en rara mezcla con el criticismo kantiano: sobre el caracter de su filosofía ejerció influencia poderosa el estoicismo; traduciendo el *Manual de Epicteto*, se infiltra en su alma bien dispuesta la profunda moral práctica del gran estoico. Su primera obra fué sobre Epicuro (1); en ella persiste el Guyau kantiano y domina también la idea estoica. Pero más tarde, al completar su educación filosófica, ante la evidencia experimental de muchas de las fecundas ideas evolucionistas, se produce en su espíritu una radical transformación. Fouillée la formula al historiarla en términos muy adecuados. Guyau, según su entusiasta biógrafo y casi apologista, hubo de plantearse el siguiente problema: «¿Cómo conciliar la idea platónica y cristiana del bien, la idea kantiana del imperativo categórico, con los análisis de la psicología experimental y con las leyes inflexibles de la evolución?» El problema fué resuelto por Guyau suprimiendo en cierto modo uno de los términos. Su *Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción* lo demuestra. Contiene esta obra, como todas las posteriores del filósofo, una indagación que tiende á destruir la idea que late en el fondo de la moral cristiana y del imperativo categórico. Esa indagación original, profunda se dirige á desentrañar el complejísimo contenido real de la evolución, en busca de un principio que explique la contextura racional de la vida. En las tendencias íntimas de ésta se da como necesario el bien: el bien moral, como todo bien. Así es que aquella conciliación buscada, aquella armonía, no se realizan por medio de un eclecticismo, ni en virtud de una componenda; sino que, supri-

(1) *La Morale de Epicure*, etc., etc.

midos de la idea del bien moral y del imperativo de nuestra conciencia los *prejuicios* de la *sanción* y de la *obligación* como elementos sustanciales, ese bien surge espontáneo y florido del carácter esencial de la vida. La vida consciente es moral, por propio impulso, acaso, acaso porque sí, aun cuando entren en su evolución histórica, como elementos temporales, aquellos prejuicios.

He aquí en resumen el desarrollo del principio fundamental de la filosofía de Guyau: principio adquirido, según él, en la experiencia, y hasta impuesto por modo metafísico. Lo universal, lo real es la *vida*, la vida lo llena todo, la vida es el ser, nada hay muerto, á ella debe referirse cuanto es. Pero la vida, además, es la fecundidad, porque la intensidad de la vida es el móvil de la acción; existiendo, por otra parte, en su misma intensidad un principio de expansión necesario (1). En efecto, vivir no es reducirse, no es aniquilarse; es ser activo, es ponerse el ser todo en relación con cuanto le rodea, sirviendo de punto de apoyo el centro íntimo de la energía propia. Guyau es, según esto, monista. Más: afirma que todos los sistemas metafísicos van derechos al monismo, sin remedio. «El materialismo, dice (2), no es más que un monismo mecánico... el idealismo igualmente; en él, la ley esencial se concibe como mental, ya se la busque con preferencia en el dominio de la inteligencia ya en el de la voluntad. Bajo esta última forma, el monismo tiene numerosos representantes... En Francia ha sido sustentado por Taine, y lo es actualmente por Fouillée, quien ve en él un medio de conciliar el naturalismo y el idealismo... En nuestro sentir, es preciso mantener la balanza, más aún que lo hacen estos filósofos, entre los aspectos material y mental de la existencia, entre la conciencia objetiva y el saber subjetivo de la conciencia. El monismo no designa, pues, para nosotros, más que una hipóte-

(1) *Esquisse*, etc., pág. 7.
(2) *L'Irréligion de l'avenir*, pág. 436 y siguientes.

sis que unifica los datos más positivos de la ciencia, inseparables de los de la conciencia misma. La unidad fundamental que designa el término de monismo no es, en nuestro concepto, la *sustancia* de Spinoza, la *unidad* absoluta de los alejandrinos, ni la *fuerza incognoscible* de Spencer, ni menos todavía una *causa final* preexistente, como en Aristóteles. No afirmamos tampoco una unidad de *figura* y de *forma*, que ofrecería el universo. Nos contentamos con admitir, por una hipótesis de carácter científico á la vez que metafísico, la homogeneidad de todos los seres, la identidad de *naturaleza*, el parentesco constitutivo. El verdadero monismo, á nuestro modo de ver, no es ni trascendente, ni místico; es inmanente y naturalista. El mundo es *un solo y mismo devenir*; no hay dos clases de existencia, ni dos evoluciones; sino una sola, cuya historia es la historia del universo. En lugar de fundir la materia en el espíritu ó el espíritu en la materia, tomamos ambos reunidos en esta síntesis que la ciencia, extraña á toda imposición moral ó religiosa, no tiene más remedio que admitir: la *vida* (1).»

Ahora bien; en esta afirmación sintética, á la cual se llega por una larga serie de inducciones más ó menos precipitadas, se contiene como el germen fecundo de una *cuasi-Metafísica* (V. *La Irreligión del porvenir)*, admirablemente poética y realista á la vez; de una *irreligión* (V. la misma obra) profundamente religiosa; de una *Moral* y hasta de una *política* (V. *Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción);* de una *Estética* (V. *Los problemas de la estética contemporánea* y *El Arte desde el punto de vista sociológico* y los *Versos de un filósofo)*, y por fin, de una *Pedagogía* (V. *La Educación y la herencia)*. Como es natural, el germen idéntico á sí mismo se especifica de distinta manera según las diversas direcciones que en su desenvolvimiento toma, dado que el objeto, ó mejor, la *vida*, principio universal, se *pone* de distinta manera según los casos. Sin embargo de esto, conserva el principio sus ca-

(1) *L'Irréligion de l'avenir*, pág. 437.

racteres esenciales comunes en todo su vario desarrollo. La vida, en efecto, será de diverso modo en cada orden particular del universo; pero es vida siempre, siempre *intensiva,* es decir siempre *activa,* y al producirse en cualquier grado de actividad, tiende siempre á la expansión natural y fecunda. La tentativa de encontrar en la realidad su propia razón suficiente es bien clara, y el esfuerzo hecho para conseguirlo fué, sin duda, vigoroso. La realidad se ve aparecer como vida, y en el movimiento incesante de la vida con su intensidad activa y con la expansión consiguiente á la intensidad, radica la explicación de los diversos órdenes del mundo : también en todo ello radica el carácter sociológico que Guyau juzga universal.

He aquí por qué, al ser *intensiva* la vida, y como consecuencia natural *expansiva,* todo ser, á la vez que se produce como centro de energía individual, se produce para sí y para el mundo que le rodea. Hay, por virtud de esto, una sociedad constante entre los seres, un comercio indudable que nace de las necesidades más íntimas de la realidad. Con otras palabras podría explicarse esto por la *condicionalidad universal,* base de los intereses armónicos del mundo todo (Krause). En opinión de Guyau, cuando se busca la razón de la sociedad como móvil de la acción del hombre, por ejemplo, en algo extrínseco, como el bienestar, el egoísmo, la limitación ó cualquier cosa así, no se va por el camino recto; contra esas razones protestan los hechos mil veces. Por el contrario, si nos fijamos en el carácter esencial de la vida, en la necesidad íntima que en ella existe de ser *expansiva,* al par que *intensa,* de ser fecunda, además, tenemos la razón más firme y más sólida de la sociedad. Cierto: la sociedad entonces no es meramente la agrupación de individuos de una misma especie; pero eso nada importa, porque sabido es que tal concepto de la sociedad entraña una gran limitación. Después de las grandes conquistas de la biología, que nos presenta al individuo fisiológico constituido por la cooperación interior de las células, y

después de los estudios hechos acerca de la contextura especial de las sociedades animales, la idea de sociedad ha variado radicalmente. Verdad es que Guyau contiene en ella otra infinidad de fenómenos aparentemente insociados; la esfera de las experiencias psicológicas lo ayudan á ello. El *yo* se concibe por la psicología científica como una asociación de sensaciones é ideas; las diversas facultades de la antigua psicología se descomponen en múltiples elementos: son asociaciones también. Por otra parte, Guyau amplía su idea hasta contener en la forma de sociedad todo género de relaciones vitales; y, en efecto, siendo la realidad vida, y siendo la vida intensiva naturalmente expansiva y fecunda, en toda relación del ser, que nace espontáneamente de su energía vital, hay un aspecto social necesario.

Claro es que al principio fundamental de la filosofía de Guyau pueden hacérsele multitud de objeciones. Al fin y al cabo hay en él, como en todo principio formulado, la limitación del punto de vista individual. Vivir, para Guyau (es decir, *ser*), es producirse activamente, apoyándose en no sabemos qué punto que reside en lo íntimo de la realidad, y por virtud de una energía cuya esencia es el eterno desconocido de toda investigación meramente inductiva. En definitiva, queda en pie la gran dificultad metafísica, de cuya existencia no dudamos, pero cuya naturaleza no define el filósofo en su principio.

Pero dejando esto, la expansión de la vida es el principio, según Guyau, de la metafísica, de la religión, de la moral, del arte y de la educación. Siendo la expansión de la vida el principio de toda realidad, no es extraño que lo sea de cada una de sus diversas manifestaciones en la actividad humana. Por otra parte, cada una de éstas es una forma de sociabilidad. No podía ser de otra suerte; la vida es, en definitiva, el objeto de todas aquellas ciencias de la varia manifestación de la actividad humana; y la vida es sociedad. Y téngase en cuenta todavía que la idea de sociedad les es aplicable, no sólo en atención á que el objeto de cada una de ellas es una rela-

ción de sociabilidad, sino porque como ciencias, ó sea como esferas del pensar, entrañan también un lazo social importantísimo. En lo siguiente, que copiamos de Fouillée, se indica de algún modo lo que decimos: «La metafísica, según Guyau, escribe aquél, como la moral y el arte, tiene por objeto esencial la vida, su naturaleza, sus orígenes y su destino, porque la vida es el verdadero nombre del ser... Además, teniendo la vida por carácter esencial la fecundidad, es decir, la multiplicación de sí mismo en otro, la expansión del individuo en sociedad, resulta que, como el arte y la moral, la metafísica es *sociológica*. Guyau llega á decir con gran energía que, si el instinto metafísico es indestructible, es que se contrae al instinto vital y social. La especulación metafísica refiérese al origen mismo de la vida. En el origen de la evolución, la vida es simplemente una «fecundidad ciega, inconsciente, ó mejor subconsciente», que obra sin ninguna *idea* de fin. Esta fecundidad, adquiriendo mejor conciencia de sí, se regula, se relaciona con los objetos más ó menos racionales, y se convierte en finalidad y moralidad... La individualidad, por su propio crecimiento, tiende á hacerse sociabilidad y moralidad. La sociabilidad, á su vez, extendiéndose y ampliándose hasta el infinito, se convierte en religión, y constituye el fondo de la metafísica misma. Esta se pregunta: ¿cuál es el lazo social que tienen la unidad primitiva y la unidad final del mundo, estableciendo entre todos los seres una solidaridad y un parentesco universal?» (1). Aun cuando un tanto confuso, se puede señalar ahí, en primer término, el carácter social de los objetos de la moral, de la religión y de la metafísica (se refieren al establecimiento de relaciones de sociabilidad entre los seres), y el carácter sociológico de las mismas, en cuanto ciencias que se dirigen al estudio de aquellas relaciones, y las conservan y afirman.

(1) V. A. Fouillée, *La Morale, l'Art, et la Réligion d'aprés M. Guyau*, pág. 151.

IV

Pocas doctrinas filosóficas llevan en sí mismas, aunque Guyau no hubiera tratado la materia expresamente, una teoría de la educación de un modo tan natural como la que examinamos. Aparte del carácter personal del filósofo, ejemplar vivo de una idea docente y práctica, la manera de concebir la vida como principio esencial de la realidad, y las consecuencias que para determinar el contenido de la evolución de ahí nacen, suponen lógicamente una teoría pedagógica necesaria. Sin forzar mucho las cosas, quizá no es exagerado afirmar que el principio fundamental de toda su concepción filosófica entraña, á la vez que una universalización de la idea moral (en la tendencia expansiva del ser), una universalización de la idea pedagógica (en la necesaria influencia que el ser recibe al darse en su expansión fecunda). La vida acaso no es en el fondo más que un inmenso laboratorio de educación rudimentaria, indecisa é inconsciente (para nosotros al menos) en el origen, y que adquiere con la conciencia reflexiva los caracteres de calculada y hábil, por ser dirigida con cierta *idea del fin*. Por otra parte, la índole generosa y abierta, expansiva de veras, de la filosofía de Guyau, y la constante preocupación que domina su pensamiento respecto del problema moral, le tenían que llevar por necesidad á considerar en toda su gravedad y en su plena importancia la cuestión de la educación. Como idealista (en el

buen sentido) que era Guyau, miraba siempre hacia el porvenir. Lo que será, cómo deben ser los hombres (problema educativo), cómo hemos de asociarnos con las cosas reales en lo futuro, teniendo presente siempre los resultados y las enseñanzas de la ciencia que se apoya en los hechos, todo esto es una preocupación fundamental en Guyau. El mismo nos lo indica de un modo verdaderamente hermoso y poético en el prólogo á su obra especialmente pedagógica: «Sólo en la paternidad, escribe, pero en la paternidad completa, consciente, es decir, en la educación del niño, es donde el hombre llega á sentir con todo su corazón. ¡Ah! ¡qué ruido, el ruido ligero de los piececi-tos del niño! Es el ruido suave y dulce de las generaciones que llegan, indecisas, inciertas como el porvenir. ¡El porvenir! Nosotros mismos somos los que acaso lo decidimos por la manera cómo educamos á las generaciones nuevas (1).»

La pedagogía, en verdad, tiene para Guyau una grandísima importancia. Véase, ante todo, cómo la define: «Es el arte de adaptar las generaciones nuevas á las condiciones de la vida más intensa y más fecunda para el individuo y para la especie (2).» Conviene, ante todo, notar cómo se aplica ahí el principio general de su filosofía (la vida, lo más intensa y lo más expansiva posible) á la educación. Se comprenderá así con cuánta razón decíamos que la teoría general de la vida, en Guyau, viene á ser una universalización de la idea pedagógica. Aquí la fórmula esencial es idéntica; lo característico de la educación está en que la conciencia, apareciendo y sabiéndose á sí propia, determina, mediante una dirección reflexiva, el camino de la vida según su naturaleza conocida, desviándola de las direcciones equivocadas que puede tomar por causa de la conciencia misma y de las influencias que sobre ella se ejercen y que pueden ser mal calculadas. «Se ha preguntado, continúa Guyau, si la educación tiene un fin indivi-

(1) *La Educación y la herencia*, Prólogo.
(2) Idem íd.

dual ó un fin social: en realidad tiene ambos fines; consiste precisamente en la investigación de los medios adecuados para armonizar la vida individual más intensa con la vida social más extensiva posible (1). Investigación esta que nace á causa de la cualidad de limitada que tiene la conciencia reflexiva, y que puede motivar el desconocimiento de la moral; porque, naturalmente, «existe una profunda armonía bajo las antinomias de la existencia individual y de la existencia colectiva: lo que es verdaderamente conforme al *summum* de vida individual (física y moral), es por lo mismo útil á la especie entera». De otra suerte, ¿cómo afirmar la universalidad del principio de la esencial correlación de la intensidad y de la expansión fecunda de la vida? Acaso reside ahí, como hace notar Tarde (2), un gran escollo de la filosofía moral de Guyau, escollo que, por otra parte, no creemos insuperable. Según Guyau, en vista de lo dicho y en vista de toda la filosofía, la educación debe tener un triple fin: «1.°, desenvolver armoniosamente en el individuo humano *todas* las capacidades propias de la especie humana y *útiles á la especie*, según su importancia relativa; 2.°, desenvolver particularmente en el individuo las capacidades que parecen serle especiales, *hasta donde no dañen al equilibrio general del organismo;* 3.°, contener y someter los instintos y tendencias susceptibles de perturbar este equilibrio.»

En estas breves y concisas frases, puede decirse que Guyau ha sabido resumir y aun sintetizar de un modo muy adecuado *el ideal de la moderna pedagogía*. Ahora bien: el contenido del libro póstumo del insigne filósofo francés sobre LA EDUCACIÓN Y LA HERENCIA, comprende, con la aplicación particular del punto de vista general de la filosofía de la intensidad, y de la expansión vital á la educación de la humanidad, el desenvolvimiento de la indicada definición de la pedagogía y la explicación del triple fin asignado á la educación. Y hago aquí

(1) *La Educación y la herencia.*
(2) *Revue Philosophique*, lugar citado.

punto. El lector verá que no hay exageración en ninguno de los juicios expuestos. Seguro estoy de que, independientemente del juicio que merezcan estas ó aquellas ideas de Guyau, y aunque no se esté conforme con sus opiniones más capitales, nadie dejará de leer su hermoso libro con el placer intenso que produce siempre la lectura de una obra simpática, en que un alma amorosa y pura ha sabido reflejar sus mas bellas y hermosísimas cualidades.

A. POSADA,
Profesor en la Universidad de Oviedo.

LO QUE ERA EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

LA TRIBUNA DE LOS PERIODISTAS EN 1864

I

Caracterizó, desde su moderno origen, á las instituciones representativas reformadas, en nuestra patria, una sabia ponderación de las energías sociales, en que se hallaban en razonable equilibrio todas las fuerzas de la nación. A la acción directiva de los Parlamentos fueron llamadas desde las Cortes de Cádiz, las posiciones eminentes, los intereses generales, las aptitudes facultativas, y como suma y clave el talento que todo lo abarca, que á todo presta movimiento é iniciativa, y todo lo esclarece y lo dignifica.

Aun bajo la forma arcáica que la suma ilustración de Martínez de la Rosa dió á los célebres Estamentos de Próceres y Procuradores con que inauguró el edificio ya imperecedero de la soberanía legislativa, al empezar el reinado de menor edad de Doña Isabel II, palpitó ya en aquellas singulares asambleas de 1834, de 1835 y de 1836 el signo característico de la antedicha ponderación en todo su hermoso y trascendental relieve: bien que sea preciso reconocer que éste no llegó á su auge hasta después de las Constituyentes de 1837, de las generales que redactaron la Constitución de 1845, y posteriormente

de todas aquellas situaciones alternativas culminantes, por las que nuestros diversos partidos y agrupaciones políticas, por la voluntad de la corona, el imperio de la opinión ó las violencias revolucionarias, pasaron por el poder.

Recomendable escuela y palenque donde se formaban los hombres políticos antes de pisar el estadio parlamentario y de ascender desde sus escaños á la cima de los ministerios públicos, fué también, desde la cuna del sistema, el periodismo, que en la forma persistente en que desde entonces se halla constituido, á pesar de las varias evoluciones con que perennemente progresa y se perfecciona, nació casi conjuntamente, y como por complemento de aquél, en la misma infancia de reparadoras instituciones. De Madrid, cuando segunda vez las tropas napoleónicas de 1808 se aproximaban á la capital para hacer ya de ella por largo tiempo la corte del intruso rey José Bonaparte, llevólo al refugio de Cádiz el agente fiscal de la Real y Suprema Junta General de Comercio, Moneda y Minas, D. Manuel Josef Quintana, que desde que en 1805 publicó un tomo de odas pindáricas á los hechos más sublimes de aquel tiempo, se había colocado en la primera graduación entre los grandes poetas, los Moratín, los Meléndez Valdés y los Cienfuegos, y cuya ira patriótica no se satisfizo con arrojar los inspirados apóstrofes de su lira sobre los odiados invasores de nuestro territorio. Para cooperar á la obra magnánima de la independencia de la patria por medio del levantamiento é insurrección nacional y á la regeneración del país desmoralizado por el largo entronizamiento de costumbres que no eran propias y de una abrumadora servidumbre, por medio de la reforma fundamental política, fundó el *Semanario Patriótico*. Fué éste en España el primer período de discusión y propaganda que surgió de tan aflictivas circunstancias. En él tuvo el fundador por colaboradores, en Madrid, al canónigo de San Isidro, D. Martín de Navas, cuya pluma fué un aríete contra la Inquisición, y al catedrático de Astronomía, Geografía é Historia del Real Seminario de Nobles, D. Isidro Antillón,

cuya actividad propagandista le constituyó desde entonces en un verdadero apóstol de la prensa en Cádiz, en Zaragoza y en Palma de Mallorca. Luego que pasó á Sevilla, llamó Quintana á la colaboración de su *Semanario* á D. Alberto Lista, el gran literato, didáctico y matemático de su tiempo, y á aquel don José María Blanco, que, arrojado más tarde á la proscripción política, no sólo renunció para siempre á su patria, sino hasta abjuró de la fe y de su culto. Por último, en Cádiz redactaron en el *Semanario Patriótico* D. Juan Alvarez Guerra, que prosiguió una larga carrera política, y D. Eugenio Tapia, otra de las ilustraciones preeminentes de su tiempo y de España hasta mitad de este siglo.

Mas el ejemplo de Quintana tuvo luego muy eficaces imitadores, sobre todo en aquella entusiasta juventud ilustrada, que en alas del patriotismo y del talento afluyó á Cádiz á tomar parte en las emociones políticas de una lucha tan acerada y tan constante, y en que á ningún soldado se negaba cuartel de asilo ni arma de combate. Aquella juventud inició desde las páginas de los periódicos la lícita ambición á los puestos supremos, constituyendo en ellos la cátedra del derecho público, y en aquella falange, al lado de los talentos medianos, como Capmany y Puigblanch, Jérica y Jiménez Guazo, Sánchez Barbero y aquel D. Bartolomé José Gallardo, que nunca en lo moral fué sino un espíritu envidioso y un genio malignamente caústico, como producido por un carácter atrabiliario; lozanearon con grandes vuelos para el porvenir Martínez de la Rosa y Alcalá Galiano, Saavedra, el que fué después duque de Rivas, Pando, el marqués de Miraflores, Estrada y Sepúlveda, el marqués de Villapanés, y algunos otros de los que, no sólo conllevaron con honor en cárceles y ostracismos ó supieron esquivar con ingenio las violencias de la reacción de 1814, sino que, renunciando á la revancha irreverente y licenciosa de 1820, se dispusieron con mágico prestigio de moderación y templanza, para las posiciones culminantes que á la muerte de Fernando VII pudo ofrecer á sus grandes aptitu-

des la reina gobernadora Doña María Cristina de Borbón, en la combatida minoridad de las dos idolatradas huérfanas de la corona.

II

Ejemplo raro de una actividad intelectual, como jamás, ni en el cielo áureo de los Austrias, bajo Carlos V y los tres Felipes que le sucedieron, tuvo semejante, dió la nación entera, en todas sus regiones y provincias, apenas sonrió, á la muerte del último soberano de autoridad personal absoluta, la aurora espléndida de la libertad, inaugurada ya brillantemente por María Cristina, desde su advenimiento de Nápoles al tálamo conyugal de este monarca. Despertáronse por todas partes las sociedades literarias, y en aquel fervoroso culto á la poesía, se encerraron los gérmenes vigorosos de una universal y completa transformación. Más que como un apostolado, como una irrupción impetuosa, vino á la prensa de Madrid el torrente del talento diseminado por todos los ángulos de la monarquía. A *El Siglo,* que fundó D. Bernardino Núñez Arenas, en Enero de 1834, refluyeron el andaluz Pacheco y el gallego Pastor Díaz, el viejo castellano duque de Frías y el extremeño Espronceda, el venezolano Ventura de la Vega y el catalán Ros de Olano. Pocos meses después fundó Iznardi y dirigió Mendialdúa, el famoso *Eco del Comercio,* más acentuadamente liberal que *El Siglo,* y en él se reunieron como redactores el elocuente orador D. Joaquín María López y el polemista don Juan Bautista Alonso, el sabio D. Fermín Caballero y el activo D. Fernando Corradi, el economista D. Félix Bona y el folletinista D. Florencio Parreño. Con tales elementos, aquel periódico pudo ostentar desde entonces toda la variedad y toda la riqueza de matices y facultades que necesitaba ese magis-

terio, que tenía por base la general instrucción popular por medio de la crítica de los actos complejos de una administración pública que en todas las esferas de sus funciones varias iba á renovar la vida y á trocar los moldes del pasado por otros nuevos.

Nunca podrá olvidarse un periódico regenerador dotado de más poderosas iniciativas. Pero todavía Pacheco, aquel mismo año, muerto *El Siglo* en flor, hizo otra tentativa de periódico conservador, en *La Abeja*, que, adoptando las formas que el modernismo le imponía, nada tuvo de común con *El Censor* de los afrancesados de 1820. Para esto contó con Bravo Murillo y Donoso Cortés, otros dos extremeños de superior ascendiente, los cuales en la esfera de la inteligencia se cernían á la altura de los conterráneos más ilustres que en el palenque de las armas conquistaron de los pasados tiempos militares la fama más aventajada en los dos mundos. Alternó con estos Oliván, hombre de ciencia, y Pérez Hernández, hombre de derecho, con Roca de Togores, después marqués de Molins, literato ilustre y con Ríos Rosas, hombre de la tribuna y el foro, con Bretón de los Herreros, el más ameno de nuestros poetas, y con Gervasio Gironella, el más discreto de nuestros publicistas. Con esta difusión de capacidades, abrazó ya este periódico las esferas más sublimes de la ciencia, de las letras y de las artes, y pocos de los que nacieron á la vida pública colaborando en su redacción política dejaron de alcanzar el puesto de ministros del Trono ó los más empinados de la alta administración. No obstante, todavía el malagueño D. Andrés Borrego, que logró sobrevivir á su tiempo, no había fundado la grande escuela del periodismo político moderno, en el primero de aquellos dos periódicos de su dirección, *El Español*, de 1835, y *El Correo Nacional* de 1838, de cuyas columnas salieron oradores parlamentarios y hombres de Estado del notorio rango en que rayaron el mismo estadista Pacheco y el tribuno González Brabo, Benavides y Sartorius, después conde de San Luis, el laborioso Escobar y el ingenioso Campo-

amor, el poeta-filósofo García Tassara y el urbano crítico don Antonio María Segovia. Con estos nombres ¡qué esplendores no había de ofrecer la nueva aurora de la regeneración que alcanzaron!

Varonil fué el impulso y magnífico el espectáculo que dió la prensa española, ejercida y desempeñada entonces por los hombres que la opinión señalaba entre los primeros representantes del foro, entre los más conspicuos poetas y literatos que ennoblecían el movimiento regenerador, y por los que teniendo delante el ejemplo de actividad de los intereses que producen la riqueza y el bienestar públicos, que simultáneamente con el progreso intelectual y el político, ofrecían otras naciones á las que se reputaba mas adelantadas que la nuestra, entraban en la promoción del desenvolvimiento de estos intereses con espíritu de iniciativa que servía de poderosa palanca á la tradicional apática condición de nuestra raza. El impulso de atracción en las provincias era cada vez más sugestivo. Llegaba á Madrid cada cual con el tesoro de sus propias facultades, y para todos había horizontes espléndidos, realidad del momento y esperanzas sonrosadas de porvenir. El romántico Larra, el satírico Lafuente, el profundo Estébanez Calderón, el cáustico González Brabo, el festivo Segovia, acreditaron con las sales de sus ingenios los pseudónimos de *El Pobrecito Hablador*, *Fray Gerundio*, *El Solitario*, *Ibrahim Clarete* y *El Estudiante*, con que su fama política literaria ha llegado á la posteridad. Esta parca disposición de sus talentos no fué suficiente para escalar todas las alturas. Los Zaragoza, los Carriquiri, los Rivas, los Casariego, los Sevillano y los Salamanca, hombres de talento financiero, antes de acometer sus grandes empresas de especulación é industria, fueron cooperadores y miembros de las sociedades literarias y de los periódicos de partido. En ellos fundaron la base de su crédito y el escabel de las operaciones bursátiles, financieras, comerciales y fabriles que les condujeron á la opulencia. Los mismos generales y jefes del ejército que en el Norte, en el Este

y en el Centro sostenían la lucha sangrienta en la disensión civil causada por las pretensiones del infante D. Carlos María Isidro á los derechos del trono, se constituían en gratuitos corresponsales de los accidentes de la guerra y de las corrientes de la política en la opinión del ejército. De aquí salieron después los caudillos que se habían de suceder casi durante medio siglo en las dictaduras del sable; de aquí Espartero, Narváez, los Conchas, los O'Donnell, Serrano, Prim; sólo en este palenque naufragó el genio militar más grande que nuestro siglo ha producido en España: el general D. Luis Fernández de Córdova, que en los campos de Mendigorría trocó su fortuna el hasta entonces esquivo astro de aquella guerra.

A la prensa, sin embargo, hay que reconocer como el núcleo principal de todo este movimiento. Toda evolución que se preparaba tenía por primera cátedra y clarín de sus pretensiones algún periódico. Todo personaje que aspiraba á constituir una iglesia, una jefatura y tras esta una situación de gobierno, se hacía representar desde luego por un órgano de publicidad. A éstos acudían los auxiliares que el día del triunfo habían de compartir con el jefe las dádivas de la fortuna, y así aquel número prodigioso de los que aparecieron y desaparecieron, á veces con la rapidez con que brotan, germinan, florecen, fructifican y se secan, tras una leve lluvia, las plantas del desierto, donde el mismo sol que fecunda la simiente, preside todas las evoluciones de su germinación y las agosta. ¿Pero qué importaba esta existencia momentánea si al cabo se hacía fértil? Cada periódico, hasta los más oscuros, amamantó en su seno alguno ó más nombres á quienes hizo germinar próvidamente en los comicios y en el Parlamento, y florecer y dar su fruto en los Consejos de la Corona; de cierta manera, cada legislatura nueva venía nutrida de un nuevo y opimo tributo rendido al talento en estos combates de la opinión, y cada nueva situación se ilustraba con nuevos y nobles caracteres á quienes el aplauso común del país ya había reverenciado en otras esferas de actividad intelectual.

La avalancha era incesante: en *El Corresponsal*, de 1839, se reveló un gran economista: D. Luis María Pastor, que fué más tarde el director y maestro de toda aquella escuela joven, ilustrada y científica que, iniciada en las sociedades económicas de Londres, profesó en España las doctrinas científico-literias del librecambio. *El Espectador*, de que fué el alma el ilustre general, historiador y académico D. Evaristo San Miguel, duque de este nombre, en 1820 y en 1841, fué á la vez el plantel del genuino partido progresista, heredero tradicional de los exaltados de las Cortes de Cadiz, y á la par el manubrio que empujó la rueda de la fortuna después del sitio de Bilbao en favor del general Espartero, para llevarle con el prestigio de sus triunfos militares en el Norte y de la paz firmada en Vergara, á derrocar á la madre de la Reina Regente y gobernadora del Reino, usurpándola para sí las altas atribuciones que le concediera el testamento de Fernando VII y el apoyo del fervor popular que disfrutó mucho tiempo.

De allí salió el americano Baralt y el filósofo Scoane; Díaz Quintero, ciego idealista republicano, y el conde de Cortina, ilustre jurisconsulto; Fernández de los Ríos y Alfonso Escalante, hombres de perenne acción y de pasiones fanáticas; el venezolano por la cuna, aunque español por los afectos, José Heriberto García de Quevedo, que murió más tarde en las barricadas de la *Commune* en París, y Santa Ana, que tuvo posteriormente el acierto de reformar el periodismo con las *Cartas autógrafas* y *La Correspondencia*.

De *La Postdata* fueron notables hechuras políticas y literarias el conde de Sanafé y Esteban Collantes, y de *El Heraldo* el conde de San Luis, Bertrán de Lis y Cos-Gayón. El gran filósofo cristiano D. Jaime Balmes hubiera vivido inmortal con la política de reconciliación que sustentó en *El Pensamiento de la Nación*, si su alto numen científico no le remontara con más alto vuelo á las mayores cumbres de la ciencia, con sus obras inmortales de perpetua actualidad y de perenne magisterio, etc., etc. *El Clamor Público*, de Corradi,

no sintetizó este nombre, pues ofreció en breve aquella numerosa legión de colaboradores ilustres, de cuyas filas se destacaron Rascón y Ulloa, con Anduaga y Barroeta, Gálvez Cañero y Santos Lerín. Moreno López fué el espíritu de *El Tiempo;* D. Alejandro Món y D. Pedro José Pidal, los de *El Faro;* y Cánovas del Castillo, todavía mozo y recienvenido de Málaga, el de *La Patria*, también fundado por Pacheco; Núñez de Arce nació á la vida política y á la vida literaria en *El Observador;* D. José María Bremón, jefe de una dinastía de literatos; Navarro Villoslada, Daniel Moraza y el poeta de las flores Selgas Carrasco en *La España*, de D. Pedro Egaña; y en *La Época*, fundada en 1849, no sólo el después conde de Coello, su fundador, y D. José Ignacio Escobar, primer marqués de Valdeiglesias, el glorioso sostenedor y continuador de su autoridad y de sus tradiciones, sino D. Francisco de Paula Madrazo, escritor de las más varias aptitudes; Fernández Manrique y D. José Lorenzo Figueroa, publicistas de elevado concepto; Navarro Rodrigo, que abordó todos los ramos de la literatura política, y Pedro Antonio de Alarcón, poeta, narrador y novelista incomparable; Zacarías Casabal y Alvarez Bugallal, caracteres constituidos por íntimas convicciones; Maldonado Macanaz y López Guijarro, cuna fué de *La Nación,* de donde salieron Montemar y Romero Ortiz, Daniel Carballo y Rua Figueroa. No hablemos de *Las Novedades*, fecunda en notabilidades, como Barrantes y Emilio Bravo, Biedma, Pérez Galdós y Picatoste; no hablemos de *El Diario Español,* con sus dos López Roberts y Lorenzana, bajo la dirección de Rancés, con su Suárez Inclán y su Federico Villalba, con su Rodríguez Varó y su Isidro Autrán: sólo recordemos aquella batalladora *Iberia*, fundada por Calvo Asensio, órgano de Olózaga, que dirigieron Sagasta y Llano y Persi, y cuyo santoral enriquecieron nombres como los de Carlos Rubio y Rosa González, Carratalá y Ruiz de Aguilera.

III

¿Es fuerza registrar otros centenares de nombres ilustres en esta brillante estadística de treinta años, para conocer la importancia que en todo este discurso de tiempo se dió al talento? Repasando las legislaturas de los cuerpos colegisladores celebradas durante treinta años y el catálogo de los ministerios que gobernaron al país, se observa qué clase de culto entonces se rendía al principal instrumento y palanca que tenía el progreso general de las inteligencias, de las costumbres, cuando el periodismo no era una industria, sino un sacerdocio, y á la vez palestra y piqueta: así llegó á constituir un poder en el Estado, teniendo por única soberana la opinión. Sobre él se erigía el poder real y el poder ministerial; pero este último, desde los tiempos de Martínez de la Rosa, decoró sus Estamentos con tal lujo de autoridad y riqueza de nombres y prestigios, que aquellas primeras Cámaras representativas parecían recuerdo de los antiguos Concilios góticos y de las Cortes aristocráticas y legendarias de la Edad Media. En ellos, después de ocupar el primer puesto la Iglesia y el alto patriciado de la sangre y de la historia, se marcó la norma para el porvenir sobre la supremacía concedida al talento en las insignes representaciones que en una y otra Cámara se le dió. Al duque de Ahumada, marqués de las Amarillas, veterano de las guerras napoleónicas; cuya espada vencedora en los campos de batalla se adornaba con las guirnaldas de purpúreas rosas en que la entrelazaba el favor de las musas, se otorgó la primera presidencia del Estamento de Próceres: su vicepresidente era el duque de Gor, otra ilustración preeminente de su tiempo. Autorizaban la mesa, como secretarios, el duque de Rivas y

el duque de Veragua, los dos poetas, otro erudito, Clemencín, y el gran jurisconsulto y magistrado Cano Manuel. En el Estamento de Procuradores, al conde de Almódovar, que presidía, acompañaba otro gran hombre de derecho: D. Antonio González, el cual llegó después á presidir los Consejos de la Corona, con otros dos publicistas y hombres de saber y de ciencia, ya insignes, á pesar de su extremada juventud: el conquense don Fermín Caballero, distinguido en las controversias del *Boletín de Comercio,* con Gil y Zárate, Estébanez Calderón y Bretón de los Herreros, y el cántabro D. Telesforo de Trueba y Cossío, que unía á la capacidad superior del escritor político y del abogado del foro el ímpetu inicial de las grandes empresas que han hecho ya perenne, por medio de la producción y del trabajo, la suerte de las provincias que representó.

Al Estamento de Próceres se le dió tal composición al ser por vez primera constituido, que parecía una Cámara verdaderamente imperial y una asamblea digna de ser presidida por un soberano como nuestro legendario Carlos V. Todavía no se había hecho la desvinculación de los mayorazgos, ni se habían disuelto, como posteriormente ha sucedido, los solares primitivos de la vieja aristocracia española, heredera de las grandes glorias históricas del pasado. Aún los Osunas se llamaban *Girones, la Cerda* los Medinaceli, *Mendoza* los Infantado, *Guzmanes* los Medina Sidonia, *Córdovas* los Sessa, y *Toledos* los Alba. Con Veragua y Puñonrostro, Ucedas y Malpicas, de viejo abolengo, alternaban Bailenes y Zaragoza, reennoblecidos heroicamente durante las últimas guerras de independencia y emancipación. Todo lo demás lo ocupaba el alto sacerdocio, es decir, el episcopado, y á su lado el talento. Vióse entonces entre los más ilustres blasones de la vieja aristocracia de Aragón y Castilla, tomar puesto de propio derecho al gran lírico Quintana, al historiador Burgos, al jurisconsulto Alvarez Guerra, al erudito Fernández Navarrete, al publicista López Pelegrín, y con ellos á los hombres de la alta administración, como los Pezuela, que habían gobernado el Perú, los Parga, que te-

nían la clave de la Hacienda, los García Herreros; Ibar Navarro y Gil de la Cuadra, que habían llegado á la cumbre de la magistratura; al diplomático Bardají y Azara, conocido en todas las Cortes de Europa, y á los generales más ilustres de la armada: Alava, Vigodet, Ruiz de Apodaca y Valdés.

Verdaderamente, no estaba constituido con desventaja al de Próceres el Estamento de Procuradores: á él pertenecieron el divino Argüelles, patriarca de las libertades constitucionales; Alcalá Galiano, mandado con Istúriz por la misma ciudad de Cádiz; Mendizábal, que vino por la heroica Gerona, el latinista D. Juan Gualberto González, elegido en Huelva, el conde de las Navas, que fué uno de los representantes de Córdoba, el de Toreno, que recibió á la vez los sufragios de Oviedo, su país natal, con Florez Estrada y Argüelles, de Cuenca, con Caballero y Cano Manuel, y además por Valladolid. El prebendado Alcántara Navarro, y León Bendacho, fueron los apoderados por Málaga; Romero Alpuente, uno de los procuradores de Teruel, y Seoane y Cortina, de Sevilla. Arango, Kindelán y O'Gabán, procedían de la isla de Cuba, y García Camba de las de Filipinas. El integérrimo D. Martín de los Heros fué favorecido con la representación de Vizcaya, é igualmente otras reputaciones que entonces alcanzaban gran crédito en la opinión, aunque no tan perspicuas y salientes como las que desde aquel punto de partida se fueron formando después, ya en periodistas, como Izaga y Gálvez, ya en jurisconsultos, como Marichalar, Cambronero y Somoza, ya en notables por la posición de su opulencia, como los Fontagut Gargollo y los Fontcuberta, los Domecq y los Galwey, ya, en fin, como parte integrante de aquel patriciado titulado, más en grande, cuyos derechos no alcanzaban á la altísima consideración de la Cámara de los Próceres, mas que desde luego se apresuraba á cobrar su puesto en las esferas donde palpitaban más vivas las emociones de la patria. De este número eran, entre otros, el duque de Montellano, los marqueses de Guadalcázar, Espinardo, Someruelos, Falces, Monsalud, Montevirgen

y Valladares, los condes de la Saceda, de Huti y de Adanero, el vizconde de San Simón y el barón de Alcalí.

IV

En esta serie de nombres ilustres, con los que no pueden menos de hallarse familiarizados cuantos conocen la historia de nuestro siglo, se observó desde un principio, más bien una tentativa, que una realidad definitiva. Pero no podía ser otra cosa. Aquella época daba principio á todas las cosas, y en las esferas de la inteligencia, el período de tristísima reacción que abarcó desde el término de la segunda época constitucional y la reposición de Fernando VII en su solio de Madrid con el auxilio del ejército francés del duque de Angulema en 1823, hasta la feliz llegada de María Cristina á España, había sido una negra laguna en que se había provocado, por todos los medios de opresión y vilipendio imaginables, ahogar las menores expansiones del talento. La resurrección y la actividad vinieron después; pero ya bastaron los tres años transcurridos desde la muerte del rey hasta la reunión de la tercera Constituyente de 1836, para que del seno del periodismo político militante brotase toda la falange numerosa que compartió con el poder militar, hasta 1875, el omnímodo imperio y la omnímoda posesión del poder, que facilitaba la posesión del gobierno.

Las Cortes de 1836, que redactaron la Constitución de 1837, y las que les siguieron hasta 1841, se vieron asistidas, ó como diputados ó como senadores, en alas de la supremacía intelectual, por Mendizábal, cuyo nombre sólo simboliza un período reformador de aquella época; Arrazola, que el mismo año de su elección fué ministro; Barrio Ayuso y Benavides, que, habiéndose iniciado en la vida política como redactor de *El Correo Nacional,* después, más tarde en *La Patria* con Pacheco

y con el entonces joven Cánovas del Castillo, preparó el movimiento de 1854. Allí estuvieron los Bermúdez de Castro, que de abolengo traían los servicios públicos á la patria y á la monarquía en los cargos superiores del gobierno y de la diplomacia; Bautista Alonso, educado también por aquel tiempo en *La Abeja* por Pacheco, y que después se alió con González Brabo para escribir las punzantes sátiras y diatribas de *El Guirigay,* en que no se perdonó á nadie, ni á Dios ni al diablo; el marqués de Gerona, recién venido de Granada, asido á la cuerda de Martínez de la Rosa, y que á su vez constituyó otra cuerda granadina para sus sobresalientes colaboradores de *La Alhambra;* Donoso Cortés, el filósofo-poeta, venido de Extremadura para inaugurarse en *La Abeja* y *El Porvenir,* y brillar con luz inextinguible, primero en *El Correo Nacional* y *El Piloto,* después en los Parlamentos y en las embajadas, y siempre en los dominios de la ciencia y del arte; Egaña, fundador de *La España,* periódico cuyo fondo de moderación le mantuvo siempre en la frontera ultraconservadora, cultamente crítico y esmeradamente literario, constituyendo por mucho tiempo la excepción del buen sentido entre el fragor de las polémicas apasionadas de partido; Estébanez Calderón, que desde que volvió del ejército del Norte, en donde en tanto aprecio le tuvo el general vencedor de Mendigorría, hizo sus armas literarias y políticas en *El Corresponsal;* Fernández Baeza, salido de las *Revistas* docentes de Legislación y Derecho; Fernández de los Ríos, aquel espíritu emprendedor y activo que ya quitaba de las manos de Mesonero Romanos el *Semanario Pintoresco Español* para imprimirle un nuevo impulso de progreso artístico y literario, ya fundaba *Las Novedades* para operar otra transformación progresiva siempre al ambiente un poco rutinario en que desde su origen vegetaba el periodismo político; Gil de Orduña, cuya procedencia política arrancaba de *El Publicista Español,* que había dirigido en 1813, y González Caborreluz, que penetró en el Senado con las aureolas de *El Universal,* creado y dirigido por él en 1820.

La falange era numerosa, y no acababa con esto. Allí ocupaban también un puesto que se estimaba más que el voto del cuerpo electoral, el derecho y la inmunidad del talento acrisolado en la asidua lucha de la prensa, el italiano, naturalizado en España y vuelto más tarde á repatriar en su país, Marliani, que fué senador en España y senador en Italia, inaugurando en una y otra parte las auroras respectivas de la libertad de uno y otro pueblo; Fuente Andrés, el redactor infatigable de *El Amigo del País,* y Madoz, el de *El Centinela;* el cultísimo D. Miguel Salvá; el general San Miguel, que ya de Asturias había traído á las columnas de *El Espectador* al por tantos títulos ilustre D. Pedro José Pidal; D. Francisco Agustín Silvela, quien, después de haber cerrado los ojos al morir proscripto en Francia á su amigo Moratín, se restituyó á España y dejó una gallarda prole toda literaria, política y de talento superlativo; los jóvenes generales D. Juan de la Pezuela y D. Antonio Ros de Olano, para quienes del mismo modo eran familiares las lanzas de Marte y los laureles de Minerva; el barón de Bigüezal, después conde de Güendulain, otro prócer insigne navarro, honor de las armas y de las musas castellanas; D. Alejandro Mon, que ya en *El Fénix* y en *La Estrella,* de que fué redactor, ensayaba las cuestiones que algunos años más tarde habían de unir su nombre á una de las reformas más importantes y eficaces de nuestro siglo en el régimen de la tributación; Olózaga, fogoso orador, hombre práctico en las cuestiones de su interés, y de audacia y de fortuna legendarias, á quien acababa de privársele de la dirección de *El Diario de Administración* para encomendarla á Pacheco, su adversario en todo; Posada Herrera, espíritu sutil y volteriano, de cultura poco común, y otro de los maestros más sabios que teórica y prácticamente han dejado al porvenir sistemas administrativos de permanente eficacia; y, para no ser más cansado, un Gómez de la Serna y un Pérez Hernández, que extendían y popularizaban la ciencia jurídica en las *Revistas de Legislación;* un García Blanco, que del mismo modo

cultivaba sus facultades en las de *Instrucción general;* un López Pelegrín, promovedor de las de *Medicina;* un Monares, que redactaba las de *Obras Públicas,* y otros varios escritores, ya facultativos, ya meramente literatos y ya meramente políticos, escogidos con amplio espíritu de protección entre los colaboradores asiduos de la prensa semanal, bisemanal y aun diaria.

A las provincias se había propagado el ejemplo de los gobiernos de Madrid de erigir la supremacía de la inteligencia en el instrumento directivo de toda la sociedad política que regeneraba á España, troquelando los moldes nuevos de la vida civil, y solamente la de Málaga, en las elecciones que sucedieron á la promulgación del Código político de 1837, envió de una vez por representantes de aquella opulenta comarca á Ríos y Rosas, el gran orador y tribuno, el Marqués de Casa Irujo, perspicuo estadista y cortesano, á D. Andrés Borrego, el transformador del periodismo en nuestro país, y cuya pluma militó con gloria en los periódicos de París y Londres, familiarizado con los principios de la cultura europea, y Ros de Olano, Peña Aguayo y Estébanez Calderon, juntamente con un Larios, un Galwey y un Blake y Monsegur, que representaban los derechos de la opulencia.

A la tradición por estos precedentes establecida, no se faltó ya nunca y continuó dando el patrón á todas las situaciones que entre luchas de la emulación más enconada se sucedieron durante más de veinte años. Gloria de los partidos era llevar á los Parlamentos los hombres más ilustres en todas las esferas de la cultura intelectual, sin que del mérito personal hiciera la envidia un delito, ni los intereses de otro género en la rivalidad un obstáculo, radicando únicamente en este punto las líneas diferenciales entre los diversos partidos en las ideas, en los principios, en el sistema y en los procedimientos de gobierno, y reconociéndose por todos en cada uno, no sólo como cosa lícita sino hasta loable, la puja de celo por el bien y el progreso moral y material de la patria, que hacía de la prensa como

preparación para el Parlamento, no un oficio bajo y plebeyo, no un ministerio fiscal y delator oficioso, sino una escuela, una cátedra, una profesión, un sacerdocio.

Nadie se atrevió entonces á atentar contra el signo de esta elevada representación, aun habiendo asaltado el periodismo el tabernáculo del poder que de hecho ejercía en brazos de la opinión. Todos le lisonjeaban. Espartero, durante su Regencia, complacióse en abrir las puertas de las Cámaras á todos los jóvenes ilustrados que sus más entusiastas partidarios pudieron catequizar, ó que en el fervor que en aquel tiempo despertaban los sucesos y los personajes que los dirigían sentíanse espontáneamente atraídos por el influjo del caudillo de Bilbao y de Luchana y el sostenedor de las ideas extremadas de los impenitentes de 1812. De *La Nación,* se atrajo á Sagasti; de las cátedras universitarias de Economía política, á don Eusebio del Valle; de *El Clamor Público,* á Corradi y Gálvez Cañero; de los magisterios de Salamanca, á Gil Sanz, á quien Rivero ofreció más tarde las columnas de *La Discusión;* de la nobleza linajuda de Valencia que en sentido opuesto á la que en D. Carlos había abrazado los principios del tradicionalismo, se ofrecía á la vanguardia en la próxima irrupción de la democracia, al famoso demócrata marqués de Albaida; de *El Siglo,* al poeta genial D. José de Espronceda; de *El Labriego,* á García de Villalta; de *El Guirigay,* á González Brabo. De *El Estado,* aunque adversario, permitió tomaran la investidura representativa Campoamor y Jaumar; y como por derecho propio brindó esta misma jerarquía á Ordax y Avecilla, que le apoyaba desde su periódico *El Regenerador.*

Otro cuadro no menos brillante se ofrece á este respecto después de la caída de la regencia usurpadora y de la proscripción á Londres del duque de la Victoria; los partidos conservadores volvieron á hacer, como antes hizo Martínez de la Rosa, nueva y gallarda apelación á la cooperación del talento, en las vísperas de la declaración de la mayor edad de la Reina, de los matrimonios reales y de la reforma cons-

titucional de 1845. Entonces, como antes al gran lírico Quintana, se dió asiento en el Senado á D. Juan Nicasio Gallego, mientras en el Congreso se sentaba también por vez primera la gran colonia sevillana de los González Nandín y Puente Apecechea, de los D. Alejandro Llorente y García de Tassara, poeta y militar. Trajo á las Cortes D. Patricio de la Escosura el molde peculiar de la elocuencia, Fernández de la Hoz, D. Gervasio Gironella, D. José Joaquín de Mora, don Claudio Moyano, D. Diego Coello y Quesada, D. Agustín Esteban Collantes, el marqués de Tabuérniga, Fermín Gonzalo Morón, D. Modesto Lafuente; todos fueron creación de aquella etapa en la que, reclamándose incesantemente la colaboración de la inteligencia, se unían con ella fuerzas á fuerzas para la obra inmensa del empeño común.

Era uniforme y constante este criterio para todos los hombres públicos y para todos los partidos y todas las asociaciones. Nunca se convocaron Cortes nuevas por cualquiera clase de gobierno, en que no se diera esta participación numerosa en las candidaturas apoyadas por la intervención oficial ó por la nunca enteramente respetada iniciativa de los distritos á los hombres de inteligencia cultivada, no sólo en las carreras facultativas, sino en las puramente literarias, y sobre todo en las batallas cotidianas y asiduas de la prensa política.

Se hace preciso reconocer, á pesar de todo, que el período en que el fuero reconocido al talento llegó á su mayor grado de esplendor, después de veinte años de continuo aporte, fué el que, tras la reacción de 1856, presidió el ilustre duque de Tetuán, D. Leopoldo O'Donnell, en su ministerio grande de los cinco años, llamado de *la Unión liberal*. El antiguo conde de Lucena tenía verdadera debilidad por el talento, y su mayor complacencia se cifraba en tenerlo siempre cerca de sí, ya formase disciplinado á su espalda, ya se mostrase batallador á su frente. Las letras no eran su carrera, y su espada sentía la necesidad, la atracción hacia aquellas aptitudes que no eran la suya, que no le deprimían ni le amenguaban los

rayos de su luz. De cualquier manera, las contaba como una fuerza más y la más poderosa para el planteamiento y el acierto de los planes de gobernación que sustentaba, y las brindaba al acceso á la vida directiva del Parlamento con franca liberalidad. Es verdaderamente brillante y hermoso el cuadro que ofrecía la Cámara popular formada bajo el gobierno del general O'Donnell por Posada Herrera, y en que todas las luchas de la elocuencia llegaron hasta las cimas de la sublimidad. El Congreso de 1859 á 1863 tenía una numerosa representación de meros literatos; una representación aun más extensa de periodistas de todos matices, y la representación más espléndida que jamás han tenido cada una de las oposiciones, desde la republicana y la legitimista hasta la progresista y la moderada. La Cámara fué presidida por Martínez de la Rosa, el estadista ilustre de 1834. Habiendo pasado su tiempo político, en que tantos servicios prestó al establecimiento de la monarquía representativa y á la consolidación del trono de Doña Isabel, conservaba el alto rango de su antigua posición, autorizado doblemente siempre con sus altos laureles de literato. Posada Herrera le dió en el Parlamento una verdadera corte de estos últimos. Formáronla, no sólo las reputaciones antiguas de los Lafuente y los Madoz, exaltados en los conocimientos de la Historia y de la Geografía patria de que dejaron publicadas obras maestras, sino la gente moza y nueva salida de todos los liceos intelectuales. De este número eran López de Ayala el gran dramaturgo, Alarcón el gran narrador, Eugenio Florentino Sanz uno de los poetas más elegantes de nuestro siglo, el entonces vizconde del Pontón, orador de Ateneo y hombre de la cultura política de un lord, Barrantes en quien la péñola del periodista no embotó las aptitudes investigadoras de la literatura y de la historia, Juan Valera, el agudo crítico y novelista, Camprodón el zarzuelero, el vizconde de Rías, poeta casi incógnito de atildadas composiciones y Tenorio de Castilla, poeta cortesano, y por último aquel Carlos Perier, alma dulce, benéfica é ingenua, que antes de ir á poner la razón y la

vida en manos de la Compañía de Jesús, conducido por su fe religiosa, asociado á Concepción Arenal empleó virilmente su pluma en días aciagos y turbulentos en la *Defensa de la Sociedad*.

A la prensa periódica entonces se le otorgaron todos los fueros de la predilección. El palacio de las leyes abrió ampliamente sus puertas á los directores de los periódicos adictos: á Coello y Quesada, á Rancés y Villanueva y á Santa Ana. Con ellos penetró en el alto recinto gran número de sus colaboradores más distinguidos. Entonces ocuparon por vez primera aquellos codiciados escaños Lorenzana y los López Roberts, Navarro Rodrigo y Bugallal, Silvela y Martín de Herrera, Barco y Suárez Inclán, Romero Ortiz y Albuerne, Vida y Mantilla de los Ríos, Gasset y Artime y Carvallo, Mena y Zorrilla y Mazo. La mera enunciación de estos nombres dispensa de la necesidad de su elogio. No dejan, y entonces menos que ahora, los escritos anónimos del periodismo marcado el sello personal de cada uno de sus ilustres colaboradores, y, sin embargo, de estos periodistas los más hicieron resaltar su personalidad en caracteres propios indelebles é inolvidables. En aras de esta particularidad, Lorenzana, sin ser orador, en una época en que las discusiones del Parlamento eran combates vivos, continuos y acerados, fué ministro, y presumiendo de despreocupado y casi ateo, fué embajador en la corte de Pío IX.

Mas donde el general O'Donnell y Posada Herrera pusieron su más exquisito empeño para que la Cámara de que se servían no careciese de ningún influjo ni de ningún matiz justificado de la opinión, fué en la representación concedida á todos los diversos elementos que constituían escuelas, agrupaciones y partidos, encarnados en sus más conspicuas personalidades. A cada una de estas agrupaciones le tomó su estado mayor para sustentar las lides del Parlamento. La democracia en aquella Asamblea contaba con la palabra elocuente de Rivero, el inspirador de *La Discusión*, de García Ruiz, el inspirador de *El Pueblo*, del marqués de Albaida, tan respetable, y

de Figueras, tan ladino. Aparici y Guijarro y Ortiz de Zárate representaban el elemento tradicionalista, nuevamente vencido en la expedición frustrada y trágica de San Carlos de la Rápita : eran los dos dos visionarios, pero el primero por el clasicismo de su elocuencia pudiera ocupar el foro romano. La más numerosa de aquellas oposiciones era la moderada, en la cual cada nombre envolvía una inteligencia política de primer orden y una probada reputación : ni aun el conde de San Luis fué proscrito de aquella Cámara de que formaban parte el primer marqués de Pidal con D. Alejandro Mon, Nocedal con Moyano, González Brabo con Bertrán de Lis, Pastor Díaz con Benavides, Mayans con Egaña, D. Fernando Alvarez con D. Alejandro de Castro. La oposición progresista no era menos medrada: Olózaga la presidía, con Aguirre y Figuerola, Calvo Asensio y Sagasta, Candau y Ruiz Zorrilla y otros que entraban con nombres no tan culminantes en aquella agrupación.

O'Donnell completó el núcleo de la mayoría en quien se sostenía con otra falange de eminencias proporcionadas al número y calidad de sus adversarios. ¡Y qué nombres! De los más viejos Ríos Rosas, Aurioles, Cirilo Alvarez, Calderón Collantes; de la juventud cosechada en las jornadas de 1854, Cánovas del Castillo, Alonso Martínez, Permanyer, Elduayen, Lassala, Ulloa, Moreno López, Vega de Armijo. De esta manera aquella Asamblea legislativa se elevó en el olimpo de la elocuencia á alturas que jamás antes se habían conocido en España, que después no se han vuelto á escalar en ningún otro período de nuestra historia contemporánea, á pesar de algunas gloriosas excepciones, y que probablemente no se volverán á á tocar, contando con el rumbo que nuevamente se imprime á la alta tribuna de la política. Tal vez la supremacía del talento, sumada en todas estas brillantes representaciones, en aquella ocasión había alterado el equilibrio y la base proporcional de las energías sociales que en las Cámaras ejercían su poder y su acción; pero su predominio fué entonces una fuerza irresistible.

V

Reviste grande importancia el estudio de esta parte de la historia de nuestros días, porque la cima de tanto apogeo había necesariamente de determinar una gran crisis y una gran declinación. En medio de la emoción indescriptible que las discusiones ardientes de aquel Parlamento producían en todos los ámbitos de la monarquía, la crisis se determinó en las propias disidencias que fueron surgiendo en el seno mismo de mayoría tan gallarda é ilustrada. Fué entonces la guerra de África una tregua que impuso la nota del amor de la patria á todos los labios y á todas las aspiraciones. Mientras duraron los cantos épicos y líricos de aquella campaña afortunada, todo marchó á maravilla; pero, hechas las paces, las pasiones y las quejas cobraron su imperio, y las oposiciones más radicales se aprovecharon de los disentimientos íntimos de la Unión liberal, para librar batalla decisiva contra aquel poder en su provecho.

Después de 1856, el partido progresista había quedado más resentido que nunca de las predilecciones de la Corona. De las Constituyentes del 54 había surgido y se había organizado un partido nuevo, el democrático, que bajo esta denominación, que obtemperaba con la coacción de las leyes, escondía una dirección contraria, no sólo á los intereses dinásticos de la casa reinante, sino contra la institución de la monarquía. A este partido nuevo, que había sustituido las pasiones tradicionales y los procedimientos desacreditados del partido procedente de los doceañistas, con una dirección ataviada de caracteres científicos y de toda clase de seducciones para la fácil juventud, se habían afiliado casi enteras las nuevas generaciones y gremios de la masa popular. La democracia, que ha-

bía llevado la cátedra de la elocuencia al Ateneo, había inundado además las aulas y facultades de la instrucción oficial, y se había apoderado de todas las sociedades formadas bajo cualquier interés, ya literario, ya económico, ya político; y su prensa periódica, bajo la dirección de Rivero, de Castelar, nombre nuevo lisonjeado por todas las auras de la popular opinión, y por otros hombres de reputación análoga, se abría paso en la corriente dominante de las ideas, aumentando cada día el número de sus prosélitos. Las polémicas del Parlamento, conducidas por el fervor de la prensa periódica, se habían trasladado á la calle y al club. En todas partes, dentro y fuera de Madrid, se discutía; en todas partes se oponían nuevos fanatismos á los viejos fanatismos, y el calor de las pasiones encendía la imaginación de todas las gentes.

El partido progresista, que veía por un lado sistemáticamente esquiva contra él la regia prerrogativa, y que por otra parte la democracia disminuía cada vez más la masa tradicional de sus adeptos, aprovechó una ocasión propicia para declararse en completo retraimiento de la vida pública, y retirarse al Aventino á meditar el modo de impulsar de nuevo la revolución. Alarmó esta actitud á la opinión y al trono; los partidos legales de oposición y las disidencias surgidas en el seno de la Unión liberal minaron los cimientos de su poder. Aquella situación, tan robusta poco antes, vino abajo sin tener nada verdaderamente organizado para sustituirla en condiciones de larga estabilidad y de serias garantías para los altos intereses amenazados; no había fuerza alguna poderosa y suficiente para resistir todos los embates. Los menos escrupulosos, como las corrompidas costumbres admitidas tenían asentado, no vieron en aquella crisis sino la inesperada lucha del poder por el poder. Los mejor intencionados, penetrando toda la gravedad de la situación, aconsejaban como remedio dar al partido retraído prendas de confianza para hacerle desistir de su actitud. En torno á la Reina cada influencia obedecía á un distinto interés. Tantos eran los consejos como las personas

llamadas por su posición á darlos á la irresoluta soberana. En semejantes indecisiones se formaron uno tras otro, y dentro de un solo año, el de 1864, cuatro consecutivos gabinetes, sin que ninguno lograra otra cosa que despeñarse cada dia más, encerrándose en el siniestro campo de la resistencia. El primero de estos ministerios lo presidió el marqués de Miraflores y duró del 2 de Marzo de 1863 al 17 de Enero de 1864. El segundo lo formó Arrazola, y sólo vivió hasta el 1.° de Marzo inmediato. El tercero de ellos llegó al 16 de Setiembre, y por último, vino un gabinete Narváez, que no tuvo mas que ocho meses de duración.

Movidas todas las oposiciones, abiertamente quedó declarado el duelo entre la revolución y la resistencia. No había ya más plazo que el necesario para reunir los elementos de la lucha y elegir la oportunidad. González Brabo discutió con Narváez largamente si sería acertado suspender la vida parlamentaria y constituir una dictadura de hecho hasta conseguir, ó la reducción de los elementos políticos que por sí mismos se habían excluido de la participación personal en las funciones representativas, ó precipitarlos á la revolución con que amenazaban, seguro de que, un gobierno constituido, cualquiera que fuese, tendría siempre la superioridad de los medios para la defensa y la seguridad completa de la victoria. El duque de Valencia, que de regreso de su larga residencia en París venía presumiendo de un gran espíritu expansivo y liberal, ópusose terminantemente á esta resolución. Imbuido de estas ideas, sólo había procurado formar un ministerio, si de indudable filiación moderada, compuesto de aquellos hombres que dentro de esta misma agrupación, ó tenían la autoridad de verdaderas eminencias, ó mantenían el prestigio de las ideas liberales que algún tiempo profesaron.

Y ciertamente no cabía tacha en su composición. Era el primero de sus ministros Alcalá Galiano, en el cual siempre se conservaba el recuerdo de su bulliciosa juventud exaltada, casi anárquica, en Cádiz, y sobre todo al orador fogoso y al

corifeo popular de la *Fontana de Oro*. Arrazola nunca claudicó de la consecuencia de sus principios de moderación, rectitud y probidad; era un carácter grave, casi adusto, serio y respetable, á quien ninguno de sus adversarios negaba los títulos á que le daban derecho la circunspección de sus actos, su inteligencia y su integridad. Benavides ofrecía una conducta aparentemente más abierta y fanáticamente más cerrada en los sistemas, las doctrinas y los procedimientos de escuela, á pesar de haber colaborado desde 1851 en *La Patria*, de Pacheco, que condujo el movimiento de los puritanos á la revolución de Julio. Seijas Lozano era un término medio entre los últimos: muy cortesano en Palacio, muy dúctil á la voluntad de Narváez y muy escéptico en todo lo demás. El general D. Fernando Fernández de Córdova, aunque de procedencia tan claramente definida, constituía á la sazón un prestigio, por haber debido, en las horas supremas de las jornadas revolucionarias, sin tiempo y sin acción para intentar nada ni en defensa de la Reina atemorizada ni en ofensa del pueblo insurrecto, el honor de presidir aquel fantástico gabinete de cuarenta y ocho horas en que tuvo por ministros al duque de Rivas y á Ríos Rosas, dos hombres públicos respetados siempre por la opinión. El general Armero desempeñaba á la sazón un puesto insignificante ante el problema político que se imponía, y, por último, D. Manuel García Barzanallana tenía en su favor la excelente circunstancia de que amigos y adversarios le reconocían una competencia formal en materia de hacienda y de administración.

A prestar resuelta ayuda al trono en crisis tan grave como la constituida por el retraimiento de los partidos avanzados, prestábase un grupo de progresistas dinásticos, á cuyo frente se habían puesto López Grado y García Camba, apoyados por *El Progreso Constitucional*, y admitiendo los secretos consejos, un tanto directivos, de Ríos Rosas, nutridos cuando menos de la mejor intención. Pero González Brabo se empeñaba en introducir, al menos, alguna modificación esencial en los ele-

mentos dinámicos de que se componía la parte activa del Parlamento, é imputando al poder de la palabra en la tribuna y al de la pluma en la prensa los evidentes peligros á que habían venido las cosas, ya que no era cosa tan fácil amordazar á los oradores en las dos Cámaras como á los escritores en los periódicos, se propuso romper la vieja tradición que hasta entonces había dado en las asambleas políticas la ponderación que gozaba al talento, disminuyendo el número de los diputados que no tenían otro título que éste para la predilección de las urnas, y sustituyendo este elemento, que consideraba perturbador, por otro que representase más notoriamente los intereses materiales, que desde la desvinculación de los mayorazgos y la desamortización de los bienes del Estado habían adquirido un impulso y un desarrolo extraordinarios. Narváez no se opuso ya á esta reforma, y las elecciones de González Brabo se hicieron con este criterio, no introduciendo en el Congreso, que abrió sus sesiones el 22 de Diciembre del mismo año de 1864, más periodistas ni gente de letras nueva que los redactores de *El Contemporáneo,* al que había prestado su inspiración y aun sus escritos.

La fisonomía que presentaba el salón de sesiones del Congreso cuando por vez primera comenzó á funcionar aquel Parlamento, no dejaba de ser curiosa. Claro es que no se negaron distritos en las elecciones generales á aquellos escritores que ya anteriormente estaban investidos de esta representación, ni mucho menos á los prohombres que quedaban de la Unión liberal y de las varias fracciones en que estaban divididas las demás opiniones conservadoras; pero la verdad es que abundaban los rostros desconocidos, los diputados llamados desde entonces *rurales,* que desconocían los escollos de la política en Madrid, y que constituían lo que también se llamó por aquel tiempo en son de broma *el tren de tercera.* De cualquier modo que fuese, era preciso reconocer que los parcos grupos que formaban la juventud dorada de *El Contemporáneo* y la senectud patricia de *El Progreso Constitucional,* no bas-

taban á contrabalancear en el equilibrio de las fuerzas parlamentarias ni la proscripción de las grandes eminencias de la tribuna, ni la pérdida de aquellas fervorosas minorías liberales que sostenían con el fuego de su palabra y la palanca de la contradicción el interés de la opinión pública, la expectación de los pueblos y la emulación vigorosa de toda clase de intereses.

Manifestaban los retraídos progresistas una gran indiferencia hacia los actos de aquel poder, que, si no calificaban de ilegítimo, lo consideraban al menos manco é incompleto con su ausencia; pero su recóndito interés y su viva contrariedad, no solamente se revelaban por el vigor de su oposición en la prensa y en sus discursos de círculos y de ocasión, sino en otros actos aislados, y, sobre todo, en la asidua asistencia de muchos de sus individuos, ora á la tribuna reservada á los que habían sido diputados, ora á la de los periodistas. No me es dado formar opinión acertada de lo que esta última fuera antes de aquel tiempo; pero, á pesar de mi corta edad, cuando *La Epoca* me llevó por vez primera allí para hacer los extractos de los discursos en aquella misma legislatura, sí me fué posible ya establecer la comparación con la fisonomía de la misma tribuna en épocas posteriores, sin exceptuar los agitados tiempos de la revolución. La actividad periodística había crecido sobre manera en nuestro país, pocos años antes, aunque más que por las franquicias legales para contribuir á su progreso, por las necesidades que la curiosidad y el interés nacional crearon durante el período de la guerra con el imperio de Marruecos. Creció el número de los periódicos y creció el número de cada uno en circulación. Hasta entonces, ni la misma *Correspondencia de España* había logrado alcanzar el título y las ventajas de periódico popular. Cuando la guerra concluyó y se reanudaron las lides de los partidos, la democracia coadyuvó á aumentar el número de los periódicos y el número de los ejemplares circulantes: de manera que, al advenimiento del primer gabinete de la Unión liberal al poder, en 1859, en Ma-

drid, no se publicaban sino unos cuarenta periódicos de todo género, incluyendo en este número, no sólo los políticos y literarios, sino los de toda condición, sin exceptuar las revistas y semanarios: á su caída, en 1862, dejó existentes sesenta y siete, y dos años después, no á pesar del retraimiento de los progresistas, sino por esta misma razón y por la apelación de la opinión democrática á la democracia, su número había ascendido hasta noventa y cuatro. Diarios políticos que nunca habían hecho tiradas superiores á mil quinientos y hasta dos mil ejemplares, llegaron á circular de cuatro á seis mil. *La Correspondencia* fué la primera en rebasar el cálculo de sus propios editores, habiendo ocasiones de hacer tiradas hasta de quince y veinte mil ejemplaros y muy cerca de esta cifra tocaron algunos periódicos satírico-políticos de los domingos. Toda esta fuerza aumentaba de día en día el número de los que pretendían en la tribuna del Congreso propia y natural representación, constituyendo así aquel reducido espacio que ocupaba entre la popular y la de los ex diputados una segunda Cámara, á veces más animada en su informe piña y en su heterogénea composición que la primera.

Allí acudían, no solamente los redactores encargados de los extractos, que eran más sobrios que en la actualidad, puesto que luego se publicaba en todos los periódicos el oficial de la *Gaceta,* y aun algunos discursos íntegros del *Diario de las Sesiones,* sino los redactores de primera nota, que iban á tomar impresiones para los artículos de crítica de los discursos, y como una gran parte de la democracia militante todavía no había logrado puesto propio en el hemiciclo, también eran asistentes asiduos algunos de los que entonces dirigían sus publicaciones, y después han ocupado las posiciones más culminantes del gobierno del Estado. Del número de éstos era Castelar.

VII

A pesar del propósito de González Brabo de aminorar en el equilibrio de la fuerza parlamentaria, los atributos y privilegios concedidos al talento desde las primeras auroras del régimen representativo, aquel ensayo no alcanzó el resultado que apetecia. En virtud de estos mismos privilegios que á él le habían elaborado su carrera, él no pudo negar un asiento en medio de la grata sorpresa del tren de tercera á Rodríguez Rubí y á D. Antonio María Segovia, á Campoamor y á Alarcón, á D. Severo Catalina y á D. Manuel Silvela, el elegante *Velisla* de sus recreos literarios; á D. Modesto Lafuente y á Camprodón, todos los cuales habían además adquirido viejos derechos de representación en el Parlamento. *La España* le impuso á Bremón y á Moraza, *El Contemporáneo* á Albareda, su director, y con él á D. Juan Valera, á D. Antonio María Fabié, á D. José Luis Retortillo, á D. Francisco Botella, á D. Escolástico de la Parra y á D. Ramón Rodriguez Correa. Por periodistas, aunque elevados á la jerarquía de ex ministros y hombres de Estado, estaban allí Mon, San Luis, Nocedal, Aparici y Guijarro, Ríos Rosas, Cánovas del Castillo, Romero Ortiz, Ulloa; pero lo que allí faltaba se completaba en nuestra tribuna, compenetrándose, no sólo con el pensamiento sino con la acción, con lo que funcionaba allá abajo, y estableciendo aquel vínculo de unidad entre la tribuna y la prensa, sin el cual queda huérfano ó manco el sistema representativo, aun con carecer la prensa del carácter oficial de una verdadera institución.

Era, entre otros que la memoria infiel no me representa, los asistentes más asiduos á la tribuna de los periodistas del Congreso, por aquel tiempo que evoco entre los recuerdos de

mi *minoridad* y aprendizaje político, el primero de todos Castelar, que con nuevas miras sobre los ideales de la democracia que Rivero, había desertado de las columnas de *La Discusión* y fundado aquel periódico á que dió el nombre de la ninfa de sus pensamientos. Las Universidades y las Academias de todo género arrojaban entonces un contingente muy ilustrado y muy numeroso al campo virgen del nuevo ideal, que acababa de perfeccionar su magisterio en los Ateneos y en los periódicos, y las redacciones de *La Discusión*, de *La Democracia*, y aun de *El Pueblo* de García Ruiz, estaban pletóricas de colaboración. Pero los que con mayor asiduidad acompañaban á Castelar en la tribuna eran Carrascón y Ramos Calderón, pendientes siempre del hilo de la palabra de su maestro. Roque Barcia y Juan Uña con frecuencia se encontraban con Castelar allí. Donde éste se sentaba, inmediatamente se formaba el corro de los que comulgaban con él y de los que no comulgaban con él. Parafraseaba, discutía, objetaba ó comentaba la palabra saliente de los oradores de primer orden que estaban en turno, y sobre todo las de González Brabo, y cuando Alcalá Galiano hablaba le tributaba el culto de una verdadera admiración. Por Ríos Rosas y por Cánovas del Castillo tenía delirio, si bien nunca estaban de acuerdo sus principios radicales con las teorías que sustentaban aquellos sublimes doctrinarios. Otra de sus debilidades era Aparici y Guijarro, con hallarse tan en oposición con sus ideas; cuando éste hablaba, le oía con delectación, y siempre recordaba que con él tenía algún deudo de la sangre. Frecuentemente disputaba con los que nos hallábamos en la tribuna y con los que se hallaban en la inmediata de los ex diputados, y cuando las discusiones de la Cámara no promovían interés, gustaba de oir y de contar chascarrillos sazonados de ingenio y gracia.

En este punto la tribuna contaba con narradores que gozaban una verdadera reputación, siendo los más conspicuos Leandro Pérez Cosío, de *La Correspondencia*, y Eduardo Inza, de *Las Noticias*, de cuyos labios no solía caer palabra que no

fuera un chiste, siempre ático y siempre urbano. Tiburcio Rodríguez tenía el don de remedar con perfecta exactitud á los primeros oradores : tomaba sus actitudes y sus movimientos, imitaba el eco de su voz y la forma literaria de sus discursos. Esta propiedad siempre mueve á risa no ofensiva, porque, en efecto, en la actitud, en la entonación y en la elocución más sublime del más consumado artista, hay siempre una línea curva que resulta ridícula. Manuel del Palacio, entonces redactor de *El Pueblo* y del *Gil Blas*, no se hacía menos ameno con sus agudezas, ya en verso, ya en prosa, sobre todo cuando enjaretaba un discurso de disparates ó algún romance improvisado sin principio ni fin, ó alguna humorada epigramática. Más incisivo é intencionado era Julián Sánchez Ruano en sus frases soltadas al vuelo, que manaban siempre veneno. A pesar de esto, tales expansiones, quizá como el entremés, no daban carácter á aquella reunión de hombres todos de imaginación vivaz y de corazón por la pasión política calenturienta. ¿Cómo no había de estar siempre de desperdicio el ingenio allí donde en la categoría de los más jóvenes concurrían Becquer, Fernández Bremón, Fernández Flores, Fernández Grilo y otra multitud de éstos y de otros Fernández parecidos?

Los partidos que estaban representados en nuestra tribuna por hombres de más edad y peso, eran los avanzados, cuyos individuos aún no habían logrado tomar asiento en los escaños de abajo ó se habían proscrito voluntariamente del Parlamento. Estos dioses mayores no siempre estaban dotados del inapreciable don de la prudencia. *El Pueblo* enviaba un D. Romualdo Lafuente, hombre buenísimo, de cuyo lado había que huir. Sus agudezas no resultaban y ofendían: republicano frenético, odiaba á los carlistas: tomóla con uno de éstos, y al cabo aquella enemistad de partido no acabó sin escándalo y golpes un día que se encontraron en la calle. Otros eran disputadores inconsiderados y una vez presencié la colisión entre dos periodistas, que en lo demás eran muy discretos, en cuya

cuestión tuvo que intervenir el presidente de la Cámara, llamarlos á su despacho para ponerlos en paz y desagraviar al ofendido y hacerles dar la palabra de honor de que aquel lamentable suceso no llegaría á tener otros alcances.

Hay que confesar, sin embargo, que la sección de los díscolos y atrabiliarios fué siempre la menos numerosa, y sus conflictos una verdadera excepción. Había sección de taciturnos, los cuales se colocaban en un sitio y eran testigos de todo sin intervenir en nada; sección de trabajadores, que estaban reclamando siempre silencio y preguntando qué acababa de decir el preopinante; sección de inquietos y alegres, que andaban de acá para allá, bromeaban con todos y ni hacían ni dejaban hacer. Pero el mayor número, fuera cual fuere la edad, el carácter ó la posición, eran hombres serios, atentos á los deberes que allí les congregaban y cuya familiaridad estaba basada siempre en la más exquisita cortesía. Aunque tan bien representado se hallaba *El Contemporáneo* en los escaños de los diputados de la tribuna, eran asiduos Pepe Ferreras y Manuel Fernández Martín: á veces iban también Becker, Mentaberri y Arístides Pongiglione. El *Gil Blas* solía reunir allí á Roberto Robert, Eusebio Blasco y Luis Rivera, su director. Por *La Nación* asistía Benito Pérez Galdós, Evaristo Silió y Gutiérrez por *La Discusión,* por *El Independiente,* el malogrado Ramón Chico de Guzmán, y por *La Verdad,* ó Gómez Díez ó Federico Balart. Parecía aquél más bien oficio de poetas que de políticos principiantes, y así, además de los mencionados, Juan Antonio Biedma ó Isidoro Fernández Flórez, solían representar *La Razón Española,* Juan José Herránz, con Inza, *Las Noticias,* y Antonio Fernández Grilo, *La Libertad.*

¿Eran éstos, sin embargo, los genuinos redactores políticos de tantos periódicos? No, ciertamente: al despliegue de esta descubierta de primera hora sucedía el tumulto de los que se reservaban para el momento solemne de las discusiones grandes. Entonces *La España* enviaba á Navarro Villoslada, Garrido y aun Selgas; *Las Novedades,* á Felipe Picatoste ó Henao

Muñoz; *La Iberia,* á Carlos Rubio, Llano y Persi ó Evaristo Escalera; *La Nación,* á Santos de Quevedo ó Ricardo Molina; *El Diario Español,* á Federico Villalba, Isidro Autrán ó Vicente Rodríguez Varó; *El Eco del País,* á León y Castillo ó á alguno de los hermanos Chinchilla, cuando no venía el mismo Gasset y Artime; *La Discusión,* á Martos, Bona ó Bernardo García; *La Política,* á Angel Avilés ó Tiburcio Rodríguez; *El León Español,* á Ortega Zapata, el padre de Ortega Munilla, y á este tenor, y con nombres semejantes, se hacían representar cada uno de los demás periódicos que se publicaban en Madrid. Las provincias rara vez tuvieron representación personal: las agencias telegráficas se representaban por Nilo María Fabra, y de periódicos extranjeros no las sostenían sino el *Times*, en Mr. Hamilton, *L'Independance Belge* y *A Revoluçao do Setembro.*

En aquel tiempo, la prensa no gozaba inmunidad para penetrar abajo, ni á los pasillos, ni en el salón de conferencias. Los diputados que querían transmitir algún dato ó noticia tenían que subir á la tribuna, siendo frecuentes estas visitas. Tampoco se disponía de escritorios ni de más salón de descanso ó tertulia que el estrecho pasillo que comunicaba con aquélla, y cuyas paredes eran un verdadero mosaico de firmas y jeroglíficos, frases audaces ó lascivas, versos, caricaturas y chafarrinones de lápiz, pues algunos en ellas afilaban los suyos. Para adquirir copias de algún documento leído en la sesión había que bajar á las oficinas de la redacción del *Diario,* y se ofrecía para tomarlas alguna de las mesas de los taquígrafos. No por esto eran menos frecuentes que ahora las relaciones entre el salón y la tribuna, y aún más que ahora la obsequiosa solicitud de los presidentes y de los diputados que habían sido periodistas ó que tenían amigos en la prensa. Bajo la presidencia de D. Alejandro de Castro, casi todos los días se disfrutaban con abundancia los famosos caramelos de la Mahonesa, que han dejado una fama tradicional, y que ahora ni se gastan ni se fabrican. En cambio no se facilitaban á la prensa los demás servicios que ahora.

Muchos de los asistentes de derecho propio, por el mero porte de sus personas, revelaban la clase de periódicos en que escribían y hasta las opiniones que sustentaban. Ninguno presentaba una figura tan desastrosa como el redactor de *La Iberia,* Carlos Rubio. Siempre que le veía entrar, exclamaba Inza: *¡Vamos, ya viene Carlos Rubio de riguroso guiñapo!* Y era así: pintado de viruelas, tuerto, con el cabello en desorden y con costras de suciedad en la nariz, en las orejas y en el cuello; las botas ladeadas y deslustradas, el pantalón á medio tobillo y terminando en flecos mugrientos, liado en una capa que fué de color verde aceituna alguna vez, y ya no tenía color ninguno definible, pero sí mil rotos y jirones, por entre cuyos intersticios, sin desembozarse, sacaba la mano para quitarse el sombrero ó limpiarse el sudor; esta era la imagen de aquel ser excepcional, á quien, teniendo un talento mayúsculo, ni Prim ni Sagasta pudieron hacer ministro después de 1868, por no sentar en el escaño del poder supremo del Estado la imagen de un mico hediondo.

¡Qué diferencia entre este carácter tan excéntrico, al que nunca faltaron los medios materiales para comportarse con pulcritud y decencia, y aquel pobre y oscuro Elisardo Ulloa que, con Santiago Alonso Valdespino, Nilo María de Fabra y D. Eduardo Irigoyen, redactaba en *La Bolsa!* Alonso Valdespino, el director de este periódico, era de los que señalaba á sus redactores un sueldo nominal que no les pagaba nunca, y el pobre Ulloa, que no tenía otros recursos para la vida, llegó á carecer de hogar, se vió reducido al mero traje que tenía, y pasó semanas de hambre, noches prolongadas de insomnio, acogido á la cripta de San Ginés ó al compás de San Antonio del Prado, hasta que la falta de alimento, de sueño y de cuidado le llevó, herido de muerte, á sucumbir solitario en una cama del Hospital General. Aun en tanta desvalidez y miseria, Ulloa se lavaba en las fuentes públicas, no sólo la cara y las manos, sino los pañuelos y los cuellos de la camisa cuando se ponían sucios. Pariente cercano de D. Augusto Ulloa, pero

encontrado con él por cuestiones de familia, jamás llegó á sus puertas á demandarle favor; y porque en la tertulia de la Zarzuela, á que asistía como lugar de descanso, una noche que el mozo torpe del café, al traer del de la Iberia un servicio de chocolate, se lo derramó encima, teniendo que ir á la fuente á lavarse, por iniciativa de Cubero, á la que se agregó el voto de todos los concurrentes, se le reunió una cantidad para que se remediara por algunas semanas, encargando á su paisano y amigo Ricardo Puente y Brañas que se la diera en forma que no hiriese la susceptibilidad exquisita que todos conocíamos en él. No sólo excusó tomarla, sino que nunca más volvió á aquel centro donde todos admirábamos su virtud y le queríamos con enternecimiento.

Todavía la profesión de los periodistas no era un mero oficio mecánico, como tal retribuido con un jornal equitativo: el periodismo no era sino como un aprendizaje y la antecámara de puestos superiores, y eran contados los periódicos que podían pagar bien los servicios de los que en ellos colaboraban; así es que los que no tenían arrimos propios, solían pasar penosas estrecheces y privaciones. Los periódicos ricos no admitían redactores que no pudiesen subsistir por sí, y en los de elementos más menguados, de menor circulación y exentos de toda clase de aspiraciones sociales, se admitían á estos infelices, que, á trueque de conquistar la base de una futura posición, aceptaban á veces hasta una existencia de verdadero vilipendio.

VIII

Aquella era la crisis de la gran transformación que desde entonces el periodismo ha experimentado. El periódico-empresa, el periódico-industria, estaba ya iniciado en la existencia

cómoda y fructífera de *La Correspondencia de España*; pero todavía la condición industrial de este mismo periódico era particular y única, y cuando el marqués de Salamanca con Rodríguez Correa quiso hacer un nuevo ensayo de esta industria del periodismo en *Las Noticias*, tiró en menos de dos años un par de millones por la ventana y no logró realizar el objeto que se propuso.

Lo infeliz de todo esto era que ya los periódicos ni eran, ni representaban, ni se constituían, ni batallaban, por la agrupación de personajes de posición perspicua reunidos para hacer una campaña de publicidad y alcanzar un objeto determinado. Todavía la dirección de los periódicos políticos estaba sostenida, en su mayor parte, por verdaderos hombres políticos; pero estos directores eran los que sostenían las relaciones con los jefes de los partidos á cuya disciplina é intereses se servía, y el resto de la redacción dependía de estos directores. De 1834 á 1854 hubo muchos periódicos en que cuantos llegaron á tomar parte en sus tareas alcanzaron el cargo de diputados, senadores, y aun ministros de la Corona. Después de 1856 el reparto se hizo menos equitativo; las tallas se redujeron y los que eran premiados, lo eran con posiciones más subalternas en la administración pública ó fuera de la administración. Todavía esto pareció excesivo, y desde la caída del gobierno largo de la Unión liberal se trató de desenfeudar la profesión del periodismo de la carrera del Parlamento y de la política, reduciéndolo para sus colaboradores á un órgano é instrumento de una mera especulación mercantil. Claro es que el cambio no se pudo operar instantáneamente; pero al cabo el resultado se produjo, siendo ya el único sistema que prevalece y se impone.

Dudo de que en lo por venir las tradiciones perdidas ya definitivamente reverdezcan; pero, á pesar de todo, la tribuna de los periodistas del Congreso de los diputados tendrá siempre su fisonomía propia. Carrera ó industria, el periodismo será, mientras exista, producto del talento, y donde el talento pre-

domina, sucederá lo que al sol, que todo lo inunda de luz. La industria, á pesar de todo, no impedirá en él la supremacia del arte, y donde el arte imponga su indiscutible superioridad, allí brotarán laureles para su frente. En vano los intereses egoístas y las posiciones opulentas querrán privar de sus legítimas prerrogativas al talento y sus fueros. Los Parlamentos carecerán de equilibrio cuando les falte la ponderación de las fuerzas, cuya equitativa armonía fundó Martínez de la Rosa en 1834 al establecer las Cámaras perdurables que han de regir siempre á la constitución de las instituciones representativas. La fuerza armónica que un día vea disminuir su ponderación dentro del común equilibrio, la recobrará al día siguiente, y el imperio de la inteligencia se hará sentir perennemente en la dirección suprema de todo gobierno político. El desnivel que hoy se nota volverá á establecer las leyes de la física y de la dinámica: la industria no prevalecerá sobre el arte, ni la emulación efímera de un momento sobre una ley eterna de gravitación. El talento constituirá perennemente la fuerza motriz que domina y gobierna al mundo.

A la corta ó á la larga, todo movimiento social tiene algo del de las aguas del Océano: la ola que en el flujo retrocede, en el reflujo avanza, y el límite y la eficacia de su acción es siempre armónico é idéntico.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA (1)

PRÓLOGO

No titulo memorias á estas mal perjeñadas, desvencijadas y verídicas escenas, porque no llegué á personaje. Neutralizo el mal efecto que produce recordar guerras civiles y asquerosos pronunciamientos con anécdotas, semblanzas, tipos y cuentos que se refieren en la vida soldadesca.

(1) El ilustre General, autor de estas Memorias, es bien conocido en el campo literario por sus amenos libros *Cuentos aragoneses* (1.ª y 2.ª serie), *Cuentos para gente menuda* y *Ropavejeros, anticuarios y coleccionistas*.

Hombre de gran cultura arqueológica, colaboró con Mr. Aloïss Heiss en la *Descripción general de las monedas hispano-cristianas desde la invasión de los árabes hasta nuestros días,* que forman tres hermosos volúmenes en folio, con 250 láminas grabadas al aguafuerte.

Por su gran experiencia y sus relaciones amistosas, conoce como pocos la sociedad española, desde la más elevada hasta la más humilde, que aparecerá retratada en estas páginas.

Aficionado á las artes, ha tratado á casi todos nuestros pintores y ha reunido una numerosa galería de cuadros, tal vez la más selecta de las colecciones particulares españolas.

Este aspecto de coleccionista es uno de los más curiosos del General. Poseé monedas, medallas, vencras inquisitoriales, armas, relicarios, estampas y modelos primorosos de cañones.

Los incidentes á que han dado lugar las adquisiciones y rebuscos para formar su museo, serán de lo más interesante de sus Memorias.

Aragonés y caballero sin tacha, cuanto brote de su pluma tendrá las condiciones que debe tener la historia: la sinceridad, la imparcialidad y la verdad.—(N. DEL D.)

Lo más decente que he presenciado en mi larga vida militar fué la batalla de Vad-Ras en 1860, y no maté ningún moro. Escrito hasta 1894, lo que no publique evitará disgustos á muchos en pago de los que me han causado. Cuando ellos y yo estiremos la pata, somos viejos, habrá quien lo dé á la estampa.

La crítica de esta obrilla por los que no se han encontrado en ninguna parte, ó de los que hablan de lo que no entienden, me tiene sin cuidado. No calumnio, cuento la verdad con el color que la he visto; trato de ser imparcial, juzgo con alguna misericordia, refiero lo que oí á personas respetables, y trato de pintar la época fatal en que he vivido, en la cual han prosperado los tunantes políticos y militares. No he seguido á ningún jefe de kábila, cambiando el honroso uniforme del ejército en vil librea. No he pertenecido á partidos ni á sociedades secretas. Jamás he conspirado, defraudado á la Hacienda entrando géneros de contrabando, servido del correo gratis, apropiado sobrantes del material de oficinas, ni recibido el abono de raciones de pienso, cuando no he tenido cabalgadura. No me remuerde la conciencia de haberme tragado un grano de cebada. La única ventaja que he sacado es poder llamar pillos á los que han robado á la nación empleos ó dinero, aunque ellos, burlándose, me apliquen lo que antiguamente decían de la judía de Zaragoza: que perdió la vista por llorar males ajenos.

CAPÍTULO PRIMERO

Mi lugar.—El por qué de mi amor á los gabachos.—Orígen de los *cuscos* (constitucionales) y de los servilones.—Nací y me titula realista una *liberala*.—¡Qué año 27!—Curo el cólico á las caballerías.—¡Viva la Constitución!—La cabeza del diablo.—Tambores anfibios.—Mulo benemérito.—Militares de antaño y de hogaño.—Quiero ser soldado.—El gran teatro de Borja.—Mi tío Cura.—Travesuras de niño.—Confesión á dúo en público.—El valiente Patarrastrando.

Borja debió ser notable en tiempo de los celtíberos. Acuñaba moneda. En ella quisieron los aragoneses y navarros elegir rey á su conquistador Pedro Atares. No los recibió, y se marcharon, ya que no con la música, con la corona á otra parte. De tan amabilísimo magnate descendían Calixto III, Lucrecia Borgia y San Francisco de Borja. Los mencionados personajes y la referida ciudad tenían por escudo de armas una vaca y un castillo. Borja se halla situada á la falda del excelso Moncayo, en el pintoresco, fértil y poblado valle del Huecha, cuyos habitantes aseguran que si lo rodearan de inaccesibles murallas, podrían vivir regaladamente sin auxilios de extraña tierra. La suya les provee con abundancia de lino, cáñamo, lana, cereales, aceite, vino, frutas y legumbres; el carnero de Borja es uno de los siete manjares mejores de España. La agricultura se encuentra adelantadísima; continúa el mismo sistema de riego que establecieron los árabes, y el sindicato que lo dirige decide sin apelación, como el famoso tribunal de las aguas de Valencia. Borja, desde que comienza esta narración, ha variado poco. Sobre un pelado cerro existen las

ruinas de un castillo, rodeado de casas pobres y pequeñas que ocuparon los moriscos. Parece que, amontonadas y en desorden, huyen de las grandes y señoriales que edificaron los ricos hombres de los siglos XVI y XVII, ostentando algunas el escudo de armas de la familia. Al pueblo rodea una magnífica orla de frondosos huertos. Por el exterior se parece á la africana Tetuán. El interior sólo es bello para los amantes de las artes. Los que se entusiasman con calles y fachadas de monótona regularidad, que no vayan á Borja. Sus hijos se enorgullecen de haber nacido en ella, y siempre la llaman la ciudad, como si no hubiera otra de igual título en el mundo. Cuantas veces, aunque sea corta la ausencia, vuelvo á ver la mole que domina la población y oigo las campanas de Santa María, gozo de viejo, lo mismo que de niño, un placer inmenso.

Borja, en celtíbero Bursao, dicen significa tierra sana. Sólo por las monedas bilingües de Celsa Sétabis y otras se ha podido sacar algo del idioma de los primitivos habitantes de España, vencidos, no por el valor, sino por la disciplina de los soldados romanos.

Borja posee escasos monumentos artísticos. Destruida por los huestes de Pedro el Cruel de Castilla, la saquearon los soldados del archiduque en el siglo XVIII, y los bandidos de Napoleón el XIX. Fué la única ciudad aragonesa que en la desastrosa, larga y estúpida guerra de sucesión defendió á Felipe V. Cuentan que éste, agradecido, preguntó á los de Borja: ¿Qué deseáis para vuestro pueblo?—Que lo hagan puerto de mar, contestaron los de mi lugar.—Lo esperamos.

En el siglo XVII había en Borja telares de seda, lana, cáñamo y lino. Desaparecieron los primeros, he conocido los segundos y de los últimos quedan ya pocos. Muchas señoras, entre ellas mi madre, hilaban lino. Ahora sólo maneja el huso alguna labradora vieja. Las pobres encuentran más cómodo mendigar, olvidando que poco se gana á hilar y menos á holgar. La agricultura decae rápidamente. Con la desamortización, vendieron las dehesas, no pudo mantenerse la dula, dis-

minuyeron los animales dedicados á la labranza, los abonos y la producción (1).

Aulo Celio decía en tiempo de los romanos que en España el viento *zirzus* sacaba al jinete de la silla. Por el cierzo, en Borja, su clima es destemplado.

Mi padre era de Borja. Cadete de voluntarios de Aragón en 1793, se halló en la guerra del Rosellón á las órdenes de Ricardos, en la campaña de Portugal de 1804, en el bloqueo de Gibraltar y en los sitios de Zaragoza de 1808 y 9, cuya memoria jamás se borrará mientras exista España. Muy enfermo y seguro de ser fusilado si le cogían, después que capituló la ciudad lo sacaron de ella en un carro dentro de un saco. Casó con mi madre, joven, hermosa, de rica y noble familia, viuda de un caballero maestrante, regidor perpetuo que ejercía de corregidor en 1808. Cuando entraron los franceses en Borja y le cogieron de uniforme, le iban á fusilar creyendo trataba de hacer armas contra ellos; por el contrario, quería apaciguar al pueblo alborotado, y recibió tantos ultrajes que murió á los pocos días.

En 1809, después de la desgraciada batalla de Tudela, fué saqueada Borja, violadas las mujeres que no huyeron, y destruido cuanto no pudieron llevarse contra las leyes de la guerra, porque nadie se les opuso. A un tejedor lo asaron, burlándose cuando gritaba el infeliz: «¡Cristianos, socorro!» En casa de mi madre lo robaron todo. Sólo quedó un pedazo de su vestido de novia; es de seda morada con lentejuelas, que conservo como reliquia. El gran Napoleón fué en España mezquino y villano. Yo mamé el odio á los franceses, y se fijaron en mi memoria los siguientes versos:

En alambique echarás
á Lutero y á Calvino,

(1) El furor por innovar sin ton ni son ha perjudicado sobre todo á los labradores, que debían ser los más protegidos. Ellos mantienen la nación, defienden su independencia y son los obreros más sobrios, fuertes y honrados: si los convierten en anarquistas se acabó la sociedad.

á un ladrón y á un asesino;
y luego los mezclarás
con sangre de Barrabás
Y de Judas inhumano,
y en la hornilla de Vulcano,
destilas la quinta esencia;
y sacarás sin violencia
un francés el más humano.

En cuanto mi padre se casó se incorporó á los que peleaban por la libertad de la patria. Mi madre le acompañó seis meses por las montañas de Albarracín. Huyó de Borja, al saber que los franceses prendían á las señoras de los oficiales españoles conservándolas en rehenes. Sufrió grandes trabajos, hizo la honrosa vida de *brigante,* y jamás probó las patatas aunque murió á los ochenta y siete años en 1869, por creer las trajeron á España los soldados de Bonaparte. Mi madre abominaba más que á *Napoladrón* y á Pepe Botella á los afrancesados. Concluyó la guerra, y se retiró mi padre de teniente coronel; el ingrato Fernando VII, en 1814 abolió la Constitución de 1812. Los españoles, al verse abandonados, tenían derecho hasta constituirse en República, ó á elegir un rey español. Si esto último hubieran ejecutado en 1700, se evitaran la guerra de sucesión y la venida á España de los Borbones.

En la dedicatoria que á la reina doña Isabel Farnesio dirigió Fr. Diego Herrero, al reimprimir la vida de Santa Rita de Casia, abogada de imposibles, manifiesta que la primera mujer de Carlos II María Luisa de Orleans (de la que decían los españoles: «Si París, París á España, si no París á París»), escribió á las monjas agustinas de la ciudad de Cassia rogasen á la referida Santa la importante sucesión de la corona para consuelo de sus vasallos.—Pidió lo mismo Carlos II, y añade el reverendo: «Parece consiguieron lo principal; que les sucediese un Borbón en el trono; declaró en su testamento por heredero de la corona al señor Felipe V, dignísimo y amado esposo de V. M.» Santa Rita nos hizo un flaco servicio. Fe-

lipe V vistió á la española mientras duró la guerra de sucesión para engañar á los españoles.—Los muy necios se mataban por llevar albarda con lises ó águila de dos cabezas.—El primer Borbón perdió Gibraltar, Milán, las dos Sicilias, Flandes, nos desangró en Italia para dar tronos á los hijos de Isabel Farnesio en lugar de recuperar á Portugal.—Traía de fuera hasta las consejeras como la princesa de los Ursinos, y las ordenanzas militares. Todo se agabachó, y Gerardo Lobo no llegó á general durante su reinado porque había escrito

«Dos cochinos al entrar,
Me dieron la enhorabuena
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.»

Luis I murió de viruelas, Fernando VI se entretuvo con músicos y danzantes, Carlos III nos perdió con el pacto de familia y á Carlos IV no se le puede coger con pinzas. Si la sangre derramada en la guerra de la Independencia lavó tanta ignominia, dejó con las ideas importadas de Francia los gérmenes de las luchas civiles que asolaron á España en el siglo XIX.

Fernando VII y su hermano D. Carlos felicitaron á Napoleón y al intruso José porque ganaban batallas sobre los que defendían la pátria, morían por devolverles el trono y hasta porque hacían pública tan cobarde conducta. Más que el cetro y la espada, merecían el huso y la rueca.

No pudo llegar á más la humillación, necedad, ignominia y vileza de los hijos de María Luisa.—Napoleón, gran comediante, mandó á los españoles amasen de corazón á su hermano José.—Lo echaron á puntapiés.

La infame sublevación del ejército de Andalucía, preparado para sujetar el continente español de América, descubierto, conquistado y civilizado cuando se tenía fe en Dios y en la patria, se perdió por causa de los que después se llamaron patriotas. Tan asqueroso motín militar hizo perder á la nación más tierra que jamás tuvo imperio alguno, deshonrándola, rebajándola y llenándola de oprobio y de vergüenza.—

La sublevación se pagó con dinero que por Gibraltar mandaron los insurgentes de la América del Sur. Los que se llamaron patriotas se vendieron. En Buenos Aires existen las pruebas. Acto tan asqueroso será considerado como padrón de ignominia. A los cuatro héroes de la isla debieron ahorcarles con las fajas que se ciñeron. El haberlos premiado por faltar á la subordinación militar, sirvió de estímulo á los que se pronunciaron desde 1820. No fué la causa la gloriosa guerra de la Independencia, como opina un político. Para rechazar al extranjero era lícito hacer de un clérigo un labrador, un pastor, un médico, ó un molinero, un capitán, coronel ó general, según el número de soldados que reunía y conducía á la victoria.

Ardió la tea de la discordia. Los que creían un mal la libertad ó no la comprendían, los privilegiados, los que equivocaban la Constitución de Bayona, que despreciaban por ser de José Bonaparte, con la de Cádiz de 1812, se decidieron por el rey absoluto. Los que vieron la patria al borde del abismo por culpa del régimen antiguo, los que se contagiaron con la filosofía del siglo XVIII, muchos se afrancesaron, los amigos de novedades, los que deseaban pescar á río revuelto, ocupar puestos elevados, los envidiosos que se burlaban de los títulos por no tenerlos, se hicieron liberales. Para irritar á sus contrarios les cantaban el trágala y llamaban serviles.

Los absolutistas imitaron á los constitucionales, conspiraron y se lanzaron al campo, dando principio á la más espantosa de las guerras, que es la civil. Todos son culpables de la ignominiosa invasión francesa de 1823. Los reclutas de Angulema no encontraron resistencia ni en Zaragoza, ante cuyas débiles tapias mordieron el polvo las huestes de Napoleón. Caiga el oprobio sobre los que fueron causa de que España sufriera tamaña afrenta.

Nombraron á mi padre jefe político de Borja: quiso que cumplieran las leyes, mantuvieran el orden y respetaran la propiedad. La pillería, acaudillada por un escribano, atacó la

casa de mi padre, que se defendió á tiros, ayudado por dos criados y por mi madre que cargaba las escopetas. Un destacamento enviado desde Zaragoza les salvó la vida. Un demagogo, que lo era sin saberlo, llamado *el Pelao*, se apostó varias noches detrás de una esquina para matar á mi padre. Mi madre se colocaba entre él y su marido, y por no hacer daño á una señora no cometió tan infame acción. El Pelao y mi madre, los dos muy ancianos, iban todos los días á misa mayor muchos años después. En cuanto la veía el antiguo revolucionario, se escondía en la más oscura y apartada capilla.

Unos borrachos vieron pasar á mi madre por la calle sola al anochecer. La amenazaron con una navaja si no bailaba con ellos, cuyo recuerdo la exaltaba, y repetía que lo consiguieron por conservar la vida del hijo que llevaba en su seno. Tuvo el valor de ocultar siempre á su marido tan grosera y cobarde ofensa. Así consiguieron que mi familia odiase el sistema liberal.

La invasión francesa de 1823 fué humillante para España. En lugar de ser rechazada, el partido realista la acogió con alegría. Mereció más que el año 20 el apodo de servil. El liberal habia dado pruebas de locura. Como muestra copiamos la siguiente proclama: «Valencianos.—A las doce de este día me ha dado parte el alcalde constitucional interino que la lápida de la Constitución había sido ensuciada con excremento: atentado es, sin duda; pero ¡qué quieren decirnos con esto los malvados! ¿Que la aborrecen? Demasiado lo sabemos: ¿qué desean que los manden los satélites de la tiranía?... ¡Miserables! Ya se acabó para siempre tal iniquidad; me es sensible anunciaros que no se conoce el autor y también que no he podido cumplir mis deseos de lavarla yo mismo á vuestra presencia y la de todas las autoridades para que aquéllas viesen la diferencia de su modo de *obrar*. Ellos con ratería buscan la oscuridad, y nosotros nos honramos de que vean nuestras operaciones. La ley los busca, y caerá sobre ellos donde los halle.

Valencia 18 de Marzo de 1821.—*Francisco Plasencia.*»

Mi padre tuvo el mal gusto de mandar los realistas de Borja, á pesar de que no le hacían gracia los paisanos armados. Le oí que en el segundo sitio de Zaragoza se propuso con unos cuantos vecinos de dicha ciudad tomar una casa que ocupaban los franceses, y lo dejaron solo al subir por la escalera. También refería que en el mencionado sitio pasaron tanta hambre que vió pagar cien duros por una carga de berros. Mi padre trató en vano que en Borja los partidarios del rey neto no devolviesen á los liberales los atropellos que recibieron, que les cantaran la *pitita* y les llamaran *cuscos*. Unos y otros no se llevaban un pelo de conejo.

En 1824, al llevarme á bautizar con mi hermano, nacimos dos, la esposa de un liberal preguntó de quién éramos hijos, y exclamó al saberlo: «¡Para que se acaben los realistas, y sus mujeres paren á pares!» A mí, porque era el más debil, me crió mi madre. El otro, más robusto, murió al año. Dos veces la debí mi vida.

A los tres años de haber nacido comencé á padecer por la política. En 1827 aparecieron en Cataluña facciosos mandados por oficiales que habían hecho la guerra á los constitucionales. Resentidos y hambrientos, pedían que Fernando VII no se rodease de liberales. El monarca mandó fusilar hasta los que se presentaron á indulto. Temieron se propagara la sublevación; á mi padre, que nunca pensó en conspirar, le mandaron se presentase en Zaragoza; nada le dijeron, y no le permitieron volver á Borja hasta que renunció la comandancia de realistas. ¡Tonto fué en tomar tanto interés por tal rey! En la capital de Aragón estuve malísimo. Ya de viejo leí las *Gacetas de Madrid* de 1827. Por ellas se comprende el estado vergonzoso de la nación. Acabábamos de perder el colosal imperio americano; buques insurgentes se burlaban recorriendo las costas de la Península; el correo para Cuba se mandaba en barcos de los Estados Unidos; hollaban el suelo español tropas francesas del duque de Angulema, nuestro ejército era es-

casísimo, mal organizado y sobraban los 200.000 realistas armados, que sólo servían para insultar á los ex milicianos constitucionales tan útiles como ellos. Cuentan que al verlos el cínico Fernando VII exclamó, aludiendo á unos y á otros: «Los mismos perros con diferentes collares.»

Copio del mencionado periódico oficial: «Algeciras, 13 de Junio. Un bergantín que se supone es el buque colombiano *Pichincha*, viniendo de Poniente, pasó por la espalda del monte (Gibraltar). Parece tenía dos presas consigo; un bergantín goleta y un velechero.» (¡Qué vergüenza!). Ojalá que Colón no hubiera descubierto la América. Lo verificó por casualidad y nos sigue jorobando en 1895.

«Cádiz, 18 de Junio: El comandante de rentas reales da parte que echó á pique á la barca contrabandista con pabellón inglés *Cachirulo*, y que con tres místicos y treinta soldados de infantería, después de un combate encarnizado, alcanzó la más completa victoria, apresando al bergantín *Paquete* y místico *Invencible*, contrabandistas con pabellón inglés.» Si los soldados de infantería se batían en el Océano, ¿en qué se ocupaba la Marina real de España? El rey de entonces decía: «Marina poca y mal pagada.»

«Taveiros, 17 de Junio: El batallón de voluntarios realistas de esta jurisdicción tuvo el 13 del corriente la sin par complacencia de recibir su bandera. Con la pompa que es posible reunir en despoblado (¡buena estaría!) se procedió al religioso acto del juramento, que se hizo con la mayor ternura...» Los marusos se enternecieron en despoblado. Risa les hubiera causado á los liberales.

«Agreda, 16 de Julio: El día de San Antonio de Padua vieron los voluntarios realistas cumplidos sus deseos con la bendición de su bandera, bordada por las religiosas Agustinas, con el lema «Batallón de voluntarios realistas de Agreda, siempre fieles á Dios y al rey.» Las monjas se meterían á políticas, adivinando que los liberales, cuando volviesen al poder, les robarían sus bienes.

El 3 de Julio, según la *Gaceta,* se cubrieron de grandes de España de primera clase el P. Fr. Juan José Tejada, general de la Orden de la Merced, y el conde de España. Al fraile le harían grande por humilde y al general del ejército por humano.

Fernando VII marchó á Tarragona para que los sublevados catalanes se persuadieran de que no se hallaba cautivo de los masones. Hizo el viaje en siete días. Decía la *Gaceta:*

«El rey nuestro señor salió del real sitio de San Lorenzo el 22 de Setiembre..., siendo grande el número de sus habitantes que concurrieron con sus familias á ver á su soberano, pidiendo al cielo derramase sus bendiciones sobre la real persona y felicitando á S. M. por la *heroica* resolución que ha tomado por el bien de sus vasallos.» ¡Vaya una hazaña!

Al leer en el mencionado periódico que en Jerez de la Frontera, para solemnizar los días del rey, habían asistido al *Te Deum* los jefes y oficiales del regimiento de S. M. cristianísima, 9.° ligero, arrojé el papel, exclamando: «¡Asqueroso año 27!» A bien que Fernando VII entregó al duque de Angulema las águilas que se hallaban en el palacio de Madrid, cogidas por los españoles á los soldados de Napoleón. ¡Bonito, bonito!

El ser gemelo me proporcionó ratos divertidos. Creían en mi lugar poseíamos la virtud de curar el cólico á las caballerías, montando en ellas. «Señora (decían los labradores á mi madre), ¿nos deja V. al chico que es *medio,* para ponerle sobre el averío, malo de torozón?»—«Sí, que vaya»,—respondía poco segura de la gracia que me atribuían. Permanecía yo un rato muy contento encima del pobre animal. A ser cierta tal virtud, habría hecho gran bien á los muchos bestias que he tratado en mi larga vida, montando en ellos. Los sanara del cólico de necedad que padecían. Recuerdo los grandes fríos de 1829, y lo muy acalorados que se hallaban los realistas en 1830, cuando Mina atravesó el Pirineo, empujado por Luis Felipe, para obligar á Fernando VII á que lo reconociese por rey de los franceses. En mi casa odiaban el sistema liberal. Inspirado

por Satanás ó por la propensión que siempre he tenido de llevar la contraria en política, di un viva á la Constitución. Mis hermanas se asustaron; yo, avergonzado, me escondí debajo de una mesa, de la cual me sacó mi madre, diciendo, riéndose, que era un gran pecado el que acababa yo de cometer.

Mi padre era regidor perpetuo, usaba sombrero de copa con escarapela roja, levita larga verde, bastón con puño de oro; el Jueves Santo, y para la procesión del Corpus, se ponía el uniforme, no olvidando de ostentar la cruz de los sitios de Zaragoza. Paseábamos con él mi hermano y yo, cuando llovía, por los claustros del convento de San Francisco; íbamos á las viñas ó á las fuentes que nacen cerca de Borja. Siempre que pasábamos por el camino de Ainzón nos parábamos frente á una cruz pintada en el tronco de un olivo, nos descubríamos, rezábamos, y mi padre nos decía: «Aquí los franceses fusilaron en 1809 á cinco pobres cadetes españoles que llevaban prisioneros, como hacían con los enfermos ó aspeados que no podían andar.» Nunca he olvidado el horror y deseos de venganza que me causaban las palabras de mi padre. Refieren que al tratar inhumanamente á un español, le decía un francés: *Allons, allons*, y pensaba el pobre, «pechuga quisiera, no alón, grandísimo collón.» La primera vez que subí al santuario de la Virgen de la Misericordia, situado en el cerro de la Muela, me desmontaron del caballo para que arrojase piedras á un pilar que hay en el camino. Cuentan que predicó un fraile de Borja las tirasen y se impediría saliese la cabeza del diablo enterrado en dicho sitio. Consiguió lo que se propuso; limpiar el camino de guijarros, que molestaban á los de á pie. Lo que más me gustaba de los voluntarios realistas, era un corneta que vestía calzón, faja y pañuelo en la cabeza, y dos tambores, Calesa y el Galgo, después lo fueron de nacionales, y apalearon á sus antiguos colegas, que usaban sombrero con escarapela, chaquetilla azul desabrochada y pantalón de pana rayado. Por la brillantez de la banda puede colegirse el aspecto marcial del batallón. De un regimiento de infantería eran los pocos solda-

dos que en mi pueblo desarmaron á los realistas. Estos, mansamente, entregaron sus fusiles, como después los nacionales y voluntarios de la libertad. Los paisanos armados ocasionan gastos inútiles, no pueden batirse con tropas disciplinadas, sirven para desacreditar á los gobiernos que creen apoyar, y son máquina con sus desmanes de multiplicar el número de los enemigos. Los once mil realistas que reunió el famoso cura Merino en 1833 cerca de Soria, sublevados por D. Carlos, se dispersaron al oir el ruido que hacían las ollas de rancho que llevaba un mulo, escapado de noche, á las tropas de Isabel II. El animal hizo un gran servicio. Venció sin derramamiento de sangre.

Al morir mi padre, en 1832, se evitó la pena que le causara la vuelta al poder de los liberales, la persecución de éstos, la precisión de irse con los carlistas, aunque se hallaba valetudinario, la pérdida de los bienes y la completa desgracia de su inocente familia.

Aunque mi padre se halló en la guerra del Rosellón, á las órdenes del famoso general aragonés Ricardos y en toda la de la Independencia, no abultaba mucho su hoja de servicios. Las redactaban con un laconismo que desesperaría á los militares de ahora.

En la mía, cuando escasamente me había encontrado en algunos hechos de armas, malos por supuesto, se expresaban más hazañas y vicisitudes que en la de mi padre al acabar su carrera. En cuanto á condecoraciones, sólo podía ostentar la de San Hermenegildo y la concedida á los defensores de Zaragoza en sus dos sitios. Esta vale más que las innumerables con que puedo engalanarme á la conclusión de las ocho ó nueve guerras civiles, en las que por desgracia he tomado parte. Mi padre no conoció los pasadores, copia del extranjero, que se colocan en las cintas de las medallas para aumentar el número de chismes y relumbrones inútiles, ni pudo suponer que á su hijo le darían uno por atravesar el Orio en 1876 sin oir un tiro, para que los del Cuartel Real tuvieran de-

recho á usarlo, ni que antes le concedieran dos cruces de San Fernando, una por batirse con los carlistas en 1848 y otra por tomar barricadas á los liberales en 1856, que no lleva temiendo riñan al verse juntas. Tampoco usa la placa roja del Mérito militar, tan generalizada en la última guerra civil, que la llamaban el huevo: se pavonean hasta con la banda de la referida Orden innumerables que carecen de mérito y jamás han sido militares.

Murió por fin Fernando VII en 1833, como diría ahora un periódico noticiero, y á los chicos de la escuela nos hicieron ir en procesión á las honras llevando un lazo negro en el brazo. Fué el monarca más deseado, y después el más aborrecido. Su reinado el más fatal que hubo en España desde Ataulfo. Sufrimos la traidora, infame y horrible invasión francesa de 1808, quedó asolada la nación, perdimos la América, se encendió la lucha entre realistas y liberales; nos deshonraron en 1823 los cien mil hijos de San Luis, dejó el germen de la guerra fraticida de los siete años, y de que nos hayamos degollado en motines, pronunciamientos, guerras y revoluciones, para que abogados habladores, gacetilleros sin vergüenza, aventureros osados y militares desleales, hayan sido ricos, grandes títulos y ministros, aunque valieran menos que el más necio de los que hemos derramado nuestra sangre para empingorotarlos. En tan funesto reinado hasta se depravó el gusto. En las casas de nobles y plebeyos sustituyó el papel pintado á los tapices; al dorado y la talla, los muebles chapeados, y á las pinturas de los maestros españoles las horrorosas litografías francesas.

Expatriado Goya por incrédulo y afrancesado, no quedó más artista que D. Vicente López, al cual no se le ha hecho la justicia que sus retratos merecen.

Jamás he contemplado espectáculo tan magnífico para mí como la primera vez que vi en Borja, el año 1833, á los gastadores con gorras de pelo, mandiles, útiles y largas barbas, y al colosal tambor mayor, galoneado de plata, manejando la

porra á compás delante de la numerosa banda del regimiento de infantería de Gerona, 3.° ligero.

Hirió mi imaginación con tal fuerza el aspecto de la brillante tropa, que después de sesenta y dos años recuerdo los más pequeños detalles y los nombres de los soldados de la compañía que formaba junto á mi casa, cuya lista sabía yo de memoria mejor que el sargento primero que la pasaba. Entonces se despertó en mí la más decidida afición á la milicia. Deliraba por ella. «Se pasan muchos trabajos en el ejército (me decía mi madre, para cambiar mi vocación).—Bueno (la replicaba).—Tendrás hambre, sed, sueño.—Bien.—Te cogerán prisionero.—(Esto, por espíritu de independencia, no me hacía gracia y callaba).—Te herirán.—No importa.—Te matarán. —¡A que no pasa V. de eso!» la interrumpía satisfecho.

Existe en Borja, desde el siglo XVII, un teatro bastante bueno para tan chica ciudad. Los palcos son de particulares. En la primera comedia que vi, al exclamar un actor: «Aquí murió Sansón con todos los filisteos»; para figurar la ruina del templo arrojaron muchas piedras á la escena. En un drama espantoso cayó un muerto tan cerca de las candilejas, que al bajar el telón hubiera quedado fuera del proscenio. Para evitar la silba del público al presenciar la resurrección de un difunto, dijo el gracioso, en tono trágico, á sus compañeros: «Quiten de ahí ese *calabre*, que me *enrita* la *pacencia*.»

Para librarnos del cólera de 1834, se refugió mi familia en Huechaseca, pueblecillo fundado por el abuelo de mi madre en el pasado siglo. El cura párroco era bueno, carecía de entendimiento; no ejercitaba la memoria, y sólo leía en su breviario. Jamás rompía las fajas de los periódicos, revistas ni prospectos que le enviaban. Cuando hacía algún viaje, montaba en el mulo de un feligrés; usaba largo levitón, colosal tricornio y calzón corto, luciendo sus delgadas pantorrillas. Aborrecía el pantalón por ser moda introducida de Francia, que ningún buen español debía gastar, y fué el último que en la comarca vistió el traje del siglo anterior.

Un labrador pidió la partida de bautismo al cura. Este dió mil vueltas al libro parroquial, y dijo al mozo: «Mira, Berruga; sé que naciste, que te bauticé, que escribí la partida, pero no la encuentro.—Señor vicario, yo me quiero casar pronto.—¿Para qué? (le interrumpió el sacerdote, temiendo soltara una barbaridad).—Para llevar á la Juanica á comer melón en la feria de Borja.» Apesadumbrado el buen clérigo, consultó el caso con su primo, el señor del pueblo, cuya calma formaba contraste con la vivacidad de su pariente, y que le respondió, sacándole del apuro: «Mira, cura, tú y los del lugar conocéis á ese muchacho por el apodo Berruga, y se llama Manuel San Martín. —¡Es verdad! No había caído en ello (añadió el vicario).» El padre de Berruga, de un sorbo bajaba dos pulgadas el vino que contenía una gran tinaja.

El cura pasaba por rico. Ya anciano una noche de invierno le sorprendieron los ladrones. Creían ocultaba sus tesoros en la bodega situada en un cerro inmediato; lo llevaron á ella en camisa, lo conocieron los perros del pueblo, se lanzaron furiosos á los bandidos, mientras se defendían de ellos se les escapó el clérigo subiéndose á un olivo. El infeliz se helaba, observó que los perros le buscaban, bajó del árbol, y los fieles animales lo abrigaron aquella noche.

El cura todo lo hacía á escape. Tocaban á misa ó al rosario, corrían las viejas á la iglesia, y llegaban al *Ite misa est* ó al quinto misterio. El Evangelio de San Juan lo leía mientras los fieles se persignaban. De la salutación angélica solo repetía. «Dios te salve María, Amén Jesús.»

Los chicos en Huechaseca paseamos en burra, nos comimos la fruta, pisamos los moscateles, nos revolcamos en el mosto y nos lavaron en una acequia. De noche saltábamos por encima de la hoguera, que se alimentaba de espliego y tomillo, para ahuyentar la peste. Si se quemaba algún cubo de carro, al ver salir las llamas azuladas por los agujeros, dábamos gritos de alegría. Los mozos y mozas del lugar bailaban la jota. La dicha poco dura. Un amanecer avisó el cura que

un pastor agonizaba del cólera. Los muchos que vivíamos en la casa del señor del pueblo hermano de mi madre, nos dispersamos. Al volver á Borja, un vecino nos dijo:—«Hoy es el día que más gente ha muerto».

Al cura de Huechaseca, como á casi todos los clérigos que dejan riquezas, se les puede aplicar: «Dineros del hisopo y del Peru-tururutucere.» El fundador del pueblo repetía: «El Señor me exigirá cuenta por haber hecho cura al sobrino de mi yerno.» Más se la habrá pedido de que por vanidad quitó á varios nietos lo que les correspondía, para darlo á uno solo. A la tercera generación, Huechaseca, una de las fincas mejores de Aragón, se repartió entre varios, ninguno de la familia.

Los realistas y liberales, en cuanto á tolerancia, no pueden echarse nada en cara. Cuando comenzó el reinado de Isabel II, el ayuntamiento de Borja despidió al carpintero que había en tiempo de Fernando VII. Llegó la feria, el artesano liberal ignoraba la manera de armar las casetas ó barracas que se ponen en la plaza, y el realista, para fastidiarlo, abandonó el pueblo. No le valió. El alcalde, en nombre de la libertad, mandó á la milicia urbana lo trajese á Borja atado codo con codo.

La primera confesión la hice con mi tío D. Buenaventura Tejadas, párroco de San Miguel. Lo verificamos cuatro chicos á un tiempo delante del sacerdote sentado en un sillón del coro. «¿Has echado ajos? preguntó á un niño.—No, señor (respondió).—Otro de los muchachos añadió: Sí, señor; echó uno jugando al toro.—*Chifletero* (soplón), gritó el acusado.—Ea, callad, marchaos y que os den bien de merendar, dijo el bondadoso clérigo. En la guerra de la Independencia lo llevaron preso á Francia porque aborrecía la dominación extranjera. Los oficiales españoles que se hallaban con él en el depósito de prisioneros, al conocer su impasible carácter, fingieron haber recibido la orden de ser fusilados. El cura, al saberlo, sin alterarse ni manifestar temor, dijo: «Culpa no tenemos; moriremos por Dios y por la patria.» Sin hacer caso de la noticia,

continuó leyendo en su breviario. Al volver de Francia no encontró el dinero que dejó escondido entre el pedestal y el diablo del retablo de San Miguel, y dijo: «Yo tengo la culpa; si lo hubiera puesto debajo del Santo, no habría el demonio avisado á sus amigos los gabachos para que me lo robaran.»

Las anteriores anécdotas y otras por el estilo que publico en estas *Aventuras*, las dí á la estampa en los *Cuentos aragoneses* (1881-1885.)

Yo de chico era muy débil; para que me robusteciera, me dejaban hacer cuanto quería. Generalmente entraba en mi casa encaramándome por una parra y saltaba á la galería. Confieso que de carácter poco sufrido, siempre me he subido con mucha facilidad á la parra. Aunque nevase, medio desnudo, descalzo y sin nada en la cabeza pasaba muchas horas en el huerto. Me sentaba en la horquilla formada por la rama casi horizontal de una higuera para lo que no se excusa, meciéndome durante la operación. A estilo de pájaro.

Los versos de Garcilaso

«Flérida, para mi dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ajeno»,

me recuerdan siempre que eran mejores los albaricoques de mi huerto y me gustaban mucho más los del inmediato.

Una gitana horrible y negra exclamó al verme: «¡Qué pecho tan blanco tiene ese chico!» Lo referí satisfecho en mi casa y por burla me llamaban «pecho blanco».—Oí á mi hermano era señal de valiente llevar roña en las rodillas.—Yo tengo, dije muy contento.—Es señal de valiente cochino, añadió, aplastándome.

Pasé mis primeros años divertido en jugar á los soldados, al toro y á la pelota; ayudar á misa, tocar la campanilla en los Viáticos, nadar, pescar cangrejos y asustar á las mujeres que fregaban en el río Sorván. Desde una ventana de mi casa, cuando más descuidadas se hallaban, dejaba caer un ladrillo

en el agua. Se ponían furiosas, gritaban: «Lo diremos á su mamá.» Jamás lo verificaron.

En Borja los que se tenían por liberales, obligaron al corregidor á registrar las habitaciones de los realistas y quitarles las armas de uso particular. Fué acompañado de una comisión del municipio y otra de la milicia urbana. El comandante de los pocos caballos de la misma, llamado Patarrastrando, porque era cojo, al llegar á la puerta de mi casa dijo: «Aquí vive la viuda de un servilón; encontraremos muchas armas.—El esposo de esta señora era teniente coronel; no puedo exigir que las entregue»,—replicó el corregidor. «Yo me encargo», añadió Patarrastrando. Lo oí desde el balcón, avisé á mi madre, la cual salió al encuentro del valiente caudillo y le preguntó: «¿Qué busca V.?—Las escopetas de su marido.—Las tiene mi hermano; es más liberal que V.—¿Y las pistolas? —Las tendrá.—Antes me harán pedazos que entregar la espada que mi esposo usó en los sitios de Zaragoza, si no lo ordena el capitán general de Aragón.» Mientras Patarrastrando refería á sus compañeros tan arrogante respuesta, mi madre colocó las pistolas en una canastilla, las tapó con una servilleta, y dijo á una criada muy buena moza que vestía corsé rojo, saya amarilla y medias azules: «Llévalas á mi hermano que se halla en Ainzón.» Observé con alegría que la hermosa baturra pasó impávida por delante de los que hacían odiosa la libertad con su brutal intolerancia. Conservo las referidas armas. Los nacionales de caballería de Borja eran ricos comparados con Patarrastrando que los mandaba. Si formaban y se cansaban, decían á su jefe: «Pata, quédate aquí; cuídanos los caballos.» En la procesión del Corpus, al pasar la custodia, el cojo, en lugar de mandar rendir las armas, daba la única voz que sabía de la táctica. «Enristren, lanzas.»

UN SOLDADO VIEJO.

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

Acaba de verificarse la apertura de los tribunales para el año judicial de 1895-1896. En cumplimiento de lo dispuesto por el art. 628 de la ley orgánica del poder judicial, de 1870, y por el art. 15 de la ley adicional á la orgánica, de 1882, el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Romero Robledo, ha leído el correspondiente discurso, y el fiscal del Tribunal Supremo, Sr. Puga, ha presentado al gobierno la consabida memoria acerca de la administración de justicia en España durante el año anterior de 1894-1895.

Bien merecen estos trabajos que se les consagre alguna atención, ya que no por su valor intrínseco, harto limitado, á mi entender, á lo menos por la posición oficial que ocupan sus autores y por la trascendencia que pueden tener, al traducirse en leyes, las reformas que, respectivamente, prometen y recomiendan. La administración de justicia, función social de las más importantes y delicadas, de cuya buena ó mala organización y acertado ó desacertado ejercicio, depende en parte principalísima la prosperidad general ó la desdicha, se halla en nuestro país, en proporción muy considerable, á merced de los vaivenes y agiotajes de eso que se llama «la política». Cada cambio de ministerio ha de traer consigo, por la propia virtud y exigencia del sistema á que tales cambios obedecen, una modificación en el personal y en el funcionamiento de todos los ramos adminis-

trativos, y del judicial, por consiguiente. No lo pueden los ministros todo, como á veces querrían; las condiciones que constituyen el mecanismo social son bastante menos flexibles de lo que fuera su deseo, y contra ellas fracasan á menudo sus propósitos. No obstante, en pueblos como el nuestro, muy acostumbrado aún á vivir del maná, á esperarlo todo de arriba, sin confiar nada apenas en el esfuerzo propio, y donde, por consecuencia, no existe una opinión pública sólidamente constituida, y por estarlo, temible, un ministro dispone de gran fuerza y puede encaminar muchas energías sociales por buenos ó por malos derroteros, según que su competencia sea mayor ó menor y su voluntad más ó menos recta. En una nación adelantada, que haya llegado, por decirlo así, á la mayor edad, y tenga, por tanto, conciencia de su capacidad para regirse por sí propia, independiente y democráticamente, los ministros no son un factor de importancia excesiva, y el que sean genios ó individuos ineptos es cosa que influye relativamente poco en el resultado total de la labor y la vida colectivas. Pero, al contrario, en las naciones atrasadas, como la nuestra, que, por carecer de condiciones para gobernarse autárquicamente, precisan estar, como todos los débiles é incapaces, sometidas á tutela casi dictatorial, el que ésta se ejerza por manos hábiles ó torpes, por espíritus serios y probos, ó por gentes de no muchos escrúpulos y de ánimo ligero, tiene forzosamente que ser un hecho de enorme trascendencia.

¿Cómo no dar importancia, bajo tal respecto, á las condiciones personales de los que en España manejan, como se dice, las riendas del gobierno? ¿Cómo no dársela á los programas de los ministros, donde suelen exponer, no siempre con la sinceridad que debieran, los propósitos (reformistas ó destructores) que para el futuro abrigan? ¿Como no dársela, en lo tanto, al discurso de apertura de los tribunales del actual ministro de Gracia y Justicia, cuando es el programa de las reformas, si tal nombre merecen, que piensa acometer desde el departamento que desempeña? Y ¿como no dársela, por

último, á la *Memoria* del fiscal del Tribunal Supremo, sabiendo que este cargo es, más bien que un cargo judicial, un cargo de esos que se llaman políticos, ocupado siempre por persona de la confianza del gobierno imperante y del ministro de Gracia y Justicia de turno?

*
* *

Lo mismo el Sr. Romero Robledo que el Sr. Puga, confiesan de modo terminante, más de una vez, que sus escritos lo han sido obedeciendo á un criterio eminentemente práctico y rehuyendo toda reflexión de orden «más elevado», por no juzgar éstas en armonía con la índole de sus trabajos, en los cuales persiguen fines «de positiva utilidad» (1). El examen de los temas que llaman «especulativos» se lo dejan encomendado á los «filósofos», á los «doctos», á los «pensadores» (2).

Esta afirmación es la primera en que debemos fijarnos. Los autores, pagando tributo á una concepción bastante generalizada, pero totalmente errónea, á mi modo de ver, suponen que hay dos diferentes esferas de conocimiento y dos correlativas maneras de estudiar y discutir las cuestiones: la esfera de las ideas y la de los hechos, la de los «principios» recabados por la sola actividad raciocinante del intelecto, sobre y aparte los datos reales, y la de las «aplicaciones» de aquellos principios; la de la especulacion teórica, abstracta, apriorista, que se cierne en el campo de las verdades absolutas, pero por lo mismo irrealizables, y la de la observación de la realidad concreta, donde la verdad se halla rodeada y mezclada de im-

(1) Memoria del Sr. Puga, pág. 38.
(2) Discurso del Sr. Romero Robledo, páginas 7-8.

purezas que empañan su brillo. El señor ministro y el señor fiscal no dicen esto del modo terminante como nosotros acabamos de hacerlo, pero lo dan á entender de forma que no puede caber duda, añadiendo que ellos se contentan modestamente con moverse en el horizonte de la segunda esfera, de la terrestre, como si dijéramos. Mas al renunciar á la esfera más elevada, á la de la «filosofía», lo hacen, según dicen expresa ó implícitamente, no porque no les sea accesible, sino porque creen que así lo requiere la naturaleza misma de sus respectivas disertaciones. Yo, sin embargo, me permito pensar que no es por esto último, sino por lo primero. Y que así es, espero que resultará demostrado de lo que voy á decir.

Al afirmar los Sres. Romero y Puga que quieren hacer sus trabajos puramente prácticos, rehuyendo toda reflexión filosófica, desconocen ú olvidan que lo práctico y lo filosófico son enteramente la misma cosa, ó, si se quiere, que no hay nadie más práctico que el verdadero filósofo, ni nadie que haga más filosofía que el hombre de verdad práctico. La fuente del conocer y del discurrir práctico y del filosófico es perfectamente idéntica, á saber: la realidad. Por muy idealista que uno sea; por abstractamente que haga sus raciocinios; por «elevadas» que sean sus concepciones, son sin remedio concepciones y raciocinios que atañen á cosas reales. Ahora, cuanto mejor conozca un hombre la realidad, cuanto mejor observe ésta y se apodere intelectualmente *(intelligere, aprehendere)* de los múltiples elementos que la constituyen y de los vínculos existentes entre ellos, tanto más filosófico será su conocimiento y tanto mejor sabrá acomodar su conducta (practicar) á las exigencias reales. No es, por consiguiente, más filósofo, ni posee conocimientos más elevados aquél que lucubra, por decirlo así, en el aire, fuera del círculo de lo real: lo es aquél que, con el pie firme en el suelo, sabe levantar la vista para sorprender los múltiples nexos que entre las cosas se dan, y que no es capaz de sorprender el que no mira hacia la tierra, ni tampoco el que se apega exclusivamente á una parte de ésta

y descuida las demás. Lo que sucede es que á veces suele apellidarse, indebidamente, «filósofo» al utopista y al que discurre dejándose guíar tan sólo por su fantasía y por las inspiraciones de un raciocinio dialéctico; y por el contrario, se llama «práctico» á quien no conoce más estrella polar de sus juicios que la rutina. ¿Es en este último sentido en el que se contraponen en el discurso y Memoria que nos están ocupando la filosofía y la práctica? Creo que no debe vacilarse para contestar afirmativamente, como creo también que no debe constituir para nadie una gloria el renunciar á ser «filósofo» para convertirse en rutinario.

Viene, pues, á resultar que los únicos que se relacionan y familiarizan con la filosofía son aquellos que observan y recogen el mayor número posible de experiencias y datos de hecho, los comparan entre sí y sacan de ellos inducciones y leyes generales; que el mejor filósofo es aquel que penetra más en el fondo de las cosas mismas, viendo en ellas relaciones que la generalidad de los hombres no saben ver y aprovechando elementos que ordinamente pasan desapercibidos, y que el secreto de la filosofía está en sacar la sustancia de cada hecho ó cosa concreta y saber hallar en ellos todo un mundo de cosas y de hechos. Si los Sres. Romero Robledo y Puga lo hiciesen así, podrían llamarse filósofos, y lejos de creer que en trabajos como los que ellos han escrito no cabe la filosofía, habrían de venir á creer justamente lo contrario. En el orden de los fenómenos sociales, lo mismo que en el de los demás fenómenos naturales, el origen de todas nuestras ideas no se halla ni puede hallarse en otra parte que en la experiencia, en el frecuente trato con las cosas. Lo que hay es que mientras algunos (los pensadores, los verdaderos filósofos) enlazan en el pensamiento unas con otras las ideas, como están enlazadas en la realidad las cosas de donde éstas proceden, otros (los que se dicen prácticos y que no son sino rutinarios) no las enlazan; mientras para los primeros, cada hecho concreto, á la vez que engendra un conocimiento singular, es un medio poderoso de

sugestión, que les hace remontarse hasta concepciones más generales, los segundos no alcanzan á ejercitar sus facultades en estas últimas. Los que proceden del primer modo son filósofos, pero, por serlo, son también los hombres más prácticos; los que proceden del segundo modo son los que no tienen otro guía de su obrar que un cómodo y torpe empirismo. ¿Quién es en verdad hombre más práctico, el que no obstante presenciar diariamente infinidad de fenómenos de gravitación universal, los ve, pero no los mira, ó el que, del simple hecho de la caída de un grave, se remonta á la concepción de la ley general de la gravedad, de tan fecundas aplicaciones?; ¿el mecánico que rutinariamente mueve la máquina de un modo siempre uniforme, ó aquel otro que observa sus imperfecciones, las causas de que proceden y la forma mejor, más adecuada y económica de remediarlas?; ¿el político de oficio, que se contenta con «vivir al día» y con explotar el mecanismo gubernamental, de cuyos resortes se ha hecho dueño por un golpe de audacia, ó el estadista que inquiere sin cesar y estudia la situación efectiva del pueblo á cuyo frente se halla, los factores reales que en él obran, las aspiraciones (latentes ó manifiestas) de la masa social, y relacionando y comparando unas cosas con otras, se forma una concepción compleja y orgánica de la sociedad que gobierna, y en vista de ella, dicta las medidas generales que han de servir de norma á todos y con las que se busca el bienestar colectivo?; ¿el funcionario judicial que se obstina en no reconocer otra fuente de justicia que la legislación positiva, á la que profesa un culto supersticioso y cuya aplicación seca le parece que forma el ideal de su función, ó el magistrado para quien el texto legal no es más que un dato (ni siquiera el principal) de los muchos que debe tener presentes, y para quien cada uno de los casos que se ofrezcan á su decisión no debe mirarse de una manera aislada, antes bien, se debe relacionar con todo el conjunto de factores y elementos sociales, y considerarlo á modo de ejemplo denunciador de la existencia de causas más ó menos generales y

permanentes en cuya averiguación y estudio está obligado á entrar, á fin de poderlas combatir ó aminorar, favorecer ó sustituir, según las ocasiones?

Los hombres estudiosos y cultos, siempre que su cultura sea sólida, realista, adquirida en el roce con la vida, son habitualmente prácticos y filósofos, todo en una pieza, y en todas las obras que emprenden, ora sea en el orden de la acción propiamente social (por ejemplo, legislando), ora en el de la acción doctrinal (científica), imprimen el sello doble de su práctica y de su filosofía. Como el mirar las cosas con criterio filosófico y práctico (indivisibles el uno del otro) es ya en ellos, por decirlo así, connatural, siempre que se proponen hacer obra práctica hacen también obra filosófica, y siempre que quieren hacer obra filosófica hacen también (porque no puede ser por menos) obra práctica. Imposible, por consiguiente, que á uno de estos espíritus le hubiera ocurrido decir, como á los Sres. Puga y Romero Robledo, que se abstenían de hacer reflexiones filosóficas acerca de los temas que tratan en sus trabajos; y aun cuando lo hubiesen dicho y se lo hubieran propuesto, no lo habrían conseguido. El que es filósofo (el que ve las cosas en su conjunto, unidas las unas con las otras), lo es siempre, como el rutinario (el que mueve su vista en un horizonte muy limitado), tampoco se aparta nunca de la rutina. Y es bien seguro que, á no ser por el esfuerzo de aquéllos á quienes los rutinarios motejan en su ignorancia de «filósofos», los cambios en las instituciones (esos cambios que representan lo que se llama el «progreso») se harían imposibles, porque nadie sentiría su necesidad.

Por si el fiscal y el ministro necesitaran hechos concretos que les demostrasen la perfectísima compatibilidad, y hasta indivisibilidad de sus cargos con el estudio y la reflexión filosófica, y, por consecuencia, lo equivocados que están al creer que la labor del pensador y la del gobernante ó funcionario de la administración de justicia se excluyen en una misma persona, bueno sería que se fijasen en lo que está sucediendo en

otros países no muy lejanos al nuestro, y en lo que en ellos hacen aquellos que ocupan los puestos equivalentes á los suyos.

Cuanto á los fiscales se refiere, éstos, en sus discursos de apertura (1), muestran que se preocupan de estudiar los problemas que se hallan á la orden del día, y que para hacer este estudio se aprovechan justamente de las observaciones y experiencias que han podido recoger en el ejercicio de sus funciones judiciales. Así convierten (como debe hacerse) el tribunal en campo de indagación, y los asuntos en que intervienen les sirven de motivo y de materia para devenir filósofos. Algunos de esos discursos de apertura son verdaderos monumentos doctrinales, de que se aprovechan luego los hombres de ciencia; otros han sugerido y sugieren al legislador reformas de trascendencia innegable (2).

Y por lo que hace á los ministros, ¿quién que esté un poco al tanto de estos asuntos desconoce la eficacísima acción desplegada por M. Le Jeune en Bélgica, hallándose al frente del departamento de Justicia, acción tan justamente celebrada y admirada por todo el mundo, y que tan excelentes resultados está dando? Bélgica ha sido el país de Europa donde primero se ha introducido (3) legalmente la condena condicional, esa institución que poco á poco va penetrando en los otros pue-

---

(1) En otros países, como Italia, Francia, etc., la apertura de los tribunales no se hace, como en España, exclusivamente en la capital de la nación, sino en cada una de las ciudades donde aquellos tienen su sede. No hay tampoco, por lo mismo, un solo discurso ni una sola memoria, cual entre nosotros; cada tribunal tiene los suyos, estando encargado de ellos el representate del ministerio público.

(2) Podríamos poner muchos ejemplos de lo que en el texto se dice, citando al efecto discursos de apertura que en Francia, en Bélgica, en Italia se han publicado durante los últimos años, y cuyo valor se ha reconocido unánimemente no ser pequeño. Pero el hacerlo nos obligaría á extendernos en este punto más de lo que permite la índole incidental del mismo.

(3) Por la ley de 31 de Mayo de 1888.

blos (1), como medio con el cual reemplazar las penas de cárcel de corta duración, reconocidas por todos como ineficaces y altamente nocivas. Bélgica es el país que hoy se conduce de un modo más acertado en el tratamiento de la infancia culpable, viciosa y abandonada (física ó moralmente), el país que ocupa en este respecto el primer lugar entre todos los de Europa y aun del mundo civilizado (2); así como tam-

(1) Menos en el nuestro, donde ni siquiera se habla de ella. Ciertamente, es un poco extraño que en el discurso del Sr. Romero Robledo, que es, ó quiere ser, un programa de las reformas judiciales que el ministro piensa acometer, como tal ministro, no se haga indicación alguna acerca de la condena condicional (que en realidad está ya vigente en Inglaterra desde el *Firs offenders Bill* de 1887; en Bélgica, desde la ley citada de 31 de Mayo de 1888; en Francia, desde la llamada ley Bérenger de 31 de Marzo de 1891; en el gran ducado de Luxemburgo, desde la ley de 23 de Mayo de 1892; en el cantón de Ginebra, desde la ley de 29 de Octubre de 1892, y en Noruega, desde la ley de 2 de Mayo de 1894, y que no tardará en estarlo en otros países, en los cuales se halla en estado de proyecto, como en Italia y Suiza, ó en los que ha sido ya objeto de discusión en las Cámaras, en las asambleas de juristas, en el libro y la revista, v. gr., en Alemania y Austria), ni se prometa legislar sobre ella en un porvenir más ó menos próximo. ¿Será acaso porque el ministro crea que debemos esperar á que en las demás naciones se haga vieja la institución de que se trata, para introducirla entonces nosotros como una «atrevida y peligrosa novedad»? ¿O será porque no haya llegado á su noticia que tal institución hace ya tiempo que anda rodando por el mundo, y no sólo por el mundo, que él juzgará quizá fantástico, de los «filósofos», sino por el mundo real y terrestre de la práctica? Y si no es por ninguna de estas cosas (la primera de las cuales no diría mucho en favor de la seriedad é idoneidad de un gobernante, y la segunda no quedaría muy bien parada su competencia técnica), ¿qué causa puede haber motivado la omisión referida?

(2) En los dos Congresos internacionales para la protección de los niños abandonados, de los libertados de la cárcel, de los vagabundos, de los alienados, sordo-mudos, ciegos y epilépticos, Congresos celebrados ambos en Amberes, el primero en 1890 y el segundo en 1894, se ha reconocido la preeminencia de Bélgica sobre todos los demás países en cuanto á la protección de la infancia y se han elogiado mucho sus leyes é instituciones relativas al particular. Por eso ha acordado el último Congreso que en Bélgica es donde debe hallarse la sede del Comité permanente internacional de patronato de las personas antes mencionadas y

bién es el país que ha sabido encontrar los medios más convenientes para reprimir la vagancia y la mendicidad (1), estas verdaderas plagas sociales que, junto con la infancia viciosa, culpable y abandonada, constituyen la fuente más abundante de delincuencia y el plantel más fecundo donde se reclutan los sóldados del ejército del crimen.

Pues bien; este puesto preeminente lo debe Bélgica á su antiguo ministro de Justicia, M. Le Jeune, el cual, dotado de un espíritu superior, verdaderamente «filosófico», y armado con una sólida y amplia cultura en materias sociales, ha podido desplegar una gran iniciativa en el ejercicio de su cargo, logrando implantar legalmente reformas que están siendo objeto de constantes elogios por parte de los doctos, y recomendadas, como modelos dignos de imitarse, á los demás países. Si M. Le Jeune no hubiera sido un hombre de ciencia, un «filósofo», que diría el Sr. Romero Robledo, es seguro que no habría podido hacer desde el departamento de Justicia lo que ha hecho, y se habría limitado á dejar las cosas tal y como las encontró, ó las habría modificado á tientas, por procedimientos empíricos, acaso empeorándolas.

Vean, pues, el fiscal del Tribunal Supremo y el Sr. Romero Robledo si los ejemplos que acabamos de aducir no les obligan á rectificar los juicios que emiten en sus respectivos trabajos, suponiendo que en éstos no cuadraban las reflexiones «filosóficas» y que el innovar es cosa que les está vedada á ellos, para encomendársela á los «pensadores».

*
* *

Verdaderamente, el discurso del señor ministro de Gracia y Justicia no tiene de tal sino el nombre, pues no es, como otros

---

que la caritativa ciudad de Amberes sea la en que se celebren todos los futuros Congresos. (Véase las *Actas* de este Congreso, recientemente publicadas; Amberes, 1894 y 1895.)

(1) Ley de 27 de Noviembre de 1891.

de su clase, una disertación ó cuerpo de doctrina sobre alguno ó varios de los interesantes problemas que á la administración de justicia atañen. Esto es cosa que el autor ha rehuido hacer de un modo deliberado.

«*No esperéis de mí,* dice, como tema del discurso inaugural que, ya entre vosotros, la ley me manda leer, el *examen de ningún tema abstracto del derecho; ni siquiera el teórico de ninguna cuestión* sobre la que vuestra experiencia exija alguna reforma en nuestros códigos. *Esta labor me llevaría al terreno de la especulación,* EL QUE CUIDADOSAMENTE QUIERO EVITAR, *por considerarlo impropio del momento y sin ninguna eficacia para vuestra misión eminentemente práctica* y preceptivamente circunscrita á la recta aplicación del derecho escrito (1). *Quédese esa tarea,* siempre plausible, *para los pensadores que aportan al mundo de la inteligencia la iniciación de nuevas teorías...* Yo abandono el examen de todo tema especulativo, *como materia vedada á mi discurso.*»

¿Qué nos corresponde á nosotros en vista de tales terminantes declaraciones? Fuera de criticar la oportunidad ó inoportunidad de las mismas y el valor del juicio que en ellas se contiene—lo que ya dejamos hecho,—no nos queda más sino poner el «enterado», y pasar á la orden del día. Donde no hay sustancia, nadie podrá decir si es buena ó mala.

Pero si el discurso no es un discurso, quiere por lo menos ser un prospecto de las innovaciones que el ministro se pro-

(1) Ahí está el error del ministro y de muchas gentes, en especial las «de toga», que tienen la misma equivocada idea que él de la función de administrar justicia. Piensan que esta administración consiste en aplicar mecánica y ciegamente la ley, sin hacer más averiguaciones, «sin meterse en honduras», lo cual queda reservado para los «teorizantes y filósofos». No advierten que si aquella aplicación ha de ser acertada, justa, verdaderamente «recta», el funcionario judicial necesita ser hombre de gran inteligencia y cultura, esto es, un filósofo, porque sin esto no sabrá interpretar la ley (ó mejor, la realidad, de la que la ley debe ser tan sólo una fórmula quintaesenciada), y no interpretando, claro está que tiene que obrar sin saber cómo obra, sin saber si acierta ó se equivoca. Véase mis *Problemas de Derecho penal,* cap. III.)

pone introducir en las materias que caen dentro de su departamento, y acerca del particular conviene que digamos algunas palabras.

En primer lugar, afirma el ministro que los puntos de reforma de que habla en su trabajo no constituyen un programa exclusivamente *suyo*, sino que son «aspiraciones de todos, ó necesidades por todos proclamadas». Lo cual sólo es exacto hasta cierto punto. Como él no dice más tocante á varias leyes, v. gr., el Código civil, la ley de Enjuiciamiento civil, la de Enjuiciamiento criminal, sino que es preciso reformarlas, claro está que hasta aquí refleja «las aspiraciones de todos». Pero el cernerse en estas vaguedades no es decir nada, y mientras no sepamos cuáles han de ser las reformas concretas que el ministro pretende introducir, no será posible juzgar de si hay efectivamente coincidencia de opiniones entre él y los demás ciudadanos. Lo que sí puede desde luego afirmarse es que, en cuanto concierne á las modificaciones que dice va á hacer en el Código penal, en la revisión de los procesos penales, en la responsabilidad é inamovilidad de los jueces, no han de encontrar el aplauso de todos, antes bien, serán objeto de censuras y de contienda.

Y ahora, otra observación sobre esto mismo. Parece que el Sr. Romero Robledo considera en cierto modo como un mérito el no tener programa *suyo*, y el formar uno con las aspiraciones de todos y con las necesidades por todos proclamadas. No sé yo cuánta fe pueda darse á semejante confesión de uno de los políticos al uso, acostumbrados á no fijarse para nada en la efectiva situación y en las exigencias del pueblo para el cual legislan, y á convertir en preceptos obligatorios los arrebatos de un temperamento apasionado ó los caprichosos exabruptos con que se procura mortificar á los adversarios y hallar hueco donde colocar á los amigos. Si el tomar prestado en España un ministro su programa á las aspiraciones de la masa social no es un hecho que denuncia la carencia de programa propio y de ideas en donde apoyarlo, ó con el que se

quiere disfrazar y ocultar otras intenciones, bien se puede considerar el fenómeno como inaudito. Doy, sin embargo, por cierto lo que me parece que no lo es, á saber: que el programa del Sr. Romero Robledo responda exactamente á las aspiraciones generales, y que no contenga más que estas aspiraciones. Aun siendo así, aun habiendo hecho con esto mucho un ministro, no creo que haya hecho lo bastante. Se necesita, además, interpretar esas aspiraciones generales, y esto exige una labor muy larga. Es frecuente tomar por aspiraciones generales, por deseos de la opinión pública, las manifestaciones más estruendosas y visibles de la misma, por ejemplo, los artículos de periódicos ó los discursos en las reuniones públicas, los cuales, sobre traducir el juicio de pocos individuos (1), no lo suelen traducir de un modo exacto, y siempre responden al punto de vista egoísta y estrecho de quienes los escriben ó pronuncian. Para encontrar las verdaderas exigencias y necesidades generales, la verdadera opinión pública, ni siquiera basta con enterarse de lo que las gentes quieren ó dicen que quieren, sino que hay que averiguar lo que en el fondo deben querer y querrán mañana, lo cual sólo se consigue estudiando la situación real de las cosas, enlazando unas con otras y viendo lo que para todos es conveniente y provechoso. Es decir, que el modo más adecuado para conocer cómo han de satisfacerse las necesidades generales es estudiarlas tal y como ellas sean, no confiando únicamente en lo que algunos, que las ven desde un punto de vista interesado, dicen que son. Y aquí es donde tiene un amplio campo en que ejercitarse la actividad de un ministro inteligente, de un ministro que, sabiendo

(1) No se crea que los acuerdos tomados, v. gr., en una reunión, ó las ideas vertidas en un *meeting*, aun habiendo sido adoptados por unanimidad, ó aplaudidas por todos los oyentes, expresen la opinión (mucho menos una opinión reflexiva y maduramente formada) de cuantos los tomaron ó aplaudieron: en tales casos suele obedecerse bastante al influjo de la sugestión ajena. Muchos de los que en una reunión aplauden á los oradores y á lo que dicen, cuando á solas meditan sobre lo que aplaudieron, lo tienen por no aceptable.

mirar las cosas con criterio «filosófico», esto es, en conjunto, penetre con mirada perspicaz en el futuro y se adelante á su pueblo implantando reformas cuya utilidad el pueblo mismo no está todavía en disposición de comprender, pero que comprenderá mañana, cuando lo que aún está en germen haya adquirido más desarrollo, y que no tardarán en comprender los ciudadanos más avisados del mismo. Un ministro así (como M. Le Jeune, por ejemplo) es el único que responde, en realidad, á lo que su misión de *tutor de pueblos* exige. Mas para poder ser tutor de pueblos se necesitan condiciones muy diferentes de las que entre nosotros se requieren para ser hombre político: justamente aquellas condiciones que constituyen al «pensador» y al «filósofo»; al que, mirando al presente, sabe leer en el porvenir; al que del estudio y contemplación de lo actual (el ideal de ayer), se remonta á la intuición del ideal (realidad de mañana).

Fácil es explicarse ahora por qué es tan pobre en promesas de reforma el trabajo del ministro de Gracia y Justicia, y por qué se advierte en él una total omisión de las cuestiones más importantes que en la actualidad se agitan, lo mismo en el orden civil que en el penal, cuestiones que bien merecían les hubiera consagrado alguna atención. Tocante á la materia civil, en la cual tan radicales cambios se están llevando á cabo ante nuestra vista, por efecto de las transformaciones realizadas en todo el organismo social y en sus elementos constitutivos, singularmente en las relaciones económicas, y tras de ellas y juntamente con ellas en todas las demás, el ministro guarda un silencio casi completo. Lo único que hace es decir lo que ya sabíamos todos, á saber: que en plazo no lejano ha de reformarse el Código civil, por expresa prescripción de una de sus disposiciones transitorias. Y bien valía, por cierto, la pena de que nos hubiera hecho saber si está ó no dispuesto á que esta reforma se verifique en el sentido de la moderna tendencia de los civilistas, ó sea en el de restringir el carácter marcadamente individualista de los Códigos de derecho privado y

afirmar en cambio más cada vez en ellos la solidaridad social, poniendos trabas y limitaciones al hoy absoluto derecho individual de propiedad, incluyendo en los mismos toda la legislación obrera, que tanto incremento va tomando de día en día en los pueblos adelantados, y favoreciendo la creación y acrecentamiento, por varios modos, de un patrimonio social.

Cosa análoga debe decirse de la materia mercantil. Dos líneas le consagra el ministro para decir que se reformará el Código de comercio en cuanto se refiere á suspensión de pagos y quiebras. ¡Como si en este punto no hubiera más innovaciones que introducir, con el objeto de ir logrando poco á poco que los comerciantes se equiparen á los demás ciudadanos, pierdan los privilegios de que gozan por virtud de su ley de excepción (el Código de comercio y aun la ley de enjuiciamiento civil), y vayan quedando sometidos el derecho común!

¡Y en materia penal no digamos nada! El Sr. Romero Robledo desconoce, ó aparenta desconocer, la grandísima importancia que, con razón, van adquiriendo las instituciones preventivas, y que á éstas es á las que debe convertir principalmente su atención el gobernante; desconoce, ó aparenta desconocer, que los medios más adecuados de lucha contra la criminalidad no son las penas, sino aquellos otros que atacan las causas mismas de los delitos; que por eso el sistema de agravación de la penalidad, con el fin de oponerse á la delincuencia, sistema á que él da tanto valor (1), es un sistema caído en descrédito por lo ineficaz, y por lo mismo va siendo abandonado; que los medios penales de que en la actualidad se hace uso más frecuente, casi casi exclusivo, ó sea las diferentes formas de la privación de libertad, están en visible de-

(1) Véase si no lo que dice de los delitos de imprenta, de la ley contra los anarquistas, de la represión de la propaganda separatista, de los delitos contra la sociedad, contra la patria, contra la propiedad, contra la familia, contra las creencias religiosas. En cambio, no tiene una palabra que indique la necesidad de ir contra las causas de que semejantes delitos proceden.

cadencia y por doquiera se buscan otros con que reemplazarlos (1); que aun la ejecución de estas mismas penas se va en todas partes combinando con otras instituciones (como la liberación condicional, las sentencias indeterminadas, las colonias penales), que cambian poco á poco el sentido de aquella ejecución; que la creación de asilos para delincuentes locos, para delincuentes jóvenes, para delincuentes alcoholistas, la instalación de casas de trabajo libre ó forzoso para los mendigos y vagabundos accidentales ó de profesión, el fomento y regulación por parte del Estado de las sociedades de patronato de individuos peligrosos y débiles y de libertados de la cárcel, y tantas y tantas instituciones análogas como por todas partes van naciendo para combatir el delito en sus mismas fuentes, en vez de esperar á que se cometa para castigarlo..., son no más que indicios, y á la vez efectos, de la revolución profundísima que en el orden penal entero se está llevando á cabo y de que el ministro debía haberse hecho eco, lo mismo que se lo han hecho los ministros de otros países, y aun en cierta parte también algunos españoles de gabinetes pasados. Por la lectura del titulado discurso del Sr. Romero Robledo, cualquiera creería, no sabiendo el año en que se ha escrito, que pertenece á un período por lo menos de un cuarto de siglo antes, ó que aquí en España no tenemos contacto alguno con el mundo que se llama civilizado. Las reformas penales que el ministro nos promete, si llegan á realizarse, dejarán las cosas en el mismo estado en que hoy se encuentran, ó algo peor (2).

---

(1) Para reemplazar las penas largas de privación de la libertad se preconiza por algunos (verbigracia el profesor Bruck, de Breslau) la deportación, que con tan lisonjero éxito vienen empleando algunos países, y muy especialmente Inglaterra. Cuanto á la sustitución de las penas cortas de cárcel, las más unánimemente censuradas y proscritas, se recomiendan diferentes instituciones, de las cuales las más generalmente aceptadas son la condena condicional, el arresto doméstico y la indemnización pecuniaria.

(2) La necesidad de ser breves para que este estudio no traspase los

A la memoria del fiscal del Supremo le es aplicable mucho de lo que dejamos manifestado con respecto al discurso del ministro de Gracia y Justicia. En ella no se propone ni dilucida apenas ninguna cuestión de verdadero interés y trascen-

límites de un artículo, nos obliga á dejar en el tintero las consideraciones críticas que el examen circunstanciado de las pocas reformas penales concretas que el ministro promete habría de sugerirnos. No quiero, sin embargo, dejar de decir que en todas ellas revela el autor no tener más ideas sobre la materia que las que forman el arsenal de lugares comunes del gran ejército de los leguleyos. La solución que se le ocurre para el problema de la cosa juzgada, aun en los casos de evidente error judicial, y las generalidades incoloras sobre la necesidad de reforma del Código penal, poniéndolo en armonía con la Constitución, modificando las escalas penales y redactando de otro modo el célebre art. 90 (estas son todas las innovaciones con que nos brinda en materia penal el actual jefe del departamento de Justicia), son buena prueba de lo que se dice.

Cuanto á la última parte del discurso, que, no obstante ser la última en la colocación, me parece á mí que es la central, porque el deseo de dar á conocer el ministro las ideas que en ella expone es lo que le ha hecho, probablemente, presidir este año la apertura de los tribunales, tendríamos mucho que observar si el espacio lo consintiera. En efecto, baste saber que en ella trata el ministro de la inamovilidad y responsabilidad judiciales, y que las trata con un criterio que se presta bastante á la discusión, muy especialmente ante el recuerdo de acontecimientos no lejanos. Yo creo que el Sr. Romero Robledo ha leído el discurso de referencia para intentar una justificación doctrinal y legal de los traslados que desde que es ministro de Gracia y Justicia viene haciendo sufrir á los jueces, y para notificar á éstos de un modo solemne, poco menos que *ex cathedra,* que no forman un *poder,* sino un *orden*, el *orden* judicial, dependiente del *poder* ejecutivo, y en representación de éste, del ministro de Gracia y Justicia; y que los referidos magistrados son inamovibles por la ley, pero en tanto que el ministro no quiera limitarles esa inamovilidad, haciendo uso de las facultades que la misma ley orgánica (interpretada por y á gusto del propio ministro) le confiere (cuando se quiere, es fácil encontrar justificación legal á todos los abusos). ¿No autoriza por lo menos para pensar de esta manera el hecho de que sólo á tales asuntos de la inamovilidad y responsabilidad judiciales consagra el autor más espacio que á todos los otros reunidos (leyes de enjuiciamiento civil y criminal, código penal, códigos civil y de comercio), cuando cualquiera de estos últimos merecería en otras circunstancias más atención que aquéllos?

dencia, sino únicamente cuestiones minúsculas, como estas: si el presidente de la Audiencia tiene derecho, en el acto del juicio oral, á preguntar á los testigos antes que la parte que los presente (fiscal ó defensor), ó sólo puede hacerlo después que ésta; si puede ó no darse lectura, en el referido acto del juicio oral, de las declaraciones que el procesado hubiere prestado en el sumario; en qué período del juicio puede proponerse y acordarse la práctica de una información suplementaria, y otras parecidas. Solamente se hace una indicación muy general y sucinta respecto á la necesidad de reformar con urgencia la justicia municipal, pero sin decir absolutamente nada en cuanto al sentido y manera en que debe hacerse dicha reforma, y otra indicación tocante á la reforma del Código penal, aunque esta vez proponiendo como principal objeto de la modificación que gran número de atentados contra la propiedad, que actualmente se persiguen como delitos, por virtud de la ley de 17 de Julio de 1876, se conviertan en simples faltas, devolviéndoles el carácter que tenían según la primitiva redacción del Código penal vigente (1).

(1) La reforma que el Sr. Puga aconseja, fundándose para ello en el gran cúmulo de procesos que, por virtud de la referida ley de 1876, van á las Audiencias, obligando á los magistrados «á entender en cosas nimias y pequeñas, con los mismos trámites, solemnidades, gastos y empleo de tiempo de los negocios graves, en perjuicio de la justicia, que no queda muy bien parada con tan excesivo rigor, y en menoscabo del propio prestigio del Tribunal que aplica la ley», y obligando á los funcionarios del Ministerio fiscal y á los Tribunales á usar con frecuencia de la facultad que otorga el art. 2.º del Código penal, es una reforma que vienen pidiendo hace tiempo varios escritores y miembros del cuerpo judicial, y que ya intentó, no hace mucho tiempo, un ministro de la Corona (el Sr. Maura, en su proyecto de reforma del Código penal, publicado en la *Gaceta* de 27 de Enero del corriente año). A mí me parece también una reforma aceptable, aunque por consideraciones muy diferentes de aquellas que el fiscal del Tribunal Supremo alega, pero que sería enojoso exponer aquí. Bástenos indicar que en esta cuestión va envuelta la de la conversión paulatina del derecho y de la función penal, de represivos y punitivos, en preventivos y correccionales. En otro sitio hablaremos extensamente de este problema.

Ahora, la memoria del fiscal del Tribunal Supremo se forma en vista de las que le remiten anualmente los fiscales de las Audiencias, con las reformas que les parezcan oportunas, y es, por tanto, como el foco donde convergen las aspiraciones de los funcionarios fiscales de toda España. Por la memoria del fiscal del Supremo puede uno hacerse cargo del estado de la administración de justicia en todo el país y de los defectos que encuentran en ella los que le sirven de órganos. Pues bien; leyendo esta memoria, saca uno la triste impresión de que tampoco entre los representantes del ministerio público, entre «los que visten la honrosa toga», se tropieza uno con «filósofos», con gentes que aspiren á algo mejor que lo existente; sino que todos se encuentran muy á gusto con lo actual y sólo advierten en ello tal cual defectillo de escasa significación (1). Por lo demás, el Sr. Puga lo dice de un modo bien terminante. «Del conjunto de las observaciones que he tenido el honor de exponer en el curso de mi modesto trabajo—escribe en la conclusión del mismo—resulta que *la función judicial se desenvuelve normalmente, y que si bien hay* PEQUEÑOS DEFECTOS *é imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana, aparece en cambio que los ciudadanos tienen expeditos todos los caminos para ejercitar y hacer valer sus derechos.*» Es decir, que en materia de administración de justicia, hemos llegado en España al *summum* apetecible, puesto que en ella no se echan de ver sino pequeños defectos é imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana.

Si esta afirmación no estuviera hecha por persona tan respetable y sesuda como el fiscal del Tribunal Supremo, y en

(1) Por algo se dice de los legistas que son espíritus de los más misoneistas y rutinarios (Loria, Tarde, Cogliolo, Lombroso, Turati). William T. Harris, comisario general de educación en los Estados Unidos, habla de tres clases de personas, destinadas por la sociedad para conservar sus instituciones: el sacerdote, el legista y el maestro, todos los cuales tienen horror á las innovaciones. (Véase el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza,* 1895, pág. 193, número de 31 de Mayo.)

ocasión tan solemne como la en que la ha hecho, sería cosa de tomarla á sangrienta broma. Pero el señor fiscal no ha tenido ciertamente intención de bromearse ni de lanzar acusación ninguna, aunque embozada, sobre sus subordinados y compañeros; antes bien, debe creer de buena fe lo que dice, y con él lo deben creer los demás fiscales, que en sus respectivas memorias sólo hacen mención de esos pequeños defectos, y la generalidad de los magistrados, quienes, al cabo, han sido ó están en camino de ser fiscales (puesto que en España las funciones de magistrado y de fiscal se equivalen, en cuanto se refiere á la posibilidad de su desempeño por parte de los individuos que se consagran á la carrera judicial única).

Ahora bien; ¿no es esto verdaderamente doloroso? ¿No es motivo más que suficiente de tristeza y de vergüenza el pensar que, mientras aun el más lego puede advertir en nuestra administración de justicia defectos tan graves, que hacen preferir á veces el mal que con ella quiere corregirse al remedio mismo, los encargados de tal administración crean que, salvo insignificantes imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana, no hay nada que mejorar? ¿No es esta una señal del rutinarismo de que tales funcionarios se hallan afectos, por falta (hay que decirlo) de estudio? Como para ellos no hay más fuente de la justicia que las leyes, todo su trabajo lo reducen á la lectura y aplicación mecánica de éstas; y claro está, no conciben nada mejor que el «orden» legal presente, con el cual se hallan muy á gusto y el cual es preciso mantener y defender á toda costa; lo mismo que el que vive habitualmente en una atmósfera malsana — que al cabo es para él un «orden» estatuido — no siente la necesidad de sustraerse á la misma: para que sintiera esta necesidad, sería preciso que respirase de vez en cuando en otros ambientes más puros.

Y vaya un ejemplo. Durante el año judicial de 1894-95 habrán entendido las Audiencias de lo criminal en multitud de

procesos en donde los acusados serían delincuentes precoces (adolescentes que el tribunal declaró haber obrado con discernimiento), ó borrachos habituales, ó vagos, ó ladrones de profesión, ó miserables sin trabajo, ó individuos de ferocidad salvaje, etc. En todos estos casos no está la justicia—al menos yo así lo creo—en aplicar á los autores de los delitos cometidos los «rigores de la ley», y en quedarse después tan satisfechos esperando á que vengan al tribunal nuevos casos análogos, para repetir la misma operación; sino en percatarse de que con llevar á la cárcel á estos individuos, lejos de obtener la «reparación que á la justicia se debe», lo que se hace es cometer nuevas injusticias, por arrojar leña al fuego, esto es, por poner los medios para que el malo se haga rematado y el débil é indeciso acabe por resolverse á emprender la carrera del delito.

Aquí tienen los señores fiscales algo más que «imperfecciones de detalle, inseparables de toda obra humana»; aquí se les ofrecía un campo vastísimo de reformas muy radicales y muy trascendentales que proponer al legislador. ¿No les parece que esos pobres niños, esos raterillos de doce á diez y seis años, huérfanos material ó moralmente, de quienes nadie se cuida, sin otra educación que los malos ejemplos y los hábitos de ocio y de desvergüenza que reciben y adquieren en medio del arroyo, donde viven, son, más que culpables, unos desgraciados de quienes hay que cuidarse de bien diferente manera de aquella que la ley prescribe, á saber: llevándoles á la cárcel, donde se acaba de decidir su vocación por el delito y donde hasta se les proporciona la necesaria *habilidad y cultura técnica* para cometerlo? ¿No les parece que el tratar al delincuente borracho habitual (un verdadero enfermo) (1) lo mismo que

(1) A estas horas hay ya en diferentes Estados establecimientos especiales para tratar y curar á los borrachos. El Congreso penitenciario internacional celebrado hace muy poco en París, ha puesto á discusión este tema. (V. en el *Bulletin de la Commission pénitentiaire internatio-*

al delincuente común (1) es perfectamente injusto, porque se iguala á dos individuos entre los cuales existe un motivo muy esencial de diferencia, y que el encarcelar á tales sujetos, sobre ser quizá injusto legalmente hablando, porque se castigan actos involuntarios, contra lo que prescribe el art. 1.° del Código, es injusto desde el punto de vista real y social, porque la cárcel ejerce sobre ellos un influjo sin duda alguna nocivo? ¿No creen que debe decirse lo mismo que de éstos, de los vagos, para los que la prisión suele ser, al propio tiempo que una escuela de perversión, un lugar agradable, en el que hallan alimentación, vestido y alojamiento seguros, y que sería más útil (más justo, por tanto) proporcionarles trabajo, bien trabajo libre á los ociosos accidentales é involuntarios, bien trabajo forzoso á los ociosos voluntarios y de profesión? ¿No creen que es preciso hacer análogas consideraciones con respecto á los delincuentes por causa de miseria, por el influjo de las malas compañías, por debilidad orgánica, principalmente nerviosa, por desorganización del carácter, efecto del medio moralmente asfixiados en que el individuo viva, por mil y mil otras razones? ¿Y no estiman que es obligación suya inquirir y encontrar, en los muchísimos procesos en que intervienen, las causas verdaderas de los delitos y proponer al gobierno los remedios que juzguen se deben emplear contra ellas, más to-

---

nale, Paris, 1895, las ponencias presentadas acerca del mismo.) En el proyecto de Código penal suizo, también se preceptúa el tratamiento curativo de los delincuentes alcoholistas en asilos especiales.

(1) Que es lo que hace nuestro Código, el cual, como es bien sabido, reconoce como circunstancia atenuante la embriaguez, «cuando ésta no fuera habitual ó posterior al proyecto de cometer el delito» (art. 9.°, circunstancia 6.ª). La embriaguez habitual, por tanto, según nuestra ley penal, es como si no existiera, para los efectos de la imputabilidad. Ahora bien; ¿cómo es que los fiscales no han advertido, ya que no otra cosa, que la embriaguéz habitual, precisamente por ser habitual, merma ó excluye, con mucha mayor razón que la no habitual, la libertad en el sujeto, libertad que se dice ser la base de la responsabilidad penal, y que, por consecuencia, según el propio sistema en que el Código pretende inspirarse, hay más motivos para no castigar al borracho habitual que al no habitual?

davía que despachar cada año, con una uniformidad que no merece otro nombre que el de rutina, muchos centenares de asuntos? (1).

*
* *

Como los puntos que se tocan en el discurso del ministro y en la memoria del fiscal son numerosos, claro está que si hubiéramos de irlos examinando uno por uno, haciendo las observaciones que los mismos nos sugieren, el presente artículo, que ya va siendo largo, tendría que tomar proporciones exageradas. Nos vemos, por lo mismo, obligados á ponerle fin, aun pasando enteramente por alto alguno de los problemas que mayor interés ofrece, ya que no por su valor propio, al menos por la importancia que actualmente se le da y por la

(1) El fiscal del Supremo se muestra muy satisfecho en su memoria de que los tribunales de las diferentes jerarquías, pero sobre todo los juzgados de instrucción, hayan despachado durante el año una enorme cantidad de causas. Para él, por lo visto, el ideal del juez ha de ser algo así como una máquina Marinoni. Y en efecto, es tan uniforme el modo como las *despachan*, que parecen todas salidas de un solo molde. Pero el fiscal no advierte una cosa (es decir, no advierte muchas, en que no nos podemos detener), y es, que el trabajo mecánico que él parece celebrar tanto, lo harían mucho mejor que los magistrados y jueces, los escribanos y curiales, y, por tanto, que lo acertado sería que hubiese propuesto al ministro la supresión de aquéllos (¡es posible que ganáramos mucho con ella!), con lo que el Tesoro se ahorraría un buen pico que importan los crecidos sueldos que disfrutan por llevar á cabo una labor que otros podrían desempeñar lo mismo ó mejor que ellos y con bastante menos coste. Al funcionario judicial, lo que debe pedírsele con preferencia, entiendo yo, no es que vaya dando salida de cualquier modo á todo lo que entre en su despacho; sino antes bien que investigue y depure, tomándose para ello el tiempo indispensable, la sede y fuerza de los gérmenes y factores de criminalidad, y que, luego de haberlos hallado, los persiga sin descanso, hasta ahogarlos ó reducirlos á la impotencia: por algo se dice que los tribunales de justicia tienen por misión curar las llagas sociales.

extensión con que el fiscal del Supremo se ocupa de él: tal ocurre con el Jurado (1).

Pero antes de dejar la pluma, voy á permitirme una indicación respecto al uso que en los centros oficiales hacen, y el que yo pienso que deberían hacer, de trabajos como los que nos ocupan.

El conocimiento del discurso del señor ministro de Gracia y Justicia, de la memoria del fiscal del Tribunal Supremo y de otras publicaciones análogas (singularmente las *Estadísticas de la administración de Justicia,* que da á luz el ministerio del ramo, y el *Anuario penitenciario)* son siempre interesantes para todos los ciudadanos, porque representan algo así como

(1) Ya otras veces he hablado por incidencia de esta cuestión, de la cual quizá me ocupe directamente pronto, y he dicho que el Jurado no tiene más base actualmente que la falta de idoneidad de los jueces togados para el desempeño de su funcion, falta de idoneidad cuya raiz primera está, acaso, en la abstracta y viciosa educación que reciben. Según el sistema entero á que obedece la preparación (si tal puede llamarse) de los jueces en el dia de hoy, éstos no deben recibir las inspiraciones para administrar justicia de las cosas mismas, sino de la ley (positiva ó natural: «textos legales y principios de razón»), ó, lo que es igual, deben buscar la justicia *arriba*, no *abajo*. Como por mucho que se quiera presciudir de la realidad, no puede menos el hombre de vivir en medio de ella, ha resultado que, para poner algún correctivo á los extravíos de la justicia abstracta (derivada de la ley y de «los principios racionales»), ha habido precisión de acudir al Jurado, ó sea al juicio de aquellos hombres que, por moverse en la realidad, conocen ésta y pueden traer á la sentencia el elemento real (el *hecho*, que se dice) que los «sacerdotes de Themis», iniciados en los secretos del *derecho*, no son capaces de apreciar. El dia, por tanto, en que los jueces se eduquen realistamente, esto es, en que sepan que la justicia está en las cosas, y acudan al estudio de éstas para encontrarla, no á la ley, que es una fórmula general y muerta de las cosas mismas, ese dia, el Jurado, falto de base, se caerá por sí solo, como efectivamente debe caer. Mientras tanto, el Jurado, forma imperfectísima, aleatoria, y, hasta cierto punto, bárbara, de administrar justicia, pero así y todo preferible, á mi entender, á la que la magistratura actual ofrece, existirá, y existirá con los mismos ó parecidos defectos é inconvenientes que hoy tiene, sin que basten á purificarlo y elevarlo á institución permanente de administrar justicia los remedios anodinos que propone el señor fiscal del Supremo, ni todos los que proponen, con la misma miopía que él, otros escritores.

un espejo en el que se reflejan el estado presente de la administración de justicia, la manera como conciben ésta los que desempeñan los cargos más elevados de la misma, los defectos de que adolece y las reformas que para ella se proponen. Pero, indudablemente, para quienes mayor interés tiene ese conocimiento, es para dos clases de personas : por un lado, para los legisladores encargados de implantar las mejoras que se preconicen, y para los funcionarios judiciales llamados á ponerlas en práctica; por otro lado, para los estudiosos de estas materias y para los profesores de derecho, los cuales, por razón de oficio, están obligados á contribuir de un modo directo á preparar el ambiente social de mañana y á educar y formar los órganos futuros de la administración de justicia.

Si el discurso de apertura de los tribunales y la memoria que anualmente se eleva al gobierno en esta ocasión han de ser algo más que unos documentos curiosos; si al estar mandado por ley que se publiquen, se busca, como racionalmente debe suponerse, algún resultado útil, y no que se den á la estampa sin objetivo determinado, claro está que semejantes escritos debe procurarse que vayan á parar á manos de los que hayan de utilizarlos, y, por tanto, deben remitirse con preferencia á las dos clases de personas antes mencionadas. No sé yo si los tribunales de justicia tienen la fortuna de recibirlos, supongo que sí; lo que puedo asegurar es que á los profesores de Derecho no se les envían, como tales profesores al menos. Y eso que para los de Derecho penal, civil y procesal, no puede ponerse en duda la conveniencia de poseer las referidas publicaciones. Tampoco se acuerdan en el ministerio, para esto, de las bibliotecas universitarias. De la de Salamanca, respondo. En cambio, no quedará redacción de periódico adonde no se remitan varios ejemplares; y entre amigos y otros individuos que los tirarán al estante del olvido, se repartirán seguramente á granel. Y lo mismo que con el discurso y memoria á que nos referimos, ocurre con otras publicaciones del propio ministerio, v. gr., con las estadísticas de la admis-

tración de justicia: de éstas, quienes mejor podrían servirse eran los profesores de las materias indicadas, justamente aquellos á quienes no se les mandan.

Yo presumo que la omisión de que se trata, verdaderamente extraña, ha de obedecer á la tradicional y errónea creencia de que anteriormente hemos hablado, y según la cual, la vida jurídica se halla dividida como en dos mitades: la del discurrir y la del obrar, la de la teoría y la de la práctica. En el primero de estos dos órdenes es en el que ejercitan su actividad los «filósofos», actividad puramente discursiva, idealista, en cuyo empleo no se hace uso más que del entendimiento abstracto, para la cual es innecesario, y hasta nocivo, el conocimiento y observación de los datos de hecho; el segundo constituye el terreno propio de los hombres prácticos, de aquellos que se hallan en contacto directo con la realidad, alejados de las nebulosidades y fantasías de la especulación. Y, naturalmente, los únicos para quienes, dado este punto de vista, puede resultar provecho del estudio de las estadísticas relativas á la administración de justicia y de las observaciones que los fiscales hagan en las consabidas memorias, son los «no filósofos», ó sea, en la esfera á que ahora nos contraemos, todos los que intervienen en la sustanciación y despacho de los asuntos judiciales, los «hombres de toga y de ley», como ellos se llaman. Los profesores de derecho enseñarán éste á sus alumnos por «principios», y los principios los recaba directamente la razón del derecho natural; para ello, no precisa, antes bien le estorba, acudir al dato empírico.

Si no es esta la causa por la que los centros oficiales dejan de enviar al profesorado de las materias referidas los discursos, memorias y estadísticas de que hemos hecho mención, no alcanzamos cuál pueda ser. Si se juzga que para la enseñanza del derecho penal, por ejemplo, hay necesidad de acudir á la estadística, y el gobierno la publica, y por tanto, dispone de un medio, de que el profesor puede y debe sacar partido en el desempeño de su misión, parecía obligado que uno de

los primeros ejemplares que salieran de las prensas fuese para él.

Y en el día de hoy no debía ya caber duda á nadie de que el estudio serio del derecho, como de todas las disciplinas sociales, no es posible hacerlo si se prescinde del dato, de la realidad concreta, en medio de la cual el derecho se produce y se desenvuelve. No voy ahora á hacer una disertación para mostrar lo indispensable que es dar carácter y sentido realista á la enseñanza del derecho; no es esta la ocasión. Mas sí me parece conveniente asentar, en cuanto al punto que me viene ocupando, que si la estadística de la administración de justicia, que publica el ministerio correspondiente, y las memorias anuales de los fiscales del Supremo tienen algun valor más que el de documentos que satisfagan la curiosidad, ó sirvan de entretenimiento y solaz á individuos desocupados; si, por tanto, los gastos que la formación y publicación de las mismos originen han de ser reproductivos, es preciso que las tales estadísticas y memorias hayan de ser aprovechadas para lo que se aprovechan siempre los trabajos de esta clase: para que la sociedad (aquí la española) haga un examen de conciencia, vea cuál es su estado, las causas que lo hayan determinado y lo mantengan, y busque los medios adecuados para reemplazarlo con otro, si el presente no le parece aceptable.

P. DORADO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El lord corregidor de Londres en Burdeos y en París.—El ayuntamiento de París y el alcalde de Londres.—Aplausos debidos á las reconciliaciones entre los pueblos.—Significación de la visita del rey de los belgas al presidente de la República francesa en Fontainebleau.—La República y Madagascar.—Los malgachos de ahora y los tonquineses de antes.—Inconsistencia de las mayorías é inseguridad de los gobiernos en Francia.—Motivos determinantes de la dimisión anunciada por M. Challemel-Lacour de la presidencia del Senado.—Aniversario vigésimoquinto de la entrada en Roma de los italianos.—Fiestas romanas.—Discurso de Crispi.—El Papa sin poder temporal y el Papa con poder temporal.—Votos por la independencia y por la unidad total de Italia.—Progresos del Catolicismo bajo un Papa sin corona de rey como León XIII.—Conclusión.

Tras los aniversarios terribles conmemorando días de odio y guerra, bien habíamos menester algunas conmemoraciones destinadas á recordar las obras de conciliación y de paz entre los hombres, que no son escasas en la historia. Tuvimos hace años una conmemoración de Rubens en Amberes, otra de Miguel Angel en Florencia, otra de Calderón en Madrid, un centenario del descubrimiento de América en Huelva y en Chicago, un centenario de la declaración del humano derecho con la Constituyente francesa en París, dignos todos de nuestra especie, que puede presentar en tales evocaciones luminosos timbres de su incontestable superioridad sobre las demás especies y títulos de su soberanía y de su dominación sobre todo nuestro planeta. ¿Por qué se ha interrumpido esta humana y piadosa costumbre? ¿No es el año 95,

ahora corriente, merecedor de que busquemos en los santorales del arte y del saber algún genio, cuyo nacimiento conmemorar con festividades animadas por espiritual regocijo y cuya efigie poner sobre los altares de la Ciencia iluminados por los reflejos de las inextinguibles ideas? ¿Por qué celebrar las matanzas de Sedán, los sitios de Metz ó Estrasburgo, y no celebrar la frecuentísima conjunción del genio de los pueblos, que guarda un verdadero conjunto de divinas revelaciones destinadas á esclarecer y á exaltar así el Espíritu como la Naturaleza? Tendremos que contentarnos con la visita del lord corregidor de Londres á París y Burdeos, el cual corregidor acaba de predicar con su palabra y sostener con su ejemplo la indispensable reconciliación entre Francia é Inglaterra, enemistadas por esas conquistas y competencias coloniales mutuas, cuyos efectos, siendo útiles en los límites de una sabia medida, trastornan por sus exageraciones y por sus violencias la vida internacional y amenazan la paz europea.

No tiene un magistrado municipal autoridad para poder anudar con eficacia relaciones aflojadas entre pueblos amigos, ministerio congénito con otras entidades más políticas; pero, cuando se vive dentro de un Estado en que reina la opinión pública, no sólo el corregidor de Londres, personaje importantísimo allí siempre, cualquier mero periodista puede contribuir al alivio de dificultades, cuyas superficies evaporan múltiples nubes relampagueantes de guerra. Si la Gran Bretaña da un motivo diario de disgusto á su hermana Francia con la interminable ocupación del Egipto; Francia, en cambio, toma su desquite, y ofrece la recíproca sin descanso á Inglaterra, cuando en los ríos del Celeste Imperio se aproxima con rapidez á las posesiones indicas, y recibe forzado vasallaje de monarcas y de tribus á quienes quería Inglaterra guardar bajo su alta protección; cuando en Madagascar penetra, sin que á los ojos de Inglaterra los derechos para tal conquista y los motivos de comenzarla y concluirla con tanta precipitación y tanto estrépito sean todo lo valederos y todo lo legíti-

mos que Francia cree; cuando se apodera de Túnez con ofensa grave á una potencia tan amiga suya como Italia; cuando trae á colación sus prelaciones en la compra del Congo belga; cuando corre por el Africa boreal y austral en pos de ampliaciones territoriales, con las que pueden tener algún choque los dominios británicos en el continente negro; cuando se une á Rusia, estipendiada casi por los empréstitos franceses, para que tan formidable poder, opuesto al dominio británico en la India, salve á China de los japoneses y tome indirectamente sus aduanas; cuando realiza mil proyectos coloniales á la vez, sin acordarse de que sus intereses le aconsejaban recluirse dentro de sí misma y reservarse para una recuperación de su Alsacia y de su Lorena, la cual recuperación volvería de seguro á darle su antiguo alto lugar en el mundo y á devolverle su hegemonía intelectual y política en la grande confederación europea.

Las tres capitales visitas del corregidor han sido al gobierno de Francia primero; después á la ciudad de Burdeos; por último al ayuntamiento de París. En la hecha con solicitud al gobierno se ha excedido un tanto de sus atribuciones el buen inglés, convidando á M. Faure para que visite al jefe ó reina de Inglaterra, como si los jefes de cada Estado no tuvieran bastantes relaciones entre sí mismos para invitarse los unos á los otros, siempre que tal convite les parezca conveniente á sus respectivas personas y útil á sus respectivos países. En la visita de Burdeos, el alcalde primero de Londres se hallaba como en su centro, pues, representante de la capitalidad mercantil del mundo, honraba con su presencia el comercio francés y recibía grande honra del comercio francés en una de sus más espléndidas manifestaciones y en una de sus más hermosas ciudades. Como quiera que sin los esfuerzos del comercio no circularían los productos del trabajo, como sin los latidos del corazón tampoco circularían los átomos de la sangre, ha podido ver prácticamente allí la utilidad que reporta un principio llamado por sus enemigos principio esencialmente

inglés, la libertad mercantil, como si no estuviera la libertad entre las facultades fundamentales, así del hombre como del pueblo, y no imperara con verdadera fuerza en los cambios indispensables al movimiento, por cuya virtud se asimilan los consumidores la producción del trabajo y de la industria. Mucho habrá vuelto al cambio libre los ojos el alcalde inglés, visitando, bajo el peso de las leyes inspiradas por Méline, una ciudad tan librecambista como Burdeos. Pero donde me ha parecido más digno de atención y estudio su paso, es en el primer municipio de Francia, en el municipio de París. ¡Qué contraste! Mientras un lord corregidor nunca olvida las tradiciones que han producido y exaltado su magistratura ciudadana, vistiendo trajes de otros tiempos y habitando palacios parecidos por su vetustez y su majestad á una zona geológica, el municipio francés cree que debe renegar de la historia, que no necesita de las generaciones muertas para cosa ninguna, que los trajes arqueológicos son antiguallas cortesanas, que su papel en la tierra se reduce á renegar de la religión y de la patria, que sólo hay verdad en el socialismo y justicia en la revolución. Mas, habiendo en todas estas visitas predicado el lord corregidor la reconciliación de dos pueblos progresivos, y siendo esta reconciliación, bien estudiada, en mi sentir, una necesidad imprescindible del progreso contemporáneo, hay que aplaudir sin tasa las palabras de paz por él pronunciadas, y hay que asociarse con entusiasmo á su próvido trabajo.

Otra visita, de mayor importancia por el visitante y de menor trascendencia para lo por venir, ha contado en estos días el jefe de la república francesa. Me refiero al banquete dado por éste último en el sitio de Fontainebleau á su colega de dignidad y amigo por toda la vida, el rey de los belgas, jefe vitalicio y hereditario el uno de diminuta nación, jefe amovible y electivo el otro de grandioso Estado. Mucho me huelgo, á fuer de republicano viejo, registrando en mis crónicas tales hechos. Desde la coalición de los reyes contra la primera república fran-

cesa en el siglo último hasta la visita del emperador de Austria, de la emperatriz de Alemania, de la reina de Inglaterra, en este siglo hechas á un país regido por las instituciones de ellos maldecidas, hay un progreso evidentísimo, cuyos efectos únicamente podrán parecer tardos y baladíes á quienes jamás miden las resistencias opuestas al progreso por las dinastías históricas y el arraigo en todas las naciones europeas del principio monárquico. Los tres monarcas, que acabo de mencionar, se redujeron á visitar Francia bajo el régimen republicano, mientras el rey de los belgas ha visitado en Francia, y dentro de un antiguo sitio real, á todo un presidente de la república francesa en persona, y al más humilde de los presidentes habidos por su origen, y al más oscuro por su historia, siquier sea igual á todos los demás por la grandeza y dignidad de su cargo. Quien haya visto el regio aire de aquellos jardines y palacios donde Faure veranea; las alamedas inacabables, los jardines ornados por todas las preseas del arte; aquellas rías tan largas como las alamedas mismas, aquellos estanques donde se retratan las florestas y se yerguen los cisnes; tantos salones, por cuyos senos vagan las sombras de Francisco I y Enrique II; el recuerdo de Cellini viejo que se refleja como arreboles de sol poniente sobre las artísticas paredes; las figuras italianas esparcidas allí por los grandes pintores del Renacimiento como si las hubieran llevado en sus paletas desde Roma y Florencia; la tragedia de Monaldeschi, asesinado por su amante regia en la biblioteca; el cuarto en que Napoleón pasó como un Prometeo desde las alturas de su Imperio á la roca de Santa Elena con el rayo extinto en sus victoriosas manos; las señales impresas por todas partes de las cuatro dinastías que han reinado en Francia durante todo el siglo; tantas magnificencias de verdadera estética, tantas riquezas de arqueología selecta, tantas grandezas de reyes, á disposición todo ello de un curtidor, quien haya visto tales extraordinarios objetos y tan maravilloso espectáculo verá también como no miramos ya de rodillas á los grandes cual antaño, y como ha puesto Dios fin á la era del privilegio y

abierto la edad tan creadora del trabajo, y ungido un imperio imperecedero, el imperio de la igualdad y de la justicia. Si á esto se añade que quien hace la visita, el huésped con corona, el rey sentado á la mesa del jornalero hecho rey por la voluntad del pueblo, es nieto de uno entre los poderosos que ocuparon, hace lustros tan sólo, ese palacio, habremos de convenir en que ha llegado á su plenitud la democracia, quien sólo necesita moderarse para vivir y perdurar.

Bien es verdad que necesita el rey de los belgas la Europa entera, si ha de salir sin quebranto grandísimo en su persona y en sus intereses del mal paso, donde lo ha metido la neurosis colonial imperante hoy como una epidemia sobre todos, si ha de salir del Congo. Al diablo no se le ocurre, siendo rey constitucional, arriesgar lo inviolable de su carácter y la irresponsabilidad de su oficio en una empresa con tantas responsabilidades como el aquistamiento y conservación de recién invenida colonia; estando atenido á un presupuesto limitado de la casa real, suscribir gastos, cuya cuantía pide y necesita un presupuesto nacional; rigiendo antiguo país neutral, quebrantar esta neutralidad por dificultades externas, cuyas incidencias lo han colocado en el duro trance de indisponerse casi á Bélgica y á la neutralidad belga con sus dos potencias protectoras, con Inglaterra y Francia. Mas en esto de neurosis coloniales, ¡ay!, la república no va, no, á zaga de los reyes. He leído yo en escritores franceses que su nación es esencialmente colonizadora, y demuéstranlo con las cruzadas impelidas por la voz de San Bernardo y con la dominación normanda sobre Inglaterra establecida por las armas de Guillermo el Conquistador. Para ellos Inglaterra es una colonia de Francia. Tales argumentos hay que presentar para volver por la empresa hoy mantenida en el Africa oriental. No mencionaré los obstáculos con que tropieza el ejército en la empresa de Madagascar; no repetiré las malignidades radicalescas contra la lentitud en las marchas y contra el descuido en la higiene y trato de las tropas, quienes caen casi todas enfermas y yacen hoy paralizadas casi,

dentro de los hospitales ambulantes, mal provistos y peor habilitados para una guerra tropical; pero sí diré que, habiendo sido impulsado el gobierno francés á Madagascar por el grito unánime de la prensa y el voto casi unánime de las Cámaras, ahora le critican los mismos que le impelieran y lo tratan de malgacho, cual trataron de tonkinés á mi amado amigo Ferry, preparándole á la reapertura del Parlamento una interpelación que sea sonada, en la cual se le pedirán cuentas estrechísimas de los rigores del clima y de los decretos del hado, dándole sin compasión en rostro con la fatalidad universal, como si no fuera su víctima, como si fuera su autor.

Esto de que nunca se pueda formar en Francia un ministerio estable, y todo gobierno se halle á merced y arbitrio de mayorías inconsistentes, nos apena, y mucho, á todos los verdaderos amigos de la república, de la libertad, de la democracia en el mundo. Así, poco á poco se va tragando el partido republicano sus jefes y va perdiendo la savia de moral influencia proviniente del aprecio dado por la pública opinión á los estadistas valiosos. ¿Dónde se halla el que presidiera numerosos gobiernos y gozara extenso crédito; dónde se halla Freycinet? ¿Qué puesto ahora ocupa quien puso á la par el papel francés, como no estuviera nunca durante la monarquía de Luis Felipe y el imperio de Napoleón; qué puesto ahora ocupa Rouvier? ¿Cómo se le ha pagado á De Marcere el brillantísimo período de su ministerio del Interior durante la penúltima exposición; cómo se le ha pagado? ¿Quién se acuerda de Constans, que salvó la república y la Francia del peor de los gobiernos, de un caudillaje á lo gaucho, como si el centro de la civilización se hubiera trocado en la Pampa? Tan fuera del gobierno francés como el admirable conservador que se llama Julio Simón, están el exaltado Floquet y el radical Clemenceau. Poco á poco ha quedado convertida la dirección altísima del pueblo francés en algo así anónimo é ignorado de las gentes, apareciendo en las alturas cometas, no calculados ni calculables, cuyos nombres apenas constan en los más repletos

diccionarios biográficos, esas tablas de las estrellas intelectuales. Y esto no deben, á la verdad, sentirlo tantos estadistas superiores, caídos del poder al peso de la ingratitud general; no deben, no, sentirlo por ellos, preteridos y olvidados, pues nada comparable con la satisfacción procurada en un ocio con dignidad, cuando se goza de satisfacciones interiores tan inefables como el profundo convencimiento de haber á la patria servido; deben á una sentirlo, porque la república, falta del verdadero lastre que dan los antiguos servicios y las autorizadas tradiciones, se mueve á cualquier viento y se halla expuesta, en semejante movilidad, á encallar en cualquier arenal ignorado y á estrellarse contra cualquier escollo, donde tropieza la inexperiencia, arenales y escollos fáciles, muy fáciles de burlar por el saber, por el juicio, por el arte y maestría que dan los largos estudios y las responsabilidades contraídas en el trascurso de una larga historia y en el disfrute de un glorioso nombre.

Francia pierde ahora, según dicen, uno de sus hombres más ilustres, el gran orador y filósofo Challemel-Lacour, que baja, por meditada renuncia, de la presidencia del Senado, á una persuasión tan íntima y tan profunda, como que la Cámara alta carece de razón suficiente para ser y existir allí donde la Cámara popular toma los aires y los poderes de una convención perpetua. Se ha desmentido esta renuncia; pero si hoy no la presenta, de seguro habrá de presentarla otro día, pues se halla en sus antecedentes y brotará de las circunstancias. El gran orador había soñado con que pudiera su Cámara ejercer en la política francesa un ministerio superior al subalterno de registrar los acuerdos del Congreso, siendo freno de compensación y de mesura contra los cien motores de impulso y de progreso que mueven la república en el Estado francés adelante. Concebiríanse porfías y competencias en Inglaterra entre la Cámara de los Lores, que simboliza el privilegio, como proviniente de la nobleza con la monarquía, y la Cámara de los Comunes, que simboliza el derecho, como provi-

niente de la nación y del comicio; pero en Francia no se conciben sino armonías entre los poderes públicos, provinientes todos á una, sin excepción, del sufragio universal. Challemel había querido que la Cámara presidida por él dirigiera la política en una parte considerable, dentro del natural círculo de sus atribuciones; que aconsejara por medio de discursos y de votos, encaminados á demostrar al Congreso cómo no puede sobreponerse arbitrariamente á los otros dos poderes políticos, la Presidencia y el Senado, llegando, en esta obra saludable, al extremo, si era preciso, de promover una disolución y ayudar al presidente, fortificado con un ministerio de su elección propia y no disminuido con el ministerio de la Cámara popular, á oir el pensamiento y saber la voluntad del país en unas elecciones libérrimas. Cual, en el cuerpo humano, resulta la salud completa del ejercicio de cada órgano dentro de la esfera correspondiente al fin fisiológico para que lo destina la naturaleza, en el cuerpo social, á su vez, la salud resulta de que cada derecho no invada nunca el derecho análogo y cada poder ejerza sus facultades propias y no absorba las afines, pues el gobierno democrático, uno, como la nación de que proviene, ha menester de variar sus personificaciones para no derrumbarse por el despotismo. Los abusos han llegado al extremo de que haya un presidente desconocido, un Senado en ataxia, un poder judicial trémulo bajo continuas intimaciones extrañas, un Consejo de Estado mal atendido; y sólo quede, significándolo todo, haciéndolo todo, la Cámara popular, bajo el especioso concepto de que proviene del sufragio universal. Indudablemente la combustión vital se verifica en los pulmones más que en ningún otro de los órganos, pero á condición de que ocupen su lugar los pulmones y cumplan su finalidad, pues si quisieran representar papel y cumplir ministerio de corazón ó de hígado, perturbarían toda nuestra máquina, llevándola, de seguro, á la descomposición y la muerte. Hombre de ideas claras, de voluntad firme, de carácter enérgico; tenaz sin ser testarudo, valeroso en el combate y prudentí-

simo en la victoria; Challemel-Lacour cree que la dominación de una mayoría sin responsabilidad y sin norte alguno, muy nerviosa de suyo y muy dispuesta en los trances supremos á cambiar de opinión y de objetivo, proviniente de un sufragio contra el cual hubo necesidad imprescindible de tomar medidas extremas para que no produjese la dictadura del general Boulanger, concluirá por disgustar á Francia de los republicanos, cuando Francia no tiene otra solución, otro seguro, otra fianza de su porvenir y suerte, sino una república tan liberal como estable.

Historiemos un hecho capital de este último tercio del mes corriente, historiemos las fiestas romanas del veinte de Setiembre celebrando la reincorporación del pueblo rey á todo el pueblo italiano. Yo no pregono un secreto al recordar mi ardentísimo entusiasmo por la independencia, por la libertad, por la unidad completas del pueblo italiano, siervo en nuestras mocedades, y hoy libre, merced al esfuerzo de la gloriosa generación á que yo pertenezco, la cual generación estima obra tan extraordinaria y magna por su obra verdaderamente predilecta é inmortal. Así como á principios del siglo hubo los filohelenos, que movieron Europa entera con su verbo y con sus liras y con sus inspiraciones al empeño de redimir Grecia, borrando de sus sacratísimas espaldas el sello de la media luna, semejante á un clavo de servidumbre, hubo á mediados del siglo los filoitalos que llevaron á mover hasta los Césares contra la tiranía de que fuera víctima Italia, madre de nuestra raza, musa de nuestro arte, oráculo de nuestra religión. Así experimentamos un regocijo sin límites cuando Magenta y Solferino libertaron á Lombardía; Garibaldi con sus huestes, parecidas á los soldados de Leónidas, las dos Sicilias; el primer Congreso constituyente italiano Toscana, Parma, Módena; el desarrollo de la idea progresiva y el movimiento dialéctico de los hechos Roma y Venecia. Yo nunca olvidaré los proscriptos que se asentaban en el hogar nuestro; los jóvenes entusiastas que se

iban á las cruzadas aquellas; los discursos pronunciados y los artículos escritos á favor de una independencia, que nos era tan cara como nuestra propia independencia, y de una libertad, por la cual pugnábamos como por nuestras propias libertades. Así, cuando las fechas conmemorativas del hercúleo trabajo por Italia se recuerdan, creemos asistir á la conmemoración de algo que nos interesa como nuestra propia historia; y cuando se invoca ó evoca un triunfo del grandioso empeño, creemos que se invoca ó evoca un triunfo de nuestro propio y personal espíritu. Por esta razón y causa nadie se maravillará de que, fieles á nuestras históricas tradiciones, recordemos cómo Italia, y la libertad, y la independencia y la unidad italianas siempre nos han contado entre sus más calurosos partidarios; y cómo, ya en la vejez, cuando nos vamos acercando á prestar cuenta estrechísima del empleo que á nuestras facultades diéramos, así al Dios de la justicia como al implacable criterio de la Historia, no estamos arrepentidos de nuestro gran empeño y creemos la nación italiana, desmembrada y repartida entre los déspotas antes, una de las más progresivas entidades que ha producido la sociedad moderna, y su existencia con su conservación propias, no solamente útiles á ella y á los suyos, útiles á todo el género humano, que las necesita para su desarrollo, y al planeta nuestro, que las necesita para su esplendor. Albricias, pues, por todo cuanto haya podido servir al recabamiento de la independencia y de la unidad italianas.

Hemos encarecido tanto estos afectos de toda nuestra vida, para que tengan mayor fuerza las observaciones sugeridas por el decantado aniversario. No fué su celebración idea, ni menos obra, de Crispi. Exaltadísimos los radicales contra éste por el crimen de haber proclamado un célebre discurso político suyo la existencia de Dios, creyeron ponerle con arte maquiavélico en sumo aprieto, al exigirle cosa tan congruente con su historia como la celebración del aniversario de la victoria italiana sobre la Roma pontificia, pero tan difícil, en la posición

alta que ocupa y en la circunspección extrema que necesita un primer ministro. Nada sienta en este mundo al vencedor como una corona de modestia. Y cuando el vencedor lo fuera más por conjuración en su pro de las circunstancias que por su esfuerzo; y el vencido forma parte principalísima del ejército que le infligiera la derrota, miles de razones aconsejan aprovechar la victoria y robustecerla sin vanos alardes é inútiles fanfarronadas. No obstante su firme voluntad y su fuerte complexión, faltaron ánimos á Crispi en tal circunstancia para oponerse á una fiesta, por lo menos inútil; y pasó por admitirla oficialmente y celebrarla desde el gobierno con todos los recursos del Estado, para no continuar oyéndose denominar apóstata y oyendo calificar toda su historia de una constante apostasía. Pero convengamos en que, dentro de sus compromisos y de sus antecedentes, ha sido lo más mirado y sobrio que le permitían su propia historia y el entusiasmo ajeno. Tiros al blanco por tiradores en sociedades á lo helvecio y á lo alemán; ejercicios gimnastas con reminiscencias clásicas de las festividades griegas; monumentos al nombre y memoria de los italianos ilustres; un simulacro en la montaña del Janículo, donde lucía el templo de Jano allá por las edades prehistóricas romanas, del inmortal Garibaldi; una columna por la Puerta Pía, indicativa de la débil y aparatosa brecha, por cuyo boquete penetraron los italianos dentro de Roma; la reunión de todos los alcaldes en el Capitolio; la entrega en el Quirinal de las enseñas llevadas por los regimientos á quienes tocó la suerte coronar la unidad de Italia: he ahí el resumen de las fiestas sólo exageradas en tres cosas: en alardes inútiles dentro de la misma ciudad leonina como el fuego artificial quemado sobre la mole adriana, en ostentaciones como la pueril de los pabellones masónicos sin carácter alguno de simbólica oficial para Italia y presentados sólo para molestar al Pontífice romano; en ciertas manifestaciones irredentistas contrarias á las leyes de garantías, obra capital del genio político italiano en este nuestro siglo, y en cuyas bases habrá mañana de fundarse y erigirse la defini-

tiva y segura concordia entre la Iglesia católica y la joven Italia. Mucho se ha discutido el discurso de Crispi con ocasión del centenario, y mucho se ha tratado de hacerlo pasar como una declaración guerrera insoportable al Vaticano. Mas no encuentro á estas alarmas ningún motivo. Crispi conoce demasiado que, habiéndose la democracia radical, á cuyas filas perteneciera siempre, despeñado por el abismo de las utopías comunistas, no tienen otro remedio sus abandonados jefes, sino fundar una democracia conservadora, encargada de organizar el triunfo, y que esta democracia conservadora no podría ser y existir y durar sino tras un acuerdo sincero entre la Santa Sede, regida por el superior espíritu de León XIII, y los gobiernos democráticos, que han de guardar por fuerza la libertad y la independencia italianas.

Cuando se trata de ideas tan contradictorias y de intereses tan contrarios, como lo son entre sí las ideas y los intereses del gobierno italiano con las ideas y los intereses de la corte vaticana, cosa dificilísima, imposible casi, la evitación de terribles choques y de colisiones peligrosas. Pero, cotejando con atención todo aquello que se refiere al Papa en las arengas del gobierno italiano, con todo aquello que se refiere al gobierno italiano en las circulares últimas de nuestro alto clero, precisa reconocer y confesar adolece nuestro documento eclesiástico de una violencia declamatoria en su estilo, y de un lenguaje desusado hasta en las polémicas de nuestros periódicos diarios. Dirán cuanto quieran los dignos y respetables prelados españoles acerca de la consustancialidad entre los poderes religiosos del Papa y los poderes políticos: desde los siglos primeros hasta la donación de Pipino en la octava centuria, el Papa no tuvo poder temporal ninguno; y, sin embargo, venció á los Césares, bautizó á los bárbaros, detuvo y desarmó la cólera de Atila, concluyó con los juegos de gladiadores en el circo, fundó la Francia de Clodoveo y la España de Recaredo, subió rodeado por sus legiones de artistas parecidas á legiones de ángeles desde las Catacumbas al Capitolio, llevó los símbolos

de nuestra fe así á las regiones germánicas y escandinavas como á las inglesas y al Africa boreal, mantuvo la unidad interior del mundo y del espíritu cristiano, rompiendo las cadenas últimas del siervo y sembrando los primeros gérmenes de la libertad moderna y del humano derecho. Pero así que dió al nuevo Imperio de Occidente, representado por los carlovingios, un tan difícil encargo como representarlo políticamente y defenderlo, á cambio de una precaria y corta monarquía temporal, quien se conoció primero con el nombre humillante de la donación de Constantino y luego con el nombre todavía más humillante de la donación de Pipino; surgió el cisma de Oriente, que rompiera la unidad cristiana; tras el cisma de Oriente, la tutela por los Emperadores alemanes de los Papas romanos, que por un solo Canosa registra mil imposiciones deshonrosísimas; tras la tutela de los emperadores, las guerras de los albigenses, sucediendo al combate secular por las investiduras, guerras en que reyes católicos, mantenedores de la cruz en el épico encuentro de las Navas, pelean y mueren por la herejía; tras las guerras de los albigenses, el retroceso de las Cruzadas sin rescatar el sepulcro de Cristo en Jerusalén, y menos reconciliar á Constantinopla con Roma; tras el retroceso de las Cruzadas, el cautiverio de Avignón y el licenciamiento de los templarios, ejército de la Iglesia; tras el cautiverio de Avignón, los cismas de Occidente y las asambleas eclesiásticas que intentan convertir la Cristiandad en república y descabezar al Catolicismo de su jefe; tras los cismas, aquellas monarquías en que Julio II truena como un general y no bendice como debe un Papa; en que León X, por exagerar el culto casi pagano al arte y el interés mundanal de su familia, provoca la revolución luterana; en que Alejandro VI quema cruel á Jerónimo Savonarola y colma de bienes á César Borgia; en que separa Clemente VII á Inglaterra por desobligar, movido de ambiciones políticas, al emperador Carlos V; en que Paulo IV se amista con los protestantes y hasta con los turcos, ansioso del reino de Nápoles, contra Felipe II, que re-

nueva con todo su misticismo el saco de Roma; en que Richelieu constriñe un Papa rey, contra todos sus intereses religiosos, á favorecer el elemento herético en la guerra de los Treinta años, y Carlos III y Choisseul, más tarde, obligan á otro Papa, rey también, á disolver los jesuítas, sin que les haya valido para nada su poder temporal á ninguno de ellos contra estos decretos del destino y estas derrotas frecuentísimas para todos los poderes políticos de la historia.

¡Cuál diferencia entre los Papas con corona y el Papa sublime, á quien le ha tocado la dicha de probar cómo se acrecienta el poder espiritual y religioso desde que descendiera de su trono secular y hablara sólo á los pueblos en el nombre de Dios! Nunca se le vió tan respetado. Nunca le mostraran las gentes un culto como el que León XIII recibe ahora de todas las naciones civilizadas y de todos los poderes terrenales. El día, en que celebró sus bodas de oro con la Iglesia, no hubo potentado del mundo que dejase de depositar su holocausto á las pontificales plantas. En el conflicto por las Carolinas entre Alemania y España, León XIII inauguró el arbitraje santo que habrá de sustituir en lo sucesivo á la bárbara guerra, y habrá de concluir con sus devastadores y horrorosos estragos. Sin necesidad alguna de moverse, fijo en su trono, ha encontrado su victoriosísimo Canosa, no con el débil y atribulado Enrique IV, á quien fácilmente humillara Gregorio VII por el tiempo de las excomuniones y de los anatemas, con el alemán mayor de la historia, tan enemigo de Roma y de la gente romana como Aminio y como Lutero, con Bismark. A su voz amorosa la disidencia dogmática, sustentada por la sabiduría del canónigo Doëllingner, por la palabra del padre Jacinto, por la incontrastable autoridad del emperador Guillermo II, se ha desvanecido y no ha dejado ni un relámpago en el sereno cielo de la Iglesia. El solo ha salvado la democracia francesa del borde de los abismos por donde se precipitaba y la ha hecho reconocer que toda libertad necesita un ideal religioso y que todo ideal religioso está contenido para las razas latinas en la fe

romana. Sus Encíclicas han promovido una tan saludable agitación de las almas en los Estados Unidos, que sus grandes obispos, enseñando la libertad y la democracia católicas, son hoy los más importantes y los más populares de todo el planeta. El espíritu francés, representado por uno de sus más ilustres próceres, ha dicho que la ciencia no podrá sustituir jamás á la religión en el viaje que todas las almas hacen de continuo por las regiones del misterio invisible y por los espacios del visible infinito. Las clases desheredadas han experimentado una esperanza de alivio con sus milagrosas Encíclicas, y las clases poderosas una seguridad incontrastable de que con la caridad y la beneficencia descargarán el aire de amenazadoras tempestades y preservarán á la tierra de futuros sacudimientos. La iglesia anglicana por vez primera se ha decidido á tratar de su posible unión dogmática con la Iglesia católica, siquier haya sido para contradecirla y negarla. En el seno de Oriente se nota un impulso incontrastable hacia la unión futura. Un Congreso eucarístico, celebrado ante la tumba del Salvador, ha reconocido el dogma común, sobre que se levantan las comuniones cristianas, y un Congreso religioso de América, compuesto por creyentes diversos de las principales religiones, ha rezado el Padre Nuestro en cien varias lenguas. Se reconoce que las democracias deben ser cristianas por casi todos los pueblos, y se anuncia una primavera del arte divino y de la fe viva como aquella que levantó las catedrales y las llenó de portentos en el seno de municipios, verdaderas repúblicas; y por toda la redondez de nuestro globo, bajos los auspicios de un Profeta como el asentado ahora en la silla de San Pedro, se oye un himno que dice: Dios y libertad.

EMILIO CASTELAR.

CRÓNICA LITERARIA

Las *Novelas ejemplares* de doña Emilia Pardo Bazán.—*La Viva y la muerta*, por D. José Ortega y Munilla.—Un libro espiritista.

Imposible hablar de *Novelas ejemplares* sin que evoque este título el recuerdo de las de Cervantes. Mas por lo castiza y expresiva no necesita la denominación acogerse á la autoridad de tan señalado precedente. Aunque el autor del *Quijote* no hubiera llamado así á sus novelas, bastarían aquellas cualidades para recomendar un nombre tan proporcionado á su objeto.

La Sra. Pardo Bazán que tiene el buen gusto de armonizar la afición á lo clásico con las ideas y los procedimientos artísticos modernos, acaba de usar este título, como lo usó también otra ilustre novelista española, doña María de Zayas y Sotomayor.

«Helas dado el nombre de ejemplares—decía Cervantes al explicar en el prólogo que las puso la razón por qué así las llamaba—y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso, y si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto, así de todas juntas, como de cada una de por sí.»

Esta tendencia á sacar ejemplos honestos y sabrosos de las obras literarias, fué tan general un tiempo, como hoy lo

es la idea de la suficiencia de la finalidad artística, sin necesidad de otras, no ya superiores, pero ni aun complementarias.

La misma palabra *ejemplo* y sus derivadas, desempeñan gran papel en nuestra nomenclatura literaria. Aparece muy pronto en sus primitivas formas fonéticas, y tenemos *libros de los exiemplos,* y bautiza copia de *Ejemplarios* y adjetiva luego característicamente las novelas, y pasa á la legislación, convertida en *ejemplaridad* de los castigos.

En una época en que la moral no se estimaba asunto de opinión, sino de precepto divino, un fin que en base tan sólida se apoyaba tenía que parecer muy superior á la finalidad puramente estética. En nuestros clásicos se ve á cada paso la idea de que la literatura debe ser escuela de buenas costumbres y fuente de útiles enseñanzas, fuera de lo cual se reduce á un agradable entretenimiento del espíritu. Pero aunque esto dijeran y sintieran, debían de tener sin embargo, allá en la intimidad de su pensamiento, una clarísima intuición de la importancia del fin estético, cuando tan admirables obras nos dejaron, sin subordinar en manera alguna la belleza á la edificación de los lectores. Pero querían decididamente el *utile et dulci*, y mejor que lo útil lo honesto. Estaba en la atmósfera. Por sí solo lo *dulce*, la gracia y hermosura del arte, no parecía tener dignidad suficiente, si no se unía á ella la austera majestad del bien. Allá en el fuero interno del artista latiría sin duda la protesta de la belleza por su independencia; pero, sin llegar ni con mucho á la sequedad puritana, la doctrina impuesta por los fundamentos intelectuales y por el ideal de la sociedad de entonces, debía tender á la finalidad trascendente de las obras de arte.

En la actualidad ocurre lo contrario. El moderno ambiente *naturalista* es favorable al *estetismo*, á la doctrina de la independencia absoluta del arte. Aquel lema, tan discutido un tiempo—hoy no se discute nada—el *Arte por el arte*, era todo un programa de *dilettantismo*. No era siquiera el arte por la belleza, por un ideal más ó menos determinado, sino

por el arte mismo, por el placer de hacer ó contemplar cosas agradables ó hermosas. Se explica el empeño en desligar al arte, y en particular á la literatura, de toda finalidad ajena, por la larga subordinación (teórica desde luego) en que ha estado respecto de otros fines. Decir que una obra artística puede servir para otra cosa que para despertar la emoción estética, excita el recelo de que se quiera volver á constituir la inspiración en servidumbre y tomar como medio la belleza. Y que la literatura no quiere ser hoy *ancilla* de nadie, tan á la vista está, que es superfluo llamarla independiente, hablando, por supuesto, en tesis general y aparte las naturales excepciones.

Mas tan mezcladas están las cosas en la realidad exterior y en el pensamiento, que una obra literaria se presta siempre á consecuencias y aplicaciones distintas de las puramente estéticas. No puede ser de otro modo. La belleza no es una entidad que se pasee por el mundo entre los objetos y viva independiente y separada de ellos. Reside en las cosas, en los hechos, en las representaciones intelectuales; es uno de sus aspectos y alguna parte de los demás pasa con ella á la obra del arte. Forzoso es reconocer que lo inmoral, ó lo que por inmoral se tiene en una época, puede ser artístico, mas también pueden andar unidas la moral y la belleza; y, admitido esto, ¿por qué no aplaudir el que se junten ambas excelencias? Una obra que á más de deleitarnos nos enseñara y nos aconsejase bien, sería el *bello ideal*, y aquí viene como de molde esta frase hecha. El peligro está en que el fin estético resulte perjudicado ú obscurecido por los demás; en olvidar que en una obra artística lo principal es la belleza y todo lo demás accesorio. Tan absurdo sería pensar y proceder de otra suerte, como si en una obra científica se sacrificase á lo bello del concepto la verdad, ó en la moral se pospusiere lo bueno á lo agradable.

*
* *

No necesito decir á los lectores de La España Moderna puesto que se han publicado en esta Revista dos de las tres *Novelas ejemplares* de la Sra. Pardo Bazán, que no adolece su libro del defecto á que ha poco me refería. Lo *novelesco* se sobrepone en él á lo *ejemplar*. Lo cual no quiere decir que no puedan sacarse de sus páginas ejemplos. La antigua ética literaria que quería que el vicio quedase castigado y la virtud triunfante en las ficciones del ingenio, no podría escandalizarse por el desenlace de las tres novelas de nuestra escritora. Y un psicólogo modernista podría sacar de alguno de los *casos* que nos presenta la Sra. Pardo Bazán, avisos ingeniosos de la sabiduría práctica de la vida, de una casi moral moderna al estilo de aquel amor moderno que analizaba el Claudio Larcher de Bourget.

Sin establecer comparaciones, que serían impertinentes, creo que la Sra. Pardo Bazán ha seguido la tradición de la novela ejemplar española en lo de dar á las suyas una acción sencilla y una extensión relativamente breve, cosa propia de este género, por cuanto así resulta el ejemplo más patente y claro. Vienen á ser un término medio entre lo que los franceses llaman *nouvelle* y el *roman,* ó sea entre el cuento y la novela.

Donde se nota bien la diferencia entre las novelas de antaño y las modernas, como lo son éstas, es en la forma de exposición. Podría decirse que antes predominaba lo que la novela tiene de historia en la forma, y lo que tiene de poesía en el fondo, mientras que ahora predomina la manera ó estilo histórico en el fondo, y el estilo poético en la forma. Más claro: en la novela antigua la forma solía ser principalmente narrativa, y los personajes y aventuras (salvo en ciertos géneros, como el picaresco) menos reales. Y en la novela moderna sucede al revés: la exposición es descriptiva, *pictórica,* y en las figuras que presenta el novelista, como en los hechos que relata, acude al natural y procura darles toda aquella verdad que la fabula consiente. Más que á *narrar,* aspira hoy á *pintar*

la novela: hasta tal punto procura ofrecer una representación viva, colorida y sensible á la fantasía.

Por lo que toca al lenguaje, pocos de nuestros novelistas actuales igualan á la Sra. Pardo Bazán, que tiene dotes sobresalientes de exposición y en esta á que me refiero, como en las demás obras suyas, armoniza de un modo excelente la sencillez y aun la llaneza con la elegancia, evitando caer en los dos opuestos extremos de la vulgaridad y la afectación retórica. En esto hay que reconocer que sigue también muy felizmente la tradición de nuestros clásicos más puros, que fueron maestros en el arte difícil de decir con espontánea naturalidad y hermosura.

De las tres *Novelas ejemplares* que contiene este ameno libro de la Sra. Pardo Bazán, que forma el tomo XIII de la ya larga colección de sus *Obras Completas*, sobresale la titulada *Los Tres Arcos de Cirilo*, por la filosofía que se desprende de la fábula y la originalidad del ejemplo.

En *Mujer* y *Un drama* hay dos estudios hondos y sagaces de psicología femenina, distinguiéndose la primera por la intensidad y viveza de la acción y por el excelente desarrollo de la suya la segunda.

Con ser esencialmente modernas estas novelas, como he dicho, hay en ellas algunos tipos de la vieja cepa castiza, mezclados con otros que son muy de nuestro tiempo. No creo que para pintar los primeros haya tenido la autora que alejarse de la realidad presente, yendo á buscar modelos entre las gallardas figuras de nuestra literatura clásica. Hemos cambiado menos de lo que pudiera creerse juzgando por apariencias, y nuestro cambio ha sido más bien exterior que íntimo. Lo que sí ha variado grandemente es el escenario, y bien patente está que no es el actual propicio para que se desenvuelvan con toda gentileza las antiguas figuras caballerescas y épicas, en que tan fecunda fué nuestra raza. La decadencia nacional ha producido el consiguiente desmayo y empequeñecimiento de los individuos; mas que la ocasión se presente y veréis al viejo

carácter nacional mostrarse con sus defectos y sus virtudes. Nuestra transformación viene de fecha cercana, se está operando en nuestros mismos días, y aún subsisten, al lado de los elementos nuevos, muchos de los antiguos. Esto aparte de que el carácter de un país no desaparece aunque se modifique y se atempere á las mudanzas de los tiempos.

El general carlista Gurrea de *Un drama,* es, por ejemplo, un tipo neto, castizo, que podría figurar entre aquellos padres severos, inflexibles y autoritarios que pintaron nuestros novelistas y dramaturgos clásicos. El Ramiro Dávalos de *Mujer* recuerda, por el implacable ensañamiento con que se venga, á aquellos caballeros que corrían tierras en busca del ofensor para satisfacer en él el agravio recibido, aunque la sabia y artificiosa venganza que éste toma, revela un alma mucho más complicada que la de los buenos hidalgos que lo resolvían todo á estocadas. Alfonso de la Cueva es, por el contrario, uno de esos tipos en que se manifiesta la anemia de la voluntad que algunos, generalizando más de lo debido, quieren poner como un sambenito á esta época, tan fecunda en esfuerzos de todas clases. Lejos de imitar á los caballeros de antaño, tan esclavos del punto de honra, este su heredero degenerado pierde súbitamente los bríos que al principio mostrara, al advertir que lo que creía ofensa á su honor de marido es sólo pérfida conspiración contra su fama. Para uno de sus antepasados del siglo XVII, la ofensa hubiera sido la misma; bastaba con la intención y el escándalo. Pero él calcula sin duda, con un sentido muy positivo, que la apariencia y el juicio de las gentes son una cosa y otra la realidad de los hechos. Mas para tipo ultra moderno, el de Teodora, verdadera silueta de parisiense. Ana de Monclares resulta demasiado fría, demasiado *intelectual;* ama con la cabeza, cree estar enamorada de un hombre, y lo está de ciertas cualidades varoniles, que en todos tiempos han solido avasallar á las mujeres; su amor no resiste al desengaño, y no se ven en ella esa abnegación y esa ternura comunes que tanto ennoblecen á su sexo. En

cuanto al Cirilo de *Los tres arcos* es tal vez el personaje más interesante de cuantos figuran en las tres *Novelas ejemplares*. Es un *Struggle for lifeur* platónico, por falta de ese instinto de la realidad que es cualidad indispensable en los vividores. Podría comparársele á un acróbata que cae por haber medido mal las distancias, y que, teniendo la fortuna de topar con una cuerda á que asirse, la desprecia despechado por el fracaso, con lo cual no consigue sino hacer más dolorosa y tremenda la caída. Un hombre así tenía que acabar escribiendo *Gramáticas prákritas,* muy lejos de los tres arcos con que soñara.

*
* *

Hay y ha habido siempre en la literatura asuntos y tipos que se repiten mucho, por lo propios que son para conmover ó para excitar la risa, según que de obras serias ó de obras cómicas se trate. La madrastra es uno de estos tipos, principalmente desde que la familia moderna, unida más por lazos de amor que por vínculos de autoridad, ha sustituido á la antigua. No pocas lágrimas habrán hecho derramar á una raza de lectoras sensibles, que ya se va extinguiendo, las desventuras de los pobres huérfanos que ven sustituido por la indiferencia ú hostilidad de una extraña, afecto tan irreemplazable como el amor materno. Aquellas novelas, que á razón de un cuartillo de real la entrega daban tantas cosas: lectura abundante, emociones fuertes, enseñanza moral á veces y cromos con todos los colores del arco iris y algunos más, explotaron mucho este tema. Mas como no hay asunto, por gastado que esté, que no sea susceptible de revestir interés y aun novedad cuando lo trata un escritor de talento, el Sr. Ortega Munilla ha demostrado, en su precioso libro *La Viva y la*

muerta, que no está aún *agotada la materia*, como suele decirse, y que todavía es *novelable* la madrastra.

Es muy interesante y simpático este libro del Sr. Ortega Munilla. Como lo que en sus páginas se destaca de todos los pormenores y episodios de la narración es lo perteneciente al sentimiento, podría decirse que es una novela *sentimental*, si no se hubiera abusado tanto de esta palabra en esas burlas que, estando á veces justificadas cuando á la sensiblería se refieren, son bárbaras y groseras cuando atacan al sentimiento.

Los principales personajes de *La Viva y la muerta* son niños, y están pintados con la ternura que inspira la infancia, tan simpática siempre en su inocencia y tan conmovedora cuando se la ve infeliz ó abandonada.

Las cartas con que se comunican los infantiles desterrados, desde los colegios donde los recluyera el nuevo orden de cosas establecido en su casa, son un verdadero primor; tienen pasajes de exquisita delicadeza. Pintan muy ingenua y sentidamente las tristezas de aquella gradual disolución de su antiguo hogar, que, transformado por los nuevos moradores, parece trocarse en casa extraña. Lloran la dispersión de las cosas queridas, expresan esa melancolía con que se ve desaparecer los objetos que el hábito nos hizo familiares y en los cuales dejan su leve huella, visible para los ojos del alma, las alegrías y las penas de que son mudos testigos.

Y cada incidente de este cambio: los antiguos criados despedidos, la traslación á una nueva casa, los viejos muebles arrinconados y sustituidos por otros que proclaman nuevos gustos y costumbres, aviva en el corazón de los huérfanos, con el recuerdo de la madre muerta, el dolor de verla reemplazada y la triste revelación de que ha concluido para ellos una época y empieza otra oscura, incierta, amenazadora.

En las cartas de la niña mayor ha pintado muy bien el novelista esa precocidad que la desgracia da á los pequeñuelos. Allí se ve más claramente la pena de ver al padre olvidado de su antigua compañera, olvido que duele á los hijos como pro-

pio, que es agravado por el olvido en que se ven ellos y que á su vez le agrava.

En realidad, gira toda la novela sobre este sentimiento, y su contenido psicológico se compone de variaciones sobre este tema afectivo. Mas ni decae el interés al avanzar la acción en su desarrollo, ni se advierte monotonía. Va creciendo la intensidad del drama interior á medida que se desenvuelve el curso de los sucesos exteriores. Cuando los niños vuelven á la casa paterna es cuando aquella intensidad llega á su máximum. Hasta entonces *sabían,* pero no *habían visto* el cambio, tan doloroso para ellos, allí operado. La impresión directa de los sentidos, con su elocuencia superior á la de todos los relatos, les muestra con la crudeza de las sensaciones físicas el alcance de aquella radical transformación del hogar. Se juzgan extraños en su propia casa, por extraños ocupada; contemplan la segunda muerte de su madre, la desaparición de lo que de ella sobrevivía, de los objetos que usó y amó, de las cosas en que el recuerdo pone algo de la persona eternamente ausente. Esta extinción de lo que quedaba de la muerta aumenta en ellos, por natural reacción, el culto que á su memoria profesan, y que es viva protesta contra el olvido que en su torno declara y manifiesta todo.

Siendo este, que he procurado expresar, el carácter de la novela del Sr. Ortega Munilla, no es raro que sea secundario en ella y haya sido menos atendido por el novelista todo lo exterior al drama que se desenvuelve en el espíritu de los huérfanos. Las figuras que se mueven en torno de éstos son de escaso relieve, exceptuando la de Salomé. Quizá deje algo que desear la *mise en scène*—por decirlo así—de la acción novelesca, la sabia disposición de los pormenores, que da tanta fuerza representativa á las novelas del Sr. Pérez Galdós, por ejemplo; la riqueza de accesorios que contribuye á dar mayor realidad y mayor vida al cuadro.

A pesar de estos reparos, considero excelente el libro del Sr. Ortega Munilla, que ha mostrado una vez más su excelen-

te gusto y sus dotes de escritor fácil y brillante. En algunos pasajes de *La Viva y la muerta*, en tal cual giro de la locución, en algún episodio como el de la aparición de la madre de Luisa, que dice por cierto cosas muy bellas sobre el amor maternal, me ha parecido advertir la influencia del estilo del Sr. Pérez Galdós. Entiéndase bien que no quiero decir con esto que haya, no ya plagio, ni aun siquiera imitación. Esa influencia, si es que existe, y sería aventurado afirmarlo, pues sus huellas, ó las que á mí me han parecido tales, son muy vagas é inciertas, no pasa de esbozar una *manera*. Nada tendría de particular el hecho; pues un novelista tal como el Sr. Pérez Galdós tiene que ejercer forzosamente algún influjo entre los que cultivan el mismo género, como en Francia lo ha ejercido Zola, para no citar más que un nombre tan conocido, y sin que esto sea establecer paralelo alguno.

***

Como en estos días se ha hablado tanto de los ruidos misteriosos que se oyeron en un convento de esta corte, dando lugar á que las gentes se preguntasen si quedará todavía alguno de los antiguos duendes que solían entretenerse en semejantes travesuras, casi es de actualidad hablar de un libro sobre los espíritus. Y luego la transición no es tan violenta desde la novela á una obra de esta especie. No quisiera ofender con tal apreciación la susceptibilidad del autor y de los que piensan como él. La novela tiene algo de historia, y en las historias á que me refiero, suele haber algo y aún mucho de fantástico.

Recibí hace algún tiempo un volumen titulado *Los Espíritus*, del Sr. Otero Acevedo, doctor en medicina, según reza la portada, sin duda para acreditar que no siempre son refrac-

tarios á estas creencias ó estudios (tome el lector la calificación que más le agrade) los cultivadores de las ciencias positivas.

No conozco el tomo primero de esta obra. El segundo, al cual me refería hace un momento, es un resumen de fenómenos y experimentos espiritistas, desde los primeros, aquellos ya casi olvidados de la familia Fox, hasta los más recientes, operados con la *medium* Eusapia Paladino, de la que se habló bastante no ha mucho tiempo.

No he de juzgar literariamente esta obra. El autor no debe de haberse propuesto hacer literatura. El libro parece escrito sin pretensiones, y aunque su forma no carece de defectos, tiene cualidades apreciables, como la claridad y la sencillez. En cuanto á los hechos relatados, me parece que prueban poco, defecto capital en las obras que tienden á probar alguna cosa ó á convencer de ella á los lectores.

Si los fenómenos y los experimentos se hubieran verificado en condiciones que excluyeron todo error ó fraude, probarían sin duda, no lo que los espiritistas quieren, sino la existencia de un orden de hechos inexplicados, que obedecían á causas desconocidas. ¿Pero han sido objeto los fenómenos de una verdadera observación científica? ¿Se han efectuado las experiencias con todas las garantías necesarias para que puedan admitirse como verdaderos sus resultados? Esto es lo que niegan los impugnadores del espiritismo, y dudo mucho que el libro del Sr. Otero Acevedo les haga cambiar de opinión.

Verdad es que no los libros, sino la observación directa y la experiencia, son lo que puede acreditar la existencia de fenómenos dudosos. Mas aun después de comprobados experimentalmente—lo cual sería ya un gran resultado que está todavía por conseguir—quedaría en pie la cuestión de la causa. Lo que los discípulos de Allán Kardec atribuyen á los espíritus de los muertos, los escritores eclesiásticos que conceden realidad á estos hechos lo juzgan obra de las potencias infernales. Y es curioso observar que los modernos teósofos que si-

guen la enseñanza de H. P. Blavatsky, y que en general muestran más hostilidad que simpatía al cristianismo, vienen á coincidir con esta explicación, suponiendo que quienes producen, por lo común, aquellos fenómenos, son ciertas entidades tenebrosas llamadas *elementales*, que ofrecen muchos puntos de semejanza con los demonios, por lo cual los partidarios de la teosofía moderna estiman muy peligrosas y nefandas las experiencias de los espiritistas. Como aquí no rigen las leyes ordinarias de la causalidad, ¿como decidir entre estas interpretaciones? Ni siquiera cabe el recurso de someter la cuestión á los espíritus, pues sabemos poco de su veracidad, y hay entre ellos, según cuentan, burlones que podrían muy bien engañar deliberadamente al curioso que les interrogara.

Lo que se advierte por la publicación de este y otros libros análogos, por las experiencias verificadas con Eusapia Paladino, etc., etc., es que el espiritismo, que en algún tiempo hizo muchos prosélitos y excitó grandemente la curiosidad, cayendo luego en el descrédito y el olvido, ha entrado ahora en un nuevo período de actividad y propaganda, aprovechando este renacimiento actual de la afición á lo misterioso que hace brotar magos y ocultistas de todas partes.

Rasgo común de todas estas sectas es cierta animosidad y despecho contra la ciencia. Como esos escritores y artistas oscuros, amargados por el fracaso, *no comprendidos*, que se lamentan de las intrigas de los maestros, sin averiguar primeramente si éstos los conocen siquiera, y piensan que se ha tramado en daño suyo la conspiración del silencio por envidia de su genio desconocido, se figuran los ocultistas que los hombres de ciencia están confabulados contra ellos, y no quieren admitir otras leyes naturales ni otros fenómenos que los ya conocidos, creyéndose dueños de los secretos de la Naturaleza y poco menos que infalibles. Es injusta la apreciación. Si esos prodigios esotéricos, en vez de serlo, se manifestaran á la luz del día, á los ojos de los indiferentes y los neutrales, ¿quién duda que serían estudiados con interés? ¿No se está estudiando

el hipnotismo? Unos cuantos milagros, ó, si este nombre parece impropio, unos cuantos fenómenos extraordinarios, verificados en condiciones que excluyeran la duda, uno solo evidente, probarían más que todos los argumentos, más que el recuerdo de la creencia general en la magia hasta los tiempos modernos.

Tiene cierto peso esta alegación en favor de las ciencias ocultas. Parece extraño, en efecto, que durante tantos siglos, y en civilizaciones adelantadas, haya podido admitirse, hasta por hombres de gran cultura y clarísimo entendimiento, la realidad de estos misterios, siendo tan sólo ilusiones y extravíos del espíritu. Mas el argumento puede volverse en contra de los que le invocan: si son reales estos fenómenos, ¿cómo no han podido demostrarse de un modo concluyente en tan larga sucesión de tiempos? Las verdades científicas, desconocidas ó negadas en un principio, han acabado por probarse. Esto es lo que les falta á todos esos fenómenos extraordinarios, á todas esas doctrinas misteriosas, cuyos partidarios se quejan de la supuesta parcialidad de la ciencia.

No se trata de hechos nuevos, de teorías ignoradas hasta el presente, que no hayan tenido aún tiempo de vencer la resistencia que les oponen las opiniones reinantes. Datan de remota antigüedad, cuentan por siglos su existencia. Más que revelación de ideas y de fenómenos desconocidos, son restos de viejísimas creencias. El espiritismo no es más que la antigua nigromancia. Las modernas sectas esotéricas no ofrecen sino una renovación de las doctrinas de la teurgia y de la magia de la antigüedad, mezcladas más ó menos felizmente con conceptos filosóficos de este ó el otro sistema, y adaptadas en alguna manera al pensamiento contemporáneo. Pecan de demasiado esotéricas, guardan tan bien el secreto de su sabiduría, que los profanos no consiguen descubrirla.

Tienen además todos estos taumaturgos y ocultistas la desdicha grande de que se mezclen con ellos muchos impostores hábiles en las artes de la superchería y de la prestidigitación.

Estos fraudes perjudican mucho á cualquier causa, no sólo por la desconfianza que naturalmente engendran, sino porque acreditan también la credulidad excesiva de los que se dejaron seducir por la impostura.

Con todo, es posible que estas sectas y escuelas tengan su utilidad en el mundo y no sean fuerzas enteramente perdidas para la inteligencia. Podría aplicárseles el *oportet heresses esse*. Cuando no otra cosa tuvieran, cuando no condujesen á descubrimiento alguno, todavía ofrecerían á la psicología colectiva y al investigador del origen de las creencias, un campo de observación interesante. En cierto modo, podrían ser comparadas á lo que es la vivisección para el fisiólogo. Permiten apreciar en vivo un fenómeno que de otra suerte no se podría observar directamente en una época incrédula como la actual. Siguiéndolas paso á paso, se asiste al proceso de la formación de una fe, de la elaboración de una creencia. Pero así como la vivisección opera sólo sobre seres inferiores, y no descubre más que las manifestaciones de la vida animal, así también ofrecen únicamente estas sectas el espectáculo de una fe inferior, que no puede compararse con esa gran fe de las religiones, tan fecunda y activa, que ha transformado el mundo y ha tenido poder para crear y destruir civilizaciones.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA PRENSA INTERNACIONAL

Una novela cristiana.

Les Morticoles, por León Daudet (Charpentier).

He hablado últimamente de una docena de novelas; permítaseme que hable de una sola. Es una novela que vale por doce, porque es muy larga ¡casi tanto como los manuales periódicos de Zola! Pero, además, es muy hermosa, escrita con esmero, compuesta con ingenio y sencillez, viva, poética, y profundamente animada por el espíritu cristiano.

Hasta el género de esa novela me gusta. Es un género antiguo; ó, si se quiere, nuevo. Porque tengo el convencimiento de que nuestra humanidad es harto vieja y está de sobra fatigada para inventar ninguna cosa verdaderamente nueva; y la única salvación de los escritores, como de todos los artistas, se hallará en lo sucesivo en la imitación de los géneros, de los estilos, de las maneras de antaño. «A mi edad no se lee, sino que se relee», decía Royer-Collard á Alfredo de Vigny. Decididamente, esa edad ha venido para la humanidad. Ya no queremos nada nuevo, aun cuando todavía lo hubiese en el mundo, donde por fortuna ya no queda nada.

Antes de formarse un género nuevo, se necesitan numerosos años para repararlo y numerosos esfuerzos para constituirlo. Nada hay que exija mayor paciencia, vagar, modestia y buen deseo: excelentes cosas de otros tiempos que se fueron, reemplazadas hoy por la premura, la agitación, la admiración propia y el menosprecio de los demás. El gusto por la novedad se ha ido al mismo tiempo.

Por un momento lo ha reemplazado la rebusca de la originalidad á toda costa. Cada cual se las ha ingeniado para distinguirse del vecino, eligiendo el método más sencillo para lograrlo con certeza, que consiste en hacer lo diametralmente contrario. Así hemos tenido versos muy largos después de versos muy cortos, pinturas monócromas después de pinturas polícromas cual mosaicos, prosas llenas de imágenes y prosas sin una metáfora, músicas sin ritmo y otras que sólo eran ritmos sin música.

El método era sencillo, pero no podía dejar de gastarse muy pronto. Y, en efecto, parece ser que se ha dado al traste con la excentricidad. Hasta nuestros más inteligentes artistas hanse resignado con resolución al único método posible ya: renunciando á inventar formas nuevas, han vuelto á la imitación de los modelos antiguos. A su vez, han seguido el ejemplo de nuestros mueblistas, á quienes hace mucho tiempo que no se les da un ardite de inventar nuevos estilos, sino que copian con fidelidad los estilos de los siglos pasados. He visto en las Exposiciones de Bellas Artes de este año una multitud de pintores de otro tiempo, desde *Fra Angélico* hasta Corot y Ricard. Gritábase «¡Imitación!»; pero el año próximo ya se habrán sentado las costuras y todo el mundo quedará contento, los pintores porque sabrán por fin cómo deben pintar, y el público porque al cabo volverán á presentarle obras bien pintadas. Me afirman que igual acontece con la música, y que no sólo Ricardo Wagner, sino hasta Haydn y Mozart sirven hoy de modelos á los compositores jovenes. También conozco jovenes poetas que, hartos de ir en busca de noveda-

des, sin topar con ellas, atiénense para lo sucesivo á escribir buenos versos imitados de Ronsard. La edad de la imitación ha comenzado para la literatura y para todas las artes, lo cual no puede menos de agradarme infinito. ¡Vale tan poco la originalidad exterior, si con la perfección y la belleza se compara! ¡Hay tantos géneros antiguos que aún sirven, cómodos, seguros y con tamaña injusticia abandonados!

***

Uno de esos géneros antiguos ha elegido León Daudet, uno de los más encantadores y olvidados: el viaje satírico. Voltaire y Swift lo preferían á los demás para la pintura de los vicios de su tiempo, y, en verdad, no veo ningún otro preferible á él. Da á la sátira un molde adecuado, autoriza una mezcla constante de observación y de fantasía, y permite aislar el asunto que se trata, poniéndolo como blanco del juicio del lector. He vuelto á leer esta mañana los *Viajes de Gulliver,* libro admirable y tipo perfecto de lo que hubiera debido ser la novela realista. ¡Cuánto más reales nos hubieran parecido las aventuras de los Rougon-Macquart, si Zola las hubiese transportado á Brodbignag ó entre los Huyhnynis!

Sin duda, también el Sr. Daudet habra releído ese libro inmortal, antes de escribir sus *Mortícolas*. La isla de los Mortícolas, adonde nos conduce, pertenece en todo caso al mismo archipiélago que las de Liliput y de Laputa. Es un país de cuentos de hadas para los niños revoltosos; un pícaro país donde todos los poderes están en manos de los médicos; donde no habitan sino médicos y enfermos; donde el arte, la religión y la bondad están reemplazados por la ciencia. Pero, á poca atención con que se mire, es al mismo tiempo el París actual. Porque, también en París, la ciencia está en vías de reemplazar á todo, y los médicos en camino de acapararlo todo. Y si

la población de las grandes capitales no se divide por completo en médicos y enfermos, el hecho es que el número de unos y otros crece de año en año en proporciones aterradoras.

Imagínome que las costumbres de los médicos de París, salvo acaso un poquillo de exageración, no deben diferenciarse de las que Daudet atribuye á los médicos de sus Mortícolas. Muchos de ellos son honrados y buenos, como Charmide y Dabaisse, que campean en la novela con sus nobles y conmovedoras figuras. Otros han reconocido la vaciedad de la pretendida ciencia que les enseñaron, y por lo menos se resignan á no abusar de ella. Pero también muchos están locos de orgullo, de ambición ó de codicia. También los hay locos por la ciencia: estos son los más peligrosos y á los cuales urgía más hacernos aborrecer. Es de verlos, en el libro de Daudet, sacrificando la salud y la vida de sus clientes en aras de su manía de experiencias, en aras de su impertubable fe en sabe Dios qué fórmulas é hipotesis nacidas ayer y seguras de morir mañana. Todos los días inventan algún remedio nuevo, que á la postre no cura á nadie; y todos los días inventan alguna nueva enfermedad, cuyo germen diríase que en seguida se difunde con su nombre.

Y, á pesar de sus remedios y de sus enfermedades, los médicos están en camino de llegar á ser dueños del mundo. Ya se vacila en hablar mal de ellos: bien pronto será menester tanto valor para eso, como se necesitaba en Venecia para murmurar de los miembros del Consejo de los Diez. ¿No temblaron Vds. como yo, días atras, al leer en los périódicos la historia de aquel temerario alumno interno, que, para restablecer la salud de un enfermo, se atrevió á resistirse á uno cualquiera de los príncipes de la cirugía, y reemplazar el empleo de no sé qué cuchillo por el empleo decididamente anticientífico de una simple cataplasma? La audacia del infeliz fué escarnecida y castigada en el acto. ¡Figúrense Vds. una cataplasma en París, en 1895, nada menos!

Los médicos son ya dueños del mundo. Deciden á su anto-

jo la suerte de los criminales; y cada vez está más sujeta á su capricho la suerte de los inocentes. Y admiro tanto más el valor de León Daudet, cuanto que, después de haberlos observado largo tiempo y concienzudamente, no teme presentárnoslos tal como los ha visto. En su libro se encuentran todas las especies del médico de hoy, desde el héroe hasta el bandido. Hállanse en él también hasta especies que, sin duda, no sospechaban los lectores: el *ovariotomista,* que ahorra á las mujeres las molestias de la maternidad; el *dicotomista,* que reparte el dinero sonsacado á sus clientes con los médicos que se los recomiendan.

De un extremo á otro del libro hay una multitud de figuras que se agitan y viven, con extrema variedad de actitudes y caracteres. León Daudet, en su anterior novela *El astro negro*, había mostrado preciosas cualidades de invención y de estilo; pero aún era un libro más bien extraño, con sobra de acciones diversas y de teorías. *Los Mortícolas* no son más que un hermoso libro; quizá parezca demasiado largo para el gusto del día, que quiere páginas pequeñas sobre asuntos pequeños y con ideas pequeñas. Está compuesto con un plan de una sencillez enteramente clásica, con el mismo plan que *Gulliver* y todos esos magníficos libros antiguos cuya continuación es. Más arriba he mencionado los retratos del médico Charmide y del cirujano Dabaisse: hay allí una treintena de retratos que valen tanto como estos dos, dibujados con una precisión y una seguridad notables. Sé que su mérito corresponde en parte al género, porque es fácil poner de relieve personajes aislados de lo que los rodea y cuyos rasgos se abultan con libertad. Pero también era preciso observar esos rasgos, comprenderlos, conservarles sus verdaderas proporciones. Y luego, además de los retratos, Daudet nos presenta toda clase de espectáculos trágicos ó burlescos, empleando un arte ingeniosísimo, muy variado, y enteramente personal. Describe en particular algunas escenas de muerte, la de un interno muerto por el crup, la de un mísero niño atormentado en un hospital,

escenas de una emoción sencilla y honda que, aún más que á Swift, me han hecho recordar á Dickens.

Pero, pláceme sobre todo ese libro por la idea moral que lo anima, una de esas ideas rancias que hoy nos parecen nuevas: ¡tanto prurito ha habido de hacérnoslas olvidar! Daudet la emprende, no con los médicos y la medicina, sino contra esa manía científica que de cien años á esta parte ha invadido el mundo, y que, en último término, no ha dado de sí más que la duda, la inquietud, el sufrimiento y el hastío. Háseme acusado de ver en todo, en derredor mío, la influencia del conde Tolstoi. Pero, no he leído novela tan abiertamente tolstoyana como esos *Mortícolas* de Daudet. A la medicina y á los médicos se les trata allí exactamente desde el mismo punto de vista que en *La Sonata á Kreutzer* (1). En todas las páginas de su libro y en cada uno de los episodios, el Sr. Daudet siempre nos hace ver, como antes de él lo hizo el maestro ruso, los funestos efectos de una sedicente ciencia que no es más que ignorancia, y que aparta á los hombres de sus antiguos manantiales de reposo y consuelo, sin hallarse en el menor estado de suministrarles otros nuevos. Así, nos ha dado un hermoso libro, un libro verdaderamente cristiano; y deben agradecérselo todos los que, á la ignorancia agitada y peligrosa de hoy, prefieren una ignorancia más tranquila, más dulce, atemperada por la fe y por la bondad.

TEODORO DE WYZEWA.

(1) Véase la edición española de esta hermosa novela.

Su Majestad Celeste.

VIDA ÍNTIMA DE LA CORTE EN EL JAPÓN

Europa, que ha aprendido á estimar el genio militar del Japón, ha olvidado pagarle el tributo de admiración de que es digno el emperador, autor principal de la resurrección de su pueblo. No hay en la historia soberano que haya prestado á su país servicios tan importantes como el emperador Mutsu-Hito. Su carácter es tan excepcional como su origen; pues, á decir verdad, la historia de la misma familia de los *mikados*, reinante en el Japón desde dos mil quinientos años ha, tiene por qué pasmar y hechizar á todos los adeptos de los principios monárquicos. Mutsu-Hito es el 121.° emperador nacido del *mismo* tronco que ha fundado el poder real en el Japón. ¡Cosa más admirable! ¡Su árbol genealógico llega en línea recta hasta su ilustre antepasado Jimmu Tenne, el hijo del Cielo, que reinó en el Japón en 660 antes de Jesucristo! Japón no ha conocido nunca, como los demás países, luchas entre dinastías ó entre diferentes ramas que disputasen entre sí el poder. Jamás hubo otras disensiones sino las sobrevenidas entre los miembros de la *misma* familia, que desde tiempo inmemorial preside á los destinos de su patria. Sólo por este título merecería especial consideración este soberano, cuyo origen llega muchísimo más lejos de la época en que se fundaron todos los Estados modernos. Pero hay otros motivos que hacen

de él un gran rey en toda la extensión de la palabra, el cual merece, no sólo ser venerado por sus súbditos, sino también servir de ejemplo á sus «hermanos» de la Europa civilizada.

I

El origen de la familia reinante en el Japón piérdese en las tinieblas de los siglos. Dice la historia japonesa que cuando las siete dinastías que reinaron en el cielo dieron fin á la creación del mundo, los dioses Izanagi é Izanami enviaron á la tierra cinco dinastías de dioses que habían de repartirse entre sí el imperio del mundo. Uno de esos dioses de la tierra tuvo con la princesa Linjin cuatro hijos, el menor y más ilustre de los cuales fundó la dinastía actual del Japón. Acontecía esto allá por el año 660 antes de Jesucristo. Muerto el dios, otorgósele el título de Jimmu Tenno (guerrero divino); y el emperador actual Mutsu-Hito, su 121.° sucesor, subió al trono dos mil quinientos veinte y siete años después de morir su ilustre abuelo.

Kaempferi, uno de los primeros autores europeos que hablan del Japón, cuenta de otro modo este incidente memorable: cierto Dsin-Muu-Tei, contemporáneo de Rómulo, fué quien se concedió á sí propio el poder sobre sus iguales.

Pero, por falsa que sea la leyenda japonesa, pinta á las mil maravillas el estado anímico del Japón; quien, no contento con tributar honores divinos á sus reyes, los coloca á la vez entre los dioses mismos. Hijos de los dioses é iguales á los dioses: así los ha visto el pueblo japonés en lo pasado, así los ve aún en nuestros días. Las brillantes victorias conseguidas contra los chinos no podían menos de aumentar su prestigio.

El carácter sagrado de la dinastía llena la historia antigua y moderna del Japón y le da un sello particularísimo. Erigido este principio en dogma religioso, desafía todas las revoluciones, todas las tempestades por las cuales atraviesa la historia del país. El *Tuohi* (hijo del cielo), como el pueblo japonés llama á sus emperadores, es eterno como la existencia de un dios. Cuando á comienzos del siglo XVII el partido militar, dirigido por la familia Togugama, llegó á conquistar el poder en provecho del *Shogun* (generalísimo), á pesar de eso permanecieron intactos el título y el principio monárquicos.

Gobernaban los *shogun* (llamados taikin por los europeos), pero los sucesores de Jimmu Tenne no cesaban de reinar. Durante tres siglos que los *shogun* detentaron el poder, no se atrevieron á atentar contra el inconmovible principio de la dinastía imperial. El *mikado* (el emperador), cuyo papel quedó reducido al de una divinidad discreta y escondida en un castillo misterioso, no cesó de ser el soberano para su pueblo. Y cuando en 1868 los *daimios* (señores) por un lado y el pueblo por otro se sublevaron contra los *shogun,* el actual *mikado* Mutsu-Hito no hizo sino volver á apoderarse de las riendas del gobierno, que su bisabuelo se había dejado quitar de las manos.

Aquí viene bien ocuparse de un incidente que dice mucho más en pro de la grandeza de alma del emperador japonés que pudieran manifestar los más entusiastas elogios de sus cortesanos. Derribado el *shogun,* ¿había nada más sencillo sino condenar al destierro á la familia de quien durante siglos usurpaba el poder y perseguía á los antecesores del *mikado* con su odio y sus injusticias? En un país civilizado de Europa hubiérase encontrado sin duda un medio más ó menos artero de librarse para *siempre* de los descendientes del *shogun.* ¿Qué hizo el noble Mutsu-Hito? Concluida la revolución que le había devuelto el poder, se apresura á ir á consolar al infortunado *shogun;* y cuando éste muere de desesperación, el emperador recoge al hijo de él, Ichida, que hoy representa un papel pre-

ponderante en la corte japonesa. Y, sin embargo, el príncipe Ichida (ó, como le llaman en Tokio, el príncipe Kame Fosuke) pudiera dar motivos de inquietud á su imperial protector; pues el hijo del *shogun,* no sólo es el más hermoso de los japoneses, sino que al mismo tiempo figura entre los hombres más valientes de su país.

II

¿Cómo se explica esa nobleza de alma del soberano japonés, el sacrosanto amor que siente por todos los súbditos de su imperio, y sobre todo sus amplias miras y sus ideas gubernamentales admiradas por todos los europeos que tienen ocasión de acercársele?

No se puede hallar la solución del enigma, á menos de buscarla en el asombroso pasado de los soberanos japoneses. La corte imperial del Japón fué en todos tiempos la residencia privilegiada de sus musas. De allí salieron sus más grandes poetas, sus historiadores célebres, sus pintores extraños ú originales y hasta sus sabios; todos los cuales sólo pudieron desarrollarse gracias al apoyo moral, y á menudo material también, de los mikados.

Nunca se ha conocido en la corte japonesa el estrepitoso lujo de los sátrapas orientales. Nada hay más moderno y sencillo que la vida privada de los dioses imperiales del Japón. Al apoderarse del poder los *shogun,* disminuyeron cada vez más la lista civil del *mikado,* quien acabó por no tener algunas veces con qué pagar á sus cortesanos. Los palacios imperiales fueron abandonados ó descuidados, y toda una serie de

antecesores del emperador actual cifró su ambición en ser más instruídos que sus súbditos.

Por otra parte, conocida es la legendaria adhesión de los japoneses á sus señores y á sus soberanos. En su novela histórica *Fiel hasta la muerte*, el novelista Temenaya-Schunsui refiere que varias generaciones se dejaron matar por vengar el honor de su señor ultrajado. Pues bien; Schunsui no ha hecho sino tomar sus hechos trágicos de la vida real; y todo cuanto Europa puede mostrar en materia de fidelidad á los reyes destronados y en destierro, palidece muchísimo ante la actitud secular de quienes á los mikados rodean. Esos emperadores, sin poder y sin recursos, no cesaron de tener cortes tan numerosas y disciplinadas como en los tiempos de su mayor poderío.

Los cortesanos, á quienes no había con qué pagarles, y algunas veces ni con qué mantenerles, veíanse obligados á buscar recursos suplementarios en la pintura, en la ciencia, en la medicina; pero siguieron siempre unidos á su Mikado.

Mientras los *shogun* cultivaban el arte militar y pasaban la vida rodeados de guerreros, el palacio de los mikados en Kioto era el supremo refugio de la civilización japonesa. Los poetas recitaban allí sus versos, los músicos ejecutaban sus composiciones, los sabios desarrollaban sus teorías metafísicas. Allí nació la literatura nacional japonesa; también apareció allí esa exquisita distinción de maneras que llena de asombro á cuantos extranjeros van al Japón.

El refinamiento de costumbres llegó á tal grado de perfección, que la mujer disfrutaba de derechos iguales á los de los hombres, tomando parte en todos los regocijos de la corte y llegando hasta á disputarles la gloria poética.

El palacio de Kioto, lleno de hidalgos pobres dedicados á las artes, producía el efecto de un verdadero asilo de las musas. Los autores japoneses se extasían ante la poética y conmovedora sencillez de esa vida, consagrada á las fiestas florales, al baile, á la poesía y á la música. La florescencia de

cada flor principal del Japón daba pretexto para especiales regocijos. Así, había tres fiestas: la de las crisantemas, la del loto y la de los manzanos. Representábanse comedias, se ejecutaban composiciones de baile, se recitaban proverbios, y se cultivaban diferentes ejercicios recreativos, entre otros el de las carreras de caballos. Este no interrumpido idilio duró varios siglos, para la mayor gloria de las letras y las artes japonesas.

III

En ese medio de artistas y pensadores nació en 1852 Mutsu-Hito, el emperador actual. Cuando fué llamado al poder, luego de destruirse en 1867 el del *shogun*, el joven emperador sólo tenía quince años de edad. Bien pronto dieron fruto las ideas que sus antecesores y él mismo habían adquirido en el palacio de Kioto. Diríase que el joven príncipe tenía grandísima prisa en realizar los ensueños acariciados por los mikados en su retiro. Quería ver á su Japón tomar de golpe un puesto entre los países civilizados, y dar muestra de sus recursos intelectuales y artísticos amontonados durante siglos. Sabido es que los mikados, poetas y filósofos, no cesaron de ser objeto de una admiración divina en Kioto: cantábaseles en verso y en música, pero sin aproximarse á ellos. El rostro del mikado estaba siempre cubierto cuando sus fieles le hablaban; jamás llevaba dos veces el mismo traje, ni comía en la misma vajilla, ni repetía de ningún plato. Cuando sube al poder el joven Mutsu-Hito, dase cuenta de que le será imposible reinar si permanece invisible, y se presenta franca y abiertamente entre su pueblo.

Nadie habrá olvidado, sin duda, la emoción que hubo en Europa al ver á ese niño, encerrado durante años en un castillo encantado, poniéndose á practicar los principios del constitucionalismo liberal en el remoto Oriente.

No hubo tiempo de volver del asombro ante ese «jovencillo de la leyenda», quien, apenas sube al trono, jura fidelidad á la constitución de que dota á su país; y los japoneses presencian un espectáculo aún más imponente, el del emperador mostrándose á cara descubierta y con el corazón en la mano ante sus deslumbrados súbditos. A los funcionarios reunidos predícales la justicia y el amor á los humildes, y proclama el reinado de la inteligencia y de la ciencia. Dice querer á la nobleza, pero que quienes sepan distinguirse en el dominio de las artes y de las ciencias, le serán más gratos aún. Sin pérdida de tiempo, envía cuarenta y nueve japoneses de los más talentudos á visitar y estudiar los países europeos; y en un banquete á que les convida antes de su marcha, Mutsu-Hito pronuncia un discurso-programa lleno de ideas amplias y sensatas.

El joven emperador no se contenta con la civilización que ha de beneficiar á los hombres. Se da cuenta de que la mujer es la base de todas las instituciones sociales, de todos los progresos; y en una improvisación de magníficos vuelos recomienda á los famosos cuarenta y nueve que vayan acompañados de sus hermanas, de sus esposas...

«Nada hay más importante para un Estado,—dijo en esa ocasión Mutsu-Hito,—que la instrucción de las mujeres, llamadas como madres á dar suprema dirección á nuestras ideas y á nuestra vida real. Id, llevaos vuestras hermanas y vuestras esposas, quienes no dejarán de aportar á las mujeres del Japón los mejores frutos de la instrucción femenina del extranjero.»

El emperador se casó en 1869 con la señorita Haruko, hija de Ichijo Yakado, miembro de una de esas cinco familias nobles que dan esposas á los mikados. ¡Cosa notable! La emperatriz (Hoyo-Sama) no puede elegirse en la familia imperial. ¿Indi-

cará esto una especie de desconfianza hacia el matrimonio contraído entre parientes próximos?

El matrimonio fué de los más felices, pues la emperatriz unía á su distinción de maneras un entendimiento cultivado y un alma caritativa. Tan bien comprendió á su augusto marido, que, lejos de ponerle obstáculos en su camino, le secunda en sus planes más revolucionarios. Dos años después de casarse, sigue á su marido en coche descubierto á través de la ciudad de Tokío; y en 1890 va por las vías públicas de la capital, ¡en el mismo carruaje que su marido! Preciso era una extraordiria audacia de ánimo para romper con el secular principio que condenaba á reclusión perpetua á los gobernantes del Japón.

La emperatriz, que en otro tiempo llevaba el traje nacional japonés, viste ahora al estilo europeo, lo cual es muy de sentir: en primer término, no hay nada más pintoresco que la vestimenta japonesa; y, en segundo lugar, ningún vestido podría hacer resaltar tanto la *igualdad* de las mujeres ante la reina moda como lo hace el traje japonés.

La adopción del estilo europeo en el vestir no era una cosa tan fácil como pudiera creerse. No teniendo nadie el derecho de acercarse á la emperatriz, y por consiguiente de tomar las medidas de su talle, ¿cómo hacerla un cuerpo de vestido á la europea? La gente de tijera, dedal y aguja veíase presa de la mayor desesperación. Si no hubiera sido por la presencia de ánimo de la condesa Ito, la mujer más hermosa del Japón, quien pretendía tener los mismos atractivos físicos que la emperatriz y que se ofreció como modelo, la soberana no hubiese podido realizar su idea de vestir á la europea. Sólo el primer paso es el que cuesta dar; y hoy las grandes modistas de Tokío tienen libre entrada en la corte.

La emperatriz tenía además otro motivo para no adoptar el traje europeo. La «pequeña emperatriz» (como se la llama en Tokío) es tan delgada, que desaparece por completo dentro de las largas faldas con inmensa cola que le hacen llevar en ciertas ceremonias de la corte. Los tacones altos de sus botitos

no hacen sino exagerar más la pequeñez de su estatura. A la emperatriz parece molestarle algo esto, sobre todo cuando está junto á señoras europeas.

Sin embargo, hay tal expresión de nobleza y de distinción en sus rasgos, que quien ha tenido ocasión de acercarse á ella no la olvida jamás. La emperatriz, que no tiene hijos, dedica lo tesoros de su afecto á todos los pobres y desheredados. Japón le debe numerosos hospitales, la institución de la «Cruz Roja», y sobre todo asilos de niños, á quienes la pobre emperatriz ama con todo el ardor de una mujer que carece de ellos.

El mikado tiene el derecho de poseer, además de su mujer legítima, once concubinas elegidas entre las mejores familias del país; y ha usado de él con largueza. El heredero del trono, el joven príncipe Haru, es fruto de su unión con la señora Yanagiwara. El emperador tiene además dos hijas con otras dos de sus concubinas. Según una nueva ley que el emperador ha hecho votar, en lo sucesivo el príncipe heredero deberá haber nacido de legítimo matrimonio, y ya no podrá subir al trono japonés el hijo de una concubina. Cuando se piensa en esa no interrumpida serie de mikados que reinan en el Japón durante más de dos mil años, es muy de sentir esa medida, que no dejará de provocar con el tiempo guerras civiles y hasta cambios de dinastías.

Es inútil añadir que Mutsu-Hito ha adoptado desde hace muchos años el vestir á la europea. Su traje favorito es el uniforme de general, con el pecho lleno de condecoraciones, que el emperador posee en abundancia.

La vida retirada que llevaban sus antepasados en Kioto ha tenido una repercusión hereditaria en la vida íntima del emperador. Mutsu-Hito es tan modesto en sus gastos como lo eran sus predecesores, agradándole mucho más los placeres intelectuales que la suntuosidad. Gustándole tanto imitar la vida de los soberanos extranjeros, no tiene *yacht*, ni cuadras lujosas. En esas condiciones, fácilmente se comprenden las maravillas que Mutsu-Hito ha sabido realizar con su modesta

lista civil. Cuando, antes de la guerra, el Parlamento japonés no quiso conceder ciertos créditos destinados á la marina, Mutsu-Hito hizo cubrir los gastos con su peculio particular. Las brillantes victorias obtenidas por la armada japonesa han llenado doblemente de entusiasmo á sus súbditos, quienes con tal motivo han recordado que debían sus triunfos á la generosidad y al patriotismo del emperador. Este, también de su caja particular, da pensiones á los veteranos servidores del imperio, auxilios á los oficiales inutilizados en campaña, recompensas á los artistas y á los sabios.

El príncipe heredero parece ser digno de su padre, y los japoneses fundan las mayores esperanzas en el joven príncipe Haru. Nacido en 1879, fué proclamado príncipe heredero en 1889. Rodeado de jóvenes miembros de la nobleza, estudia en el colegio de cadetes, distinguiéndose por su inteligencia y por su asiduidad en el trabajo. Haru manifiesta tendencias democráticas, y está en íntimas relaciones con sus condiscípulos. A la manera de los príncipes herederos en Europa, el joven Haru tiene su alta servidumbre especial y sus habitaciones particulares. El emperador le adora; igual acontece con la población de la capital, que aclama con alegría á su futuro soberano.

IV

La corte japonesa ha recibido una organización enteramente europea. Puesta bajo la dirección del príncipe Nabeshima, mayordomo mayor de palacio, ha sido organizada al estilo de la corte imperial de Berlín por el gentilhombre de cámara de Guillermo I, Sr. Von Mohl. Los embajadores son introducidos con gran pompa en palacio; y las *garden-parties*, las recepciones solemnes y familiares á las cuales se asiste en él, producen simplemente la ilusión de una gran corte europea. El emperador se abstiene todo lo posible de los saraos de la corte, dejando el cuidado de representarle á su primo el príncipe Arisugawa, quien con la princesa su mujer da el tono á la vida social del imperio.

Las invitaciones suelen escribirse en francés. No se olvida añadir que el frac es obligatorio para los personajes civiles, y el uniforme para los militares. El himno nacional *(Kimigayo)*, con el cual se saluda la aparición de la pareja imperial, da la señal del comienzo del baile. Advirtamos de paso que el himno nacional, según se canta actualmente, sólo es provisional sin duda. Su melodía, tomada de los aires nacionales, ha sido falseada por un director de orquesta alemán, quien ha introducido en ella notas demasiado sanguinarias y salvajes, que de ningún modo corresponden al estado anímico del país.

He oído á japoneses quejarse amargamente de su *Kimigayo*, llegando hasta á compararlo con el himno chino, que, según dicen, responde mejor al temperamento del pueblo amarillo que el del Japón al de éste. Esta comparación, suprema

injuria para el himno nacional, no le augura de ningún modo larga existencia.

Sólo me falta citar algunos hechos desconocidos de la vida religiosa en el Japón. Mientras el pueblo profesa el culto budhista y el de Confucio, el shintoísmo continúa imperando en la corte; ¡extraña religión, sin dogmas ni moral doctrinaria! Cuando el budhismo hizo su entrada triunfal en el Japón, respetó al shintoísmo, que permaneció siendo la religión privilegiada de la corte y de una mínima parte de la población.

El pueblo no ha salvado del diluvio del shintoísmo más que la creencia en el origen divino de sus mikados. Las dos religiones viven en paz, estando ambas impregnadas de una especie de indiferencia filosófica y de un amable escepticismo respecto á sus dioses, y sobre todo á sus representantes sacerdotales en la tierra.

Hubo un tiempo en que la religión cristiana tenía muchos prosélitos en el Japón.

Según los letrados japoneses, desde 1549, año en que se comenzó á predicar el catolicismo en el Japón, hasta 1650, llegáronse á reclutar cerca de un millón de neófitos. Con el tiempo, y por motivos que la falta de espacio me impide desarrollar, el número de católicos, siempre en diminución, ha bajado á la módica cifra de 35.000. También hay unos 30.000 protestantes y 18.000 ortodoxos.

Ya no se oye hablar de conversiones, excepto quizá en el campo protestante, donde los misioneros reciben 100 dollars (500 pesetas) por cada converso. Ciertos japoneses, deseosos de partir con los misioneros esa pequeña cantidad, se hacen inscribir como convertidos al culto de sus... bienhechores. La conversión nace allí más bien en el terreno de la completa indiferencia religiosa que en el de la fe. En vista de ese caracterizado indiferentismo, sería difícil predecir buen éxito en la propaganda á ninguna de las doctrinas cristianas que allí envían numerosos misioneros.

Hasta acaba de realizarse un hecho más extraño. Ciertos

europeos, halagados, por la tolerancia filosófica del shintoísmo y la falta de dogmas, lo abrazan de una manera solemne. Pero tal es la impasibilidad de los japoneses desde este punto de vista, que en ello no encuentran materia para glorificar á su religión ni á su país. El día menos pensado, un emperador que renuncie á su origen divino puede decretar la conversión en masa de su pueblo al cristianismo; quien ganaría de pronto cuarenta millones de conversos, sin ganar, no obstante, ni una millarada de creyentes...

DR. G. DE BAZEMONT.

Traducido de la *Revue des Revues*, por el
LDO. PERO PÉREZ.

OBRAS NUEVAS

Amunátegui Reyes (M. L.)—Al través del diccionario y la gramática. En 4.° menor, 336 páginas: 5,50 pesetas.

Angulo Laguna (D.)—Estudios sobre la condición jurídica de los hijos ilegítimos según los principios y el Código civil vigente. En 4.°, XIV-154 páginas: 2,50 pesetas.

Araujo Sánchez (Z.)—Goya, Estudio biográfico y crítico. En 4.°, 140 páginas y retrato de Goya: 3 pesetas.

Arniches (C.) y Lucio (C.)—Tabardillo; zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, en prosa, original. En 8.°, 45 páginas: 1 peseta.

Boado y Castro (J.)—Cartilla del fusil Maüser español, modelo 1893, para uso del soldado. En 8.°, 36 páginas con grabados en el texto y una lámina: 0,60 pesetas.

Cabezas de Herrera (J.)—El gran ladrón. Apuntes para la historia. En 8.°, 219 páginas: 2 pesetas.

Obras de Gutierre de Cetina, con introducción y notas del doctor D. Joaquín Hazañas y La Rua, 2 tomos. En 4.°, XCIV-312 y 344 páginas: 8 pesetas.

Códigos militares para el ejército y armada de la República Argentina. Con una introducción por el Dr. Osvaldo Magnasco.—I. Organización y competencia de los tribunales.—II. Código de procedimientos.—III. Código penal. En 4.°, LXXX-263 páginas: 10 pesetas.

Colección de documentos históricos del archivo municipal de San Sebastián. Años 1200 á 1813. En 4.° mayor, 324 páginas y dos hojas de índice: 10 pesetas.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipó. 1518 á 1818. Colectados y publicados por J. T. Medina. Tomo VI. Almagro y sus compañeros. En 4.° mayor, 4 hojas, 428 páginas y 2 hojas de índice.

Consejos prácticos necesarios sobre la salud y la profesión, para los oficiales del ejército y clase de tropa, en la actual campaña de Cuba, por un antiguo oficial que ha servido en América. Se incluyen instrucciones generales sobre la esgrima del fusil contra el machete. En 8.° menor, 24 páginas: 0,25 pesetas.

Chicote (E.), Manini (J.) y Leira (A.)—Se suplica la asistencia, revista en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros. En 8.°, 36 páginas: 1 peseta.

D'Ayet (M. L.)—La Iberiada; poema en prosa, original. Canto IV. Andalucía, primera parte. Córdoba. En 4.°, 0,50 pesetas.

Díaz Cassou (P.)—Literatura popu-

lar murciana. La Literatura panocha. Leyendas, cuentos, perolatas y soflamas de la Huerta de Murcia, y causa formá al Emperaor de la morisma. En 8.°, 111 páginas.—No se ha puesto á la venta.

Ferrer Bittini (B.)—Las Flores de Mayo ó puede el baile continuar; sainete lírico en un acto y en prosa, original. En 8.°, 29 páginas: 1 peseta.

García Lago (J.)—Memorias de un esclavo. En 8.°, 99 páginas.

Gil Alvaro (A.)—Heroísmos y bizarrias de los regimientos de infantería del Rey, Asturias, León y Canarias. En 8.°, 32 páginas: 0,25 peseta.

Henao (G. de).—Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria, enderezadas principalmente, á descubrir las de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava. En 4.°, 395 páginas. En tela plancha dorada: 5 pesetas.

Jackson Veyán (V.)—Gustos que merecen palos; juguete cómico-lírico en un acto. En 8.°, 33 páginas: 1 peseta.

Idem.—El Carnaval del amor; extravagancia cómico-lírica en un acto y en verso. En 8.°, 36 páginas: 1 peseta.

Jurisprudencia referente al Código civil, glosada, concordada y seguida de cuatro índices para su más fácil consulta, por V. A. M., 2 tomos. En 4.°, VII-582 y VII-712 páginas: 13 pesetas.

Larra (L. de) y Gullón (M.)—La Menegilda; juguete lírico en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original. En 8.°, 41 páginas: 1 peseta.

Laveleye (E.)—Economía política. En 4.°, 316 páginas: 7 pesetas.—Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.

López (E.)—Oftalmología clínica. Estadística de mil enfermos. En 4.°, XV-471 páginas: 5 pesetas.

López Silva (J.)—Migajas. En 12.°, 176 páginas y retrato del autor: 0,50 pesetas.

Madrid á la vista: Guía general ilustrada con fotograbados y plano de la población. En 8.°, 167 páginas. En tela: 2,50 pesetas.

Manual del abogado y del funcionario. En 8.°, 607 páginas. En tela: 4 pesetas.

Marín (D.)—La Suiza andaluza; crónica de una excursión á la Sierra Nevada. En 8.° menor, 52 páginas: 1 peseta.

Márquez Vaquero (F.)—Estudios prácticos sobre todo lo concerniente á la perdiz-reclamo. En 8.° menor, 62 páginas: 0,75 pesetas.

Morales y Alonso (J. P.)—Instituciones de derecho canónico. En 4.°, 2 tomos, 808 y 839 páginas: 30 pesetas.

Muñiz de Quevedo (J.)—Los Problemas militares. En 8.°, 48 páginas y retrato del autor: 1 peseta.

Muñoz Hermosilla (J. M.)—La Enseñanza de la lengua materna. En 4.°, 416-VIII páginas: 7 pesetas en Madrid.

Olmedilla y Puig (J.)—Sucinta noticia histórica del café. En 8.°, 32 páginas: 0.25 pesetas.

Pérez y González (F.)—Mujer y ruina; memo-drama de magia en un acto y ocho cuadros (casi un museo), parodia. En 8.°, 48 páginas: 1 peseta.

Pérez Pastor (C.)—La Imprenta en Medina del Campo. En 4.° mayor. XII-529 páginas con grabados de escudos de impresores: 8 pesetas.

Pi y Margall (F.)—Trabajos sueltos. En 12.°, 192 páginas; 0,50 pesetas.

Pondal (E.)—A campana d'aullons. En 8.°, 34 páginas: 1 peseta.

Presupuestos generales del Estado para el año económico de 1895-96. En folio, XLVIII-884 páginas.

Prieto (E.) y Díaz (P.)—La Petenera; apropósito cómico-lírico en un acto y un prólogo, en prosa y verso. En 8.°, 36 páginas: 1 peseta.

Quadrado (J. M.)—Forenses y ciudadanos. Historia de las disensiones civiles de Mallorca en el siglo XV. En 4.°, 418 páginas, tela: 5 pesetas.

Retana (W. E.)—Archivo del bibliófilo filipino. Recopilación de documentos históricos, científicos,

literarios y políticos y estudios bibliográficos. Tomo I. En 8.°, XL-458 páginas, en once tratados con varias numeraciones: 4 ptas.

Romea (J.)—La Hija del barba; juguete cómico, en dos actos y en prosa. En 8.°, 55 páginas: 1,50 pesetas.

Sales y Ferré (M.)—Tratado de sociología, evolución social y política. Segunda parte, tomo II. El Patriarcado y La Ciudad. En 4.°, 495 páginas: 7 pesetas.

Sánchez Conesa (J.)—Cuadro cronológico de la historia de España. En 8.° menor, 40 páginas: 0,50 pesetas.

Sánchez Gadeo (J.)—La Riqueza agrícola y pecuaria en España. En 4.°, 114 páginas: 2,50 pesetas.

Simonet (F. J.)—Influencia del elemento indígena en la cultura de los moros del reino de Granada. En 8.°, 90 páginas.

Zaldívar (J.)—El Hijo del mar; drama lírico en tres actos y cinco cuadros, en verso. En 8.°, 70 páginas: 2 pesetas.

PERSONAJES ILUSTRES

1.—*Jorge Sand*, por Zola, una peseta.
2.—*Víctor Hugo*, por ídem, una peseta.
3.—*Balzac*, por íd., una peseta.
4.—*Alfonso Daudet*, por íd., una peseta.
5.—*Sardou*, por íd., una peseta.
6.—*Dumas* (hijo), por íd., una peseta.
7.—*G. Flaubert*, por íd., una peseta.
8.—*Chateaubriand*, por íd., una peseta.
9.—*Goncourt*, por ídem, una peseta.
10.—*Musset*, por íd., una peseta.
11.—*El P. Coloma*, por E. P. Bazán, dos.
12.—*Núñez de Arce*, por M. M. y Pelayo, una
13.—*Ventura de la Vega*, por J. Valera, íd.
14.—*Teófilo Gautier*, por Zola, una peseta.
15.—*J. E. Hartzenbusch*, por A. F. Guerra, íd.
16.—*Cánovas*, por Campoamor, íd.
17.—*Alarcón*, por E. P. Bazán, íd.
18.—*Zorrilla*, por I. Fernández Flórez, íd.
19.—*Sthendal*, por Zola, una peseta.
20.—*M. de la Rosa*, por M. M. y Pelayo, íd.
21.—*Ayala*, por J. O. Picón, íd.
22.—*Tamayo*, por F. Fernández Flórez, íd.
23.—*Trueba*, por R. Becerro de Bengoa, íd.
24.—*Lord Macaulay*, por Gladstone, íd.
25.—*Sainte Beuve*, por Zola, una peseta.
26.—*Concepción Arenal*, por Pedro Dorado, íd.
27.—*Heine*, por T. Gautier, íd.
28.—*Ibsen*, por L. Pasarge, íd.
29.—*Taine*, por Bourget, 50 cénts.
30.—*Bretón*, por el M. de Molins, una peseta.
31.—*Campoamor*, por E. Pardo Bazán, íd.
32.—*Fernán-Caballero*, por José M. Asensio.
33.—*Emilio Zola*, por Maupassant y Alexis.
34.—*Mouton (Merinos)*, por G. Bergeret.

NOVELAS Y CAPRICHOS

Precioso libro que contiene los siguientes

ARTÍCULOS

Sopas de ajo (cuento), por el *Doctor Thebussem.*—El collar de perlas (cuadro árabe), por *Manuel del Palacio.*—Virtudes premiadas (novela), por *J. Octavio Picón.*—El periodo de la ilusión (poema), por *Ramón de Campoamor.*—El mechón blanco (cuento), por *Emilia Pardo Bazán.*—Tisis poética (leyenda), por *José Zorrilla.*—Chucho (agua fuerte), por *A. Palacio Valdés.*—La risa del payaso (cuento), por *Emilio Ferrari.*—El novenario de ánimas (cuento), por *Narciso Oller.*—Placidez (cuento) por *Eugenio Sellés.*—La condesa de Palenzuela (cuento), por *Antonio de Valbuena.*

Contiene más de 200 grabados, y es el libro más bonito é interesante que ha visto la luz en España.

Precio: **Tres pesetas.**

EL DOCTOR PASCUAL

POR

EMILIO ZOLA

Preciosa edición muy bien traducida. Dos tomos, **seis pesetas.**

España moderna

AÑO VII NÚM. LXXXIII

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

NOVIEMBRE 1895

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.386.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

UN LADRILLAZO

(HISTORIA INCREÍBLE)

I

.....¡Cuándo te olvidaré, mi querido valle de Aramayona! ¿No eres tú, además de la tierra de mis antepasados, el centro donde se unen las tres comarcas de la vieja raza de la montaña? ¿No he aprendido yo en tus caseríos, al pie de Larrazábal, de Amboto y de Udala, las tradiciones que cuento á mis amigos? Siempre serás para mí rico manantial de recuerdos y sentimientos; ya me ofrezcas el imponente espectáculo del invierno helado, cuán desde Echagüe hasta Ibarra brillante manto de nieve cubre los pliegues de tu suelo; ya ostentes tu vegetación florida, y vivas, lleno de paz y de alegría, por San Martín de Julio, en las patriarcales fiestas de tus anteiglesias, alzadas entre los riscos y las pendientes como nidos de amores, rodeadas de verdes y olorosas macetas; ya escuche en el valle la rústica armonía que forman el cántico de las labradoras en las heredades, el de las jovenes que vuelven de la fuente, ó el de las que acuden al baile de la plaza por las tortuosas sendas y escaleras de piedra de las montañas, coreada por los gritos de los pastores en el cercano bosque, por el repique de las campanas de tus diminutos barrios,

y por el agudo y melancólico chirrido de las carretas que bajan de Aranguio; ó ya me encuentre en la alta y escondida chabola, donde, en acecho, y al amor de la lumbre esperan los cazadores al jabalí fugitivo; ó en los portales de tu popular concejo; ó en las perdidas ruinas de Zalgo ó de Turrión; ó bajo el ancho portegal de tus ermitas, ó en las perfumadas huertas de la honda y sinuosa ribera del río. No te olvidaré, dondequiera que me halle, mientras tenga el ánimo sereno, y mientras pueda traer á mi memoria tus patriarcales costumbres, la sencilla honradez de tus hijos, tus fuentes de hierro y tus corazónes de oro, tus arroyos, cuyo suelo es de negro y resbaladizo lápiz, y tus cavernas cuajadas de calcáreas brillantes y de caprichosas maravillas, tu alegre mundo cortesano de la calle, y sobre todo tu alto barrio de Arriola, amoroso rinconcillo, donde los cerezos y los manzanos sombrearon la cuna de mi madre. Siempre serás para mí rico caudal de sentimiento, en cuya fresca y placentera corriente he de templar la fiebre que los fantásticos pesares han encendido en mi desocupada imaginación....

Aquí llegaba hilvanando tales fantasías, apoyado en el antepecho de una ventana del caserío de Bolinchu, cuando los últimos resplandores del crepúsculo se apagaron insensiblemente. Recogí mis cuartillas, púseme el sombrero y tomé la senda, que bajo una bóveda de viejos y frondosos nogales une aquella vivienda con la hermosa casa de Alcorta.

Desde ella al establecimiento de baños de Santa Agueda, ya fuera y lejos del valle, hay tan sólo algunos centenares de metros de distancia. La noche se presentaba tibia y serena; brillaban con intensidad las estrellas en la estrecha porción de cielo que desde aquella garganta se descubre, y entonaban los insectos en los matorrales una de esas sinfonías nocturnas, que sólo se escuchan cuando la naturaleza está en la plenitud de la vida.

En la plazoleta delantera de la casa de Alcorta había una animada tertulia, compuesta de veinte á treinta bañistas. Ni-

ñas hermosas, alegres jóvenes, viejos marrulleros, afectuosas damas, empaquetados prohombres y sosegadas mamás componían aquel grupo, estableciendo allí el ordinario término y descanso de un paseo constantemente favorecido, y que en los días plácidos se formaba desde el pintoresco vallecito de Santa Agueda, punto balneario entonces el más concurrido, acreditado y lleno de incomparables recuerdos de toda aquella comarca.

Era y es, el dueño de la casa Pablo de Alcorta, hombre maduro, de agradable y claro ingenio y de una amabilidad sin límites. Propietario rico, vive en aquel pacífico lugar, acompañado de sus once hijos. Tanta familia, y la extensa labranza que dirige, le obligan á ir aumentando de día en día los departamentos de su vivienda, cuya ocupación le tiene convertido casi todo el año en un hábil arquitecto á su manera. En los días del verano á que se refiere esta historia, se entretenía en alzar un gran pabellón con cuatro habitaciones, sobre los amplios locales destinados á recoger y conservar cereales y frutas.

Al llegar, le encontré sentado sobre un montón de ladrillos, con su eterna pipa en la boca, y en entretenida conversación con dos bañistas, ex ministros por cierto. Saludé á la generalidad, distribuida en varios corrillos sobre los asientos, formados por gruesos troncos de roble, y tomé á mi vez asiento al lado de Alcorta.

—¿Cómo van las obras?—le dije.

—Tan admirablemente como su mal humor—contestó uno de los que le acompañaban.

—Pues ¿qué le ocurre de malo á nuestro amigo, cuyo genio es de sobra pacífico y jovial?

—Se empeña el diablo en echar por tierra todos sus cálculos.

—Sí; el diablo debe ser—contestó Alcorta;—pues sólo á él puede ocurrírsele el inspirar ciertos propósitos.

—¿De qué se trata, amigo Pablo?

—¡De nada, hombre, de nada!, porque ni siquiera quiero recordarlo.

—Se le escapa de entre las manos la fortuna de sus hijos, —dijo el hombre político.

—No lo entiendo,—añadí.

—Pues nada más sencillo—repuso Alcorta;—V. sabe de sobra, que yo con mi caudal puedo tener la esperanza de ir colocando medianamente, nada más que medianamente, á mis hijos.¡ Once, son muchos, muchos hijos, amigo mío!; hasta hoy, sin embargo, consolábame la idea de que mi hermano, el señor indiano Martín de Alcorta, vecino y capitalista de Sevilla, soltero y hombre de juicio, me legaría su cuantiosa fortuna el día en que cerrara el ojo, que no será tarde, porque, achacoso y trabajado, frisa ya en los sesenta y nueve. En ese entender estábamos todos, y así me lo había casi indicado en las repetidas ocasiones en que hemos tenido el gusto de verle por aquí.

El me ayuda mucho, es cierto; sin sus auxilios no hubiera yo podido hacer la mitad de lo que llevo hecho; pero es cierto también que con las nuevas ínfulas de esta casa han crecido sus necesidades; que mis chicos ya no piensan en ser labradores, sino señoritos como los que vienen á Santa Agueda; que mis chicas visten á lo madrileño, y esperan encontrar un novio que por lo menos llegue á ser lo que estos dos amigos han sido. No me parecen del todo mal estas aspiraciones, pues el querer ser más y más cada día, noble ambición es, que si se templa y refrena dignamente con un poco de sentido común, puede llevar á las personas á muy distinguida posición. Pero Pablo de Alcorta, con lo suyo nada más, no podrá satisfacer los deseos de su familia. Para que ésta tenga un buen porvenir, es preciso que el tío Martín nos legue su fortuna. ¡Qué casa no guarda entre sus ilusiones una esperanza para el dia de mañana! Ahora bien, calcule V. amigo mío, cual no será mi desconsuelo al saber, por una carta de mi hermano que, enamorado, ó emperrado diría mejor, por una andaluza gracio-

sa, de diez y nueve años, que parece que le ha hecho perder el juicio con su hermosura y con su palique, amén de alguna otra gracia que tiene, como la de ser sobrina, prima, ó cosa así, de unos marqueses tronados, de los que ha de heredar la corona y el trueno, me anuncia, que «tal vez, allá para los primeros meses de invierno, tomará estado, casándose con ella.» Y como á modo de burla, añade en su epístola que su propia conveniencia, su deseo de vivir felizmente los pocos años que le quedan, y el consejo de los médicos, le impelen y obligan á contraer ese matrimonio, cuyos resultados maravillosos me pondera, sosteniendo que está perdido de amores, loco como un niño, feliz como un bienaventurado, y que la chica en cuestión es el ángel más divino, ¡lástima de tabardillo!, que Dios ha criado, desde que el mundo es mundo. Ese «tal vez» es para mí un hecho tan seguro como el que ahora es de noche; de modo que contemplo sin remedio perdidas mis esperanzas, y todas las ilusiones de mi familia. La andaluza le dará en pocos años media docena de salerosos pimpollitos, y ¡adiós, Aramayona!; mis hijos tendrán que segar maíces en esta cañada y mis hijas irán á vender leche y gallinas á Mondragón y á Vergara. ¡Así se lleve el demonio á Martín y á su ángel y á los marqueses, y con ellos á mí, porque no puedo con la desesperación que el petardo me produce!

Los ex ministros reían estrepitosamente; mientras yo miraba con extrañeza á Alcorta, al que jamás había visto tan fuera de sí, dado su carácter naturalote y bonachón.

—¿Y por qué no le escribe V., hablándole al alma, para que desista?

—Lo he hecho ya; pero dudo que mi carta produzca ese resultado.

—¿Por qué?

—Porque le he llamado en ella todas las perrerías que un hombre sulfurado le puede decir á otro.

—¿Qué le ha dicho V.?

—Todo lo que hay que decir, todo; desde sátiro lujurioso,

hasta manso consumado; todo se lo he espetado á renglón corrido.

—Pues, efectivamente, creo que lo ha echado V. á perder, porque ese es el peor camino que podía V. haber seguido. ¿Quién le ha aconsejado á V.?

—Nadie, porque recibir su carta, y volcar con el tintero toda la hiel en la mía, fué obra de un momento.

—¿Lo sabe la familia?

—Por completo; ¡calle V., hombre; si no se lo digo, reviento como una granada! Estoy en brasas; y de seguro que allá en su habitación están mis dos mocitas mayores llorando á moco tendido.

—No hay motivo para apurarse; desde aquí al invierno podía aún intentarse algo...

—¿Cómo?

—Marchándose V. á Sevilla; hablándole cara á cara, pintándole con vivos colores la trascendencia de su calaverada, trayéndoselo por aquí, y...

—¡Bah, bah!; V. no sabe lo que es un viejo enamorado. Es más fácil arrancar á un lobo el corderillo que se lleva por el monte arriba, que al corazón de un viejo la locura que hacen germinar en su corazón los encantos de una guapa chica. Y además, si yo fuera á Sevilla, es posible que hiciera con él alguna barrabasada.

—Muy enfurecido le veo á V...

—No lo sabe V. bien; y crea V.—añadió levantándose y cogiendo uno de los grandes ladrillos que había á su lado—que si pudiera, ahora mismo, darle con este ladrillo en la cabeza, lo lanzaría en aquella dirección sin remordimiento alguno.

—¡Bravo!—repuse:—¡así me gustan los hombres! ¡No le vendría mal un ladrillazo en el cogote al achacoso Cupido, porque de seguro que con el chichón se le alteraba la sesera occipital, y el amor sufría un espasmo favorable á sus proyectos de V.!

—¡Oh, si como está á más de cien leguas, estuviera á menos de diez pasos, yo les aseguro á Vds., que no se iba sin él!

—¡Cálmese V., Alcorta; prepare V. su viajecito; tome V. el tren en Vitoria y en un par de días le pone V. sitio; le convence V., le trae al valle, y le casa con cualquiera de sus hijas, con María Paula ó con Ascensión...

—De ningún modo; yo no quiero rebajarme; y si mis cartas no le convencen, allá se las componga. Mis hijos no serán ricos, pero los suyos serán hijos de un...

—¡Ave María purísima!—exclamó uno de los políticos—este hombre va á perder la cabeza sin remedio. Vamos, Alcorta, cambiemos de conversación, que ya lo pensará V. más sosegadamente, en cuanto se le pase la furia fraternal, y entonces nos entenderemos.

El casero refunfuñó por lo bajo, volvió á llenar la pipa, y nos unimos los cuatro á otro de los corros, en el que un brigadier andaluz estaba contando un centenar de cuentos verdes, que hacían las delicias de la tertulia. A pocos pasos de allí, los pollos, sentados debajo de un colosal castaño, plantado en tiempo de D. Rodrigo, entonaban el coro de una nueva zarzuela bufa.

A las diez y media de la noche los bañistas tomaron el camino del establecimiento y yo el de mi caserío de Bolinchu.

II

No pude volver á Alcorta hasta siete días después. Llegué al anochecer, cuando las alegres y aristócráticas gentes de Santa Agueda subían por el sendero de los robles y de los manzanos hacia la plazoleta del caserío. Pablo de Alcorta fumaba, sentado delante de la puerta; María Paula y Ascensión, cosían ó bordaban á su lado, aprovechando la última luz de la tarde;

y los albañiles, al recoger sus herramientas, dejaban bastante adelantadas las filas de ladrillos del cuerpo superior de las nuevas obras.

—¿Qué noticias hay del tío Martín?—grité al divisar á mis amigos.

—Muy malas, amigo—contestó la bonita María Paula, mi compañera de baile en los *zortcicos* de Aramayona.

—¿Insiste?

—Insiste; ¡no nos ha jugado mala partida esa señorita andaluza!

—¡La señorita Lola Consuelo de la Barranca, sobrina de los marqueses de Palmas Gallardas!—añadió Ascensión con guasona ironía.

—¡Olé!; ¡que sea enhorabuena—contesté yo;—que sea enhorabuena!; ¡ya que vais á tener una tía de tantos ringorrangos y cascabeles!

—No tenga V. ganas de conversación—dijo tristemente Alcorta.

—¿Qué te parece del mal genio que ha echado mi padre?—añadió Ascensión.

—¡Oh, está insufrible! Créanos, que no le conocemos de ocho días á esta parte—dijo María Paula.

—Me parece muy mal—contesté;—porque yo, en su lugar, estaría muy satisfecho al tener un hermano marqués y dueño del corazón de un ángel como ese. ¡Vuestro padre está consumido por la envidia!

Las chicas se reían estrepitosamente. Pablo, desocupando el fondo de su pipa, dándose con ella sobre la uña del pulgar izquierdo, y moviendo tristemente su cabeza al mismo tiempo, contestó:

—¡Qué bromista es V., vecino! ¡Cómo se conoce que tiene V. veinticinco años y que le importa á V. un comino el porvenir. ¡Ah, si le rodearan dos señoritas presuntuosas como éstas, y otras tres más diminutas, pero tan almibaradas como ellas, y tres mocitos matriculados en Vergara y en Vallado-

lid, y otros tres rompiendo botines y pantalones por entre las zarzas y los castaños!...

—¿Y para qué quiere V. más riqueza que la de reunir tanta gente?

—¡Vaya V. al diablo, señor vecino!

—Pero, en fin, sepamos; ¿ha tenido V. noticias recientes de Martín?

—Ayer mismo.

—¿Y qué dice?

—Contesta á mi epístola feroz, diciéndome que soy un simple y un cándido... que no entiendo una palabra de lo que pasa en el mundo; que en estas montañas vivimos en estado primitivo, y que es tan preciosa y tan encantadora la señorita Lola... que... ¡vamos! dispénseme V. si le suplico que no vuelva á hablarme de semejante asunto, pesadilla eterna de mi vida, gusano infame que me está corroyendo el corazón, y fiero castigo de mi honradez y de mi cándida buena fe, efectivamente; porque, yo creí siempre que mi hermano, con haber corrido tanto por el mundo, habría madurado su juicio, sería un buen viejo y nos prestaría su poderosa ayuda en la vejez, sin que se me pasara nunca por las mientes el que, engolosinado con los encantos de alguna desharrapada y corrida finge-suspiros, de esas que tienen miel en los ojos y veneno en el alma, cayera en los profundos abismos de una pasión ridícula, que acelerará su muerte, pondrá en ridículo su nombre, disipará su fortuna y traerá sobre nosotros todo género de calamidades. ¡Un viejo enamorado!... ¡Oh, lo que trae consigo la holgazanería! ¡Ya le daría yo un puesto aquí entre los viejos de Vizcaya y de Aramayona, para que, educado en el trabajo constante y en la fortaleza, estuviera á sus setenta años tan distraído y tan preocupado con la labranza, que en el valle y en el monte, en el concejo y en la era, en la iglesia y en la cocina, trabajando y descansando, no viniera la pícara concupiscencia á sacarle de sus casillas, sino que, al dar ejemplo con su actividad y con sus canas, fuera res-

petado y querido de toda su familia y de toda la barriada. Pero él, capitalista, semibanquero, seminegociante, seminada; él, viejo pachá de tres colas, se ha dejado arrullar por esa mosca muerta carnívora y venenosa, y... ¡adiós vejez!, ¡adiós canas, formalidad y ejemplo! ¡Vamos... iba á decir una barbaridad, señores; iba á decir que la historia de todas las desventuras humanas está simbolizada en el amor corrosivo, demoledor, liviano y salvaje, sí, señores, salvaje, de ese engendro monstruoso de la naturaleza que se llama la mujer.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Mueran las mujeres!—exclamaron los oyentes.—¡Guerra á las faldas!

—¡Fuera con él! ¡Que calle ese energúmeno! ¡Arañémosle! ¡Abajo los hombres! ¡Abajo el sexo horrible!—respondieron ellas.

Tales exclamaciones, confundidas y repetidas muchas veces por un grupo de cuarenta bañistas, sucedieron al discurso de Alcorta.

—¡Insisto en lo que he dicho, señores y... señoras!—añadió Pablo.

—¡Bravo! ¡Admirable! Amigo Alcorta, ¡bravo!—contestaron aquéllos.

—¡Colguémosle de un castaño! ¡Pícaro! ¡Mal padre! ¡Mal amigo! ¡Petrolero! ¡Naturalista! ¡Monstruo!—repitieron las señoras.

—La indignación de nuestro amigo es muy justa, señores —exclamó uno de los bañistas;—una mujer, un bandido con faldas, viene hoy solapadamente á introducirse en el corazón de su hermano para cargar con el santo y la limosna. Sus ilusiones mueren, y la fortuna le deja con un palmo de narices.

—¡Bien dicho!—contestó Alcorta.

—Y á una carta contundente de Pablo—añadí yo—contesta su hermano con una réplica pulverizante. Ha perdido toda esperanza. ¡Se hundió!

—Aseguran—dijo otro—que está V. fuera de sí hace días.

—El caso no es para menos, amigo mío.

—Tan fuera de sí—dije yo—que la tarde pasada quería nada menos que asestar un ladrillazo á su hermano, para abrirle la cabeza como se abre una calabaza.

—Y hoy lo repito—repuso Alcorta.

—¡Cómo!—preguntó una señora.—¿Sería V. capaz de intentar el asesinato de su hermano?

—El asesinato, no, señora; que yo no soy hombre de esos tratos, ni mucho menos; pero lo que es darle un buen susto para que volviera en sí de ese enamoramiento estúpido, eso desde luego.

—Es decir, que si le hallara V. á mano, le calentaría V. las costillas, ¿eh?

—No, señora, ni siquiera eso; pero creáme V. que, cuando me doy á pensar en la mala jugarreta que nos ha hecho; cuando se me sube la sangre á la cabeza, cuando comprendo lo ciego que está, de buena gana le tiraría con el primer objeto que encuentro delante. El día pasado le decía á mi vecino que más de cuatro veces he cogido un ladrillo de esos que hay al pie de la obra, y que, fuera de mí, he amenazado, yo no sé si al cielo ó á la tierra, pero con intención, si pudiera ser, de dar con él en la cabeza á Martín.

—¿Y por qué no lo hace V.?—exclamé.

—Porque no puedo: porque de aquí á Sevilla hay muchas leguas, y yo con el ladrillo sólo alcanzaría á pocos pasos.

—Está V. en un error, amigo; yo le aseguro á V. que el ladrillo, no solamente llegará á Sevilla, sino que parará en la cabeza de su hermano.

—¡Siempre de broma este hombre!—contestó el casero.

—No es broma, Pablo; no es broma, señores; hoy la ciencia ha adelantado mucho, y el *último invento* que acabo de leer en una revista científica inglesa, es el relativo á la posibilidad de enviar los proyectiles, con cualquiera fuerza, pequeña ó grande, á la distancia que se desee.

Los circunstantes soltaron en coro una estrepitosa carcajada.

—¡A la prueba, señores, á la prueba!—añadí.

—¿A la prueba de qué?—dijo el brigadier andaluz narrador de cuentos.

—A la prueba de que si Pablo tira ese ladrillo en Alcorta, dará con él á su hermano en Sevilla—contesté.

Nueva carcajada general.

—Este chico—dijo Pablo—ha tenido siempre síntomas de chifladura.

—¡Protesto, y propongo la prueba! ¿Quiere V., en uso de su furor antifraternal, pegar el ladrillazo á su hermano?

—Sí, señor, pero eso no puede ser.

—¿V. qué sabe, ni estos señores tampoco?...

—¿Va de broma?—preguntó un bañista.

—Va de veras—contesté.—El vulgo ignorante no conoce los secretos y los adelantos científicos.

—La ciencia no hace imposibles—me contestaron.

—Es verdad; pero este caso no es imposible.

—¡Cómo! ¿Conque no es imposible llegar desde Santa Agueda á Sevilla de un ladrillazo?

—No, señores, no; la posibilidad la ha dado el último invento de la mecánica.

—Se me figura—añadió un señor gordo y empacado—que V. ni sabe lo que es mecánica, ni ha saludado las ciencias, ni entiende lo que nos está diciendo.

—¡Gracias, señor elefante!—exclamé.

Las carcajadas continuaron. El señor gordo me cogió por la solapa de mi cazadora, y con voz de trueno, poniendo sus narices casi en contacto con las mías, me dijo:

—¡Caballerito, á mí no me insulta nadie; Alcorta tiene razón; V. ha perdido la chaveta!

—¡Caballerote—repuse yo, ahuecando la voz.—Alcorta y V. padecen chifladura absoluta; y la mejor manera de demostrarlo es hacer ahora mismo una apuesta formal.

—¡Que se apueste, que se apueste! ¡ánimo!—voceó el concurso.

—Sí, señor, apostaré todo lo que Vds. quieran—contestó el gordo.

—Apuesto, señores—dije en voz alta—apuesto una gran comida de campo, para todos los presentes, á que si Pablo de Alcorta tira el ladrillo en dirección á Sevilla, llega á la cabeza de su hermano en breve tiempo.

—Aceptado; ¡á que no llega!—contestó mi enemigo.

—Apuesto otro tanto, otra comida en esta casa—dijo Alcorta.

—Acepto—añadí;—acepto, bajo palabra de honor; sean testigos todos estos caballeros.

—¡Queda hecha la apuesta!—exclamaron en coro y aplaudiendo.

Los concurrentes me miraban de un modo particular; así como se mira á un ente raro, que ha perdido el juicio.

—¿Cuándo se hace la experiencia?—preguntó uno.

—Cuando Vds. quieran—contesté.

—Venga un ladrillo—añadió Alcorta.

Yo me dirigí al montón, cogí uno de medio pie de ancho por uno de largo, y dije:

—Para que no haya duda, el Sr. Alcorta escribirá en la parte lisa del ladrillo su nombre ó un renglón cualquiera.

—¡Bueno, bueno! venga el ladrillo; María Paula baja el tintero; vamos á ver el último invento, caballeros!

La joven entró en la casa y trajo un gran tintero con varias plumas. La noche había cerrado, y á la tenue claridad de la luna no se podía escribir. Encendimos varios fósforos, en derredor de Alcorta, y en medio de aquel animado grupo, el casero, volviéndose al auditorio, exclamó:

—¿Qué pongo?

—Lo que V. quiera—contestaron.

—Hombre, una inscripción alusiva á las intenciones de V. —contesté.—¿No tiene por objeto el ladrillazo impedir la boda de Martín?

—Sí, señor.

—Pues bien; escriba V.: «Martín, no te cases.»

—Tiene V. razón: *Martín, no te cases*—dijo Pablo, escribiendo con algún trabajo en la superficie lisa del ladrillo.

—Ahora á tirarlo—añadí.

—¿Hacia dónde?

—Vámonos á ese repecho de la plazuela que da sobre la cañada.

Los bañistas aplaudiendo y riendo me siguieron. Cuando llegamos, repitió Pablo, levantando el ladrillo en lo alto:

—¿Hacia dónde lo tiro?

—Hacia allí—contesté, señalando un claro del cielo sobre la arboleda que baja al río;—hacia el Sur, un tanto inclinado al Poniente; arrójelo V. con rabia, como si á diez pasos estuvieran Martín y su novia haciéndose el amor.

Pablo soltó una carcajada y tiró el ladrillo en medio de un ¡bravo! general. El hombre gordo, después de frotarse las manos de gusto, me dió una palmadita en la espalda diciendo:

—¡Buen par de días de campo nos va V. á pagar, amiguito!

—¡Allá lo veremos!

—Y ¿hasta cuándo concedemos el plazo para saber el resultado del ladrillazo?—preguntó una joven con marcada ironía.

—Hasta el día del juicio por la tarde—añadió el gordo.

—¿Qué día es hoy?—pregunté.

—Viernes.

—Viernes, pues bien; el martes ó miércoles sabremos quién paga la apuesta.

—Mucho tarda el proyectil en recorrer esa distancia—dijo otro bañista en tono de burla.

—No es el proyectil el que tarda—contesté;—sino la noticia de que ha llegado, será lo que emplee ese tiempo en venir desde Sevilla.

—Y el ladrillo ¿cuándo llegará?

—¿Qué hora es?—pregunté.

—Las nueve menos cuarto.

—Pues ha llegado ya; ¡Martín ha recibido el ladrillazo!—contesté con impasible calma.

—¡Lástima de chico!—añadió Alcorta.

—¡Vaya, señores; no se hable más de esto! Suplico que no volvamos á tratar de la cuestión hasta que vengan las pruebas. Yo, para mayor seguridad de que no intervengo en el asunto, de que á nadie escribo y de que á nadie hablo una palabra, me voy á pasar con Vds. estos cuatro ó cinco días al establecimiento. Renuncio á volver á mi casa en ese tiempo; renuncio á escribir ni una sola carta; que se me pongan testigos de vista.

Indudablemente todos los concurrentes, al sonreirse desdeñosamente y mirarme con cierta curiosidad, demostraban la compasión que les merecía. Me instalé en Santa Agueda, y continué en mi empeño de asegurar que el *último invento* me dejaría en el lugar honroso en que debía quedar un hombre tan serio y tan entendido como yo.

III

Al día siguiente de la apuesta, y muy de mañana, cuando la concurrencia de bañistas era grande en torno á la fuente del agua sulfurosa, noté que al presentarme y saludar, se miraron unos á otros los madrugadores, y que irónicamente se hacían señas de broma para ellos, y así como de desprecio para mí.

Decidido, como estaba yo, á dejar que el tiempo me diera la razón, me hice el desentendido, tomé mi vaso, bebí algunos

sorbos del agua medicinal, encendí un cigarro, y me senté en medio de un grupo de muchachas, único punto desocupado que allí había.

—Le hemos reservado expresamente á V. este lugar—me dijo una preciosa rubia, que hallé á mi derecha.

La concurrencia calló y atendió.

—¡Jamás fuera un caballero, de damas tan..., etc.; bella señorita!—contesté;—aquí, rodeado de querubines me encuentro en un cielo improvisado; pero no acierto á explicarme el por qué de tan delicada é inapreciable atención.

—Anoche, en el salón, hubo, como de costumbre, su poquito de concierto—añadió la rubia.

—Lo sé; me lo ha dicho un criado al bajar de mi cuarto.

—V. no quiso asistir, ¿eh?

—Es verdad; había corrido mucho durante la tarde, y sentía necesidad de descansar—contesté.

—Pues bien; anoche no se habló entre los amigos más que del último invento.

—¡Eso es!, ¡del último invento!;—exclamaron en coro las demás jóvenes.

—Vds. me honran demasiado, señoritas, acordándose tanto de mí;—repuse.

—Y, por unanimidad, se tomó un acuerdo—añadió otra joven.

—¡Cuánto lo celebro!; ¿tengo que cumplir alguna orden?, —pregunté.

—¡Precisamente!

—Soy humilde siervo y esclavo de tantas bellezas—repuse.

—Se acordó—dijo la rubia—que, en atención á no ser bastante el que esté V. entre nosotros hasta el día de la prueba, porque hay muchas horas en que no podremos vigilarle; dos bañistas, dos excelentes amigos, se encargarán de acompañar á V. constantemente.

—Me satisface en extremo tal acuerdo—contesté;—y respecto á la compañía, cualesquiera que sean las personas que

se han comprometido á custodiarme, me distinguen muchísimo al aceptar ese encargo.

—¿Quién ocupa el cuarto inmediato al de V.?

—El reverendo capellán de las monjas de Calatayud, mosén Gaspar.

—Pues bien; ese será su guardián de día y de noche; ha aceptado el encargo.

—¡Admirable guardián!, y ¿dónde está?—exclamé.

—Ha salido al amanecer con su escopeta á perseguir tordos por las guindaleras del valle. No tardará en volver.

—Y el otro guardián ¿quién es?

—La excelentísima señora marquesa viuda de Uncilla.

—¡Ave María Purísima! Pero, señores, la marquesa es una anciana formal, recogida, y que sólo piensa en sus oraciones y en las flores de sus jardines.

—Ella misma se brindó anoche á custodiar á V., de día, en los paseos del establecimiento, porque nos aseguró que quería conocer y tratar á un joven tan original.

—Agradezco su lisonja, y acepto su compañía—contesté.

—Serán testigos de vista; sin perjuicio de que V. trate y discuta con ellos todo cuanto se le ocurra.

Comprendí, desde luego, que los bañistas se habían propuesto pasar algunos ratos alegres á costa del capellán y de la marquesa, dos tipos sobresalientes, de esos que hacen las delicias de las estaciones de baños. Mosén Gaspar era un presbítero aragonés, de sesenta años, grueso, rechoncho, colorado, fuerte como un toro, franco y decidor, con sus humos de sabio y de filósofo, tresillista acérrimo, cazador, hombre de invariable buen humor, rico y poco económico, que al sentirse afectado de veteranos achaques, iba corriendo año tras año los establecimientos balnearios del centro y del Norte de España. Desde el primer día de su llegada á Santa Agueda había simpatizado con los concurrentes, en términos que era la delicia de las reuniones.

La marquesa viuda de Uncilla, ilustre guipuzcoana, anti-

gua azafata de la reina Amalia, representaba con todas sus pompas y vanidades á la nobleza de principios del siglo; rezaba mucho, hablaba más, y tenía especial afición á las flores y á la naturaleza. Padecía del estómago desde el año 27; es decir, hacía cuarenta y siete años, y nada parece que mitigaba tanto sus dolores como el agua de hierro de los montes de Aramayona y de sus cercanías.

Mosén Gaspar idolatraba el chocolate, y la marquesa se moría por adquirir cualquiera nueva especie de flores para su jardín de Deva.

Yo conocía á ambos por haberles visto varias veces en casa de Alcorta, por más que mis relaciones con la marquesa no habían pasado de leves saludos.

Cuando íbamos á continuar la conversación, apareció la marquesa en la entrada del jardín.

—Allí viene la señora marquesa—exclamó uno de los bañistas.

Los concurrentes se pusieron en pie. La señora avanzó con su acostumbrada prosopopeya, haciendo á todos cariñosas reverencias; y cuando llegó al centro de la matinal tertulia, la muchacha rubia, tomándome de la mano, se dirigió hacia ella, y dijo:

—Aquí tiene V., marquesa, al joven á quien ha prometido custodiar; su apuesta es grave; el asunto de gran interés para toda esta colonia, y...

—Y de mucho mayor interés aun para la ciencia del porvenir—añadió mi enemigo, el hombre gordo.

—Señora—repuse yo,—aunque saliera vencido en esta contienda, suficiente consuelo y honra serían para mí los de tener por guardián y tutela á una dama de las ilustres y distinguidas prendas de la marquesa de Uncilla. V. ha aceptado el encargo de vigilarme para que no arregle con malas artes el difícil negocio del último invento, y yo, ahora más que nunca, aseguro que ni seré vencido, ni V. tendrá que arrepentirse de ser sino mi abogada, mi genio protector. Las ciencias progre-

san, y eso de alcanzar hasta Sevilla con un ladrillo es cosa tan fácil, que no hay más que querer hacerlo y realizarlo. Si algunos creen que es bufo y atrevido el pensamiento, aguarden unos días, y veremos en dónde están el atrevimiento y la bufonería. En el mundo no hay nada imposible, siempre que se cuente con la voluntad y con el talento.

La marquesa sonrió afablemente, me hizo un cumplido saludo, y contestó:

—Caballero, estas amigas me han confiado el encargo de custodiar á V., que al parecer está empeñado en la resolución de un comprometido problema. Yo no prejuzgo la cuestión; procuraré solamente cumplir con mi cometido. Me han dicho que mosén Gaspar ha de vigilar á V. también, y yo prometo á estas damas que va V. á estar bien vigilado.

—Me someto en absoluto á las órdenes de tan severos guardianes y de tan distinguidas damas—añadí.

—Hemos convenido ya en las que se le han de dar á V.

—Sea enhorabuena, marquesa; tendré especial satisfacción en recibirlas.

—V. madruga bastante, según me han dicho: pues bien; desde las siete de la mañana, en que yo ya estoy arreglada, puede V. distraerse en los jardines; por ellos andaré, cuidando de mis queridas criaturas, las flores. Desde la hora del almuerzo, la vigilancia cambiará. Claro es que en la mesa le guardaremos todos; y en cuanto tome V. café, se pondrá á las órdenes de mosén Gaspar.

—Con el cual podré cazar en las cañadas y tomar chocolate en los caseríos, ¿no es verdad?—pregunté.

—Vds. harán lo que gusten mientras anden juntos; aquí todos confiamos en la severidad del señor vicario aragonés.

—Yo, después de todo, estoy muy agradecido de estas lindas señoritas, que tan incomparables guardianes me ponen—añadí, volviéndome á sentar, después que la marquesa lo hubo hecho también,—y como tengo absoluta seguridad de mi triunfo, gran parte del honor que yo alcance redundará también

en honra de tan distinguidos amigos. La victoria será tanto mayor, cuanto que la señora marquesa de Uncilla y el señor vicario de Calatayud, enemigos como son del movimiento del mundo moderno, van á contribuir conscientemente á demostrar que no valen los tiempos pasados un comino ante la civilización y los adelantos actuales, lo cual ha de ser indudablemente mucho más peregrino de lo que sus electores los señores bañistas se han figurado.

Todas las miradas se volvieron hacia la marquesa.

—¡Oh, amigo mío!—exclamó ésta en estilo sentencioso.—Por mucho que adelante el mundo moderno, ¿nos traerá aquella paz del alma de que disfrutábamos en el antiguo?

—Dispénseme V., marquesa, no recordaba que había V. nacido en el paraíso—le dije.

—Y á mucha honra—repuso la de Uncilla.

Los circunstantes, sorprendidos de la afirmación de la señora, se pusieron en pie, y exclamaron haciendo coro:

—¡Que se explique eso! ¡Bravo por la marquesa!

La aristocrática dama, sin inmutarse, recorrió con la vista los semblantes de cuantos la rodeaban, me miró desdeñosamente, y dijo:

—No sé por qué ó cómo sabrá este señor que he nacido en el lugar donde estuvo el paraíso, pero es verdad. Las tradiciones guipuzcoanas, y el voto de los grandes hombres antiguos, aseguran que el delicioso lugar donde fueron creados nuestros primeros padres, estuvo en Sasiola, sobre la orilla derecha del río Deva, á corta distancia del delicioso puerto de mar de este nombre. Así se lo he oído cien veces á mis abuelos; y la verdad es, señores, que si no estuvo allí, debió estarlo, porque lugar más admirable, pintoresco, sano y tranquilo, no lo hubo, ni lo hay, en las cuatro partes del mundo.

—Estoy con la señora marquesa—añadí.—Sasiola fué el paraíso terrenal; y buena prueba de ello es que aún las muchachas más guapas de la tierra, sin ofender á las presentes, son las que nacen entre el Urola y el Deva, entre las faldas de

los altos de Musquirichu, Itzarriz, Urco, Arno, Pagoeta y la playa de Guetaria á Motrico. Descienden esas nescatillas de los ángeles del referido paraíso; y no hace aún muchos años que la marquesa, procedente del mismo abolengo, habrá conocido un magnífico convento de frailes, en Sasiola, cuyos padres reverendos eran los felices consejeros de las divinas migajas del incomparable lugar. Allí están, camino del cielo, los altos de Montreal de Anduz; allí nace el maravilloso manantial de Quilimón, que apenas brota, mueve las ruedas y mazos de una ferrería y de tres molinos, y el cual, á lo mejor, se queda sin agua por unas cuantas horas, para volver á arrojarla luego con más ímpetu: allí están los apacibles rincones de Garagarza, Mendaro y Astigaribia; y, por fin, sobre las puertas de aquellos caseríos campean, acompañando á los heráldicos timbres de esta dama, nuestra distinguida amiga, los de las casas de Arancibia, Arriola, Olaso, Echea y Amusátegui, Gamboa é Iturribalzaga, que ilustraron y enaltecieron por tierra y por mar, sobre todo, el nombre español en los pasados siglos.

—Muchísimas gracias, amigo—dijo la marquesa, alargándome cariñosamente la mano:—veo que vamos á entendernos á maravilla. ¿V., por lo visto, ha estado en Sasiola?

—No, señora, jamás he pasado al otro lado de esas peñas de Udala que tenemos enfrente; pero, tratándose de complacer á una dama, lo que no se ha visto, ni se ha oído nunca, se adivina.

—¡El correo!, señores, ¡el correo!—gritó desde la puerta de una galería uno de los bañistas, á cuyo anuncio la tertulia de la fuente se deshizo, y cada cual tomó distinto rumbo. Yo, que no esperaba carta ni periódico alguno, me dirigí á recorrer los senderos de los jardines, mientras la marquesa oía leer las noticias del día en un grupo de señores veteranos.

No habían transcurrido veinte minutos cuando oí la voz de mosén Gaspar, que al verme distraído en observar las plantas, me gritó desde una de las ventanas del establecimiento:

—*Bonum et fideli consilium dedit Achior Holoferni...*

—*Quod ille cum superbia et indignatione contempsit...*— añadí yo sin dejarle concluir, diciéndole después:—¡Vamos, D. Gaspar; déjese V. de latines y baje al jardín á empezar su vigilancia.

—¡Hola, ¡hola!—contestó él riéndose sosegadamente—parece que es V. también latino, ¿eh?

—¡Bah! ¡Quién no sabe de memoria el libro de los Jueces! Baje V. cuanto antes.

—No puedo, hijo mío; he corrido tres horas por esos altos, he tirado una docena de tiros, y necesito ocupar útilmente el el resto de la mañana. Yo entraré de guardia desde la hora del almuerzo. ¿No anda por ahí la señora marquesa?

—En el pabellón de la fuente está, oyendo leer los periódicos.

—He concluido ya, señores—dijo la excelentísima, que se aproximaba por un sendero oculto por los matorrales, y que sin duda había oído nuestra convervación.

Mosén Gaspar al verla se descubrió, á cuyo saludo correspondió ella con una de sus famosas cortesías.

—En vuestras manos lo dejo, marquesa y señora mía —exclamó aquél desde la ventana;—vigiladlo como á cosa rara, porque me temo que nos va á jugar alguna mala pasada.

—Creo lo mismo, señor vicario—contestó la dama;—pero si lo hace, no ha de engañarnos, por cierto, ni á V. ni á mí.

Yo, sin añadir una palabra, saludé con la mano al vicario, y tomé adelante por un sendero de acacias, diciéndole á la marquesa:

—He visto que tiene el establecimiento una variadísima colección de flores.

—¿Es V. aficionado á ellas?—preguntó la de Uncilla, con marcada curiosidad.

—Me gustan, como á la generalidad; pero no soy práctico ni en su conocimiento, ni en su cultivo. Mi madre me dejó en el caserío de Bolinchu unos doscientos tiestos con otros tantos

ejemplares, en las ventanas, en el jardincillo y en la huerta, y los he conservado con cierto cariño.

—Yo tengo verdadera pasión por las flores.

—Nada más lógico que esa pasión fraternal.

—Gracias, caballero; ¿me va V. á decir galanteos, sin duda, para pervertir mi severidad de guardián?

—Nada de eso: juro á V. que no la volveré á decir una sola frase que pueda traducirse por una galantería. He aquí dónde he permanecido antes, más de un cuarto de hora, contemplando las flores, en esta explanada que limita ese pequeño invernadero expuesto al sol del mediodía.

—También para mí es uno de los sitios predilectos; yo entreveo un verdadero poema en la contemplación de estas hermosas flores.

—Y lo hay, de seguro; ya he dicho á V. que no entiendo nada de tan poético y dilatado asunto; pero entreveo también algo de lo que V. distingue con tanta lucidez.

—¡Veamos, veamos! ¿Qué es lo que adivina V. en este precioso conjunto de flores?

—Veo el dondiego de noche que, habiendo abierto su corola como un astrónomo abre su observatorio en cuanto las tinieblas vienen, la ha cerrado ya y descansa en lo más hermoso de la mañana. Ahí está á su lado el ajerato de Méjico mostrándonos en sus azules matices un reflejo del cielo americano; y por más, señora, que la disguste, vea en torno suyo los botones dobles de plata y las campanillas rojas formando una democrática escarapela tricolor, tan temida por las aristocracias. Ya se han abierto las dalias, cuya hermosura corre parejas con su debilidad, que requiere un tutor, y cuya debilidad iguala á su sensibilidad, que no resiste los grandes fríos de las mañanas de hielo; hermosas, débiles y sensibles, así son las mujeres; necesitan la tutela del hombre y el suave calor del cariño; y como en las dalias se persigue la resolución del problema del color azul, en las mujeres se busca la virtud de la humildad, porque *mulier est vanitas*, como diría mosén Gaspar

si nos oyera. No hay dalias azules ni mujeres humildes. ¡Singulares faltas de la naturaleza! Vea V., marquesa, qué precioso mosaico forman en esa extensa gradería el acónito bicolor, la malva real, el clavel de las Indias, las damasquinas, los miramelindos, el lupino y el rascamoño, parecen sus corolas las multicolores cabezas del gentío de una romería. Pero ya se han secado las hojas de esa anémona de pavo real, ayer tan bella; ya amarillean las de la consuelda real, cuyos tallos y brotes cortará hoy el jardinero, así como los de la crisántea rosa, para que, después de recibir el benéfico riego, vuelvan á florecer á últimos del verano y principios de otoño. Hoy diré también al jardinero que abone los cuadritos fértiles donde ha de plantar las violetas, pensamientos de grandes flores y las malvas reales dobles; que levante esos vasos que cubren, en los tiestos colocados á la sombra, los cogollos de verbena que ya han echado raíz; que plante los esquejes de las clavelinas y de las verónicas, y que no se olvide de sembrar el reseda. He aquí otra planta muerta interinamente y que ha de renacer como renacen los consuelos del corazón, después que éste ha sido fustigado por el infortunio, si se le cuida y se le acaricia, el renúnculo peonía, sin flores y sin hojas.

Oía la marquesa mi peroración botánica mirando asombrada, ya á las plantas, ya á la burlesca sonrisa que andaba por mis labios al compás que salían mis palabras, y cuando me detuve para tomar aliento, exclamó con cierta altanería:

—También yo poseo un bonito invernadero en mi casa de Deva, es decir, invernadero no, una galería cubierta como ésta, mirando al Mediodía; un verdadero amparo de las flores. ¡Oh! Lo cuido con especial placer, y crea V. que me cuesta bastante dinero.

—¿Cuándo dejó V. de verlo?

—A mediados de Mayo, en que pasé á San Sebastián á arreglar unos negocios, antes de venir á los baños.

—¿Estaría delicioso ya?

—Delicioso, amigo mío; delicioso.

—Sí; parece que lo estoy viendo.

—¡Cómo! ¿No me ha dicho V. que jamás ha estado allí?

—Es verdad; pero por eso no es imposible que yo esté viendo con los ojos de la imaginación el invernadero ó galería. ¿Tendrá V. cestillo de plata muy abundante?

—¡Cabal!

—Y en los balcones que dan al jardín habrá esas flores que nunca confunden los peritos con el cestillo, el carraspique amargo.

—¡Cabal! ¡Cabal!

—Y lo menos poseerá V. veinte variedades de la peonía de China: las de color amaranto y rosa, que huelen á rosa, y las amarillas y blancas, que huelen á limón.

—Más de veinte poseo.

—Habrían florecido ya las clavellinas, las coronillas glaucas y las francesillas; tendría V. trasplantadas y hermosas la balsamina, el altramuz, la boca de dragón, la reina margarita, los milamores, la disciplina de monja, las petunias violadas, las siemprevivas de puntas, el caracolillo de hojas grandes, y sobre todo las albahacas. Habrá V. dejado recomendadas las diminutas, elegantes y aristocráticas gysófilas, que habrán florecido en su ausencia, como los claveles, las verónicas, las híbridas y los geránios rojos, cuyo cuidado requiere tanta pericia, y de seguro que tendrá V. media docena de tiestos con la bella campánula azul piramidal, una de las más elegantes joyas de los jardines.

—¡Admirable! ¡Admirable!, amigo mío; veo que es V. el mismo diablo en persona; y no parece sino que ha pasado V. detenida revista á mi jardín. ¿Pues no decía V. que no entendía una palabra de flores?

—¡Señora, esto no es entender nada!; esto lo sabe cualquiera que tenga en su casa, por distracción, una docena de tiestos ó cuatro varas cuadradas de jardín.

—¿Sabe V. lo que estoy pensando?

—No es muy fácil.

—Pues pienso que tiene razón mosén Gaspar; que V. nos va á jugar alguna barrabasada.

—Señora, ¿ha tratado V. jamás á un hombre más dócil ni más inocente que yo?

—¡Allá lo veremos! Pero, en fin, dejando á V. la responsabilidad de su apuesta y de su compromiso, hablemos, hablemos de las flores; tengo especial placer en que prosigamos esa conversación.

Y paseando á la sombra de los senderos, distraje á la marquesa una hora, sin que ella apenas me interrumpiera, explicándole un conciso tratado de floricultura, y adivinando que durante los hermosos días de Abril había distraído sus horas con las clemátides, las tajetes purpúreas, las anémonas, las englantinas, las valerianas, la glicinia, los lirios amarillos, los crisanthemos, el coriopo, el alhelí, el grosellero sanguíneo, el ricino del mismo color, los claveles fon y los geránios.

—Soy ciega por los geránios—me decía:—¿qué variedades me recomienda V. para completar una buena colección? Deme V. una nota.

—Pida V. á Burdeos las de color rojo encendido Poizeau, la de Carmesí de Metz, la de rojo blanco Esquermoise, la de rosa Montrose, todas de flor sencilla; y las de flor doble: color salmón Gray, rojo Fontenay, rosa Lemoine, capuchina Vanhoutte, y grosella Darwin. Todas son preciosas.

Llegó la hora del almuerzo. Al entrar en el comedor, la marquesa dijo al oído á mosén Gaspar:

—Yo creo que este joven sabe efectivamente cómo puede llegar un ladrillo desde Santa Agueda á Sevilla.

—No lo crea V., señora—dijo el vicario:—estos jóvenes *de hoy día* tienen mucho pico y poco meollo; yo lo desconcertaré bien pronto.

Al llegar la hora del café, después de haberse ocupado todos los comensales, en tono agridulce y solapadamente satírico, de mi apuesta y de mi persona, con gran complacencia

de mi enemigo el hombre gordo, y sin que yo tomara decidida parte en la conversación, uno de los ex ministros preguntó á mosén Gaspar:

—Diga V., amigo mío, ¿no es de San Pedro mártir, el convento de que es V. vicario en Calatayud?

—No, señor—respondió el cura;—ese era un convento de dominicos de la misma orden; pero el de religiosas, en que yo vivo, es el del glorioso patriarca San José.

—Vamos, veo que me había equivocado: lo decía, porque hace años que pasé por la muy noble, augusta, fiel y leal ciudad de Calatayud, y diéronme á leer en ella una obra en que se describía su historia religiosa; sonábame desde entonces ese San Pedro, y estaba confundido.

—Llamábase en lo antiguo *Bilbilis*—añadió el señor gordo, quedándose muy satisfecho.

—¿Quién? ¿San Pedro ó Calatayud?—exclamé yo, produciendo una hilaridad general.

—Sepa V., amiguito, que soy académico correspondiente de la Historia, y que en estos asuntos tengo conciencia de lo que digo.

—Bueno—añadió á su vez mosén Gaspar;—pero para saber eso no se necesita ser correspondiente, ni nada.

—Pues que le diga á V. el correspondiente—repuse—si ha oído hablar del Padre dominico Fr. Juan de Villalba.

—No, señor; ¿y qué?—contestó el aludido muy amoscado.

—Eso es; ¿y qué?—dijo mosén Gaspar:—¿qué tiene que ver ese Padre con lo que estamos hablando?

—Pues casi nada, señores; el Rmo. P. Fr. Juan de Villalba escribió la historia del convento de San José de Calatayud, como la escribió también más detenida Fr. Juan Vigodán—repuse.

—Nunca he oído hablar de ellos—prosiguió mosén Gaspar—y dudo que eso sea cierto, porque de existir impresos esos libros, los hubiera yo leído.

—Pues por eso no los ha leído V., porque no se imprimieron.

—Y V. ¿de dónde lo saca?—añadió el gordo.

—Yo, ni lo saco, ni lo meto: ¿quién, que sea de Calatayud, ó académico correspondiente no ha oído hablar de las noticias que da, acerca de Aragón, Latasa, en su Biblioteca Nueva?

—Tampoco le conozco—añadió el vicario;—pero sí he de decir que me suena ese nombre, por haberlo leído en la obrilla intitulada: *Glorias de Calatayud*, escrita por mi antiguo amigo D. Mariano del Cos, párroco de San Miguel.

—Recuerdo esa obra—dije yo:—por cierto, que su amigo de V. tuvo un activo colaborador en ella, que fué D. Felipe Eyaralar, catedrático. Y de fijo, que siendo V. tan dado á la lectura, no desconocerá el libro, ya viejo, del P. Fernando del Palacio, sobre el Sacromonte de Aragón, es decir, sobre la patrona de la ciudad, Nuestra Señora de la Peña, de cuyo asunto también escribió más adelante, un tal Gaymez. Pero no han tenido los de Calatayud un escritor más concienzudo, ni menos conocido, que D. Miguel Monterde López de Ansó, cuyos voluminosos manuscritos, que nadie sabe por dónde andan, tratan de todo cuanto se sabía de la ciudad, hasta en la época en que vivió.

—Pero, ¡porra!—exclamó mosén Gaspar, dando un puñetazo en la mesa, que hizo temblar todas las vasijas que había sobre ella—¿de dónde diablos saca V. eso, si yo creo que muy pocos de mi mismo pueblo lo saben?

La marquesa de Uncilla reía á más no poder, y hacíanle coro todos los concurrentes. Sólo el vicario y el hombre gordo estaban serios.

Yo, por única contestación, me encogí de hombros.

—Apuesto cualquier cosa—dijo mosén Gaspar al gordo—á que este joven, sin ser académico, conoce hasta los últimos rincones de su pueblo de V.

—¡Bah—repuso el gordo—todo eso no es más que pura imaginación!

—Eso de la imaginación se queda para los andaluces, amigo mío—contesté sonriendo:—¿no es V. andaluz?

—Y á mucha honra; andaluz soy, de Lucena; ¿y qué? ¿Me va V. á contar que ha leído las Memorias de la ciudad de Lucena que escribió el cura de Montoro, López de Cárdenas, enemigo de los Medinaceli? Pues yo lo sé de memoria. ¿Me va V. á decir que Fernando Ramírez de Luque escribió la *Lucena Desagraviada,* y que el lucentino Barahona de Soto escribió las *Lágrimas de Angélica?* Pues no se incomode V., porque eso lo sabe cualquier paisano mío.

—Es verdad, eso es muy sabido de todos; mas, dígame V.: ¿qué intentó probar el regidor Mohedano Roldán en su obra sobre Lucena?

El hombre gordo soltó una carcajada, y contestó:

—Aquí entra la imaginación burlesca de este hombre, señores; ¿cómo ha dicho V. que se llamaba ese señor?

—Jerónimo Antonio Mohedano Roldán.

—¿Y dice V. que fué regidor de mi pueblo?

—Sí, señor, en 1750; como era de Montilla Fr. Francisco de la Asunción, carmelita, que escribió, cuarenta años antes, otra obra titulada *Lucena rediviva;* como era paisano de V. el médico titular Aranda, que escribió unos breves apuntamientos para ilustrar la historia de la ciudad, diez años después de Mohedano.

El gordo se daba con el puño en la frente, repitiendo mientras yo hablaba:

—¡Tengo una idea! ¡Tengo una idea de todo eso!

—Pues, hombre, todo eso es muy sabido — añadí. — Lo mismo que el Ramírez de Luque que V. me ha citado, escribió las *Tardes divertidas* en medio de una pereza de once años. Y no le hablo á V. de los cien folletos acerca de la Virgen de Araceli, y de la prisión del rey Chico de Granada, porque habría que volver á nombrar á Luque, á López de Cárdenas, á Giles y Leiva, á Téllez y al segundo conde de Cabra. Esto lo sabe cualquiera, así como que la cruz de Calatrava que la marquesa de Uncilla lleva en ese escudo de armas de las tapas de su rico devocionario, no es tal cruz de Calatrava,

ni que los corazones de los cuarteles son corazones, ni que las aspas de la orla sean simples adornos de imaginación.

—¡Marquesa!—exclamó el vicario aragonés.—¿A que resulta, según nuestro prisionero, que V. no es marquesa ni cosa que lo valga!

—El nos lo dirá, señores—contestó la dama;—ya que si los timbres de mi casa no son lo que parecen, no dejarán de simbolizar mucho de honroso, signifiquen lo que signifiquen. Oiré tranquila, para que vea nuestro amigo, el caballero de Lucena, que yo no me ofendo por los ataques de nuestro prisionero.

—¡Señora! ¡señora!—repuso el hombre gordo;—con perdón de V. E., yo... desafío y reto á este imper...

—¡Que se escriban esas palabras! ¡que calle el de Lucena! —vociferaron confundidos los comensales.

Y como la marquesa, en medio del ruido general, me hacía indicaciones para que continuase hablando, esperé á que se restableciera la calma y dije:

—Desciende la señora marquesa, que marquesa es y de muy antiguo cuño, de las casas de Orraindi y Mendoza y de las de Mallea y Adurza. A la casa de Mendoza recuerdan aquellas especies de corazones, que, como he dicho, no lo son, sino que representan las hojas acuáticas de esa figura, las de la ninfea ó nenúfar blanco que cubren por ambas orillas la superficie del río Zadorra, llamadas en heráldica *panelas,* y que aceptaron para sus timbres muchas familias en memoria de la batalla que en los campos inmediatos á dicho río se dió en el siglo XIV entre oñacinos y gamboinos, cuando murió triunfante en ella el fundador de la casa fuerte de Echavarri-Zárate. Así se ven campeando en multitud de escudos, y entre otros, por ejemplo, en el de la ilustre dama María Martínez de Orraindi y Mendoza, que está enterrada en suntuoso panteón en la iglesia de San Pedro de Vitoria, en una capilla al pie de la nave del Evangelio. Y en aquel mismo templo, en la capilla de los reyes, está el escudo de Adurza, cuyos timbres lleva también nuestra amiga, porque allí yace doña An-

tonia de Adurza al lado de su esposo, el insigne regidor vitoriano D. Diego Martínez de Salvatierra, autor de la obra titulada *República y gobierno de Vitoria*. La cruz de Calatrava no es tal, sino que recuerda el que un antiguo Orraindi estuvo en las Navas de Tolosa, y las aspas corresponden á los Malleas, porque alguno de su sangre se halló en la toma de Baeza el día de San Andrés, en memoria de cuyo santo van las aspas ó sautores en las orlas de muchos escudos. Y por fin, de la casa de los Malleas trae la marquesa ese lema que está escrito en sus armas, y que dice: *Malleagas forua gaitic*, lema puesto en vascuence, y que en romance quiere decir: *Con la cota de malla por el fuero*.

—¡Es verdad! ¡es verdad! ¡Admirable! amigo mío — dijo la de Uncilla, aplaudiendo y riendo, sin dejar de mirar al obeso lucentino, que, puesto en pie, daba puñetazos sobre la mesa para dominar las carcajadas con que todos acogían el gozo de la dama y la desesperación del andaluz.

El vicario, que hacía rato había unido sus risotadas á las de la concurrencia, aplaudía sin interrupción. La sala del café era una baraúnda infernal, entre cuyo ruido decía el hombre gordo, esforzando la voz:

—¡Tiene V. mucha memoria, mucha memoria; todo eso lo tengo yo olvidado, pero aseguro que es cierto. No hay para qué reirse, señores. Se han visto memorias muy felices. Eso no es un mérito, ni mucho menos!

—Hasta aquí todo va en favor de V.—dijo uno de los concurrentes; — pero ya tomaremos la revancha cuando termine el plazo del gran invento del ladrillo. ¡Oh, entonces sí que se armará belén!

—Allá lo veremos, señores — contesté; — el plazo no es muy largo y el belén no tardará en armarse.

La animada concurrencia se fué disolviendo poco á poco. Era la una de la tarde, y la mayor parte de los bañistas se retiraron á disfrutar del placer de la siesta. El vicario me dijo que iba á rezar y que le esperara en mi cuarto, prometiéndo-

me un paseo muy divertido, hasta unos caseríos, donde le daban riquísimo chocolate.

Tomamos, en efecto, por una ladera arriba, sombreada de castaños, hacia las faldas de Udala, pero como la temperatura era muy grande tuvimos necesidad de descansar de cuando en cuando, sobre la fresca alfombra de hierba que tapiza el suelo de aquellas alturas. En uno de los altos que hicimos, junto á un abundante manantial de aguas ferruginosas, y mientras fumábamos un cigarro, me decia mosén Gaspar:

—Respecto á que en la literatura y en la filosofía se puede adelantar mucho, jamás me ha cabido duda alguna; pero no así respecto á esos ponderados adelantos de los tiempos modernos que, al fin y al cabo, nunca conseguirán elevar nuestro espíritu á la altura que lo elevan un capítulo del Padre Granada ó de Santa Teresa. V. es dado á los estudios literarios, y sin duda conoce poco las ciencias, circunstancia que, lejos de serle perjudicial, le favorece mucho, porque tanto cuanto más depuran el espíritu y le fortifican los trabajos de las letras, le adulteran y le oscurecen los de las audaces ciencias, que, después de todo, pretenden hacer de Dios una consecuencia físico mecánica. Si conociera V. bien las ciencias, presumo yo que no se hubiera arriesgado á perder el buen puñado de duros que le van á costar las dos meriendas que nos ha de pagar, cuando veamos, como veremos, que el ladrillo no ha llegado desde Santa Agueda á Sevilla. La mecánica, por mucho que adelante, ya ve V., ¿qué es lo más que podrá hacer? Y francamente, aún estamos á tiempo; duéleme mucho, y se lo digo con mi característica claridad aragonesa, duéleme que haga V. el primo, dando de comer por dos tardes á tanta gente; confiéseme que todo ello ha sido una broma, y yo me encargo de hacerlo así presente esta noche á los compañeros, y punto concluido. Tal es también el parecer de D. Pablo de Alcorta y de sus hijas, á quienes he visto esta mañana. Alcorta considera perdida la herencia de su herma-

no, y V. debe considerar que al hacer esas apuestas hizo una calaverada. ¿No es verdad, amigo mío?

—Agradezco á V. muy de veras sus intenciones, señor vicario—contesté;—pero tenga V. presente, que, prescindiendo de sus ideas acerca de lo que me ha dicho de las ciencias y de las letras, yo, que ni soy científico, ni literato, sino amigo de leer todo cuanto puedo, insisto en que es posible que el ladrillo llegue desde Guipúzcoa á Sevilla; insisto en que ha llegado, y en que no pagaré ni un solo céntimo. Ahora bien; en confianza, le voy á hacer á V. una declaración...

—¡Veamos... veamos!

—Para que el ladrillo, ó esta misma roca del manantial, lleguen desde aquí á Sevilla, ó á la China, si se quiere, no se necesita ni que las ciencias adelanten mucho, ni que la mecánica, ni la electricidad tomen parte en ello.

—No lo comprendo; es decir, supongo que el caso es imposible.

—No es verdad, y V. se convencerá de ello muy pronto. El problema no es imposible, repetí.

—No se chancee V., amigo; ¿cómo ha de ser posible el problema de que un ladrillo llegue tirándolo desde aquí á Sevilla?

—Cosas más difíciles se han realizado y se realizan todos los días.

—¿Insiste V. en sus trece?—preguntó el bondadoso pater.

—Insisto.

—¡Pues, me lavo las manos! ¡Vaya, terminé el cigarro! Vamos ahora subiendo hacia el caserío de Inchaurreta.

IV

Diez minutos después, al cabo de una caminata de más de media hora desde el establecimiento, llegamos al caserío. La dificultad del ascenso nos había abierto el apetito, así es que

cuando al entrar bajo el ancho portegal de la casa, vimos á una de las nescatillas extender el blanco mantel sobre una mesa pequeña, junto á la cual había tres sillas de madera muy antiguas, nos sentimos con las mismas ganas de tomar alimento que si estuviéramos en ayunas.

El ama del caserío, una *achue* muy guapa y bien conservada, nos recibió con la afabilidad propia de las gentes de estas hospitalarias montañas. Conocía al vicario por sus frecuentes visitas al caserío durante el verano, y á mí me trataba desde niño. Había hecho traer desde Vitoria un cajón de chocolate superior, de Hilario Hueto, y lo destinaba exclusivamente al vicario de Calatayud, que era entusiasta partidario del rico regalo vitoriano.

—He puesto tres sillas en la mesa,—nos dijo la venerable abuela Mari Antón,—porque me ha avisado D. José Luis, el cura de Garagarza, que va á subir á acompañar á Vds.

—En el alma lo celebro—dijo el vicario—porque es uno de los compañeros más campechanos y simpáticos que he encontrado en el mundo. Parece mentira que ese hombre tenga ochenta años, y que trepe por estos montes como si tuviese veinte.

—¡Salud! ¡salud!, señores; ya estoy aquí en Inchaurreta, cerca del cielo—exclamó D. José Luis, apareciendo en el sendero que da á la plazoleta de nogales del caserío, precedido de un enorme perro mastín, que también nos saludó con repetidos saltos y lamidos á Mari Antón, al vicario, y á mí.

Bien pronto nos trajo la abuela tres enormes jicarones de chocolate, casi de medio cuartillo, en finos y brillantes platos, con sus grandes vasos de agua fresca y cristalina, cubiertos por redondos azucarillos. Detrás de ella, la nescatilla vino con otros platos, que contenían el pan de aldea, delgado, mazizo y reluciente en su corteza, las diminutas servilletas con letras bordadas en los ángulos, y las cucharillas de plata correspondientes.

D. José Luis, que había dejado su teja y su bastón á un

lado, rompió el fuego, dando la primera sopa á la abuela, y un puntapié al perro que se atrevió á poner las manos sobre la mesa, reclamando la suya. El chocolate era riquísimo; la tarde estaba incomparable; la soledad y belleza del lugar lo hacían encantador; y la grata compañía de aquellos hombres me satisfacía en extremo. Cuando concluimos, el vicario encendió un cigarro puro, D. José Luis cargó su pipa con tabaco de hebra, y yo encendí un pitillo foral.

—Creo, señores—les dije—que para mosén Gaspar no hay en toda la liturgia eclesiástica un detalle que más le complazca que el chocolate.

—Es verdad, hombre—contestó;—y aunque mis monjitas aragonesas lo hacen muy bueno, ¡qué porra! la verdad, no llega ni en mucho á este chocolate vitoriano. Lo tomo con verdadero entusiasmo.

—Y no se privará V. de él sino con gran sacrificio, ¿eh?

—Es una de mis penitencias en la Cuaresma.

—¡Bah!—dijo D. José Luis:—yo creo que el chocolate no hace perder el ayuno.

—Según como se tome—dijo el vicario.

—¡Es claro, que si va acompañado de un cuarterón de bizcochos, y es además muy espeso!...

—Cuestión es esa que no merece preocupar á los moralistas y teólogos; un chocolatillo semitransparente, como el que generalmente tomamos seguido de un par de vasos de agua, viene á ser lo mismo que tomar agua sola—añadió mosén Gaspar muy convencido de su afirmación.

—¡Qué se yo que les diga á Vds., amigos—repuse;—también el chocolate tiene sus más y sus menos en las prácticas cristianas.

—¿Qué sabes tú de eso, *choriburu!*—exclamó el de Garagarza sonriendo.

—Afirmo que la cuestión del chocolate ha preocupado gravemente á los hombres de la Iglesia.

—No habrá sido tan gravemente—añadió el vicario;—eso no habrá pasado de alguna breve prescripción.

—Cuatro Papas han dicho que el chocolate no rompe el ayuno, á saber: Urbano VIII, Gregorio XIII, Pío V y Paulo V.

—Algo he oído yo de eso—dijo D. José Luis—y estoy con ellos.

—Y yo—añadió el vicario.

—Pues piensan Vds. mal—repliqué—el chocolate es un alimento fuertísimo.

—¡Buenas pantorrillas echarías con él!—replicó el de Garagarza.

—Sabroso, rico, delicioso, provechoso, todo eso sí—añadió mosén Gaspar;—pero gran alimento; lo que es gran alimento, no lo crea V.

—Pues yo digo que lo es, y hablo por boca de Jerónimo Píperi, que dijo: *Maximum nutrimentum. Et eos qui huic potui nimis indulgent nutrit, et impingnat.*

—¡Echa, echa!—exclamaron los dos curas, riéndose como unos benditos.

—Y Juan Jacobo Mager, añade: *Chocolatum quicumque bibunt, eam multum nutrimenti corpori suppeditare fatentur, ita ut jusculum ex carne, nec tamdiu, nec tam fortiter nutriat, viresque sustentet.* Tomás Gage asegura que los que más usan el chocolate están gordos y cuadrados, como V., padre Gaspar; dice así el viajero americano: *Eos qui huic potus indulgent quadratos, et pingues fieri.*

—Tiene este hombre los diablos en el cuerpo—añadió mosén Gaspar,—¿dónde ha aprendido V. eso? ¡Oh si el señor gordo le oyera!

—El sevillano, médico Gaspar Caldera asegura que: *Non solum nutrit optime, sed etiam impingnat chocolatae.*

—Pues si es así—dijo D. José Luis sosteniéndose los hijares, puesto en pie porque la risa no le dejaba respirar—si es así, veo que esos Papas no supieron lo que se dijeron.

—Ni el eminentísimo cardenal Brancacio, patrono de los astutos casuistas, partidarios del *toties quoties*, que suponía

que no hace perder el ayuno, por más que al fin se dió por vencido, cuando tratando de esta cuestión dijo: *Id tamen pretextui esse non debere ea abutendi, et mayori copia bibendi.* Pero prevaleció la opinión de los teólogos chocolatófagos, contra los que se señalaban una onza como máximum en las colaciones, que fueron Castro Palao, Lezana, Tamburino, Bondewine y otros.

El de Garagarza se había salido del portegal con su servilleta pendiente de la abertura de la sotana, y continuaba desde fuera mirándome y haciendo extorsiones de risa; mientras que el vicario, chupando sosegadamente su puro, y lanzando bocanadas de humo, movía de arriba á abajo la cabeza, y decía:

—¡Si le oyera el hombre gordo! ¡El de Lucena! ¡No lo va á creer cuando se lo cuente! ¡Es mucha cabeza la de este demonio de chico! ¡Porra! ¡y qué á pelo ensarta los latines! ¡Porra! ¡y latines de chocolate! ¡Diablo de chico!

—Del chocolate y de sus admiradores clásicos hay mucho que decir, amigos míos—añadí yo;—además de lo que la receta vulgar ordena para que resulte bueno, cuando dice:

«El chocolate excelente
para que cause placer,
cuatro cosas debe ser:
espeso, dulce, caliente
y de mano de mujer.»

El pobre trinitario Fr. Luis Gutiérrez publicó en 1805 un gran poema, *El Chocolate;* y el carmelita descalzo Fr. Nicolás del Pilar Galindo, escribió en verso, en 1809, mientras despachaba sus diversas jícaras ó *pepas* de chocolate, la disertación filosófico-estomacal titulada *El Libro del chocolate,* y la colección de letrillas que dedicó á la «Princesa de Caracas» con el título de *La Docena del Fraile,* y el pasillo dramático intitulado: *El Congreso del Pocico.* Decía Fr. Nicolás:

¿Cómo los ríos nacen
y giran las estrellas?

¿Cómo se forma el oro
y la lustrosa perla?
Tomando chocolate,
nos responde la ciencia.
¿Y qué harán los forzudos
Cíclopes en el Etna?
¿Y qué hará la robusta
generación de Alcmena?
¿Y el peregrino Ulises
y el fundador de Tebas
qué harán?—se les pregunta.
¡Chocolate!—contestan.»

En fin, el gran poeta venezolano Andrés Bello, para ponderar la Naturaleza de la zona tórrida, exclamó:

«Tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa!»

Aún discutimos humorísticamente largo rato acerca del chocolate, hasta que el de Garagarza dijo:

—Señores, el sol va bajando mucho, y como hemos de tardar cerca de una hora, Vds. en presentarse en Santa Agueda, y yo en llegar á mi casa. Vámonos.

Bajamos juntos unos diez minutos, y D. José Luis, al llegar á una estrecha vereda muy pedregosa, que era el camino de su aldea, se separó de nosotros.

Después, tomamos por un atajo de la ladera, mosén Gaspar detrás, y yo delante, dejándonos casi resbalar por el finísimo cesped de la montaña. El cura venía diciendo para sí:

—Voy creyendo como la marquesa, que este hombre sabe cómo puede llegar el ladrillo á la capital de Andalucía. ¡Diablo de chico! ¡Se va á burlar de todos nosotros!

V

Pasé el domingo, el lunes y el martes muy entretenido con mis guardianes, con la marquesa herborizando en el jardín por las mañanas, con mosén Gaspar corriendo montes y caseríos por las tardes. El martes, sobre todo, fué día de broma satírica contra mí. No había noticia ninguna de Sevilla, ni de Martín de Alcorta. El hombre gordo se relamía los labios de gusto pensando en las dos comidas que yo debía pagar. Yo continuaba tranquilo.

El miércoles por la mañana pretexté estar enfermo, y me quedé en mi cuarto. Los bañistas, reunidos en la tertulia del manantial, se ocuparon bastante de mí; y deduje de lo que pude oir que me tenían profunda lástima. La marquesa, sin embargo, me defendía, asegurando que estaba maravillada de mis variados conocimientos.

—Eso mismo le tiene trastornada la cabeza—decía el hombre gordo, siempre que le dejaban hablar.

Llegó por fin el correo. Por entre las persianas de mi cuarto me puse á observar, sintiendo que mi corazón palpitaba con febril velocidad. La marquesa, según su costumbre, oía leer *La Epoca* en un corro de viejos; un joven leía *La Correspondencia,* al pie de una acacia, á seis ú ocho señoritas sentadas en el suelo; los políticos, distribuidos por el jardín, leían cada uno el diario de su devoción, y otros señores habían ido á sus habitaciones á leer sus correspondencias privadas.

El joven de *La Correspondencia* dió un salto en el grupo donde se encontraba, y exclamó:

—¡Aquí está, aquí está! ¡Oh, esto es maravilloso! Señores,

señora marquesa de Uncilla, señor vicario; señores, señores, ¡aquí está!

Las señoritas se precipitaron sobre él, queriéndole arrebatar el periódico de las manos, y los viejos y los políticos acudieron corriendo. La mayor parte de las ventanas se abrieron. El servicio en masa del establecimiento acudió á la galería. Yo permanecí observando.

—¡Aquí está!—continuaba gritando el lector.—¡Oh, qué broma nos ha dado! ¡Atención, señores; atención!

Y el joven, rodeado por la concurrencia, subió á un asiento de piedra, y desde allí leyó en alta voz, en medio de la estupefacción general:

«*El Mediodía* de Sevilla, que ha llegado hoy, nos da cuenta de un originalísimo suceso. Parece que el acaudalado capitalista de aquella ciudad D. Martín de Alcorta, que iba á contraer matrimonio con la distinguida señorita Dolores de la Barranca, sobrina de los marqueses de Palmas Gallardas, al salir anteayer viernes por la noche á dar su paseo de costumbre, recibió tan terrible ladrillazo en la cabeza, que le dejó sin sentido. Algunos transeuntes, que pasaron poco después, le levantaron y le condujeron á su casa. El golpe no ha tenido consecuencias. Lo notable del caso es que el ladrillo, que se encontró á su lado, tenía esta inscripción: *Martín, no te cases.* Toda la ciudad no se ocupa de otra cosa, por más que nadie acierte á explicar el suceso.»

Una carcajada estrepitosa, general, y un diluvio de palmadas, vivas y exclamaciones acogieron esta lectura.

—Busquemos á ese hombre, señores; este es el triunfo más admirable que han conocido las naciones—dijo el joven.—¿Dónde está su autor?

—Aquí estoy, señores—contesté abriendo la ventana y apareciendo muy sosegado, ante la concurrencia.

Nueva salva de aplausos, de vivas, de voces y de saludos me respondieron. El tumulto duró algunos minutos. Todos gritaban á un tiempo. Al fin les dije:

—Vean Vds., mis distinguidos amigos, cómo *el último invento* es una verdad. Yo perdono á todos los que, tratándose de él, me han ofendido; y desde estas alturas les echo la absolución.

—Triunfamos, amigo mío—dijo la de Uncilla;—yo había pronosticado que triunfaríamos; ¡me lo decía el corazón!

—Pues yo insisto—dijo el gordo—en que este triunfo, y esa noticia, y todo cuanto sucede aquí, es una insigne tontería.

—En ese caso—contesté—serán responsables de la farsa que V. supone mis severos guardianes, que no me han abandonado un solo momento desde que tiré el ladrillo.

—Por mi parte—añadió la marquesa—conste que he cumplido fielmente el encargo que se me dió.

—Entonces el que se ha burlado aquí de todos—dijo una de las señoritas—es mosén Gaspar. ¿Dónde está el señor vicario?

—Ha salido muy temprano, como de costumbre; pero no tardará.

—¡Cosa más rara, ni más increíble, no se habrá visto jamás!—dijo la marquesa.—Sea ello lo que quiera, lo cierto es que nos ha dejado V. humillados con su triunfo.

—Y he aquí *El Diario Español* que reproduce el suelto—añadió un bañista.

—Y *El Imparcial* también—exclamó otro.

—Y lo reproducirá toda la prensa española—dije yo desde mi ventana;—y espero que dentro de poco hemos de ver mayores y más sorprendentes pruebas que lo confirmen.

—¡Que baje el autor!—dijeron en coro las señoritas—¡que baje! y nos dé cuenta de cómo se ha obrado esa maravilla, puesto que ya estamos dispuestos todos á pagar las comidas de campo.—¡Que baje, que se explique!—contestó el concurso unánime!

—Calma, señores—respondí;—dejemos que venga mosén Gaspar, á ver qué piensa del caso; y cuando tengamos mayo-

res y más eficaces pruebas de que *el último invento* es una verdad, entonces hablaremos.

—Nos damos por vencidos; no hay necesidad de otras pruebas, baje V., y hable—dijeron algunos.

—¡Eso es! ¡que se explique *el último invento!*—repitió el grupo de bañistas.

—Marquesa—dije entonces;—interceda V. por mí; suplique V. á esos señores que me concedan algunas horas de calma.

Así se hizo. Los bañistas, dominando su impaciencia, pero haciendo mil hipótesis para explicar tan extraño suceso, se dispersaron ante mi promesa de que muy pronto descifraría el enigma.

Me puse á leer en mi cuarto un par de periódicos, que me prestaron, y muy pronto tuve que interrumpir la lectura por la llegada de mosén Gaspar, cuya aparición fué anunciada con grandes voces y saludos.

—¡Este es el traidor! ¡este es el cómplice!—decían las señoritas rodeándole y dándole palmadas en la espalda.

—¡Pero hijas mías! ¿Traidor á quién?... ¿cómplice de qué?... —respondía el vicario asombrado.—¿Qué ocurre en esta casa? Por Dios y por San José mi patrono, ¿me quieren Vds. dejar en paz? ¿No hay quien me socorra contra esta legión de furias divinas?

Volví á abrir la ventana, y no pudiendo apenas contener la risa al presenciar aquel espectáculo, exclamé:

—¡Victoria! querido guardián y vicario; ¡el ladrillo llegó á Sevilla!

—¡Ah, amigo de mis pecados!—respondió mosén Gaspar fijándose en mí:—V. me va á volver loco, si vive muchos días entre nosotros. Pero ¿es cierto que llegó el ladrillo?

—¡Vea V., vea V.!—añadió una señorita entregándole *La Correspondencia*.

El vicario sacó sus antiparras, las limpió con su pañuelo de hierbas, se enjugó el sudor de la frente, echó atrás su sombrero hongo, se caló los vidrios, y leyó en voz alta el suelto.

Acometióle inmediatamente tal pasión de risa, que hubo que conducirle á uno de los bancos de piedra, para que no reventara, tales y tan grandes aspavientos hacía, y tan colorado y encendido se puso. Uniéronse á sus carcajadas las de los demás; y yo, aprovechando aquel intervalo, bajé, me aproximé al grupo, y recibí la media docena de apretados abrazos que me regaló sin dejar de reir.

También quiso el vicario que explicara aquel «fenomenal suceso», según él lo calificaba, pero les aseguré que considerando la gravedad é importancia de lo ocurrido, no debía narrar su fundamento así de repente, sino en presencia de todos los bañistas y del mismo Pablo de Alcorta, y en lugar y tiempo oportunos. Mucho trabajo me costó el dominar su impaciencia, pero interesé en mi favor al mismo vicario, y aun con la protesta de todos, se decidieron á esperar.

Cuando volvimos á reunirnos en el comedor, todas las bromas fueron para el hombre gordo. Trabóse singular pelea entre él y mosén Gaspar, á propósito de los inventos de las letras y de la filosofía, y ambos hicieron las delicias de la concurrencia con sus estrambóticos y opuestos razonamientos. Yo lo oí todo sin inmutarme y como si no se tratara de mí.

Ibamos á tomar café, cuando se oyó la voz de Pablo de Alcorta, que decía en voz alta:

—¡Maravilloso! ¡maravilloso ¡Ese hombre es mi salvador! ¡Increíble, admirable, señores!

Todos los bañistas se pusieron en pie. Alcorta entró y vino abrazarme, agitando gozoso una carta en la mano. La sensación que produjo su entrada fué grande.

—¡Mi hermano me escribe!—dijo.—*¡El ladrillo dió en su cabeza!*

—¡Que se lea, que se lea la carta!—exclamó el concurso.

—Yo no puedo volverla á leer; estoy muy impresionado contestó;—léala V., amigo.

Y se la entregó á uno de los ex ministros, el cual, apartando á un lado á los que le rodeaban, leyó en voz alta:

«Querido hermano Pablo: He sido víctima de un atentado en el que has tomado tú principalísima parte, con la circunstancia agravante de atreverte á declararlo con tu firma. Hace dos noches, al salir por las afueras á dar mi paseo habitual, recibí un golpe terrible en la parte posterior de la cabeza, que me hizo caer en tierra sin conocimiento. Algunas personas que á poca distancia mía venían de paseo, me levantaron y recogieron del suelo un ladrillo, en el que he visto que hay una inscripción. Lo fenomenal del caso es que la letra es tuya, tuya legítima.»

Los bañistas miraban atentos á Alcorta, que no hacía otra cosa que limpiarse las grandes gotas de sudor que le corrían desde las sienes á lo largo de la cara. El ex ministro continuó:

«¿Quién ha sido el criminal encargado de cumplir en Sevilla tu fiero propósito? ¿Quién ha sido el alma negra que te ha inspirado semejante pensamiento? No siento el golpe, hermano descastado, que al fin no me ha producido más que una regular contusión, sino la burla y ridículo que han caído sobre mí en esta ciudad con tal motivo. No sólo en los salones y en los círculos, si no en las calles y en las tabernas, se ha comentado y se comenta el caso, haciéndome servir de objeto de escarnio y de risa de todo el mundo. He prometido mil duros al que descubra quién fué el autor del golpe; pero estoy seguro de que no han de dar con él. Al ver tu letra en el ladrillo fratricida, me horroricé, y por quererte más de lo que tú me quieres á mí, no te denuncié, callé. Los periódicos satíricos de Sevilla publican anoche unas letrillas burlescas, tituladas *El ladrillazo,* que antes de poco tiempo cantarán los chiquillos en las calles. ¡Calcula mi situación! El golpe no me ha hecho mucho daño, pero sus consecuencias me hunden. Ahora bien; atormentado por el peso de la pública burla, empiezo á ver claro. El ladrillazo me ha abierto los ojos. Escucha: en los primeros momentos pensé no denunciarte; pero hice también firme propósito de romper toda clase de relaciones contigo, casarme inmediatamente y de ir á vivir á París. Después,

á medida que mis amigos me vienen contando, con intencion perversa por supuesto, y mostrando hipócrita compasión, lo que la gente dice de mí y de Dolores de la Barranca, y de los propósitos interesados de su familia, y los augurios repugnantes de la chismografía vecinal, en mis ratos de calma, he visto que la pasión me llevaba por un horrible camino, y que yo, que he vivido siempre bastante considerado, iba á hacer el payaso en los últimos años de mi vida.»

La ansiedad y la emoción de la concurrencia eran grandes; mosén Gaspar me tenía agarrado de las manos, y á cada párrafo de la carta me las apretaba con efusión. Prosiguióse la lectura:

«Hoy, antes de escribirte, y consultando con mi amigo y paisano el deán de la Catedral, D. José Martín de Gojeascoechea, he tomado mi determinación. El mismo deán en persona ha ido á casa de los marqueses de Palmas Gallardas á comunicarles que mi enlace con su sobrina es imposible, atendiendo el ridículo que ha caído sobre mí, y en el cual hoy persevera la ciudad en masa. Por mi parte, y después de bien pensado, con su consejo y todo, te envío el perdón de la mala partida que me has jugado, al valerte de un medio tan persuasivo, ya que á cambio del golpe recibido me has dado la paz del espíritu para el porvenir. Conste, pues, que has tenido razón en todo cuanto en tus cartas me has dicho, y que, con toda solemnidad te prometo que mi herencia no se separará de tu casa de Alcorta, á cuyos hijos deseo abrazar pronto. Así dice D. José Martín que cumplo con lo que Dios manda. ¡Triste cosa es que hasta que uno no cae en ridículo en un pueblo no se le abren de par en par los ojos para saber si ha obrado bien ó mal, y para conocer cuán pocos amigos buenos hay en el mundo! Te participo que muy pronto he de veros, y mientras tanto, abraza á mis queridos sobrinos, como te abrazará á ti: MARTÍN.»

Los bañistas quedaron mudos. Todas las miradas se dirigieron á mí. Alcorta se echó en mis brazos. En esta situación

solemne, silenciosa, permanecimos todos por espacio de algunos minutos, hasta que el hombre gordo exclamó:

—Pues, señor, he oído decir muchas veces que el valle de Aramayona y sus cercanías son la mansión de las brujas y de los diablos, y ahora lo creo, porque ante lo que estamos viendo no hay más que bajar la cabeza. Amigo mío, ha triunfado V. ¡vengan esos cinco!

Apreté cordialmente la mano de mi enemigo, y dije:

—Señores; el viernes por la noche se hizo la apuesta y se lanzó el ladrillo en el caserío de Alcorta, pues bien; yo cito á Vds. hoy al anochecer, á que nos sentemos en la plazoleta del caserío, y allí he de explicarles en qué consiste *el último invento*, que es tan antiguo como la voluntad humana, y en el que estriba el secreto de todas las grandes empresas.

Así sucedió. Cuando los últimos rayos del crepúsculo doraban las cimas gigantes de Amboto y de Udala, todos los bañistas se encontraban reunidos delante de la casa de Alcorta. En el centro de la puerta y sentado junto á María Paula y Ascensión, estaba yo presidiendo la asamblea. También se sentaron junto á mí la marquesa y mosén Gaspar. Volvióse á dar lectura de la carta de Martín, y en cuanto terminó, les dije sobre poco más ó menos lo siguiente:

—Creo que nadie dudará que el ladrillo llegó á Sevilla, y que D. Martín de Alcorta lo recibió en su cabeza. Creo que nadie volverá á decir que yo he infringido, ni en poco ni en mucho, la formal incomunicación con el mundo ajeno al que formamos en Santa Agueda.

La maravilla se ha realizado con todas las formalidades necesarias. Ahora bien; ¿cómo puede ser que un ladrillo lanzado en Guipúzcoa llegue á Sevilla? Señores, en la resolución de todos los problemas humanos, lo imposible, lo quimérico, lo irracional debe desecharse. El que un ladrillo llegue desde aquí á Sevilla, es imposible. Sin embargo, el nuestro ha llegado. ¿Cómo? Del mismo modo que se hacen todas las obras: HACIÉNDOLAS. El que se propone ser sabio estudiando, si deja

su propósito sólo en proyecto, ó si estudia mal y de tarde en tarde, jamás consigue saber una palabra; lo lógico es tener fuerza de voluntad para estudiar todos los días, y el milagro se hace insensiblemente. Cuando á un joven á quien hemos conocido ignorante y humilde en la escuela, le vemos mañana encumbrado en los más altos puestos del saber, exclamamos á menudo: «¡Bah! ¡casualidad! ¡la suerte de la criatura! ¡la protección!» Esa es la lógica de las muchedumbres. Un sabio no se hace por la casualidad, por la suerte ó por la protección: un sabio es el producto de una voluntad firme y de un trabajo constante. Lo imposible del problema es hacer un sabio por una casualidad, de un golpe ó por la protección de un tío. Lo real y positivo del caso es decir, ¿cómo se hace un sabio?, y responder: *haciéndose*.

Figurémonos que yo tengo el propósito de escribir una obra extensa. Acaricio el proyecto, lo estudio, calculo el tiempo necesario, formo mi plan, escribo las primeras cuartillas, y... no vuelvo á acordarme más de tal cosa. ¿Podré terminar así el libro? De ningún modo. Un libro de mil páginas se hace, teniendo la fuerza de voluntad suficiente para escribir durante cien días diez páginas diarias; es decir, un libro se hace, *haciéndolo*. Querer, es poder, dice el refrán, y en esas dos palabras está basado *el último invento*.

¿Cómo se hará para que un ladrillo llegue de aquí á Sevilla? Pues, *llevándolo*.

El Sr. Pablo de Alcorta me había dicho varias veces, al tratar de la desastrada boda de su hermano, que si pudiera tirarle con uno de los ladrillos de la obra y darle con él en la cabeza, lo haría. Era una idea fija que acudía á menudo á su mente acalorada. Yo me pregunté: ¿Cómo con un ladrillo de esos se podría dar á D. Martín en la cabeza? Y me respondí: *Dándole*. ¿Qué se conseguiría con ello? Con un ladrillo cualquiera, nada; pero con un ladrillo que llevase escrita una alusión á la boda, es posible que se armara en Sevilla un escándalo. El escándalo recaería en daño de D. Martín, y lo

probable era que, humillado por las burlas, desistiera de sus propósitos. ¿Sería este un bien para mi amigo Pablo? Indudablemente. Animado, pues, por el deseo de intentar el remedio de los males que amenazaba á nuestro amigo, me decidí *á dar el ladrillazo*. Supuse que Alcorta, al hablarle del matrimonio en cuestión, volvería á insistir en su peculiar amenaza, y me propuse sorprenderle y sorprender á todos Vds. con la posibilidad y realidad de llevarlo á cabo. Nadie creería mi proposición. Cuando la hice, el viernes pasado, la tenía ya perfectamente estudiada y preparada; el éxito era para mí seguro, como lo ha sido. Desde la primera vez que Alcorta me habló de su amenaza delante de estos amigos, hasta la noche de la apuesta, transcurrieron siete días, según podrán Vds. recordar. Cuando se la oí la primera vez, llevé conmigo un ladrillo de la obra, escribí sobre su superficie el *Martín, no te cases,* imitando perfectamente la letra y firma de Pablo, que conozco hace muchos años, y el ladrillo llegó á Sevilla. ¿Cómo? De la única manera que puede llegar, sin mecánica nueva, sin electricidad, sin casualidades, duendes ni brujas, llevándolo yo en mis manos de Bolinchu á Vitoria, de Vitoria á Madrid y de Madrid á Sevilla; por el mismo procedimiento que un hombre hace su carrrera sin casualidades ni suerte, trabajando hoy, trabajando mañana, trabajando siempre, y del mismo modo que se hace un libro, haciendo la primera cuartilla, y luego la segunda, y luego la tercera, y así hasta la última. El ladrillo llegó, pues, á Sevilla del único modo que podía llegar, llevado desde aquí. Di el encargo á mi amigo el doctor sevillano, Cristóbal Vidal, de que aguardase el viernes, á las nueve en punto de la noche, en los jardinillos de las afueras que diariamente frecuentaba, al conocido indiano D. Martín de Alcorta, explicándole detenidamente cuál era mi benéfico y plausible propósito; y Vidal, hombre amigo de aventuras y de emociones raras, me prometió cumplir fielmente mi deseo, como á maravilla lo ha hecho. Volví sin perder tiempo á Bolinchu, donde me hallaba el jueves; vine á Alcor-

ta el viernes, insistió Pablo en sus trece, por indicación mía, yo le dicté lo que había de poner en el ladrillo, aguardé á la hora en punto, se hizo la apuesta, voló el proyectil, que se hundió en el río, como yo tenía previsto por si acaso iban á buscarlo, y ya ven Vds. cómo he vencido en tan extraña pelea.

Aquí, si algún mérito hay, es el de haber pensado evitar á esta familia una desgracia, que para ellos lo era y muy grande, la del casamiento de su tío; el de haber adivinado que Alcorta insistiría en sus amenazas; el de haber presentido el efecto que en Sevilla causaría el golpe del ladrillo manuscrito; el de haber calculado el tiempo que necesitaría yo para ir y volver, y el de haber preparado la escena y los actores y espectadores para que pasaran Vds. las emociones que han pasado. Así son todas las cosas en el mundo; cuando se estudian bien y se preparan con habilidad y se llevan á cabo con firme voluntad, dan resultados maravillosos: las gentes que juzgan de repente, con ligero criterio, creen en los problemas imposibles, en la casualidad, en la fortuna, y en todo menos en lo que dicta la razón. El imposible no es posible jamás. Todo cuanto lleva el hombre á cabo y que aparece con el carácter de imposible vencido y de maravilloso ó grande, es producto de la voluntad decidida y del estudio. *El secreto poderoso para hacer todas las cosas posibles, es este:* HACERLAS. Proyectarlas, y confiar después en el mañana casual ó afortunado es un error, que mata de raíz los más dignos propósitos de la mayor parte de los hombres.

Callé, y callaron todos. Mi explicación les sorprendió tanto, cuanto que ninguno la esperaba, por más que todos la encontraron muy racional y sencilla, y por más que aseguraron que á cualquiera se le hubiera ocurrido.

—¡Nos ha dado V. una lección soberbia!—dijo el hombre gordo;—yo sostuve siempre que el caso era imposible; pero una vez realizado, declaro que jamás comprendí cómo podía explicarse.

—De todos modos—añadió mosén Gaspar—aunque lo sucedido es lo más natural del mundo, insisto en que este muchacho tiene los diablos en el cuerpo. ¡Menuda broma nos ha jugado!

—Yo le felicito por su triunfo—dijo la marquesa—que para mí es de tanto alcance como si, realmente, hubiera llegado el ladrillo de aquí á Sevilla. Lo que en presencia de todos le suplico es que me honre viniendo á mi casa de Deva, á ser mi maestro de floricultura, por quince días.

—¡Pues ojo, amigo mío—añadió el vicario;—ojo, por si en aquel Paraíso se sientan Vds. al pie del árbol del bien y del mal!

—Pagaré gustoso las comidas de campo, señores—exclamó Pablo de Alcorta;—esto es lo que ahora nos debe preocupar, y nada más.

—No ha de ser así—dijo el ex ministro:—V. debe partir mañana mismo á Sevilla y traer á su hermano. Durante ese viaje, pago yo el primer día de campo, porque quiero de ese modo honrar al descubridor del *último invento;* y cuando Vds. vuelvan, pagará D. Martín, la segunda jornada, que será la tremenda.

Así se acordó. Los dos grandes días de broma de los montes de Santa Agueda fueron el preludio de los felices días que vinieron despues para la casa de Alcorta, en cuyo pintoresco y envidiable retiro, y en la agradable compañía de sus amantes sobrinos, vivió bastantes años el indiano D. Martín. Los que vayáis á Alcorta, donde hoy vive María Paula con su esposo y sus hijos, subid á la hermosa sala principal, y en ella, sobre una lujosa consola, entre los retratos de Pablo y Martín, veréis en un cuadro una masa áspera de color rojizo, con una borrosa inscripción en su superficie. Es el ladrillo del *último invento.*

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

Mosaico de gente armada.—Los frailes de Veruela son liberales.—Un organista asesino.—La Paraisa, las Peladas, las Peladillas y demás personajes.—El perro, yo, y otros animales.—En busca del mar del Sur.—Los patrioterillos y el Moño.—Tan honrado es Martín como su rocín.—Cortacabezas.—Palos en nombre de la libertad.—Se disgustan los gorriones.—Batalla descomunal.—La letra con sangre entra.

No hay mal que por bien no venga. Si los carlistas se acercaban á mi lugar durante la primera guerra civil, los chicos no estudiábamos. Se reunía en Borja, mientras duraba la alarma, la milicia nacional de los pueblos situados entre Moncayo y el Ebro. Al capitán de la de Ainzón le di un mal rato. Dormía la siesta, y por el cañón de escopeta que servía para pasar una cuerda desde la alcoba que ocupaba á otra que había en el piso de encima, toqué generala. La oyó entre sueños, y se levantó asustado, creyendo que los facciosos lo agarraban por los faldones. Los nacionales formaban abigarrada y pintoresca muchedumbre. Algunos de Borja usaban gorros griegos, los oficiales inmensos chacós de hule, los milicianos de Mallén gastaban casaca, que solían ponerse para cavar, encima del traje aragonés; los de Pedrola casi todos iban de paisano, montaban caballos de labor, se veían también en mulas y arrastraban largos chafarotes. Los habitantes de Pedrola tie-

nen fama de atroces. Cuentan que apostaron á comer alfalfa con los de Alagón y ganaron por seis fajos (haces).

Los nacionales de Añón, leñadores y carboneros, se distinguían por sus caras tiznadas, que no lavaban sino cuando les cogía al raso una tronada. Llevaban pañuelo en la cabeza, el capote gris, única prenda militar, colgado en el hombro, y la bayoneta metida en la faja. Con ellos formaban los coristas del magnífico monasterio de Veruela, situado en la falda de Moncayo, á cuyos monjes les dió la manía de aficionarse más que debían á la libertad y á las mujeres del Somontano. Si las de mi lugar veían un joven con pantalón de lienzo, chaqueta azul, gorra de cuartel y cara limpia, se burlaban diciendo:—*Chiquia;* ese es fraile.—Un monje barrigudo con gran escarapela en el sombrero de teja, montado en poderoso mulo, servía de capellán á los expresados montañeses. Me parece que lo estoy viendo, y hace sesenta años.

Siempre los bernardos de Nuestra Señora de Veruela habían manifestado más conformidad con los goces materiales, atribuyéndoles el origen del modismo: «A carnicera (tres libras) de carne por barba, y caiga el que caiga», según respondieron á un abad que les advirtió moderasen los excesos de la gula, á los rigores de la vida cenobítica; ya Felipe II mandó al capitán Juan del Arco para sujetarlos á la disciplina. En 1833 se decidieron por las ideas modernas, menos dos, que, acusados por sus compañeros de conspirar á favor del pretendiente, los llevaron presos á Zaragoza. Uno de ellos, el P. Peinado, llegó á capitán carlista, y con el santo fin de peinar á sus dignos colegas, hizo inútilmente una rápida excursión con 20 caballos por los pueblos en que creía se encontraban. La musa popular cantó la conducta de tales religiosos en versos cuyo mérito corría parejas con la idea que expresaban:

«Los frailes de Veruela son liberales
y han escrito á la reyna *pa* que los arme,
ellos se harán *vistuarios* y también *sabres*;
para cortar el cuello á los infames.»

Los monjes al ser exclaustrados, fusilaron la estatua de San Bernardo que hay en la puerta del monasterio. Todavía se conocen las huellas de las balas. ¡Ojalá, que el conde Pedro Atares, que por lo poco suave de su carácter no eligieron rey los aragoneses, fundador del santuario de Veruela, hubiera aparecido por allí al cometer acto tan repugnante! ¡Bonita cara habría puesto! A poco de la exclaustración, el abad y el cilleruelo (administrador) del monasterio de Veruela, acostumbrados á vivir regaladamente en el convento, vestían de clérigos en Zaragoza, llevaban raídos manteos y no tenían que comer. Gozaban de la libertad suspirada; no podían salir á la calle temiendo el garrote de los patriotas.

Un capitán de nacionales decía á los de Borja.—«Que deis buenos palos á los *faiciosos* (realistas pacíficos) me alegro, pero no robéis las terneras á los castellanos.» Era mesonero, y temía no poder explotar á los forasteros. Así entendía la libertad.

El 17 de Julio de 1834, degollaron á los frailes en Madrid. El 3 de Abril del 35, en Zaragoza. Nunca olvido el horror que causó en mi madre la noticia. En el convento de mínimos de la Victoria de Zaragoza, había un organista que se escapaba de su celda y frecuentaba lupanares, cafés y garitos. El Arzobispo le suspendió las licencias de celebrar, y su inmediato prelado le reprendió. Trató de tomar en ellos sangrienta venganza; mientras los frailes de su convento se hallaban cantando maitines y el Santísimo expuesto, mató en el coro, capitaneando una turba de sicarios, á siete inocentes sacerdotes. El prelado, P. Garroverea, catedrático de la Universidad, elocuente predicador, salpicado con la sangre de sus compañeros, se salvó por milagro. Medio siglo después me refirió la escena Fr. Valero Aznar, natural de Borja. Este era sacristán, se hallaba junto al altar, le hicieron varios disparos desde el coro, no perdió la serenidad, cerró el sagrario, se quitó los hábitos, pasó por entre los asesinos y huyó á Francia. La horda de caníbales, acaudillada por el infame organista, continuó la matanza; asesinaron en la calle al canónigo Marco, que era libe-

ral, y al librero Pardo de un pistoletazo. El Arzobispo se libró porque cerraron las puertas del palacio al oir la detonación. Las autoridades de la capital de Aragón se cubrieron de ignominia. Se contentaron con enterrar los muertos y dar pasaporte para el extranjero al feroz organista. Volvió al poco tiempo, lo nombraron sargento de francos, lo cogieron prisionero los carlistas, lo conocieron, no quiso confesarse, y lo hicieron pedazos. ¡Todo se paga!

Fr. Valero permaneció muchos años en el extranjero, conservó como reliquia la llave de plata del sagrario de su convento, que yo adquirí cuando murió en Borja el 21 de Setiembre de 1884.

En 1835, dijo un tío mío, jefe de los liberales de la comarca: «Acaba de llegar la orden de expulsar á los frailes de sus conventos.—Corre al de San Francisco y avisa al P. Magallón—me mandó mi madre. El mencionado religioso, al oir la noticia, bajó la cabeza, se santiguó, y rezó en voz baja sin manifestar la pena que sentía al quedar en el mayor desamparo. Al día siguiente, los frailes de los cuatro conventos de Borja ignoraban dónde se albergarían. Muchos de ellos, ancianos, perecieron de miseria. Varios de los jóvenes se fueron á los carlistas. Incautaron sus bienes, y á poco tiempo vi en la puerta del huerto de Santo Domingo á unas jóvenes labradoras que llevaban cintas azules en los collares, señal de que eran cristinas ó *liberalas*. «Entra—decía una á las otras riéndose—ya no hay frailes. ¡Ojalá nos dé la Reina lo que ellos tenían!» Aunque yo era niño, desde entonces he creído que la barriga influye en la política. Las mozas que así se expresaban las llamaban las Peladillas, hijas del tío Peladillo, que había sustituido en el cuidado de la huerta al colosal lego Fr. Frutos, que por lo atroz titulaban Fr. Brutos, y que hacía de cocinero y monaguillo. Contaban que al P. Prior le dijo el lego. «Cuando yo quiera le quitaré el mando.—¿Cómo? (le interrumpió indignado el prelado). Yéndome»—añadió el animal. Sólo había en el convento los dos mencionados religiosos.

La mejor alhaja de Borja era la custodia de oro del convento de San Francisco. La regaló en el siglo XVII un arzobispo de Méjico, en pago del aceite que siendo corista robaba á una lámpara de la iglesia para poder estudiar más tiempo de noche. La custodia se salvó el año 9 de la repacidad francesa, escondiéndola en el corral del convento. El 35 cayó entre las uñas de un hojalatero de Zaragoza. La convirtió en monedas. ¡Si sería liberal!

En aquella maldita época vivían frente á mi casa las Peladas, baturras muy habladoras. Cantaban patrióticas que se las pelaban. A pesar de ser *cuscas* ó cristinas, eran respetuosas con mi familia. En cambio, debajo de tales cotorras habían formado el nido la viuda de un escribano que llamaban la Paraísa y Justo el sacristán. La referida pareja desfogaba su bestial liberalismo insultando á mi pobre madre y á mis inocentes hermanas, llamándolas facciosas siempre que las veían. Nos rompieron varias veces á pedradas los cristales de los balcones. Las Peladas y las Peladillas eran más decentes y civilizadas que la sacristana. De seguro habrán entrado en el paraíso.

Siempre salen en los pueblos de los artesanos y mercachifles, clase entre la media y la canalla, los más intolerantes de los partidos políticos. Los labradores son más nobles y valientes.

A cada chico le guarda un ángel. Hay quien dice que el diablo, para que lleguen á grandes y poder llevárselos. De lo contrario, no quedaría un niño para muestra, y menos en Aragón: he observado son los más traviesos. Yo iba siempre por mi lugar con una *paniquesa* (comadreja) metida en el pecho, un cordero detrás, y delante un hermoso perro de aguas. El río Sorván, que se introduce en Borja por un canal abovedado, había crecido mucho. Arrojé un palo al río, y mandé á mi perro lo sacase. Se lanzó el animal al agua, y la rápida corriente lo metió por debajo del puente, donde comienza la bóveda. Muy pesaroso, fuí adonde desemboca el río y esperé

angustioso á que saliese mi fiel perro Capitán. Como no lo verificó, calculé que, si el agua llegaba á la clave de la bóveda, perecería, y, afligido, manifesté á mi madre que se había ahogado el Capitán. No lo creas; nada muy bien; ya habrá salido. El cordero y yo echamos á correr. Pregunté á una lavandera por el perro, tan conocido en la ciudad como su amo, y la bruta contestó riéndose: «¡*Miá* llorar por eso! No lo he visto.» Regresé á casa, sin que las caricias de mi madre me consolaran, hasta que supe gozoso por un muchacho que se oía el Capitán en el *arbellón de las monjas*. A los pocos minutos, palpitándome el corazón, tendido boca abajo sobre el puente, donde comienza la bóveda, grité más muerto que vivo: «¡Capitán! ¡pichín! ¡pobre Capitán!» Este, resguardado de la corriente en un ángulo que formaba el canal, me respondió con un lastimero aullido. A escape busqué una cuerda, pedí auxilio á un labrador, que se sonrió incrédulo al decirle: «Mira, échale la soga al perro, le mandaré que se agarre, me obedecerá, y lo sacaremos.—¡*Quiá!*», replicó el mozo. Pero ejecutó lo que yo deseaba. Se llevó el agua el extremo de la cuerda, y, flotando, la introdujo por la bóveda. ¡Cógela, Capitán! «Pues la ha *agarrao,* dijo el baturro.—¡Tira, tira fuerte!», añadí. El pobre animal, asido con los dientes á la cuerda, apareció luchando con la corriente en la boca del canal. «¡*Saben los perros más que las presonas!*» exclamó el mozo admirado, mientras el cordero, el Capitán y yo dábamos saltos de alegría. Sólo la comadreja, imagen del egoísmo que nada conmueve, permaneció dormida en mi pecho, sin tomar parte en tan interesante drama. Es dificilísimo domesticar tan feroz alimaña.

El río Sorván atraviesa á Borja, entrando en la ciudad por debajo del convento de la Concepción. Varios chicos, en la edad que comienza la malicia, nos propusimos llegar al sitio del convento, muy necesario, pero que no es para citado. Nuestro objeto era ver á las monjas lo que á las mujeres es muy difícil. Empresa digna de los descendientes de los almogávares, que vencieron á turcos y griegos en Oriente. De

aquellos muchachos, sólo yo llegué á saber que han existido tales guerreros. Los demás se dedicaron á la agricultura. Esperamos á que cortasen el río, para no ahogarnos; llevé una larga caña, encargué á todos los chicos la agarrasen con la mano derecha formando hilera, y que si yo, que iba delante, caía en un *pocico,* tirasen y me sacasen. Nos metimos en la oscuridad, apoyándonos con la mano izquierda en la pared; marchamos por debajo de la huerta, corrales y parte del convento. Con la alegría que experimentaría Vasco Núñez de Balboa al descubrir el mar del Sur, observamos que una fila de agujeros redondos, como otras tantas lunas con su claridad, indicaban habíamos llegado felizmente al término del viaje. No calculamos que entrando la luz por arriba, al colocarse en los círculos luminosos lo que tanto ansiábamos contemplar, nada veríamos, y lo que arrojasen, como á los que al cielo escupen, nos caería en la cara.

Sólo faltaba, para quedar en éxtasis ante el espectáculo imaginado, guardar silencio y esperar á que llegase alguna monja. Una oyó voces de chicos, y gritó indignada: «¡Pícaros, desvergonzados! ¡Voy á llamar al hortelano!» Nos entró el pánico, y huimos aterrados. Al aparecer por la boca de la bóveda, íbamos hechos una miseria de lodo nada aromático. Castigo merecido por querer ver nada menos que á una monja lo que de una seglar ni nombrar se puede. ¡Cuántos jefes militares habrán dado pomposos partes de hazañas tan útiles y limpias como la anterior, y por la cual recibirían ascensos!

Era yo chico, y sentía que la nación se dividiese en bandos irreconciliables. Las mujeres de mi lugar, con exaltación aragonesa, buena para emplearla contra el enemigo extranjero, se engalanaban, con cintas rojas las carlistas, y azules las cristinas, que para insultar á aquéllas se desgañitaban cantando:

De Nápoles ha venido
la gloria á los liberales,
el infierno á los facciosos,
y el purgatorio á los frailes.

La libertad es amada por todo corazón noble y generoso. Se nace liberal, como pintor ó poeta. La religión y la educación modifican los malos instintos. Si estos se desarrollan por falta de freno físico ó moral, los hombres se sublevan para encaramarse, y si lo consiguen se convierten en déspotas. Del mismo modo que los criados si llegan á ser amos tratan mal á los que tienen precisión de servirles, los que cacarean de liberalismo avasallan á cuantos tienen la desgracia de hallarse á sus órdenes.

Por lo que sucedía en una pequeña ciudad de Aragón durante la primera guerra civil, puede calcularse lo que acontecía en el resto de España.

La pasión política invadió hasta los niños. Los chicos de los liberales me impedían ver á los soldados formados en la plaza de Borja. Me extasiaba contemplando infantes y jinetes. Sobre todo, las *bandericas* de las lanzas me entusiasmaban; pasaba horas enteras aprendiendo los movimientos que la tropa ejecutaba. Sólo estuvieron en mi pueblo los carlistas, al mando de D. Basilio García, en 1836. Llevaba de segundo á D. Juan Manuel de Valmaseda, la mejor lanza del pretendiente. No temiendo á los hijos de los nacionales, llegué muy alegre á la plaza. Me vió el Moño, mozo de Ainzón, que se había incorporado á los carlistas, se creyó indigno de maltratar á un señorito como un alfeñique, y dijo señalándome á un muchacho que me llevaba media vara: ¡Dale á ese un *ñeque!* que canta patrióticas en mi lugar con su tío el *cusco*. Le miré con desprecio, escapé apesadumbrado de mi desventura, y pensé: «lo mismo sois todos». Después de medio siglo no he variado de opinión. Ni *cuscos* ni *facciosos* me dejaban ver la tropa.

Perseguido por carlista, sin serlo, no haría coro, como suponía el Moño á estrofas tan repugnantes como estas:

¿Qué es aquello que baja
por aquel cerro?
Las tripas de un faccioso
que lleva un perro.

Un carlista está malo
con calentura,
mátale una gallina;
dale la pluma.

En cambio, con la idea fija de ser militar, repetía á mi hermana:

Mañana me voy soldado
y no tengo escarapela,
dame una gota de sangre
de tu corazón, Manuela.

Los liberales, para insultar á los carlistas, les cantaban noche y día:

Digamos todos, con alegría,
viva la reina doña Cristina,
La que *rómpio* las cadenas
que oprimidos nos tenían.

En 1840 la echaron de España.

Los realistas de mi lugar, de 1823, repetían:

La niña bonita
que en Cádiz nació,
el aire de Francia
mala la *pusió*.

La copla da asco por antipatriótica. A blancos y negros se puede aplicar: Tan honrado es Martín como su rocín.

Un botiguero de Borja, usurero y liberal, palabras que riñen de verse juntas, no se atrevía á levantar el garrote á los labradores que iban á misa. Los insultaba cuando pasaban por la puerta de su tienda. Devanaba, arrimaba el ovillo á su único ojo y echaba el hilo á campás gritando:

Lo que Mina promete
lo sabe ejecutar,
y en su programa, dice,
Carlos no ha de reinar.

Infames, bribones,
Tunantes, malvados,
¿Queriais osados,
el trono usurpar?

El mercachifle fué á Zaragoza, los clerófobos, al ver su su cara afeitada, gran barriga, traje negro y facha, creyeron era fraile exclaustrado y le arrimaron una paliza. Cuanto más gritaba, soy liberal, más fuerte le daban.

Mucho daño causaron lo que por antífrasis llamaban canciones patrióticas.

En Borja los liberales apalearon, hirieron ó mataron á más de doscientos que no lo eran.

Una noche llamaron á la puerta del cura de San Bartolomé. «¿Quién es?—preguntó la criada.—Que se asome el párroco y le diremos el nombre de un feligrés que se halla expirando», contestó uno, mientras otro apuntaba con una escopeta á la ventana. Apareció en ella la madre del sacerdote, la cual no permitió que éste lo verificase. El infame disparó al bulto. Vi el día siguiente el cadáver de la pobre anciana en la iglesia; se sacrificó por su hijo.

Muchos años después decía el cura de Magallón, ex capitán carlista: «Dios no permitió que ganáramos, porque los nuestros se hubieran vengado cometiendo tantos horrores como los liberales.»

Otros recuerdos tengo de chico relacionados con la milicia, á la cual profesaba afición decidida. Llegó á Borja una columna. El jefe de la caballeria, alojado en mi casa, me enseñó fósforos que yo no había visto jamás. Quedé admirado de la invención y me dijo: «Al anochecer, antes que pongan la luz, te daré con ellos en la cara, y tus hermanos crecrán que sales del infierno, que te vas quemando, y se asustarán.» Así sucedió.

Se reunieron en mi casa varios oficiales de un batallón de francos compuesto de la gente más perdida de Aragón. Uno de ellos recitó una composición romántica espeluznante,

muy de moda en aquella época. Nunca he olvidado la fisonomía asquerosa de un alférez. Sus compañeros contaban horrorizados que en el hospital de Cantavieja, cuya plaza carlista acababan de tomar, había degollado por su mano á una porción de enfermos y heridos partidarios del pretendiente después de tocarles las barbas y llamarles guapitos. Le volví á ver otra vez en Zaragoza. Se hallaba con un hierro de lanza en la mano cogido con un pañuelo de seda encarnada, gritando en la plaza de San Francisco. He muerto muchos facciosos; pero esta arma la guardo para acabar con los *estatutistas* ó partidarios del Estatuto real. A hiena tan infame la apellidaban Cortacabezas. De seguro era un cobarde. Lo raro es, y prueba la perversión moral del tiempo, que el general San Miguel no lo fusilara por la hazaña vil de Cantavieja.

Contaban que D. Evaristo San Miguel, exaltado liberal, muy instruido y humano, nunca tenía un cuarto. Su mayordomo y antiguo asistente le repitió tantas veces que era preciso disminuir los gastos, que, ya cargado le replicó el general: «Tienes razón. Comencemos: para hablar no se necesita luz.» Y apagó de un soplo la única vela que alumbraba la habitación.

Gran placer tenía yo en pasar á Ainzón, que era el pueblo de mi madre.

Llevaba la *paniquesa* en el pecho, me precedía el perro y me seguía el cordero. Me cogió en el camino una cuadrilla liberalesca de muchachos, me llamaron faccioso, me apalearon y lo mismo hicieron con el cordero, aunque yo les decía llorando: «Pegarme á mí, ¿qué culpa tiene el pobre animal? ¿Es también faccioso?» El perro escapó y me aguardó en un olivar de mi madre, término de Ainzón, frontera que mis enemigos, al perseguirme otras veces, no se atrevían á atravesar. Si se enteran que yo ocultaba en el pecho la *paniquesa,* hubieran tratado de matarla. La comadreja es un animal lindísimo y feroz. La mía bebía en mi vaso, comía en mi plato, dormía conmigo, se subía por el interior de mis pantalones y sacaba la cabecita

por la abertura de mi camisa. Yo llegué á ser conocido por el «chico de la paniquesa». Cuando quedé en un colegio de Zaragoza, la llevaron á Borja y desapareció. En Aragón, para manifestar la agudeza de alguno, dicen: «Es más vivo que una paniquesa».

Para regresar á mi lugar, un hermano de mi madre, jefe de los nacionales de la comarca, disponía me acompañara un criado famoso por lo bruto. Encendía fuego colocando yesca en los dientes superiores y frotando en ellos con fuerza la navaja. Para que lo verificase le decía yo: «Echa chispas, Bacarizo.» Más que los golpes sentía que me llamaran faccioso. «¿Soy yo faccioso?», preguntaba á mi buenísima madre. «No, respondía, jamás te has sublevado contra el gobierno, ni lo quiera Dios.»

Entre cuatro mozalvetes me agarraron por las piernas y los brazos para arrojarme al río Sorván si no gritaba ¡viva Isabel II! Me negué.

Unas lavanderas me salvaron de aquellos patrioteros en agraz, que después se declararon contra la reina cuando yo la defendía. Los vivas á personas y á sistemas políticos adulan ó hieren. Sólo debe gritarse ¡Viva España! La patria, que es inmortal. A los cincuenta y cinco años de este suceso, que prueba la intolerancia de aquella época, al pasar yo por la orilla del mencionado río, me preguntó una vieja:

—¿Se acuerda V. cuando la tía Coronela, mi madre, y otras mujeres, evitaron que lo tirasen al agua porque no quería V. decir ¡Viva la reina!

—Sí—la contesté sonriendo.

Ya que no puedo describir las escenas ridículas de los partidarios del rey absoluto, algunos le llamaban disoluto, y lo siento, pondré en solfa las de los liberales.

En Ainzón, situado á dos kilómetros de Borja, se celebraba la fiesta de San Sebastián, disparando brutalmente trabucazos desde el amanecer. Como gracia, quemaban la bandolera del santo que llevaban en procesión. A tales festejos se añadió en 1836 el inaugurar una lápida con la inscripción «Plaza de Isa-

bel II». Formaron cincuenta infantes de milicia nacional con pañuelo en la cabeza, faja ancha y calzones, más diez caballos que montaban los señores del pueblo vestidos de paisano. Entre estos, el albéitar, que por haber sido soldado, era el instructor. Un fraile, secularizado el año 20, predicó desde el balcón de la Casa Consistorial. Explicó la libertad, los oyentes no entendíamos gran cosa, y dió mueras á la tiranía. Los milicianos hicieron varias descargas al aire con gran disgusto de los gorriones, que habían regresado al pueblo creyendo no se repetiría el fuego graneado de por la mañana.

Después de tan solemne ceremonia, los peones se fueron á las tabernas, y los caballeros al bautizo del hijo de uno de los principales caciques. Al niño, que de hombre fué republicano, como todavía no habían echado de España á la reina gobernadora, le pusieron de nombre Cristino. Si naciera del 40 al 56 se habría llamado Baldomero, como Espartero. Adulaciones necio-políticas. Aquella tarde, en Ainzón, corrió el chocolate y el vino con más abundancia que el agua del río Luchán que rodea á villa tan pintoresca. Llegó la hora del baile. Damas, galanes, y algunos chicos, sufriendo el aire moncaino que soplaba helándonos los huesos, esperábamos desesperados que abrieran la puerta del palacio municipal. El alcalde tenía la llave, no parecía, y lo pregonaron por todas las calles del lugar.

Comenzó el sarao, lo interrumpieron unos bárbaros en nombre de la libertad, querían tomar parte en la danza sin ser invitados, se asustaron las señoritas, fueron rechazados los salvajes, y cuando el baile se hallaba en su apogeo, un tío mío gritó exaltadísimo que el albéitar, resentido porque no le habían dejado penetrar en la sala, había montado en cólera y en su jamelgo, marchándose ¡qué horror! nada menos que á la facción. ¡Aquí fué Troya! Los nueve individuos restantes que componían la caballería de la Milicia nacional, ensillaron los jacos, y á escape, como estos eran mejores que el del veterinario, lo alcanzaron y trajeron amarrado. El profesor de táctica

no volvió á enseñarla á sus ingratos discípulos. Para lo que les hubiera servido...

Mi referido pariente, al contemplar extático la lápida de Isabel II, exclamó:

—¡Ojalá dure tanto como el escudo de armas sobre el que han esculpido el rótulo!

A los seis meses ocuparon por única vez los carlistas á Borja, y los pocos que había en Ainzón, rompieron la mencionada piedra. Lo mismo hubieran hecho con una estatua de Fidias. Nada hay más brutal que la guerra civil.

Un hecho horrible que oí por entonces, me impresionó fuertemente. Acusaron á unos señores de Calatayud de conspiradores carlistas. Eran inocentes, y la Audiencia de Zaragoza los absolvió. Se amotinó el populacho; los jueces, de miedo, los condenaron á muerte y los ahorcaron. Se lució la curia.

En Borja, desde que la conquistó Alfonso el Batallador, se celebra la fiesta de San Jorge, patrón de Aragón, comiendo la *culeca*, ó moña de pan de leche y huevos duros con ensalada de lechuga, en las orillas del Huecha ó en la ermita del Santo mártir. A cada niño le reparten su *culeca*, y á los que maman se la cuelgan de la faja que sujeta las mantillas.

Como los chicos imitan á los grandes, en mi lugar nos dividimos en partidos. Yo capitaneaba á los hijos de los que no eran liberales, ya que los de éstos me hacían la guerra injustamente. Enseñé cuanto sabía de milicia á los muchachos de mi barrio; los armé con fusiles de madera, y les hice gorras y cartucheras de papel. Un dia de San Jorge, después de atracarnos de *culeca* y lechuga, formé mi infantil ejército. A su frente marché orgulloso al cabecico de la horca, así llamado desde que en él ejecutaban á los moriscos. En cuanto nuestros contrarios se apercibieron que tantos facciosos, según nos titulaban, seríamos media docena, se hallaban situados en tan formidable posición, se alarmaron, se reunieron y avanzaron resueltamente, con fuerzas muy superiores en número y calidad. Aunque en disciplina tirios y troyanos se llevaban poco,

los cristinos, como los antiguos baleares, iban armados de perigallos (hondas), de que carecíamos nosotros, y nos lanzaron una lluvia de piedras. Mis diminutos soldados, que lo eran más que los del bando opuesto, se mantuvieron firmes largo tiempo.

Para librarlos de una completa destrucción, simulé entrar en la ciudad por la calleja de Viñales, y burlé al audaz enemigo atravesando rápidamente el caudaloso Sorván por el cañico, con agua á la rodilla, sin perder un solo chico en tan famosa retirada, verificada con el orden más admirable. ¡Lástima que no haya tenido un historiador como Jenofonte!

Como los niños y los perros son más valientes al reñir cerca de donde habitan, introduje mis huestes á escape por el lavadero de una posada contigua á mi casa, deposité en mi huerto el armamento para defendernos mejor, y procuré valerme de los mismos proyectiles que usaban los liberales, parapetándome en el corral del referido mesón.

Los exploradores enemigos averiguaron la dirección que yo había tomado, reconocieron mi nueva posición, y el ejército de la libertad, aumentadas sus fuerzas con los que siempre se unen al que creen tiene más probabilidades de vencer, nos volvió á atacar con las mismas armas que al comenzar tan fiera batalla: á pedrada limpia. Los arrieros que había en la posada y algunos mozos de la ciudad, al vernos más débiles y en menor número, nos animaban; al observar que gente de pelo en pecho ayudaba á los contrarios, se pusieron de nuestra parte. Lo que al principio era parodia risible de lo que por desgracia sucedía en España, iba á terminar en tragedia y motín popular. A los gritos se asomó mi madre al balcón, se enteró, comprendió que quitando la causa desaparecería el efecto, acudió presurosa, me cogió prisionero agarrándome por un brazo, me dió varios pescozones y concluyó en el acto tan sangriento combate. Mis veteranos, sin jefe, algunos descalabrados, se dispersaron como bandada de pájaros.

Si María Cristina, con un decreto desarmó á quinientos mil

realistas, mi madre acabó una guerra civil liliputiense. Quemó, con harto dolor de mi corazón, los fusiles de palo y las cartucheras de papel que encontró en el huerto. Hasta mi caballo de caña.

Lágrimas ámargas derramé al perder la esperanza de reorganizar mis tropas y ver los objetos de mi entusiasmo convertidos en humo y ceniza. El 23 de Abril de 1836, fiesta del glorioso San Jorge, fué uno de los más funestos de mi vida. Ya no jugué más á los soldados.

A principios del siglo XIX era maestro de escuela en Borja el tío Bartos. Su hija, buena moza, se enamoró de un bobalicón aprendiz de barbero, raquítico y feo. Por robar habas en los huertos y metérselas en el pecho ó seno, le llamaban D. Babil Senadas. El maestro se pasaba de bárbaro; despreciaba tanto al pretendiente á yerno, que daba un cuarto, y no le sobraban, á los chicos de la escuela por que apedreasen al rapista. Si se negaban los azotaba. Tenían que elegir entre ser víctimas ó verdugos.

Al tío Bartos reemplazó el Sr. D. Claudio Ladrón de Guevara y Fuentes, como se titulaba pomposamente, aristócrata y liberal, lo cual prueba que, en política, la teoría suele andar reñida con la práctica. Hubiera arrimado un garrotazo al que le llamara tío Claudio: éste, inutilizado de ambas piernas, de muchacho hacía cuerda para alpargatas; su padre, contralto de la colegiata, le enseñó música. A Claudio, de la piel de Barrrabás, le gustaban las hijas de Eva; no permitiéndole salir por la puerta para ir de rondalla, se arrojaba por la ventana, cayendo sobre la manta que cuatro mozos sostenían por las puntas. Lo sentaban en una espuerta que llevaban entre dos agarrada por las asas, y acompañaba con el violín á los que cantaban la jota. Si los mozos la emprendían á trabucazos con los de otra cuadrilla, y los miñones ó alguaciles del corregidor corrían tras los rondadores, quedaba abandonado el músico en la espuerta hasta que lo entregaban á su padre, que le daba una paliza inútil; jamás se enmendaba. Una mañana

de invierno le encontraron en un campo regado, sin más abrigo que el violín, y una noche, perseguidos los de la rondalla, lo escondieron debajo de un puente; pasaron por encima los fusileros, Claudio tocó la jota, volvieron atrás, nada vieron, y un inválido se burló impunemente de la fuerza militar, reclutada entre los jóvenes más robustos, altos, ágiles y valientes de Aragón. El cojo estudió para maestro de escuela, se hizo pedante, como les sucede á los pedagogos, aunque sean aragoneses, y, sin saberla, nos enseñaba la Gramática castellana: «Señores, nos decía con gran énfasis mirando al libro, se duplican las erres, en terra, terruño, terrenal, terrestre.» Tanta erre nos dejaba estupefactos.

Usaba gorra de castor en forma de mitra con larga visera, casaquilla de fricasiana, pantalón con estrecha portezuela, chaleco de colores muy vivos, y en el cuello pañuelo encarnado. De pequeña talla, corto el pescuezo, abultado vientre, pies y piernas disformes, tenía la cabeza hermosa, parecida á la de Nerón. Sus ojos eran grandes, el pelo negro, ensortijado, que recogía sobre la oreja izquierda, y en sus anchas patillas limpiaba el polvillo del tabaco que le quedaba en la mano después de picar y hacer el cigarrillo grave y pausadamente. Se daba tono para infundir respeto. Orgulloso, irrascible y terco, se vengaba si podía de los bien formados seres, como hacen los que no lo son. A pesar de su soberbia, en Borja no le llamaban D. Claudio, sino el maestro cojo ó el cojo del contralto. Colgaba las disciplinas junto al sillón de moscovia, y azotaba brutalmente las desnudas carnes de los niños por el grave delito de distraerse al ver volar una mosca ó no responder acorde á una pregunta del catecismo del P. Ripalda. Otro instrumento de tortura nos causaba horror; la palmeta ó pala de madera. Temblábamos cuando el maestro se mordía los puños de rabia y nos miraba con los ojos inyectados en sangre. Al hijo de un molinero le llamó para pegarle; en lugar de acercarse, se arrojó por el balcón; mientras el cojo tomó las muletas y se asomó asustado, el chico había desaparecido. Los mu-

chachos de los labradores pocos llegaban á saber leer; comenzaban por hacer *fuina* (novillos) y concluían por no volver á la escuela. Los de los artesanos consideraban una felicidad que los pusiesen á oficio, y los de los señores el estudiar latín.

Solía tratar mejor que á los otros á un niño flaco, *esmirriadico*, de escasos pulmones, que llamábamos «Vicio corrompido». Al leer en el Catón: «Hijo mío, hay en tu corazón una voz que te grita: ama á tus padres, y vivirás largos años sobre la tierra», se paraba á cada palabra y preguntaba: «Señor maestro, ¿descanso?» «Sí, descansa», respondía el tirano. No acostumbrados á tales dengues y embelecos, si al contraste de la voz hueca del maestro con la atiplada del discípulo, algún chico no podía contener la risa, la apagaba D. Claudio haciéndole bajar las bragas, que lo cogiesen á cuestas, lo acercasen al sillón, y levantándole el faldón de la camisa, lo azotaba con crueldad, sin conmoverle ayes ni lágrimas de la criatura. Ocurrían escenas cómicas. Si á una madre se le moría el hijo que amamantaba, de seguro en la escuela se sabría quién tenía un perrito para criarlo. El maestro nos permitía hablar cuando recibía visitas. Para imponer silencio, golpeaba la mesa con la temida palmeta, y preguntaba con voz estentórea: «Señores, ¿sabén Vds. dónde hay una perra parida? Señores, ¿han visto Vds. algún perrito? — La tía Pocapena tiene uno muy magico. Culinabo lo dice», respondía una vocecita. Ladrón de Guevara, dirigiéndose gravemente á la infeliz mujer, añadía: «Ya sabe V., la tía Pocapena, en Barrio Verde, posee lo que desea.»

Mientras vivió Fernando VII, el maestro nos llevó al sermón en cuaresma, los domingos á misa, y precedidos de un estandarte, en dos hileras, con los brazos cruzados, á la plazá, donde recitábamos la doctrina, que escuchaban con religiosa atención los labradores embobados de nuestra sabiduría, mientras sus hijos, huyendo de D. Claudio como del demonio, se entretenían en coger nidos, nadar en las albercas ó apedrearse. Vida deliciosa que los más civilizados envidiábamos.

Si al marchar por la calle recitando el Credo decíamos por casualidad: «Descendió á los infiernos», al mismo tiempo que el maestro añadía: «andar pronto», para que aligeráramos el paso, las baturras creían deseaba nos condenáramos, y exclamaban: «¡Si el cojo es mucho malo, mucho malo!»

En cuanto se oyó cantar en Borja:

Reina gobernadora,
Cristina de Borbón,
castiga á los *calristas*
y tendremos unión,

desarmaron á los realistas; los sustituyó la milicia urbana, que en urbanidad y utilidad corría parejas con la anterior, y el feroz Ladrón, liberal ó cusco, puso en la escuela el retrato, en mala litografía iluminada, de Isabel II.

El nuevo régimen, afortunadamente, prohibió las disciplinas y palmeta, armas ofensivas del cojo. No vistió el uniforme de cristino, ni pudo jugar á los soldados por su completa inutilidad para la guerra; pero era tal su entusiasmo, que en cuanto había alarma en Borja, entre su mujer, otra de sus víctimas y un animal de sobrino que le servía de pasante y mozo de cuadra, lo montaban con gran fatiga en un mal penco.

El señor maestro empuñaba una muleta á guisa de lanza, llevaba el sobrino la otra al hombro como si fuera un fusil, y se refugiaban en el ex convento de capuchinos, fuerte que no llegó á utilizarse, porque la única vez que los carlistas entraron en Borja, los milicianos se salieron, subiéndose á Moncayo. Lo llamaban fuerte y era flojo. Trabajaron en él sin cesar los siete años que duró la guerra civil. Siempre que trataron de llenar el foso de agua se filtraba, y como las trompetas de Jericó, hacía caer las murallas. Al reconocer fortaleza tan inexpugnable, el coronel de Estado Mayor, D. José María Cistué, pariente mío, exclamó: «No lo tomarán..., si no lo atacan», guardándose de decirlo á los exaltados patriotas que por su brutal intolerancia consiguieron que cuatrocientos jóvenes sumisos al

gobierno, en una población de cuatro mil almas, se marchasen á morir por D. Carlos, que si venciera, les habría pagado como Fernando VII á sus padres. Casi todos lo verificaron al siguiente de un día de fiesta que los liberales santificaban manejando el garrote. Pasaban el Ebro por Cortes, en una yegua que después volvía sola. En la última guerra civil, que no apalearon á los de ideas religiosas, hasta salía el rosario de la aurora; había trescientos soldados de Borja en el ejército liberal y seis en el carlista. Dirigieron las obras del inacabable fuerte de Borja un capitán retirado y el jefe de la milicia, acérrimos partidarios de la Constitución del 12 y muy aficionados á las mozas de cántaro, que perseguían con más entusiasmo que á los facciosos. Ambos ignoraban que hubo un conde Pedro Navarro, célebre ingeniero, aunque el capitán tenía igual apellido. Como tela de Penélope, pasaron el tiempo haciendo y deshaciendo.

«Chochorro, preguntaba el paisano al albañil, ¿quién ha mandado abrir estas aspilleras?—D. Tadeo.—¡Qué bruto! Tápalas.» En seguida llegaba el militar, y decía: «¿Qué zopenco ha dispuesto eso?»—D. Juan.—¡Si sabrá de milicia, como yo! Cuando caí prisionero en 1811, en el asalto de Tarragona, repetía el veterano por la milésima vez, el mariscal Suchet nos gritó furioso, apuntándonos con el bastón: *Pum pum fusillé.* Que nos fusilaría si tratábamos de escapar. Fué lo único que entendimos al gabacho. Yo pronto me las guillé.—D. Tadeo (le interrumpía Chochorro): ¿ese franchute sería albéitar?—Bárbaro, general.—Como le llama V. *meniscal*...

En la escuela, cuando hacía calor, nos atormentaban las moscas y la sed. Si se volvieran pájaros ¡qué gusto!, las cazaríamos, pensaba yo mirándolas, y si saliese aquí en la pared junto á mí, un *chorrico* de agua, haría lo mismo que la mula blanca del santuario de la Misericordia, que para beber coge siempre con la boca el caño de la fuente.

El día más feliz para los chicos de la escuela, era cuando el aborrecido maestro celebraba su santo. A cada uno nos da-

ban una tajada de melón por la mañana, y no le veíamos la cara por la tarde. Había asueto.

En el convento de franciscanos de Borja comencé á estudiar latín con el P. Magallón, pobre de espíritu, lleno de escrúpulos. Castigaba porque creía en la máxima de entonces que la letra con sangre entra. Lo echaron del claustro, y quedó en la miseria. Después daba lección á sus antiguos discípulos; con dos pesetas que cada uno le abonábamos al mes, se mantenía el infeliz, y al verse solo en el mundo, sin amigos ni parientes, perseguido, lo mató la pena al poco tiempo. Fué víctima del triunfo de sus ideas. Era liberal.

Debieron disminuir el excesivo número de frailes, disponer se dedicasen á la beneficencia y enseñanza; nunca en nombre de la libertad asesinarlos civil ó materialmente, ni destruir los monasterios que encerraban preciosidades artísticas, orgullo de la patria. La expulsión de los monacales aumentó la guerra civil, que ya ardía, más por la religión que por la política. A los que se batían por D. Cárlos, poco les importaba el gobierno absoluto ó representativo que los más no comprendían.

Pocos éramos los que en Borja estudiábamos latín, y menos los señoritos ó mainatillos, como nos llamaban por burla los demás.—Mamá, decía yo á la mía.—¿Por qué no me compran unas *alpargaticas* como llevan los otros chicos? Estos se hubieran avergonzado de vestir como yo.

En el reinado de Fernando VII se pagaba en Borja al maestro de escuela 90 duros al año y 60 al de latinidad. Los niños abonaban, si sus padres podían, una peseta mensual. Al presente cuestan los profesores 2.000 duros, y, según los liberales, se halla más atrasada la instrucción. En cambio se ha aumentado el orgullo de los pedagogos, que como sabios á medias son una calamidad. En 1868 la mayoría fueron revolucionarios y la república los dejó sin comer. Desde que asoma la punta de la oreja el partido anarquista, se nota la reacción hacia la enseñanza dada por los institutos religiosos.

UN SOLDADO VIEJO.

EL VIAJE POR ESPAÑA

En qué consiste el cosmopolitismo.—La imitación y la copia.—La fonda moderna en España.—Volvamos á la tradición.—La fonda-hospital.—Los ferrocarriles.—Concepto *penal* del viaje.—El cigarro.—El reservado de señoras.—El retraso.—Las aduanas.—Los billetes circulares.—Riqueza artística de España.—Las señoras que viajan.—Nuestra complejidad.—Atractivos del viaje.

Si se me ocurriese dedicar este estudio, lo dedicaría á los extranjeros que acometen la empresa de recorrer nuestra patria, sin arredrarse ante las contradictorias y tal vez alarmantes noticias esparcidas en los relatos de los exploradores que ya dieron felice cima á la hazaña, y sin preocuparse por la falta del indispensable *vademecum* del viajero moderno, la guía Bœdeker, que España no posee, ni lleva trazas de poseer nunca, como tampoco la poseen Portugal, Rumanía, Bosnia, Servia, Bulgaria, Montenegro, Grecia, ni Turquía... ¡Triste similitud!

No vacilo en afirmar que el viaje por España es tal vez el más deleitable que puede realizar una persona dotada de cultura y de conocimientos en arte y en historia, siempre que esta persona sea capaz de prescindir de ciertos hábitos que constituyen la rutina de la vida civilizada actual. El saber salir del camino trillado y el no atribuir excesiva importancia á tal sacrificio; diré más, el encontrar estímulo y goce en va-

riar temporalmente de costumbres ó en no tener ningunas, es, á mi ver, signo de vocación cosmopolítica y de superioridad. Siempre he entendido que la esencia del cosmopolitismo ilustrado no consiste en extender por todas partes una capa uniforme y antipática, á modo de baño de azúcar ó á guisa de enlucido que tapa las rudas esculturas de los templos viejos; por eso jamás hice coro á los que piden para España (pensando remediarlo todo con tan socorrida fórmula) «hoteles á la francesa ó á la inglesa...», á fin de que los extranjeros «no echen de menos perfil alguno».

No está el ideal, para un extranjero algo inteligente, en llegar á Madrid, y que un *garçon* idéntico al que le sirvió la última comida en el *Hotel du Louvre,* le presente una exacta reproducción de aquel *vol au vent,* cuya indigesta hojaldre aún le pesa en el estómago. Deben adecentarse, pulirse, arreglarse mucho—¡quién lo duda!—los mesones y posadas españolas; pero sin perder el aire de mesones y posadas; sin olvidar el tono castizo, rancio, cordial y abierto, que es nuestro sello nacional.

Es error suponer que en toda Europa hay un tipo común de hospedaje. Italia, por ejemplo, conserva el *albergo* y la *osteria,* que no se parecen al clásico hotel francés: en Francia misma abundan las *maisons de famille* y las *pensions bourgeoises,* no siempre tan misérrimas y angustiosas como la que describió Balzac en *Le Père Goriot:* los hoteles alemanes y suizos tienen su fisonomía propia, y lo mismo puede decirse de los austriacos; siendo de notar que los pueblos que propenden á aceptar la civilización definida y cerrada como un dogma—España, Portugal, Turquía—son los que á la letra *copian* el modelo francés, tomándolo por el límite de la perfección, y reconociendo humildemente el propio atraso, sin ver que para adelantar bastaría ir reformando con perseverancia y sensatez lo tradicional de cada país.

No hay nación alguna que, si busca bien, no encuentre en sí misma base y elementos para todas las formas de su

actividad. Se importa y se imita, por pereza de discurrir, de ahondar en nuestro terruño, en nuestra inagotable mina. Así se ha podido dar el caso de que en un país como España, donde existen tantos y tan bellos ejemplares de casas fuertes, de palacios, de castillos, de quintas, de alquerías, de patios, de claustros, de miradores, no sólo elegantes en su planta y adornos, sino adecuados á las condiciones del clima y á los materiales de construcción, haya podido llegar á ser frecuente, habitual casi, sobre todo en el campo y en balnearios y *villas,* la edificación al estilo suizo ó francés, abundando los *chalets* y los mezquinos castilletes *a pignons,* como si no fuese cien veces más lindo—bajo estos cielos y sobre el fondo de estos paisajes—la casa de arquería catalana y aragonesa ó el serio y familiar caserón del Norte y Noroeste, con sus graciosas paredes saledizas, sus pintorescas balconadas y sus robustos torreones cuadrangulares.

Es lo peor de las importaciones, que jamás son completas; pues la planta indígena, más vigorosa, si no ahoga enteramente á la planta importada, por lo menos la disputa siempre el derecho de vivir. Cultivar la indígena para que rindiese sazonado fruto, sería más fácil que aclimatar la forastera. Del hospedaje francés, lo que han podido asimilarse las fondas españolas se reduce á exterioridades y apariencias, sin resultado práctico para el bienestar de los huéspedes. En esto de hospedaje hay una *mentira convencional,* contra la cual debemos sublevarnos. La receta francesa mejor aprendida aquí, es la de cobrar aparte y por las setenas hasta el agua. Con esto; con vestir á los camareros un mugriento y desfigurado frac; con decorar exagerada y churriguerescamente comedores y salas de lectura; con un necio lujo en muebles inútiles; con meter por los ojos una cartulina llamada *Menu,* donde en nombres pomposos y estropeando la ortografía francesa se inventaría diariamente la comida, y otra cartulina un poco más larga que contiene el índice y precios de los vinos, y con un cocinero maleta que parodie los guisos traspirenaicos y no sepa freir

unas magras á la antigua española... cátate el *gran hotel* hecho y derecho.

Para ejemplo, citaré, pues acabo de padecerlo, el aparatoso *Términus* de Bilbao, que pasa por el mejor hospedaje de una capital tan adelantada, rica y hermosa como la de Bizcaya. Al pronto, os seducirán quizás (á mí no) sus arrequives, sus anchas vidrieras, sus divanes de terciopelo, sus alfombras, tanta colgadura, tanto fleco y tanto moño. Fijaos y veréis que todo ello, lejos de contribuir á la comodidad del viajero, le perjudica y le molesta. Las alfombras, en tiempo de verano, abrasan los pies. Las colgaduras y muebles de terciopelo sofocan, impiden la ventilación, y además son depósito y arsenal de todos los gérmenes infecciosos que pueden haber dejado como huella de su paso los desconocidos que os precedieron. La pesada decoración del comedor contribuye á que se condense y perpetúe allí el repugnante olor á comida, inconveniente grande de tales sitios. Traer á nuestro clima templado estas espesuras de mobiliario que nacieron en Inglaterra, es errarla, pues en cada nación las fondas, si han de hacerse tolerables, no pueden ser otra cosa sino *la vivienda particular y peculiar del país, modificada con arreglo á las exigencias del hospedaje*.

Profundizad un poco en esas fondas de relumbrón como el *Términus*, y veréis que lo sólido, lo útil, lo *confortable* del trato extranjero falta absolutamente. Os servirán por la mañana el apetitoso desayuno á la francesa, el café con leche, manteca y pan, en sus relucientes jarrillas de Ruolz y tazas de loza blanquísima: pero el café y la leche vendrán fríos, el pan será ordinario y añejo, la manteca escasa y rancia, con lo cual el café indefectiblemente se os quedará sentado en la boca del estómago. Lo único que pertenece á Francia son las jarrillas y las tazas, el nombre ampuloso de *café complet*, y el cobrarlo á peseta. ¿No valdría más un chocolate á la española, y aunque fuesen unas sopas de ajo, *buenas en su género?*

En esos aposentos tan bien provistos de colgaduras y de

lavabos monumentales, faltan otros muebles indispensables para el aseo; no encontráis un espejo donde os veáis para haceros la *toilette,* os dan una sola toalla para cara, manos y cuerpo, y las perchas andan por las nubes. En ese hotel tan caro como los más caros de Alemania y de Suiza, es inútil que busquéis al inteligente funcionario, que, siempre en el *bureau,* se encarga de informar al viajero de cuanto puede interesarle, de ahorrarle molestias y de evitar que le exploten y engañen. Llega el viajero al *Términus* (sigo tomándolo para ejemplo, porque es fonda de grandes pretensiones), y se ve rodeado, en su misma habitación, de una especie de kábila aulladora de mozos que le exigen, por el transporte de su equipaje, fantásticas sumas. Reclama el asaltado la tarifa, y le responden que las tarifas son desconocidas en Bilbao: todo á presencia de los empleados del hotel, que se frotan las manos, sonríen y callan, aunque saben muy bien que la tarifa existe, y probablemente la tienen en la faltriquera. ¿No es cierto que en lugar de cortinas, molduras y demás perendengues, preferiría el viajero que no se le dejase ser víctima de la grosería y del abuso?

También han aprendido estas fondas de otras francesas—no de las más serias ciertamente—la maña de introducir *gazapos* ó *equivocaciones* en la cuenta, y resistirse á presentarla hasta última hora, cuando, tasado ya el tiempo para coger el tren, el viajero no puede rectificar. Nada de esto recuerda el carácter del antiguo hospedaje español, basado en una buena fe que á veces rayaba en desprendimiento hidalgo. A esas tradiciones tienen que volver la fonda, el parador y la casa de huéspedes en nuestro país, dejándose de imitaciones *manquées,* y haciendo consistir el lujo en el buen trato. La manía de vestirse al último figurín francés ha de ceder el paso al convencimiento de que lo *nuestro* es excelente si se perfecciona, si toma de lo moderno lo que prescriben la conveniencia y la razón, el concepto general del progreso y las especiales exigencias del país.

En la cocina de las fondas amaga una revolución. Es fuer-

za reconocer que algo significa el hecho de que, á los pocos días de vivir en fonda, se note tal cansancio en el estómago y cause la pitanza tal repugnancia y hastío. Al parecer, no hay qué pedirle á la mesa de las fondas (hablo de las caras): la lista es completa y escogida como la de un banquete, los platos bien presentados, correctamente combinados, incitantes. Sin embargo, no tardarán en inspiraros tedio profundo. Pronto diréis que lo mismo sabe lo asado que lo frito, ó, por mejor decir, que nada sabe á nada. Un viajante ducho os revela el secreto: es que en esta pseudo-cocina francesa *no se guisa:* se cuece todo: hay preparadas unas salsas de diferentes colores que se reparten sobre los manjares, y al avío. Ignoro si cuenta verdad el viajante, pero lo seguro es que la comida actual de las fondas no se puede digerir. El remedio consistiría en aplicar el principio de que el *hospedaje* no es sino la extensión de la *casa particular*, y cuanto más se acerque á este tipo, más agradable será á los huéspedes. Den, pues, una comida sana, suficiente, y delicada, y hasta golosa si se quiere; pero, en España, no á la francesa, y mucho menos á la francesa echada á perder.

Acaso me van á motejar de que quiero restaurar la donosa venta del *Quijote,* ó las casas de pupilos con pupileras benéficas y sentimentales, de que tanto partido han sacado los autores cómicos: y digo que, mal por mal, tal vez éste sería menor. La irreflexión, la falta de sentido común, esteriliza recomendables esfuerzos que se han realizado para dotar á nuestro país de nidos donde el ave de paso descanse gustosa. Tentativa muy laudable me parece la del marqués de Castrillo al construir en Toledo un edificio *ad hoc* para fonda; Toledo era, al par que la ciudad más renombrada y visitada por su riqueza artística, la de peores y más fementidos hospedajes de toda España. Lo que ya no considero tan acertado es que al edificar el *hotel* se invirtiese un capital en una fachada de lujo, en un patio de estilo, en decoración de paredes, en techos artesonados, etc. A ese capital habrá que sacarle el interés, y

claro está que el interés lo pagará el viajero,—lo paga, mejor dicho, pues nada de barata tiene la fonda.—Ahora bien; el que visita á Toledo, no necesita zarandajas decorativas donde se hospeda: va á ver arte verdadero, antiguo, maravilloso, en cada templo, al revolver de cada esquina. Lo que le conviene á ese viajero, que lleva el tiempo tasado, es que no tarden dos horas—verbigracia—en servirle una comida. Un casón muy aseado; una pitanza sencilla y suficiente, servida en un decir Jesús: he aquí el ideal del viajero en Toledo.

Mi criterio en esta cuestión de hospedajes acaso es diametralmente opuesto á las corrientes del gusto actual. Me fastidian en las fondas los adornos, los dorados, los estucos, los similibronces; paredes rasas, pisos encerados, *frecuente desinfección*—tal sería mi sueño. Jamás he podido olvidar el triste fin del insigne actor, gloria de nuestra escena, á quien en una fonda dieron el lecho, tibio aún, de un varioloso, comunicándole así el horrible mal que en pocos días le arrebató de este mundo. Si por cierto estilo la fonda debe asemejarse á la *casa particular*, por otro debe tener algo, y aun algos, del *hospital*... la base aséptica... y no se rían ni se asombren los que lean esto: las fondas, por medida de buen gobierno y salubridad pública, convendría que fuesen reconocidas á menudo, oreadas, fumigadas, vueltas patas arriba, echadas en lejía, por decirlo así. El que crea que estos son melindres, dígame por su vida si ha reparado el tufillo de los comedores y cocinas, el ambiente peculiar de los dormitorios de fonda.

A fe que poco tengo de melindrosa, y no he de ponerme en contradicción conmigo misma, pues empecé diciendo que para viajar es inevitable prescindir de hábitos y sibaritismos. Significaba tal advertencia que sé preferir el placer y la enseñanza del viaje, al temor de las molestias que el estado actual de los hospedajes trae consigo; y repito que el goce del viaje por España—sabiendo paladearlo—recompensa con creces semejantes molestias y otras más insufribles. Lo que me mueve á borronear estas observaciones es el hallarme persua-

dida de que si España no es tan visitada como Alemania, Italia y Suiza, consiste en que nada ó casi nada se emprende para facilitar la venida y hacer agradable la estancia á los viajeros. Las colectividades más interesadas en ello ni aun dan muestra de que les preocupe el asunto.

Ahí están, sin ir más lejos, las empresas ferroviarias. No quisiera repetir por centésima vez eternas quejas ó acusaciones irreflexivas: no obstante, me sería difícil aprobar los procedimientos y la organización de nuestros ferrocarriles. También en esto erramos por ajustarnos servilmente al tipo francés. Hemos adoptado sin examen su absurdo sistema de factaje, su desconfianza injuriosa demostrada por los *andenes cerrados*, sus peligrosos estribos, sus incómodos vagones. Inglaterra y Alemania nos ofrecerían mejor modelo que imitar. Hoy, en algunas estaciones francesas, se permite pasar al andén á toda hora, y se anuncia en un gran cartel que la circulación es libre, á la vez que se ruega al viajero que tenga el mayor cuidado para no sufrir algún accidente á causa del frecuente tránsito de los trenes.

En España se cree, y se dice, sin reparo, que las compañías ferroviarias, eligiendo sus bien retribuidos consejeros entre los personajes políticos, han buscado un pararrayos, un antemural, un medio de tener siempre razón contra el público, y de sacarle todo el jugo. Como no estoy haciendo un estudio económico, no me corresponde indagar el por qué, á pesar del calor y del amparo que en las esferas oficiales hallan las empresas, casi todas se encuentran en nada próspera situación. No poseo datos en lo que se refiere al transporte de mercancías; pero limitándome á los viajeros, cabe asegurar que si en España se viaja tan poco, en gran parte se debe á que el viaje todavía no ha perdido aquí su carácter *penal;* á que aún es contrariedad y no recreo, y mucho menos hábito ó *necesidad de cultura;* á que los que viajamos *porque sí,* por ver un monumento, una ciudad arcáica, una región pintoresca y curiosa, somos una exigua minoría, tan exigua, que probable-

mente nos ganamos el dictado de caprichosos y extravagantes, sobre todo cuando para viajar así compramos en la taquilla nuestro billete.

A que el viaje sea mirado como adversidad contribuye la mala disposición, la poca comodidad y seguridad de nuestras vías férreas. Un día y otro clama la prensa contra la traza de los compartimientos, que se presta á los golpes de mano de los malhechores; contra la falta de timbres de alarma, que algo podrían evitar este inminente peligro: contra la carencia de frenos automáticos que está dispuesto lleven todos los trenes, y contra el descuido del servicio y la escasez de personal, obligado á trabajar más de lo que permiten sus fuerzas. El decreto de hace cuatro años, acerca de la seguridad de los ferrocarriles, sólo en mínima parte se ha cumplido. En las líneas más importantes, como la del Norte, el material está anticuado y en un abandono lamentable: sucios y recios de bajar y subir los vidrios, empolvado y asqueroso el forro de los departamentos, y la lámpara que se enciende para de noche y para los túneles, exhalando pestífero tufo. La diferencia de precio entre las tres clases no guarda relación con la diferencia de comodidades y ventajas: los vagones de primera carecen de lavabos y de *closets:* por eso son tan frecuentes los accidentes por caída al saltar del vagón, deprisa, en estaciones donde el tren apenas para, y por eso florece la modesta industria de las palanganas al aire libre, donde se lavan cara y manos, entre dos pitadas del tren, los cuitados que van hechos unos deshollinadores.

Al revés de Francia, en que hay un solo departamento para fumar, en España tenemos uno solo para no fumar, ó sea para que se acojan á él las personas á quienes mortifique ó dañe el humo del tabaco: lo cual habla poco en favor de la delicadeza de nuestros sentidos, pues en un espacio tan reducido como el de un compartimento, y cuando tan mal y tan de mogollón se come como se suele comer en las estaciones, increíble parece que soporte ningún estómago la atmósfera apestosa y densa

del cigarro, unida á la respiración y al agobio de la gente. Convendría que se aumentasen los departamentos de no fumadores, y que los hubiese en *segunda* y en *tercera*. La mala crianza está tan arraigada aquí, en lo tocante al cigarro, que en Madrid la acertada prohibición de que se fume en el interior de los tranvías ha encontrado más oposición que aplauso, y ¡quién lo dijera! ¡suele alborotar la bilis á las mismas mujeres, que no fuman y que son víctimas del sahumerio!

Un compartimiento, de primera, se destina á reservado para señoras, y debo confesar que las preocupaciones de la mujer española son causa de que ese suela ir vacío, porque pocas se determinan á aprovecharlo, sobre todo si lo ven desocupado y temen ir enteramente solas. Siempre protestaré aunque se me diga que en el extranjero pasa lo mismo, de que sólo exista reservado de señoras en la clase de primera. Escatimad enhorabuena á los que pagan menos el aparato y hasta el regalo, y si queréis, aunque esto ya parece menos justo, la estricta comodidad; pero no hay derecho á establecer diferencias cuando se trata de la honra, del pudor y de la vida. Un pasajero de segunda y de tercera no por eso ha de ir más expuesto á descarrilar, ni á sufrir, si es mujer, ultrajes ó demasías. Razón de pie de banco se me figura la de que en otros países tampoco hay reservados sino en primera. En Francia ya he visto que hay en segunda reservados para señoras; pero supongamos que no los hubiese: lo que dictan la razón y la moral, no hay que preguntar si lo hace el vecino.—Es de advertir que en España, quien no viaja en primera de fijo es por absoluta imposibilidad, pues aquí apenas desciende á segunda nadie que pertenezca, no ciertamente á la aristocracia, sino á la llamada burguesía. La contribución impuesta por las tarifas de las empresas á la vanidad de los viajeros es de segura cobranza; y digo á la vanidad, porque en comodidad, sobre todo en verano y no teniendo que pasar la noche, poquísima ventaja lleva la primera á la segunda, y de seguro no compensa la crecida diferencia de precio en el billete.

Adolecen también los ferrocarriles españoles de lentitud en su marcha, y de no combinar jamás los itinerarios en favor del viajero, como si para nada hubiese que tener en cuenta esta consideración. Citaré, por ejemplo, la detención molestísima impuesta á los viajeros en Venta de Baños, cuando vienen por la línea de Miranda á León, Santander, Asturias y Galicia. Siete horas mortales, de las más intempestivas de la noche, tienen que aguardar en un fondín de estación, hasta enlazar con el tren que baja de Madrid. Es inverosímil que no pueda arreglarse de manera que la parada se evite, ó, al menos, que sea en una población, verbigracia, en Palencia. Estas detenciones en tales sitios y á tales horas, prolongan el viaje, recargan su coste y duplican sus inconvenientes: además irritan, pues se diría que obedecen al prurito de hacer el caldo gordo á un fonducho cualquiera, proporcionándole clientela segura y forzosa.

Como modelo de desconcierto y acumulación de dificultades buscadas á mano, también debo citar el viaje, tan sencillo y rápido si hubiese un adarme de buena voluntad en las empresas, de los pueblos de la frontera española á los de la frontera de Francia. Están los trenes embrollados de tal modo, que se invierten más de cinco horas en trayectos como el de San Sebastián á Biarritz, factible en hora y media; y á no morirse de hambre ó llevar la meriendita, hay que rendir tributo á los *buffets* de Irún y de Hendaya. Se me dirá que Francia es cómplice de tal desbarajuste. Ya he dicho que mal de muchos, consuelo de bobos; que no me gusta tomar el brazo del vecino si puedo ir derecha yo sola; que en muchísimas cosas encuentro á Francia estacionaria y hasta opuesta al progreso, y que, por otra parte, Francia ni es, ni ha sido nunca, nación amiga de viajar y entendida en como se viaja bien.

A los ferrocarriles hay que exigirles perfección, por ser invento moderno, hijo de nuestro siglo, y en el cual la lógica no tiene que combatir ilogismos tradicionales. Si los ferrocarriles dan carta de ciudadanía á ciertos abusos y se estancan en pro-

cedimientos defectuosos y se empeñan en perpetuar malas mañas, no podrán alegar que es porque *siempre fué así*. ¿Qué razón hay, por ejemplo, para que con tiempo hermoso y sin encontrar obstáculos en el camino, los trenes españoles (especialmente el llamado *gallego*) anden retrasados? ¿No ha de suceder nunca el milagro de que sean puntuales? He visto á este tren gallego retrasarse más de dos horas sin pretexto ni excusa alguna, para mermar después los minutos concedidos en las estaciones donde hay fonda, y recuperar lo perdido dando velocidad en las pendientes y exponiendo la vida de los viajeros, por ahorrar un poco de carbón.

Hoy también importuna á los viajeros la recrudescencia de las precauciones contra el fraude en aduanas. No soy librecambista, pero esto del registro conozco que es malo de sufrir algunas veces. El viajero que sale de Madrid y en Zaragoza le someten á registro; continúa de Zaragoza á Barcelona, y se repite el registro más minucioso y más impertinente; va de Zaragoza á San Sebastián, y otra vez es registrado; sigue á Hendaya, y vuelta á registrarle, esta vez con más misterio... no es mucho que se dé á Barrabás. Sobre todo, el registro empalmado de San Sebastián y de Irún, á sesenta minutos de distancia dentro de una nación misma... es para sacar de quicio al mismísimo San Cayetano, abogado de la paciencia. ¿Por qué un sello aplicado á la cubierta de los baules, y si se quiere el pago de una módica suma en cualquiera de las dos aduanas, no había de evitar la repetición del registro al infeliz que va rendido, ansioso de descansar, y tiene que exhibir segunda vez hasta el saco de la ropa menos limpia y sostener polémica por si está usado ó nuevo un par de botas?... Acrecienta y agrava la contrariedad que ocasionan tales expurgos la idea de que, mientras zarandean así á los que no tenemos por costumbre contrabandear, burlan la vigilancia los que más pecado habían, y se oyen historias reideras, buenas para que las ponga en música Chapí...

En esto de no importunar á los que por su cara, porte y

volúmen de equipaje dicen á las claras que no son contrabandistas, puede hacer mucho, y reconozco que hace bastante, la experiencia y la buena intención de los empleados de la aduana, siendo preciso confesar—y es confesión gustosa—que si su discreción no mitigara algo los rigores de las disposiciones vigentes, el paso de la aduana equivaldría á verdadero martirio. No pueden, sin embargo, evitar los empleados, por más excelentes que sean sus propósitos, que el tren que viene de Francia y sigue á España eche á andar apenas comienza el registro, y se queden los míseros viajeros detenidos nada menos que tres ó cuatro horas, y obligados—¿será lo que se trataba de demostrar?—á comer en el *buffet* de Irún.

Por lo que voy diciendo, se comprenderá que los ferrocarriles españoles no están precisamente consagrados á facilitar los viajes, y que si al natural de esta tierra le esperan desazones cuando viaja por ellos, mayores las ha de arrostrar el extranjero. Podrían ser auxiliar inestimable del *turista* por España unos billetes circulares, como esos de incitante itinerario y notable baratura, que se expenden para recorrer Alemania, Italia, Austria y Suiza. Hace pocos años, no más que dos ó tres, se anunciaban en las *Guías* españolas de ferrocarriles billetes de este género, bastante completos y económicos (nunca tanto como los de Alemania é Italia), pero sin duda la innovación no dió resultado, pues los billetes circulares se han ido reduciendo, y ya quedan poquísimos, de los menos atractivos quizá, y acaso el año que viene se suprimirán también. Tienen los viajes circulares españoles el defecto de partir de la frontera ó de la capital limitando así el numero de las personas que puedan aprovecharse de las ventajas.

Estas variaciones desventajosas, me traen á la cuestión del por qué no se publica para España la utilísima *Guía Bædeker*. Los editores de tan servicial libro, he oído decir que no creen que en España haya nada estable y duradero, ni precios que no se alteren, ni combinaciones que se sostengan; y en la imposibilidad de ofrecer al viajero informes de total exactitud,

renuncian á la publicación de ese tomo de la *Guía*, que había de ser menos formal que sus hermanos.

Realmente, en España los ferrocarriles no prestan gran servicio al viajero artista y curioso, en quien pienso al escribir estas páginas. Nuestra *red* es de mallas clarísimas y por muchos puntos hállase interrumpida y rota; son bastantes las ciudades de primera importancia artística — verbigracia, Santiago de Compostela—á las cuales no se llega sólo por ferrocarril; y los ramales escasean de tal modo donde no los crearon apremiantes necesidades de la industria, que comarcas de las más encantadoras no escucharon todavía el silbido de la locomotora ni el traqueteo del tren en marcha. Es preciso tener en cuenta que en España existe un caudal de arte imposible de calcular, imposible de agotar, y que el pueblecillo más olvidado, más arrinconado, más apartado del movimiento civilizador, encierra á veces preciosidades ó conserva recuerdos históricos muy altos. Cuesta trabajo convencerse de que, —después de tantas y tan asoladoras guerras, de tan incesantes disturbios; después de la rapacidad sistemática de los invasores franceses; después de la oleada de la barbarie exclaustradora, de los incendios y saqueos que la acompañaron; después de los destrozos causados por la ignorancia del mismo clero, que enajenó y enajena prodigios; después de las incautaciones y derribos que sugirió el vandalismo revolucionario; después de las continuas y fructuosas *tournées* de los anticuarios que compran aquí y revenden en el extranjero y todo lo escudriñan y apandan,—queda aún gran cantidad de riqueza en la iglesuela más humilde, en el lugarejo más oscuro y pobre. Claro indicio de cuál fué nuestra grandeza, cuán intensa y ardiente nuestra vida histórica y su revelación en los dominios del arte.

Cuando en Madrid se registran y curiosean las numerosas y bien surtidas tiendas de antigüedades, empezando por la muy notable del israelita Salcedo; cuando se admiran las sorprendentes colecciones de muchos insignes aficionados; cuando

en cualquier morada aristocrática nos deslumbran lienzos y tapices magistrales y auténticos, dan ganas de creer que en el resto de España apenas quedará cosa digna de verse, y todo ha de estar ya apurado, escatimado y explotado en provecho de la capital. Raro es el diplomático que no se lleva, al salir de España, buena carga de curiosidades: mi amigo el príncipe Gortchakoff aquí formó su colección de bacías; aquí el barón Stumm, Layard, Maffei y cien más recogieron primores. Apenas se advierte el hueco que dejan tantas manos golosas: España sigue siendo el museo de Europa; y bastaría para convencer al que lo dudase una visita á la asombrosa Exposición Histórico-retrospectiva abierta durante el Centenario de Colón, Exposición á la cual no habían concurrido ni las dos terceras partes de las catedrales españolas, y el lugar concedido á las ausentes lo señalaban tarjetones con su nombre; pues es de advertir que las catedrales sólo enseñan lo que no pueden recatar, y lo mismo hacen santuarios como el de Montserrat, donde es voz pública que hay unas alhajas falsas de la Virgen para mostrar como gran favor, pero que las verdaderas y opulentas no las ve nadie.

A pesar de despojos y ocultaciones, España es un relicario, un cofre cincelado lleno de perlas. Esparcidos por la Península, en derruidos conventos, en trasconejadas iglesias, en desmantelados castillos, en casas solariegas, en museos provinciales, existen tesoros, sorpresas deliciosas. No se entienda que el objeto de arte se aparece en tales sitios como fenómeno aislado, flotando á manera de gracioso islote en el ancho mar uniforme de la civilización,—lo cual parecería harto inverosímil á quien conozca las leyes según las cuales el arte cristaliza.—El elemento pintoresco y artístico de España es armónico; por eso yo vacilaría siempre antes de trasladar á las capitales las obras maestras que enorgullecen á un villorrio. El retablo flamenco, el ahumado cuadro, la tallada sillería, el azulejo, el guadamecí, los alicatados moriscos, las caprichosas torres mudéjares, el esmalte bizantino, el tapiz de Goya,

la portada de Churriguera, aparecen en su marco natural, sobre el fondo que más les conviene, y en su derredor muévense las figuras adecuadas á tal decoración, y se ven tipos de raza, y se paladean costumbres impregnadas todavía del poético perfume tradicional, y todo ello coopera al efecto producido en la imaginación y en el alma del que sabe apreciar y gozar estas bellezas. Hay ciudades que permanecen cual podría desearlas el más refinado *esteticista* y el romántico más empedernido, sin cambio ni alteración en su fisonomía medioeval ó renaciente. Hay regiones enteras donde los viejos usos y hasta los sentimientos arcáicos se conservan lo mismo que en armario de cedro la ropa blanca. Nada de esto verá el viajero, si no prescinde del ferrocarril y no aprovecha los medios de locomoción propios de cada tierra: la diligencia vetusta, el trasijado rocín, la dura tartana, la poderosa y segura mula,—si es preciso, la carreta ó el humilde *coche de San Francisco,* propio de todos los tiempos y latitudes.

Una vez resuelto el viajero á tamaña heroicidad, hallará la recompensa, no sólo por la instrucción y diversión que tomará de sus correrías, sino por el placer de descubrir—á guisa del que practica excavaciones en Pompeya ó Tebas y saca á luz testas de dioses y armaduras de héroes — lo más íntimo, delicado y hermoso, la fisonomía verdadera de España, lo simpático y original de nuestro modo de ser. La seguridad personal, si no absoluta, es al menos suficiente hoy en España: pasó la era de los *trabucaires:* parece ya caso inaudito el de que sea asaltada por malhechores (como lo fué hace pocos días) una diligencia, y transcurren años sin que el viajero que se interna sufra ataque á su persona ni á su propiedad, siendo tal vez en las grandes capitales, y no en los caminos, donde pudieran menudear los robos. Sin riesgo logrará recorrer las comarcas menos pasajeras, más frescas y vírgenes de España; y el que lo verifique, tendrá ocasión de reconocer que aquí la civilización que hemos comprado hecha vale mucho menos que lo castizo y tradicional. No encon-

trará el viajero que recorra palmo á palmo ciertas regiones españolas los perendengues que en un *gran hotel* se deben exigir; necesitará ser muy espartano, nada regalón en la comida y en el lecho; pero sepa de fijo que de diez casos, en nueve hallará cordial acogida, atractiva franqueza, rústico aseo y lugareña abundancia... ¡y quién sabe si hasta algunos goces y refinamientos de los que ha enseñado la experiencia, y que, realzados por la fatiga y por lo inesperado del hallazgo, parecerán más deleitosos! Recuerdo que en el lugarejo de Baños, un día de temperatura desapacible, me sorprendió el grato temple de la casa del párroco, temple obtenido, no por medio de chimeneas ni de caloríferos modernos, sino por el sencillo, ingenioso y barato sistema que en Castilla llaman *gloria*. Tampoco he olvidado un refresco sin par que me ofreció en Manises, cierta mañana asfixiante, una de esas mujeres de la huerta de Valencia, que se diría que salen, pomposas, almidonadas y blancas, de un taller de planchado. Mal año para los cafés, mal año para los más hábiles *glaciers* de París. No sustituirá nunca la importación lo que la naturaleza, la observación y el instinto elaboran en cada comarca. Si queréis viajar con gusto y con las menores privaciones posibles, adaptaos á la tierra que pisáis; entrad en ella hasta el cuello, despojándoos de la piel del *hombre viejo* civilizado, naciendo tantas veces como regiones distintas hayáis de atravesar.

He dicho que la seguridad personal es hoy general en España (sin exceptuar las provincias del Mediodía), y he de añadir que la mujer que viaje, aun cuando vaya sola, no debe temer ser ofendida, á no ser que carezca enteramente de cordura y dignidad. En las grandes capitales, donde el pueblo está asaz picardeado por el malsano espectáculo de goces que excitan su concupiscencia y por roces dañinos y contagios funestos, el respeto á la mujer no existe, y la chanza brutal, el insulto, la acción indecorosa, son brote espontáneo de la grosería, hermana mayor de la maldad. No sucede así en el

campo ni en los pueblecillos. Una señora, aunque sea joven y llena de encantos, debe temer menos por su decoro y su tranquilidad en diligencia que en ferrocarril, y menos que en diligencia, en carreta ó á lomos de la paciente mula y escoltada por los honrados y á su manera, nadie se burle, *hidalgos* arrieros. Esta aseveración la escuché mil veces de labios de la distinguida dama y escritora Gabriela Cunninghame Graham, que ha recorrido toda España escudriñando rincones desconocidos para los mismos españoles, como el valle de las Urdes, y durmiendo al raso varias noches en sus expediciones atrevidas. Esta señora no tiene palabras con que alabar el espíritu hospitalario, el desprendimiento cortés, la humanidad y la probidad que ha encontrado en sitios donde, como suele decirse, Cristo dió las tres voces. Mi experiencia propia, —pues si no he peregrinado tanto ni por lugares tan recónditos como la señora Graham, también gusto de visitar la España vieja, confirma las aserciones de la bizarra escocesa, que puntualmente siguió el itinerario de las correrías de Santa Teresa de Jesús.

No se ha hecho nunca leyenda de la hospitalidad española, como se hizo de la árabe, ni se ha pensado en disponer este país para recibir huéspedes, como está dispuesta Suiza; aquí no rodeamos de nimbo poético la figura del guía, que adicto y leal acompaña al turista, le enseña á practicar las escabrosidades alpestres, y aunque sepa que la repleta cartera del acaudalado inglés guarda una fortuna, no tiene un pensamiento de codicia, y está dispuesto á arriesgar su vida en el desolado ventisquero por salvar la del hombre que, mediante escasa retribución, dispone de toda la fuerza, toda la experiencia y toda la destreza del montañés. Y, sin embargo, en España, si la topografía no se presta á tales actos de romántica abnegación, el alma del pueblo contiene el germen de las virtudes hospitalarias. He observado constantemente el fenómeno de que, mientras los viajeros que vienen á España sin salir de la civilizacion moderna, haciendo uso exclusivamente de los

caminos de hierro y parando en las grandes capitales y en los hoteles caros, apenas logran encubrir bajo eufemismos corteses la mala impresión que se llevan, en cambio los que se tomaron el trabajo de *internarse*, los que buscan el corazón de España, los que recorren sus vetustas ciudades, sus rancias villas, sus pintorescas aldeas, sus montañas y sus divinas costas, salen de aquí con la simpatía en el alma, el ditirambo en la boca, la poesía en la pluma y el agradecimiento en la voluntad.

Una noción que quisiera inculcar profundamente á los extranjeros que se propongan visitarnos, es que no deben formarse de España un concepto unitario, porque no la comprenderían bien. España es múltiple, compleja, y sus regiones contrastan violentamente las unas con las otras; y el que llegue aquí persuadido de que va á encontrar una nota esencial y saliente que ella sola resuma el carácter de España, se equivoca, porque España, para el viajero algo entendido y sagaz, nunca revestirá un solo color, sino todos los del arco iris, con la caprichosa variedad del rico mosaico. De España se tiene en el extranjero cierta noción idealista, y no niego que existe *una España* correspondiente á esa noción, como existe una Italia semejante á la de los cromos con *lazzaroni, pifferari, ciocciare* y *briganti;* pero esa España—lo hemos dicho mil veces al indignarnos con los viajeros que la describen á su modo recargando la nota, y transformándonos en personajes de la célebre ópera de Bizet — no es sino un matiz, no ya de nuestra patria, sino de uno de sus coloridos característicos. Todas las provincias de España (no lo olviden los que hagan rumbo hacia acá) ostentan su sello peculiar y propio, y el sello meridional, ó, por mejor decir, el andaluz, no es probablemente el que expresa nuestra esencia íntima. A poco que se estudie nuestra psicología nacional, se echa de ver que de nuestras varias almas, el alma semítica es la que menos nos linsojea. Lejos de ser la región andaluza signo representativo de España, diríase que España, ó al menos la

España que reflexiona, eleva una protesta incesante y pide que no la identifiquen con ese elemento allegadizo, que viene de otro continente, de otra parte del antiguo mundo, y contra el cual hemos luchado siete siglos. Cuando España recuenta sus cualidades y sus defectos, propende (¿quién sabe si con entera justicia?) á atribuir las primeras á la sangre ibera y eúskara, y los segundos á la semítica y bereber. Y me detengo, porque pegarían mal en este artículo disertaciones sobre las razas que nos poblaron.

Lo que intenté significar es que el viajero no ha de venir aquí buscando sólo ese asendereado *color local,* y menos buscándolo con preferencia en una región, como si ella resumiese á España. El viaje por España es, ante todo, viaje de estudio y de cultura, aunque también de recreo en muchos sentidos; y no es conocer á España verla al través de una corrida de toros (no obstante la indiscutible hermosura de este espectáculo), ni de una *juerga* flamenca en las ventas de Eritaña, ni siquiera de una catedral romántica y gótica, de sombrías naves, con *ex votos* y cuadros de martirios. Medítenlo los extranjeros que, como mi ingenioso amigo Mauricio Barrés, propenden á hacer creer á sus lectores que España es *eso*. El arte español, lejos de ser únicamente un *modo de expresión,* de una raza indómita y fogosa, es una serie bien graduada de desarrollos lógicos, un orden de fenómenos correlativos que se deriva de nuestra historia. Nuestro bizantino visigótico, nuestro románico, nuestro gótico de las tres épocas, nuestro árabe, nuestro mudejar, nuestro plateresco, nuestro barroco, nuestro neo-griego, hacen de la arquitectura española la más rica y variada de Europa: no hablemos de la pintura, de las tallas, del mobiliario, de la orfebrería, de la cerámica: pues bien, así y todo, al viajero que diga que viene á España atraído por el arte, cabe responderle que con tanta razón podría atraerle la naturaleza, y este es punto en el cual España se ha descuidado, permitiendo que la echen mala fama y que se desconozcan sus méritos; pues con ser tierra

de verjeles y de umbrías, pasa por una especie de Sahara ardoroso, mocho y polvoriento. Consideradas en general Castilla y Andalucía como regiones representativas de España, sus calvicies y sus arideces se tomaron por aspecto genuino del paisaje español, y su clima, frío en invierno y tórrido en verano, por el clima común de la Península, en la cual existen países de tan dulce y mediana temperatura como Galicia, Asturias y Santander, é *invernaderos* tan deliciosos como Málaga, Alicante, Murcia, las cercanías de Barcelona y parte de las islas Baleares. Si aquí se preparase la invernada al estilo de Niza, tal vez los tísicos ricachones de Inglaterra se vendrían á respirar el perfume de nuestros azahares.

También es error, que ya debe combatirse protestando con energía, el afirmar que al dirigirse á España se abandona del todo la atmósfera europea, y se renuncia á la vida del progreso material, al movimiento industrial y manufacturero, á la vibración de la actividad y del trabajo humano. Puédese decir esto de bastantes provincias españolas, y no se incurrirá en injusticia alguna; pero cuanto más verdad sea que gran parte de España es solamente agrícola, más sorprendente y vivo parecerá el contraste entre países dormidos y estacionarios, y regiones que, como Cataluña y Bizcaya, se encuentran á la altura de las más ricas comarcas fabriles y productoras del extranjero. Para que estas regiones reunan todos los elementos de fascinación y de belleza que la fantasía y el deseo pueden soñar, obsérvese que son provincias donde la tradición y la historia imprimieron huellas no menos durables y hondas que, verbigracia, en Castilla y Aragón, donde el arte cautiva por su abundancia y originalidad, y donde el suelo es feraz y el paisaje soberano. Como diría un versificador de la escuela clásica, Pomona y Flora repartieron en ellas sus dones, pero á la vez el genio de nuestro siglo, con su diadema de focos eléctricos y su aureola de vapor, no tiene en ningún país más bella estátua que la que le alzó la laboriosidad y perseverancia de catalanes y biz-

cainos. El viajero que recorra estas comarcas privilegiadas con la antigua idea de la España tradicional, fantaseando nuestra representación alegórica en un gitano que duerme cara al sol, rodeado de cáscaras de naranja y al lado la guitarra y la faca entreabierta, ¡qué sorpresa experimentará al ver esa España joven, musculosa, sudorosa, de blusa azul, ennegrecido el rostro por el humo y la escoria de las forjas ardientes!

A los españoles nos conviene mucho salir de nuestra casa para rectificar prejuicios, para adquirir tolerancia, amplitud de miras y bien entendido espíritu moderno; pero séame lícita la arrogante afirmación de que si efectos educadores surtirá en el español la *vuelta* por Europa, iguales ó mayores puede causar en el europeo la *tournée* por España. Quiera Dios que este viaje se facilite, se *humanice*, digámoslo así, y llegue á ser tolerable en cuanto á medios de comunicación, alojamientos, precios, etc.,—aunque mi egoísmo preferiría tal vez que, continuando el actual estado de cosas, el conocer á España fuese patrimonio de unos cuantos apasionados y fanáticos del arte, contándome, por supuesto, en el número.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA AUTONOMÍA DEL CANADÁ

I

Es ya cosa corriente entre los teóricos de la sociología que las instituciones políticas de cada pueblo son el resultado de una porción de condiciones y de circunstancias particulares que en junto constituyen el fondo activo de su propia personalidad. El precedente histórico, el medio geográfico, la índole de la raza, el ambiente social... son otros tantos elementos, ó mejor factores, que, combinados en cada momento de un modo dado, determinan casi por completo la manera de ser y de vivir las instituciones políticas de las sociedades humanas. No es de ahora sin duda esta creencia. En la historia de la filosofía política se registran numerosas opiniones é ideas, conformes con eso que pudiéramos llamar un principio de biología social; mas bien puede decirse que nunca como en nuestros tiempos se ha sustentado y afirmado, merced en parte al influjo de la escuela histórica, y sobre todo al positivismo sociológico y á las grandes corrientes *realistas* que en todas las ciencias dominan.

Ahora bien; una de las consecuencias prácticas del indicado principio es la condenación de todo un procedimiento político, muy admitido aún hoy, é imperante durante el período

moderno, que se caracteriza por la expansión del régimen constitucional; ese procedimiento consistió y consiste en la adaptación precipitada é irreflexiva de las instituciones políticas de un Estado á otro; naturalmente, de las instituciones tomadas muy por encima, en su mera estructura mecánica, tal como después de todo puede comprenderlas el espíritu que suele dominar en los políticos prácticos. No hay duda que algo se ha desacreditado el procedimiento; pero á pesar del desdén con que los indicados políticos suelen hablar de los teóricos de la política, lo cierto es que aquéllos, menos prudentes y reflexivos que la mayoría de estos, aún persisten en creer que los males y desórdenes sociales que su impericia no vence ó que su mala fe suscita y agrava, pueden ser curados con aplicar, á guisa de panacea, tal ó cual forma de organización gubernamental que, allá en el país de origen, y por una porción de complejos motivos, da al parecer excelentes resultados.

Hoy mismo, tenemos ante nosotros un ejemplo que puede llegar á ser típico. La difícil situación de la isla de Cuba, en la cual tanta parte tienen nuestros tradicionales errores y nuestro gran atraso, ha despertado de un modo natural el deseo de buscarle un remedio, una solución. Desde luego se ha visto que las circunstancias (esas circunstancias que imponen la ley) exigen un cambio radical de postura social, y por ende de postura política. El cambio de postura social, todos estamos conformes en que ha de ser obra de mucho tiempo. Los cambios sociales no se decretan desde la *Gaceta*. Pero el cambio de postura política se admite, y es preciso admitirlo así en parte, que puede ser hasta cierto punto obra del momento, de la reflexión traducida en forma de leyes. ¿Qué hacer, se dice, para que Cuba viva una vida política normal y próspera? ¿Qué régimen adoptar para que las instituciones políticas, en vez de ser un obstáculo al desarrollo ordenado de su progreso general, sean una condición entre otras de una paz efectiva?

Parece que las gentes van estando poco á poco conformes en una cosa: y es que Cuba debe regularse en lo por venir

según un régimen de prudente *autonomía;* esto es, según un régimen más ó menos libre. Mas, con pedir para Cuba la autonomía, no se ha pedido nada positivo y definido. La idea de la autonomía es, sin duda, una idea muy fácil de concebir, y aun de formular, tal cual la explica allá en su lenguaje sencillo y llano, con su dogmatismo bonachón, por ejemplo, el señor Pi y Margall; pero es más difícil de lo que se cree, cuando es necesario concretarla y hacerla vivir bajo fórmulas legislativas, en condiciones dadas de lugar y de tiempo.

La autonomía política, como principio, entraña la idea que tan exactamente expresa el *selfgovernment* inglés; implica la existencia autárquica de una entidad social, que puede además vivir dentro de una organización más amplia, y en ciertos respectos superior. Ahora bien; prácticamente, en el desarrollo de este principio de la autonomía caben multitud de grados; cabe una acentuación en sentidos radicalmente opuestos; caben, en suma, ó por lo menos se dice que caben, desde el grado que supone el proyecto de ley del Sr. Maura, tal y como aquella transición patriótica lo dejó salir del Parlamento, hasta una autonomía vecina de la soberanía.

En la natural confusión de opiniones que en todo lo referente á Cuba existe, se han propuesto numerosas organizaciones, más ó menos sensatas y posibles, hablándose por algunos de la necesidad y conveniencia de dar á la Gran Antilla un régimen igual al del Canadá. Esta idea, buena ó mala, es de las que pueden tomar vuelo con rapidez y llegar á constituir bandera, arraigando en el ánimo de las gentes. Hay en su favor todas las apariencias seductoras que han sido la base de aquel procedimiento de la imitación precipitada, de la adaptación irreflexiva, á que poco ha nos referíamos. Puede decirse que el régimen colonial del Canadá está en situación muy propicia para ser, respecto de las colonias mal administradas y dirigidas, lo que á fines del siglo pasado y en casi todo el presente fué la Constitución inglesa para todos los pueblos europeos, americanos..., para todos los pueblos civilizados en

suma. El Canadá, sin duda, es un gran argumento en pro de las excelencias del régimen de la autonomía, es un hermoso caso de política práctica, muy ocasionado á despertar el deseo de la imitación. En efecto, el Canadá, después de crisis terribles, de luchas intestinas, de sublevaciones sangrientas, de épocas precarias peligrosísimas para su existencia política, ha logrado afirmarse como un verdadero Estado de Estados, como una potencia casi nacional, próspera, fuerte, progresiva, escuela quizá de costumbres parlamentarias. ¿Cómo? bajo un régimen de autonomía.

La vida de la colonia inglesa antes de 1837 (fecha de su primera redención) se diferencia de un modo radical de la que se ha desarrollado desde 1841 á 1867, y especialmente desde 1867, en que el Canadá se organiza como un verdadero Estado federal autónomo. Los resultados progresivos del Canadá en este período, como advierte un articulista de la *Edinburgh Review* (1), se manifiestan en su gran expansión territorial, en el aumento de su población y de su riqueza, en su desenvolvimiento político, en su progreso social é intelectual y en la tendencia innegable á la formación de su unidad nacional. Claro es que no todo se deberá á las reformas realizadas en la organización política; mucha parte tendrá en ello el valor particular de la raza para la formación de los grandes imperios, mucho se deberá á la situación geográfica y al progreso general del mundo; pero no debe desconocerse que un gobierno de opinión, un gobierno aceptado por el pueblo, como expresión de su ideal y satisfacción circunstancial de sus aspiraciones, un gobierno que no es un obstáculo á la expansión general de la actividad humana, y cuyo establecimiento entraña la conclusión de un período de luchas y la inauguración de un régimen de armonía y de paz, es una condición muy favorable para que el progreso social se realice más fácilmente. Sobre todo, en la manera de argumentar tan común en la vida polí-

(1) V. la *Revue Britannique* de Julio último.

tica de los pueblos, especialmente en la manera de razonar sus soluciones los partidos, un gobierno como el del Canadá es una tentación, ejerce un poderosísimo atractivo. Nada de extraño tiene, en verdad, que al ver un pueblo, antes deshecho por luchas intestinas, por oposiciones de raza, bajo instituciones absorbentes y más ó menos contrarias al principio del *selfgovernment*, y al verlo luego próspero y engrandecido bajo instituciones expansivas, liberales, bajo el régimen, en suma, de la autonomía, nada de particular tiene, repito, que ante tal contraste, las gentes que no tienen motivos para juzgar con demasiada prudencia, atribuyan las excelencias de los resultados al cambio del régimen gubernamental.

II

Ahora bien; sin ánimo de argumentar ni en pro ni en contra de ninguna de las soluciones que para el régimen de nuestra desgraciada isla de Cuba se proponen, sino simplemente con un propósito, por decirlo así, *profesional*, y creyendo que es de oportunidad el estudio y que conviene á todos vulgarizar este género de conocimientos, voy á exponer en breves términos en qué consiste en la actualidad el régimen político autónomo del Canadá. Las aplicaciones, si cabe hacerlas, las hará cada cual según su leal saber y entender.

El Canadá, como todas las grandes organizaciones políticas de la raza anglo sajona, es una obra histórica, de gran complejidad; al modo que la constitución inglesa y que la constitución norteamericana, la constitución canadiense es la expresión formal de un equilibrio de fuerzas opuestas, obtenido merced al certero espíritu político, al gran sentido práctico de los hombres de Estado. Todo el misterio de las excelencias de esta constitución está en el respeto obtenido por los diversos

elementos activos del organismo social, en la consagración hecha, sobre todo, por la unión federal de 1867, del principio del *selfgovernment* arriba y abajo, lo mismo en la ordenación de los poderes de la metrópoli respecto de los de la colonia, en la de las instituciones federales de ésta y en la de las provincias federadas, que en la mutua expansión de los factores sociales internos. En suma: lo capital en esta constitución es la manera habilidosa con que, después de mil y mil luchas, se ha adaptado á las condiciones del país el principio del gobierno del Estado por la opinión.

Según he indicado antes, la constitución actual del Canadá no fué obra de un momento. El Canadá pasó, antes de alcanzar las instituciones autónomas por que hoy se rige, por otros períodos muy interesantes. De 1763 á 1774, primeros años después de la conquista inglesa, la provincia del Canadá estuvo sometida á un régimen puramente militar. Ya en 1774 se promulgó el acta de Quebec, por la cual se garantiza la libertad religiosa, instituyéndose un consejo legislativo de nombramiento real. En 1791, á fin de evitar el choque de las dos razas (franceses é ingleses), dióse el acta constitucional de Pitt, la cual dividía la colonia en dos provincias, el Alto y el Bajo Canadá. Imitando la constitución inglesa, la Carta canadiense se componía de tres elementos: una asamblea electiva, un consejo legislativo nombrado por el rey, y el gobernador general, representante directo del poder real. En sus apariencias, este régimen era un régimen libre; prácticamente, no resultó así. Bajo él, sobre todo en el Canadá francés, se extremó la lucha entre el principio democrático y el oligárquico. En 1837, estalló una fuerte insurrección, en virtud de la cual quedó en suspenso en 1838 la constitución del Bajo Canadá. Después de varias revueltas y vicisitudes, propuso lord Durham, en 1839, la creación de un gobierno responsable; y el 23 de Julio de 1840 se sancionó el acta del Parlamento británico, en que se contenían las nuevas bases de la constitución de todo el Canadá. En este acta, las dos provincias, antes separadas, for-

maban una sola, con un poder legislativo confiado á un consejo legislativo de veinte miembros vitalicios, y á una Cámara electiva compuesta de ochenta y cuatro miembros, elegidos por partes iguales en las dos antiguas provincias. El consejo legislativo se hizo electivo en 1854. La constitución resultante de todas estas disposiciones dió cierta prosperidad al Canadá, pero no fué capaz de procurarle la paz y el orden interiores. Bajo las instituciones organizadas, quizá con cierto espíritu dominante y egoísta por parte del elemento inglés, latía una lucha y una oposición de razas, una rivalidad fortísima entre el Alto y el Bajo Canadá. Esta lucha y esta rivalidad, en vez de resolverse por una separación y por una guerra, se resolvieron bajo el influjo imitativo de los Estados Unidos norteamericanos, y acaso también merced á la prudencia política, tan previsora siempre, de los ingleses, por la iniciación de un movimiento federalista, que tendía á adaptar á la vida interior de las provincias del Canadá el principio mismo de la autonomía y del *selfgovernment*. Los ingleses, que parecen aplicar tan al vivo en las relaciones sociales el criterio de la lucha por la existencia, suelen resolver sus oposiciones políticas con el criterio contrario de la cooperación expansiva.

El indicado movimiento federalista del Canadá recorrió una corta etapa preparatoria. Tuvo naturalmente que vencer ciertas repugnancias provenientes de algunas provincias. Sin embargo, el 10 de Octubre de 1864 reuniéronse ya en Quebec los delegados del gobierno canadiense y los de las provincias marítimas. En esta reunión se discutió un proyecto de federación, el cual, una vez formulado, pasó á las Cámaras del Canadá, que lo aprobaron al fin, después de largo debate. Nueva Brunswick y Nueva Escocia lo rechazaron en un principio; mas posteriormente lo aceptaron, cosa que no se logró de la isla del Príncipe Eduardo (hasta 1873), ni de la de Terranova. En virtud de todo esto, constituyóse la Unión (una verdadera unión federal) entre las provincias del Ontario, Quebec, Nueva Brunswick y Nueva Escocia, bajo el nombre de *Dominion of Canada*.

El 29 de Marzo de 1867 sancionó el Parlamento británico esta Unión (*Unión act.* 31, Vict., c. III), y el documento que la contiene es lo que debe considerarse como la *Carta Constitucional del Canadá* (vigente á partir del 1.° de Julio del mismo año).

III

Hecha esta rapidísima reseña de las vicisitudes por que ha pasado la organización política de la colonia, es ya ocasión de indicar cómo se halla hoy constituida.

El Canadá, actualmente, es, desde el punto de vista internacional, una gran dependencia inglesa; desde el punto de vista político estricto, una federación. Como cuerpo político unido y considerado en conjunto, el Canadá es un miembro libre y autónomo del imperio británico. Considerado en su composición interior, es una unión federal; las provincias que lo constituyen existían como tales antes de la confederación, no siendo ésta más que un pacto aceptado por ellas; como en todo Estado federativo, cada parte política autónoma conserva su propia y peculiar existencia; el gobierno central (bajo la acción del poder británico) tiene poderes generales, y cada provincia una jurisdicción privativa reconocida en el pacto fundamental. El Canadá tiene como soberano, en el sentido monárquico de la palabra, á la reina de Inglaterra; el gobierno del Canadá, pues, es un gobierno monárquico, por delegación, en cuanto que el gobernador general no es más que mandatario y depositario temporal de la autoridad de la reina. Ese soberano es el que lleva en la vida internacional la representación del Canadá. Así dice con razón un publicista canadiense, que «el Canadá, como tal, y por sí mismo, no tiene vida internacional». «Nosotros, añade, no podemos estipular tratados, ni declarar la guerra, ni hacer la paz. No tenemos embajadores, ó encargados de ne-

gocios que nos representen cerca de los gobiernos extranjeros; lo más que podríamos hacer es acreditar un agente que se ocupase en el fondo de los intereses del comercio y de la emigración. Si Inglaterra declarase la guerra á otra potencia, por ejemplo, á Francia, nos encontraríamos forzosamente mezclados en la lucha que puede acaso estallar lejos de nosotros. La metrópoli, ciertamente, no nos obligará á alistarnos en los ejércitos, derecho que al fin y al cabo sólo rara vez ejerce respecto de sus mismos súbditos directos. Pero no por eso dejaríamos de estar en estado de guerra, y llegado el caso, seríamos tratados como enemigos (1).» Por su parte, Inglaterra tiene la obligación de ayudar á la colonia, en caso de peligro, con todo el poder de su ejército y de su marina.

Prescindiendo de estos puntos de vista generales y entrando en el detalle de la constitución del Canadá, nos encontramos con un sistema político que entraña diversos grados, á partir del local más inferior, pasando por el provincial, hasta llegar á la organización federal bajo la tutela del poder británico. La organización política bajo la cual están hoy ordenadas las provincias en su interior, está, en opinión del articulista de la *Edinburgh Review*, perfectamente adaptado á las circunstancias del país en general. Existe el *selfgovernment* en el sentido más completo de la palabra. Como cimiento del edificio político están las instituciones municipales, cuyo carácter completo no se da en parte alguna de una manera más perfecta, sobre todo en la provincia del Ontario. Cada aldea, cada circunscripción parroquial, cada ciudad, cada condado, tiene su consejo, compuesto por miembros elegidos por el pueblo, con atribuciones sobre todos los asuntos de impuestos locales y mejoras materiales y morales. Bajo la paternal dirección de esos consejos, el progreso de la vida municipal es un hecho, por lo visto, tangible.

Subiendo un peldaño en esta organización política, tenemos

(1) V. P. B. Mignault: *Droit parlementaire,* páginas 215-216.

por encima de la vida municipal las formaciones autónomas provinciales, según queda ya indicado. Las provincias están gobernadas por un lugarteniente del gobernador, nombrado y revocable por el gobierno de *Dominion* y rodeado de un consejo responsable frente los representantes del pueblo, con una asamblea legislativa, compuesta en dos de las provincias sólo por dos cámaras: un consejo nombrado por la corona y una asamblea electiva: en las demás provincias hay una asamblea elegida por el pueblo, según un procedimiento electoral muy liberal. Las atribuciones de los gobernadores arrancan de la ley fundamental (de 1867): refiérense á la instrucción provincial, obras públicas, beneficencia, administración de justicia (salvo los asuntos criminales), vida municipal, etc., etc. En los territorios aún no constituidos en provincias funciona un mecanismo más sencillo, con su gobernador y un pequeño cuerpo legislativo elegido por el pueblo. Estos territorios, no comprendidos en la primitiva unión de 1867, están hoy representados en las dos cámaras centrales del Canadá.

Y llegamos al gobierno central ó general del *Dominion of Canada*, esto es, al de la *Unión*, tal cual fué sancionado por la *British North America Act*. (1867). Considerada en conjunto la constitución central, es muy análoga á la constitución inglesa... si se hubiera escrito. Tiene sus diferencias naturalmente; es, sobre todo, más ordenada y sistemática; pero esto no importa. En el Canadá, como en Inglaterra, la organización política reconoce la existencia oficial de un poder llamado... ejecutivo y de un poder parlamentario. Según el artículo 9 del *Acta*, se atribuye á la reina el *gobierno* y el *poder ejecutivo* del Canadá. Por supuesto, no se puede hablar en modo alguno de la intervención directa de la reina. La reina obra en el Canadá por medio de un representante, que es el gobernador general (art. 10). Este gobernador general goza de todos los privilegios que puedan referirse al gobierno federal conferidos por las leyes, ya de las antiguas Cámaras de las provincias del Alto y del Bajo Canadá, ya del poder legis-

lativo del Canadá Unido, ya, en fin, del Parlamento imperial (británico). Puede, además, designar delegados de su autoridad con atribuciones en cualquier sitio del territorio del *Dominion* (artículos 12 y 13).

Esta forma representativa del ejercicio del poder real en el Canadá, determina una de las características más especiaciales de este régimen autonómico colonial. En efecto, la reina, como es sabido, es irresponsable; la reina, además, no ejerce en Inglaterra el poder ejecutivo, que de hecho lo ejerce el Gabinete. Ahora bien; el gobernador general es un funcionario imperial dependiente de la reina por el conducto del secretario de las Colonias, y en su virtud responsable ante ella. Obra, además, según instrucciones para él indiscutibles, y formuladas de un modo general en Octubre de 1878. Viene á ser, pues, en primer término, un órgano de comunicación entre la colonia y la metrópoli.

Pero no es esto sólo. Como tal gobernador general al frente del gobierno del Canadá, es el jefe inmediato de este gobierno. En este concepto, es decir, desligado del carácter de delegado real, el gobernador es como un jefe del Estado al modo monárquico, ya que como tal es verdaderamente irresponsable. En el Canadá, se reproduce, respecto de este gobernador, al cual imprime carácter su representación monárquica, el principio base del régimen de Gabinete; en su virtud, la irresponsabilidad del gobernador general se halla condicionada por la responsabilidad ministerial. Según el art. 11 del Acta constitucional: «Para auxiliar la administración del gobierno del Canadá habrá un consejo, denominado Consejo privado de la reina para el Canadá: sus miembros serán elegidos temporalmente por el gobernador general, quien podrá separarlos.» Combinada la acción propia de este consejo con las funciones del gobernador general, el poder gubernativo del Canadá, dentro de su peculiar jurisdicción, es como el de la metrópoli. El Canadá está, en verdad, regido por ese gobernador general *irresponsable* ante el... Canadá, el cual no obra sino por

medio de sus ministros, y que conforma su conducta política á las inspiraciones de éstos; responsables en su caso ante los representantes del pueblo de la conducta que inspiran al gobernador. Todos los principios y prácticas del régimen parlamentario tienen, pues, su aplicación aquí.

Deben, sin embargo, señalarse aun dentro ya de la vida política del régimen gubernativo del Canadá ciertas diferencias interesantes, comparado con el de la Metrópoli. Hay en primer término la necesidad de acudir al ministerio del Canadá y á su Parlamento cuando se trata de la rectificación de un tratado que afecta al Canadá (art. 132). Por otra parte, difieren ambos sistemas de gobierno en cuanto al modo de ejercer la prerrogativa del indulto. Pero sobre todo, la diferencia más importante nacida de la condición particular del régimen colonial, es la relativa al *veto*, ó prerrogativa propia del jefe del Estado. El gobernador del Canadá tiene la facultad de sancionar los *bills* provenientes de las Cámaras: trátase de una función real que en la metrópoli ha caído en desuso. Pero como el gobernador no tiene esa función por derecho propio, puede ejercerla, ya directamente dando su aprobación al *bill* sometido á su sanción, ya oponiendo su *veto*, ó mejor, pues no se trata de un verdadero veto, puede reservar á Su Majestad la aprobación del *bill* en cuestión. En este caso, si ha obrado independientemente del consejo de sus ministros, éstos no responden de nada. Sólo responden en el supuesto de que hubieran aconsejado al gobernador el ejercicio de semejante facultad.

Por este lado del *veto* reservado á la corona es por donde se ve la posible intervención más directa del gobierno imperial en los asuntos de la colonia. En efecto; si el gobernador reserva un *bill* á la buena voluntad de S. M., la reina interviene directamente en los negocios del Canadá. De su decisión, la reina, naturalmente, no responde: responden los ministros de la metrópoli, los cuales á su vez no son responsables ante ninguna representación del Canadá, sino ante el Parlamento

inglés. Lo que hay es que este veto... imperial es más *imponente* que otra cosa. De todas suertes, el principio de la sumisión colonial se halla así consagrado de una manera terminante.

El gobernador general tiene, además, según resulta del artículo 90 del acta citada, la facultad de desaprobar las decisiones de las asambleas legislativas provinciales. La reina, por fin, se ha reservado el mando supremo de las milicias todas de tierra y mar y de todas las fuerzas militares y navales del Canadá.

El poder legislativo se ejerce en el Canadá, como en Inglaterra, por el Parlamento. Según el art. 17 de la constitución canadiense, el Parlamento está compuesto por tres brazos, á saber: la reina, una cámara alta, llamada Senado, y la Cámara de los Comunes. Este Parlamento (las Cámaras) debía reunirse en sesión una vez por año cuando menos (art. 20). La intervención de la reina en el poder legislativo se desprende fácilmente de lo que queda dicho respecto del papel y funciones del gobernador. Las Cámaras ocupan, en el sistema parlamentario del Canadá, un lugar análogo á las Cámaras del régimen inglés. El Senado viene á ser la Cámara de los Lores... sin Lores, por supuesto, pues sus miembros no son hereditarios, sino designados por la corona de por vida y en número fijo. Además, el Senado refleja, en su composición ó distribución, el carácter federal de la Unión. Para ser senador se requiere reunir ciertas cualidades eminentes. Aunque el cargo es vitalicio, puede perderse en ciertos casos. La función del Senado es esencialmente moderadora: sin embargo, tiene más poder que la Cámara de los Lores; pues como consta de un número fijo invariable de miembros, cuando rechaza una medida propuesta por la Cámara de los Comunes, no cabe el recurso, aplicable en Inglaterra, de aumentar el número de los Lores hasta formar una mayoría favorable al criterio de la otra Cámara.

La Cámara baja ó de los Comunes representa la población

del Canadá según su composición numérica principalmente, si bien un tanto atenuado el criterio aritmético para dejar á salvo los intereses de la población del Bajo Canadá, y á fin de que éste no fuese absorbido por el resto. La base electoral de esta Cámara se apoya en un censo muy cercano al sufragio universal. La Cámara de los Comunes ejerce las mismas funciones en el Canadá que la del mismo nombre en Inglaterra.

Este poder legislativo así constituido, con la participación efectiva de la representación popular del Canadá y de la representación de los elementos constitutivos de la Unión, tiene una amplísima esfera de acción, en cuanto se extiende á todo lo legislable dentro del terreno reservado á los poderes federales. Por otra parte, las Cámaras ejercen, en el mecanismo especial de las instituciones del gobierno parlamentario, las funciones propias de los Parlamentos de corte británico.

IV

Tal es, en brevísimos términos, la organización política del régimen autonómico desenvuelto en el Canadá. Claro es que no se ha indicado todo lo que sería preciso para dar una idea acabada y completa de un instrumento de gobierno tan complicado. Mas con lo expuesto creo basta para el propósito limitadísimo de este trabajo. La Constitución política del Canadá, copia en su parte formal de la Constitución británica y de la Constitución de los Estados Unidos, en lo que tiene de original ha sido obra de una lenta y trabajosa elaboración. Téngase en cuenta que cuando los ciudadanos de la gran colonia británica vivían en lucha y como desorientados, buscaban un equilibrio dificilísimo de obtener y más difícil de concretar en una fórmula escrita constitucional: equilibrio de razas, equilibrio de intereses, armonía del principio de auto-

nomía tan caro á los ingleses de todas las latitudes con el principio del patronato efectivo de la madre patria. Y encontraron al fin ese equilibrio, reflejándolo en instituciones defectuosas sin duda, pero no tanto que no se las considere como un verdadero progreso en la evolución general de las formas políticas. Pero, ¿cómo las encontraron? ¿Mirando á cualquier lado, buscando por cualquier parte? No. Los canadienses se atuvieron á sus tradiciones, atendieron á sus circunstancias y se inspiraron, sobre todo, en los grandes modelos políticos realizados por los grandes pueblos de su misma raza. «Durante largos años, dice elocuentemente el articulista de la *Edinburgh Review*, ya citado, esos valientes trabajadores llevaron una vida penosa de soledad en medio de las grandes selvas que cubrian el país entero; pero, de año en año, la oscuridad de sus bosques se iluminaba con luz radiante, á medida que el hacha abría amplios caminos á la colonización... Años enteros de duras labores y de luchas han seguido continuamente, á las que se juntaron además grandes dificultades políticas; pero la población era valiente y laboriosa, y venció muy pronto todos los obstáculos. El desenvolvimiento material iba á la par con el progreso político del país. La magnífica herencia que el pueblo canadiense posee hoy es el resultado de un trabajo incesante, de una paciencia infatigable... Ahora bien; considerando la grande obra del pasado, puede mirarse el porvenir tranquilamente, lleno el corazón de firme confianza.»

A. POSADA,

Profesor en la Universidad de Oviedo.

RECUERDOS

Ya no voy á dictar el presente artículo con aquella libertad de espíritu, con aquel agradabilísimo desorden con que he dictado los artículos precedentes. Algo me liga y me compromete, por haberme comprometido yo mismo en un momento de imprevisión.

Al buey por el asta y al hombre por la palabra, dice el refrán;—y otro refrán dice, que por la boca muere el pez: todo lo cual significa, que en el artículo anterior di el programa á que había de sujetarme en este.

Nada más molesto, que el recuerdo de un compromiso, único caso en que los recuerdos estorban y en que, al recuerdo vivo, resurrección de un mundo muerto, sería preferible el total olvido, que es, en suma, la muerte de lo que fué. Y aún son más molestos tales recuerdos, cuando nos obligan á seguir una senda seca y estéril, en que no ha de recogerse ni una flor, ni ha de acariciarnos la más ligera brisa, ni ha de subir al cerebro ningún aroma. Al menos estos son mis temores: veremos lo que resulta.

Dije que hablaría de una expedición marítima y *costanera*, que hice de Almería á Cádiz, para ir luego á Sevilla, previa

licencia del Jefe del distrito; porque yo fuí siempre modelo de subordinación y no di un solo paso sin estar autorizado por mis jefes.

Ya quisieran todos los conservadores habidos y por haber profesar el respeto que yo, el demócrata empedernido, he profesado siempre al principio de autoridad; y ya quisieran observar la disciplina á que toda ley sujeta, con la escrupulosa conciencia con que yo siempre la he observado y obedecido.

Respeto absoluto á mis jefes mientras serví en el cuerpo de Caminos; respeto al Director de la Escuela cuando fuí profesor en ella; respeto á los jefes de mi partido y á las decisiones de éste mientras anduve por los revueltos é indisciplinados campos de la política, que aunque ocasiones no me faltaron, jamás quise capitanear grupos ni grupitos levantiscos; subordinación absoluta ante la disciplina teatral, sin que jamás me haya rebelado contra las decisiones del público ni contra sus fallos soberanos.

Con el pensamiento soy el hombre más aventurero que existe, y el más subordinado, por conciencia del deber, en la realidad de la vida.

Obtuve, pues, el permiso de mi jefe para visitar Málaga, Cádiz y Sevilla; y una vez obtenido, tomé billete de primera clase ó de primera cámara en uno de los vaporcillos destinados al servicio público de aquella costa.

Pero no fuí solo, que en la expedición me acompañó un ingeniero de minas, á quien llamaré A. y que era un tipo extraordinariamente curioso.

Quizá mis instintos de autor dramático, entonces aparentemente dormidos, se revelaban de un modo indirecto en el ansia que siempre tuve por observar tipos, costumbres y caracteres; y puede decirse que ni antes ni ahora ni nunca he cesado de tomar *instantáneas* en mi cerebro, cuando algo que sale de la esfera común se me presenta en mi camino ó me cruza el paso.

Al ingeniero A. me parece que lo tengo ante mí. Si supiera

pintar, lo pintaría con extraordinario parecido, porque mi memoria es, más que todo, memoria que pudiéramos llamar geométrica.

Vuelvo á repetir, que ahora mismo me parece que lo estoy viendo, con su cuerpo flaco y desmedrado; con su cuello largo, inclinado hacia adelante; con su prolongada cara un poco encendida por lo que se llama vulgarmente «calor de hígado»; con su corva nariz de cartulina, que parecía seguir el movimiento general del cuello; con su pelo espeso, mal peinado y caído hacia adelante; con sus bigotes jamás levantados con insolencia, sino antes bien, doblados hacia abajo con fatiga; y en toda su persona con un no sé qué de bondad humilde, de inclinación respetuosa y de honrada dulzura, si se me permite este maridaje extraño de palabras, para expresar lo que no es fácil expresar de otro modo.

Con todo esto, el ingeniero A. era hombre de buen talento; escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes; honrado á carta cabal; y como ninguno, y aún más que yo, respetuoso y subordinado.

Su nota dominante, ya lo dije antes, era la timidez; y á fe que no tenía edad para ser tímido, porque iba caminando hacia los treinta, y aun representaba algunos años más.

Tímido, modesto y viejo antes de tiempo: tal fué mi compañero de viaje en aquella expedición costanera, que yo emprendí con tan profunda emoción como si se tratara de dar la vuelta al mundo.

Llegó el día de la marcha, y en la lancha del puerto, de la cual era yo capitán y timonel, fuimos los dos desde la escalinata del muelle á la escalera del vapor, cruzando sobre las azules olas del mar de Almería en una espléndida tarde de la anticipada primavera.

Subimos al vapor ambos, y sospecho que con tanto encogimiento el uno como el otro; porque á decir verdad distábamos mucho de ser dos intrépidos navegantes, á pesar de ser descendientes acaso de aquellos que descubrieron y exploraron y con-

quistaron un nuevo mundo. ¡Cómo cambian las razas y cómo degeneran!

En la cubierta nos quedamos largo rato sin saber qué hacer de nuestras personas.

Al fin, yo, como el más intrépido, formulé esta atrevida pregunta: «Me parece amigo A. que debemos preguntar por nuestros camarotes.» Y él, moviendo la cabeza de arriba abajo, después de haber abierto mucho los ojos, para penetrarse sin duda de la grandeza del problema por mí planteado, contestó con su voz apacible y un tanto cascada: «Me parece que sí.»

«Pero ¿á quién hacemos la pregunta?» dije yo: y él replicó con tristeza: «¡No lo sé!»

Al fin nos lanzamos, siempre juntos, como soldados en fila, á buscar alguien que nos diera razón de nuestros respectivos camarotes; y el resultado fué, que aunque los habíamos pagado, no los teníamos, porque el vapor venía lleno desde Valencia y Cartagena.

El capitán se excusó como pudo y nosotros nos quedamos en pie sobre cubierta y unidos por la común desgracia, mientras los marineros levaban ancla, el buque se ponía en movimiento, y un enjambre de pasajeros bullían sobre cubierta, buscando asientos, bancos y butacas en que sentarse para presenciar las maniobras y gozar de las hermosuras de aquel ancho y despejado horizonte en que por línea imperceptible se fundían el rizado azul del mar y el terso azul del cielo.

Al fin le dije yo á mi compañero: «Me parece que debemos pasearnos»; y él asintió con su bondad de siempre y su carencia absoluta de iniciativa.

Y, en efecto, empezamos á pasearnos por la cubierta; pero ni él ni yo pronunciamos una palabra: sin duda meditábamos ambos en lo difícil de nuestra situación y en lo peligroso de la empresa con tan mala fortuna acometida.

Al fin le dije yo con cierta energía:

—Amigo A., lo que hacen con nosotros es una infamia.

—Una infamia:—repitió él, abriendo otra vez los ojos y moviendo de arriba abajo la cabeza varias veces.

—Hemos pagado camarote de primera—seguí diciendo—y no tenemos camarote.

—No: no lo tenemos—repitió él.

—Deberíamos protestar—agregué yo.

—Eso es: protestar—dijo él.

Y otra vez nos quedamos en silencio, porque ni sabíamos ante quién protestar, ni la protesta nos hubiera proporcionado los dos camarotes que necesitábamos.

De este modo, unidos por un estrecho tacto de codos, pronunciando yo de cuando en cuando alguna frase y repitiéndola él como un eco, estuvimos paseándonos sobre cubierta toda la tarde, con pequeños descansos, cuando por azar quedaban desocupados dos asientos.

Y llegó la hora de comer, y empezaron á bajar pasajéros al comedor, sin que nosotros nos atreviésemos á imitarlos: los dos, tímidos en exceso y hasta con ridículos excesos, y unidos tácitamente en la misma cobarde inexperiencia, más propia de niños de cinco años que de dos ingenieros de veintiuno y veintiocho respectivamente, seguíamos dando vueltas por el puente y mirando con envidia, por las claraboyas ó tejadillos de cristales de la cubierta, á los demás pasajeros que, sentados intrépidamente alrededor de la mesa, esperaban que empezase el servicio.

Valerosos éramos ante la ciencia: yo me atrevía con cualquiera integral; con cualquier análisis químico se atrevía mi compañero, que era hombre de saber y de práctica. Y, sin embargo no nos atrevíamos á bajar á la cámara, ni, por lo tanto, á tomar asiento en la mesa, que ya estaba casi completamente llena; sólo faltaban algunas señoras que, por estar mareadas, ó se habían quedado sobre cubierta ó se habían encerrado en sus camarotes.

Yo, sin embargo, tenía conciencia de que aquella timidez nuestra era absurda y era ridícula. En cuanto á mi compa-

ñero no sé lo que pensaría; pero su aspecto revelaba una gran conformidad cristiana y una gran resignación.

Estaba visto: habíase resignado el buen hombre á no comer, á no dormir y á seguir á mi lado paseándose indefinidamente, en tanto que yo no tomase la iniciativa para alguna resolución desesperada.

Al fin rompí el silencio de este modo: «Me parece que, ya que no nos den camarotes, al menos para bajar y sentarnos á la mesa tenemos pleno derecho.»

Y él, con sus afirmativos movimientos de cabeza, me dió á entender que era de la misma opinión.

Estábamos, pues, conformes.

Y yo callé, y él nada dijo, y seguimos paseando.

Por último, por repentina y heroica resolución, le interpelé de este modo:

«¿Quiere V. que bajemos? Porque tengo hambre.»

Y él, estirando y encorvando el cuello más que de costumbre, me contestó con su acento bondadoso: «Como V. quiera.»

«Pues adelante.» Y llegamos resueltamente al primer escalón de la escalera, que á la cámara conducía.

«Pase V.», le dije yo.

Pero mi buen amigo, demostrando energía por vez primera en su vida, se echó hacia atrás, diciendo resueltamente: «No, eso no; pase V. primero.» Fué la única ocasión en que le vi mover la cabeza trasversalmente para decir: «no». Le miré, y leí este pensamiento en su frente ancha y un tanto arrugada: «buen egoísta estás, que quieres echarme delante y bajar á mi amparo aprovechándote de mi peligrosa iniciativa.»

Con que así quedamos un rato, con más vergüenza que si se tratara de bajar al antro más vergonzoso; con más miedo, que hubiéramos tenido para trepar por una brecha.

¡Bajar él primero por aquellos escalones de madera, pulimentados y brillantes, y con adornos de luciente cobre! ¡Penetrar él primero, repito, en aquella cámara tan llena de gente, que, á no dudarlo, hubiera fijado en nosotros sus

miradas! ¡Pasar, por detrás de los que ya estaban sentados á la mesa, entre los balances del vapor, y expuestos á caer sobre cualquiera de ellos, ó acaso sobre una señora! ¡Escoger entre los asientos vacíos dos que estuviesen juntos, y tener que decir en voz alta: «que nos sirvan la comida!» Empresa tal era superior á nuestros alientos; y estoy seguro que los dos pensábamos á la vez: «no, es preferible no comer.»

Estas timideces ridículas ,absurdas é inverosímiles, fueron sin embargo reales, y tal como yo las pinto. No exagero, no recargo; digo con toda verdad lo que yo sentía y lo que sentía mi compañero, y muchas veces he pensado después: ¡qué distancia entre cualquiera de nosotros dos y un yankee, pongo por ejemplo! Si nos fijamos en las condiciones de carácter, en esas condiciones de intrepidez, osadía y poca aprensión, que tan decisivas son para las luchas de la vida, ¡qué diferencia tan inmensa entre el joven, que se ha educado en la atmósfera sublime pero abstracta de la ciencia, y el que se ha educado bregando con la realidad, y abriéndose paso, no por entre fantasmas divinos de leyes geométricas ó analíticas, sino por entre los hechos brutales, por entre la materia palpitante, por entre otras vidas activas ó agresoras, dirigiéndose siempre, no hacia una abstracción científica, sino hacia un objeto real y positivo!

Pues en lo altó de la escalera estuvimos un buen rato contemplando el lustre de la madera y el brillo de los adornos é incrustaciones de metal, como si nos interesasen mucho.

De pronto sonó detrás de nosotros una voz: «¿Permiten ustedes?» Y un caballero, que se había retrasado, pasó por delante y empezó á bajar la escalera de la cámara.

El mismo pensamiento nos asaltó á la vez á mi compañero y á mí. En las grandes situaciones, el instinto de conservación es prodigioso; y los dos pensamos: «ese hombre baja á comer, luego yendo detrás de él podemos también bajar nosotros: él nos guía, él nos abre camino, él nos ampara, para él son todas las responsabilidades y todos los peligros: es, como si di-

jéramos, cabeza de columna; pues tras él y adelante, es decir, hacia abajo:» y tras él nos precipitamos resueltamente. Él, el primero; yo, el segundo; y mi amigo, el de la cara triste, el último, buscando siempre la posición más estratégica.

De este modo llegamos á sentarnos á la mesa aquella tarde memorable tan llena de sobresaltos estúpidos y emociones insípidas.

Y una vez en la mesa, comimos sin ningún linaje de timidez y con bastante buen apetito.

*
* *

Y ¿de dónde procedían mis timideces?

¿De la raza y de la sangre? Imposible.

Mi madre era de las Provincias Vascongadas; y sus padres y sus abuelos y todas sus ramas ascendentes, en aquella región del Pirineo, que nunca ha criado seres tímidos, habían echado constantemente sus raíces. En cuanto la memoria de mi madre y sus tradiciones de familia alcanzaban, no podían encontrarse más que vizcainos ó guipuzcoanos. Familia vasca con sus pergaminos, sus genealogías y sus pujos de nobles ó de hidalgos, y por lo tanto su serena altivez. Así, mi madre, que era buena con la bondad de un ángel, era valerosa y enérgica; y jamás tuvo miedo ni se asustó por nada.

Mis timideces para el mundo, mi cortedad ante las gentes, mi repugnancia á rozarme con personas desconocidas, como si cada una de ellas fuese un problema temeroso para mí, nunca pudieron proceder de la *rama materna*. Quizá de ella procedieron—como explicaré más adelante—mis aficiones desenfrenadas por la literatura dramática y por la poesía.

Pues si no pude ser tímido, en estos primeros roces de la

vida social, por herencias de madre, por herencias paternas menos, mucho menos lo pude ser todavía.

Con decir que mi padre era *aragonés*, con decir que nació en *Zaragoza* y en aquellos tiempos tan próximos á la guerra de la Independencia, que parecían empapados de sus energías y fierezas, está dicho todo.

Muchas veces me contaba mi padre, que revolviendo escombros, que aun quedaban de los pasados sitios, él y otros compañeros solían encontrar cajas y montones de balines ó de metralla: nobles proyectiles que sustituían gozosos al puro canto ó al grosero cascote, en sus guerras y pedreas.

Y era de ver—según él decía—la cara de su padrastro al verle entrar en casa con la cabeza rota y ensangrentada.

¿Quién te ha hecho esa *gusanera?*—le preguntaba con semblante severo.—«Otro chico;»—decía él.—«¿Y tú qué le has hecho?»—continuaba preguntando el que hacía veces de padre, y aun siéndolo de veras hubiera preguntado lo mismo.

Y si el mío contestaba que no había podido hacerle nada, porque había tenido que retirarse del campo de batalla, eran de oir las indignaciones del padrastro.

Pero si contestaba, que le había dejado tendido en tierra con otra *gusanera* mayor que la suya, el padrastro se convertía en padre, que le agasajaba amoroso.

Con tal sistema y en tal tierra, manejando desde los ocho años cascotes de las ruinas, balines de los sitiados, ó metralla de los sitiadores para simular guerras, en que nunca faltaba sangre no fingida, no era fácil que se criasen los chicos con timideces de monja ó de educanda de colegio.

No; no era yo tímido por ser hijo de mi padre.

*
* *

Mi padre siempre tuvo una gran ternura en el alma: lloraba en el teatro como un niño, y toda acción noble le conmovía profundamente; pero su carácter, por ser de la tierra que era, fué siempre enérgico y valeroso hasta lo inconcebible: no con energías de un primer arranque transitorio, sino con energías tenaces, superiores al tiempo, y á los años, y á las contrariedades, obstáculos y miserias de la vida, como lo prueba su historia, que tantas veces me refirió cuando yo era niño, que sus amigos de aquella época me completaron en más de una ocasión, y que como título de gloria he de referir en esta serie de recuerdos, uniendo en piadoso tributo sus recuerdos á los míos.

Lea estos nuevos recuerdos el lector, y dígame si hay nadie, ni francés emprendedor, ni vigoroso inglés, ni voluntarioso yankee, capaz de hacer más, ni mejor, que lo que hizo mi padre en los comienzos de su juventud, en su niñez casi.

*
* *

Quince años tenía mi padre, cuando su familia quiso resueltamente, que siguiera la carrera eclesiástica. Un tío suyo era, si mal no recuerdo, canónigo, y administrador de muchos de los bienes de la Virgen del Pilar, es decir, un personaje en las entonces esferas poderosísimas del clero.

Su madre, quiero decir, mi abuela paterna, era mujer muy devota; devotísima toda la familia; y las inclinaciones religiosas de todos y las altas influencias del tío canónigo, se empeñaban en preparar y hubieran preparado de este modo un porvenir brillante para mi padre, si mi padre, obedeciendo los superiores mandatos de la familia, hubiese entrado en el Seminario.

Pero no quiso: su voluntad enérgica hizo frente á todas

aquellas voluntades durante algunos meses; y en el último trance, cuando vió que á la fuerza le iban á encerrar, en lo que él consideraba como cárcel y los suyos como camino del cielo y escalón de la fortuna, tomó una resolución desesperada. Dejó á su familia, se escapó de Zaragoza y se lanzó por el mundo, solo, sin dinero, sin amigos, sin protectores, sin más que una idea: voy á Madrid, á seguir la carrera de medicina.

Tenía quince años. Once años después supo de él por primera vez su familia, cuando les participó, que acababa de obtener el título de Doctor en Medicina y Cirugía, que había ganado una cátedra de Agricultura por oposición y que se había casado.

Ya no corría peligro de que le obligaran á ser canónigo.

Muchas veces me refirió su viaje de Zaragoza á Madrid. A pie casi siempre, á ratos montado en los lomos del macho de algún arriero, cuando encontraba arrieros compasivos; más de una vez pidiendo pan de limosna. Y de esta suerte entró en Madrid, sin otros recursos ni elementos de lucha, que sus quince años, su energía aragonesa, la idea de ser médico á todo trance y siete cuartos en el bolsillo, ó resto de los pocos reales que sacó de Zaragoza, ó don piadoso de algunos viajeros caritativos.

Pero traía en el bolsillo, además de los siete cuartos, una carta de recomendación de un profesor de Zaragoza, que estaba en el secreto de la escapatoria, para otro profesor ó jefe ó alto empleado del Hospital general de Madrid.

Unica protección, único amparo y única esperanza del pobre niño en su desesperada y para él y para cualquiera titánica empresa.

Muchos chicos se habrán escapado de casa de sus padres, y se habrán ido á correr solos por el mundo; y no está el mérito en los atrevimientos de la fuga.

El mérito está en no haber caído, por la miseria y el abandono, en esas últimas capas sociales, en cuyo barro y cieno se

hunden y desaparecen tantas criaturas desamparadas, convirtiéndose en barro y cieno también.

El mérito está en haber resistido todas las tentaciones del vicio, en haber tenido voluntad indomable para todos los desfallecimientos y energía sublime contra todas las desesperaciones.

El mérito está, repito todavía, en haber puesto ante sí un norte, y en haber caminado hacia él durante once años, sin desviarse jamás, ni hacia la derecha, ni hacia la izquierda; trabajando siempre para vivir, estudiando siempre para aprender.

El mérito está, repito por último, en haber llegado al fin, creándose, como él decía, «con su energía aragonesa, y con la ayuda de Dios, una posición digna y honrada».

A mí todo el mundo me ha ayudado en esta vida: padres y amigos; compañeros y profesores; admiradores bondadosos y entusiastas partidarios. A él no le ayudó nadie más que sus internas energías, en ese Hospital general, donde hizo su carrera, desde criado de los mozos, hasta doctor y catedrático.

Para mí los cariños, los mimos, el desahogo, la comodidad en la casa paterna. Para él, durante once años, los pasillos, los patios y las salas del Hospital general.

¡Cuántas veces pensaba yo, al oir sus relaciones y memorias, en que hay contrastes singulares y dramáticos en la vida de unas y otras criaturas!

Mi madre, cuando yo era estudiante, todas las noches antes de acostarse me apagaba la luz, para que no leyese ni estudiase más. Mi padre, cuando tenía que velar en el Hospital general, hacía rayas en la vela que le dejaban, porque á veces el cansancio y el sueño le rendían; y si entraba de pronto un ayudante, y le preguntaba, para ver si se había dormido, *qué hora era*, por las rayas de la vela calculaba la hora que podría ser.

* * *

Entrar mi padre en Madrid con sus siete cuartos y su carta de recomendación y dirigirse directamente al Hospital general en busca del profesor á quien la carta iba dirigida, fué todo uno. En verdad que no había tiempo que perder; porque con sus siete cuartos por todo caudal no era fácil que hubiera encontrado posada.

Afortunadamente la carta era eficaz. El profesor era buena persona; le hizo gracia la energía del chiquillo y su intención recta; y consiguió que entrase en el Hospital general, no sé cómo, ni en qué concepto: vino á ser algo así como un chico que se toma para ayudar á los mozos; un niño á quien se da de comer por lástima, se le deja dormir en un rincón, se le encomiendan algunos recados, y se le permite asistir á las clases.

¿Cómo pudo seguir en estas condiciones la carrera? Ni él mismo se daba cuenta de cómo se operó el milagro, ni de cómo pudo resistir su salud—que tampoco era muy buena—tanto estudio, tanto trabajo y tantas soledades del alma.

Y ello es, que no se contentaba con seguir la carrera de medicina y cirugía, sino que perfeccionó el griego y el latín, en cuyos dos idiomas clásicos llegó á ser profesor eminente. En latín sostuvo muchas oposiciones, hablando la lengua de Ciceron con tanta soltura casi como la lengua propia. En el griego llegó á tal punto, que muchas veces me leía cantos enteros de la *Ilíada* y de la *Odisea* de repente, sin vacilar, sin acudir nunca al diccionario, como si fuera leyendo en una traducción castellana.

A la vez, estudiaba Agricultura y Botánica, y en la primera de estas ciencias siempre estuvo á la altura de los trabajos más modernos: por lo que después he visto, en el admirable curso que explicaba en Murcia, se anticipaba á muchas de las ideas y teorías que han venido más tarde.

Pero la Botánica era su ciencia de predilección. El herborizó con verdadero frenesí una gran parte de la provincia de Murcia; y yo recuerdo haber visto en su despacho muchos estantes de pino, atestados todos ellos de enormes montañas de

papel de estraza entre cuyas hojas dormían disecadas, con su perfecta clasificación y otros muchos detalles técnicos que nunca comprendí, todas las especies de la flora murciana.

¿Qué se hicieron aquellas verdaderas riquezas de su ciencia predilecta, acumuladas durante doce años? Cuando yo salí de Murcia, pilas enteras de papel eran polvo y polvo son hoy aquellas venerables montañas de florecillas secas, de hierbas aplastadas y de papel áspero y oscuro, que en mis primeros años yo contemplaba con tan infantil curiosidad y tan temeroso respeto.

Pero nunca me interesó gran cosa la Botánica, al menos en su parte descriptiva y en sus laboriosas clasificaciones. Siempre acompañaba yo á mi padre; pero mientras él buscaba hierbas y flores, yo me entretenía ó mirando aquellos hermosos horizontes de luz ó resolviendo problemas de geometría.

Mi padre y yo, en nuestra esfera propia, representábamos la desviación de toda una sociedad, al menos por lo que se refiere al orden del pensamiento.

Él, latino; él, helenista; él, naturalista; él, médico y cirujano con la escuela práctica del Hospital general. Yo, matemático; yo, ingeniero; yo, aficionado á la estética; yo, apasionado por lo moderno; yo, aprendiz sin consecuencia de las lenguas sabias, que abandoné totalmente por unas cuantas de las lenguas vivas.

Pero aún me queda mucho por decir y el artículo va siendo excesivamente largo.

Dejemos el resto para otro día.

José ECHEGARAY.

CRONICA LITERARIA

La apertura del curso en la Universidad Central.—Discurso de D. Mariano Antón.—Cuestiones de Etnología moderna.—La controversia aria.—Las razas de Europa.

El comienzo de la *season* madrileña—que diría un cronista de salones,—ó en términos más llanos, la temporada de otoño, en que vuelve á reanudarse la actividad de la vida cortesana, se señala con todo género de aperturas: apertura de los tribunales, apertura del curso universitario, apertura de los teatros, y semiapertura de la plaza de toros: sucesos de diferente importancia, sin duda, pero entre los cuales es posible que aquellos que parecen menos graves y trascendentales, sean los que tengan mayor número de devotos.

Siempre me ha interesado, entre estas aperturas, la del curso académico. El acto en sí tiene poco de particular. Se reduce, como saben cuantos han concurrido á él, á la lectura de un discurso por el catedrático designado por el claustro, y á la entrega de los diplomas correspondientes á los alumnos premiados por las Facultades é Institutos. Alguna vez el ministro de Fomento, ó quien preside el acto, pronuncia unas cuantas frases de cajón sobre los beneficios de la cultura, etc., etc.; mas por lo común, se limita á declarar abierto el curso académico. Las togas, mucetas y birretes de catedráticos y doctores dan

una arcáica nota de color al acto. El público compónese, en su mayoría, de las familias de los estudiantes aplicados, las cuales acuden á presenciar el triunfo del futuro médico ó el futuro legista, y por lo común escuchan el discurso con respetuoso aburrimiento, esperando que, llegado el instante de repartir los premios, avance Fulanito hacia la mesa presidencial en busca de sus diplomas.

La solemnidad, mirada fríamente, apenas ofrece otro interés que el que tener pueda el discurso, y el de ser aquélla uno de los pocos restos que van quedando del antiguo ceremonial universitario. Antes, las investiduras de los grados de licenciado y de doctor celebrábanse también en forma parecida, mas sea por razones económicas, ó por la poca afición á estas pompas que hay entre nosotros (lo mismo pasa con las condecoraciones, que casi nadie usa fuera de los actos oficiales), el hecho es que ha caído en desuso aquella costumbre.

Esto mismo, ó sea la carencia de esa afición al aparato y al ceremonial, que tan viva se conserva en otros países, se nota en el reparto de los premios. Y hay que convenir en que esta parte del acto está dispuesta de la manera más prosaica y menos estética posible. Se va llamando por lista á los alumnos premiados, y uno á uno avanzan desde el lugar que les está adscrito hasta la mesa presidencial, recorriendo la no corta distancia que media entre ambos lugares, por el paso que dejan los asientos del claustro, y regresando después por el mismo camino con sus diplomas en la mano.

Pocos son los que muestran cortedad ó encogimiento. Casi todos hacen su peregrinación hacia la presidencia, por en medio de los señores de las mucetas rojas, azules, amarillas y de todos colores, caminando con el mayor desembarazo. Es probable, por no decir seguro, que allá en el fondo íntimo de la conciencia, que es el reino de la sinceridad, porque allí no se finge ni se aparenta nada, ni hay para qué, les halaga el premio que van á recibir. Mas se guardan bien de manifestarlo. Huyen de la prosopopeya, de la *pose*, hasta el extremo de que se

podría apostar algo á que, al hablar con sus compañeros de la distinción conseguida, no le dan otra importancia que la consiguiente á la exención del pago de los derechos de matrícula que proporcionan los premios. ¿Es que la juventud se ha materializado hasta el punto de no ver en los triunfos universitarios más que el medio de ahorrar un puñado de pesetas? Nada de eso. Obedece al mismo sentimiento, por virtud del cual hasta los que han bebido los vientos por una cruz, y han hecho por ella antesalas, y hasta la hubieran pagado bien, de venderse, no se atreven á ostentar en el ojal la codiciada roseta.

*
* *

Aunque en general la inauguración del curso académico, dista bastante de ser una solemnidad dispuesta artísticamente, en forma propia para excitar la fantasía, dudo que la presencien con indiferencia los que pisaron tiempos atrás las aulas.

Entre nosotros apenas se hace vida universitaria. El trato y comunicación entre maestros y discípulos suele estar limitado á lo puramente oficial. La Universidad no constituye una corporación viva á la manera de las antiguas. Año tras año las generaciones de estudiantes cruzan por sus aulas de paso, en busca del título y sin hallar más de lo que buscan. Tiene algo de oficina administrativa. ¿Es que la estrecha red de las reglamentaciones, planes estáticos (por decirlo así), de estudios, programas, sistemas prescritos de enseñanza medidos por horas, la ahoga y la hace infecunda? Tal vez; pero hay que confesar que la común flaqueza de iniciativas se acomoda gustosa al molde y á las trabas.

En general (hay naturalmente excepciones) se tiene un concepto mecánico y poco elevado de la función universitaria. Y

el ánimo se aparta de la común propensión á atribuir todos los males á las leyes y á los poderes públicos cuando considera que no es á los ministros de Fomento, ni al profesorado, á quienes cabe la mayor culpa de lo que ocurre; que hay algo más desconsolador: la falta absoluta de opinión en el país sobre materias de enseñanza, si por opinión no ha de entenderse lo que piensa un gran número de padres de familia, cuyo ideal en materia de instrucción pública se reduce á que haya pocas asignaturas, libros de texto á peseta, é indulgencia plenaria en los exámenes.

Es triste, pero hay que reconocer que el país no *opina* en estas cuestiones, que no le interesan, y apenas existen para él como problemas científicos y de cultura nacional. Para muchos, una persona que se consagra á la ciencia sin otro fin, es un ser incompleto, un maniático tranquilo, un *chiflado*, en suma. Al observar estas y otras señales de indiferencia tan notorias se siente el observador muy inclinado á la benevolencia con todas las rutinas de la cátedra y todas las reglamentaciones de los planes de estudios. No hay ambiente para otra cosa. La enseñanza, reglamentada como lo está, es lo que todos sabemos; mas no cabe preguntarse sin alarma qué sería, en tales condiciones de medio, la enseñanza libre.

Pero, aun estando la Universidad tan decaída, se ama, sin embargo, aquella casa, ó, por lo menos, suelen amarla los que por ella han pasado. Y se la ama un poco á la manera que se sigue amando á las mujeres que nos han burlado. Porque, por unas ú otras causas, la Universidad ha llegado á ser una de las más calificadas fábricas nacionales de desengaños. De ahí que los estudiantes de ayer miren melancólicamente á los estudiantes de hoy, en estas solemnidades universitarias de apertura del curso, como un reflejo y una evocación de su pasado, de aquellos días hermosos en qué la fuerza de las ilusiones juveniles así se cuidaba de la realidad, como se curaba Don Quijote de averiguar si eran molinos de viento los gigantes que su imaginación fingía. En esa edad de fe y entusiasmo en

que se pasa comúnmente por las aulas, la ciencia parece próxima, el camino llano, la verdad triunfante y soberana, y hasta la conquista de la posición, de la personalidad social, segura.

¡Qué inmensa suma de energías, de savia generosa, de fe en la vida no se seca y malogra antes de tiempo, antes de la época natural de los desengaños, cuando la realidad, con sus rudas y ásperas lecciones, sustituye aquella deliciosa embriaguez con el sabor amargo que dejan las esperanzas perdidas, y muestra que la ciencia está lejos, que la verdad cuenta pocos partidarios y que nuestra organización social tiene más parecido con la clientela antigua que con el mandarinato chino de *letrados*.

*
* *

He dejado correr la pluma demasiado, y ya es tiempo de que, volviendo al punto de partida, diga algo del discurso que leyó en la apertura de los estudios el Sr. Antón, catedrático de Antropología.

Es curioso, y hasta puede decirse significativo, que en estos discursos sólo por excepción se traten cuestiones de enseñanza, temas relacionados directamente con la función que á la Universidad toca ejercer, y que serían tan propios de una solemnidad de esta clase. Por lo común, los profesores eligen, dentro de su especialidad, un asunto científico ó literario, y dicho se está con esto cuánta variedad no habrá en la materia de las oraciones de apertura de curso, entre las cuales figuran trabajos muy notables.

El Sr. Antón, siguiendo esta costumbre, que tiene de bueno la libertad en que deja al disertante, aunque hace que los discursos suelan ser para el claustro y no para todo el público en

general, había elegido como tema el siguiente: *Razas y naciones de Europa.*

En el discurso del Sr. Antón las razas ocupan mucho más espacio que las naciones, de las cuales se habla muy de pasada. Y es natural que sea así, dado el punto de vista del autor, que es el de la ciencia que profesa. Las razas corresponden más directamente que las naciones al campo de la antropología, siquiera ésta, tomándola en su acepción más amplia, abarque todo lo humano. Una raza puede en cierto modo determinarse con los datos estrictamente antropológicos, ó sea con caracteres anatómicos y fisiológicos, como otra cualquier variedad de una especie; una nación nunca. Lo que á la nación caracteriza es el espíritu ó la conciencia nacional, que se sobrepone á los elementos antropológicos no menos que en un individuo civilizado predomina la actividad psíquica sobre todas las otras, determinando la dirección de su vida. Así se observa que las naciones, y en mayor escala las que han pasado por muchas transformaciones históricas, presentan un agregado de muy varios elementos étnicos, que, aunque conserven sus caracteres materiales distintivos, han llegado á fundirse en una cierta entidad social que constituye la personalidad de la nación. ¿Quién puede dudar que la nacionalidad francesa, tan esencialmente unitaria y centralizadora, es una de las más acentuadas de Europa? Y sin embargo, en Francia pueden señalarse, como lo hace M. Alfredo Fouillée en su reciente estudio *Degenerescence?* (1), tres razas: una la celta, morena, braquicéfala, otra germana, rubia, dolicocéfala, otra la ibérica ó mediterránea, y aun podría añadirse quizá á éstas, si se le otorga existencia aparte, el reducido grupo turanio de los bascos de allende el Pirineo. Entre nosotros, que sin tener un sentido unitario tan marcado como el de nuestros vecinos, constituimos una nacionalidad bien caracterizada, podría señalarse acaso mayor variedad de

(1) *Revue des Deux Mondes* del 15 de Octubre de 1895.

elementos étnicos, por haber sido más considerable y prolongada aquí la comunicación con los semitas.

No digo esto en son de censura, pues, aparte de que reconozco que me faltaría competencia para ello, el discurso del Sr. Antón me parece un trabajo notable y por demás interesante. Mi propósito al hacer notar esta circunstancia se reduce á señalar cuál es la índole del estudio del distinguido profesor de Antropología.

Es muy erudito este discurso, pero más que en las numerosas citas y referencias que contiene, se puede apreciar el conocimiento claro y profundo que posee el Sr. Antón de la materia, en la facilidad con que concreta y condensa las cuestiones en fórmulas precisas y breves. Cualidad ésta eminentemente didáctica y que no se logra con la mucha lectura, sino que requiere la asimilación de los trabajos ajenos incorporados así al pensamiento propio, y más aún el ejercicio de éste, supuestas las dotes de perspicacia y laboriosidad, sin las cuales no puede el investigador dar un paso.

El autor del discurso acredita en él que posee esa facultad de exposición, á cuyo desarrollo contribuye sin duda el ejercicio de la cátedra, y por virtud de la cual su trabajo puede dar una idea clara de las cuestiones que allí se tratan, aun á personas ignorantes ó poco enteradas de los estudios y polémicas de la Etnología moderna. El orden que sigue el señor Antón en su discurso contribuye mucho á la claridad de este. Primero expone las fases por que ha pasado la Antropología moderna hasta llegar á su actual estado de desarrollo; hace después un resumen muy completo de la llamada «Controversia aria», ó sea de la cuestión sobre el origen de los arios ó indo-germanos, y su representación más pura en las actuales razas, cuestión en la cual va incluida en parte la de la procedencia de las poblaciones europeas, y por último, pasa á determinar los grandes grupos étnicos de nuestro continente, señalando muy de pasada sus tendencias sociológicas y dedicando al final algunos interesantes párrafos al origen de los ibero-

libios, y al papel que desempeñó esta raza, según el catedrático de Antropología de la Central, en la formación de los dos grandes pueblos de la antigüedad clásica, el griego y el romano, y del Egipto faraónico.

Esta gradación de cuestiones me parece lógica, y dudo que en un trabajo de vulgarización (difícil tratándose de materias tan complejas y que en mucha parte no han salido aún del estado hipotético) pudiera adoptarse otra más sencilla y que más ayudara á la total inteligencia del asunto. La primera parte, ó sea la exposición de los diversos períodos por que ha pasado en su proceso de formación la Antropología moderna, es antecedente necesario de las cuestiones acerca de las razas, por cuanto muestra el sentido que las da la ciencia contemporánea y explica cómo se ha llegado al criterio reinante hoy entre los antropólogos. Del problema ario, aparte de su peculiar interés, puede decirse que por la generalidad é importancia que tiene se relaciona en algún modo con todos los concernientes á las actuales razas europeas y entra como factor necesario en la mayoría de ellos. Tratadas previamente estas cuestiones, la última parte del discurso, que es la de mayor novedad, y está consagrada á explicar la distribución y caracteres de los principales tipos étnicos europeos, el celta eslavo, el teuto-escandinavo y los dos mediterráneos libio-ibérico y semita ó syro-árabe, encuentra allanadas muchas de las dificultades con que el expositor tropezaría en otro caso. Si el Sr. Antón, apartándose de la tendencia que suele dominar en este género de escritos, ha querido hacer un discurso para todo el público ilustrado y no tan sólo para el claustro, ha seguido el mejor camino para alcanzar su fin.

A primera vista parece que un discurso sobre Antropología está muy expuesto á la aridez, que ahuyenta á los profanos y sólo es tolerada pacientemente por eruditos y sabios. No sucede esto con el trabajo del Sr. Antón. Y aunque contribuye á tan laudable resultado el arte con que está expuesto el tema, hay otra circunstancia más objetiva, que presta interés al

asunto y á la disertación. Como indicaba antes, la mayor parte de las cuestiones que se tratan en este estudio se hallan en ese estado de indecisión y vaguedad en que la hipótesis ocupa mucho mayor espacio que las conclusiones demostradas. Y así como en la vida la aspiración y el deseo es lo que da á las cosas estima y no la posesión de ellas cuando al cabo se alcanza, parece que en la ciencia el período de investigación y de conquista de la verdad oculta, es el que mayor interés inspira, aquel en que se despliegan toda la energía de las facnltades intelectuales en los mil ensayos y tanteos anteriores al descubrimiento que se persigue. Realizado este, la cuestión pasa al archivo, y todo aquel cúmulo de esfuerzos del pensamiento se concreta en una fórmula, en un hecho, en un dato, como la verde lozanía de la planta y la hermosura de la flor tienen por término el fruto, que es á veces un microscópico granillo. Será una herejía desde el punto de vista científico, pero los resultados adquiridos por el conocimiento parece que lo que ganan en valor positivo lo pierden en valor ideal. Siendo nuestra vida acción y esfuerzo, quizá esa acción y ese esfuerzo signifiquen más para nosotros que la meta á que los enderezamos y que, alcanzada, se trueca en un jalón, en nuevo punto de partida. Nunca parecen tan atractivos los objetos del pensamiento, como si á ellos se mezcla algun misterio. De ahí que los problemas metafísicos y religiosos ocupen el lugar preeminente en los espíritus superiores: en ellos el misterio es perdurable y la meta se aleja, á medida que avanzamos ansiosos en su demanda. Así también, en las ciencias históricas, las cuestiones de orígenes, que se pierden en la lejanía de los tiempos, allá en esa indecisa frontera que separa el campo de las tradiciones y las fábulas del terreno que al conocimiento de los historiadores pertenece, son de las que mayor interés inspiran á los espíritus investigadores y curiosos.

Una de ellas es esa cuestión aria sobre la cual se ha escrito tanto y aún queda mucho por indagar y por escribir para que su solución aparezca clara. La teoría que presentaba á la Eu-

ropa protohistórica poblada por una raza braquicéfala, que se hallaba aún en la Edad de piedra, cuando vinieron del Oriente las emigraciones de los arios dolicocéfalos, en posesión ya de útiles y armas de bronce, con las cuales vencieron á los aborígenes, dominó mucho tiempo, no sólo por ajustarse á la general creencia de que la civilización ha partido de Asia, caminando de Oriente á Occidente, sino porque resolvía muchas dificultades, como observa el Sr. Antón. Ha habido después un movimiento de reacción en la Etnología, y á partir de Omalius d'Halloy aparece una copiosa serie de estudios é investigaciones encaminados en sentido contrario y dirigidos á acopiar datos y materiales para la tesis opuesta á la del origen asiático de los arios. La cuna del Aria se ha trasladado desde las mesetas del Pamir á los territorios situados entre el Danubio y el Caspio, y se han aducido razones de índole y valor tan diferentes como la de existir en Europa rastros de la existencia de una raza dolicocéfala contemporánea y aun anterior á los braquicéfalos; la ausencia de nombres de especies animales y vegetales de Asia en el primitivo lenguaje de los arios; el ser tan constante el movimiento de los pueblos europeos hacia Asia, y el no haber hecho apenas, en los tiempos históricos, establecimientos ni conquistas permanentes en Europa, los asiáticos (hecho cuya generalidad podría tal vez impugnarse) y hasta el dato de ser más numerosos en las tierras europeas los arios que en la de Asia, argumento que, aplicado á otros países, podrían invocar los etnólogos del porvenir, si se borra la memoria de la colonización europea en el Nuevo Mundo, para sostener, por ejemplo, que los sajones de América fueron los que poblaron las Islas Británicas y no los de éstas los que dieron origen á la población de los Estados Unidos, supuesta la eficacia de la comparación cuantitativa.

Y no se ha limitado á esto la controversia. Los partidarios del origen europeo de los arios se disputan unos á otros, animados por el espíritu de nacionalidad, que en parte alguna está menos justificado que en el terreno científico, el honor de

la descendencia y la representación de aquella noble raza que comparte con los semitas el primado en la historia conocida del mundo, y para unos los arios son los germanos; para otros, los escandinavos; para otros, los celtas ó los lituanos.

En problemas como éste, que permanece dudoso y opinable, cabe la posibilidad de que la antigua teoría sea la verdadera ó la que más se aproxime á la verdad, no obstante los datos en contra de ella aducidos. Nuevos descubrimientos y nuevas observaciones pueden inclinar la balanza en favor de la teoría oriental, mas aunque así sucediera, no sería perdido el tiempo ni el esfuerzo que los modernos investigadores han empleado en fundamentar la tesis contraria. Siempre quedaría de estos trabajos un caudal de datos, de observaciones y de estudios cuyo valor intrínseco no se perdería en el fracaso de la doctrina á cuya erección colaboraron. La investigación científica, aunque equivoque el camino (y no se sabe si en esta cuestión lo ha equivocado) deja tras sí algo fecundo y positivo, resultados parciales, perspectivas nuevas, revelación de sendas ignoradas y de horizontes desconocidos.

Sería excesivo pedir á un discurso tan abundante en datos como el del Sr. Antón, mayor riqueza de contenido, y más si se consideran los límites impuestos á un trabajo destinado á la lectura. Mas al fijar la atención en los últimos párrafos del discurso, que son de los más sugestivos, y en los cuales hace el autor algunas rápidas consideraciones sobre la constitución de los que llama pueblos clásicos de la civilización, egipcios, griegos y romanos, y sobre las tendencias sociales de las tres razas europeas celto ó liguro-eslava, teuto-escandinava y libio-ibérica, se advierte que hay allí grandes objetos de estudio ligeramente esbozados. Determinadas las razas europeas, se ofrece al historiador y al antropólogo un inmenso campo que explorar, señalando la influencia de cada grupo étnico en las instituciones y en la manera de ser de los pueblos, mostrando, en fin, la acción de la raza en la vida de las naciones. Se abre así camino á una nueva interpretación de la Historia,

que por las incesantes aportaciones de las ciencias auxiliares adquiere cada día carácter más científico. La Antropología, que, según el Sr. Antón, se siente con elementos suficientes para buscar la constitución de las razas históricas en la evolución de las prehistóricas; que ha descubierto ya relaciones entre los bascos y la raza de Cromagnon, y entre los germanos y la de Neanderthal, y que, como dice el autor del discurso, encuentra datos para suponer que los helenos y los egipcios surgieron de la mezcla de libio-iberos y syro-árabes, y que los romanos nacieron del encuentro de la corriente céltica y la corriente líbica que vinieron á fundirse en Italia; la Antropología, digo, aun sin necesidad de remontarse tan lejos, puede pretender hoy lugar igual, si no preferente, al que en la enciclopedia de los conocimientos auxiliares de la Historia corresponde á la Geografía y á la Cronología, consideradas como los ojos de Clío.

En cuanto á la forma, el discurso del Sr. Antón tiene cualidades tan estimables de suyo, y aun necesarias en este género de trabajos, como la claridad y la concisión. Quizá un poco de lima hubiera hecho desaparecer algunos ligeros defectos. El uso del artículo en *la* Francia (pág. 9) es un galicismo, y figura, por cierto, entre los ejemplos que de este vicio de dicción pone la gramática de la Academia. *Perdurar poco* (pág. 13) es lo que Schopenhauer llamaría un *sideroxylun*, un contrasentido evidente. Si, como reconoce el Sr. Antón, al adoptar el nombre de *dravírico* y no dravídico ó dravidiano, para la antigua población de la India sojuzgada por los arios, se deben adaptar á las formas de nuestra lengua las denominaciones extranjeras, en vez de tomar las adaptaciones francesas, alemanas ó británicas, parece que no debe llamarse al profeta Mahomet (pág. 18), sino Mahoma, como es uso entre nosotros, ó Mahomed si se quiere conservar más la forma arábiga. La frase «La teoría *está* (estaba) completa, y como firmamento sin nubes cubrió é iluminó por muchos años los *ideales* de la Historia», me parece poco feliz. Si el firmamento

iluminase y no los astros, que son los verdaderos luminares, lo que alumbraría sería la historia, mejor que sus ideales.

Pero sea cualesquiera el luminar y lo iluminado, estas ligeras imperfecciones de un trabajo tan meritorio, y que no creo yo que haya sido escrito con el propósito de que figure en colección alguna de trozos literarios escogidos, no pueden quitarle la importancia que tiene, y que yo, muy gustoso, reconozco.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

CRONICA INTERNACIONAL

Consecuencias del frustrado viaje de D. Carlos de Portugal á Roma.—La ley de garantías.—La muerte de Bonghi.—Crisis ministerial francesa. — Necesidad de definir y concretar la República, siquier sea en sentido radical.—Política de Inglaterra y Rusia en el extremo Oriente.—Los nuevos ministros franceses.—Reflexiones políticas. — Conclusión.

I

Pueden estar satisfechos de su obra los políticos portugueses. Cuando el bien público europeo pedía un amansamiento de las inoportunas arqueológicas cóleras entre güelfos y gibelinos en Italia, redespertadas y recrudecidas por las incidencias del último centenario, la fidelísima lusitana majestad echa en sus llamas aceite para que ardan más y todo lo devoren. Nunca se trató con acerbidad tan cruel, nunca, el problema de relaciones entre Italia y el Papa, como en este momento supremo, á causa de la humillación infligida por el rey portugués á la diplomacia italiana y del triunfo granjeado á la diplomacia del Vaticano. Ha tenido este triunfo tanta resonancia en el mundo y pueden traer sus incidentes cola tan larga en el tiempo, que se atribuía el regio viaje, no á espontánea voluntad del joven y aturdido monarca, no; á sabias combinaciones maquiavélicas, ya del Quirinal, ya del Vaticano. Y

como el mayormente sospechado y sospechoso entre los sendos enemigos palacios fuese aquel más próximo políticamente al rey, el Quirinal, creíase á éste motor primero y capitalísimo de la increíble aventura. Pero Crispi, con violentísima franqueza, resto de sus antiguas campañas revolucionarias, y resultado de su complexión política esencialmente batalladora y radical, dice á quien desea oirlo que no le había pasado por las mientes la persona y figura del monarca portugués cuando le anunció el embajador suyo en la corte italiana, que deseaba su buen señor y rey hacer una visita solemne á su tío carnal, Humberto de Saboya, en la Ciudad Eterna y en el palacio perteneciente antaño á los Papas. Dice nuestro refrán que pintan calva la ocasión. Un rey católico en Roma después de haber todos los embajadores católicos, y hasta el mismo luterano alemán, por el crecido número de razas correligionarias nuestras en su imperio, abstenídose de asistencia y cooperación á la fiesta nacional última, y dejado el asta de sus banderas desnuda ; un rey católico en estas circunstancias venía como enviado del cielo para desconcertar el concierto mostrado el 20 de Setiembre y sancionar de un modo indirecto la presencia del rey saboyano en los antiguos dominios pontificios. Así la Consulta, ó ministerio de Negocios extranjeros italiano, se mostró muy agradada del acto, casi tanto como se mostró de malherida y desagradada la cancillería del Pontífice. ¡Incomprensible proceder el seguido por los gobernantes portugueses ! No podía ocultársele que un emperador como el de Austria, con súbditos pertenecientes á varias religiones, no sólo de rito y dogma cristianos, de dogma y rito musulmanes, nunca se atrevió á pagar en Roma la visita que le hiciera el rey Humberto en Viena; tampoco podía ocultársele que la ilustre reina Pía no consiguió ver al Papa Pío IX, á pesar de haber ido á Roma con ocasión de la muerte del Rey Víctor Manuel, su augusto padre; no podía ocultársele que mientras dure la tirantez entre ambas potestades, el rey católico que, quiera en la Ciudad Eterna

ver al monarca Humberto, no puede ver al Papa León; é imposible aguardar derogaciones ó excepción á este código consuetudinario de proceder en la Santa Sede, ahora menos que nunca conforme con la ruina de su poder temporal, tomado por ella, en mi sentir, sin razón, como esencialísimo al poder dogmático y religioso ejercido sobre la Iglesia romana. Y como el no haber ido á Roma D. Carlos de Portugal, después de un compromiso tan serio y de una palabra tan solemne haya disgustado mucho á los gibelinos y exaltado á los güelfos, el gobierno italiano ha dirigido al gobierno portugués un verdadero insulto en la hora de romper con él toda relación diplomática, y amenazado con suspender la ley de garantías, ya que no cesa el combate pontificio á la nación italiana.

II

En tales circunstancias expira y acaba quien redactó el código de relaciones entre la nación itálica y la Santa Sede, Rugiero Bonghi. A la verdad, lo primero que siente uno escribiendo este nombre glorioso, expresivo de un alma privilegiada, es la tristeza consiguiente á la oscuridad extendida en los cielos del tiempo eterno por la extinción de semejantes astros espirituales, que derramaran luz vivificadora y radiante. Catedrático, periodista, historiador, tribuno, filósofo, en todas las ramas del saber sociológico se posó el espíritu de tan eximio maestro; y desde todas dejó caer su privilegiado entendimiento alguna idea, como que llevaba lengua de fuego espiritual en la frente y divino verbo en los labios, cual todos los grandes pensadores á quienes ilumina la idea y sirve la palabra. Bonghi entró desde su niñez en las escuelas idealistas, se

gún se demuestra por su traducción de Plotino. Toda filosofía es una dialéctica, una cosmología, una psicología, una teodicea. Las *Eneadas* de Plotino en verdad no son metódicas, aunque sean sistemáticas. Su principal instrumento no es el raciocinio, es la inspiración; y la inspiración, como su hija la poesía, es más hermosa que ordenada y metódica. Plotino escribía sobre las rodillas, agitado por numen celeste, lleno de Dios, arrojando sin orden sns pensamientos á un mundo devorado por la sed insaciable de lo infinito. Su principal propósito fué reconciliar á Platón y Aristóteles, el Oriente y Grecia. En verdad hacía bien. El Universo no podía salir del pensamiento capital de ambos filósofos, quienes, pareciendo en su forma y dirección enemigos, eran en su esencia uno y solo. Aristóteles y Platón se identifican en el espíritu y en los fines; se diferencian en el procedimiento y en el método. Platón escoge la inducción, Aristóteles la deducción; Platón procede, baja, de lo general á lo particular; Aristóteles procede, sube, de lo particular á lo general; Platón mira el cielo y desde el cielo la tierra, mira la tierra y desde la tierra el cielo Aristóteles; Platón quiere vagar en lo vagoroso, en los vientos, en lo abstracto, Aristóteles quiere posesionarse de lo positivo, de lo temporal, de lo concreto; aquel hace descender los seres como una inmensa catarata, y las ideas con los seres, desde Dios al espacio y al tiempo; levanta éste como una pirámide los seres y las ideas á Dios; Platón pretende construir *a priori* la ciencia, Aristóteles *a posteriori*; Platón busca el ser absoluto y encuentra desde sus senos el individuo, mientras desde la noción del individuo se yergue Aristóteles para buscar y encontrar el ser absoluto; Platón desdeña la hermosura real, jamás la ideal, Aristóteles requiere la hermosura de la naturaleza, de la Historia, de la experiencia; Platón sueña con modelar la sociedad en su pensamiento, Aristóteles piensa modelar la sociedad en las leyes de su propia é íntima naturaleza; Platón es socialista y Aristóteles individualista; Platón es más poeta que Aristóteles y Aristóteles más

lógico que Platón; éste se hallará siempre cerca de lo sublime y aquel cerca de lo real; el uno será como la idealidad abstracta y el otro como la verdad positiva; ó, mejor dicho, Aristóteles y Platón serán siempre las dos caras del espíritu, los dos términos de la idea, los dos aspectos ó formas del ser; y si Platón influye, durante la Edad Media, en el Patriarcado, en Constantinopla, en la Iglesia de Oriente, mientras Aristóteles influye á su vez en el Pontificado, en Roma, en la Iglesia de Occidente; cuando llegan tiempos más científicos, sus dos almas, confundiéndose, penetrándose, como en las armonías los sonidos diferentes, como en el aire los aromas diversos, como en las síntesis los términos contradictorios, entran y se pierden juntas en el seno de la filosofía moderna. Rafael, con las intuiciones del genio, ha pintado sobre las paredes cíclicas de sus Estancias celestiales á Aristóteles, robusto y fuerte, con el dedo índice vuelto á la tierra, y Platón, lleno de majestad hierática, con el dedo índice vuelto al cielo, expresando por medio de estos dos sencillos símbolos pictóricos las dos ideas características de tan grandes sistemas filosóficos. Pues al sistema de Alejandría, que uniera los dos genios, perteneció en su carácter el filósofo Bonghi.

III

Por su pensamiento, por sus obras, por sus historias, así de Grecia como de Roma, ejerció Bonghi un grande influjo científico en la juventud italiana y alcanzó renombre universal en Europa entera. Este influjo y este renombre se aumentaron durante los dos años que desempeñó el ministerio de Instrucción pública, bajo la presidencia de Min-

ghethi. Pero si hay que reconocer su influjo literario y su mérito personal, no hay que desconocer su escaso influjo político, y esta desgracia irremediable no fué inmerecida. Con todos sus méritos, que no eran pocos, y todas sus virtudes, que sobrepujaban á sus méritos, adoleció el gran escritor de ondulación é inconsistencia en la voluntad, y en los propósitos, de esta voluntad impulsores. Llamóse conservador á boca llena; perteneció á un ministerio presidido por el jefe ilustre de los conservadores italianos; y unas veces llevó su intimidad con la corte hasta pertenecer á la tertulia privada de aquella hermosa reina, y otras veces su hostilidad hasta sobre su propia monárquica frente atraer el rayo de las indignaciones regias, teniendo que ausentarse, como un privado en desgracia, del consejo de la corona, bien diverso del Consejo de ministros, y muy parecido al Consejo privado de Inglaterra. Yo le conocí en casa del buen amigo Giacometti. Francés por su nacimiento y por su ingenio, al par que italiano por las propensiones de su corazón y por su larga residencia en Italia, como latino por la extensión de su espíritu; Giacometti, gran conocedor de los hechos políticos y de los hombres públicos; tan hospitalario, y en su hospitalidad tan pródigo de atenciones y cuidados, que, vuelto de Roma yo, en mi último viaje, de aquella Roma, donde todo aviva un recuerdo é infunde una emoción, y donde hallé tantas distinciones y obsequios de mis buenos amigos, los coloquios peripatéticos con él entre tantas grandezas y las sendas reflexiones sobre historia moderna y antigua con él dialogadas, quedan, cual riquísimo tesoro, en el corazón agradecido y en la memoria encantada. Allí, casa de Giacometti, en cena donde se reunieron ilustres artistas, italianos, españoles, franceses, una especie de asamblea latina, yo hablé con Bonghi por última y primera vez en mi vida. Verdadero filántropo, amén de verdadero publicista, me había invitado á una fiesta que daba en Agnani, la célebre ciudad romana donde los Colonnas abofetearon al Papa Bonifacio VIII con un guantelete de hierro, fiesta cele-

brada merced á los exámenes de un asilo fundado por su beneficencia personal, y asistido por algunos socorros del Estado. Departimos sobre todo y sobre todos. En estas largas conversaciones, advertí que su temperamento y su carácter de conservador flaqueaban por su base, por la base religiosa. Como en Francia no habrá república segura, sino después que los franceses hayan fundado un partido conservador, donde penetren los antiguos monárquicos, á las instituciones republicanas llevadas por los impulsos y los consejos del Papa, no habrá partido conservador en Italia, no, hasta que se llegue á una reconciliación con la Iglesia, en que, conformándose, no ya de palabra, de hecho, ésta con la pérdida de su poder temporal, institución imposible ya en nuestros días, tan imposible en Italia como la monarquía en Francia, reciba del poder civil aquellas concesiones indispensables al ejercicio de su grande autoridad, cuya virtud prestó al pueblo italiano, y con especialidad á Roma, una supremacía incontestable sobre todos los estados y sobre todas las gentes de nuestra raza latina. Sostuvimos esta conversación pocos días después del célebre discurso de mi amigo, el gran estadista Crispi, discurso pronunciado en Nápoles, y cuyas invocaciones al Dios de los cristianos, habían aparecido como una especie de llamamiento, hecho á sabiendas y á conciencia, después de maduras deliberaciones, para una concordia entre el Quirinal y el Vaticano. Pues bien; debo decirlo sin reserva: en las varias conversaciones con Crispi, el radical, encontrele más penetrado de la necesidad de una inteligencia entre la unidad italiana y la Iglesia católica, que en esta única conversación larguísima con el conservador Bonghi, ministro de Instrucción Pública, perteneciente á los mantenedores de la estabilidad, antiguo platónico, antiguo deísta, cristiano verdadero y muy devoto de las glorias y de las grandezas nacionales que se identifican de antiguo con el Pontificado y con la Iglesia.

IV

Yo le mencioné sus obras, y se maravilló mucho de que las hubiese leído con atención y le trajese á las mientes ideas y conceptos caídos de su propia memoria y olvidados. La conmemoración del opúsculo escrito por él en los días últimos del Pontificado de Pío IX acerca del Papa futuro, llevó el diálogo al punto magno de las relaciones entre nuestro amado pueblo itálico y la venerable Sede Apostólica. Se mostró, reconociendo su alta superioridad intelectual y moral, airadísimo é implacable con el Papa. Escritor, y gran escritor el jefe de la Iglesia, dolíale á Bonghi en el alma no poder conversar con tan eminente colega, y le tenía inquinia por no haber levantado para él sólo aquellos anatemas caídos sobre todos los representantes de Italia en las dos Cámaras y no haber hecho singular excepción para él, que había formulado, propuesto, mantenido una ley de garantías, cuyas disposiciones reconocían al Papa todos los derechos y privilegios del poder supremo y soberano, reconocidos á sus correspondientes jefes por todos los pueblos del mundo. Y muy predispuesto al combate bajo la consideración del poco resultado conseguido por su estudiada ley en el ánimo de la Curia romana, y más predispuesto aún por no haber podido mostrar en el Vaticano las cualidades múltiples de grande conversador exhibidas en el Quirinal, desataba su lengua contra la política de León XIII juzgándola peor que la política de Pío IX. Según él, Pío IX era un enemigo de Italia franco, mientras León XIII, pérfido. Y no rechazaba solamente la política, rechazaba también la teología. Desde sus ideas platónicas parecíanle reprobables las preferencias de León XIII

por la Suma, traducción bárbara, según él, de Avicena y Averroes, al eclesiástico latín de la Edad Media, hecha por un hombre, como Santo Tomás, no de genio y de inspiración cual Dante ó Giotto, de paciencia, compilador testarudo y tenaz; muy por bajo de todos los grandes Padres que han servido las Iglesias griegas y romana; comentarista y no inventor; sin elocuencia y sin estro. Después de haber descargado golpes tremendos sobre la cabeza del Doctor Angélico, tan sólo por alcanzar éste las preferencias del Papa, emprendíala otra vez con León XIII, imputándole verdadera estrechez de inteligencia y espíritu por su combate al grande pensador italiano Rosmini, un Hegel católico, sabio y santo al mismo tiempo, fundador de Ordenes religiosas como cualquier gran místico de la Edad Media; primer ontólogo de nuestra edad; salvador contra Kant de las demostraciones que comprueban el ser y existencia de Dios; enemigo de los conceptos kantistas del tiempo y del espacio; quien había sumergido el alma en el ser absoluto y perfecto sin tropezar con el panteísmo, llevando la juventud al seno de la Iglesia, tal como dicen la entiende León XIII, reconciliada con la democracia y con el progreso. Bonghi concibe el despego de Pío IX á Rosmini, por haberse á él acercado el gran filósofo místico, como embajador de la revolución italiana y sus guerras, á la suprema hora en que huía el Papa de la revolución italiana, y se iba expulso de la Ciudad Eterna, como un Papa del tiempo de Avignón ó como un Papa del tiempo de los cismas, á refugiarse maltrecho y desesperado en Gaeta. Pero haber continuado el odio á Rosmini, después que Rosmini está muerto y enterrado, parecíale una horrible crueldad imperdonable. Con tal estado de ánimo ya puede comprenderse cuanto ha dicho y hecho después el escritor ilustre contra León XIII, así en las columnas de autorizada Revista como en las sesiones de populares *meetings*. Sus artículos han ido poniendo de relieve todos los desengaños sugeridos á sus fundadores por la unidad y la independencia italianas, é imputándoselos al Pontífice por su abstención, y en

las reuniones ha reeditado á grito herido cuantos conceptos me dijo del Pontífice, palabra por palabra, calificándole de peor que Pío IX, y llegando en las consiguentes á un grande amor propio, aporreado y magulladísimo, hasta decir que debía revocarse la ley de garantías, dándole al Vaticano el principal fundamento para no aceptar la ley, su carácter de revocable.

V

Yo defendí al Papa contra Bonghi. Empecé por decir á éste que no había renegado yo de ningún principio fundamental en mi credo político, pues hoy, como ayer, me siento liberal, demócrata, republicano; resuelto á no servir en cargo propio de mi categoría y mi tradición un instituto como el monárquico, aunque también resuelto á no entender y combatir en la política parlamentaria y gobernante, velando sólo por la totalidad de los derechos conquistados y por el desarrollo de las instituciones democráticas, excepción hecha de la institución republicana, imposible hoy en España por inadaptable á nuestras costumbres y por carecer de un partido republicano conservador, pues en el republicanismo español no hay más que sectas y sectarios. Y le añadía yo: desde la hora, en que han arribado á España la democracia y la libertad, á Francia la libertad y la república, cnmo á Italia la independencia y la unidad; cuantos hemos contribuido á traerlas, no tenemos más remedio que conservarlas: único papel restante ya en el mundo á nuestra vida cerca de su ocaso. Y como en Italia, en España, en Francia, el triunfo de las democracias significa el triunfo de los pueblos, y estos pueblos

sean católicos, no tienen más remedio los jefes y guías de las tres democracias que acercarse al Papa y con el Papa entenderse. Para iniciar una idea, para extenderla, para difundirla, necesítase del apóstol y del héroe y del mártir, de una minoría; para conservarla, necesítase, sobre todo en las democracias, de todo el mundo, por lo menos de una mayoría. Y no tendrá mayoría la República francesa, estando siempre á merced y arbitrio de la minoría radical y socialista, como no se ajunte al factor católico que le aportara el Papa; y no tendrá mayoría el partido conservador de la unidad italiana, como el Papa no saque de su abstención á las grandes huestes católicas y no las incite al reconocimiento de la unidad. Yo no sé cómo se hace esto; no me hallo en los secretos, ni del Vaticano ni del Quirinal; pero sé que no se hace mientras estadistas como V., querido Bonghi, ayuden á los radicales y á los exagerados contra el Papa. Yo comprendo y excuso que riña con la Iglesia y el Papa mi amado amigo, el gran poeta y gran orador, Cavallotti, un inspirado periodista y elocuentísimo tribuno de combate, cuya tradición es puramente maziniana y garibaldina, dos tradiciones que se han juntado en la muerte de sus fundadores, aunque no pudieran verse ni pintados en vida éstos; pero usted, amigo de Giobertti, amigo de Cavour, amigo y adorador de Rosmini, ministro de Minghethi, redactor en Florencia de la *Nationе* y en Milán de la *Perseveranza,* usted no puede acusar al Papa León XIII de más reaccionario que Pío IX, sin falsear como escritor la verdad histórica y sin deservirse como político á sí propio y á su propia historia. ¿Dónde hallará usted un Papa como León XIII para la libertad? El, y sólo él, hubiese impelido la iglesia de los franceses á entenderse con la ingrata República, magüer las supersticiones ateas de los radicales y socialistas, quienes, si no mandan y gobiernan siempre, dominan y reinan. El, sólo él, hubiese resucitado la gran teoría tomista respecto del poder público, entregando al último presidente de República el derecho y potestad venido de los cielos. El, y sólo él, hubiera pro-

mulgado la Enciclica sobre las cuestiones sociales, donde, con sus tres coronas y su tiara en la frente, rey de los reyes y señor de los señores, llega en favor de la plebe hasta lanzar aseveraciones que no admito yo, que combato yo, que repruebo yo, tribuno de la plebe. Su grande inteligencia, su verbo inagotable, su espíritu divino alientan y sostienen á ese gran episcopado de América, quien hoy realiza un milagro tan extraordinario, como la unión más estrecha entre los Evangelios del cielo y las Repúblicas del mundo. Los sitios de Roma se hallan henchidas por todas partes de prelados orientales, venidos al reclamo del Pontífice para entenderse con él en los preparativos de una obra tan sublime como la reconciliación entre la Iglesia de Pedro y la iglesia de Focio, formando en esta suma una iglesia nueva, de verdadera síntesis y por ende universal, que regocije, merced á su carácter sincrético, los huesos de aquel sublime filósofo Plotino, trasladado por usted á lengua italiana, y merced á su carácter progresivo los huesos de este Rosmini, cuya ciencia tanto á V. le maravilla, con todo lo cual obtendrán las democracias una idealidad de que ahora carecen, y podrán los poderes laicos y civiles ponerles frenos morales que reemplacen á los frenos coercitivos, dañosos siempre á las libertades modernas y á los derechos humanos. Binghisio se convenció.

VI

La necesidad imprescindible de fundar los partidos conservadores destinados al mantenimiento de las instituciones democráticas, en parte alguna se conoce como en Francia. Por más esfuerzos que allí se han hecho para encerrar dentro

de sus límites propios el poder parlamentario, éste se ha empeñado en traspasar las fronteras que le separan del poder judicial y del poder administrativo. Por el concepto que formó la Cámara de un acuerdo del Consejo de Estado relativo á subvenciones de ferrocarriles, cayó el presidente Carnot y se disolvió el ministerio Dupuy. Una diferencia entre cierto industrial en cristales de Carmaux y sus jornaleros, diferencia en la cual el poder ejecutivo no tiene más ministerio que mantener por las calles el orden y la facultad en los ciudadanos de contratar libremente, ha engendrado discusiones y más discusiones, que no se acaban nunca, pues los discursos duran dos y aun tres días en debates tan interminables como pesados. Se conoce por los tribunales ó poder judicial, dentro de su jurisdicción, el asunto de los ferrocarriles del Mediodía; se condena, en virtud y ejercicio de atribuciones indudables, á un senador; y la Cámara se emperra en que haya más delincuentes, arrancando así al ministro de Justicia recuerdos personales, convertidos por la maledicencia y la sospecha en terribles acusaciones contra diputados, compañeros suyos, y proponiendo medidas para coartar la libertad de trabajo á los mismos representantes del pueblo. Así, M. Ribot, jefe del ministerio, ha debido levantarse á censurar todos estos procedimientos, y la Cámara, ufanísima con esta mansa, pero terrible anarquía, que devora hoy á los franceses; deseosa de continuar metiéndose donde no le llaman, ha fulminado un voto de censura sobre la cabeza del ministerio; y el ministerio ha caído. Una proposición de M. Rouanet pidiendo la prohibición á los diputados de administrar en las grandes compañías cargos, determinó la caída. No me duele nada esta desgracia de M. Ribot. Originario de las escuelas y fracciones monárquicas; amigo y discípulo de aquel enérgico Dufaure, á quien le pareció muy bien la república y muy mal el predominio de los republicanos puros y netos, yéndose para siempre del gobierno, en cuanto, por los respectivos errores del mariscal Mac-Mahón y de Gambetta, se rompió el verdadero lazo de unión entre las clases

conservadoras y las instituciones republicanas; educado políticamente á la inglesa y debiendo en tal educación haber aprendido que no podrá el régimen parlamentario subsistir mientras carezca de compensación en un poder ejecutivo fuerte; no ha debido prestarse á esa política de concentración, que admite contra la mayoría del país y contra la mayoría del Parlamento un factor muy radical, quien llama una utopía tan temible como el socialismo á las alturas del gobierno, y unos partidos tan poco ministeriales como las fracciones socialistas, á formar parte de una mayoría indócil é indisciplinada, peor cien veces que las oposiciones facciosas. Tiene gracia que, después de haber condenado el poder judicial á un senador en las cuestiones del ferrocarril, aún se pidan más reos por quien carece de todo poder y autoridad para ello, demostrando así que, entre los franceses, revisten los poderes parlamentarias la forma de convención y el poder supremo la forma de cesarismo. Así pasan de las Asambleas omnipotentes á los omnipotentes dictadores, teniendo esta ley tanta confirmación como los caracteres que á los galos prestaban César y Estrabón, llamándoles ingeniosos, administrativos, elocuentes, héroes en el ataque, fáciles al pánico, interruptores en sus asambleas, poco políticos por muy dados á los extremos, prontos á pasar con suma presteza desde la mayor libertad á la mayor servidumbre. En este momento, después que ha quedado Ribot poco más ó menos como quedara Dupuy; después de no haber ni mayoría disciplinada continua, ni presidente ninguno enérgico; después de haber el Senado permanecido siempre como figura decorativa y el derecho de disolución del Parlamento y de consulta solemne á los electores baldío por completo; no queda otro remedio sino concretar y definir la república, si quier sea en sentido radical y salga el sol por Antequera, pues el pueblo francés ha llegado en sus desvaríos al extremo triste aquel definido en las historias de Tácito, capítulos referentes á Galba, con dos palabras, al extremo de no tolerar ningún gobierno, como no sea

despótico, ni ejercer ninguna libertad, como no sea desordenada y extraña. Trabajo le doy á M. Bourgeois, encargado de formar ministerio, si ha de hacer un gobierno y ha de hallar una mayoría.

VII

Grandísima emoción se ha despertado en Inglaterra y una polémica terrible prendido en sus periódicos respecto del convenio supuesto entre China y Rusia, para entregar á ésta una parte de Mandchuria, y hasta un puerto en el golfo de Petchile que le diera fácil paso hacia Pekín, y le procurase medios de predominar en el celeste Imperio y someterle, siempre que vuelvan á subvertirse antiguos vasallos, tan indóciles de suyo, como los inquietos japoneses. A mí ningún afecto colectivo de los reinantes me asombra y xetraña, cual el asombro y extrañeza de los ingleses. En el conflicto entre China y Japón precisaba tomar, no cobardes neutralidades para divertirse del cuidado y del apremio, intervenciones directas, por pedirlo así tierras que se hallan en el período de fetichismo para todo cuanto á la religión y á la moral concierne, como en el período de conquista y de feudalidad para todo lo que concierne á las sociedades políticas y á sus respectivos Estados. El derecho de gobernarse por sí los pueblos, como el proceder de diplomacia establecido entre los Estados cultos, ni reza, ni puede rezar con quien se halla en una situación extrema tan fuera del derecho de gentes, como la situación de guerra perdurable. Desde que los rusos pusieron un veto al Japón para que no fuese á Mukden y á Pekín; desde que le obligaron á dejar sus conquistas en la Mandchuria y reducirse al dominio

de Formosa y Pescadores, tan disputado por las diversas bandas feudales de aquellas regiones indómitas; desde que emprestaron dinero á diestro y siniestro para el rescate de los territorios continentales chinos ocupados por los vencedores; era sabido por todo el mundo que asumían una tutela, para cuyo aquistamiento y ejercicio se habían ellos, con grande habilidad, granjeado el concurso de Alemania y Francia, quienes, por captarse á Rusia, en cuyas manos está hoy la hegemonía europea, le dieron carta blanca en China. Para contrastar estos entrometimientos de Rusia en las razas amarillas, no quedaba otro recurso á Inglaterra sino sostener al Japón resueltamente contra China, y derribar en Pekín, por medio de Tokio, todo cuanto levantaban los rusos. No se hizo esto en oportuna sazón; y ahora expían los ingleses el entuerto hecho á su propio interés con su indiferencia y su descuido en los espacios del extremo Oriente. No puedo comprender cómo el *Times* dejó pasar las intimaciones de los rusos á los vencedores; dejó sustituir la tutela de Corea por los japoneses con la tutela de Corea por los rusos; dejó á Rusia pagar el rescate de Liao-tung por medio de operaciones hechas en los mercados moscovitas; dejó que se firmara el convenio, raíz de otros futuros, mediante cuyos cánones el czar interviene las aduanas por donde percibe sus rentas mayores el emperador celeste; y ahora se indigna porque un corresponsal asiático le notifica las consecuencias de todo cuanto ha dejado pasar sin fuerte protesta: la futuro tratado entre ambas potestades, mediante el cual quede impuesta Rusia sobre China recortada, con grave detrimento del nombre y del influjo británicos en toda el Asia. Y ahora desea el *Times* que le saquen otros las castañas del fuego. Y, en vez de mirar á sus propios medios y recursos para impedir los incrementos del poder eslavo en China, supone ya hecho el tratado, mediante cuyos cánones Rusia podrá unir á la bahía de Pedro el Grande la bahía de Puerto Arturo, extendiendo un ferrocarril suyo por Mandchuria y contando con una estación naval en

aguas no tan glaciales como las riberas; y se dirige á Francia y Alemania preguntándoles si podrán soportar un atentado, cuyos desarrollos podrán interesarles á estas potencias en segundo término, más no en primero, como le sucede á la poderosa Inglaterra. Y no debe, no, ésta olvidar ahora en sus angustias, que cuando se trata de repartir en el mundo, y no existe respeto alguno á los dominios ajenos; y unos se alzan á su sabor y gusto con Chipre ó Egipto, acaso con los dos; y otros reducen á su tutela desde los sultanes de Túnez hasta las reinas de Madagascar; y éstos se entran por Abisinia como Pedro por su casa, llevando el Nego ceñido al carro de sus triunfos; y los de más allá se van extendiendo por la Mongolia y la Tartaria poco á poco, mientras los de más acá bombardean las costas de Persia y desembarcan en ellas para quedarse con cualquier trozo; no hay más derecho que la fuerza, ni más legitimidad para los acaparamientos y conquistas que la sanción de una buena fortuna.

VIII

Mientras iba yo trazando estas líneas, caían sobre la mesa los telegramas anunciándome cómo, al cabo, constituye M. Bourgeois su ministerio. En hora buena sea. Mas no me permite mi vieja experiencia de político y cronista machucho acariciar ilusiones ó esperanzas. Todo ministerio radical debe propender á la izquierda del Parlamento, donde sólo hay abismos; y reclutar su mayoría de apoyo y de duración entre los socialistas, que saben todos combatir á los gobiernos, pero que no saben apoyarlos. El ministerio tiene una ventaja, es radical, no es de concentración, la cual concentración solamente ha dado en Francia el malestar consiguiente á toda instabilidad y á todo desequilibrio. Si ahora se desvanece aquel sofisma odio-

so, que pretende cosa tan increíble, como que todo gobierno republicano deba tener una mayoría republicana también, podrá formarse con los demócratas conservadores y los monárquicos á la república convertidos y aquellos otros manárquicos liberales aun resistentes á la República, si quier estén penetrados de su perennidad, mayoría fuerte, compacta, disciplinadísima, la cual mayoría genere un ministerio estable y duradero, tan opuesto á las vaguedades radicalescas como á las utopías comunistas. Mas dejemos los comentarios y vamos á la historia. Así, veamos la lista de ministros comunicada por el telégrafo. Bourgeois, el primero, como llaman los ingleses á quien preside un ministerio, está inscrito en la escuela radical, aunque su radicalismo no sea extremo como el representado y mantenido por Goblet. Pero con la propensión basta y sobra para que se halle á merced por completo de los socialistas esta nueva combinación ministerial, y muy pronto zozobre, por estar en minoría dentro de la Cámara, y mucho más que dentro de la Cámara, dentro del país. Despues de Bourgeois, quien más caracteriza el nuevo ministerio es M. de Cavaignac. Yo, que sigo, por mi oficio y cargo, á todos estos estadistas, jamás he podido compaginar la mitad del pensamiento de Cavaignac con la otra mitad. Quiere mucho ejército y mucha marina; hoy mismo pretende, no el protectorado sobre Madagascar convenido por sus predecesores, la simple anexión á Francia de Madagascar, muy costosa; y para ocurrir á tales enormísimos gastos propone utopías tan comunistas como el impuesto progresivo equivalente al despojo universal. Y no solo Cavaignac me parece ahora en abierta contradicción radical con su propio pensamiento; paréceme á la vez en contradicción abierta con su atavismo, con su ilustre padre muerto, con la significación y la historia de su gloriosa familia. Cuando, merced á las ilusiones engendradas por los apóstoles del impuesto progresivo, las muchedumbres parisienses, en un terrible momento, se lanzaron al combate y lo sostuvieron á una con heroísmo contra el general Cavaignac, padre del

nuevo ministro y presidente del poder ejecutivo de la República en 48, quien se llenó de sangre desde los pies á la cabeza en obediencia estoica é implacable á un deber sagrado, combatiendo tres noches con tres días consecutivos las barricadas donde se prendiera la utopía y se fortificaran los utopistas en armas á cañonazo limpio, no se pueden asumir significaciones personales tan enemigas de esta significación heredada, sin haber por lo menos perdido la memoria. Cavaignac no tendría la posición política que tiene, si no llevara el nombre que lleva, y por lo mismo no debía olvidar lo que significa y representa este nombre imperecero en los anales de la República francesa. Menos importante que Cavaignac, Lokroy; pero mucho más en carácter, mucho más en posición armónica y congruente con su tradición y con su historia. Todos los demás ministros apenas tienen ahora significación; radicales, rojos, comunistas del montón anoniomo en Cámaras de tan numerosos representantes como las Cámaras francesas. Se me olvidaba el advenimiento de un ministro que debe á las circunstancias de hoy una grande importancia y una excepcional significación. Este ministro es el célebre M. Berthelot. Sabio, muy sabio; condecorado del Imperio por los méritos suyos en sí mismos y por los servicios á la ciencia prestados en su larga carrera; muy recluido dentro de las cátedras químicas y de los cuerpos científicos; no calza muchísimos puntos en el palenque político. Mas como quiera que un hombre tan influyente por sí en las letras, cual M. Brunetière, ilustre director de la *Revista de Ambos Mundos,* hablara de una bancarrota de la ciencia tras su visita célebre al Papa el año último, los exaltados por las ciencias dieron un banquete á Berthelot, ministro de Instrucción pública hoy, en el cual banquete una gran hostilidad estalló al Catolicismo y al Pontífice. ¡Que Dios tenga este ministerio radical de su mano!

EMILIO CASTELAR.

LA PRENSA INTERNACIONAL

El Fausto real y el Fausto de los poetas.

La leyenda de Fausto, que tanto ha enardecido la imaginación de poetas y músicos, y ha dotado á la humanidad de tantas obras maestras, fúndase, como se sabe, en un dato real. El Fausto legendario existió verdaderamente en Alemania á fines del siglo XV y en los comienzos del XVI. Era un bribón y un charlatán, dedicado á prácticas torpes. Sobre este fondo real, la imaginación popular tejió todos sus relatos más ó menos fantásticos, que recorrieron Alemania y Europa durante varios siglos y han tenido su mayor expresión poética y filosófica en el *Fausto,* de Gœthe.

La serie de las fases por las cuales atravesó el Fausto legendario en la imaginación de los poetas y de los pueblos ha tentado ya gran número de críticos y de historiadores. El señor A. Ehrard, distinguido profesor en la Facultad de Letras de Clermont-Ferrand, trata á su vez de ofrecernos un análisis de esa leyenda á través de los siglos, en un estudio sabio y preciso que acaba de publicar en la *Revue Universitaire* (15 de Junio).

El autor parte del punto de vista de que Fausto ha existido. Su existencia está tanto más fuera de duda, cuanto que nu-

merosísimos documentos la atestiguan. Citemos los principales, siendo el más antiguo de ellos una carta dirigida desde Wurzburgo en 20 de Agosto de 1507 por Juan Tritheim, abad de Spanheim, á uno de sus amigos, el matemático Juan Virdung, de Hasfurt. He aquí un pasaje textual:

«El hombre acerca del cual me has escrito, ese Jorge Sabélico, que se ha atrevido á llamarse príncipe de los nigrománticos, es un vagabundo, un parlanchín, un trotacaminos, que merece una tanda de palos, para que en lo venidero no se atreva á manifestar en público ideas tan abominables y tan contrarias á Nuestra Santa Madre Iglesia. He aquí la fórmula que ha imaginado para designarse á sí mismo: «*Magister Georgius Faustus junior*, fuente de los nigrománticos, astrólogo, hábil mago, quiromántico, agromántico, piromántico, hábil en hidromancia.» Advierte la necia temeridad de ese hombre y hasta dónde llega su locura... Como regresase yo el año pasado de la Marca de Brandeburgo, me encontré á ese mismo individuo en Geilenhusen. Pero apenas se hubo percatado de mi presencia, huyóse de la hospedería, y nadie pudo persuadirle de que ante mí se presentase. Hanme referido algunos clérigos de la localidad que, ante numerosa concurrencia, pretendía haber adquirido tal suma de conocimientos y poseer una memoria tal que, si todas las obras de Platón y Aristóteles, con toda su filosofía, hubiesen perecido y borrádose por completo en la memoria de los hombres, se brindaba á reconstituirlas él todas por la fuerza de su genio y con una forma más elegante, cual otro Ezras el hebreo. Después, mientras estaba yo en Spira, vino á Wurzburgo; y sonóse que, impelido por la misma vanidad, sostenía ante gran número de personas que los milagros de Cristo nuestro Salvador no eran admirables, y que él mismo sabría hacer todo cuanto Jesús había hecho, con tanta frecuencia y en cualquier momento como se le pidiese. Al finar la cuaresma de este año se presentó en Kreuznach; y, siempre con igual vanidad, hacía grandes promesas, diciendo que en alquimia era el hombre más hábil que

jamás hubo en el mundo, que conocía y érale posible obtener todo cuanto los hombres apeteciesen. Por aquel entonces quedó vacante en esa ciudad una plaza de regente de escuela; para la cual fué nombrado, gracias al apoyo de Franz de Sickingen, bailío de tu príncipe, persona curiosísima por las ciencias ocultas. Bien pronto se hizo culpable de un odioso atentado contra el pudor; y habiendo trascendido el hecho en seguida, eximióse con la fuga del castigo que le esperaba.»

Los registros de la Universidad de Heidelberg mencionan á un estudiante llamado Juan Fausto, que allí seguía el curso en 1509. Supónese generalmente que era el mismo Fausto, quien, después de la aventura de Kreuznach, ocultaba su personalidad con un nombre de pila falso.

Ahora viene otro documento mucho más importante. Nos lo suministra Conradus Mutianus Rufus, quien señala la presencia en Erfurt de un quiromántico llamado Jorge Fausto, que se daba á sí propio el sobrenombre de *Helmitheus Hedebergensis (Hedelbergensis)*, el semidiós de Heidelberg. Acaecía esto en 1512.

Johannes Manlius, discípulo de Melanchton, nos aporta un interesante testimonio que su maestro le había dado acerca de Fausto.

«Conocí—dice Melanchtón—á un Fausto de Kundling, pueblo próximo á mi ciudad natal. Siendo estudiante en Cracovia, había aprendido allí la magia, que estaba muy en uso desde largo tiempo atrás en aquella ciudad, donde públicamente se profesaba. Iba errante á la aventura y hablaba con el mayor misterio. Quiso dar en Venecia un espectáculo, y dijo que volaría al cielo. Levantóle el diablo, sí; pero le dejó caer de tal manera que aplastado en el suelo estuvo á punto de entregar el alma, mas no murió. Hace algunos años, ese mismo Juan Fausto, llegándole su último día, estaba muy triste, sentado, en una aldea del ducado de Wurtemberg. Preguntóle su aposentador por qué estaba triste, contra su costumbre (y en efecto, era por lo común un infame bribón que llevaba la vida

más desastrosa, tanto que más de una vez habían estado á pique de costarle la existencia sus desórdenes). Respondió á su hospedero: «No se asuste vuesa merced esta noche.» Media noche sería, cuando retembló toda la casa. A la mañana siguiente, como no se levantase Fausto, y fuese ya cerca de medio día, llamó el patrón á algunos hombres, entróse en su dormitorio y le halló tendido junto á la cama, con la cara vuelta hacia la espalda. Así fué muerto por el diablo.»

También Lutero conoció á Fausto. Para él, fué «uno de esos encantadores de los cuales se sirve el diablo para influir sobre los hombres».

Residió Fausto en muchas ciudades alemanas, en Leipzig, Wissenberg, Ingolstadt, y echáronle de todas partes. Un teólogo, llamado Juan Gats, refiere haber comido en Basilea un Fausto, y que éste se hizo servir unos pájaros raros, procedentes no se sabe de dónde. Sebastián Franck, otro de los contemporáneos de Fausto, nos indica cuáles eran las opiniones religiosas de éste. Sostenía principalmente Fausto que el Cristo no pudo en verdad morir ni nacer, que tampoco nació de María ni murió en la cruz, y que el pecado sólo existía en la imaginación de los hombres.

Añadamos que casi todos los testimonios están de acuerdo respecto á su muerte misteriosa y violenta, sobrevenida en un villorrio de Wurtemberg hacia el año 1540.

Los hechos innegables que se desprenden de todos los escritos y recuerdos de los contemporáneos redúcense á lo siguiente:

Fausto nació en Kundling (dicho de otro modo Knistlingen), pueblo de Suabia, á fines del siglo XV. Estudió teología en Heidelberg, y las ciencias ocultas en Cracovia. Siendo regente de escuela en Kreuznach, comete un delito contra la honestidad y se libra del castigo con la fuga. Recorre Alemania como un verdadero charlatán, haciendo suertes de magia, engañando y estafando, burlándose de todo el mundo y sosteniendo proposiciones impías. Hácese expulsar de varias ciudades, pónenle

en prisiones en Holanda, y muere de una manera trágica y misteriosa. Su retrato moral no es muy lisonjero: un pillo, jactancioso, libertino, pedante, estafador, que se mofa de todo el mundo y de la religión cristiana por añadidura.

Su existencia aventurera y su oscura muerte hirieron vivamente la imaginación de sus contemporáneos. La leyenda se apoderó de él aun antes de que muriese, y adornóle con todos los tesoros de la superstición de la época. Ayudándole su jactancia, había con qué levantar todo un conjunto armónico de misterios, donde naturalmente había de representar el primer papel la magia negra. ¿No afirmaba de sí mismo Fausto que hacía milagros y que era ducho en todas las ciencias secretas, quiromancia, piromancia, etc.? Pues bien, ¿cómo lo consiguió, sino con ayuda del demonio? ¿Y qué podía prometer al diablo en cambio de ese poderío como no fuese *el alma*, que, según sabemos, es lo que más estima y apetece el diablo?

Así, pues, el pacto con el infierno llegó á ser el núcleo de la leyenda de Fausto; arraigándose con tanta mayor facilidad, cuanto que un pacto parecido constituía el asunto de una conseja muy difundida en la Edad Media. Tratábase del sacerdote Teófilo, *vidame* (1) de Adana, en Cilicia, quien, impulsado por la ambición, había vendido su alma al diablo, á cambio de que éste le proporcionase honores y poderío. Muchos clérigos habían narrado esta leyenda, y habíase infiltrado en la conciencia de la época. En Francia inspiró al trovera Butebœuf, autor del *Milagro de Teófilo;* en Alemania dió tema para un drama latino á la célebre monja Hroswitha, de Gandesheim.

Lo que contribuyó aún más á la popularidad de la leyenda de Fausto fué la época misma en que su héroe estaba llamado á escandalizar á sus contemporáneos. Nacido Fausto en medio de la agitación religiosa, enemigo jurado de la autoridad y del Papado, no pudo menos de ser muy simpático á la imagi-

(1) Título de honor y de dominio feudal, usado solamente en Francia.—(N. DEL T.)

nación del pueblo y al espíritu de los jefes de la Reforma. La leyenda le transporta, pues, á la corte pontificia y se deleita con las jugarretas de mala ley que hizo Fausto al jefe de la Iglesia. Por otra parte, Franz de Sickingen, uno de los más resueltos partidarios de la Reforma, fué quien hizo confiar á Fausto la dirección de la escuela en Kreuznach. Pero, luego de advertir con qué buena pieza tenían que habérselas, los partidarios de la Reforma se apresuran á quitárselo de encima. Hasta hacen mas: le arrojan al campo católico, y sólo ven en él un fruto de la educación papista, que todo se lo debía al catolicismo, incluso la ciencia de la magia, tomada de los frailes que la cultivaban en los conventos.

Aparte de eso, los protestantes tenían otra razón más poderosa aún para odiar á Fausto. ¿No era para ellos un representante del Renacimiento, corriente de ideas á la cual declararon un aborrecimiento profundo los jefes de la Reforma?

No deja de tener interés pararse un instante á considerar las relaciones entre el protestantismo y el Renacimiento. Siendo también este último una sublevación contra la autoridad y la tradición, no pudo menos de ser de lo más grato al protestantismo. Pero echóse de ver muy pronto el abismo que separaba á esas dos corrientes. Con el Renacimiento, no más barreras ni obstáculos para el espíritu filosófico. Culto, dogmas, Biblia: todo era su presa; evidente peligro que pudiera costar la vida á la misma Reforma. Los humanistas eran paganos que creían en el culto de la Naturaleza y rechazaban la austera religión de los reformadores. Por ende, consideróse como uno de los suyos á Fausto, quien llevó su sed por la ciencia hasta abolir todo lo que la religión nos ha dado de más santo y más intangible. De ese modo, convertíase Fausto en la encarnación de uno de esos extraviados á quienes el libre examen apartaba de Dios y precipitaba en brazos del diablo.

La leyenda de Fausto, de la cual se apoderaron los protestantes, conservó sus rasgos más salientes, Mientras la leyenda de Teófilo, culpable de iguales maleficios que Fausto,

concluía por la salvación y el perdón (interviene la Virgen María, y rompe el pacto suscrito por él en duplicado), la de Fausto termina de un modo severo, implacable, rígido, como lo era el protestantismo de la época. Nada rescata su culpa, ni aun el arrepentimiento, y llega á ser presa del diablo.

*
* *

El primer libro impreso que fué consagrado á Fausto, apareció en 1587, es decir, unos cincuenta años después de su muerte. Conócese ese libro con el título de *Libro popular de Spiess*, por el nombre del editor. He aquí su título exacto:

Historia del Dr. Juan Fausto, *celebérrimo mago y nigromante. De cómo contrajo pacto con el diablo por determinado tiempo. Aventuras extraordinarias que en ese período vió, provocó y tuvo él mismo, hasta obtener por fin su merecida recompensa.*

Extractada en gran parte de sus propios papeles, hallados después de su muerte; arreglada é impresa para servir de espantoso ejemplo, lección terrible y aviso sincero á todos los hombres orgullosos, ávidos de saber é impíos.

Sed sumisos á Dios, resistid al diablo, y el diablo huirá de vosotros.

Impreso en Francfort del Mein, por Juan Spiess, en 1587 años.

El libro nos presenta una colección de narraciones maravillosas, tales como estaban difundidas entre los contemporáneos del autor y del mago Fausto.

El *Libro popular* tuvo numerosas ediciones, y fué traducido á varios idiomas, entre otros al francés. Poco después aparecieron otras versiones, como la publicada por Widman

en 1599, la de Pfizer en 1674, concebidas todas ellas dentro del espíritu rigurosamente protestante, por lo cual las aventuras amorosas de Fausto quedaron desterradas ó fueron expuestas sin velos y como abominables torpezas.

En resumen: el *Libro popular* nos da la medida de lo que se susurruba acerca de Fausto; y un somero análisis de él, tomado del estudio del Sr. Ehrard, nos dará la más clara idea del asunto:

Fausto es hijo de padres piadosísimos, que le envían á estudiar teología en Wittenberg. Obtiene el título de doctor. Avido de saber, aprende además la medicina y la magia. Una noche, en un bosque, evoca al diablo, quien se le aparece en forma de fraile franciscano. Celebra sucesivamente muchas entrevistas con ese espíritu, llamado Mefistófeles; y muy pronto firma con su sangre un pacto en virtud del cual Mefistófeles le proporcionará todo cuanto desee; en cambio, al cabo de veinticuatro años, pertenecerá al infierno. El diablo comienza por divertir á Fausto con espectáculos extraordinarios, y le cautiva con una música embriagadora. Mefistófeles roba en las bodegas de los obispos y en las cocinas de los príncipes vinos y manjares exquisitos, con los cuales cubre la mesa de Fausto; para vestirle, roba los más hermosos trajes en las tiendas de Augsburgo y de Nuremberg. Fausto siente el deseo de casarse, pero su compañero le disuade de ello. (El autor, protestante con toda evidencia, hace notar aquí que los frailes, como el diablo, son enemigos del matrimonio.) En vez de una mujer legítima, Mefistófeles lleva á Fausto cuantas quiere, y todas á cual más hermosas. Para satisfacer el ansia de saber del señor á quien se ha comprometido á servir, Mefistófeles le expone la organización del infierno, la configuración del cielo, la marcha de los astros, el curso de las estaciones, la creación del mundo; hace desfilar ante él una legión de espíritus infernales; le hace viajar, ora por el infierno, orá á través de los espacios celestes, ora por los reinos y las ciudades célebres. Señalemos esta frase:

«Encaminóse á París de Francia, donde los estudios y la Universidad pluguiéronle en extremo.» Durante el transcurso de ese viaje va á Roma Fausto y hace al Papa unas jugarretas muy inconvenientes. El autor aprovecha la ocasión para fustigar la corrupción de la corte romana. En Constantinopla resulta tan mixtificado el sultán como antes el Papa. Fausto se hace pasar por Mahoma, y en calidad de tal pasa en el serrallo seis días bien empleados. Llega luego á la corte de Carlos V, donde á ruegos del emperador evoca á Alejandro Magno y á su mujer. Un cortesano es víctima de una broma pesada: Fausto le pone en la cabeza un par de astas de ciervo. En el camino de Gotha riñe con un campesino que conduce una carreta de heno á la ciudad: encanta al labriego, quien ve heno, carro y caballería desaparecer por las fauces del hechicero. En otra parte hace como que se corta una pierna, y la da en prenda á un judío por cuenta de dinero prestado. Vende carísimo á un chalán un caballo, que se trueca en un costal de paja así que le llevan al abrevadero. Hace salir de debajo de tierra un castillo encantado, donde ofrece suntuoso festín al príncipe y á la princesa de Anhalt. Llévase consigo á los estudiantes á banquetear alegremente en las bodegas del obispo de Salzburgo. Los estudiantes son su compañía predilecta: instalado en Wittenberg, los trata en su casa á qué quieres boca, regalándoles con platos exquisitos, con los vinos más raros y con deliciosa música. Para serles grato, hace aparecer á Elena, la mujer de Menelao. La hermosura de la reina fascina á los estudiantes, y Fausto queda no menos prendado que ellos. Bien pronto la evoca por segunda vez y vive con ella. De esta unión nace un hijo, llamado Justus Faustus.

Continúa la serie de las fantasmagorías. En vano un hombre piadoso predica á Fausto un sermón para convertirle: el impío no se conmueve. Sin embargo, al aproximarse la hora fatal, prefijada por el pacto, siente Fausto violenta angustia. Piensa en los goces del cielo que ha perdido, en los tormentos

que le aguardan en el infierno. Mefistófeles se complace en aumentar sus terrores. Confiesa su culpa á los estudiantes, y los exhorta á que no se aparten de Dios como él ha hecho. De noche, un viento impetuoso hace oscilar su casa. Por la mañana, le buscan inútilmente en su dormitorio los estudiantes. «Sólo vieron que el aposento estaba lleno de sangre. Los sesos estaban estampados en las paredes, porque el diablo había muerto á su víctima arrojándola de una en otra pared. En el suelo yacían también sus ojos y algunos dientes.» Los estudiantes encontraron fuera el cadáver, junto á un estercolero, con la cabeza y los miembros medio arrancados.

El final del libro es enteramente la peroración de un sermón. El autor invita al lector á no amar sino á Dios, á renunciar al demonio, «á fin de ser, por último, bienaventurado por toda la eternidad en compañía del Cristo; gracia que á cada uno os deseo desde el fondo de mi corazón. Amén».

***

Sin embargo, en el siglo XVI, vivía un gran autor, contemporáneo y compatriota de Shakespeare, autor que se propuso renovar la leyenda de Fausto y darle otro giro. Fué Marlowe, grande por su talento y por sus infortunios, muerto de una manera trágica por uno de sus compañeros de desórdenes á los veinte y nueve años de edad. Poeta, cómico, vividor, lleno de ilusiones y desengaños, reconocióse á sí mismo un poco en Fausto; y con ayuda de su imaginación, y deseo de pintarse á sí propio, bajo los rasgos de Fausto condenado, creó Marlowe su *Fausto*, que se presentó 1589.

Fausto renace, pues, de sus antiguas cenizas animadas por las pasiones personales de Marlowe. Búrlase á trochemoche de las ciencias, á las cuales hace un vigoroso proceso, y acusa francamente su amor á los goces y á las mujeres. La magia

no es para él sino un medio de conquistar la fortuna y el poder. ¿Y el infierno y la condenación eterna? ¿Qué importa la cólera del cielo con tal que la vida suministre todo cuanto sirve para hacerla agradable? ¿Y después? Si hay infierno—dice el Fausto de Marlowe,—serán los Campos Elíseos, y será muy hermoso el conversar allí con los filósofos de Grecia.

La bella Elena, maldita por los teólogos alemanes, llega á ser, bajo la pluma de Marlowe, la perfección de la forma femenina. El Fausto de Marlowe implora de rodillas sus favores:

«¡Ese rostro—exclama—es quien ha hecho botar al agua mil buques y abrasar las gigantescas torres de Ilión! Dulce Elena, hazme inmortal con un beso... Sus labios aspiran mi alma; ved á dónde vuela. Ven, Elena, ven; devuélveme mi alma. Aquí quiero permanecer, porque el cielo está en esos labios; y todo lo que no es Elena, sólo es un desecho. Quiero ser Paris; y por amor á ti, en vez de Troya, saqueado será Wittenberg; y combatiré al débil Menelao, y llevaré tus colores en mi cimera. Sí, heriré en el talón á Aquiles, y en seguida me volveré á Elena para que me bese. ¡Oh! Eres más hermosa que el firmamento nocturno, resplandeciente con la hermosura de mil estrellas; eres más espléndida que Júpiter relumbrante cuando se apareció á la sin fortuna Semele, más digna de ser amada que el Monarca del cielo entre los azulados brazos de la voluptuosa Aretusa; y nadie sino tú será mi amante.»

Por más Marlowe que se quiera ser, no se consigue, á pesar de todo, emanciparse de las influencias de su siglo. La religión ocupaba demasiado espacio en el espíritu de aquel tiempo, para que sus terrores no fuesen harto visibles en el alma del poeta y de su héroe. El Fausto de Marlowe conoce, pues, los remordimientos y los terrores; y acaba por ser condenado, como el Fausto de la leyenda y del *Libro popular*.

*
* *

La leyenda de Fausto sigue causando desastres en el espíritu de los poetas y literatos de la época. No tienen número las infinitas variantes que rivalizan en contar las hazañas de Fausto. Llega un día en que el gran ronovador de la literatura alemana, el mismo Lessing, se preocupa de la restauración y transformación de la leyenda de Fausto. La señala ante todo á sus compatriotas como inagotable mina de inspiraciones; y no contento con señalársela á los demás, pónese á explotarla él mismo. De ahí nació un drama, que no fué terminado nunca, y que nos presenta un Fausto nuevo, un Fausto ideal, gran pensador y gran ingenio de su época, cuya sublime ambición fué ir en busca de la verdad.

En boca de Lessing, esto era el elogio más ardiente que podía otorgársele. Hete ahí á Fausto rehabilitado, á Fausto sabio, aspirando al ideal desconocido, el cual busca á través y á despecho de todos los obstáculos. Es verdad que firmó un pacto con el diablo... pero, ¿eso qué importa? Lo rescata ampliamente con su curiosidad sublime, con las tendencias de su mente y las inclinaciones de su corazón.

Otro Fausto conocemos, también sin acabar: el de Maler Müller, el pintor Müller (1778), que hizo de él uno de los entusiastas de su época, combatiendo en pro de la completa emancipación del hombre, luchando por la conquista de la libertad plena y absoluta. «Siento dentro de mis venas un dios inflamado»—nos dice su Fausto. Tiene la ambición de los titanes y de los prometeos; y quiere, cueste lo que cueste, eximirse de la vida mezquina que le rodea.

¡Este es el héroe! Müller le pone en lucha con las vulgaridades de la vida y nos le presenta en medio de su exaltación, molesto por un usurero que le reclama su deuda. Fausto busca en el juego los medios de pagarle, y va á un garito, donde se arruina por completo. Va á ser preso, cuando se le aparece el diablo. Acepta Fausto el pacto que le propone; y huye, con el alma atormentada por su ambición divina y entregada al demonio.

Junto á esos Faustos principales hay todo un ejército de Faustos pequeños, que pululan en la literatura alemana. Existe, en primer término, el de Klinger, quien publicó en 1791 su novela *Vida de Fausto, sus hechos y su descenso á los infiernos;* hay los de Weidmann, Schreiber, Soden y Schink, publicados todos ellos entre los años 1775 y 1804. Hasta el momento en que aparece el gran Fausto, el *Fausto* de Gœthe, que al punto dejó chiquitos á todos los demás y fué saludado como el solo y único Fausto, después del cual ya no habría lugar para los poetas ni para los dramaturgos, quienes en vano intentarán agarrarse al Fausto de la leyenda.

***

Desde los veinte años de edad (hacia 1769) meditaba Gœthe un poema acerca de Fausto, trabajando en él hasta poco antes de su muerte, acaecida en 1832. Digamos, ante todo, que en cuanto al cuadro exterior, limitóse Gœthe á aplicar el contenido de la leyenda. Sabio desilusionado de la ciencia, en un momento de desesperación firma un pacto con el diablo, quien le promete realizar sus deseos á cambio de su alma. Fausto goza, pues, de la vida; y, conforme en esto con el Fausto de la leyenda, acompañado por su demonio Mefistófeles, mézclase en la vida de los estudiantes y asiste al sábado de las brujas. Como el de la leyenda, va á la corte imperial. Allí evoca á Elena delante del emperador. Queda prendado de ella, con una pasión irresistible. De su enlace con ella nace un hijo. El poeta aporta aquí otra multitud de detalles tomados de antiguas leyendas.

Y, sin embargo, á pesar de esos empréstitos tomados de la tradición, el Fausto de Gœthe no tiene nada de común con sus

predecesores. Consiste en que Gœthe lo transforma por completo, haciéndole expresar sus propias tendencias, su vida y sus aventuras personales. Fausto es, pues, un sabio pacienzudo y observador como Gœthe, que trataba siempre de descubrir las misterios de la naturaleza. Como Gœthe, tiene sus horas de desesperación; é igual que este último, piensa en el suicidio. Su corte imperial fué la del ducado de Weimar, donde, nombrado ministro Gœthe, evocó ante el príncipe sus bellas obras clásicas, que correspondían á la aparición de la bella Elena de Fausto. Uniendo á Fausto con Elena, píntase á sí mismo, poeta del Norte, amamantado entre las brumas del romanticismo, buscando y alcanzando el ideal griego, que abraza la belleza armoniosa y límpida.

Todo está tomado de la vida de Gœthe; hasta el encantador idilio de Margarita, á quien el poeta conoció en su ciudad natal de Francfort. A juzgar por un pasaje de *Verdad y Poesía,* preténdese que Margarita era sirviente en un mesón. Cierto día en que el poeta y sus amigos, retrasados en una taberna, carecían de vino, fué Margarita quien se lo trajo:

«Era--dice Gœthe--de una hermosura increíble... La imagen de aquella joven me persiguió desde el primer momento á todas partes por donde fuí. Fué la primera impresión tenaz que en mí produjo una mujer; y como no podía buscar ni hallar un pretexto para verla en su casa, por amor á ella fuí á la iglesia, y bien pronto logré descubrir su sitio habitual. De ese modo, durante los largos oficios del ritual protestante, pude embriagarme mirándola. A la salida, no tuve valor para dirigirle la palabra, ni mucho menos para acompañarla; y fuí lo suficiente dichoso cuando pareció haberse fijado en mí y contestado con una inclinación de cabeza á mi saludo.»

Los arrepentimientos del seductor que abandonó á Margarita, fueron los propios arrepentimientos de Gœthe, aun cuando experimentados por causa de la joven Federica Brion, la amiga que había sucedido á Margarita. ¡Pobre Federica! ¡ni aun abandonada cesó de serle fiel á Gœthe!

Pero, aparte de estos incidentes conmovedores, Gœthe mezcló en su Fausto algo más grave aún, y es su idea filosófica. Su Fausto representa á la Humanidad entera. Es el Hombre tipo. Recordemos el prólogo, donde Dios y el diablo apuestan acerca de á quién acabará Fausto por pertenecer. Pues bien: Fausto no se ahoga en el mar de placeres con que le brinda el diablo; sino que tiende á algo más sublime que el mismo amor de Elena, es decir á la acción útil para sus semejantes. ¡Y eso es lo que le salva! Al fertilizar las playas que conquista á los mares, al combatir contra los elementos destructores, asóciase al trabajo de la Naturaleza y de Dios, es la imagen de Dios. Desde entonces pierde sus derechos el diablo, que apostó conseguir su propósito de hacer olvidar á Fausto su origen divino entre el turbión de los placeres terrenales; y, cuando llega su último momento, el cielo es quien recibe el alma de Fausto.

*
* *

Ni aun después de Gœthe han dejado los poetas de darle vueltas al Fausto. Pero, parece ser que el drama filosófico de Gœthe ha dicho acerca de él la última palabra. Todas las tentativas de renovar su Fausto han fracasado. Ya no hay sino abortos débiles ó enfermizos, tales como: el Fausto del poeta austriaco Lenan, que se inclina al panteísmo, ó el de Grabbe, encarnación del protestantismo rigorista, ó el de Vacquerie, el héroe de *Futura*.

Traducción de la *Revue des Revues*, por el
Ldo. PERO PÉREZ.

LA LITERATURA
CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

SOBRE LA POESÍA DE LOS ROMANCES DE LOS ESPAÑOLES (1)

1. Université de France.—Académie de Paris.—Faculté des lettres.—Thése pour le doctorat.—Études sur l'origine de la langue et des romances espagnoles, par M. E. Rossew Saint-Hilaire. París 1838. 4-33 pág.
2. De primitiva cantilenarum popularium epicarum (vulgo Romances) apud Hispanos forma.—Ad professoris ordinarii locum in facultate philosophica universitatis litterariae Berolinensis rite capessendum scripsit. V. A. Huber, phil. Dr. et professor publ. ord. Berolini, typis academ. 1844. 4-27 pág.
3. Chronica del famoso cavallero Cid Ruy Diez Campeador.—Nueva edición con una introducción histórico literaria. por D. V. A. Huber, catedrático de literatura moderna en la universidad de Berlín.—Marburg, en casa de Bayrhoffer, 1844, gr. 8, CXLVIII y 355 pág.
4. Romancero castellano ó Colección de antiguos romances populares de los españoles, publicada con una introducción y notas, por G. B. Depping.—Nueva edición con las notas de D. Antonio Alcalá-Galiano.—Leipsique, F. A. Brockaus. 1844, gr. 12, tomo I, LXXXIII y 418 páginas, tomo II, IX y 482 páginas.
5. Rosa de Romances ó Romances sacados de las «Rosas» de Juan de Timoneda, que pueden servir de suplemento á todos los Romanceros, así antiguos como modernos, y especialmente al publicado por el Sr. D. G. B. Depping; escogidos, ordenados y anotados por Fernando José Wolf. Leipsique, en casa de F. A. Brockhaus, 1848, gr. 12, XXIV y 110 páginas (forma además el tercer tomo de la obra precedente).

El amor que ha vuelto á despertarse en Europa hacia la poesía popular y el cuidado que todas las naciones á porfía se toman por la conservación y difusión de sus cuentos, leyendas y cantares, son un

(1) De los Wiener Jahrb. des Lit. tomo 114, páginas 1-72; tomo 117, pá-

fenómeno peculiar y significativo de nuestro tiempo, tan poco romántico por lo demás. Hace cosa de setenta años, cualquier académico ó profesor universitario habríase juzgado ofendido por la mera sospecha de que aplicara su docta actividad á la literatura popular de su nación, actividad que creía emplear mucho más dignamente en in-

---

ginas 82-168. He refundido para ello: la reseña sobre el «Romancero general» de Durán (2 ed., Madrid, 1849-1851: 2 tomos, en la «Bibliot. de aut. esp.» tomos 10 y 16) contenida en las *Blatt f. lit. Unterh*, 1852, números 16 y 17; el apéndice tercero de mi traducción de la *Historia de la literatura española*, de Ticknor, apéndice titulado «Sobre la poesía de los romances en España» y la introducción á la «Primavera y Flor de Romances, ó Colección de los más viejos y más populares romances castellanos», publicada con una introducción y notas por F. J. Wolf y C. Hofmann, Berlín, 1856, 2 vols., 8. (Véase sobre este mismo asunto tratado con más amplitud conferencias muy dignas de atención en: *Gottinger Anzeigen*, 1857, st. 40-47 de V. A. Huber, en el *Stuttg. Vierteljahrschrift*, Abril, 1857, páginas 86-121 de A. Ebert, en «El Criterio», año de 1856, número 171, de Amador de los Ríos, y en la *Revue germanique* 1.er *année*, 1858, núm. 2, páginas 179-229 de Édélestand Du Méril.)

El señor conde Alberto de Circourt ha dado un notable sumario del presente trabajo acérca de la poesía de los romances, con instructivas notas, en la *Nouvelle Revue encyclopédique, publ. par MM. Firmin Didot, frères. Deuxième année, Septembre et Octobre*, 1847, *num.* 9 *et* 10, *tome V*, *p.* 33-54 *et p.* 191-204.

Desde entonces han aparecido los siguientes trabajos especiales acerca de la poesía de los romances: *De la Chevalerie en Espagne et le Romancero* de Ch. Magnin, en la *Revue des deux mondes, année* 1847, *tome XIX*, *p.* 494-510, ingenioso *aperçu; O spanelskych romanccih Snekterymi ukázkami z nich o ceském prekladu od V. Nebeského.* (Sobre los romaeces españoles, con algunas muestras de ellos traducidas al bohemio por V. Nebesky) en: *Casopis Musea Královstoí Ceského* (Gaceta del Museo bohemio) año XXX, 1856, cuaderno 4, páginas 35-78; trabajo muy bueno, que abarca compendiosamente los resultados de las más rscientes investigaciones, habiéndome servido de gran satisfacción que concuerde con la mayor parte de mis opiniones un tan excelente conocedor de la poesía popular; *Études sur le Romancero, par M. Amedée Hardy*, en la *Revue espagnole et portugaise*, 1857, 5 *Mai;* artículo de periódico completamente superficial; y *Kort Oversigt af Spanska Romanser nas Historia af E. C. Nilsson*, I, Copenhague, 1857, 8, principio que promete poco, de una «Breve ojeada de la historia de los romances españoles» en sueco, desde el punto de vista de Bouterwek ó de Sarmiento, completamente falta de crítica por lo tanto.

dagaciones sobre una vasija griega antigua ó sobre una partícula latina; y aun las personas doctas eran hasta tal punto víctimas de este prejuicio, que consideraban la poesía popular como algo equivalente á los espectáculos de feria y á los cantares callejeros del populacho, despreciándola soberanamente. Llegaba la cosa á punto de haber podido un Nicolai, seguro del aplauso de la mayoría, osar poner en ridículo las colecciones de cantos populares en general.

Esta ignorancia y este desprecio de la literatura popular eran consecuencia por un lado del exclusivismo, llevada al colmo, de la dirección humanística erudita, que pisoteaba desatenta las frescas flores silvestres del suelo patrio para desenterrar hermosas petrificaciones y bustos marmóreos de lejanos tiempos y extrañas tierras; y en parte del servil rebajamiento de los pueblos mismos, privados de toda conciencia propia, que habían olvidado todo animador sentimiento de unidad nacional y todo pensamiento de comunidad de razas, sustituyéndolos por una política de mezquina avidez, dirigida meramente á un engrandecimiento exterior, la política de aquella «razón de estado» que se fué haciendo cada vez más desvergonzada desde la guerra de los Treinta Años.

Hacía falta, no hay que dudarlo, un nuevo «azote de Dios», el puño de hierro de un conquistador del mundo, que desenvolviera terriblemente en sus consecuencias más externas aquel despotismo y aquella política de conquista, para sacudir á las naciones de su letargo y volverlas á la conciencia de sí mismas. Hacía falta el señorío tiránico de la usurpación que lo nivela todo, y aniquila todo interno desarrollo orgánico, para que los pueblos fueran á buscar el último medio de salvación de su peculiaridad nacional y de su independencia en la conservación de su lengua y el cultivo de su literatura popular. Así es como vemos, casi al tiempo mismo en que alcanzaba su punto

culminante el imperio napoleónico, despertarse de nuevo la atención de los pueblos sobre los monumentos literarios y lingüísticos de su pasado; al tronar de los cañones de Austerlitz y Jena contestan las «Voces de los pueblos en sus cantares»; con el grito de combate de la guerra de emancipación resuenan de nuevo los cantos heroicos de los Nibelungos y del Cid, y con el triunfo de la indepencia nacional sobre la monarquía universal se decidió en la literatura la victoria del principio popular sobre el clasicismo francés.

La opresión del dominio extranjero había cargado con grandísimo peso sobre los alemanes; pero los alemanes fueron los más celosos propagadores del principio popular en la literatura, los primeros que con plena conciencia sacudieron las cadenas de la opresión de escuela y del pseudo-clasicismo, los más agradecidos y despreocupados al reconocer el profundo sentido y efecto de la legítima poesía popular. A ellos sobre todo compete la gloria de haber vuelto á restituir á ésta sus derechos. Desde Alemania difundióse la atención y cuidado hacia esa poesía á todas las naciones cultas de Europa, y después que hubieron dado el primer ejemplo, rivalizaron los otros con ellos en la conservación y recolección de esas flores peculiarísimas del espíritu del pueblo. Podía ya un Nicolai ponerse en ridículo, si quería burlarse de estas colecciones de cantos populares, pues hasta su «pequeño Almanaque», compuesto irónicamente, les vino muy bien; pagábanse hasta á peso de oro las antiguas colecciones raras de esta clase, mientras que las aldinas y ediciones clásicas *cum notis variorum* se relegaban á los desvanes; ya no se desdeñan los primeros poetas en tratar popularmente las leyendas de su pueblo, y no ocultan de ningún modo, precisamente porque son grandes poetas, que no pueden alcanzar el sencillo y profundo poder mágico de la legítima poesía popular; hállanse un Walter Scott y un Uhland que

se tienen por muy honrados, después de haber alcanzado inmortal renombre con poemas impregnados de espíritu popular, al hacer accesibles á otros las fuentes en que se inspiraron; entonces un crítico como Lachman consume sin escrúpulo alguno tantas vigilias en las canciones del noviazgo de Günther y Sigfrido como en las del rapto de Helena, y se atreve á vindicarlas como las más hermosas y genuinas de la poesía popular; entonces un lingüista é investigador de antigüedades en grande escala, tal como Jacobo Grimm, no se convierte en objeto de la burla de los pueriles pedantes, al recoger los cuentos de niños y del hogar doméstico, tan gustados de los ánimos infantiles, y los edita y comenta como si fueran cuentos milesios; entonces hasta en la misma *Université de France*, asiento en un tiempo del ultraclasicismo, se alcanza el grado de doctor mediante una tesis acerca de los romances populares; entonces puede atreverse *¡mirabile dictu!* hasta un *Professor ordinarius* de una de las primeras Universidades alemanas, á ingresar como tal en ella merced á una memoria acerca de las «Cantilenas populares» como lo prueba nuestro número 2 (1).

Estas dos memorias son, por lo tanto, aparte de su va-

(1) El mismo excelente autor de ésa memoria ha probado tan clara como contundentemente (en su notable crítica del Romancero de Depping en las *Blätt. f. lit. Unterh.* de 1845, número 320) que, á pesar de este inegable interés de los cultos y aun de los meros letrados hacia la poesía popular, se halla ésta en mucha parte todavía en manos del mero diletantismo, y que aún queda mucho por hacer, sobre todo por parte de las universidades y academias, para llevar al estudio de este importantísimo objeto el cuidado de la ciencia. ¡Ojalá llegue su advertencia á oídos de los doctos rectores de las universidades! Desde entonces (al paso que en Alemania está todavía abandonado al simple particular el salvar de la total desaparición que cada vez de más cerca les amenaza, los restos de la poesía popular) el gobierno francés ha tomado bajo su proteccion como asunto nacional el coleccionar y editar los cantares populares que brotan del suelo indígena, encargándose de tal cuidado el *Institut de France*.

lor interno, pero desigual, un hecho significativo tan sólo por la mera posibilidad de su aparición.

Pero los alemanes no se contentaron con explotar literariamente el interés hacia la poesía popular, excitado y difundido por la necesidad del momento, el poder de las circunstancias, la alterada dirección del espíritu del tiempo y el despertar de la conciencia de los pueblos; no se contentaron con trabajar en lo suyo propio, sino que, movidos por todo eso y por el cosmopolitismo y universalización que es peculiaridad de su espíritu, al que, por efecto de la posición que el pueblo alemán ocupa, le está encomendada tal tarea en la historia universal, sintiéronse impulsados y hasta obligados á ocuparse en la poesía nacional de otros pueblos (1).

Por lo que hace sobre todo á la poesía popular española, un alemán, el genial Herder, es quien, gracias á sus «Voces de los pueblos en canciones», y sobre todo por su «Cid» ha alcanzado el indisputable mérito de haber excitado en favor de aquélla el interés de la Europa culta, habiéndolo hecho con tanto tino, que, á pesar de todas las deficiencias en detalles y particularidades, la impresión total es justa y duradera, y su «Cid», á pesar de todas las traducciones posteriores en muchas cosas más exactas y mucho más completas, ha llegado á ser para los alemanes un libro popular en el más elevado sentido (2). Alemanes, Ja-

(1) Sobre esta misión de los alemanes, la imprescindible necesidad de satisfacer esta exigencia, lo relativamente mucho que hay que hacer acerca de ello, para elevar este estudio á la esfera de la ciencia, y cómo esto sólo puede cumplirse tomando parte activa en ello las universidades y con el apoyo positivo de los gobiernos, se ha explicado muy bien el señor profesor Huber.

(2) Han hecho justicia al punto de vista y al fin de Herder en la concepción de su *Cid* Huber (en los *Gotting. Anzeig*, 1857, cuaderno 40, página 395) y Ebert (en el *Deutsch Vierteljahrschrift*, Abril, 1857, páginas 97-98). El juicio desfavorable de Villemain acerca del mismo, ha provocado dos escritos apologéticos alemanes: Mönnich, *Herder's Cid und die span. Cid-Romanzen* (Tübingen, 1854, 4) y Niemeyer *Ueber Herder's Cid* (Crefeld, 1857, 8.)

cob Grimm y Depping, arreglaron por primera vez, en éstos últimos tiempos, fuera de España, colecciones de romances españoles *(Romanceros)* en la lengua original; el primero de los cuales (Silva de romances viejos, Viena, 1815) contiene ya los elementos de lo que debe ser una tal colección para que llene los más elevados y científicos requisitos; la del segundo satisfizo ya en su primera edición (1817) las necesidades de los doctos, por su inteligente ordenación y relativa integridad, y la nueva edición, la citada en el número 4,—después se ha preparado en Londres (1825) una reimpresión de una de sus partes en español,—es aún más satisfactoria. Finalmente, después que Bouterwek, los dos Schlegel, Tieck, F. W. V. Schmidt, Diez, Beauregard-Pandin, Häting (Willibald Alexis), Böhl de Faber, Julius, Rosenkranz, Keller, Duttenhofer, Regis, Geibel, Carlos Stahr, Luis Clarus y otros han cooperado más ó menos á este fin, con tratados, traducciones y ediciones, un alemán también el señor profesor Huber, es quien ha investigado científicamente y puesto de relieve de un modo crítico la formación y el desenvolvimiento de la poesía de los romances con sus escritos citados en los números 2 y 3 (1).

Envaneciéndonos con legítimo orgullo de los trabajos de nuestros compatriotas en este terreno, es ya tiempo de dirigir á ellos una ojeada; y considero tarea oportuna, tomando en muy especial cuenta los escritos precitados y comparándolos con lo que han hecho en tiempos recientes acerca de esto los mismos españoles, intentar resumir los resultados conseguidos sobre la poesía española de los romances, de donde se inferirá qué es lo que nos resta por hacer para elevar las opiniones subjetivas á saber objetivo.

(1) Lo que aquí no hace más que indicarse ha tomado por asunto principal y expuesto con gran doctrina Ebert en su citado trabajo *Literarische Wech selwirkungen Spaniens und Deutslands* (Acción mutua literaria entre España y Alemania).

Para hacer más fácil la ojeada, voy ante todo á exponer bibliográficamente y someter á examen crítico las fuentes y colecciones de los Romanceros aparecidos hasta hoy, en cuanto me son conocidos y accesibles; después, presentaré y estimaré las opiniones acerca del origen, formación y desarrollo de los romances; y finalmente, trataré de su fundamento material y de la división basada en éste, ó sea de los diferentes géneros de romances.

I

De las ediciones y colecciones de romances.

ROMANCEROS

Al mismo tiempo casi en que se introducía y difundía el arte de la imprenta en España, ganaba la conciencia nacional en intimidad y extensión, merced á la unión de los pequeños reinos en una gran monarquía bajo los Reyes Católicos y el engrandecimiento de la misma en el exterior como potencia de primer orden bajo el rey Carlos I (Carlos V de Alemania), y como consecuencia ulterior de esto, junto á la poesía artística se dió cada vez más valor á la popular, ya no vivió despreciada y desatendida en boca del pueblo, sino que excitó la atención de la nación y hasta de los poetas artísticos, en una palabra, se convirtió en un significativo elemento de la conciencia nacional. Es, por lo tanto, natural y no necesita en rigor más prueba el que desde el momento en que la poesía popular llegó á convertirse en tal elemento, no se dejara ya á su

transmisión de boca en boca del pueblo la parte más importante y que más respondía al sentimiento nacional, los romances, sino que se hizo uso en favor de ella de la nueva invención, por la cual se fijaba y multiplicaba mediante la imprenta la palabra fugitiva. Pero así como no se podría dudar de esto, aun cuando no se hubiera conservado ni una sola impresión de estos cantos, así también era cosa muy natural el que en un principio se imprimieran tan sólo algunos romances, los más corrientes, los más gustados, los más nuevos, *pliegos sueltos*. No sería, en verdad, maravilla, que de estos *pliegos impresos al vuelo*, que no llevaban en vano ese nombre, ni uno solo hubiera escapado á la «iniquidad del tiempo» y al ansia del lector, para llegar hasta nosotros.

Sin embargo, una feliz casualidad nos ha conservado tantas de estas hojas sueltas, que bastan para probar documentalmente lo dicho, si es que ello lo necesitara. Aún hay más, y es que debemos asombrarnos de la riqueza de lo conservado, y presentarlo reunido, puesto que tiene tanta importancia este fenómeno. Durán, en la última edición de su «Romancero general», ha dado un rico índice de los romances que aparecieron en hojas volantes, sobre todo de los pertenecientes al siglo XVI (tomo I, páginas 67-80), fechados en los años 1525, 1537, 1538, 1539, es decir, antes de haber aparecido las colecciones impresas. Por mi parte he contribuido á esta labor en mi memoria «Acerca de una colección de romances españoles en hojas volantes, de la biblioteca de la universidad de Praga (Viena, 1850, 4). El mismo Durán (l. c., *Prólogo,* pág. VIII) considera los pliegos sueltos como el primer modo y el originario de la publicación de los romances.

Por estos ejemplos de romances en pliegos sueltos se ve ya que en un principio se tenían en consideración y estimábanse dignos de darse á la prensa, sobre todo los

compuestos, glosados ó parodiados *(contrahechos)* por poetas artísticos, y así los hallamos en colecciones, primero en pequeño número, mezclados con poesías de poetas artísticos cortesanos, arreglados ó desfigurados por ellos, en los llamados «Cancioneros», es decir, en colecciones de poesías artísticas de *trovadores* (1); puesto que los romances entonces sólo podían pretender un lugar muy modesto, predominando como predominaba la poesía artística, y debían contentarse con ser tolerados y ocupar un rincón en tales colecciones entre las *canciones* artísticas, á título de juguetes accidentales, á que á veces descendían los trovadores (2).

Así es que ya en el más antiguo «Cancionero», el de Fernández de Constantina, se hallan romances bajo una rúbrica propia: «Romances con glosas y sin ellas» (23 en

---

(1) *Canciones*, por oposición á los cantares populares de los juglares, *romances* y *cantares*. De estos últimos habla el marqués de Santillana en su famosa carta al condestable de Portugal con gran desprecio: «Infimos son aquellos (juglares) que sin ningún orden, regla ni cuento facen estos romances é cantares de que la gente baja é de servil condición se alegra.»

A este desprecio hay que atribuir el que no se halle *ninguna* colección *manuscrita* de romances (véase la introducción del marqués de Pidal al «Cancionero de Baena», pág. 24). Tan sólo en el «Cancionero de Lope de Stúñiga» está transcrito *un* romance (anterior, por lo tanto, á 1448) y en el muy posterior «Cancionero de Ixar» se hallan un par de romances parodiados (Ticknor, II, páginas 518-519 y 676-679). Los romances citados por Durán en el «Catálogo de Códices» (II, 695), proceden todos de tiempo muy posterior, de la segunda mitad del siglo XVI y del XVII, es decir, después de las colecciones impresas.

(2) Así por ejemplo, Diego de San Pedro, el conocido trovador, autor de la «Cárcel de amor», de fines del siglo XV y principios del XVI, habla de los romances desgraciadamente perdidos, que hizo en anteriores años, como de pecados juveniles (Böhl de Faber. *Floresta*, tomo I, página 152):

Y aquellos Romances hechos,
Por mostrar el mal allí,
Para llorar mis despechos,
¿Qué serán sino pertrechos
Con que tiren contra mí?

número, v. Ticknor, II, páginas 529 y 533), y en el conocido «Cancionero general» de Hernando del Castillo, no sólo se conserva esta rúbrica y se aumenta su número considerablemente en ediciones posteriores (v. gr. en la de Amberes, 1557, hay 38 romances), sino que ocurren también un par de romances entre los poemas espirituales y un par de históricos en las adiciones á la última edición. Pero la mayor parte son romances artísticos, y sólo los principios ó fragmentos de los romances lo son de populares más antiguos que sirven de base á las glosas, imitaciones y arreglos de los poetas artísticos (1). Durán (l. c., II, 679-680, s. v. Castillo) ha mostrado muy bien la

(1) En la por mí descrita «Segunda parte del Cancionero general», preparada en Zaragoza por Estévan de Nájera y publicada en pequeño volumen, cuyo único ejemplar posee la Biblioteca de la corte imperial de Viena, están los romances desde el folio XXV hasta el LXXXV, siendo arreglos tan sólo de poetas artísticos. Son los siguientes: Romance de Parnaso glosado por Juan González de Rodil; Romance de Francisco García de Çafra, compuesto por Francisco de Vargas. Empieza: Año de mil y quinientos—y cincuenta y dos corría (relación de una batalla naval entre cristianos y un corsario argelino).—Disparates de Grabiel (sic) de Saravia; los quales van glosando el romance del rey moro: (Paseábase el rey moro).—Otros del mismo autor glosando muchas maneras de romances (los dos últimos versos de cada copla son principios de diferentes romances; citado en el índice que Durán da de los pliegos sueltos, I, pág. LXXIII, véase Disparates); además en el folio CXXIII, véase Glosa sobre el romance que dize: Con ravia está el rey David; folio CXXXIII, r. Glosa del mismo autor (Alonso de Armenta, como resulta evidente de la hoja volante que contiene la glosa; véase Durán, I, LXXVI, Pregunta), hecha por mandado de una donzella á cierta parte de un romanze viejo que dize:

Veo vos crescida hija
Y en edad para casar.
La mayor pena que siento
Es no tener que vos dar.
Calledes padre, calledes
No queredes dezir tal,
Que quien buena hija tiene
Hecho tiene el axuar.

(Es un fragmento del romance de Juan de Ribera, que empieza: «Paseábase el buen conde», impreso por Durán, I, pág. 174, número 317.)

relación que hay entre las diferentes ediciones del Cancionero general de 1511 á 1573, en el respecto de los romances que en ellos se incluyen.

Desde mediados del siglo XVI subió el interés que excitaban los romances tanto que aparecieron ya colecciones especiales de ellos que en un principio usurparon el título de Cancioneros y se llamaron por una *contradictio in adjecto*, Cancionero de Romances, acaso para poder introducirse en el público cortesano y galante y hacerse aceptar de él bajo la egida de un título que había llegado á ser tan corriente; hasta que finalmente pudieron presentarse sin temor alguno bajo su propio nombre, como *romanceros*.

Voy á indicar todas las colecciones de romances que conozco, sean generales ó refiéranse á una esfera particular; en orden cronológico, que es á la vez el pragmático, pues que con este se manifiesta tanto el modo cómo se originaron y la relación mutua que guardan entre sí, como la dirección y alteración del gusto de su público.

Mediante el tesoro extraordinariamente rico que de obras de esta como de las demás ramas de la literatura española posee la biblioteca imperial de Viena, he estado en disposición de poder describir hasta llegar á la autopsia la mayor parte, y he señalado estas piezas con una estrellita (*). El notable «Catálogo de los documentos, etc.» (tomo II, páginas 678-695) que acompaña á la última edición del Romancero de Durán, lo he aprovechado, como es natural, para completar y rectificar esta reseña, de modo que pueda ser la más completa relativamente (1).

(1) Se comprende desde luego que aquí sólo podemos tratar de las colecciones de romances que contienen romances populares propiamente dichos ó arreglos é imitaciones en tono popular, tal como se presentan aún mezclados en la mayor parte de las colecciones; y que, por lo tanto, los productos de poetas artísticos posteriores, que tan sólo á causa de la forma llevan nombre de romances, aun cuando existan colecciones especiales de ellos bajo este nombre, deben aquí ser pasados por alto.

1) «*Cancionero de romances en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que fasta agora sean* [*se han*] *compuesto.*» Debajo de esto hay en un marco circular el emblema del impresor, que ostenta un halcón que sobre la mar se disputa un pez con una garza ó una grulla; y á lo lejos una ciudad ó aldea. En seguida: *En Enveres, en casa de Martín Nucio.* La vuelta de la hoja del título está vacía. En la segunda hoja empieza el prólogo:

EL IMPRESOR

»He querido tomar el trabajo de juntar en este cancionero todos los romances que an venido a mi noticia: pareciéndome que qualquiera persona para su recreacion y pasatiempo holgaria de lo tener porque la diversidad de historias que ay en el dichas en metro y con mucha brevedad sera a todos agradable.

»Puede ser que falten aquí algunos (aunque muy pocos) de los romances viejos, los quales yo no puse, o porque no an venido a mi noticia, o porque no los halle tan cumplidos y perfectos como quisiera, y no niego que en los que aqui van impresos aura alguna falta, pero esta se deue imputar alos exemplares de adonde los saque que estauan muy corruptos: y ala flaqueza dela memoria de algunos que me los dictaron que no se podian acordar dellos perfectamente. Yo hize toda diligencia porque vuiese las menos faltas que fuesse posible y no me ha sido [aquí vuelve la página] poco trabajo juntarlos y enmendar y añadir algunos que estauan imperfectos. También quise que tvuiesen alguna orden y puse primero los que hablan de las cosas de Francia y de los doze pares, después los que cuentan historias castellanas y después los de troya, y

vltimamente los que tratan cosas de amores, pero esto no se pudo hazer tanto a punto (por ser la primera vez) que al fin no quedasse alguna mezcla de vnos con otros. Querría que todos se contentassen y lleuassen en cuenta mi buena voluntad y deligencia. El que assi no lo hiziere aya paciencia y perdoneme que yo no pude mas.

»Vale.»

Sigue la *Tabla* en tres hojas no paginadas (1); después el texto en 275 hojas foliadas, en 12. En la hoja 272 es donde termina propiamente el texto, siguiendo esta nota: «Porque en este pliego quedauan algunas páginas blancas y no hallamos Romances para ellas pusimos lo que se sigue» esto es «Otro romance a manera de porque» que empieza: «Por estas cosas siguientes».

Esta es la primera edición, sin año (designada ordinariamente con el nombre de «*Canc. de rom.*» *sin año)*, pero sin duda anterior á 1550, de la colección de romances más antigua conocida hasta hoy (2), de la cual sólo se han hallado dos ejemplares, uno en la biblioteca del Arsenal de París y el otro en la biblioteca ducal de Wolfenbüttel en Brunswick. (Debo la precedente descripción, hecha según este último ejemplar, á la bondad del señor profesor Conrado Hofmann.)

De este Cancionero de romances apareció en el mismo

(1) El romance «Aunque me falta osadía» citado en la tabla no se halla en el texto, así como aquella no da la hoja en que debería hallarse. Tampoco tienen este romance las ediciones posteriores del *Cancionero* ni la *Silva* igualmente citada.

(1) Durán (l. c., pág. 649) hace notar á este propósito que uno de sus amigos vió y usó una edición de este Cancionero, de Zaragoza, sin fecha, y que considera como más antigua que esta de Amberes, pero ésto debe de proceder de una confusión con la primera edición de la *Silva* de que hablaré en seguida.

lugar y por el mismo impresor en 1550 una nueva edición, probablemente la segunda. Diferénciase de la otra por una añadidura al título: «Nuevamente corregido emendado y añadido en muchas partes». En el prólogo del «Impressor» falta el pasaje: «por ser la primera vez», siendo por lo demás idéntico al de la edición descrita ya; el texto ocupa 300 hojas en 12 y la pieza complementaria: «a manera de porque» está suprimida, así como el pasaje que la justifica, por haber desaparecido el motivo que allí se aducía para insertar aquella pieza, ó sea la falta de romances para llenar las hojas, puesto que lo nuevamente añadido ocupa 25 hojas más. Fuera de esto, diferénciase esta nueva edición de la primera en que, por lo común, tiene letras iniciales mayores para los nombres propios, y puntuación, aunque muy desparramada.

La relación entre estas dos ediciones con respecto á las adiciones y supresiones en los detalles se halla expuesta con exactitud en el apéndice á mi Memoria sobre la colección de Praga (páginas 151-152).

Casi meras reimpresiones de esta edición de 1550 son las posteriores: * Amberes, «en casa de Philippo Nucio», 1554 (que posee la biblioteca imperial de Viena; en el catálogo de Nodier se menciona una de 1555, en casa de Martín Nucio del mismo número de hojas y tamaño: no será nada más que una alteración de la hoja del título?); la misma «en casa de Philippo Nucio», 1568, 1573 y 1576; además de Lisboa «por Manuel de Lyra» 1581, y Barcelona, 1587 y 1626, todas en 12.°

Del prólogo de Martín Nucio á la primera edición se deduce ya que arregló por primera vez *(por ser la primera vez)* una colección de romances propiamente tal, á lo cual le indujo, sin duda alguna, como á librero que era, la exigencia del público. Dirigió, empero, su atención tan sólo ó por lo menos preferentemente, á los «romances viejos», que narraban «historias con mucha brevedad» lo

cual era á todos agradable («será á todos agradable»), reuniéndolos con mucho trabajo, ya de hojas volantes (exemplares) (1) ya de la tradición oral («de algunos que me los dictaron»), y teniéndolos que «enmendar y añadir», porque ambas fuentes se los habían proporcionado incorrectos é incompletos. Esto caracteriza ya suficientemente esta colección y el gusto del público para el cual fué preparada. Contiene de hecho los más antiguos romances que han llegado hasta nosotros, en su mayor parte en tono popular, ó en arreglos populares de los juglares, sin que se conozca la mano del editor que ha mejorado y completado la obra, más que á las veces en la modernización de la lengua. Ha procurado además, como dice, introducir «alguna orden», poniendo los primeros los romances del ciclo de leyendas de Carlomagno y sus pares, y haciendo que les sigan los de la historia tradicional de España: después aquellos que tratan asuntos de la antigüedad según la tradición medioeval, y finalmente romances de amor. Este orden, sin embargo, como lo observa él mismo, no podía observarse «tanto á punto», por ser la primera vez que se emprendía tal colección, que no tuviera que quedar para el final «alguna mezcla de otros de diferentes clases». Este apéndice, sobre todo en la edición segunda y las posteriores, consta de romances de diferentes géneros, en que se hallan mezclados con los romances glosados y parodiados *(contrahechos)* de poetas artísticos cuyo nombre se declara, en su mayor parte sacados del Cancionero general (2), algunos que tienen por asunto sucesos de la historia coetánea (del siglo XVI), cerrándose la colección con un par de ellos que tratan asuntos bíblicos (del rey David). Es, en todo caso, un indicio, de la legi-

(1) Véase en la «Primavera y Flor de rom., t. I, pág. 57, los ejemplos que se dan de esto.

(2) Así v. gr. tres romances de Bartolomé de Torres Naharro y hasta uno portugués de Bernardim Ribeiro.

timidad, carácter popular y antigüedad de un romance el que se presente en esta colección.

2) «*Silva de varios romances en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que hasta agora se han compuesto: hay al fin algunas canciones y coplas graciosas y sentidas, Zaragoza, Estevan G. de Nájera,* 1550.» 2 tomos, en 24, letra gótica, con grabados en madera. He dado una extensa descripción de él en mi Memoria acerca de la colección de Praga. (Apéndice, páginas 135 á 148; siguiendo uno de los dos ejemplares que se conocen, el del Museo Británico. El otro se halla en la Biblioteca real y del Estado de Munich.)

Como esta primera edición de la Silva y las dos primeras del Cancionero de romances aparecieron casi al mismo tiempo, sus prólogos se repiten casi literalmente, y el contenido concuerda de tal modo que nos vemos obligados á suponer que la una colección es, por lo menos en gran parte, reimpresión de la otra. Esto ha hecho que hasta los tiempos más recientes se hayan dividido las opiniones acerca de la respectiva prioridad y originalidad de estas dos obras, debiendo yo confesar que me he visto precisado á cambiar repetidas veces mis opiniones sobre este punto.

Pero desde que el señor profesor Conrado Hofmann ha emprendido, á ruegos míos, una comparación crítica de ambas colecciones, comparación cuidadosísima, que ha llegado hasta el más menudo detalle, no puede caber duda alguna acerca de este particular. Voy á contentarme con petir aquí las pruebas que ya dí en la introducción á la re- «Primavera y flor de romances» (páginas LX-LXVII) (1) justificadas con numerosos ejemplos en la crítica del texto

(1) Son tan contundentes estas pruebas, que el docto y perspicaz Gayangos, que antes se habia pronunciado en favor de la opinión de Ticknor que juzga anterior y original la *Silva,* ahora (en el 4.° tomo de la traducción española, pág. 405), se ha expresado en favor de mi punto de vista.

de cada romance según se halla en cada colección, reproduciendo los resultados que allí obtuvo nuestra investigación acerca de la relación de la edición del Cancionero de romances con la primera edición de la Silva (l. c., páginas LIX-LX):

1.° La edición sin año ó sea la primera del Cancionero de romances no puede ser reimpresión parcial de la Silva; debió preceder por lo tanto á la edición de 1550 y á la de la Silva del mismo año, y así, según toda probabilidad, haber sido impresa algún tiempo antes de 1550. Es, no sólo la más antigua edición conocida hasta hoy del Cancionero de romances, y la base de todas las posteriores, sino además, en parte, el original reimpreso en la Silva.

2.° La edición de 1550 de la primera parte de la Silva y la de 1550 del Cancionero de romances, aunque ambas son en parte reimpresión de la edición sin año del Cancionero de romances, aparecieron independientemente una de otra, con alteraciones en el orden de los romances, con supresiones y añadiduras, que son peculiares á cada una de ellas y tan significativas que caracterizan su mutua independencia.

3.° Las ediciones del Cancionero de romances, fechadas posteriormente, no son otra cosa más que reimpresiones de la de 1550, con insignificantes alteraciones (la mayor parte consistentes en la ortografía ó en hacer más corrientes las palabras modificando los arcaismos) y aun estas han dejado sin aprovechar las correcciones esenciales de la Silva (sea por un texto original mejor, sea por notables conjeturas) de los pasajes manifiestamente estropeados ó mutilados.

De la primera parte de la Silva aparecieron dos reimpresiones, llamándose las dos: «Segunda impresión» y editadas ambas en Barcelona. La una, antes completamente desconocida y cuyo único ejemplar se halló hace poco en Alemania, pero fué vendido desgraciadamente al Museo

británico (1), lleva la fecha de 1550 y al final: «Fué impresa La presente obra En la muy leal ciudad de Barcelona, por Pedro Borin.» La otra,—de la que se halla un ejemplar en la biblioteca ducal de Wolfenbüttel—es del año 1557, y el impresor se llama: Jaume ó Jayme Cortey. Concuerdan ambas tan exactamente hasta en las erratas y faltas de foliatura, que la descripción detallada que he dado de la impresión de 1557 (en las reseñas de las sesiones de la clase filosófico-histórica de la Real Academia de Ciencias, tomo x, pág. 484 y siguientes, y publicada por separado bajo el título de *Zur Bibliographie der Romanceros*, (Wien, 1853, 8), sirve para la de 1550, que he comparado con tanta exactitud. El resultado de la comparación de estas reimpresiones ó segundas ediciones de la Silva es que de hecho ha reproducido su primera parte con pequeñas alteraciones en el texto, aunque separándose algo en el orden y con algunas supresiones y añadiduras propias de ella (agora nuevamente añadido y enmendado aquí en Barcelona algunos romances, etc., como se dice en el nuevo Prólogo de la impresión de Barcelona).

Diferenciánse esencialmente de todas las ediciones posteriores de la Silva, en que, como se anuncia en el título contienen sólo «escogidos los mejores romances de los tres libros de la Silva». De esta tercera parte mencionada aquí, en la primera edición de la Silva, no se ha hallado hasta hoy ejemplar alguno (2). Sólo se propone presentar una selección de las precedentes ediciones, y aun esto tan sólo de las dos partes hasta hoy conocidas de la primera, conteniendo junto con esto algo de otras colecciones más moder-

(1) En la hoja inicial de este ejemplar hay la siguiente indicación de su primer posesor: *J. v. Frunnsperg Kanff zu parcelona den 24 Septembris* 1551». (J. de Frunnsberg lo compró en Barcelona el 24 de Septiembre de 1551.)

(2) Ha sido descubierta posteriormente. Posee el único ejemplar conocido de ella el Marqués de Jeréz de los Caballeros, en su biblioteca de Sevilla.—(M. M.)

nas con añadidos posteriores (véase sobre la colección de Praga, página 153).

Así es que en el título ya de la edición posterior de las que conocemos y que la sigue inmediatamente, es á saber, en la de Barcelona, en casa de Joan Cortey, 1578, en 12 se dice ya: «Silva de varios romances recopilados, y con diligencia escogidos de los mejores romances de los tres libros de la Silva,—y agora nueuamente añadidos cinco romances de la armada de la Liga, y quatro de la sentencia de D. Alvaro de Luna... y otros muchos.» Además, hay otras con adiciones semejantes, anunciadas ya en el título: * Barcelona, «en casa de Jayme Sendrat», 1582, en 12.° (sobre el título: «Véndense en Barcelona en casa de Geronym Genovés», 172 hojas, ejemplar de la biblioteca imperial de Viena. (Esta edición reproduce los romances escogidos de la primera, con correcciones). Además, tenemos las ediciones que aparecieron en el siglo XVII (1): Barcelona, 1602 (2); 1611 (Sebastián Cormellas); 1612 (Gabriel Graells); 1617 (Seb. Cormellas. En esta y en la de 1611 se nombra al editor Juan Tiarte, de quien se añaden algunos romances originales); 1638 (Sebastián y Jaume Matevad); 1645 (tirada de la anterior); * 1654 (*por* Antonio Lacavallería) (3); 1690 (*por* José Ca-

(1) Respecto á la colección que cita Brunet con este título: «Silva de var. rom. recopilados por Juan de Mendano, Granada, Hugo de Mena, 1588, segunda parte; en un volumen 12», si la cuento aquí es sólo para advertir que no tengo más noticia que ésta de ella. Tampoco Durán (s. v. Mendano) la conoce más que por el título.

(2) Esta edición posee Ticknor. Entre las ediciones sin título hay ésta: «El de la muerte del rey (Felipe II) y el despedimiento y embarcación de la infanta doña Isabel de la Paz, archiduquesa de Austria», 166 hojas, y además dos canciones y la tabla: contiene 58 romances en 18.

(3) En el título tenemos además de las añadiduras de la edición indicada en la nota anterior... «y los cuatro de D. Alvaro de Luna. Y tres Romances de la enfermedad y muerte del rey D. Felipe III», 165 hojas y una de *Tabla*. Al final dos canciones. Contiene 72 romances en 12. La posee la biblioteca imperial de Viena.

sarachs).—Zaragoza, 1604; * 1617 (Juan de Larumbe. Con *Licencia* de 1604, 166 hojas y 2. *Tabla*. En 12): 1673 (Herederos de Pedro Lanaja, 241 hojas).—Huesca, 1623.—Jaen, 1636; 1696.

* 3) *Romances nueuamente sacados de historias antiguas de la crónica de España, compuesto por Lorenzo de Sepúlveda. Añadióse el Romance de la conquista de la ciudad de Africa en Berueria, en el año M. D. L. y otros diuersos, como por la Tabla parece. En Anuers, en casa de Juan Steelsio,* 1551, en 12.°—Hay una mera tirada de ella, en que se repite exactamente el mismo título de: «Anvers», en casa de Pedro Bellero, 1580, en 12.°

Otra edición diferente, ya por supresiones, ya por significativas adiciones y por otra ordenación, apareció bajo el siguiente título: «*Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España, por Lorenço de Sepúlveda, vezino de Seuilla. Van añadidos muchos nunca vistos, compuestos por un cauallero Cesario, cuyo nombre se guarda para mayores casos. En Anvers. En casa de Philippo Nucio*, 1566, en 12.°—La biblioteca imperial de Viena posee todas tres ediciones.

El «Prólogo del autor á un su amigo», en que se expresa Sepúlveda acerca de las fuentes, motivos y fin de su empresa, contiene el siguiente pasaje, digno de atención, respecto á la historia de las colecciones de romances: «Y si las hystorias gentiles y prophanas dan tan grande contentamiento á los lectores, con ser muchas de ellas fictiones y mentiras afeytadas, quanto mas sabor dará la obra presente, que no solamente es verdadera y sacada de hystoria la mas verdadera que yo pude hallar, mas va puesto en estilo lo que vuestra merced lee. Digo en metro castellano y en tono de romances viejos que es lo que agora se usa. Fueron sacados á la letra de la crónica que mandó recopilar el serenísimo señor rey D. Alonso, que por sus buenas letras y reales desseos y grande erudición en todo

género de scientia fué llamado el Sabio. Saqué las mejores materias que pude, y más sabrosas, para ponerlas en el estilo presente. Servirá para dos provechos. El uno para leerlas en este traslado, á falta del original de donde fueron sacados, que por ser grande volumen, los que poco tienen carecerán dél, por no tener para comprarlo. Y lo otro para aprovecharse los que cantarles quisieren, en lugar de otros muchos que yo he visto impressos harto mentirosos y de muy poco fruto. Fué mi principal intención sacar á luz tan varios acontecimientos por aver acontecido en nuestra España, y por ser de crónica tan aprovada como es la del dicho señor rey, etc.» A este Prólogo del autor se añade en la nueva edición corregida y aumentada de 1556, el del impresor Martin Nucio al benigno lector, en el cual da los siguientes datos, no menos interesantes para la historia de los Romanceros, acerca de su modo de proceder: «Como yo avia tomado los años pasados el trabajo de juntar todos los romances viejos (que avia podido hallar) en un libro pequeño y de poco precio (esto es, en el «Cancionero de romances» arriba citado; compárese con esto lo que se dice en el prólogo que á éste le puso Martin Nucio), con protestación hecha en el prólogo dél, que yo avia hecho en él no lo que devia sino lo que podia, veo que he abierto camino a que otros hagan lo mesmo, porque aunque es cosa que fácilmente se pudo començar, no será posible poderse acabar, ni aun demediar, por ser las materias diferentes, y en que cada día se puede añadir, y componer otros de nuevo. Agora ha venido a mis manos un libro nuevamente impresso en Sevilla (1), el qual me pareció impri-

(1) De esto y del prólogo de Sepúlveda se saca en claro que debía de haber una edición sevillana preparada por este mismo, más antigua que todas las impresiones antuerpienses citadas aquí, aunque no se halle en parte alguna dato acerca de ella. Pero Martín Nucio se apoderó, según parece, también de esta colección, como especial aficionado á los romances

mir por seguir el intento con que esto comencé, y trabajé que en él se pusiessen algunos romances no como estavan sino como deven, porque aviendo en él muchos que tratan de una mesma persona, no me pareció justo que estuvieran derramados por el libro como estavan, mas que se juntassen todos en uno, porque de esta manera la hystoria dellos será más clara y al lector será más aplasible, y tambien hize añadir otros muchos assi de cosas de la sagrada escritura como de historias de España, los quales van señalados en la tabla con esta señal *: el nombre del autor de los añadidos se calla porque se guarda para cosas mayores que conformen con su persona y hábito, etc.»

Vemos, pues, que esta colección nos ofrece una clase totalmente diversa de romances (diferentes de aquellos de las dos precedentes colecciones), cuyo inventor parece ser Lorenzo de Sepúlveda (á quien no hay que confundir con su contemporáneo el famoso historiógrafo de Carlos V, Juan Ginés de Sepúlveda); puesto que compuso estos romances con la intención expresa de suplantar á aquellos otros «antiguos mentirosos» que gozaban del favor del público, y los compuso en el tono de los antiguos roman-

y más aún como librero especulador que sabía utilizar el gusto de la época. El que hubiera aprovechado en su reimpresión aquella desconocida edición original sevillana, es cosa que se deduce de que todas aquellas piezas citadas en el título y en la «Tabla» como adiciones («añadióse») faltan á la edición antuerpiense de 1551. Estas son aparte de los largos romances nombrados en el título, las siguientes piezas: el pasaje de la «Crónica general» que contiene la paráfrasis en prosa del poema plañidero de un moro con motivo de estar Valencia oprimida por el Cid (v. sobre esto: Malo de Molina «Rodrigo el Campeador» páginas 146 sig., Apéndice XXII y además el romance «Apretada está Valencia» en el Cancionero de romances»); el romance: Del saco de Roma=«A los Alpes y altas sierras» en quintillas; y cuatro romances amatorios (entre ellos el antiguo: «La bella malmaridada.») El señor Du-Méril en la *Rev. germ.*, pág. 210, ha citado una edición de la colección de Sepúlveda «desconocida» de todos los bibliógrafos y en posesión del conde Alberto de Circourt; pero después de enterarse mejor, se ha visto que no hay tal edición de la colección de Sepúlveda, sino que es una del «Romancero del Cid» de Escobar.

ces porque éste era el más usado. Su fuente no es la leyenda popular, no la tradición oral, sino la verdadera historia, tal como la halló en la crónica comprobada, que fué escrita por mandado de Alfonso el Sabio, de la cual escogió los pasajes más atractivos y los arregló al estilo entonces muy corriente de romance, para que hasta las personas de pocos medios, que no podían comprar esta costosa obra, tuvieran un sumario de ella, y cantaran estos romances en vez de aquellos otros inútiles y fabulosos. El buen hombre, sin darse cuenta de ello, ha tenido algunos rasgos felices, devolviendo á los cantos populares lo que de ellos había salido; pues las partes más atractivas precisamente de la «Crónica general» reposan en leyendas del pueblo, y llevan en su composición y su tono huellas tan evidentes de su forma anterior como cantos populares, que no se necesitaba más que un impulso muy pequeño para volver á restablecer los romances. Así es que esta colección contiene muchos romances con base legítima, si bien la mayor parte no es de hecho otra cosa más que una crónica dispuesta en forma de romances, apareciendo efectivamente los productos de Sepúlveda en su poética incapacidad junto á los buenos «romances viejos» que debían suplantar, como las más escuetas y prosaicas historias.

Martín Nucio, que, como él mismo dice, algunos años antes había abierto el camino de las colecciones de romances con su «Cancionero de romances», y se había tomado el trabajo de juntar todos los viejos en un libro pequeño y de poco precio, se gloría, en su reimpresión de la colección de Sepúlveda, de haber coordinado los romances que trataban del mismo asunto, y haberlos aumentado con algunos (21) compuestos por un «caballero imperial.»

Sin embargo, tampoco se observa aquí ni un estricto orden cronológico, ni se hallan agrupados siempre todos los romances referentes á la misma persona (verbigra-

cia, folio 18 v.° hasta el 31 v.°, hay algunos romances de Bernardo del Carpio, y de nuevo se hallan dos acerca de él en los folios 144 á 147); y la mayor parte de los nuevamente añadidos están hechos con el mismo espíritu de los productos de Sepúlveda. Fuera de los romances cuyo asunto está tomado de las crónicas españolas (1), hállanse algunos sobre asuntos de la antigüedad clásica ó bíblicos y uno alegórico («Fictión», Fol 265 v.°)

4) *Quarenta cantos, de diversas y peregrinas historias, declarados y moralizados por el magnífico caballero Alonso de Fuentes: Sevilla, Dominico de Robertis, á cuatro días del mes de Abril* 1550, en 4.° Nueva edición, con la siguiente añadidura al título: *Agora nuevamente corregido y emendado y con licencia impresso: Granada, Antonio de Nebrija,* 1563, 8.° — *Zaragoza, Juan Emilianos.* 1564, 4 * *Libro de los quarenta cantos que compuso un cauallero llamado Alonso de Fuentes, natural de la ciudad de Sevilla, diuididos en quatro partes. La primera es de Hystorias de Christianos. Con las cosas que acaecieron en la conquista de Málaga y Granada... Agora nueuamente, etc. Alcalá, en casa de Juan Gracián, que sea en gloria,* 1587, 8. (Las tres primeras ediciones en Brunet; la última en posesión de la biblioteca imperial de Viena; en las adiciones de Blankenburg á Sulzer se menciona una edición de Burgos, 1579, en 12.°, que debe de ser un extracto de estas dos, que son mayores, pero que acaso pertenezca al número 5.)

Al final la «Epístola dirigida por el autor á un cierto

(1) Uno de los romances que aquí ocurren, «De la duquesa de Loreina», y que empieza: «En la ciudad de Toledo», se presenta redactado exactamente igual en el «Cancionero de romances» y en la «Silva», y trata, sin más que alterar el nombre y algunas circunstancias accesorias, la misma leyenda, como aquel que está también en la «Silva»: «Del conde de Barcelona», que empieza: «En el tiempo que reinaba»; tomadas ambas versiones de las crónicas catalanas.

señor que le embió estos cantos, para que se los declarasse: el qual murió antes que se acabasse esta obra;» en la cual se nos presenta el siguiente pasaje, muy digno de ser tenido en cuenta á nuestro propósito: «Resta agora por el autor destos cantos satisfacer a algunos, que son mas amigos del consonante con saya y capa que les hincha los oydos, que no del proposito de la hystoria, que no dexarán de poner objectos en ellos: diziendo que fuera mejor compostura, segun el hilo de sus consonantes limados ó travados (y algunos segun vuestra señoria apunta lo hayan dicho). Y a estos digo que el intento deste autor fue querer mostrar estas hystorias con el origen destos cantos viejos: y que toda aquella cosa que se contrahaze y assimula a otra será mas perfecta, quanto mas se llegare o pareciere a aquella de quien se saca. Y assi imitando estos cantos a los de nuestros antiguos, aquella rusticidad de vocablos y consonantes mal dotados: les da la autoridad y lexos: que les quitaran los consonantes travados o limados (1).»

---

(1) Se consideraban, pues, ya en este tiempo los asonantes tan sólo como rima imperfecta (consonantes mal dotados) por oposición á los más artísticos y afinados (consonantes travados ó limados, con saya y capa), que es lo que en realidad eran, y esta imperfección así como la «rusticidad de vocablos» eran imitadas con toda diligencia de los romances viejos, para dar así autoridad y semejanza (lexos) á estas imitaciones. En esta misma «Epístola», en que para justificar la empresa del autor se procura mostrar la necesidad y utilidad de la poesía y del canto, se cita en apoyo de ello cómo el mismo rey Alfonso el Sabio, cuando fué vencido y expulsado por su hijo, y se vió abandonado de los grandes de su reino, procuró consolarse con el canto é «hizo un canto ó romance», que nos comunica el autor, sin nombrar la fuente de donde lo sacó y que voy á poner aquí; pues aun cuando sea lo más probable que no proceda de Alfonso el Sabio, es, sin embargo, antiguo y notable á causa de la asonancia alterada, ó más bien consonancia imperfecta:

Yo sali de la mi tierra
para yr a Dios servir,
y perdi lo que avia
desde Mayo hasta Abril,

Esta colección caracteriza suficientemente por su título, tanto su forma como su contenido, incluyendo, como la de Sepúlveda, depurados, y como lo dice expresamente el autor en la «Epístola», rehechos los romances «viejos»,

todo el reyno de Castilla
hasta alla a Guadalquibir,
los obispos y perlados
cuyde que metien paz
entre mi et el mio hijo
como en su decreto jaz,
estos dexaron aquesto
y metieron mal assaz;
non a escuro mas a vozes
bien como el añafil faz,
fallecieronme parientes
y amigos que yo avia
con averes y con cuerpos
y con su cavalleria,
ayudeme Jesu Christo
y su madre sancta Maria
que yo a ellos me encomiendo
de noche y tambien de dia,
no he mas a quien lo diga
ni a quien me querellar
pues los amigos que avia
no me osan ayudar,
que por miedo de don Sancho
desamparadome han;
pues Dios no me desampare
quando por mi a embiar,
ya yo oy otras vezes
de otro rey asi contar
que con desamparo que uvo
se metio en alta mar
a se morir en las ondas
o las venturas buscar:
Apolonio fue aqueste,
e yo hare otro que tal.

La fuente de este romance es la famosa carta de Alfonso X á Pérez de Guzmán (véase Dozy, l. c., I., pág. 638; Ticknor, I. pág. 33), con la que tiene de común muchos pasajes casi literalmente reproducidos. Compárese también el romance que trata del mismo asunto en las adiciones á Sepúlveda: «El viejo rey Don Alfonso» (edic. de 1566), en que se presentan también los lamentos de este rey (Estas trovas fué á trovar), pero con el cual sólo los versos que van en bastardilla concuerdan casi literalmente (véase la (Primavera y Flor de romances» números 62 y 63). El rey «Apolonio» citado en ambos romances es Apolonio de Tiro, tan celebrado en las leyendas medioevales.

diferenciándose, y no con ventaja, de la de aquel en que los diez últimos romances de la última, la parte dedicada á «Historias de Cristianos», es decir, de españoles, carecen de tono fundamental legendario y de todo colorido popular. Además sigue aquí á cada romance una larga «declamación» histórico-arqueológica, llena de pedantesca erudición y una extensa «moralidad» en prosa. Pero los Romanceros de Fuentes y Sepúlveda prueban que en aquel tiempo había progresado ya tanto en el favor del público, aún en el del culto, la poesía romancesca, y se había puesto tan de moda, que si antes los poetas artísticos, cortesanos tan sólo de cuando en cuando, habían condescendido á utilizar los romances para sus bagatelas líricas, empezaban ya los agremiados doctos á revestir sus escarceos pedantescos con forma de romances. Por tales eruditos, que no partían ya de intención poética, sino que tenían ante la vista sólo un fin didáctico, no podía ser imitada de aquellos antiguos y legítimos romances populares más que la forma meramente externa, que, como es tan popular, puede ser manejada fácilmente por cualquier español que domine algo su lengua, hasta tal punto, que cuesta poco mayor esfuerzo que la prosa, pero que si pierde su colorido nacional en la materia y popular en el tono, como en los romances de Fuentes, decae hasta el más pedestre prosaísmo.

* 5) *Cancionero de Romances sacados de las Coronicas antiguas de España con otros Kechos por Sepúlveda. Y algunos sacados de los quarenta cantos que compuso Alonso de Fuentes. Impresa (sic) en la ñoble villa de Medina del Campo, por Francisco del Canto. Año* 1570, en 16.° El título, con escritura latina, el resto con gótica. Las cuatro primeras hojas contienen además del título la licencia para que se imprima (fechada en Madrid á 29 de Abril de 1569 y á 27 de Febrero de 1570), y la «Tabla»; sigue después el texto con signatura Av hasta R*, y la nu-

meración de las hojas v hasta CCIII; en el frente de la última hoja se repiten el lugar y el año de la impresión. Contiene 120 romances.

El ejemplar que de él posee la biblioteca imperial de Viena es acaso el único que se conserva; por lo menos antes no se hallaba en ninguna parte ni siquiera noticia de la existencia de este «Cancionero de romances», que no hay que confundir porque tengan el mismo principio de título con el citado de Martín Nucio bajo el número 1. En realidad, es más notable como rareza bibliográfica que por su contenido, puesto que casi todos los romances que le forman se hallan también en otras colecciones; es, á saber: fuera de las dos indicadas en su título, la de Sepúlveda (la mayor parte de éste) y la de Fuentes, en el «Cancionero de romances» de Martín Nucio, en la «Silva» (habiendo utilizado de ambas colecciones el texto de la primera edición) y en las «Rosas» de Juan de Timoneda que hemos de citar pronto. Es de observar, sin embargo, que este Cancionero contiene un par de romances propios de él, tradicionales y casi nada líricos; pero fuera de aquellos que se refieren á la historia legendaria de España, muchos que tienen por objeto la antigüedad clásica y algunos la historia moderna, como ya se muestra por la añadidura al título: «sacados de las coronicas antiguas de España», esta colección procuraba tomar romances que pasaran por autoridad histórica. De aquí que ya en ella, así como en las sucesivas colecciones los romances caballerescos, propiamente épicos, no se aceptan. La comparación de éste con el ejemplar de la colección de la biblioteca de Wolfenbüttel, que lleva por título: «*Recopilación de Romances viejos, sacados de las Crónicas Españolas, Romanas y Troyanas. Agora nueuamente: por Lorenço de Sepulveda Alcalá, en casa de Francisco de Cormellas y Pedro de Robles,* 1563. *A costa de Luis Gutierrez*, en 12.°, 196 hojas y 3 hojas. Tabla con 119 romances»; esta

comparación ha puesto en claro que deben considerarse las dos como tiradas con título cambiado de una misma colección, y que, por lo tanto, la Recopilación de ningún modo se ha de contar, como se cree erróneamente, entre las ediciones de la colección de Sepúlveda, sino que es más bien la más antigua conocida hasta hoy de ésta de que estamos tratando (1).

Después ha adquirido la biblioteca de Berlín el ejemplar de una edición algo posterior con el mismo título que el ejemplar de la edición que se halla en la biblioteca imperial de Viena, pero impreso en Alcalá de Henares, en casa de Sebastián Martínez, y fuera de la Puerta de los Mártires, año de 1571, en 2.°, 199 hojas. La tabla concuerda del todo con la edición de Medina del Campo (las dos dan sólo el principio de 115 romances.) Al final se repite la fecha.

(1) La noticia dada en el *British Bibliographical Repository* de una edición de la *Recopilación* del año 1553, del mismo lugar y por el mismo librero, descansa en una errata ó mala lectura, 1553 en vez de 1563, como ya lo ha observado Brunet.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

Agacino (E.) — Guia práctica del marino mercante.—En 8.° mayor, x-430 páginas y 7 láminas: 7 pesetas.

Alarcón (M. A.) — Biografía compendiada de la Excma. Sra. Doña Teresa Enriquez, llamada «La loca del Sacramento». En 12.°, 151 páginas y un árbol genealógico.—No se ha puesto á la venta.

Almanaque «El sui generis,» para 1896, con el santoral en verso. En 8.°, 224 páginas: 0,50 pesetas.

Idem, festivo ilustrado, para 1896. (Año XVI de su publicación.) En 8.°, 224 páginas: 1 peseta.

Allan Poe (E.)—El Kuerbo, tradukzión direkta del inglés, por J. A. Pérez Bonalde, indibiduo korrespondiente de la Rreal Akademia Española. En 8.°, 29 páginas: 1,50 pesetas.

Aranda y Tadin (J. de).—Brevisimo compendio de historia general de España. En 12.°, 30 páginas: 0,50 pesetas.

Arnó de Villafranca (P.)—La luna no es un satélite de la tierra. ¿Qué es la luna? En 8.°, 30 páginas y una lámina: 1 peseta.

Cajal (S. R.)—Elementos de histología normal y de técnica micrográfica, 205 grabados intercalados en el texto. En 4.°, VI-484 páginas: 12,50 pesetas.

Caro (E.)—El Derecho y la fuerza. En 8.°, 302 páginas: 3 pesetas.—«Colección de libros escogidos», tomo 140.

Cavestany (J. A.)—Sofía, drama en tres actos, en verso. En 8.°, 93 páginas: 2 pesetas.—Galeria dramática de Hidalgo.

Codina Castellón (J.) — Demostración clinica del contagio en la tuberculosis. En 4.°, 189 páginas: 4 pesetas.

Colección de documentos inéditos para la historia de España, que publica el Marqués de la Fuensanta del Valle.—Tomo CXII. En 4.°, 513 páginas: 12 pesetas.—Contiene: Hermandad de Córdoba con Jaén, Baeza, Ubeda, Andújar, Arjona y Santi-Esteban, e varios caballeros en tiempo del infante D. Sancho. (Archivo del Ayuntamiento de Córdoba.)

Diaz de Escovar (N.)—Mis cantares. En 8.°, 158 páginas: 1,50 pesetas.

Diez Canedo y Lletget (F.) y Marin y Boyé (A.) — Manual práctico consultor para acreditar haberes del Estado, provincia y municipio. En 8.°, 127 páginas: 2,50 pesetas.

Dorado (P.)—Problemas de derecho penal, tomo I. En 8.° mayor, XVI-471 páginas, tela: 7 pesetas.

Feliú y Codina (J.)—Miel de la Alcarria, drama en tres actos y en prosa, original. En 8.°, 80 páginas: 2 pesetas.

Fernández y González (D.)—Ca-

buérniga, sones de mi valle. En 8.°, II-211 páginas: 2 pesetas.

Flores García (F.) y Romea (J.)—Quisquillas, comedia en dos actos y en prosa. En 8.°, 63 páginas: 1,50 pesetas.

García Valero (E.)—Poesías. En 8.°, XX-222 páginas: 3 pesetas.

González (C.)—Derecho usual. Resumen de los principios generales del derecho y del derecho positivo español. En 4.°, 344 páginas, tela: 5 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

González (H.)—Cuestiones sociales. En 4.°, XII-223 páginas: 2,50 pesetas.

Gregorio Rocasolano (A. de).—Estudio químico de la harina y del pan. En 4.°, 110 páginas: 3 pesetas.

Heras (D. de las).—Estoy comprometida, monólogo cómico en verso, original. En 8.°, 18 páginas: 1 peseta.

Ihering (R. V.)—Cuestiones jurídicas, por Rodolfo Von Ihering, traducción del alemán, por Adolfo Posada, profesor en la Universidad de Oviedo. En 4.°, 266 páginas: 5 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Iráyzoz (F.)—Los de Ubeda: juguete cómico en un acto y en prosa, original. 38 páginas: 1 peseta.

Manso de Zúñiga (D. V. C.) y Díaz Alonso (D. M.)—Tratado de elaboración de vinos de todas clases y fabricación de vinagres, alcoholes, aguardientes, licores, sidra y vinos de otras frutas. En 4.°, 384 páginas con grabados: 10 pesetas.

Merino y Sánchez (R.)—Tesis del doctorado. Contribución al estudio del sueño fisiológico. En 4 °, 52 páginas: 1 peseta.

Mir y Noguera (J.)—Devoción de San Francisco de Borja, S. J., al Santísimo Sacramento. En 12.°, 43 páginas. No se ha puesto á la venta.

Molins (A. E. de).—Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX: apuntes y datos.—Cuadernos 45 á 48. En 4.°, á dos columnas: Cada cuaderno, 1 peseta.

Olmeda (F.)—Memoria de un viaje á Santiago de Galicia, ó examen crítico musical del códice del Papa Calixto II, perteneciente al Archivo de la catedral de Santiago de Compostela. En 8.°, cuatro hojas preliminares 85 páginas y 3 láminas: 1,50 pesetas.

Oneca (N.)—Camila ó la revolución francesa: drama en tres actos y en verso, original. En 8.°, 72 páginas: 2 pesetas.

Pardo Bazán (E.)—Arco iris; cuentos. En 12.°, 190 páginas y retrato de la autora: 0,50 pesetas.

Polo y Peyrolón (E.)—Manojico de cuentos, fábulas, apólogos, historietas, tradiciones y anécdotas. En 8.°, 232 páginas: 1 peseta.

Pou Moreno (M.)—Literatura fin de siglo: Rimas galantes y pensamientos. En 12.°, XVI-96 páginas: 0,50 pesetas.

Ramírez (R.) y Jiménez Quirós (E.)—De tres á cuatro: juguete cómico en un acto y en verso, original. En 8.°, 29 páginas: 1 peseta.

Reverter Delmas (E.)—El suicidio ante Dios y la razón. En 4.°, 31 páginas: 0,50 pesetas.

Rodríguez y Fernández (I.)—Compendio de historia crítica de la medicina é introducción á la misma. Edad primera ó de preparación científica: 2 tomos. En 4.°, 653 y 562 páginas y 15 láminas: 22 pesetas.

Rodríguez Solís (E.)—La Mujer, el hombre y el amor. En 12.°, 192 páginas: 0,50 pesetas.

Salvá (A.)—Burgos en las comunidades de Castilla. En 8.°, 191 páginas: 3 pesetas.

Sánchez Covisa (P.)—La Carrera de derecho. En 8.°, 79 páginas: 1,50 pesetas.

Santa Cilia (J. de).—Biblioteca de novelas militares. El cabo Juan Miseria. En 12.°, 144 páginas: 1 peseta.

Saus (R.) y López (J.)—El Nuevo organista: juguete cómico en un

acto y tres cuadros, en verso y prosa, original. En 8.°, 35 páginas: 1 peseta.

Serrano y Sanz (M.)—San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares. Estudio histórico. En 8.°, 46 páginas: 2 pesetas.

Sighele (E.)—El delito de dos; ensayo de psicología morbosa, traducción, por P. Dorado, catedrático en la Universidad de Salamanca. En 4.°, 232 páginas: 4 pesetas.—Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.

Idem. — La Muchedumbre delincuente: ensayo de psicología colectiva, traducción de P. Dorado. En 4.°, 175 páginas: 4 pesetas.—Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.

Idem.—La teoría positiva de la complicidad, traducida de la 2.ª edición italiana, por P. Dorado. En 4.°, 250 páginas: 5 pesetas.—Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.

Silva y J. (F.)—Mapa de las aduanas de España. Una hoja. 95: 70 cm.: 3 pesetas.

Soler y Guardiola (P.)—Apuntes de historia política y de los tratados (1490 á 1815). En 4.°, 743 páginas: 5 pesetas.

Soto y Calvo (F.)—Croquis de Italia. En 8.°, VIII-278 páginas: 4 pesetas.

Taboada Steger (R.)—Matinée: juguete cómico en un acto y en verso, original. En 8.°, 27 páginas: 1 peseta.

INDICE

Págs.

Un ladrillazo, por Ricardo Becerro de Bengoa..... 5
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un soldado viejo..... 55
Viaje por España, por Emilia Pardo Bazán..... 78
La autonomía del Canadá, por Adolfo Posada..... 96
Recuerdos, por José Echegaray..... 113
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 137
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 143
La Prensa internacional.—El Fausto real y el Fausto de los poetas, por el Licenciado Pero Pérez..... 159
Sobre la poesía de los romances de los españoles, por Fernando Wolf..... 174
Obras nuevas..... 203

DERECHO POLÍTICO FILOSOFICO

POR

LUIS GUMPLOWICZ

Profesor de ciencias políticas en la Universidad de Gratz (Austria).

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS POR

PEDRO DORADO MONTERO

Profesor en la Universidad de Salamanca.

Precio: **diez pesetas.**

LA JUSTICIA

POR

H. SPENCER

Un volumen grande, **siete pesetas.**

LAS INSTITUCIONES ECLESIASTICAS

POR

HERBERT SPENCER

Un volumen, **seis pesetas.**

LA MORAL DE LOS DIVERSOS PUEBLOS

Y

LA MORAL PERSONAL

POR

H. SPENCER

Un volumen grande, **siete pesetas.**

España moderna

AÑO VII NÚM. LXXXIV

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

DICIEMBRE 1895

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.453.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL DIFUNTO

HACE medio siglo, todos, ó casi todos los literatos, eran más ó menos bohemios; vivían garbosa y desordenadamente, se alampaban por separarse de la masa común, tenían en su sangre cierto espíritu levantisco y aventurero, y ni mudaban de color ante la boca de una pistola en desafío, ni al divisar en puerta la contraria, que en albur ó gallo les llevaba el último duro. Hoy los aprendices de literato son jóvenes virtuosos y modestos, que no aspiran á volar como águilas, sino á prosperar como cucos: procuran informarse de si tiene dote la niña que les gusta, se agarran á los faldones de políticos influyentes en busca del empleo y del garbanzo, y hasta ingresan en cofradías y hermandades piadosas para ir adquiriendo relaciones con gente rica y que les pueda valer el día de mañana. Esta juventud aprovechada no escribe leyendas como *Margarita la Tornera,* ni dramas como *El Trovador,* ni poemas como *El Diablo Mundo;* pero sabe el camino para ingresar en las oficinas del Estado, y firma la nómina, tal vez con pésima letra, aunque con singular frescura; lo cual, como se ve, no carece de mérito.

Al primer grupo, al de los románticos bohemios, perteneció mi amigo Salamanca. Le llamo así, como pudiera llamar-

le Soria, Sevilla ó Valencia; no porque fuese tal su verdadero apellido. Respetemos la vida privada, y digamos el milagro, sin nombrar el santo que lo hizo.

Era el insigne Salamanca en la época de mi cuento un joven de treinta años, ó poco más, alto y enjuto como una lanza, muy aseado y aprensivo, pues siempre andaba lavándose y mirándose la lengua al espejo, aunque nada le doliese desde los pies á la cabeza. Su caracter, franco y generoso: su talento, notable y bien cultivado: su posición, incierta y varia, como la de todos los que se entregan al juego y sostienen con el monstruo del azar espantosa lucha. Unas veces le veía con el lujo de un duque, gastando á manos llenas; y otras me lo encontraba por esas calles mal vestido, con sus alhajas y ropas en las casas de empeño, y tenía que darle para que fuese á comer; por lo cual solía llamarme «mi paisanazo, y mi último recurso».

Este ilustre Salamanca era español, delgado y soltero; circunstancias que no le estorbaron para asociarse poco después amigablemente con una señora francesa, viuda y gorda como un tonel, que de contínuo le freía la sangre. Y no porque fuese mala: ¿qué había de ser? Para mí la gordura extremada es en cierto modo incompatible con la maldad: ¿qué veneno puede tener una matrona de nueve ó diez arrobas, siempre sudando manteca y haciendo temblar el piso bajo sus enormes columnas, que ya no deben llamarse piernas? Madame Heloisa, pues, no era mala, ni tenía veneno; pero sí era una chinche monumental, insufrible y capaz de agotarles la paciencia á todos los santos y mártires del calendario. Hay personas, y tal vez el lector haya conocido alguna, que son al mismo tiempo bondadosas é inaguantables; y aunque sea meter un cuento dentro del otro, hago alto aquí para remachar bien el clavo y dejar las cosas en su punto.

***

Entre un juez y un demandante hubo el siguiente diálogo:

—Me extraña mucho, muchísimo, Sr. D. Antonio que á los ocho meses de casado, pretenda V. divorciarse de su esposa. Yo la conozco desde que era niña, y le aseguro que nadie, absolutamente nadie, ha tenido que censurar nada en su conducta. ¿A qué viene, pues, semejante petición de divorcio? ¿Acaso le ha sido infiel?

—No, señor juez, de ninguna manera.

—¿No tiene salud? ¿No tiene hermosura?

—Sí, señor juez: verdaderamente es robusta y hermosa. Nunca lo he negado, ni lo niego.

—¿Es cierto que trajo al matrimonio un buen dote?

—Sí, señor juez: más de cuarenta mil duros.

—¿Le apesta acaso el aliento de un modo intolerable?

—¿Qué le ha de apestar? No le apesta nada.

—¿Es derrochadora, sucia?

—No, señor juez; que es económica y limpia como el oro.

—Pues entonces, hombre de los diablos, ¿en qué motivos funda V. su demanda? ¿Está V. loco?

—Señor juez, yo no estoy loco, sino muy cuerdo. Y para explicar el caso y que nos entendamos bien, hágame la merced de irme respondiendo á lo que le pregunte. (Y descalzándose y con ambas botas en las manos, dijo:)

—¿Son nuevas estas botas?

—Sí, señor.

—¿Son bonitas?

—Sí, señor.

—¿Son de moda?

—Sí, señor.

—¿Son del charol más fino y reluciente?

—Sí, señor.

—Pues con todas estas perfecciones, yo no las puedo sufrir, porque me hacen un daño atroz; y en llegando á mi casa, las tiro por el balcón á la calle.

*
* *

Y volviendo á las chinchorrerías de la buena señora francesa, puedo asegurar que eran tales, que se necesitaba lo menos la paciencia de tres ó cuatro santos para sufrirlas. Había estado casada con un malagueño, insigne truhán que, tras de gastar en jaranas y tripudios el dote no pequeño de su esposa, la trató siempre á la baqueta, como mula de alquiler, poseyendo el arte magna de que sus charranadas y picardías, lejos de entibiar el afecto de su robusta consorte, la inspiraron tan violenta y fervorosa pasión, que mucho después de fallecido y sepultado y hasta putrefacto aquel marido canalla, su esposa le quería, le elogiaba y le nombraba á cada instante con indeleble recuerdo. Tenía su retrato al óleo, de tamaño natural, obra no ciertamente de Velázquez, sino de algún discípulo ó sectario de Orbaneja, de estos que pintando al bendito San Antón con su cerdo al lado, necesitan, para evitar un error lamentable, poner al pie del lienzo un rótulo explicativo, declarando quién es el santo y cuál el cerdo. Cuyo retrato, si hemos de creer al autor, representaba un tiote gordo, moreno y ordinario, con unos dientes como fichas de dominó, y aspecto y semblante de licenciado por las universidades de... Ceuta, Melilla ó Cartagena. Adornaba la tal imagen una gran corona de floripones contrahechos, pendiente de un clavo, tan tosca y enorme que semejaba el frontil de un buey.

Y antes de ir más lejos con la presente historia, voy á parar el golpe y contestar una objeción, que ya se me figura estar oyendo: pues dirá ó pensará alguno. Si esa señora francesa recordaba tan vivamente á su difunto esposo y le tenía grabado en el corazón, ¿cómo compaginar semejante cariño con el hecho innegable de la sustitución, y de la sustitución ilegítima, sosteniendo relaciones con otro hombre y habitando con él bajo el mismo techo? La respuesta contiene tres partes: 1.ª, que la pregunta revela en el preguntador una candidez envidiable; 2.ª, que Mad. Heloisa era mujer, á pesar de que con sus nueve ó diez arrobas parecía un carro de carne andando, y 3.ª, el proverbio latino, *sic voluere fata.*

Aquel recuerdo permanente y vivo del primer hombre formaba la desesperación del segundo, y no porque estuviese profundamente enamorado de la francesa y sintiera el aguijón de los celos retrospectivos, sino por la jaqueca de estar oyendo día y noche la misma canción, pues por cualquier motivo y sin venir á cuento salía á relucir el difunto; de manera que mi amigo Salamanca tenía ya un difunto y hasta un cementerio completo pintado en la boca del estómago. Se afeitaba las rubias barbillas ante un espejuelo, mientras la francesa, que parecía no verle, exclamaba de pronto:

—¡Vaya unos cuatro pelos que gastas, hijo mío! ¡Ah! ¡Pero Dios de mi alma, qué patillas tenía aquel hombre!

—¿Qué hombre?

—¿Quién había de ser? Mi difunto. ¡Y si vieras con qué garbo por cualquiera cosa tiraba de la navaja y le sacaba las tripas al prójimo! ¡Cuánto siento que no le hayas conocido!

—Pues, mira, yo me alegro mucho, porque mis tripas están muy bien en su sitio, y no me gusta que me las saquen aunque sea con todo el garbo del mundo.

Si durante la comida tomaba Salamanca el vino á pequeños sorbos, decía la francesa:

—Con esos repulgos de señorita, debías beber en un dedal y no en una copa. ¡Te querrás parecer á mi difunto, que de un beso apuraba un jarro de azumbre y media, y bebía más vino que una mula agua!

—Mujer, yo no quiero parecerme á nadie, ni aspiro á competir con nadie, y menos en el beber, pues con sólo un vaso regular tomaría una borrachera. ¿Crees tú que todos hemos de ser esponjas de taberna? Cada cuál tiene su estómago, y el mío no sirve para tonel.

Cuando el insigne Salamanca, que era muy pulcro, se limpiaba con mucho esmero la dentadura, salía no pocas veces la francesa con esta pampringada:

—¡Vaya una lástima de cepillo y polvos empleados en esos dientes tan chicuelos como los de un ratoncito! ¡Ay! Para

dientes hermosos los de mi difunto, que parecían los de un caballo. De fijo que bien trabajados se podía con ellos fabricar todas las piezas de un juego de ajedrez. ¡Pero, Dios mío, por qué se habrá muerto ese hombre!

Finalmente, cuando aquella desigual pareja se desnudaba para acostarse, platicando de los asuntos del día ó guardando mudo silencio, una estruendosa carcajada de la viuda retumbaba en la habitación, y con tanta gana y de tan buena fe solía reirse entonces, que por su colorado rostro bajaban lagrimones tamaños como uvas. Esta súbita hilaridad la provocaban las secas y largas piernas de mi amigo, que parecía montado al aire como los diamantes.

—Pero, dime, ¿cómo puedes andar sobre esos estoques? ¿estás estudiando para galgo? Pues entonces, hijo mío, ya tienes casi concluida la carrera. ¡Ay! ¡Si hubieras tú conocido á mi difunto! ¡Aquellas sí que eran unas señoras pantorrillas! Y con una pelambrera de cerdas negras donde se podían criar conejos. ¡Jesús, Dios mío! ¿Por qué se habrá muerto aquel hombre?

—Porque era necesario que se muriese para darme tú la jaqueca todos los días del año. ¡Malditas, amén, sean sus pantorrillas! Cualquier oso ú elefante las tiene mayores y más peludas. ¡Vaya una gracia! ¡Y vaya un original criterio el de apreciar el mérito de un hombre por las pantorrillas! Entre boleros... puede pasar... pero...

—¿Pero tú crees que yo soy una mujer como las demás, que al momento olvidan las cosas? Pues no lo pienses. Muérete mañana, y verás cómo alabo esos alambres sobre que andas montado, y esas barbillas de filipichín y todo lo que tienes, hombre.

—Pues mira, si para que me alabes tengo antes que morirme, prefiero no disfrutar de tus elogios. Guárdalos para el difunto, aunque mucho mejor sería que ni siquiera le nombrases.

Así pasaban y corrían las semanas y los meses, con su ma-

nía la francesa de evocar antiguos recuerdos de su esposo, y mi amigo haciendo oídos de mercader por no meterse en discusiones ni acabar de perder la paciencia. Pero llegó un día fatal en que el insigne Salamanca tuvo que ir al teatro. Y le llamo fatal, no por esta circunstancia, sino por la necesidad de asistir á la función, que era de gala y en uno de los principales teatros de la villa y corte, sin tener el indispensable traje negro de frac, propio de tales ocasiones. De semejante apuro, como de otros, procuró sacarle su robusta amiga Mad. Heloisa, diciéndole:

—Hombre no tengas cuidado por eso. Precisamente has de ir más elegante que un duque. ¡Y que apenas si es fino el paño! Ya verás. Te estará un poquillo ancho, porque mi difunto era de mediana estatura y gordo, mientras tú eres delgado y larguirucho; pero no le hace. En poniéndote debajo alguna ropa, se vence la dificultad, pues al mismo tiempo te rellena y abriga. Ahora mismo voy á sacar el traje. Se lo compró mi difunto cuando lo hicieron del ayuntamiento de Málaga. Y ¡qué hermoso estaba! ¡Si parecía propiamente el emperador Carlomagno! ¡Lástima de que el pobrecito no pudiera disfrutarlo hasta romperlo con otros veinticinco más, por causa del cólera morbo, que se lo llevó á la sepultura!

Y agitando un manojo de llaves, dirigióse resuelta á cierto monumental arcón donde guardaba mil cosas, y aún pudiera guardar mil otras más, pues ocupaba media sala.

Con lo del cólera morbo se quedó mi amigo algo perplejo y no poco escamado. ¡Él, tan aprensivo y receloso, ponerse las ropas de un colérico! Cierto que no habría pasado su última enfermedad vestido de etiqueta; pero esto no quita que hubiese muerto del cólera. ¡Y los microbios! ¡Y la imaginación! ¡Qué demonio de imaginación, cuando de un átomo saca y engendra una muchedumbre sin fin de fantasmas espantables! Pero el compromiso era ineludible, y aquella noche no podía excusar su presencia en el lujoso coliseo. Hizo de tripas corazón, y resolvió enfundarse en el malhadado frac; más después de ha-

berlo aireado y saneado con el mayor esmero. Para lo cual, no bien la francesa desenvainó el mencionado traje, cuando mi héroe lo desplegó, sacudió y cepilló con tal brío, como si se hubiese propuesto no dejarle un solo pelo. Y aun de buena gana le hubiese afeitado con navaja barbera. Tomó después un frasco de espíritu de vino, frotó de firme con un paño empapado en este líquido las prendas sospechosas, y las puso en el balcón para secarlas al sol y quitarles todo vestigio de humedad y olor, dejándolas como nuevas.

Llegó la noche, y al probárselas no quedó muy satisfecho de su corte y elegancia. Porque si, en verdad, le estaban algo cortas, en compensación podía embozarse en ellas; de modo, que nadie pudiese atribuir semejante cortedad á economía y ahorro de tela, por sobrar en latitud mucho más de lo que en longitud faltaba. Pero no había calculado una cosa: y es, que ya en el teatro y sentado en cómoda butaca, el calor de las luces y de la numerosa concurrencia produjo su natural efecto, y el dichoso frac soltaba tal peste, que ni aun la podía resistir el mismo que lo llevaba. Y á medida que apretaba el calor y se enrarecía la atmósfera, los efluvios eran mayores y el vaho más intolerable. Al fin una señora, que se hallaba á la izquierda de mi héroe, exclamó ya medio asfixiada:

—¡Jesús, qué peste á taberna! ¡Si parece que se masca el olor del aguardiente!

Y se quedó mirando á Salamanca; pero éste dirigió la vista á otra parte, haciéndose el disimulado.

Aún no habían pasado cinco minutos, cuando insistió en su tema la señora:

—¡Vaya, si esto no se puede sufrir! ¡Señor, qué pestazo á taberna!

Entonces Salamanca, en voz bajita y tono confidencial, dijo á la señora:

—No lo extrañe V.: yo también lo huelo, y también me repugna. Debe ser este caballero de mi derecha, que duerme y estará algo *ajumado*.

—Oiga V., so insolente, ¡yo ajumado! ¡Pues no faltaba más! V. sí que trae una borrachera, que no puede con ella—respondió el aludido, que no dormía aunque tenía cerrados los ojos, sin duda para oir mejor la música. Luego añadió colérico:

—Y puede que esa borrachera se la quite yo á V.

—¿A mí qué me ha de quitar, so espantajo?

—¡Borrachón!

—¡Canalla!

—¡Silencio!—gritaron varias voces.

—¡A reñir, á la calle!—decían otros.

Y ambos se levantaron de sus asientos, y apenas llegados al pasillo, sonaron dos buenas bofetadas con que se obsequiaron mutuamente. Intervinieron los de orden público, y á buen componer fueron expulsados del local y puestos de patitas en la calle.

¿Será preciso añadir que al otro día, en sitio adecuado y ante padrinos ó testigos, ó como se llamen esos convidados á ver las peleas, riñeron ambos al sable, y el insigne Salamanca sufrió un trastazo que medio le descalabró y á poco le arranca una oreja? Pues así fué, y gracias á que la cosa no tuvo peores consecuencias; porque el Sr. Gutiérrez, con haberle atribuido gratuitamente el feo vicio de la embriaguez, llamándole después canalla y soltándole una sonora bofetada por añadidura, excusado es decir que se hallaba hecho un basilisco. Mas la contusión de su adversario y la poca sangre de aquella rasgada oreja tuvieron eficacia y virtud para calmar su cólera: intervinieron los padrinos, almorzaron todos juntos, y quedó la reyerta concluida de la mejor manera en el mejor de los mundos posibles.

Mas como es uso constante é inmemorial costumbre en nuestro planeta, los enemigos de ayer fueron los amigos de hoy, hasta el punto de recordar aquellas famosas amistades antiguas de Héctor y Patroclo, Pílades y Orestes, etc., etc. Paseaban juntos, arreglaban juntos en el café la administra-

ción y gobierno de España y aun de toda Europa é islas adyacentes, visitábanse á menudo, y de cada vez era más fuerte entre ellos la corriente de su mutua simpatía. Una cosa chocaba á Salamanca, sin molestarle: y era el desmedido entusiasmo de su amigo por las mujeres gordas y las intensas miradas de carnero moribundo que solía dirigir á la suculenta Mad. Heloisa, á quien, dicho sea en buen hora, no le parecía saco de paja el tal Gutiérrez. Siendo mahometano polígamo y hallándose en Oriente, con la mejor voluntad Salamanca hubiese regalado á su amigo la francesa, de quien no estaba enamorado poco ni mucho; pero en España, y menos en la villa y corte de Madrid, no se estila regalar mujeres, sino considerarlas como pájaros y dejarles la jaula abierta para que se vayan cuando gusten. Esto hacía Salamanca, y no pocas veces se quitaba de en medio suponiendo perentorias ocupaciones, para que la francesa y Gutiérrez sin testigos se viesen y hablasen y entendiesen, como en realidad se vieron, hablaron y entendieron á maravilla.

Y aconteció una tarde nublada de invierno que el insigne Salamanca se quedó medio dormido, bien abrigado en su acolchada bata y con los pies cerca de la lumbre, en ese estado beatífico que no es sueño ni vigilia, y en que el pensamiento divaga entre nieblas por fantásticos países, muy distintos de los que acostumbramos ver y mucho más hermosos y agradables. Pero al disiparse el encanto y volver á la realidad impura, sintió el ilustre Salamanca cierto rumor sospechoso en la inmediata habitación, adonde se dirigió silenciosamente, pues calzaba zapatillas, y halló á Gutiérrez y á la francesa besándose y arrullándose como gigantescos palomos; que entre ambos pesarían lo menos, lo menos diez y seis arrobas.

Cambió de color la dama, quedando sus arreboladas mejillas pálidas como la cera: y Gutiérrez, temiendo un escándalo en domicilio ajeno, pronunció balbuceando las palabras *reparación, padrinos,* etc., etc. Pero Salamanca, soltando una sonora carcajada, le dijo:

—Hombre ¿quieres pegarme otro sablazo? Pues esta vez te equivocas. Muy pronto me embarcaré para la Habana, donde me destinan. El campo es tuyo.

Y cogiéndole de una muñeca, le llevó ante el retrato del malagueño. Allí estaba impasible aquel tiote gordo, moreno y ordinario, con unos dientes como fichas de dominó y semblante de secuestrador en despoblado. Le señaló con el brazo tendido, y adoptando solemne entonación trágica, exclamó:

—Mírale bien. ¡Qué patillas y qué pantorrillas tenía ese hombre! ¡Ese es mi vengador! ¡Contra ese no valen sables, pistolas, ni desafíos! ¡Adios, oh infeliz Gutiérrez! ¡Te arrepentirás de haber nacido! ¡Yo te entrego á la memoria del difunto!

NARCISO CAMPILLO.

JORGE MANRIQUE

Si hay en la literatura del siglo XV un nombre y una composición que hayan resistido á todo cambio de gusto y vivan en la memoria de doctos é indoctos, son sin duda el nombre de Jorge Manrique y las *Coplas* que compuso á la muerte de su padre. Explicar y razonar esta universal celebridad ha de ser nuestro principal objeto en este artículo, pero no podemos menos de apuntar antes los principales hechos de la brevísima vida de su autor, valiéndonos para ello de las noticias que recogió con su acostumbrada puntualidad y diligencia D. Luis de Salazar y Castro en su *Historia de la Casa de Lara* (lib. X, cap. XV).

Jorge Manrique, señor de Belmontejo, cuarto hijo del conde de Paredes D. Rodrigo y de su primera mujer doña Mencía de Figueroa, nació, según la opinión más probable, en la villa de Paredes de Nava, cabeza del señorío de su padre, por los años de 1440. Abrió los ojos á la vida en medio de las discordias civiles, y ni un momento dejaron de acompañarle durante su breve peregrinación por este mundo. Partidario, como todos los de su casa, del infante D. Alonso, á quien llamaban rey, recibió de él, entre otras mercedes, las tercias de Villafruela y otros lugares de Campos, siete lanzas de la corona y con ellas 14.000 maravedises de acostamiento,

y por último la encomienda de Montizón en la Orden de Santiago. Como tal Comendador, «*favoresció maravillosamente* (según dice el traductor castellano de la Crónica de Alonso de Palencia) la parte de D. Alvaro de Estúñiga su primo, en los bandos que traía sobre el Priorato de San Juan con D. Juan de Valenzuela, á quien derrotó y puso en huída nuestro don Jorge cerca de Ajofrín, con muerte ó prisión de muchos de los suyos, recuperando para el de Estúñiga el priorato de que había querido desposeerle D. Enrique IV.

En 1474 concurría en Uclés á la elección de maestre de Santiago, que algunos caballeros de aquella milicia hicieron en favor del conde su padre; y obtenía á su vez uno de los *trecenazgos* de la orden. Con tal dignidad, y mostrándose siempre acérrimo partidario de la Reina Católica, defendió en 1475 contra el marqués de Villena el Campo de Calatrava, y en 1476 sostuvo con su padre el asedio de la fortaleza de Uclés contra las fuerzas reunidas del mismo D. Juan Pacheco y del arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, molestando á los contrarios con bravas escaramuzas, que acabaron por hacerles levantar el campo, quedando el castillo á merced del maestre.

Como capitán de una compañía de hombres de armas de Castilla, tuvo á su cargo en 1478, juntamente con Pedro Ruiz de Alarcón, señor de Valverde, la campaña contra el marqués de Villena, que desde sus fortalezas de Chinchilla, Belmonte, Alarcón y Garci-Muñoz, proseguía desafiando el poder real. Aquella mezquina lucha había de ser funesta para nuestro poeta. Los encuentros con la gente del marqués eran casi diarios; y en uno de ellos, según la narración de Pulgar, «el capitán D. Jorge Manrique se metió con tanta osadía entre los enemigos, que por no ser visto de los suyos para que fuera socorrido, le firieron de muchos golpes, y murió peleando cerca de las puertas del castillo de Garci-Muñoz, donde acaesció aquella pelea.» El P. Mariana confunde este encuentro con otro anterior, en que Jorge Manrique fué desbaratado por Pedro de Baeza en el Cañabate, tomándole la cabalgada que lle-

vaba de la Motilla. Pero el testimonio de Pulgar, que es contemporáneo, debe prevalecer sobre cualquier otro en lo que toca al sitio de la batalla y á la muerte de Jorge Manrique en la pelea misma, y no después de ella y á consecuencia de las heridas, como dan á entender Garibay y Zurita.

Fué llevado el cuerpo de D. Jorge á la iglesia vieja del convento de Uclés, donde todavía en tiempo de Garibay se veían su sepultura y las de un hermano y un hijo suyo, en fila, cubiertas de piedras negras. Dice Rades de Andrada que al revestirlo de paños mortuorios le hallaron en el seno unas coplas que comenzaba á hacer «contra el mundo». Estas coplas, no impresas, que yo sepa, hasta el *Cancionero general* de Sevilla de 1537, son dos nada más, y su pensamiento capital es el mismo que domina en su célebre elegía, cuya íntima, aunque resignada tristeza, parece un presagio de la negra fortuna que amenazaba la cabeza de su autor, y que iba á tronchar en tan breve tiempo tantas esperanzas:

¡Oh mundo! pues que nos matas,
Fuera la vida que distes
Toda vida;
Mas según acá nos tratas,
Lo mejor y menos triste
Es la partida
De tu vida tan cubierta
De tristezas, y dolores
Muy poblada;
De los bienes tan desierta,
De placeres y dulzores
Despojada.
Es tu comienzo lloroso;
Tu salida siempre amarga
Y nunca buena;
Lo de en medio trabajoso,
Y á quien das vida más larga
Le das pena.
Assí los bienes muriendo
Y con sudor se procuran,
Y los das;

Los males vienen corriendo;
Después de venidos, turan
Mucho más (1).

El triste fin de Jorge Manrique tuvo eco, no solamente en la historia, sino también en la poesía, aunque no en la popular como algunos han dicho. Un pedestre versificador del siglo XVI,

---

(1) De estas coplas hizo una continuación bastante apreciable Rodrigo Osorio. Véanse algunas estrofas:

Son las glorias y deleytes
Que en este siglo prestado
Más aplacen,
Unos fengidos afeytes
Que con viento muy delgado
Se deshazen.
.....
La gruessa sensualidad
De este cuerpo ponderoso
Que traemos
Empide la claridad
Del spíritu glorioso
Que tenemos,
Y hasta ser divididos
Çada qual d' estos extremos
Sobre sí,
No pueden ser conocidos
Los secretos que creemos
Que hay en ti.
Las ánimas despojadas
D' esta lodosa materia,
Veen claras
Estas cosas ocultadas,
Tu condición, tu miseria,
Tus dos caras:
La una con que nos guías
A los dulces apetitos
Temporales;
Con la otra nos envías
A tormentos infinitos
Infernales.
Si nuestros padres primeros
El mandamiento divino
No passaran,
Todos fueran herederos
De la gloria, y de contino
La gozaran.
Tormento, penas, angustias,
Hambre, frío ni calor
No sintieran:

Alonso de Fuentes, en su *Libro de los cuarenta cantos* (1550), le dedicó un romance que, como casi todos los suyos, no es más que pura prosa imperfectamente rimada. En él, además

---

Ni las plantas fueran mustias,
Y en su perpetuo verdor
Permanecieran.
.....
E vivimos desterrados,
Desseosos de volver
Donde salimos,
Pobres y desheredados
De la gloria y del plazer
Que perdimos.
Por aquélla sospiramos;
Las lágrimas y gemidos
Allí van;
Por aquélla siempre estamos
Descontentos y aborridos
Con afán.
E las tristezas que tienen
Los hombres muchas vegadas,
No sabidas,
De allí proceden y vienen,
Allí fueron engendradas
Y nacidas:
Ca siente nuestra memoria
Un natural sentimiento
Original
Porque perdimos la gloria,
Y heredamos detrimento
Terrenal.
Como el ánima divina
Aquestas cosas contempla
Y las mira,
Luego se humilla é inclina,
Se altera, turba y destiempla
Y sospira.
Conoce la perfección
Cómo fué hecha é criada
Y para qué,
Y mira la perdición
Que allá tiene aparejada
Si tal no fué.
Y como la carne sienta
Que fué hecho corruptible
Su metal,
Siempre vive descontenta
Conociendo ser pasible
Y mortal.
La mayor pena que Dios
Quiso dar á los culpados
Conocida,

de la muerte de D. Jorge, se cuenta la venganza que de ella tomaron los capitanes del Rey haciendo ahorcar seis prisioneros, y la abnegación de un hermano que quiso morir por otro. Lo que propiamente se refiere al poeta no son más que los primeros versos del romance, estrictamente ajustados á la narración de Pulgar:

En armas está Villena
Con todo su marquesado:
Por fronteros tiene puestos
Dos caballeros preciados:
Uno don Jorge Manrique,
Por sus obras muy nombrado;
Pedro Ruiz de Alarcón
El segundo era llamado;
Con muy fuerte guarnición
De gente de pie y caballo;
Por lo cual todos los días
Estos corrían el campo,
Y los contrarios salían
Que estaban bien aprestados;
Y por esto había continos
Rencuentros muy señalados.
Acaso sucedió un día,
En uno muy porfiado,
Cerca de Garci-Muñoz,
Castillo de los contrarios,
Que pretendiese don Jorge

Es que fuessen estos dos
Divididos y apartados
De la vida.
.....
Porque ambos en un ser
Fueron hechos ayuntados
E unidos,
Para siempre poseer
Los gozos beatificados,
Infinidos:
Y aunque el ánima quïeta
Tenga holganza ganada
Soberana,
No terná gloria perfeta
Hasta verse acompañada
De su hermana.

Mostrarse muy esforzado,
Y metióse entre la gente
Reciamente peleando,
Hasta llegar á la puerta
Del castillo que he nombrado;
Y por falta de socorro
Fué de la gente cercado,
Y al fin con grandes heridas
Fué de la vida privado,
Y por ser tal caballero
Fué por todos muy llorado...

Las poesías menores de Jorge Manrique son muy poco numerosas, y no han sido coleccionadas nunca (1). Apreciables

(1) Es cierto que Amador de los Ríos afirma que lo fueron á fines del siglo pasado, «en un pequeño volumen que se ha hecho ya raro entre los bibliófilos»; pero creemos que aquí hay una leve inexactitud, y que Amador quiere referirse á la edición que en 1779 hizo D. Antonio de Sancha de las *Coplas*, acompañadas de cuatro distintas glosas. En el prólogo se da razón de las demás poesías de Jorge Manrique insertas en el *Cancionero general*, pero no se copian sino tres de las más breves.

Para facilitar la tarea de quien intente reunirlas, apuntaré á continuación los títulos y el primer verso de las composiciones sueltas de J. Manrique que conozco:

1. En el *Cancionero general* de Hernando del Castillo (1511):
Con el gran mal que me sobra...
2. »Otras suyas, estando aussente de su amiga, á un mensajero que allá enviaba:
Ve, discreto mensajero...
3. »Esparsa suya:
Yo callé males sufriendo...
4. »Otra suya:
Hallo que ningún poder.
5. »Otra suya:
Callé por mucho temor.
6. »Otra suya:
Pensando, señora, en vos.
7. »Otras suyas, diciendo qué cosa es amor.
Es amor fuerza tan fuerte...
8. »Otras suyas de la profesión que hizo en la Orden del Amor:
Porque el tiempo es ya pasado...

todas por la elegancia y limpieza de la versificación, no tienen nada que sustancialmente las distinga de los infinitos versos eróticos que son el fondo principal de los Cancioneros, y que más que á la historia de la poesía interesan á la historia de

---

9. »Otras suyas en que pone el nombre de una dama, y comienza y acaba en las letras primeras de todas las coplas:

¡Guay d' aquel que nunca atiende...

10. »Otra obra suya, dicha *Escala d' Amor:*

Estando triste seguro...

11. »Otras suyas á su mote, que dize:

Ni miento ni m' arrepiento...

12. »*Memorial que hizo él mismo á su corazón, que parte al desconocimiento de su amiga donde él tiene todos sus sentidos:*

Allá verán mis sentidos.

13. »Otra obra suya, llamada *Castillo d' Amor:*

Hame tan bien defendido...

14. »Otras suyas:

Es una llaga mortal.

15. »Otras suyas, porque estando él durmiendo le besó su amiga:

Vos cometistes trayción...

16. »Otras suyas á una prima suya que le estorbaba unos amores:

Quanto el bien temprar concierta...

17. »Otra obra suya, en que pone el nombre de su esposa y asimismo nombrado los linajes de los cuatro costados della, que son: Castañeda, Ayala, Silva, Meneses:

Según el mal me siguió...

18. »Otras suyas:

Los fuegos qu' en mí encendieron...

19. »Esparsa suya:

¡Qué amador tan desdichado...

20. »Otras suyas á la Fortuna:

Fortuna, no m' amenazes...

21. »Otras suyas:

Mi temor ha sido tal...

22. »Otras suyas:

Mi vevir quiere que viva...

23. »Otras suyas:

Acordaos por Dios, señora.

24. »Otras suyas:

Ved qué congoxa la mía...

25. »Canción:

Quien no estuviere en presencia...

las costumbres y del trato cortesano. Sin la curiosidad que las presta el nombre de su autor, apenas habría quien reparase en ellas. Pero aunque no pasen de una discreta medianía, se dejan leer sin fastidio, y algo se deduce de ellas que para

---

26. »Canción:

No se por qué me fatigo...

27. »Otra canción:

Justa fué mi perdición...

28. »Otra de D. Jorge:

Quien tanto veros dessea...

29. »Otra de D. Jorge:

Es una muerte escondida...

30. »Otra suya:

Quanto más pienso serviros...

31. »Invenciones y letras de justadores. D. Jorge M. sacó por cimera una anoria con sus arcaduces llenos, y dixo:

Estos y mis enojos...

32. »Glosa á este mote «*Sin Dios y sin vos y mí*»:

Yo soy quien libre me vi...

33. »Mote de D. J. Manrique «*Siempre amar y amor seguir*». Glosa suya:

Quiero, pues quiere raẓón...

34. »Pregunta de D. J. Manrique:

Entre dos fuegos lanẓado...

»(A esta pregunta respondió *un galán*.)

35. »Otra pregunta de D. Jorge:

Entre bien y mal doblado...

»(Respondió Guevara).

36. »Pregunta de D. J. Manrique:

Después qu' el sesso s' esfuerẓa...

37. »Pregunta de D. Jorge á Guevara:

Porque me hiere un dolor...

»(Con la respuesta de Guevara, y á continuación una pregunta de éste á D. Jorge «porque sabía que estaba herido de un trueno».)

38. »Respuesta de D. Jorge á Guevara:

Los males que son menores...

39. »Canción de D. Jorge:

Con dolorido cuidado...

»(Con una glosa de Pinar.)

40. »Canción de D. Jorge glosada por Mosén Gazull:

No sé por qué me fatigo...

la biografía de su autor importa. Acreditan, por ejemplo, su ternura conyugal algunos de estos versos de amores que presentan en forma de acróstico en las primeras letras de cada copla el nombre y apellidos de su legítima mujer Doña Guiomar de Castañeda, Ayala, Silva y Meneses. Otras composiciones de sencillo artificio alegórico, como la *Profesión que hizo en la Orden de Amor*, la *Escala de Amor* y el *Castillo de Amor*, muestran en el galante trovador al caballero, al Trece de Santiago, al belicoso hijo del Maestre D. Rodrigo, continuamente ocupado en cercos de fortalezas y trances de armas, cuyas imágenes, presentes de continno á su espíritu, tenían que refiejarse, sin afectación alguna, hasta en sus co-

---

41. »Un convite que hizo D. Jorge Manrique á su madrastra:

Señora muy acabada...

»(Se reprodujo en el *Cancionero de Burlas.)*

42. »Coplas que hizo á una beuda (sic) que tenía empeñado un brial en la taberna:

Hánme dicho que se atreve...

»(Está también en el *Cancionero de Burlas.)*

44. En el *Cancionero* de Sevilla de 1535 se añadieron las *Coplas* á la muerte de su padre, y además las siguientes:

45. »Adición hecha por Rodrigo Osorio sobre dos coplas que hallaron al Sr. D. Jorge Manrique en el seno quando lo mataron:

¡Oh mundo!, pues que nos matas...

46. »Otras suyas (¿de Manrique ó de Osorio?) hechas en menosprecio del mundo y contra la desordenada codicia:

Corazón triste, reposa...

47. »Otras suyas (¿de Manrique ó de Osorio?) sobre la desorden del mundo:

En este siglo mundo...

En el *Cancionero* de Toledo de 1527 y en todos los posteriores:

48. »Canción de D. Jorge:

Cada vez que mi memoria...

49. »Otra suya:

No tardes, muerte, que muero...

50. »Otra suya:

Por vuestro gran merecer.

El registro de los *Cancioneros* manuscritos no arroja ninguna composición nueva que añadir á este catálogo.

plas de amores. Cuando leemos, por ejemplo, las gallardas estrofas del *Castillo de Amor:*

La fortaleza nombrada
Está en los altos alcores
De una cuesta
Sobre una peña tajada,
Maciza toda d' amores,
Muy bien puesta.
.....
El muro tiene d' amor,
Las almenas de lealtad;
La barrera
Cual nunca tuvo amador
Ni menos la voluntad
De tal manera.
.....
En la torre de homenaje
Está puesto toda ora
Un estandarte
Que muestra por vasallaje
El nombre de una señora
A cada parte...

no nos parece estar en presencia de un Castillo alegórico, si no ver flotar la bandera del comendador de Montizón sobre las torres de su encomienda.

En algunas de estas piezas fugitivas se nota también una sencillez de expresión muy agradable, que contrasta con la general sutileza y alambicamiento de la escuela á que el autor pertenecía. Así, por ejemplo, el final de los versos que compuso á su amiga porque le besó estando dormido, como la Reina de Francia á Alain Chartier:

¡Quien durmiendo tanto gana
Nunca debe despertar!

Algunas de estas *esparsas, canciones* y *motes* se popularizaron mucho y fueron glosadas por otros trovadores, tales

como Pinar y Mosén Gazull. Todavía en nuestros tiempos el duque de Rivas abrió su bello y simpático drama de la *Morisca de Alajuar* con una redondilla de Jorge Manrique ligeramente alterada:

No tenga fe ni esperanza
Quien no estuviere en presencia,
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.

No sin sorpresa se ven figurar en el corto bagaje literario de un poeta tan pulcro y delicado como Jorge Manrique, algunos versos de burlas, que son á la verdad los más inofensivos del *Cancionero* en que se hallan, pero que no se recomiendan mucho ni por el gracejo ni por la cortesía. Disuena, por ejemplo, ver al autor de las graves y filosóficas meditaciones sobre la muerte, disponiendo el convite burlesco para su madrastra (1) ó invectivando á una vieja borracha que tenía empeñado su brial en la taberna.

Es forzoso decirlo: las llamadas por justa excelencia *Coplas de Jorge Manrique* aparecen como un fenómeno aislado entre las obras poéticas que llevan su nombre, á no ser que se quiera acrecentar su número en otras dos composiciones («*contra la desordenada codicia*», y «*sobre la desorden del mundo*»), que en edición muy tardía del *Cancionero general* se estamparon, y que á juzgar por las rúbricas del mismo *Cancionero* que las trae inmediatamente después de la adición que Rodrigo Osorio hizo á las dos coplas «que hallaron á D. Jorge Manrique en el seno cuando le mataron», parece que más bien han de atribuirse á este otro poeta leonés, imitador nada infeliz del nuestro, así en los pensamientos como en el estilo, pero

(1) No sabemos cuál de ellas, porque el conde de Paredes fué casado tres veces, la segunda con Doña Beatriz de Mendoza, hija del señor de Cañete; la tercera con doña Elvira de Castañeda, hija del señor de Fuensaldaña.

siempre con la flojedad que á la imitación demasiado servil acompaña; v. gr.:

Qu' estos bienes de fortuna,
Este negro tuyo y mío,
Tras quien va nuestro albedrío,
Son assí como rocío
O como agua de laguna
En el tiempo del estío...

Dando, pues, de mano, ya á estas repeticiones, de dudosa autenticidad, ya á otros versos de poca monta que nada interesarían sin el nombre de su autor, fijemos exclusivamente la atención en aquella poesía que inmortalizó el nombre de Jorge Manrique juntamente con el de su padre, y que ha sido siempre, aun á los ojos de los críticos más severos con las producciones de la Edad Media «el trozo de poesía más regular y más puramente escrito de aquel tiempo» (1).

Generalmente se designa esta composición con el nombre de *elegía* (2), y ante todo habría que entenderse sobre este nombre. Y la cuestión no es tan fútil como á primera vista pudiera parecer á los que tienen injustificada aversión á las antiguas clasificaciones retóricas, puesto que con la solución que

(1) Palabras de Quintana (pág. xx de su introducción á las *Poesías selectas castellanas*, edición de 1829, tomo I.)

(2) Ya se la daba este título en el siglo XVI. Así, Alonso de Calleja, en el prólogo que puso á la *Glosa* de Fray Rodrigo de Valdepeñas: «Diré, »por ser breve, que más se sentirán las utilidades *de esta Elegía* en el »pecho de quien la lea, que se puedan con artificio declarar».

Y el mismo Cartujo glosador, en el epigrama latino que pone al frente de su trabajo, usa el nombre de *elegía*, que luego interpreta por *endecha:*

Quid valeant mundi fastus: quid sceptra, secures,
Forma, voluptates, stemmata, divitiae,
Vita, salus, vires, sit quanta potentia regni,
Parca severa, tui, *blanda Elegia* canit.
.....
En esta breve *endecha* está engastado
De vida un vivo espejo y de la muerte.

se la dé resultarán en gran parte determinados el carácter propio y sustantivo y la mayor excelencia y belleza de estas *coplas*, que arrancando del dolor individual se levantan á la consideración del dolor humano en toda su amplitud y trascendencia. Por lo cual juzgamos que Quintana, tan cuerdo y atinado por lo común en sus juicios literarios, no acertó del todo en la censura de esta pieza, que parece haber mirado con cierto desvío. Y por lo mismo que la autoridad crítica de este gran poeta, que era á la vez consumado humanista, debe ser respetada por todo el mundo, y lo es de un modo especial por nosotros, que al emprender una tarea semejante á la suya hemos tenido más frecuente ocasión de reconocer los aciertos de su buen gusto, conviene insistir sobre este parecer suyo, que es uno de los pocos que la posteridad no ha confirmado.

«Al ver el título de esta obra (dice Quintana), se esperan »los sentimientos y la intención de una elegía, tal como el fa»llecimiento de un padre debía inspirar á su hijo. Pero las co»plas de J. Manrique son una declamación, ó más bien un ser»món funeral sobre la nada de las cosas del mundo, sobre el »desprecio de la vida y sobre el poderío de la muerte.»

Coplas de Jorge Manrique por la muerte de su padre se titulan, en efecto, desde las más antiguas ediciones; y no puede negarse que cumplen con su título, puesto que de las cuarenta y tres coplas, que son el total de la composición, diez y siete se contraen al elogio fúnebre del Maestre; como puede verse, no en la mutilada edición de Quintana (1), ni en las muchas que servilmente le han copiado, pero sí en todas las antiguas y en la muy estimable de 1779. Quintana, no sé si por esforzar su razonamiento, ó por una deficiencia de gusto, impropia de tal varón, suprimió todas esas estrofas, que son precisamente las que contienen los sentimientos de dolor filial que el

(1) Apenas hay un centón de poesías para la enseñanza, ni tratado de Retórica y Poética, en que no salgan á relucir las famosas *Coplas*, pero mutiladas siempre. ¡Qué grande es el poder de la rutina entre nosotros!

crítico echa de menos, y que Jorge Manrique expresa allí, no con sensibilidad afeminada, impropia de su raza y de su tiempo, sino con entusiasmo viril y austero, que Quintana debía haber comprendido mejor que nadie, reconociendo en él algunos rasgos de su propia musa.

No dexó grandes tesoros,
Ni alcanzó grandes riquezas,
Ni baxillas;
Mas hizo guerra á los moros
Ganando sus fortalezas
Y sus villas.
.....
Y sus villas y sus tierras
Ocupadas de tiranos
Las halló;
Y por cercos y por guerras
Y por obras de sus manos
Las cobró.
Después que puso la vida
Tantas veces por su ley
Al tablero;
Después de tan bien servida
La corona de su Rey
Verdadero;
Después de tanta hazaña
De que no puede bastar
Cuenta cierta,
En la su villa de Ocaña
Vino la muerte á llamar
A su puerta.
....
El vivir que es perdurable
No se gana con estados
Mundanales;
Ni con vida delectable
Donde moran los pecados
Infernales.
Mas los buenos religiosos
Gánanlo con oraciones
Y con lloros:
Los caballeros famosos
Con trabajos y aflicciones
Contra moros...

Se dirá que esto es un himno, un canto de triunfo y no una elegía; y puede que tengan razón los que lo digan. La nota elegíaca pura rarísima vez suena en la poesía castellana, y aun puede decirse que en toda la literatura española, salvo la de Portugal. No entraré á discutir si esto es superioridad ó inferioridad de la raza: lo cierto es que somos poco sentimentales, y aun si se quiere duros y secos. Ni aquel género de sentimiento que parece que va envuelto en la misma sensación física y que en algún modo la depura y realza; ni aquella otra aspiración inefable que se pierde en vagos ensueños y cavilaciones para acabar las más veces por sensibilizar lo espiritual en vez de espiritualizar lo sensible, tienen cuna ni progenie en España. Ni la musa de Tibulo y Propercio, ni mucho menos la de Lamartine, son las nuestras. Aquí la llama de amor vivo la han tenido los místicos: el sublime amor de Dios ha triunfado en nuestro arte de todos los amores terrenos, y la expresión del dolor individual ha parecido pequeña cosa ante el misterio de la muerte. Si por sentimiento elegíaco se entiende tan sólo el que personalmente aflige al poeta, secundario es sin duda en las coplas de Jorge Manrique; pero la misma sobriedad con que el autor hirió esta cuerda, aquella especie de pudor filosófico y señoril con que reprime sus lágrimas y anega su propio dolor en el dolor humano (*«sunt lachrymae rerum»*), ¿no es quizá la mayor belleza de la composición? ¿no pertenece á un género superior de elegía? ¿no es lo que da eternidad á estas *coplas* y las convierte en un doctrinal de cristiana filosofía? ¿Qué es lo que más se admira en las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, cuyo recuerdo es imposible evitar aquí: el rendimiento póstumo del cortesano, más ó menos deslumbrado por las grandezas de sus señores, ó las lecciones del obispo enfrente de las tumbas entreabiertas?

Digno, dignísimo era de cualquier lamentación elegíaca, y principalmente de la de su hijo, en cuyo corazón debió de dejar tan gran soledad con su ausencia, aquel maestre D. Rodrigo Manrique, vencedor en veinticuatro batallas, y para

cuyo panegírico no es menester acudir á las cuarenta páginas en folio en que el historiador de la casa de Lara recopiló sus altos hechos, bastando para el caso con la breve y elegante semblanza que en sus *Claros varones* le dedica Hernando del Pulgar, y de la cual conviene trasladar algunos rasgos, como necesaria ilustración histórica de los versos de su hijo:

«D. Rodrigo Manrique, conde de Paredes é maestre de »Santiago, fijo segundo de Pedro Manrique, adelantado ma»yor del reino de León, fué hombre de mediana estatura, bien »proporcionado en la compostura de sus miembros; los cabe»llos tenía rojos, é la nariz un poco larga... En los actos que »facía en su menor edad paresció ser inclinado al oficio de la »caballería. Tomó hábito é orden de Santiago, é fué comenda»dor de Segura, que es cercana á la tierra de los moros; y »estando por frontero en aquella su encomienda, fizo muchas »entradas en la tierra de los moros... Este varón gozó de dos »singulares virtudes: de la prudencia, conosciendo los tiem»pos, los lugares, las personas é las otras cosas que en la »guerra conviene que sepa el buen capitán. Fué asimesmo do»tado de la virtud de la fortaleza; no por aquellas vías en que »se muestran fuertes los que fingida é no verdaderamente lo »son; mas así por su buena composición natural, como por los »muchos actos que fizo en el exercicio de las armas, asentó »tan perfectamente en su ánimo el hábito de la fortaleza, que »se deleytaba cuando le ocurría lugar en que la debiese exer»citar. Esperaba con buen esfuerzo los peligros, é acometía »las fazañas con grande osadía, é ningún trabajo de guerra á »él ni á los suyos era nuevo. Preciábase mucho que sus cria»dos fuesen dispuestos para las armas. Su plática con ellos era »la manera del defender é del ofender al enemigo, é ni se decía »ni facía en su casa acto ninguno de nobleza, enemiga del »oficio de las armas. Quería que todos los de su compañía fue»sen escogidos para aquel exercicio, é no convenía á ninguno »dexar en su casa si en él fuese conoscido punto de cobardía: »é si alguno venía á ella que no fuese dispuesto para el uso de

»las armas, el grand exercicio que avía é veía en los otros, »le facía hábile é diestro en ellas. En las batallas, é muchos »encuentros que ovo con moros é con christianos, este caba»llero fué el que mostrando grand esfuerzo á los suyos, ferία »primero en los contrarios : é las gentes de su compaña, visto »el esfuerzo de este su capitán, todos lo seguían é cobraban »osadía de pelear. Tenía tan grand conoscimiento de las cosas »del campo, é proveíalas en tal manera, que donde fué el »principal capitán nunca puso su gente en lugar do se oviese »de retraer : porque volver las espaldas al enemigo era tan »ajeno de su ánimo, que elegía antes rescibir la muerte pe»leando que salvar la vida huyendo... En el reyno de Granada »el nombre de Rodrigo Manrique fué mucho tiempo á los mo»ros gran terror... Venció más con el esfuerzo de su ánimo »que con el número de su gente... Toda la mayor parte de su »vida trabajó en guerras y en fechos de armas. Fablaba muy »bien, é deleytábase en recontar los casos que le acaescían en »las guerras. Usaba de tanta liberalidad, que no bastaba su »renta á sus gastos ; ni le bastara si muy grandes rentas é »tesoros toviera, según la continuación que tovo en las gue»rras. Era varón de altos pensamientos, é inclinado á cometer »grandes é peligrosas fazañas, é no podía sufrir cosa que le »paresciese no sufridera, é desta condición se le siguieron »grandes peligros é molestias.»

Tal fué el héroe que con su muerte dió ocasión á la más bella poesía del Parnaso castellano de la Edad Media. Y decimos *ocasión* y no *argumento*, porque, como advierte discretamente uno de sus glosadores en el siglo XVI (1), «la vida y »muerte del Maestre está referida á otro fin más principal, que »es el menosprecio de las cosas desta vida, caducas y breves, »el amor de las celestiales, firmes y para siempre duraderas. »Aplica á este propósito, qué es el mundo y la vida humana,

(1) Vid. el prólogo de Alonso de Calleja al frente de la glosa del Cartujo Fray Rodrigo de Valdepeñas.

»qué son los deleytes y placeres : pinta las honras, hermosura, »fuerzas, riquezas, estados, nobleza y todos los demás bienes, »así de naturaleza como de fortuna, coligiendo estar subjetos »á la mudanza y fin de las cosas. Todo esto debuxado con evi- »dentes comparaciones y exemplos de Reyes y Grandes Seño- »res... En dibuxar el discurso de nuestra vida y todas las más »cosas con tanta brevedad y tan descubierta demostración, »parece cierto haber excedido muy mucho al retablo de la »vida humana, que hizo aquel excelente varón Cebes. ¿Qué »diré de las figuras y exornaciones, que como piedras precio- »sas resplandecen en todas las coplas? ¿Qué del género de »troba tan conforme á la materia y tan süave?»

Pero esta poesía tan unánimemente admirada, este amplio y majestuoso desarrollo de los grandes y eternamente eficaces lugares comunes sobre la muerte, ¿hasta qué punto puede ser considerada como original? La cuestión es más compleja de lo que á primera vista se imaginaría, y no es de las que pueden resolverse fácilmente y con una sola palabra. Es claro que la originalidad no puede referirse aqui al fondo de la composición, que por ser tan verdadero y tan universal y tan humano, no es de los que pertenecen á ningún autor particular. Que las grandezas mundanas son caducas y frágiles, que la muerte iguala á grandes y pequeños, que la vida corre tan á prisa como un sueño, son verdades inconcusas, que están al alcance de todo el mundo, y que sólo pueden valer en poesía por la manera de decirlas y por la intensidad de sentimiento con que se digan. Se trata aquí puramente de la forma artística, tomada en su acepción más lata, esto es, abarcando el plan de la composición, el encadenamiento de las sentencias, y las imágenes y los colores con que el poeta ha acertado á revestir estos conceptos elementales de filosofía moral. Lo que importa es precisar hasta qué punto fué original Jorge Manrique en cada uno de estos particulares.

Ante todo, comencemos por descartar una brillante paradoja que con su grande ingenio y autoridad quiso acreditar

D. Juan Valera al traducir bellísimamente la obra de Schack sobre la poesía de los árabes andaluces. Tratando, pues, de la elegía que Abul-Beka, poeta rondeño, compuso en tiempo de San Fernando y de D. Jaime *el Conquistador* para deplorar la pérdida de Córdoba y Sevilla, Valencia y Murcia, el Sr. Valera advierte tal semejanza entre muchos rasgos y pensamientos de esta composición y las coplas de Jorge Manrique, que en su sentir no puede ser esto mera coincidencia. Traduce, pues, la elegía de Abul-Beka en el propio metro manriqueño, para hacer resaltar más la semejanza, y resueltamente afirma que «Jorge Manrique hubo de conocer los versos del poeta arábigo».

La coincidencia es realmente pasmosa, sobre todo si se lee la elegía de Abul-Beka en los hermosos versos en que la interpreta el Sr. Valera; porque en otras traducciones en prosa más literal (1), la semejanza parece más remota. Hay que descontar, por supuesto, lo mucho que contribuyen á la ilusión el empleo de un mismo metro, y la opinión previa del traductor, que, sin querer, se ha visto impulsado á acentuar aquellos pasos en que las dos elegías se parecen más.

Cuanto sube hasta la cima
Desciende pronto abatido
Al profundo.
¡Ay de aquel que en algo estima
El bien caduco y mentido
De este mundo!
En todo terrreno ser
Sólo permanece y dura
El mudar.
Lo que hoy es dicha ó placer
Será mañana amargura
Y pesar.

(1) En prosa francesa por M. Grangeret de la Grange en 1828, y en prosa castellana por D. León Carbonero y Sol, catedrático que fué de Arabe en la Universidad de Sevilla, y aun en los mismos versos alemanes de Schack.

Es la vida transitoria
Un caminar sin reposo
Al olvido;
Plazo breve á toda gloria
Tiene el tiempo presuroso
Concedido.
¿Con sus cortes tan lucidas
Del Yemen los claros reyes
Dónde están?
¿En dónde los Sasanidas,
Que dieron tan sabias leyes
Al Irán?
¿Los tesoros hacinados
Por Karún el orgulloso
Dónde han ido?
¿De Ad y Temud afamados
El imperio poderoso
Dó se ha hundido?
.....
Y los imperios pasaron
Cual una imagen ligera
En el sueño;
De Cosroes se allanaron
Los alcázares, do ora
De Asia dueño.
Desdeñado y sin corona
Cayó el soberbio Darío
Muerto en tierra.
¿A quien la muerte perdona?
¿Del tiempo el andar impío
Que no aterra?...

El resto de esta elegía, como inspirada por muy diverso motivo que las *Coplas*, difiere bastante; pero todavía se repite el movimiento interrogativo, que es tan característico de Jorge Manrique:

¿Qué es de Valencia y sus puertos,
¿Y Murcia y Játiva hermosas,
Y Jaén?

A pesar de lo deslumbradora que puede parecer esta confrontación, creemos firmemente que se trata de una semejanza

casual. El hecho de la imitación de una poesía arábiga artística por un poeta castellano de fin del siglo xv, es en sí mismo tan inverosímil, contradice de tal suerte todo lo que sabemos del desarrollo de nuestra lírica, que únicamente podría admitirse en el caso de suponer que sólo en la elegía de Abul-Beka pudo encontrar Jorge Manrique los pensamientos y formas de expresión en que uno y otro poeta coinciden. Pues bien; puede demostrarse matemáticamente que no hay en toda la composición de Jorge Manrique idea, sentencia, imagen ó giro que no procedan de las fuentes más naturales de su inspiración, de los libros que todo el mundo leía en el siglo xv, de la Escritura, de los Santos Padres, de los moralistas y poetas clásicos, y de los trovadores castellanos, entre los cuales el que más inmediatamente sirvió de modelo á Jorge Manrique fué su propio tío D. Gómez. No necesitó, por consiguiente, buscar fuera de su casa lo que dentro de ella tenía en tanta abundancia.

Y comenzando por las reminiscencias de la Biblia (sin pretender apurarlas), no hay duda que un versículo del *Eclesiastes* (vii, 11): «*Ne dicas: quid putas causae est quod et priora tempora meliora fuere quam nunc sunt?*» es el origen de aquellos sabidos versos:

...Cómo á nuestro parescer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

De Isaías (xliii, 18) procede este otro pensamiento:

No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Qué fué dello.

«*Ne memineritis priorum et antiqua ne intueamini.*»

La famosa interrogación, sobre la cual volveremos luego, está ya en Baruch (iii, 16-20) (1).

(1) «*Ubi sunt principes gentium, et qui dominantur superbestias quae sunt super terram, qui in avibus coeli ludunt, qui argentum thesaurizant*

Nuestro poeta, no sólo aparece versado en la lección de las Sagradas Escrituras, sino también en la de los Santos Padres, aún de algunos muy pocos cursados, á lo menos en nuestros tiempos. Cuando escribía, por ejemplo:

Si fuese en nuestro poder
Tornar la cara hermosa
Corporal,
Como podemos hacer
El ánima gloriosa,
Angelical,
¿Qué diligencia tan viva
Tuviéramos cada hora
Y tan presta?..

tenía á la vista, sin género de duda, este lugar de un cierto tratado *De vita contemplativa* atribuido á San Próspero de Aquitania: «*Quanta ope ad ea quae ad corporis speciem spe-*»*ctant et ad molestias deformitatemque tollendas totis nisibus* »*anhelaremus si ad votum cuncta succederent?... At vero si li-*»*bera esset potestas: quae in omnibus cura? quae solertia et in-*»*dustria? qui tam in rebus ornandis et componendis iniquus* »*esset labor?*»

Pero el libro de filosofía moral que Jorge Manrique parece haber leído con más ahinco, y el que dejó más huella en sus versos, es uno que ya hemos encontrado en el inventario de la biblioteca de su tío Gómez Manrique, y que no faltaba en ninguna de las de la Edad Media, existiendo, antes de fines del siglo xv, tres traducciones castellanas y una catalana por lo menos: el Boecio Severino, *De Consolatione Philosophiae*, el libro de las visiones alegóricas con que *el último romano* poblaba las soledades de su cárcel de Pavía, en tiempo del rey ostrogodo Teodorico. Esta obra, y especialmente los *metros* ó

et aurum in quo confidunt homines, et non est finis acquisitionis eorum? Qui argentum fabricant et solliciti sunt, nec est inventio operum illorum?

»*Exterminati sunt, et ad inferos descenderunt, et alii loco eorum sur-rexerunt.*»

poesías intercalados en ella, que son el último eco de la lírica horaciana, y el principal, aunque indirecto camino por donde su noticia se transmitió á los tiempos medios, parecen haber sido objeto de la constante y asidua meditación de nuestro poeta. Hay en las *Coplas* algunos pensamientos de los más comunes en las odas morales de Horacio, pero no creo que vengan de allí directamente, sino á través de la imitación de Boecio. Por ejemplo, el *allegados son iguales...* no procede del *Pallida mors*, ni del *Omnes una manet mors: et calcanda semel via letho*, sino del metro 7.º libro II de Boecio, donde también se encuentra la interrogación famosa.

Mors spernit altam gloriam:
Involvit humile pariter et celsum caput,
Equatque summis infima.
Ubi nunc fidelis ossa Fabricii manent?
Quid Brutus aut rigidus Cato? (1).

Y aun dejando aparte estos precedentes latinos, tiene Jorge Manrique dentro de la propia literatura castellana de los siglos XIV y XV una serie de precursores que se van eslabonando con tal rigor hasta en los detalles, que es imposible considerar la famosa elegía como un producto maravilloso y fortuito, ni mucho menos como derivación solitaria de un arte lírico que no tuvo con el nuestro ningún género de con-

(1) Pueden añadirse otras muchas reminiscencias de Boecio más ó menos importantes:

«*Haec nostra vis es: hunc continuum ludum ludimus, rotam volubili orbe versamus*». (Libro II, prosa II.)

Que bienes son de fortuna
Que se vuelven con su *rueda*
Presurosa.

«*Defunctumque leves non comitantur opes.*»
(Libro III, metro 3.º)

Pero digo que *acompañen*
Y lleguen *hasta el sepulcro*
Con su dueño.

tacto, sino como la última y más perfecta forma de una tradición literaria antiquísima, que venía repitiendo á través de los siglos uno de los tópicos predilectos de la oratoria sagrada. Cuando el canciller Ayala, al fin de su *Rimado de Palacio* recopila y glosa algunas sentencias de los *Morales* de San Gregorio Magno sobre Job, no olvida esta consideración de la vanidad de la existencia mundana y exclama con verdadera elocuencia:

¿Dó están las heredades et las grades posadas,
Las villas et castillos, las torres almenadas,
Las cabañas de ovejas, las vacas muchiguadas,
Los caballos soberbios de las sillas doradas?
¿Dó los nobles vestidos de paño honrado?
¿Dó las copas et vasos de metal muy presciado?...
.....

Este mismo lugar común es muy frecuente en los poetas del Cancionero de Baena. Un Fr. Migir, de la Orden de San Jerónimo, capellán del Obispo de Segovia D. Juan de Tordesillas, en el *dezir* que compuso á la muerte de Enrique III, pregunta, después de hacer larga enumeración de personajes históricos y fabulosos:

E de sus imperios, riquezas, poderes,
Reinados, conquistas é cavallerías,
Sus vicios é onrras é otros plazeres,
Sus fechos, fazañas é sus osadías,
¿A dó los saberes é sus maestrías?
¿A dó sus palacios, á dó su cimento?

Con inspiración mucho más valiente repite los mismos acentos lúgubres Fernán Sánchez Talavera, deplorando la muerte de Rui Díaz de Mendoza, hijo del mayordomo Juan Furtado:

Pues ¿dó los imperios, é dó los poderes,
Reynos, rrentas é los señoríos,
A dó los orgullos, las famas é bríos,
A dó las empresas, á dó los traheres?

¿A dó las sciencias, á dó los saberes,
A dó los maestros de la poetría?
¿A dó los rrymares de grant maestría,
A dó los cantares, á do los tañeres?
¿A dó los thesoros, vasallos, servientes,
A dó los fyrmalles, las piedras preciosas,
A dó el aljófar, possadas costosas,
A dó el algalia é aguas olientes,
A dó pannos de oro, cadenas lusientes,
A dó los collares, las jarreteras,
A dó pennas grises, á dó pennas veras,
A dó las sonajas que van retinientes?
¿A dó los convites, cenas é ayantares,
A dó las justas, á dó los torneos,
A dó nuevos trajes, extraños meneos,
A dó las artes de los danzadores,
A dó los comeres, á dó los manjares,
A dó la franquesa, á dó el espender,
A dó los rrysos, á dó el plaser,
A dó menestriles, á dó los juglares?

Ideas y giros análogos sobre la caducidad de las grandezas humanas se encuentran en la *Pregunta de Nobles* del marqués de Santillana á D. Enrique de Villena, y también en su bello diálogo estoico de *Bías contra fortuna:*

¿Essas edefficaciones,
Ricos templos, torres, muros,
Serán ó fueron seguros,
De las tus persecuciones?
... .
¿Qué es de Nínive, Fortuna?
¿Qué es de Thebas?... ¿Qué es de Athenas?
¿De sus murallas é almenas,
Que non paresce ninguna?...
¿Que es de Tyro é de Sidón
E Babilonia?
¿Qué fué de Lacedemonia?
Ca si fueron ya non son.
.....

Pero de todos los poetas del siglo XV, ninguno debía de ser tan familiar á Jorge Manrique como su propio tío; y á ningu-

no, en efecto, imitó más de cerca en pensamientos y estilo. Los *Consejos* á Diego Arias de Ávila, composición de pobre argumento, pero de tan brillante ejecución, que eleva y dignifica lo que en ella pudiera parecer nacido de vulgar despecho contra el contador que había rasgado la libranza enviada por el poeta, parece escrita con la misma pluma que había de servir á D. Jorge para trazar el inmortal epitafio del conde de Paredes. Tal es el aire de familia que tienen, hasta en las comparaciones y en el metro. Oigamos á D. Gómez:

Que vicios, bienes, honores
Que procuras,
Pásanse como *frescuras*
De las flores.
En esta mar alterada
Por do todos navegamos,
Los deportes que pasamos,
Si bien lo consideramos,
No duran más que rociada.
¡Oh, pues, tú, hombre mortal,
Mira, mira,
La rueda cuán presto gira
Mundanal!
Si desto quieres enxiemplos,
Mira la grand Babilonia,
Tebas y Lacedemonia,
El gran pueblo de Sidonia,
Cuyas murallas y templos,
Son en grandes valladares
Transformados,
E sus triunfos tornados
En solares.
Pues *sy pasas las ystorias*
De los varones romanos,
De los griegos y troyanos,
De los godos y persianos,
Dinos de grandes memorias,
No fallarás al presente
Syno flama transitoria
De aguardiente.
Si quieres que más acerca
Fable de nuestras regiones,

Mira las persecuciones
Que firieron á montones
En la su fermosa cerca;
En la qual aún fallarás
Grandes mellas:
¡Quiera Dios, cerrando aquellas,
No dar más!
Que tú mesmo viste muchos
En estos tiempos pasados,
De grandísimos estados
Fácilmente derrocados
Con pequeños aguaduchos;
Que el ventoso poderío
Temporal
Es un muy feble metal
De vedrío.
.....
De los que vas por las calles
En torno todo cercado,
Con cirimonias tratado,
No serás más aguardado
De cuanto tengas que dalles:
Que los que por intereses
Te siguían,
En pronto te dexarían
Si cayeses.
Bien ansí como dexaron
Al pujante Condestable...
.....
Que todas son emprestadas
Estas cosas,
E no duran *más que rosas*
Con heladas.
.....
Pues tú no pongas amor
Con las personas mortales,
Ni con bienes temporales,
Que más *presto que rosales*
Pierden la fresca verdor;
E non son sus crecimientos
Sino juego,
Menos turable que fuego
De sarmientos... (1)

(1) Análogos símiles usa el mismo Gómez Manrique en la continua-

Conocidos estos precedentes, cuya enumeración podría ampliarse á poca costa, no faltará quien pregunte en qué consiste la originalidad de Jorge Manrique, puesto que no hay en su elegía cosa alguna que no hubiera sido dicha antes de él.

---

ción que hizo de las *Coplas* de Juan de Mena sobre los pecados mortales:

Aunque las glorias mundanas,
Fablando verdad contigo,
Más presto pasan, amigo,
Que flores de las mañanas.
.....
Que el deporte que más dura
En esta vida mezquina
Se podrece tan ayna
Como manzana madura.

Y de la vida dice:

La qual pasa como sueño,
E como sombra fallesce...

El origen primero de todas estas comparaciones ha de buscarse en la Biblia, y especialmente en el libro de Job y en los libros sapienciales, en los profetas y en los salmos: *Transierunt omnia illa tamquam umbra. Fugit velut umbra et nunquam in eodem statu permanet. Omnis gloria ejus quasi flos agri. Quoniam tamquam foenum velociter arescent, et quemadmodum olera herbarum cito decident. Laedetur quasi vinea in primo flore botrus eius.*

Me he limitado con toda intención á citar aquellos textos que segura ó verosímilmente hubo de conocer Jorge Manrique. Por lo demás, en las poesías latinas de la Edad Media es muy frecuente un movimiento interrogativo análogo al de las *Coplas*.

Ubi nunc imago rerum?
Ubi sunt opes potentum?

decía ya Tiro Próspero, poeta del siglo v.

En un cántico sobre la muerte, publicado por Rambach en su *Christliche Anthologie* se hace la pregunta en esta forma:

Ubi Plato, ubi Porphyrius?
Ubi Tullius aut Virgilius?
Ubi Thales? Ubi Empedocles
Aut egregius Aristoteles?
Alexander ubi rex maximus?
Ubi Hector Trojae fortissimus?
Ubi David, rex doctissimus?

Este es cabalmente el misterio ó el prestigio de la forma: expresar el poeta como nadie, lo que ha pensado y sentido todo el mundo. Por todo el cauce de la Edad Media venía rodando un inagotable lugar común sobre la muerte. A todas horas

---

Ubi Salomon prudentissimus?
Ubi Helena Parisque roseus?
Ceciderunt in profundum ut lapides.
Quis scit, an detur eis requies?

El mismo pensamiento y la misma forma domina en dos poemas *De comptentu mundi:* el uno, en ritmo dactílico, ha sido atribuído á San Bernardo, pero más bien parece ser de Bernardo de Morley; el otro ha sido publicado por Wright entre los versos latinos que comúnmente llevan el nombre de Gualtero Mapes:

a) Est ubi gloria nunc, Babilonia? Sunt ubi dirus
Nabuchodonozor et Darii vigor illeque Cyrus?
Nunc ubi cura, pompaque Julia? Caesar, obisti,
Te truculentior, orbe potentior ipse fuisti.
Nunc ubi Marius atque Fabricius inscius auri?
Mors ubi nobilis et memorabilis actio Pori?
Diva philippica, vox ubi coelica nunc Ciceronis?
Pax ubi civibus atque rebellibus ira Catonis?
Nunc ubi Regulus, aut ubi Romulus, aut ubi Remus?
Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus.

b) Dic ubi Salomon olim tan nobilis;
Vel Samson ubi est dux invincibilis,
Vel pulcher Absalón vultu mirabilis;
Vel dulcis Jonathas multum amabilis?
Quo Caesar abit, celsus imperio?
.....
Dic ubi Tullius, clarus eloquio
Vel Aristoteles summus ingenio.

Vid. para estas comparaciones Du Méril, *Poésies populaires latines du Moyen Age* (París, 1847), pág. 126, y F. Clément, *Carmina è Poetis Christianis excerpta* (París, 1854), pág. 67.

Ticknor (edición de 1863) recuerda al mismo propósito unos versos ingleses sobre Eduardo IV, atribuidos á Skelton, y que se hallan en el *Espejo para magistrados.* Se supone que habla el rey mismo desde su túmulo:

Where is now my conquest and victory?
Where is my riches and royal array?
Where be my coursers and my horses hye?
Where is my myrth, my solace, and my play?

Pero en las literaturas extranjeras la forma más bella y más célebre de esta interrogación es la balada de Villon *Des dames du temps jadis,*

resonaba en los púlpitos; era repetido en prosa y en verso, en latín y en lengua vulgar; recibía forma casi dramática en las *danzas de la muerte* y forma gráfica en los frescos del cementerio de Pisa; asediaba la imaginación de todos y era el tema perpetuo de todas las meditaciones. Se comparaba sin cesar la vida humana con el sueño, con la sombra, con la flor que se marchita apenas nacida, con el leve rastro que deja la nave en el mar, con la fugitiva corriente de los ríos que van á morir en el Océano. Se hacía desfilar interminables procesiones de reyes, príncipes y emperadores, de héroes y sabios, de per-

---

cuyo encanto mayor consiste en el estribillo verdaderamente poético é inspirado:

Mais où sont les neiges d'antan?

Si creyéramos en la autenticidad de los versos aztecas del rey de Tezcuco, Netzahualcoyotl, que, según dicen, floreció en el siglo xv de nuestra era, tendríamos repetido este tema hasta en la poesía indígena de América; pero los tales versos tienen toda la traza de haber sido inventados en el siglo xvi ó en el xvii por algún ingenioso misionero ó algún neófito de noble estirpe indiana, conocedor de la poesía española. Dicen así los que más importan á nuestro objeto, en la traducción ó imitación de D. Joaquín Pesado:

¿Dónde están los clarísimos varones
Que extendieron su inmenso señorío
Por la vasta extensión de este hemisferio
Con leyes justas y sagrado imperio?
¿Dónde yace el guerrero poderoso
Que los Tultecas gobernó el primero?
¿Dónde *Necax*, adorador piadoso
De las deidades, con amor sincero?
¿Dónde la reina *Xiul*, bella y amada?
¿Dó el postrer rey de Tula desdichada?
Nada bajo los cielos hay estable.
¿En qué sitio los restos se reservan
De *Xolotl*, tronco nuestro venerable?
¿Dó los de tantos reyes se conservan?
De mi padre la frígida ceniza,
¿Qué lugar la distingue y eterniza?

Y por este camino sigue moralizando el supuestro poeta azteca sobre la muerte y la inconstancia de la dicha humana, en un tono muy semejante al de las coplas manriqueñas, las cuales probablemente conocía el que inventó los versos.

sonajes de la Sagrada Escritura y de personajes de la fábula, de damas y caballeros, de reinas y de bellezas famosas, y se preguntaba sin cesar: ¿Dónde está Salomón? ¿Dónde está Jonatás? ¿Dónde está César? ¿Dónde está Aristóteles? ¿Dónde está Héctor? ¿Dónde está Elena? ¿Dónde está el rey Artús?

Llegó, por fin, un día en que toda esta materia de meditación moral, que en rigor ya no pertenecia á nadie, y que á fuerza de rodar por todas las manos había llegado á vulgarizarse con mengua de su grandeza, se condensó en los versos de un gran poeta, que la sacó de la abstracción, que la renovó con los acentos de su ternura filial, y con un no sé qué de grave y melancólico, y de gracioso, y fresco á la vez, que era la esencia de su genio. Los pensamientos eran de suyo altos y generosos, y puede decirse que en breve espacio abarcaban un concepto general de la vida y del destino humano: lo cual da á la composición una trascendencia que de ningún modo alcanza la *Pregunta de Nobles,* del marqués de Santillana, por ejemplo. Cuando el marqués pregunta fríamente, después de tantos otros, «que fué del fijo de Aurora, y de Aquiles, Ulises, Ayax de Telamón, Pirro, Diomedes, Agamenón», no hace más que repetir por centésima vez un lugar común, al cual quitan todo valor los nombres mismos de los personajes remotos y fabulosos por los cuales se interroga, y que sólo en ficción erudita podían interesar al autor. Cuando Jorge Manrique, dejándose de griegos y troyanos, evoca los recuerdos de su juventud, ó más bien lo que oyó contar á su padre sobre los esplendores y magnificencias de la corte de D. Juan II y de los infantes de Aragón, y sus alegres fiestas y las justas y torneos, y aquel danzar y aquellas ropas chapadas que traían, habla de algo vivo, de algo que todavía conmueve las fibras de su alma.

La ejecución es, no sólo brillante y franca y natural, sino casi perfecta: apenas pueden tacharse, en la última parte que contiene el elogio del Maestre, dos estrofas pedantescas y llenas de nombres propios:

En ventura Octaviano,
Julio César en vencer
Y batallar, etc.

Pero lo más admirable, como ya queda indicado, es la compenetración del dolor universal con el propio dolor, la serena melancolía del conjunto, y el bellísimo contraste entre la algazara y bullicio de aquellas estrofas que recuerdan pompas mundanas, y de aquellas otras en que parece que van espesándose sobre la sumisa frente del viejo guerrero las sombras de la muerte, rotas de súbito por los primeros rayos de una nueva é indeficiente aurora. El metro que Quintana, con extraña falta de gusto, llama «tan cansado, tan poco armonioso, tan ocasionado á aguzar los pensamientos en concepto ó en epigrama» es, por el contrario, no sólo armonioso, flexible y suelto, sino admirablemente acomodado al género de sentimiento que dictó esta lamentación. Ticknor, que sólo por rara excepción muestra en todo el discurso de su obra verdadero sentido del arte ni de la belleza poética, ha expresado, sin embargo, el peculiar efecto de estas *Coplas* con una comparación muy original y muy feliz: «Son versos (dice) que llegan hasta nuestro corazón, que le afectan y le conmueven, á la manera que hiere nuestros oídos el compasado son de una gran campana tañida por mano gentil y con golpes mesurados, produciendo cada vez sonidos más tristes y lúgubres, hasta que por fin sus últimos ecos llegan á nosotros como si fueran el apagado lamento de algún perdido objeto de nuestro amor y cariño.»

Digamos, pues, con Longfellow (el más excelente de los traductores de esta elegía que conocemos en lengua alguna) que este poema es un modelo en su línea, así por lo solemne y bello de la concepción, como por el noble reposo, dignidad y majestad del estilo, que guarda perfecta armonía con el fondo (1); y apliquémosle sin temor las palabras que quizá con

(1) *The poem is a model in its kind. Its conception is solemn and*

menos fundamento escribió Sainte-Beuve (1), á propósito de la balada *de las damas* de Villón, la cual no deja de tener cierto remoto parentesco con algo de esta elegía: «Feliz el que acertó á encontrar un acento como éste para expresar una situación inmortal y siempre renovada en la naturaleza humana. Un poeta así tiene probabilidad de vivir tanto como la humanidad misma: vivirá tanto, por lo menos, como la nación y la lengua en que ha proferido este grito de genio y de sentimiento. Sus versos serán recordados como los más naturales y los más verdaderos, siempre que se trate de la rapidez con que pasan las generaciones de los hombres, semejantes, como dice Homero, á las hojas de los árboles; siempre que se medite sobre la brevedad de la vida y sobre el corto término concedido á los más nobles y más triunfantes destinos:

> Stat sua cuique dies, breve et irreparabile tempus
> Omnibus est vitae...»

Mucho, y con razón, se ha ponderado en las *Coplas* de Jorge Manrique la perfección de la lengua que ya en él parece fijada, y la diáfana pureza del estilo, en que al cabo de cuatro siglos apenas se encuentra expresión que haya envejecido. Pero no conviene exagerar las cosas, como hasta ahora se ha hecho por olvido ó por ignorancia de la cronología, y atribuir exclusivamente al poeta lo que en gran parte es propio de su tiempo. Reina, no sé por qué (quizá por virtud de una estrofa que constantemente se repite, sacada de su lugar y mal entendida), la vulgar preocupación de considerar á Jorge Manrique como un *trovador* de la corte de D. Juan II, y suponerle contemporáneo y hasta amigo de Juan de Mena y del Marqués de Santillana, de donde resulta un anacronismo tan extravagante como si pusiéramos en la misma época literaria, y en íntimas relaciones de amistad, á D. Leandro

beautiful, and, in accordance with it, the style moves on-calm, dignified, and majestic.

(1) *Causeries du Lundi*, XIV.

Fernández de Moratín y á D. Manuel Tamayo. Jorge Manrique, que murió muy joven, pertenece como poeta á las postrimerías del siglo XV, á los últimos años de Enrique IV, ó, más bien, á los primeros de los Reyes Católicos, y escribe en la admirable lengua de su tiempo, como la escribían en prosa el autor de *La Celestina,* y Hernando del Pulgar, y Garci Ordóñez de Montalvo, el que dió al *Amadís* su definitiva forma; como la escribían en verso, para no hablar de otros menos señalados, Rodrigo de Cota en el *Diálogo del amor y el viejo,* Juan del Encina en sus églogas y en sus villancicos, Gómez Manrique en sus composiciones doctrinales y políticas, Garci Sánchez de Badajoz, Guevara y otros en sus versos amatorios. Si las *Coplas* de Jorge Manrique valen lo que valen y se levantan tanto sobre el nivel ordinario de la lírica de su tiempo, es por otras virtudes poéticas más íntimas y recónditas, que ya hemos procurado manifestar; y no por el estilo, que en su amable y culta naturalidad, es sencillamente el buen estilo de su tiempo, con aquella nota personal que pone en sus creaciones todo poeta digno de este nombre.

Ni tal elogio hace falta para la gloria de estas coplas, no olvidadas nunca de nuestro pueblo, y honradas en todos tiempos con el sufragio de los más claros ingenios españoles. Lope de Vega dijo de ellas que merecían estar escritas con letras de oro. El grave historiador Juan de Mariana las califica de «trovas muy elegantes, en que hay virtudes poéticas, y ricos esmaltes de ingenio, y sentencias graves, á manera de endecha». Fueron puestas en música, con gran sentimiento y eficacia de expresión, como puede verse en algunos libros técnicos del siglo XVI, por ejemplo, en el titulado *Libro de cifra nueva para tecla, harpa y vihuela,* compuesto por Luis Venegas de Henestrosa (Alcalá, 1577). Fueron traducida en dísticos latinos, honra que pocas composiciones vulgares alcanzaban en los días del Renacimiento (1).

(1) Da noticia de esta versión, calificándola de «franca, valiente y

Formar catálogo de sus innumerables ediciones, ya sueltas, ya añadidas á las *glosas*, sería tarea larga é impropia de este lugar, estando por otra parte descritas las más notables en los libros generales de bibliografía española, especialmente en el *Catálogo de Salvá*. Parece ser la más antigua la que forma parte del *Cancionero* llamado *de Fr. Iñigo de Mendoza*, por empezar con el *Vita Christi* de este fraile y ser suyas la mayor parte de las poesías que contiene: rarísimo volumen sin año ni lugar, pero que parece impreso en Zamora, por Centenera, hacia el año de 1480. Muy análogos en su contenido son el *Cancionero* de Zaragoza, impreso por Paulo Hurus, alemán de Constanza, á 27 días de Noviembre de 1492, con título de *Coplas de Vita Christi,* y el *Cancionero* de Ramón de Llavia, sin año ni lugar, pero indisputablemente de siglo XV, y al parecer de tipógrafo zaragozano. Uno y otro incluyen las famosas *Coplas,* y estos tres primitivos textos son los más puros y autorizados de ellas. Nicolás Antonio habla de una edición suelta de 1494: no la conocemos. El *Cancionero general* de 1511 no las incluyó, sin duda por muy sabidas, pero fueron añadidas en los posteriores, á lo menos desde el de 1535.

En los *Cancioneros,* las *Coplas* aparecen limpias de toda agregación extraña, pero como su pequeño volumen convidaba á adicionarlas cuando se las imprimía sueltas, y la ma-

---

nerviosa», D. Bartolomé J. Gallardo. Existe manuscrita en la Biblioteca del Escorial, con este título: *Hispana Georgii Manrici Carmina... in Latinum Carmen nuperrime conversa.* El códice, escrito con singular primor de letra en 43 hojas, en 8.°, que contienen el texto castellano y el latino, parece haber sido el mismo que el traductor (cuyo nombre se ignora por haber sido arrancada la hoja en vitela que debió de servir de portada) presentó al Príncipe, luego Rey, D. Felipe II. La versión comienza así:

Evigilet sternens animus, tenebrisque relictis,
Mens desipiscat hebes, alto experrecta sopore.
Contemplata quidem vita haec ut praeterit instans,
Ut tacite obrepit mors, quam cito gaudia migrent,
Utque recordanti sit urgens causa doloris,
Ut melius semper quod praeterit, esse putemus.

teria moral y filosófica que en ellas se trata se prestaba á interminables desarrollos, más ó menos poéticos é ingeniosos, no fueron pocos los que se dedicaron á tal empresa. Siete glosas, por lo menos, se hicieron en verso y una en prosa. Daremos alguna razón de ellas, porque en realidad deben considerarse como obras de la escuela de Jorge Manrique, y son un nuevo testimonio de la popularidad, no interrumpida nunca, que alcanzó su elegía.

Parece haber sido el más antiguo de estos glosadores un legista, el Licenciado Alonso de Cervantes, corregidor que había sido en la villa de Burguillos, de donde *por cruel sentencia* (según él refiere en su prólogo) salió desterrado para el reino de Portugal «despojado por ajenos y extraños yerros y excesos de todos los bienes que Fortuna para la peregrinación desta trabajosa vida nos constituye.» En tal situación de ánimo, y buscando algún consuelo, escribió su glosa en el mismo metro del original, procurando si bien con poco arte y acierto, entretejer sus pensamientos con los de Jorge Manrique, cuyos versos se destacan de tal modo sobre la burda tela de los de su imitador, que hacen imposible la equivocación ni por un momento. Dedicó su trabajo al duque de Béjar D. Alvaro de Stúñiga, con unas coplas en alabanza de sus armas, y se imprimió en Lisboa, por Valentín Fernández, 1501 (1). Son veinte hojas en cuarto gótico, que fueron reimpresas varias veces, sin lugar ni año, siempre con el rótulo de *Glosa famosí-*

(1) Brunet describe esta rarísima edición, que, de no existir la de Sevilla, 1494, por Meynardo Ungut y Stanislao Polono, pudiera tenerse por la *editio princeps* de las *Coplas* en opúsculo independiente de los *Cancioneros:*

Glosa famosissima sobre las Coplas de don Jorge manrique (Col.) *Acabóse la presente obra corregida y enmendada por el mismo autor. E imprimida en la... cybdad de Lisbona... por Valentyn Fernandes, de la provincia de Moravia. Año... de myl quinientos y uno año, á diez dias del mes de Abril.*

Folio, gót., á dos columnas, con figuras en madera.

sima. La última edición parece ser la de Cuenca, por Juan de Canova, 1552.

Siguió á este glosador, y como en competencia, otro no menos desgraciado en su prosa que el Licenciado Cervantes en sus versos. Fué éste Luis de Aranda, vecino de la ciudad de Ubeda, el cual por los años de 1552 (fecha que consta no en la portada, ni en el colofón, sino en el privilegio) hizo salir de las prensas de Valladolid una obra larga y pedantesca, que al parecer tenía compuesta mucho tiempo antes (1), con título de *Glosa de Moral Sentido á las famosas y muy excelentes coplas de Don Jorge Manrique.* Las sentencias de Jorge Manrique están ahogadas en diez y seis pliegos de fárrago insulso. El nombre y el lugar de la impresión se declaran al fin del libro en esta extravagante manera:

Aquí se acaba la glosa
Que es de sentido moral,
Hecha en elegante prosa,
Util y muy provechosa,
Con privilegio real.
En Valladolí imprimida
A su costa del autor,
Por él mesmo corregida,
De la offecina salida
De Córdoba el impressor.

Tenía Luis de Aranda el furor de glosarlo todo, para lucir sus impertinentes moralidades. Todas las demás obras suyas

(1) Así parece que hemos de inferirlo de este pasaje de la dedicatoria al Secretario Juan Vázquez de Molina, puesto que en él se alude manifiestamente á la glosa del Licenciado Cervantes: «Muchos días son pa»sados que la glosa que se intitula *famosísima,* hecha á las *Coplas de* »*D. Jorge Manrique,* salió á luz: en cuyo tiempo *yo tenía hecha otra á* »*las mesmas, que pensaba sacar:* y así vemos que no está en balde dicho »que sabe poco el que piensa que nadie piensa como lo que él piensa. »Pues visto *que me hurtó la bendición el que se me anticipo primero,* ha»ciendo lo que yo pensaba hacer, quise dexalle el lugar, y no glosalla en »metro, como otros muchos han hecho, por no acechalle al carcañal.»

que conocemos son de este mismo género: «*Glosa intitulada Segunda de Moral sentido, á los muy singulares Proverbios del Marqués de Santillana. Contiénese más en este libro otra Glosa á XXIV coplas de las 300 de Juan de Mena* (Granada, 1575 (1)»; «*Obra nuevamente hecha, intitulada Glosa Peregrina, porque va glosando pies de diversos romances. Va repartida en cinco Cánticos. El primero de la Cayda de Lucifer. El segundo de la desobediencia de Adán. El tercero de la Encarnación de nuestro Redentor. El quarto de su muerte y pasión. El quinto y último, de su Resurrección* (Sevilla, Alonso de la Barrera, 1577).

El más conocido de los glosadores de Jorge Manrique y el que mayor número de ediciones obtuvo fué el capitán Francisco de Guzmán, incansable y bien intencionado cultivador de la poesía ética, sentenciosa y paremiológica, como lo acreditan sus *Triunfos Morales* (1565); su *Flor de sentencias de sabios* (1557), refundida después con el título de *Decreto de Sabios;* y sus *Sentencias generales* (1576). Aunque el capitán Guzmán mereció de la inagotable benevolencia de Cervantes un elogio muy expresivo en el *Canto de Calíope* por «haber puesto tan en su punto la cristiana poesía», tiene razón Gallardo en decir que sus versos son generalmente una prosa rimada, árida y seca, sus conceptos y sentencias comunes y triviales. Pero hay una excepción que poner á esto. Lo más acendrado que Guzmán dejó; lo que puede pasar por un ejercicio de imitación muy diestra y fácil, es su *Glosa sobre la obra que hizo D. George Manrique á la muerte del Maestre de Santiago... su padre, dirigida á la muy alta y muy esclarescida y christianísima Princesa Doña Leonor Reyna de Francia.* El nombre del glosador se infiere de unas coplas acrósticas de arte mayor, que van al principio, según costumbre del tiempo. La primera y rarísima edición, en 4.° gótico, de 16 hojas, es

(1) Reimpresa con el título de *Avisos sentenciosos sobre el modo de conducirse en el trato civil de la gente*, en el tomo V del *Caxón de Sastre*, de Nipho. Está en verso.

de León de Francia, sin año. Luego fué reimpresa varias veces en Amberes por Martín Nucio (1558, 1598...) y en otras partes, unida por lo general á los *Proverbios* ó *Centiloquio* del Marqués de Santillana. Todavía lo está en una impresión de Madrid de 1799.

Acertado anduvo el editor del siglo pasado en elogiar esta glosa, así por el estilo como por la abundancia de sentencias graves y provechosas, y sobre todo por la entereza con que engasta en loss uyos los versos de Manrique. Y como estas glosas no son hoy leídas por nadie, conviene poner alguna muestra:

No os fiéis, damas hermosas,
En beldad ni fermosura
Que en vos haya,
Porque sois como las rosas,
Que muy presto su frescura
Se desmaya.
La cosa de que más cura
Tenéis en la jovenez
Y tanto cara:
El color y la blancura,
Cuando viene la vejez,
Cual se para?
Los deleites y dulzores
Que en la fresca edad tuvieres,
Si mirares,
Todos se tornan dolores,
Cuando á la vejez vinieres
Y pesares:
Piérdese la fortaleza
Deste cuerpo terrenal
Y la virtud,
Las mañas y ligereza,
Y la fuerza corporal
De juventud.
.....
Pues aquellos tan preciados,
Los Nueve que tanta fama
Consiguieron,
Tan valientes y esforzados,
Como una encendida llama
Fenescieron:

Ya son muertos estos todos,
Y su poder y grandeza
Perescida,
¿Pues la sangre de los godos,
Y el linaje y la nobleza
Tan crecida?

.....

Como el cauto pescador,
Que á pescar gana su vida
Con la caña,
Es este mundo traidor,
Que con deleites convida
Y nos engaña;
Y los deleites que él da
Con que tanto nos holgamos
Son mortales,
Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.

.....

¿De Alexandre el gran poder
Ni el saber de Salomón,
Que les sirvió?
Pues no pudieron hacer
Contra muerte defensión,
Que los venció:
La cual á todos subvierte,
Sin ser grandes ni menores
Reservados;
Así que no hay cosa fuerte
A papas, ni emperadores,
Ni perlados.

.....

¿Qué fué del Marqués pujante,
Que tuvo al rey don Enrique
A su obediencia?
¿Qué se hizo el almirante
De Castilla, don Fadrique,
Y su elocuencia?
¿Quién no llora en se acordar
De aquellas cosas pasadas
Que solían?
¿Qué se hizo aquel trobar,
Las músicas acordadas
Que tañían?

¿Qué fué de las invenciones
De aquel tiempo, y atavíos
Tan bordados?
¿Los motes y las canciones,
Los fingidos desafíos
Y estacados?
¿Dónde iremos á buscar
Las damas tan arreadas
Que servían?
¿Que se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas
Que traían?

.....

Tomad exemplo, privados,
En don Alvaro de Luna,
Condestable:
Vivid siempre moderados;
Que esta loca de fortuna
Es variable.

.....

Sesenta villas cercadas,
Fuera del gran Maestrazgo,
Poseía,
De mercedes y compradas,
Cuando pagó aquel portazgo
Que debía...

.....

Nunca se vió tal poder
De hombre que rey no fuese
Coronado;
Pero yéndolo á prender
No halló quien se pusiese
A su costado.
¿Dó el correr cañas y toros
Por donde iba, y los juglares
Al entrar,
Sus infinitos thesoros,
Sus villas y sus lugares
Y mandar?
Aquel que más de treinta años
El reyno como le plugo
Gobernó,
Fortuna con sus engaños
En las manos de un verdugo
Lo entregó:

Tanta plata y tantos oros
Al tiempo que los pulgares
Le fué atar,
¿Qué le fueron sino lloros?
¿Fuéronle sino pesares
Al dexar?

Ciertamente que hay algo de servil y aun de pueril en esta rapsodia; pero se ve que, por lo menos, comprendía el imitador las bellezas de lo que imitaba.

Tampoco carece de mérito, aunque es más ascética que literaria, la pía y devota glosa de un monje cartujo, D. Rodrigo de Valdepeñas, prior del Paular, repetidas veces impresa en unión con otros opúsculos, ya de materia piadosa como *«el caso memorable de la conversión de una dama»*, ya de más profano asunto, como las *Coplas de Mingo Revulgo,* el *Diálogo entre el amor y un viejo*, de Rodrigo de Cota, y las *Cartas en refranes,* de Blasco de Garay (1).

Menos celebrada y menos reimpresa que las glosas anteriores fué la del protonotario Luis Pérez, natural y vecino de la villa de Portillo, cerca de Valladolid, conocido por un poema sobre la conquista de Túnez y otros versos latinos, y todavía más por su tratado zoológico-recreativo *Del can y del caballo* (Valladolid, 1568), tan estimado entre nuestros coleccionistas de libros de caza, equitación y veterinaria (2). Luis Pérez es hablista abundante y castizo, pero su *glosa* valdría mucho más si, por hacer alarde de su vasta lectura, no hubiese ahogado el texto bajo el peso de las citas y autoridades, muchas veces impertinentes, que sobrecargan las márgenes, si bien algunas todavía son útiles y nos han puesto en camino

(1) Hay ediciones de Alcalá, 1564, 1570 y 1588; Sevilla, 1577; Huesca, 1584; Madrid, 1614 y 1632. En esta última se añadió la *Doctrina del Estoyco Filósofo Epicteto,* traducida del griego por el Maestro Sánchez de las Brozas.

(2) Lindamente reimpreso en Sevilla, 1888, por diligencia de D. José María de Hoyos y Hurtado (tirada de 50 ejemplares).

para buscar las verdaderas fuentes de la elegía de Jorge Manrique (1).

Estas fueron las cuatro glosas que llegaron á conocimiento de Cerdá y Rico, á quien se debe el buen servicio de haberlas reimpreso juntas en 1779. Pero se ocultaron á su diligencia otras tres, debidas á dos de los preclaros ingenios, que, muy entrado el siglo XVI, conservaron con más fidelidad las tradiciones de la escuela poética del siglo anterior: Jorge de Montemayor y Gregorio Silvestre. De Jorge de Montemayor hay dos glosas distintas: una de carácter doctrinal, bastante árida y prosaica, que está en sus *Obras*, edición de Amberes, 1554, y también en un pliego suelto de Valencia, 1576, por Juan Navarro (2). La otra glosa, bellísima por cierto, poética y sentida, es sólo de diez coplas (cada una de las cuales da al imitador materia para cuatro) y forma una nueva lamenta-

(1) *Glosa famosa sobre las Coplas de D. Jorge Manrique, compuesta por el Protonotario Luys Pérez... Valladolid, en casa de Sebastián Martínez. Acabóse á doze días de* (sic) *mes de Abril de 1561*, 4.°—Valladolid, 1564, por el mismo impresor.—*Medina del Campo, 1574.*

Además de la *Glosa* contienen estas ediciones una larga y apreciable composición del protonotario Pérez en coplas manriqueñas, titulada *Loores de Nuestra Señora,* unas coplas de arte mayor y unos dísticos latinos en alabanza de Jorge Manrique y de su obra. Sirvan de muestra estos versos:

Protulit haud ullum, Manrique, Hispania nostra
Qui posset calamum vel superare tuum.
Hunc relegant reges textum, dignissima monstrat
Lectu, et quam facili tempore regna cadant.
....
Non Venus hic resonat, lasciva aut verba reportat,
Nec Metamorphoses Iliacasve rates.
Non silvas, non rura canit, non belliger arma,
Non figmenta sonat: turpia nulla leges.
Dogmata concentu resonat suavissima sancto,
Quae nos assidue pagina sacra docet.

(2) De esta primera glosa ha hecho una reimpresión el marqués de Jerez de los Caballeros (Sevilla, imprenta de E. Rasco, 1883), imitando en la tipografía la forma que Gallardo llamaba *de los Astetes viejos.*

Esta glosa es la que empieza

Despierte el alma que osa
Estar contino durmiendo...

ción elegíaca sobre la muerte de la princesa de Portugal, Doña María, hija del rey D. Juan III. Es pieza de singular rareza, que no se halla, según creemos, en ninguna de las ediciones del *Cancionero* de su autor, y sí sólo en un rarísimo pliego suelto que existe en la Biblioteca Nacional de Lisboa, del cual la transcribe el erudito autor del *Catálogo razonado de los autores portugueses que escribieron en castellano,* D. Domingo García Peres.

La glosa de Gregorio Silvestre, que tengo por superior á todas en brío y arranque poético, está en todas las ediciones de sus *Obras,* desde la primera de Granada de 1582. Pero así ésta como la segunda de Montemayor tienen su valor propio, independiente del texto que comentan, aunque de él reciban la inspiración primera. Lo mismo puede decirse de las *Coplas castellanas imitando á las de Jorge Manrique,* que trae en su *Jardín Espiritual* (1585) el excelente poeta carmelita Fray Pedro de Padilla.

Para completar la historia literaria de esta elegía, conviene añadir dos palabras sobre las principales traducciones que de ella se han hecho. Queda ya mencionada la latina del siglo XVI. Una traducción inglesa fragmentaria apareció en la *Revista de Edimburgo* el año 1824, en un artículo sobre literatura española, que se atribuye á Richard Ford. Pero quien verdaderamente aclimató en la poesía inglesa esta composición, haciendo de ella una versión magistral y fidelísima, fué el autor de *Evangelina,* el más célebre y el más simpático de los poetas norte-americanos de nuestro siglo, Henry Wodsworth Longfellow (1). Es imposible llevar á mayor perfección el arte

(1) *Coplas de J. Manrique. Translated from the spanish; with and introductory essay on the moral and devotional poetry of Spain...* Boston, 1833.

Esta traducción se ha reproducido después en todas las ediciones de las obras poéticas de Longfellow.

Es de presumir que los alemanes, que lo han traducido todo, tengan, no una, sino varias versiones de estas coplas; pero hasta ahora no han llegado á mi noticia.

de traducir en verso. Como último homenaje, y quizá el más glorioso, á la memoria de Jorge Manrique, transcribiremos algunas estrofas, escogiendo las que en el original son más célebres:

Where is the king Don Juan? Where
Each royal prince and noble heir
Of Aragon?
Where are the courtly gallantries?
The deeds of love and high emprise,
In battle done?
Tourney and joust, that charmet the eye,
And scarf, and gorgeus panoply,
And nodding plume.—
What where they but a pageant scene?
What but the garlands, gay and green,
That deck the tomb?
Where are the high born dames, and where
Their gay attire, and jewelled hair,
And odours sweet?
Where are the gentle knights that came
To kneel, and breathe love's ardent flame,
Low at their feet?
Where is the song of Troubadour?
Where are the lute and gay tambour
They loved of yore?
Where is the mazy dance of old,
The flowing robes, inwrought with gold
The dancers wore?
.....
The countless gifts-the stately walls,
The royal palaces, and halls
All filled with gold;
Plate with armorial bearings wrought
Chambers with ample treasures fraught
Of wealth untold;
The noble steeds, and harness brigth
And gallant lord, and stallwart knight,
In rich array,—
Where shall we seek them now? Alas!
Like the bright dewdrops on the grass,
They passed away (1).

(1) No sé que exista versión francesa completa. Nuestro Maury, en

¡Dichoso poeta el que después de cuatro siglos puede renacer de este modo en labios de otro poeta, y dichoso Jorge Manrique entre los nuestros, puesto que á través de los siglos su pensamiento cristiano y filosófico continúa haciendo bien, y cuando entre españoles se trata de muerte y de inmortalidad, sus versos son siempre de los primeros que ocurren á la memoria, como elocuentísimo comentario y desarrollo del *Surge qui dormis, et exurge,* de San Pablo!

L' Espagne Poétique (1826), y más adelante el Conde de Puymaigre (1873), han traducido algunas estrofas, procurando remedar el metro del original, á pesar de las dificultades que ofrece la lengua poética francesa para versiones tan ceñidas. Un solo ejemplo mostrará la ventaja del segundo traductor sobre el primero.

MAURY.

Qu'on fait leurs jeux héroïques?
Pour ces tournois magnifiques
Tant d'apprêts?
Eux et leur faste superbe
Qu'ont-ils été plus que l'herbe
Des guérêts?

PUYMAIGRE.

Où sont tournois, joûtes sans nombre,
Habits par les joyaux cachés,
Cimiers flottants?
Tout a disparu comme une ombre...
C'étaient des feuillages séchés
Tombés du temps!

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

CONTINUACIÓN

CAPÍTULO III

A Zaragoza ó al charco.—Soy feliz.—El bestia de mi primo.—No llego á pintamonas.—Imagen de un asno.—5 de Marzo de 1838.—Represalias.—Montado en mulo.—Pepa la Naranjera.—Desventura.—El mosén y el tio Chupón.—Mis municiones.—Asciendo.—La casaquilla y la casaca.—Más música que ropa.—Tipos y anécdotas.—Eran borricos.—7 de Octubre del 41.—Brabucones del 42.

Para evitar los insultos que mi familia recibía en Borja, se trasladó á Zaragoza el 6 de Enero de 1837. Al pasar por el castillo de la Aljafería satisfice mi curiosidad; vi por primera vez cañones. Visité á la Virgen del Pilar como buen aragonés. El Ebro, comparado con los ríos de Borja, me pareció inmenso.

De mi lugar salí hecho un sabio. Leía con un tonillo endemoniado, escribía muy mal; el poco latín que aprendí sólo me sirvió muchos años después, al dedicarme á las antigüedades.

Cuando la guerra civil se hallaba en su apogeo y más seguro el triunfo de D. Carlos, pretendiente á la corona, con anuencia de mi madre que pasaba por acérrima carlista, yo, perseguido y apaleado porque creían lo era, solicité y obtuve la gracia de cadete de infantería en el ejército de Isabel II el 7 de Abril de 1837. Fuí feliz.

A mi madre y á mí nos eran indiferentes los partidos que destrozaban la patria.

En el colegio que yo estudiaba, en la capital de Aragón, encontré á un pariente tan zopenco que raspó el nombre del César Carlos V del lomo de un libro, equivocándolo, con el incapaz infante D. Carlos, que se titulaba V como el invicto emperador. El animal de mi primo, porque yo sabía algo más que él, lo cual no debía envanecerme, advirtió á todos los chicos para que me maltratasen, era yo, aunque llevaba cordones de cadete, más faccioso que el feroz Cabrera: el mayor delito en aquella época para liberaletes de todos tamaños. Si sería bestia mi deudo, que después de estar empleado en Hacienda, murió sin conocer las armas de España, que las veía en documentos oficiales y en las monedas.

Desde entonces, y ha pasado agua por Ebro, creo es una gran verdad lo siguiente que dicen en Aragón.

«Los padres amigos fieles,
los hermanos, contingentes,
y enemigos declarados
todos los demás parientes.»

En el colegio, el profesor de dibujo, trajo para estimularnos un muchacho pobre y raquítico que no llegaba á la mesa. Me preguntó, yo pasaba por el gallo de la clase:—¿Qué quiere V. que copie?—Respondí, Patroclo; el grabado de una cabeza con casco, grifo, y cimera, obra dificilísima para mí, que el chico ejecutó tan bien y pronto, que me convencí no había nacido yo para manejar el lapicero; arrojé el mío de rabia contra la pared, lloré mi desventura, persuadido de que en el arte de Apeles no llegaría ni á pintamonas. Lo que no da natura, tararura. El niño aquel fué buen pintor y gran dibujante. Se llamaba Bernardino Montañés.

También me matriculé para dibujar en la Academia de San Luis de Zaragoza. Recorría una noche la clase el hijo del conserje, mozo de grandes fuerzas, feo y bruto. Un *chiquilicuatre* le dijo que si permanecía quieto le retrataría. Después de mirarle á la cara y dibujar en el papel que tenía sobre la

mesa mucho tiempo, le enseñó la imagen de un borrico, preguntándole:—¿Eres tú?—No considerándonos dignos de rompernos los morros y despreciando nuestras carcajadas, exclamó volviéndonos la espalda—*¡Pa* eso tanto rato!—Mi estudio favorito era la historia. Impresionable y exaltado, al enterarme de que los ingleses nos robaron á Gibraltar en 1704, sufrí un ataque nervioso que me duró dos días... Ningún verdadero español debe ponerlo en duda.

Obtuve un primer premio en matemáticas, cuya ciencia olvidé, como les sucede á los que no las practican. En Zaragoza, los cadetes y estudiantes íbamos al teatro por una peseta, cuando la teníamos, á las gradas, sitio que ocupan ahora los palcos bajos. Aprendí de memoria *El Rey monje, La Vieja del candilejo, El Conde D. Julián,* y vi en *Carlos II el Hechizado* que el comediante que hacía de P. Froilán Díaz, para que el público no lo apedrease, se levantaba los hábitos y enseñaba el uniforme de miliciano que llevaba debajo de ellos. Era tal la exaltación que había en Zaragoza por la milicia, que un capitán la tomó tan en serio, que hallándose formada su compañía, oyó que uno de los individuos de la misma llamaba á un perro diciendo vis, vis, vis. El capitán gritó indignado:—Firmes.—A poco el miliciano repitió el vis, vis, vis, inútilmente. Se cargó su jefe, salió de la fila, y exclamó desesperado:—¡Redios! échale al chucho la... lengua á ver si viene.

En movimiento continuo me enteré de todo lo que sucedió en Zaragoza desde 1837 á 1839. Presencié la desordenada entrada de la legión francesa, compuesta de aventureros de todas partes, después de las batallas de Huesca y Barbastro. Una parte de los legionarios se pasaron antes á D. Carlos y se batieron después encarnizadamente contra sus antiguos compañeros. Muchos de ellos andaban por las calles de la capital de Aragón desastrados y borrachos, siendo la burla de los chicos y de las mujeres, que los llamaban gabachos.

Estuve en los funerales de los valientes Irribarren y León, muertos á la cabeza de la brillante caballería isabelina que

siempre fué superior á la carlista. Mandaba la hueste del pretendiente el infante D. Sebastián, que concluyó reconociendo á Isabel II, y que sólo sirvió para aumentar con sus hijos el número de duques que hay en España; presencié las refriegas á trabucazos entre las partidas de los bandidos Chorizo y Zardoya, éste era de Borja, que escandalizaban á los vecinos de la ciudad y que las autoridades no tenían fuerza para evitar. En prueba de la exaltación política que había en Zaragoza, se leía en la muestra de una táberna: «Aguardientes liberales y vinos constitucionales.»

Los milicianos de la capital de Aragón, valientes hasta el heroísmo, nunca entregaron las armas sin defenderse, inclusos los realistas, practicaban muy mal el servicio de guarnición. El primer nacional que llegaba al ex convento de San Francisco en cuya pared estaban pintados los números que componían cada guardia, elegía la que más le acomodaba. La noche del 5 de Marzo de 1838 nos despertó el toque de generala y los gritos de los vecinos. Amaneció, se oyeron repetidos disparos, y supimos que los carlistas se hallaban dentro de Zaragoza. Mi madre permaneció tranquila, mis hermanas lloraban, yo no tenía armas; contemplé entusiasmado á unos paisanos y nacionales dirigidos por un teniente de infantería del ejército que llevaba gorra chata, casaca azul, y pantalón celeste, que desde la calle de San Gil hacían fuego á los carlistas que ocupaban la del Coso. El oficial era cojo. En cuanto alguno de los que mandaba retrocedía un paso, le daba un palo con la muleta. Al poco rato, estos héroes desconocidos, á ninguno premiarían, avanzaron; los perdí de vista, burlé la vigilancia de mi madre, corrí á la plaza de San Francisco, encontré el cadáver de un carlista que al caer se le habían salido las patatas que llevaba en el morral, y observé que el enemigo se retiraba hacia Torrero. A los nacionales que los perseguían cargó una sección de caballería; los más se salvaron en los olivares, y porque no los sostuvieron algunos jinetes de la milicia fueron amenazados de muerte por los de infantería.

El brigadier D. Juan Cabañero, sorprendió á Zaragoza con cuatro batallones y dos escuadrones. Escalaron la puerta del Carmen, encontraron dormidos los nacionales que componían la guardia, y ocuparon desde la iglesia de San Pablo por el Coso, hasta la Magdalena. Creyéndose dueños de la ciudad, no clavaron los cañones de la batería de Santa Engracia; tocaron generala, apresaron á los milicianos que acudieron, y seguros del triunfo, se apresuraron á vitorear á su rey, á Cabañero y al conde de Fuentes. Este era de los del cuartel real del pretendiente que no se batían, cortesanos civiles y eclesiásticos parásitos, cuyo influjo se sobrepuso al de los caudillos militares desde que mataron á D. Tomás Zumalacárregui, único genio militar del carlismo. A tales estorbos, porque decían: ¡Ojalá ataquen y ganemos! llamaban hojalateros. A los vivas del enemigo respondieron los liberales á tiros desde balcones y ventanas sin contar el número de los carlistas, escaso para tan grande empresa. Unos y otros eran aragoneses, valientes y tenaces. Después de tan encarnizada lucha, se retiraron con orden los soldados de D. Carlos, perdiendo 200 muertos. Quedó prisionero el batallón que mandaba el cojo de Cariñena. Si hubieran vencido, el triunfo material y moral hubiera sido grande. Tal vez el pretendiente, que más que para rey servía para lego de convento, llegara á ocupar el trono. La gloria adquirida por la población de Zaragoza, el 5 de Marzo, la manchó el populacho el 6. Se hallaba de capitán general interino D. Juan Bautista Esteller; los menos reflexivos le creyeron traidor sin serlo, y para salvarle le prendieron en lugar de aconsejarle abandonase la ciudad. La guardia de la milicia que había en la cárcel consintió que un grupo de desalmados se lo llevara y asesinara en la plaza, frente á la lápida de la Constitución. El memorable 5 de Marzo vi á Jaime Ortega, que acababa de pedir la licencia absoluta, vestido de teniente de provinciales, á caballo, con una corneta en la mano que había cogido á los carlistas; acompañaba al general Esteller. Ortega, espíritu inquieto, buen mozo, de poca

aprensión y mucho valor personal, se pronunció en 1843; de paisano le hicieron brigadier, y á poco mariscal de campo. Era capitán general de las Islas Baleares en 1860; durante la guerra de Africa se sublevó por el conde de Montemolín en San Carlos de la Rápita, la tropa no le siguió, y le fusilaron justamente en Tortosa por la causa carlista que combatió hasta 1838. Me refirieron en Orense en 1887, que cuando Ortega estuvo desterrado en la mencionada ciudad, enamoraba á una confitera muy guapa. A los señoritos del pueblo les incomodaba; pasaban uno tras otro por frente de la confitería, miraban al general y se reían. Lo observó la dama, lo indicó al galán, que corrió tras ellos, cruzó la cara con el látigo á los que alcanzó sin atreverse ninguno á hacerle frente. A los carlistas en la calle de San Pablo de Zaragoza, la noche del 5 de Marzo, antes de romperse el fuego, les preguntó un baturro desde la ventana.—¿Sois tropa?—Y le contestó uno aunque le habían encargado el silencio.—Los *faiciosos* que hemos *fraudulentao* la puerta del Carmen.—Cuando se verificó el canje de prisioneros, dijo Cabañero á un trompeta de la milicia nacional.—Os cogimos en camisa.—Pues, si estamos en calzoncillos, no salen Vds. ninguno vivo—replicó el zaragozano.

En Zaragoza se encontraban ruinas por todas partes, procedentes de los sitios de 1808 y 1809. Las fachadas de las casas de la calle del Coso y de otras estaban acribilladas á balazos. Se hallaban en abundancia balas de cañón, bombas, granadas y cascos de los proyectiles que los franceses arrojaron á la ciudad. Sentía que no los recogiesen y formaran con ellos una pirámide en memoria del heroísmo de nuestros padres.

En Zaragoza no había tropa ni policía. Un invierno, á cuantos salían de casa por la noche los robaban y desnudaban. Al general Latre, veterano de la guerra de la Independencia, lo dejaron en camisa. Todos deseaban les sucediera lo mismo al jefe político, regente de la Audiencia y capitán general. El que desempeñaba interinamente este cargo dispuso

que, á varios soldados, embozados en mantas y con pañuelos á la cabeza, los apostasen por parejas en las calles. Cogieron á dos ladrones, les dieron garrote al día siguiente, y cesaron los robos. Cuanto más rigurosas son las leyes y más pronto se aplican los castigos, menos delitos se cometen.

Cabrera, que de sacristán de Tortosa llegó á general carlista, porque los liberales fusilaron á su madre, sólo por serlo, se vengaba en inocentes soldados, que los más á la fuerza defendían una causa para ellos desconocida y que nada les importaba, dió origen al salvaje sistema de represalías. Zaragoza en aquella funesta época se hallaba aterrada. Continuamente se oía por las calles la lúgubre campanilla de la Hermandad de la Sangre de Cristo, recordando se hallaban en capilla españoles próximos á morir, no en lucha, sino á sangre fría, no por la patria, sino por haber caído prisioneros en la guerra que la desolaba. De una vez fusilaron en el campo del Sepulcro á 55 sargentos carlistas y á un anciano sacerdote. Este sin otro delito que empeñarse en ser mártir por don Carlos, el cual, si llegó á saber el sacrificio, no se lo agradecería.

Jamás he olvidado la impresión que me produjo tan horrible hecatombe. Recuerdo la fisonomía de los sargentos y la del clérigo. Creía que el pretendiente personificaba la religión católica, repetía á un carpintero exaltado liberal vencería don Carlos, el artesano le acusó, y un consejo de guerra de oficiales de la milicia nacional le condenó á muerte. El general Nogueras propuso y Mina aprobó el fusilamiento en Tortosa el 16 de Febrero de 1836 de la inocente madre de Cabrera. Los tres son responsables de la sangre que se derramó en la espantosa época de las represalias. En Zaragoza pocos presenciaban actos tan salvajes. En Valencia muchos. La canalla vil acompañaba á las víctimas, las apedreaba y escupía. Un día el capitán de infantería del ejército que escoltaba á los carlistas, al ver tales infamias, llamó cobarde al populacho y le repitió que insultaban á los infelices prisioneros porque iban entre ba-

yonetas. Que en el campo de batalla ó si los soltaba no se atreverían á mirarlos á la cara. Los valientes nunca son sanguinarios.

Cabrera recibió 72 heridas por la causa carlista, y en 1876 reconoció al gobierno liberal. Sólo consiguió se estampara su nombre una sola vez en la *Guía de forasteros*.

Mi hermano, que estudiaba leyes, presenció los siguientes sucesos, que prueban el estado del país durante la primera guerra civil. La reacción liberal, tan estúpida como la absolutista, se apoderó hasta de las Universidades. Echaron de la de Zaragoza sabios y respetables catedráticos, sustituyéndolos con oficiales de milicia nacional, sólo notables por su exageración política. El encargado de explicar derecho natural decía á sus discípulos. «Armas artificiales no existen; pero algunos las usan.» Vestía siempre de miliciano, y llevaba en el morrión una cinta verde con el rótulo. «Constitución ó muerte.» Acabó loco. Otro, agudo como punta de colchón, al finalizar la clase repetía á los estudiantes. «Señores: vayan Vds. saliendo de la cátedra sin moverse.»

Uno de los pocos profesores antiguos que dejaron los liberales, era un viejo casi ciego, que servía de burla á sus discípulos. Observaron que al explicar levantaba el índice de la mano derecha, y lo apoyaba al bajarlo en la concavidad que había en la barandilla de la tribuna. Pusieron un alfiler manchado con porquería, se pinchó el pobre anciano, y se llevó el dedo á la boca excitando la estúpida risa de jóvenes mal educados. En 1838 habitaba en Zaragoza un empleado en las provisiones militares, alto, gueso, linfático, que gastaba mucho lujo de paisano y de artillero de la milicia nacional. Lucía sortijas con brillantes, magnífico caballo perla, y porque dijo que su mujer se puso enferma al comer el sétimo principio le llamaban *Sieteprincipios*. Tenía de sueldo tres reales diarios. Los hechos se repiten. Creía fantástico el mencionado tipo hasta que en 1875 oí en el campamento de Montesquinza que un oficial tercero de administración militar gastaba amiga

con coche, despilfarraba de lo lindo, y montaba caballos mejores que los de los coroneles de infantería que estábamos mil veces mejor pagados que nuestros pobres colegas de la primera guerra civil. Vivirían de milagro. ¡Qué gesto pondrían si supieron que administrando la mala y escasa ración de campaña que les daban había quien comía lo menos siete principios!

En Zaragoza, durante la primera guerra civil, se creían las mayores paparruchas. Vendieron á miles un impreso que sólo decía: «Se asegura que Maroto, mandaba el ejército carlista, ha sido herido y hecho prisionero con 150 caballos.» Con lo que se sacaron de la broma cenaron los inventores la noche de Navidad de 1838.

Un ciego, alto, seco, vestido de pana azul con pañuelo rojo en la cabeza, y sobre él, de medio lado la gorra de miliciano, signo de furioso liberal, siempre que pasaba por el Coso gritando «El diario de hoy», le interrumpíamos los chicos desde los balcones del colegio, remedándole, «Con las mentiras de ayer.» El pobre nos amenazaba con el garrote. En 1845, era yo teniente, lo vi en Barcelona, y le pregunté—¿Vendía V. en Zaragoza el Diario cuando la guerra?—Y tú ¡Redios!—me contestó enarbolando el palo—eras uno de los muchachos que se *bulraban* de mí en el Coso.» Me quedé patitieso de su finísimo oído y prodigiosa memoria.

El 13 de Junio de 1839, entré en Madrid, montado en el mulo de un arriero que me condujo desde Tarazona. Los carlistas ocupaban la carretera de Aragón. Repitiendo el sistema de los cristianos de la reconquista, iban acercando su línea de puntos fortificados á la corte. Lo probable es que hubieran vencido, á no celebrarse el convenio de Vergara el 29 de Agosto. El sacristán de Tortosa hubiera sentado al pretendiente en el trono de los Reyes Católicos.

Acto tan famosó que acabó la guerra civil y manchó el nombre de Maroto se debe á la cobardía de D. Carlos. Cuentan, si no es verdad está en carácter, que al retirarse el preten-

diente de las puertas de Madrid en 1837, en cuya capital pudo entrar sin gran oposición, que un aragonés de los de su cuartel real, despechado de que ni se intentara el ataque, dijo de modo que lo oyera su rey. «Me c.... en los 24 h.... de los 12 apóstoles.» Atrocidad que escuchó D. Carlos, bajando la cabeza sin darse por entendido.

El pretendiente no servía para monarca. Su general en jefe, Maroto, le escribió la más inconcebible y burlesca de las cartas.

«Es el caso, señor, le decía, que he mandado fusilar á los generales Guergué, García, Sanz, brigadier Carmona y al intendente Uriz.» A los que creyó se opondrían á la infamia que meditaba. D. Carlos de Borbón le declaró traidor, supo se acercaba, y en lugar de pegarle una estocada, declaró había sido sorprendido y que se hallaba convencido de la fidelidad de Maroto. Este, el 26 de Julio, se avistó con Espartero y vendió á su rey.

En Madrid vivía cerca de mi casa Pepa la Naranjera, amiga que fué de Fernando VII, casada con un calesero. Hembra gorda, basta, digna de macho estragado. En la escalera del Palacio real oí un murmullo de admiración; observé que muchas señoras se acercaban con cariño y respeto á un venerable anciano que llevaba casaca blanca y faja. Era el general Castaños, el vencedor de Bailén, gloria legítima de España. Recuerdo tan noble fisonomía, y me extasío ante su magnífico retrato que pintó D. Vicente López.

Me preparé para presentarme en la Academia de Ingenieros militares. No me examiné. El director de la misma me dijo era inútil lo verificara por mi corta edad y poco desarrollo físico. Mi sino era pertenecer á la *valerosa* infantería. Una desventura.

Regresé á Zaragoza. Vivía yo en casa de un capellán de cortos alcances y escasos haberes que tenía pupilos. Prometí á mis compañeros de hospedaje enseñarles en camisa al Mosén y al ama que dormían en dos cuartos separados de los nues-

tros por una puerta que tenía un ventanillo con encerado de papel. Una mañana cargué mi fusilito con pólvora, sin tacos, apliqué la boca al encerado y disparé. Al romperse el papel hizo el ruido de un cañonazo. Aparecieron el cura y la casera en paños menores dando gritos. Asustado por la no esperada detonación, creía que sólo se despertarían al fogonazo, me escondí en la cama. Los estudiantes admiraron el espectáculo anunciado.

Mosén Mariano nos refería sus hazañas en la guerra de la Independencia; sin reflexionar que yo había nacido después, me preguntaba.—¿Se acuerda V.?—Sí, señor;—respondía muy serio, con gran risa de los oyentes. Como hacía minuciosas descripciones de Alcañiz, le dije:—¿Estuvo V. en esa ciudad?—No, señor—contestó.—He oído hablar tanto de ella á mi casera, que la conozco perfectamente; como si la hubiera habitado.

También me hallé de huésped en casa de un carpintero que fué artillero durante los gloriosos sitios de Zaragoza. Se burlaba de todo y hablaba en broma hasta de los asuntos más serios.—Chica, chica—gritaba á su mujer vieja y simple.—Vamos á hacer fuego en seguida; prepárate.—En aquella época todos los días había motines en la capital de Aragón; la carpintera añadía asustada.—Por Dios; no te metas en nada. —Sí, sí, fuego, fuego. Hazme fritada para almorzar.—El artesano á los muy cerriles les decía:—Con lo que tú ignoras sería yo sabio.—Otras veces advertía á su mujer misteriosamente que iban á proclamar la República, y entonces... ¡Oh! entonces se suprimiría el sacramento del matrimonio y la gente se casaría en la calle como los perros.—No lo *premita* la Virgen del Pilar—exclamaba la pobre mujer llorando.—Lo único que enfurecía al carpintero era que lo llamaran tío Chupón ó Chup. Tenía razón de incomodarse; nunca había sido político ni empleado; defendió gratis heroicamente á su patria.

En la capital de Aragón frecuentaba yo la casa del barón de la Menglana. Era mi tío buenísimo, muy alegre, de prodigiosa memoria, que nos tenía con la boca abierta refirien-

do cuentos y anécdotas. En su biblioteca leí el periódico del 20 al 23, *El Zurriago*, y un tratado de política. Como yo repetía las excelencias de la república, la baronesa, mujer de talento, decía en broma que yo trataba de convertir á sus hijos en republicanos. Después de medio siglo, creo que es el mejor de los sistemas y sus partidarios los peores políticos. La prueba resultó mala en 1873.

El barón era coronel en la guerra de la Independencia. Salió de su pueblo, Fonz, una noche con el asistente, andarín de los que en Aragón corrían delante del caballo y tenían á punto de honra que no los alcanzase nunca, para reunirse á las tropas españolas. Como amo, mozo y cuadrúpedo se hallaban muy cansados, el primero se durmió, el segundo se paró, apoyó la cabeza en el fusil, y lo imitó el noble animal, acostumbrado á seguir al peón. El coronel se despertó, contempló el grupo, reconoció el terreno, ni media legua habían caminado y comenzaron nuevamente la jornada con un sol canicular.

Durante la primera guerra civil, la diputación de Zaragoza se daba aires de soberana, imponía contribuciones, levantaba tropas y amenazaba al gobierno de Madrid. Quisieron los exaltados que la componían obligar al jefe político (gobernador civil) que firmase un oficio reprendiendo al capitán general de Aragón. Como el barón de la Menglana ejercía interinamente ambos cargos, decía riéndose:—¡Si serían majaderos, que se empeñaban en que me echase una peluca á mí mismo!

En 1839 alojaron á un capitán en su casa. Le recibió con amabilidad, y le dijo:—V. perdonará no le sirvamos como se merece; soy un veterano, no me pagan, comerá con nosotros y hará penitencia.—Al alojado le chocó que le diera tan buena habitación, cama y mesa, un oficial retirado; encargó al asistente inútilmente que por las criadas averiguase la posición del amo. Al salir á la calle para marchar con su regimiento, preguntó á quién pertenecía la casa que acababa de dejar. Al general D. José María Cistué, barón de la Menglana, y rico hacendado, le contestaron.

Antiguamente á los hijos de militar concedían la gracia de cadete de caballería ó infantería á los doce años de edad, pudiendo permanecer con sus familias hasta los diez y seis. En los regimientos, el maestro de cadetes les enseñaba matemáticas, dibujo, geografía, historia, ordenanza y táctica. Asistían á los ejercicios y hacían el servicio que les correspondía. La teoría sin la práctica y mucho más en la milicia de mar y tierra, nada vale. En campaña se aprendía la guerra haciéndola; en los famosos tercios españoles, con el valor se ganaban los ascensos. Hasta hace poco, desde el empleo de capitán se transmitía la hidalguía á los hijos aunque se hubiera comenzado la carrera de soldado. Antonio de Leiva que mandó los ejércitos del emperador Carlos V, fué herrero. He conocido muchos generales procedentes de la clase de tropa. A esta la democracia le ha cerrado la puerta de los ascensos. En tiempo de guerra tendrán que abrírsela. No hay otro medio de premiar el valor, los trabajos, la exposición á perder la vida y honra, las enfermedades y las heridas recibidas en campaña. En los regimientos los cadetes vivían con sus padres, y recibían el mismo haber que el soldado; si tenían genio y estudiaban, llegaban á ser buenos oficiales, excelentes jefes, y generales ilustres. Con el honor, la cualidad más indispensable en la carrera de las armas, se consigue todo. En las academias y universidades se aprende la manera de estudiar. La prueba es que de ellas salen asnos. Si después no se aplican siguen siéndolo.

A las armas generales destinaban hasta con el empleo de coronel paisanos por servicios revolucionarios, ó bandidos sin mérito ni instrucción. Los políticos han sido causa de rebajarlas en el concepto popular. Ellos tenían que premiar con dinero de la nación á los que les habían ayudado en sus empresas. Los reyes absolutos nombraban primeros jefes de los regimientos provinciales á caballeros ricos de la clase civil.

Por lo regular los coroneles que hacían los políticos eran unos perdidos. De la despreciada infantería, paciente por de-

más, proceden los más famosos caudillos del ejército en el siglo XIX. Castaños, Alvarez, Zumalacárregui, D. Luis Córdova, Oráa, Espartero, Narváez, O'Donnell y Prim. Ahora los pobres, la generalidad de los oficiales lo son, no pueden dar carrera á sus hijos. Digna recompensa obtenida por los que se han batido por la libertad. Continuemos mi lamentable historia.

En 1840 me presenté en el regimiento infantería voluntarios de Aragón, 2.° ligero. Mi madre me escribió. «Te encargo seas buen cristiano, no olvides la primera educación, te portes siempre con honor, tengas respeto á tus jefes, te hagas querer de todos, te unas á personas finas, huye de barullos y gente mal educada, gasta lo menos que puedas y nunca te aficiones á jugar. No olvides, que te escribe con lagrimas en los ojos, traspasado el corazón de dolor y que te quiere más que á su vida tu madre, María.» He leído muchas veces con veneración los consejos de la que me dió el ser; no poco habrán influido en mi conducta.

A mi madre la hacian gracia mis travesuras, y si la advertian que yo era indómito y revoltoso replicaba:—No importa, si es bueno y aplicado.—Me mandaba estudiar, lo verificaba, y antes la decía en tono trágico los versos de Príncipe.

«Godos, así es verdad: la mano mia
ignora el arte de regir la pluma,
mas tengo cimitarra y osadia;
y estas las dotes son del hombre en suma.
El sublime Profeta no sabia
ni leer ni escribir; yo que me precio,
de reverente y fiel, las letras miro
como debo mirarlas, con desprecio.»

Mi vida militar comenzó el 11 de Enero de 1841. Salí de Zaragoza con el regimiento; hacía un frío espantoso; una tia mía me besó, llenó la cartuchera, en lugar de municiones de guerra, con trozos de salchichón; yo representaba menos edad de la que tenía; parecía una muchacha vestida de pantalón

rojo y dolman azul con botones de plata; empuñaba el fusilito que sólo sirvió para asustar al clérigo, al ama y á mí.

Como pagaban mal, los jefes exigían poca uniformidad en el traje militar.

En Almunia, un amigo me alojó en su casa y llamó desde el portal á su hija, que era muy guapa.—Chica, baja pronto. Te traigo un *soldadico muy magico*.

Varios regimientos se acantonaron cerca de Madrid, para hacer el *bu*, mientras elegían regente á Espartero. El partido progresista, al que pertenecían los generales llamados ayacuchos, porque en Ayacucho perdieron el Perú, gobernaba la nación desde que echaron de ella á Cristina; aseguran que la reina dijo á Espartero antes de embarcarse en Valencia: «Te he hecho capitán general, conde y duque, sin conseguir seas caballero.»

Los cadetes en los cantones asistíamos á las academias con los oficiales. El comandante que las presidía, antiguo y valiente soldado de Mina, sólo nos preguntaba la Ordenanza á otro cadete y á mí. Yo la recitaba como reloj al que se le va la cuerda, el jefe abría los ojos, acercaba el oído, y exclamaba:—¡Perfectamente!, no he entendido nada.

Nuestro coronel, muy buen sujeto, observó que un teniente gallego, hasta en los pueblos más chicos, iba siempre con morrión; al hablar de él, decía con acento mallorquín:—D. Fulano de Tal, ¡buen *oficial!*—Nos sonreíamos; sabíamos que el buen oficial no tenía gorra, ni calcetines. Así se juzga. Sucedió un coronel joven y de mal carácter á jefe tan veterano.

Ascendí á subteniente en Mayo de 1841, por antigüedad; fuí á la corte, me hicieron el nuevo uniforme, y al verlo el teniente general D. Joaquín Ayerbe, aragonés colosal, amigo de mi familia, cogió mi casaquilla verde, y acercándola á su casaca, dijo dando una carcajada:—De un faldón de la mía se pueden hacer tres docenas como ésta.—Comenzó la carrera militar de capitán de granaderos en 1808, porque se presentó con 100 mozos tan altos como él, del Alto Aragón, para com-

batir al infame invasor. Concluyó la primera guerra civil, le nombraron capitán general de Aragón, salí con un tío mío á esperarle á media legua de Zaragoza, y les oí que á los carlistas armados, sustituirían los políticos charlatanes que arruinarían la nación. Fueron profetas.

El general Ayerbe, de gran uniforme bordado de oro, encontró en la calle de Alcalá á un paisano suyo, vestido con calzones, alpargatas, ancha faja y pañuelo en la cabeza. Le dió un apretado abrazo. Escena democrática, natural entre aragoneses; por el contraste admiró á los que la vieron. La presencié.

Marchando con mi regimiento, cerca de Alcalá, nos cogió una tormenta; mis compañeros, riendo, decían que yo sudaba tinta, me llevé las manos á mi barbilampiña cara y las vi manchadas de licor negro y asqueroso que se desprendía de mi enorme chacó de fieltro, al cual, para que brillase más, le había dado un charol que compré en Madrid. Desesperado, con la cabeza al aire, lavé el morrión en cuantos charcos encontré durante la jornada.

Reparé que el ayudante del batallón se hallaba en movimiento continuo, revistaba la banda, instruía á los sargentos, y al manifestar deseos de serlo, me dijo un oficial camastrón.

«Ayudante, ni de Dios,
asistente, de Sevilla;
y capitán, aunque sea
de ladrones en cuadrilla.»

Asistente se titulaba antiguamente la primera autoridad de Sevilla; los que tienen carácter independiente no se acostumbran á ser ayudantes, y menos de los generales; el capitán es cabeza, mandar gusta; el servir al oficial de criado, en el ejército llaman asistente, es poco agradable.

En el regimiento Voluntarios de Aragón, había un capitán muy gordo; durante los siete años de la guerra civil, no tuvo más que una camisa puesta y otra metida en su descomunal

morrión. Se las lavaba el asistente. Aunque le cogieran prisionero no perdía el equipaje. Otro capitán, muy flaco, llevaba el morrión, galleta, gola, sable, todo enfundado. Hasta las piernas; las polainas le cubrían los muslos.

Un teniente aragonés, de salud á prueba de Venus de foso, buscaba las peores y aseguraba eran las mejores. Su fuerza corría parejas con tan asqueroso gusto. Mató una mula de un puñetazo.

El oficial encargado del almacén, que sólo contenía 200 chaquetas viejas, temía más que á las balas, al coronel, despótico, arbitrario y cruel. Si le proponía para el retiro, lo condenaba á morir de hambre. El jefe le mandó separar las chaquetas medianas de las malas y destruirlas. Se refería á las inútiles. El oficial, ofuscado, las quemó todas y recibió del coronel la más brutal de las chillerías, sin considerar que era un anciano. A él oí por primera vez, y he podido aplicar la frase en muchas ocasiones, que en el ejército sólo podían servir los pobres ó los sinvergüenza.

El veterano Abadía, exclamaba:—Si no fuera por mi mujer, habría dejado el servicio, aunque quedara en la indigencia. ¿Qué más da morir de no comer que de una bala? ¡He oído tantas!—Fusilero de Aragón en los sitios de Zaragoza, se les escapó á los gabachos cuando lo llevaban á Francia. Pasaba de sesenta años, y era teniente. Su esposa, catalana, muy ordinaria, se puso furiosa porque yo manoseaba los canalones de la charretera de su marido, llamándome indignada: *Esquirol* (ardilla).

Tan violentos jefes, faltaban á la Ordenanza, daban pruebas de cobardía insultando á sus inferiores impúnemente, y hacían odiosa la milicia.

El referido coronel, en 1845, al salir de un Consejo de guerra de oficiales generales que se celebró en Valencia, reprendió injusta y duramente al teniente de su regimiento, que mandaba el piquete situado en la puerta del edificio donde se verificó el acto. El oficial perdió el juicio. Llevó la tropa al

cuartel, buscó á su jefe, le encontró en la calle, le apuntó con una pistola, no salió el tiro, se batieron con el sable y los separaron los paisanos. Fusilaron al teniente. Contaban que desde entonces, no lo he podido comprobar, el superior, aun de general, recibía todos los años, el aniversario de la ejecución, una carta de luto aplazándole ante Dios.

Un teniente instruído, fino y muy listo, contaba que siendo cadete á la edad de trece años, hallándose con el segundo ligero en las líneas de San Sebastián, dos soldados ingleses, colosales y borrachos, le detuvieron, diciéndole: *Ofisier piquinini hispanis, mucho de picaro. Mi trompis.* El cadetillo, imposibilitado de luchar con ellos, y temeroso lo metieran en un morrión, escapó gritando:

—A trompis me ganaréis; á correr no.

A un oficial que poseía ocho duros le sacó otro cuatro, se los jugó, y porque le negó los restantes, le dijo en tono de desprecio:—Yo tengo la culpa que me bajo á pedírtelos.

En el regimiento, y en todo el ejército, abundaba el tipo del oficial conquistador de patronas.

—¿Qué tal la tuya?—le preguntaba algún compañero cuando salían de un pueblo.—Guapísima, respondía—relamiéndose el bigote.—Si estoy un día más...—Los tales necios, si vencían en lides de amor era á viejas, como la que vivía en Burgos, durante la guerra civil de los siete años.

Su criada enamoraba á los alojados que gustaban á su ama, les daba una cita, con la precisa condición de que había de ser á obscuras, la Matusalén sustituía á la moza, y el militar se vanagloriaba de su conquista, que si la hubiera visto después, le diera asco toda la vida.

Contaban en el regimiento que muchos individuos del mismo, vivían por haber hecho la guerra con la legión inglesa, en las líneas de San Sebastián. Cuando los isabelinos volvían la espalda, los carlistas mataban á los que usaban casacas encarnadas y dejaban escapar á los españoles, que odiaban menos y corrían más.

El 5 de Mayo de 1836, los isabelinos, tras rudo combate, levantaron el bloqueo que los partidarios del pretendiente tenían puesto á San Sebastián. Varios oficiales de Marina, que recorrían después el campo de batalla, vieron que un joven chapelgorri (voluntario liberal de Guipúzcoa), blasfemando espantosamente, dió un culatazo en la cabeza del cadáver de un carlista anciano.—¡Qué bárbaro!—exclamaron indignados los marinos. Uno de ellos, vascongado, añadió:—¡No lo saben Vds. bien! El muerto era su padre.—Hasta tal punto, son infames las guerras civiles.

Los morriones que llevaban los soldados del segundo ligero después de la guerra, los compraron á costa de hambre. Con el abono de unas raciones que no comieron. Al año de finalizada la campaña, los oficiales de un regimiento que guarnecía á Lérida se dieron de baja y pasaron al hospital para poder comer. Una vergüenza. Si no se podían mantener los 110.000 hombres que componían el ejército, reducido á 60.000, se hubieran evitado motines y pronunciamientos.

Los oficiales que durante la guerra no eran socorridos por sus familias, iban casi desnudos y más los del ejército del centro. Se mantenían con la ración, muchos llevaban zamarra, sin más distintivo que la gola y alpargatas. Alguno, rico ó ganancioso en el juego, tenía caballo, usaba látigo, pantalón con galón de oro, larga borla en la chapela, cuyo lujo insultaba la miseria de sus compañeros.

Con la paz no mejoró gran cosa el estado de la milicia.

En un pueblo de Extremadura chocó la numerosa banda de mi regimiento. Como los soldados remendaban los capotes con las faldas, no les pasaban de la cintura. Al verlos, exclamó una muchacha:—Menos música y más capotes.

En el ejército se distinguían por desharrapados el segundo y el tercero ligero. Los soldados veteranos cantaban:

«Regimientos más en cueros,
no los tiene la Corona,

que el segundo de ligeros,
y el tercero, que es Gerona.»
«Estudiantes en guerrilla,
el chacó á la bayoneta,
y en caso de retirada
el tío Pepe y la galleta.»

A los cazadores de la guardia real provincial, que vestían capotes negros, llamaban los *Estudiantes;* al regimiento de Zaragoza, desde que tiró los descomunales morriones, el chacó; al de Almansa, por ser el último de la infantería de línea, el tío Pepe, y la *galleta* al de Soria, único que la llevaba en el morrión. Por el estado de los pantalones y no ofender el pudor, entramos de noche en Badajoz. En la guerra de la Independencia, su valiente gobernador Menacho, murió en la muralla. En órdenes y documentos ponía siempre antes de su firma. ¡Viva la patria! Desde entonces, para expresar el amor á España, quedó como proverbial la frase. ¡Viva la patria, Menacho!

Se prohibía á los soldados atravesar el puente de Badajoz, para impedir desertasen á Portugal. Cuentan que un sargento primero robaba á los individuos de su compañía, cargándoles en la distribución una cantidad por faltar á la orden mencionada. Al leer el referido documento, decía: «Fulano de tal. Por pasar el puente de Badajoz, tres con dos (tres reales y dos maravedises).—Si alguno replicaba:—Mi primero, no lo pasé: —añadía gravemente el sargento:—Pues entonces, dos con tres.

A un oficial hecho por gracia le advirtieron que el sargento robaba en la distribución. Al leerla exclamó:—¡Ah, tunante! No hay en la compañía ningún soldado que se llame Suma y sigue.—En la milicia suele decirse:

«Gallego con mando,
catalán con botas,
y andaluz con dinero,
de vista perderlos.»

El gallego que manda se ensoberbece; al catalán que gasta botas después de usar alpargatas, le sucede lo mismo; el andaluz con dinero es inaguantable.

Si la mujer ó el sargento saben más que el capitán, mal va la compañía. El superior que en inteligencia ó carácter se halla á merced del inferior, se pone en ridículo. Un capitán, para elegir los soldados más valientes, gritó á su compañía: —Bárbaros al frente.—¿Salgo yo?—preguntó uno.—No; tu eres bárbaro y medio.

—¿En qué consiste, preguntó un oficial á su asistente, que siempre me pones en la cuenta. Entrada cuatro cuartos y salida otros cuatro?—Compro cuatro cuartos de tabaco al entrar en la plaza y bebo igual cantidad de aguardiente al salir—contestó.

El ayudante de un batallón interrogó en la Academia á un sargento andaluz:—¿Qué es fila?—En caló, la cara—respondió.—Pues en caló vaya V. al estaribel (calabozo)—añadió el oficial.

En la primera guerra civil, el coronel Descallar mandaba el regimiento de Navarra. Buen táctico, en política no entendía jota; así deben ser los militares. Oyó decir que el gobierno en las Cortes, había tenido muchos votos en pro, y exclamó:—Pro, D. Quirico, lo *conosí* en la guerra del año 8. Era, como yo, catalán.

En el segundo ligero había en 1841 varios oficiales que eran cabos ó sargentos, cuando se sublevaron en Madrid el 18 de Enero de 1835, y mataron al capitán general Canterac. Acto de indisciplina que no se castigó, saliendo los culpables tambor batiente y banderas desplegadas de la corte; motín precursor de los que le siguieron. Martínez de la Rosa, que presidía el ministerio, probó, que con dulzura y poesía no se gobierna. Los antiguos héroes de la casa de correos de Madrid, se presentaron á Cardero, el ayudante del segundo ligero, cabeza de la citada insurrección que se hallaba de jefe político de Badajoz. No les hizo caso. Daba risa oir á los bo-

rricos; no comprendían que los políticos, después que se encaraman, dan puntapiés á los que les sirvieron de escala, gritándoles:—No empujéis.

También se exaltaban, recordando que al entrar en una acción, les dijo el general Córdoba:—Segundo ligero; á lavar la mancha de la Puerta del Sol.—No les premiaron por el asesinato de Canterac, como á los del 66, que hicieron capitanes el 68. Habíamos progresado.

Al regresar con veinte soldados de Villanueva de la Serena, entré al amanecer en Talavera la Real. Me acosté, y me levanté de noche; di una vuelta por el pueblo, quise volver á mi alojamiento para reunir la tropa y marchar á Badajoz. Como no recordaba el nombre del patrón ni la calle donde vivía, avergonzado, acudí al secretario del ayuntamiento, para salir del apuro. Había baile en su casa, las muchachas se enteraron, y todas riéndose á carcajadas, me acompañaron hasta la puerta de mi alojamiento. Toqué el violón.

Defendí á un soldado; leí la defensa, el presidente del consejo me felicitó moviendo la cabeza, y creí absolverían al acusado. Yo pedía la libertad, el fiscal seis años de presidio, y en vista de las razones de ambos, lo condenaron á ocho.

—¡Me lucí!

En aquella época, me refirieron las siguientes anécdotas:

Espartero, cuando mandaba una división en el ejército del Norte, era demasiado tolerante con la tropa. Un granadero robó un copón, y se dejó la gorra en el altar; supo que el cura la había llevado al general; temió que por ella se descubriera su delito y con la mayor desfachatez, se presentó á reclamarla, diciendo: Vengo á que el camarada, como V. E. nos llama, me devuelva la gorra que he perdido. A Espartero hizo gracia la desvergüenza y no castigó al soldado. Si de general en jefe del ejército no hubiera fusilado en Miranda de Ebro y Pamplona á los asesinos de Ceballos Escalera y Sarfield, habrían hecho lo mismo con él. En la milicia se pierde la disciplina, con tolerar que un soldado se quite un sólo botón del unifor-

me, si tiene orden de llevarlo abrochado. Concluye por pegar un tiro al que trate de impedirlo.

Pocos confiesan, y menos en el ejército, que hay inferiores en graduación que saben más que ellos. Creen que se rebaja la disciplina, aunque sea en materias que no tienen relación con la milicia. Un coronel puso á todos los oficiales de su regimiento en la casilla de las hojas de servicio. «Adelantos que ha hecho en la instrucción. Se perfeccionó en leer y escribir.» Unico que él no ignoraba.

Saint March, procedía de los emigrados franceses del 93; capitán general de Aragón á principios del siglo XIX, decía á los coroneles: «La milicia es una cadena, y no lo olvide V. S. El rey nuestro señor, jo...roba al ministro de la Guerra, éste á mí, yo á V. S., y V. S. tiene obligación de jo...robar á los oficiales del regimiento.» Teoría bestial, importada de Francia. En España la Ordenanza de 1768 previene al superior que se haga querrer y respetar, no que jo...robe.

Un mayor de plaza de Pamplona, tipo repugnante de los que buscan faltas por el placer de castigarlas, se ocultaba para sorprender las guardias. Un alférez previno á los centinelas le avisaran cuando se acercara el mayor, y no dieran la voz de ordenanza. El referido jefe se echó sobre las armas, gritando:—Todas son mías.—Menos ésta—replicó el oficial, dándole sablazos de plano en las espaldas.—¿No me conoce V.? —De noche no veo.

El mayor de plaza, varió de conducta.

Siempre que un comandante militar poco aprensivo recibía algún oficio que comenzaba: «Extraño mucho», decía, arrojando el papel:—Este, al cajón de los extraños.

En la primera guerra civil, á un médico militar que iba con frecuencia á ver á su novia desde un pueblo del Bajo Aragón á otro inmediato, le prendió una avanzada. Dieron parte de que se pasaba á los carlistas y aunque juró no lo había imaginado, le formaron causa. Se celebró consejo de guerra, y le condenaron á muerte.—Si tuviera V. algún dinero—dijo el de-

fensor al pobre físico—daríamos de beber á los vocales; tal vez conseguiríamos revocasen la sentencia.—Cuente V. con media onza—replicó el infeliz. Trajeron botellas, y se acabó tan pesada broma, en la cual tomó parte hasta el jefe que mandaba la columna.

El general D. Bartolomé Amor procedía del arma de caballería. Para reunir la división, mandaba:—Tambor, toca á caballo.—En la retirada de Segura, durante la guerra carlista, ayudó á los artilleros á colocar un cañón sobre un carro fuerte, y llamó bruto á su ayudante porque no le imitaba. En Badajoz, dijo á la oficialidad:—Tengo una satisfacción de ser capitán general donde estuve de sargento antes de la *francesada;* debo advertir á Vds., que, como castellano viejo, llamo al pan pan y al vino, vino.

Hizo construir un sepulcro en Revenga, provincia de Palencia, con el siguiente rótulo: «Aquí yace el teniente general D. Bartolomé Amor. Murió el día...» Dejó en blanco el resto de la inscripción, para cuando lo enterrasen.

A un oficial de mi regimiento le hicieron creer que en la hoja de servicios, donde se leía: «Su religión, C. A. R.» (Católica, Apostólica, Romana), quería decir, calvinista, ateísta, renegado. Se volvió loco.

El 7 de Octubre estalló en Madrid un motín militar. Los sublevados querían que volviese á ser reina gobernadora Doña María Cristina. Atacaron al palacio Real, y los rechazó Dulce con los alabarderos. El general D. Manuel de la Concha, brigadier Pezuela, comandantes Lesundi, y Marquesi, teniente coronel Nouvilas, y coronel Córdoba, se escaparon. Los dos últimos fueron después republicanos. Todos ellos ocuparon los primeros puestos del ejército. Los militares y paisanos políticos varían de opinión cuando les conviene. Uno de los fiscales de la causa que se formó, dijo en su conclusión: «Que los insurrectos no trataron de sacar á la reina de Palacio, con una dulce persuasión, propia de su dignidad y de su tierna edad, sino brutalmente, liada en un capote y puesta á la

grupa de un caballo; rapto, que, si atendemos al modo con que se trató de ejecutarse, sólo puede compararse al robo de las Sabinas.» Fusilaron al valiente general León; Espartero anduvo poco generoso. Olvidó que mucha parte de su gloria se la debía al vencedor de Villarrobledo. Cuando éste tomó á Belascoain se acercó á la muralla, y las balas silbaban tanto, que uno de sus ayudantes, dijo á otro:—Como es sordo, no las oye.—Las oigo, pero fastidiarse como yo,—replicó el general.

Los navarros en todas las guerras civiles, si son vencidos, creen es por traición, y si pueden asesinan á sus jefes. Los carlistas general Goñi, y brigadier Ortigosa, huyeron de Estella en 1839, presentándose al general Rivero. Se contentaban con salvar la vida, y les reconocieron los empleos. Ortigosa se sublevó el 41 en Pamplona con O'Donnell, y Goñi dijo á Rivero, capitán general de Navarra, señalando á la ciudadela, donde se hallaba su antiguo compañero:—Si no fuera por V., estaría yo con aquellos. El primero ingresó en el partido moderado, el otro en el progresista, alternando en el gobierno militar de Pamplona. La nación paga los vidrios rotos y carga con leales y traidores.

Mi batallón fué destinado al Norte; desde cerca de Salamanca regresamos á Extremadura. Vi las charras. Cuentan que una, en la guerra de la Independencia, se confesó que su hija había tenido amores con un lancero de D. Julián Sánchez. El sacerdote la reprendió agriamente. La madre de la muchacha añadió, que ésta se enamoró de infinidad de lanceros. Le chocó que el fraile, en lugar de incomodarse, exclamaba:—Me alegro, me alegro mucho,—y le preguntó:—¿Cómo me regañaba antes y ahora se alegra de la mala conducta de mi hija?—Porque no pude figurarme nunca que el valiente don Julián Sánchez tuviera tanto lancero.

Se hallaba formado mi batallón en Aldeanueva del Camino; se presentó el coronel y mandó al primer comandante envainar el sable y marchar arrestado á su alojamiento. Como no le obedecía, añadió:—Queda V. suspenso de su em-

pleo en nombre de la reina.—Ordenó á una compañía prendiese al jefe desobediente, que al meter el sable en la vaina, dijo:—Lo hago á la fuerza.—Había maltratado de palabra y obra á un capitán veterano, empeñándose en seguir al frente de los soldados hasta llegar á Badajoz. Fué castigado con seis años de prisión en un castillo.

Desde 1841, el segundo ligero se llamó regimiento infantería de Aragón, núm. 21. El 13 de Octubre de 1842 llegamos á Sevilla.

En los primeros años de la vida discurrimos poco sobre lo que nos conviene, soñamos noche y día, nos es indiferente, mande Juan ó Pedro, lo haga bien ó mal. Aborrecía á liberales y á carlistas, oía hablar de política como quien oye llover, me reía al recordar que leí en 1840 en un periódico, burlándose de Molé, ministro de Luis Felipe. «¡Hola!, que le han hecho la mamola á M. Mol, do, re, mi, fa, sol», y del pasquín que pusieron en el palacio de Buenavista:

«En esta casa habita el Regente,
el que nos gobierna vive en la de enfrente.»

Aludía á la del ministro de Inglaterra. Me exaltaba la idea de que el gobierno francés protegiese al partido moderado y el inglés al progresista. En aquella época no me atrevía á decir una palabra á las muchachas; me contentaba con mirarlas. No he creído en las hazañas de los Tenorios. Siempre he dudado de los que, al referirlas, dejaban de ser caballeros.

En Sevilla frecuentaba yo la litografía de un aragonés muy brusco, que comerciaba con cuadros. Le preguntó una mujer, enseñándole una pluma de boj, hecha por un pastor:—¿Tiene esto mucho mérito?—Sí, sí, mucho—la contestó.—¿Qué mérito tiene?—El mismo que conseguir... afeitar á un hormiguero—añadió mi paisano. Hay quien equivoca la paciencia con el mérito. En la hermosa Sevilla me aficioné á las bellas artes, hasta convertirse muchos años después en una verdadera ma-

nía, cuando perdí el entusiasmo militar. No se pueden tener dos pasiones á un tiempo, ni se pueden amar dos mujeres á la vez. Poco de lo ridículo que he leído, oído ó visto se me ha olvidado. Siempre me ha impresionado lo raro y extravagante, buscando en todo, aun en los asuntos más serios, la nota cómica, como se verá por estas aventuras y desventuras. Nunca he podido borrar de mi memoria la majadería siguiente, que algún enamorado escribió con lápiz en la Giralda:

«El día dos de Diciembre
del año cuarenta y dos,
subió Concha á la Giralda
en paz y en gracia de Dios.»

A un capitán de mi regimiento, que mandaba la guardia del Principal de Sevilla, le dijo un paisano que acababan de prender:

—Es una infamia la que hacen con un hombre tan benemérito como yo. He prestado grandes servicios á la libertad. Maté á D. Antonio Hierro y Oliver, gobernador de Cádiz y coronel del regimiento del Rey, el 31 de Marzo de 1831.—Se lo contaba al hijo de la víctima. Otro, nervioso, habría castigado al asesino de su padre, ya que la justicia no lo verifica con los delincuentes políticos.

Durante la ocupación de Sevilla por las tropas de Napoleón, cuando á un coronel francés, encargado de comprar caballos para el ejército, le preguntaban los gitanos: ¿Quiere V. este jaco?—contestaba.—Ne me plais pas. (Ple, pa.) (No me gusta.) Desde entonces se aumentó el idioma. Plepa es maula, carga, mala cosa en hombres y bestias.

Barcelona se sublevó en Noviembre de 1842, contra el regente del reino. Decían en Sevilla que si ésta imitaba el movimiento, el regimiento de Aragón lo apoyaría. El coronel protestó en un periódico, los comandantes de los batallones primero y segundo, y del escuadrón de la milicia nacional

contestaron agriamente; los paisanos insultaban y hasta maltrataban á los soldados, si eran más que éstos.

Todas las noches, desde últimos de Noviembre, se reunían los nacionales en sus cuarteles; nosotros permanecíamos sobre las armas hasta el 18 de Diciembre que se decidieron á enviar al capitán general una comisión de oficiales de la Milicia ciudadana, pidiendo que abandonase á Sevilla el regimiento de Aragón ó lo harían salir con las puntas de las bayonetas. ¡Baladrones!

Los sublevados comenzaron á construir barricadas, se publicó un bando, para que á los cinco minutos, marchasen á sus casas los nacionales, como lo ejecutaron sin disparar un tiro. Nos fuimos á dormir después que la música del regimiento tocó diana, á cuyo compás, los soldados que llamaban merengues á los milicianos burlándose, cantaban como á los carlistas en la guerra civil:

«Levántate, merengue, que las cuatro son,
y armada bayoneta viene ya Aragón,
te quitará las armas, banderas y cañón.
Que venga ó que no venga, ¡qué me importa á mí!
me voy á la p... y arrojo el fusil.»

Desarmaron la milicia, y de tan sangriento combate, sólo quedó que los granujas, si veían al jefe del regimiento, que era muy soberbio, decían poniendo el índice en la boca:—Chitón, que viene el coronel de Aragón.

A un general en Sevilla le preguntaron:—¿Quién es aquella tan fea?—Mi hermana—contestó.—No, señor; la que está al lado.—Mi sobrina.—Tampoco, la que se halla á la derecha—añadió apurado el indiscreto.—No se mate V.—replicó el militar con la mayor calma;—todas las de la tertulia son parientas mías.

UN SOLDADO VIEJO.

RECUERDOS

NINGÚN hombre lo es todo: ni reune todas las aptitudes; ni es capaz de todas las empresas; ni puede dedicarse á todas las faenas; ni puede extender su actividad á todas las esferas; porque entonces no sería un hombre, sería un semidiós.

Pero tampoco ningún hombre es nulo en absoluto; ni es inútil para todo: porque entonces se confundiría con la nada, ó, al menos, dejaría de ser hombre.

Esto quiere decir que yo serviré para algo, por ejemplo, para estudiar matemáticas, aunque no sirva para otras muchas cosas. Y entre las cosas para las cuales no sirvo, hay una importantísima, aunque hoy menos importante que en los tiempos bíblicos.

Doy á entender con esto, que no sirvo para profeta.

Profeticé en el artículo anterior que iba á recorrer un camino árido y monótono, sin un recuerdo que á mí viniese con soplos de brisa, con aroma de flores, ó con luces de amanecer.

Y al fin del artículo llegué á uno de los más consoladores oasis de la vida, al recuerdo de mis padres, y conté una parte de la historia del mío.

No será la última vez que me complazca en este recuerdo. Pero ya debo cerrar este largo paréntesis y continuar la relación de mi viaje por mar, desde las playas de Almería á Má-

laga, Cádiz y Sevilla, con mi buen compañero el sesudo ingeniero de minas á quien llamé A., por no decir su nombre y porque tampoco me acuerdo cómo se llamaba, y cuyo modesto y encorvado perfil procuré dibujar con unos cuantos trazos.

*
* *

Acabamos de comer y subimos valerosamente á la cubierta del vapor, sintiéndonos mucho menos tímidos que antes de bajar.

Habíamos realizado un derecho, y esto dignifica al hombre, le da energía y le eleva á sus propios ojos.

Reanudamos, pues, virilmente nuestros paseos sobre cubierta, sin experimentar ni asomos de mareo.

Pero llegaron las doce de la noche: como ya dije no teníamos camarote, y, sin embargo, era preciso dormir. Mi compañero se sentó en un banco, resuelto á esperar sentado la aurora del nuevo día. Yo me tendí sobre los tablones del puente.

Puse mi saco de noche por almohada, me envolví en un grueso capotón de monte de los pies á la cabeza, y al poco rato me quedé profundamente dormido.

Así dormí ocho horas casi de un tirón, como vulgarmente se dice. Cada tres horas me despertaba un momento, cambiaba de postura, y volvía á recobrar el sueño con tanta facilidad como si hubiese estado tendido sobre un colchón de plumas.

Cuando desperté, á la mañana siguiente, mi compañero continuaba sentado y dando cabezadas; y entre el vapor condensado, el humo desprendido de la chimenea y la palidez del cansancio, la verdad es que su cara, lacia y avejentada, ofrecía un aspecto entre cómico y desolador, y por toda ella unos jaspeados que estaban pidiendo agua y jabón á voces.

Y así pasé y pasamos dos ó tres noches, desde Almería á Cádiz: yo tomando el puente por cama; él sentado en cualquier banco.

Y no me acuerdo que en este viaje me ocurriese nada más, que sea digno de referirse. ¡Ah! sí: ahora me asalta otro recuerdo.

Nos detuvimos unas horas en Málaga, y tomamos más pasajeros, que en las noches restantes nos hicieron compañía sobre cubierta.

Entre ellos una señora malagueña con su esposo. Del esposo no me acuerdo; pero la cara de la malagueña era verdaderamente admirable. En el género malagueño no hay nada que se iguale á aquellos ojos negros, á aquel pelo negro y ondulado y á aquel contorno graciosísimo de la cara.

Cuando á la mañana siguiente desperté, después de haber dormido como la noche anterior, sobre los tablones de la cubierta, con el capotón por abrigo y el maletín por almohada, vi uno de los mayores contrastes, que han aparecido ante mis ojos en mi vida, que ya no es corta.

En un banco, sentado como la noche anterior, pero desplomándose ya de costado, por el sueño y el cansancio repetido, mi pobre compañero de viaje, el ingeniero A., con su cuerpo flaco y desairado, hecho una S.; con su cabeza caída sobre el pecho; con su corva nariz amenazando, al parecer, un mayor desplome; con su cara más pálida, más jaspeada, y más húmeda que el día anterior; con su boca abierta, cuyo labio inferior pendía casi en forma de piltrafa sobre la barba, y con sus bigotes á lo chino, goteando vapor y hollín. Es decir, la expresión más acabada de la fealdad humana en las horas del amanecer, que son aquellas en que la humana fealdad extrema sus lástimas y sus miserias.

Y enfrente, sentada en el suelo, envuelto el cuerpo en una manta, y destacándose con resplandores divinos de sol naciente, la cabeza de la malagueña, con sus ojos hermosísimos, con su pelo revuelto y su boca entreabierta, por donde asomaban

unos dientecillos de espléndida blancura, como perlas que se asomasen á una ventana de rosas para ver las primeras luces de la mañana.

Yo este cuadro no lo sé pintar; pero en este momento lo estoy viendo, y si supiera manejar un pincel lo pintaría.

El ingeniero, lastimosamente feo, desencuadernándose todo él, cuerpo y brazos, nariz y labio: esto de una parte.

De otra parte, la malagueña, soberanamente hermosa, saliendo de entre las hondas de la manta.

Y en frente, el estrecho de Gibraltar bravío y revuelto, y cubierto de oleaje espumoso; más allá el horizonte encapotado; sobre nuestras cabezas nubes de humo desprendidas de la chimenea de la máquina; y el vapor avanzando con poderosas sacudidas por entre las olas amenazadoras.

*
* *

Este cuadro lo sentí como intento pintarlo, y no se ha borrado nunca de mi memoria. En ella se ha quedado como misterioso triángulo.

En un vértice, mi compañero el de los bigotes de chino, nariz de cotorra y desplomada bondad, simbolizando lo más feo.

En otro vértice, la mujer de ojos malagueños y de formas redondeadas, sonriendo, con divinas sonrisas de Andalucía, al nuevo día que llega.

Y en el tercer vértice el mar tempestuoso; el cielo inmenso, es decir, los más perfectos símbolos de lo infinito.

No: no es que busque ahora ó invente estos contrastes; es que los vi entonces y entonces los sentí: es que estuve un rato mirando alternativamente como si girase dentro del triángulo, circunscribiéndole círculo extraño de curiosidad, al pobre ingeniero de la triste figura, á la hermosa andaluza de ojos divinos, y al mar verdoso de olas espumosas; y repitiendo periódicamente á cada vuelta, sí; lo feo, lo hermoso, lo infinito.

Si entonces hubiera tenido pretensiones de autor dramático, ya hubiera ajustado un argumento más ó menos extravagante sobre aquel extravagante triángulo de mis fantasías.

***

Así pasamos el estrecho de Gibraltar, con un tiempo endiablado.

Todo el mundo se mareó, la malagueña inclusive, que, aun dando arcadas, estaba monísima.

Todos, menos mi compañero y yo, que continuamos el día entero paseando por el puente, aunque haciendo eses formidables.

Y, ya no me acuerdo de más sino de que, al amanecer del tercer día apareció en el horizonte una línea blanca, que fué—por decirlo así—espesándose, creciendo en altura y tomando contornos, hasta que, por último, surgió Cádiz de entre las olas, limpia y blanca como niña que sale del lecho envuelta en flotante peinador.

Poco después saltamos en tierra, y aquí se borran por completo de mis recuerdos la malagueña de ojos rasgados y mi buen compañero de viaje.

Y ya para siempre. Ni á ella ni á él les he vuelto á ver jamás. ¿Vivirán todavía? ¿Serán muy viejos? Vaya V. á adivinarlo. Dos gotas de agua que habrán rodado por los mares de la vida, acaso entre tempestades, entre bonanzas tal vez, de seguro entre amarguras; que mares son estas que las tienen para todas sus gotas.

Dos vértices, de mi simbólico y extravagante triángulo, que perdí para siempre. El tercero, es el que siempre es invariable.

***

Del Cádiz de entonces apenas me acuerdo; y sólo sé—como dice el célebre soneto—que no me pasó absolutamente nada en la poética y simpática ciudad gaditana.

Dos ó tres días estuve en casa de mi querido amigo y compañero Leopoldo Brockman; y luego, juntos, nos fuimos á Sevilla.

He dicho que no me ha quedado ningún recuerdo de aquellos días, y he dicho mal: dos recuerdos conservo; pero tan insignificantes, tan nimios, tan prosaicos, que casi no me atrevo á referirlos.

Con todo, como al fin y al cabo estos apuntes no son otra cosa que una colección de documentos humanos; y en materia de documentos no hay ninguno, por insignificante que parezca, que no tenga su importancia relativa y que no contribuya á cierta especie de síntesis final, voy á referirlos.

Al fin y al cabo no serán ni menos interesantes ni menos curiosos que todos los que vengo arrojando hasta aquí sobre el papel.

Diré, pues, que de aquella mi estancia en Cádiz, dos cosas han quedado grabadas en mi memoria.

Recuerdo, en primer lugar, que en casa de Brockman, comí un cocido á la andaluza, verdaderamente apetitoso.

¡Oh! mi estómago es, á la par, agradecido y rencoroso. Y vayan apuntando los psicólogos, los fisiólogos y los sociólogos notas documentales!

Yo recuerdo, pero con recuerdo vivísimo, de fuerte color y de contorno firme, todos los días de mi vida en que he comido bien, y todos los sitios en que me han dado mal de comer.

Días de comidas memorables han sido memorables para mí; y puedo hacer una lista exactísima de todos ellos.

Yo recuerdo, por ejemplo, que siendo niño fué á Murcia desde Madrid el célebre Toca, que era amigo íntimo de mi padre; y que juntos marcharon á Lorca para hacer no sé qué cruenta operación á una señora muy rica de aquella villa. Al

volver, comió Toca en mi casa, y una tía mía, que era gran guisandera, preparó comida tal, que fué asombro para el célebre operador, y fué regocijo—que nunca olvidaré—para mi diminuta persona.

Recuerdo, en cambio, que en una excursión electoral, me dieron en Santa Cruz de la Zarza la comida más nauseabunda y repugnante que ha escarnecido el estómago de ningún ser racional.

Y así puedo ir señalando día por día todos mis sufrimientos gastronómicos y todas mis alegrías culinarias, no sólo á través de casi toda España sino á través de casi toda Europa.

Mi estómago es, todo él rencor, ó todo él agradecimiento; por lo común, es desdén ó indiferencia.

Porque la cocina es como el ser humano.

Hay algunos seres sublimes. Hay algunos otros protervos. Y una gran masa, insípida.

Todas estas ideas, parece que no, y tienen mucha importancia—como ya veremos—para conocer las tendencias de mis obras dramáticas.

Pues bien, y vuelvo á tomar el hilo de mis Recuerdos, entre los platos que he saboreado mas á gusto en este mundo, está el cocido á la andaluza que tomé en casa de mi amigo Brockman. Y este es mi primer recuerdo de Cádiz.

El segundo recuerdo es una muestra de una tienda.

Esa muestra, siempre la veo ante mí. No se debilita; no se obscurece: cuando en su imagen me fijo, la estoy viendo. Después he visto varias de este mismo género, pero sólo de aquélla me acuerdo.

Sobre el tablero general de la muestra se habían colocado, de canto, muchos tabloncitos, á intervalos iguales, dejando entre sí huecos ó distancias iguales al espesor de los tabloncillos, ó acaso algo mayores.

Y la muestra tenía tres letreros: uno, escrito en los cantos y en el fondo.

Otro en las caras de un lado de los tabloncillos.

Y otro tercero, en las caras opuestas.

De este modo, al venir una persona por la calle, leía el primer letrero; el de las caras de aquel lado.

Seguía andando; y el letrero iba siendo cada vez más confuso. Poco á poco, á medida que se avanzaba, el letrero desaparecía, como cuadro disolvente. Y al llegar delante de la tienda había desaparecido el primer letrero y aparecía, claro y distinto, el de los cantos y el fondo.

Pero se continuaba la marcha, y este segundo letrero se desvanecía también. Sin embargo, en volviendo la cabeza, brotaba—de entre confusiones—el tercer letrero, el del otro costado.

En suma: á mí me pareció la combinación sumamente ingeniosa, y tres ó cuatro veces recorrí la calle en uno y otro sentido. El que me hubiera observado, quizá imaginara que era yo un joven que andaba de aventuras. Y á fe que mi aventura era más inocente que las de Don Juan Tenorio: leer los tres letreros de la muestra de los tabloncillos.

Y es que la muestra me parecía grandemente filosófica, y aun hoy mismo me lo parece. Es un modesto, pero admirable símbolo de la vida.

Por la vida venimos caminando y leemos, en los tabloncillos, con letras brillantes, luminosas, teñidas por el iris, *esperanza*.

Y, á medida que nos vamos acercando, el letrero se va desvaneciendo, y cuando estamos á la par de la muestra, que es sólo un momento, porque el presente es un punto, leemos en letra negra, *realidad*. Y cuando nos alejamos por la parte opuesta, como volvamos la cabeza, vemos otro tercer letrero, de caprichosas letras, acaso luminosas, acaso sombrías, pero impregnadas de no sé qué misteriosa sustancia, que nos quisiera atraer para que volviésemos atrás, aunque sin conseguirlo; letrero que dice claramente á veces, y á veces borroso, *recuerdo*.

Yo estoy ahora mismo mirando las caras que han quedado atrás en los tabloncillos.

Sólo que esta calle por donde voy sólo se recorre una vez: no puedo dar cuatro ó cinco vueltas, como en la limpia, recta y pulida calle de Cádiz, con su escrupuloso empedrado, y sus fachadas blancas, y sus miradores de color.

Calle abajo voy; ¡ay cuando vuelva la esquina, que ya no veré el letrero!

*
* *

¿Hay nada más caprichoso? ¿Hay nada más estravagante que estas memorias mías, que sin orden ni concierto, ni freno literario, ni jugo poético, voy recogiendo á capricho, y voy dictando descuidadamente?

¿Haber estado en Cádiz por vez primera y no acordarme más que de un cocido á la andaluza y de la muestra de una tienda?

Pues así fué, y así es. Yo no he de inventar recuerdos: no he de forjar novelas: á la verdad me ciño, y tomo la realidad con todo lo que tiene de insulsa y de caprichosa.

En Cádiz el cocido y la muestra de la tienda.

En el viaje, la nariz de mi compañero, los ojos de la malagueña, y las fugaces espumas del estrecho de Gibraltar.

Y con estos precedentes, forjen los críticos teorías sobre las tendencias sociales y sobre el carácter artístico de mis dramas.

La verdad es que, por entonces, ni del teatro, ni de dramas ni de versos tampoco, me acordaba yo.

Es más; en este viaje no resolví ningún problema de geometría.

Tampoco de los pocos días que estuve en Sevilla, en esta mi primera expedición á la hermosa ciudad de Andalucía, conservo ningún recuerdo saliente. Todos son vagos y confusos.

¡Qué cosa tan extraña! Vagos y confusos, digo, y, sin em-

bargo, están llenos de ruido, de luz y de color. Pero todo revuelto. Una forma caótica. Lo individual no se destaca en aquella confusión.

Recuerdo una calle muy estrecha y muy retorcida. Recuerdo un casino en que se hablaba y se reía mucho. Y recuerdo el campo de la feria, un sol abrasador, nubes de polvo, tiendas de lienzo y gitanas que se acercaban á nosotros, y que me daban cierto recelo por sus maneras y sus chistes; porque temía que se fijasen en mí y me pusieran en ridículo ante mis compañeros. Digo de mis compañeros, porque siempre rodeado de ingenieros y protegido por mi amigo Brockman solía yo ir á visitar la feria: siempre con ellos; nunca solo. Aquel barullo, aquel ruido, aquella luz, me aturdían, me ofuscaban, casi me daban miedo.

Y nada más. Después de estar en Sevilla una semana, me embarqué para volver á Cádiz en uno de los vaporcillos que navegan por el Guadalquivir.

Y aquí sí que sufrí una contrariedad.

***

No pudimos cruzar la barra, porque el tiempo estaba tormentoso, y, si no recuerdo mal, en San Lúcar de Barrameda nos descargaron; es decir, nos echaron á tierra, para que por tierra fuésemos al Puerto y del Puerto á Cádiz.

¿Fué en Sanlúcar, ó en Bonanza, ó en otra parte? No sé: ¡qué más da!

Y aquí de mis apuros; aquí de mis timideces puestas á prueba.

Los viajeros éramos muchos; los vehículos escasos: algunas calesas, algún carricoche; y todos fueron tomados por asalto y á precios fabulosos.

No hay que decir que yo no logré ninguno. La confusión y el ruido me aturdían. Me repugnaban las gracias de los caleseros, y me espantaban los precios.

Ni hubiera osado entrar en competencia con mis compañeros de viaje para disputarles carricoches y calesas.

Todos los que habían desembarcado fueron acomodándose en brevísimo tiempo en unos y otros vehículos, que inmediatamente partían por la carretera y en dirección al Puerto; hasta que al fin, me quedé yo solo, y en pie, con mi saco de noche en una mano, y mirando aturdido á mi alrededor, como si víctima de un naufragio, me hubieran arrojado las olas á una isla desierta.

¡Y cómo echaba de menos á mi compañero de viaje, el ingeniero A.! Al menos, hubieramos sido dos los desamparados; con lo cual hubiera sido menor el desamparo. ¡Desamparo más trágico que el de Dido!

Miraba las revueltas aguas del río; miraba el desierto muelle, y no se me ocurría resolución ninguna que tomar.

Buen rato había pasado, esperándolo todo de la casualidad, cuando se me acercó un hombre, y me dijo, con tono que me sonó á bondad infinita, estas palabras:

—El señorito ha perdido las calesas. Los caleseros son mala gente: siempre se valen de la ocasión para robar á los señores. ¿Quiere el señorito un caballo para ir al Puerto?

El cielo se me abrió con resplandores de gloria y con un soberbio alazán en el centro de la celeste cortina desgarrada.

¡Ir á caballo al Puerto y no en un carricoche desencuadernado ó en una grosera calesa! ¿Qué más podía apetecer yo?

Después de aquella aventura—la de la calle Mayor y el caballo desbocado—que referí hace tiempo, yo había aprendido á montar en el picadero de Medinaceli; y había adquirido alguna práctica en la equitación.

Por el pronto, conocía á todos los alquiladores de caballos de Madrid, y los mejores caballos de sus cuadras.

Montaba con frecuencia un caballo blanco, de admirable estampa; como que algunos años antes—no muchos—por su estampa ganó un premio de honor. Pero se resintió del pecho;

el veterinario le sentenció á muerte; y su dueño se lo vendió á un alquilador de caballos.

Las hermosas postrimerías del noble animal, yo las aproveché en el Prado, en la Castellana, y en los alrededores de Madrid: un jinete que nace y un caballo que muere.

Pero cuando quería trotar y galopar desesperadamente, tomaba un caballo negro, que era una centella, y que no era feo tampoco.

—Cuídele V. mucho—me decía el alquilador,—y no le haga V. sudar. Y yo reventaba al pobre animal, durante cuatro horas, sin dejarle ni cinco minutos de descanso. Después, cuando era la de retirarme, iba á la Veterinaria, cuyo capataz había servido en mi casa. Y Bernardo—que así se llamaba—le limpiaba el sudor al pobre animal; lo secaba cuidadosamente; le sentaba y cepillaba el pelo; y devolvía yo mi cabalgadura, al parecer tranquila y reposada, como si durante toda la tarde no la hubiera sacado del paso.

El mozo de la cuadra le pasaba la mano por el cuello, por el pecho, por la barriga y por las ancas, y decía satisfechísimo:—Muy bien, muy bien: á V. se le pueden confiar los animales.

Y yo pensaba, aun pensándolo de mí mismo, ¡Fíese V. del género humano!

Algunas veces alquilaba á mi alquilador, que se llamaba Lamb, una gigantesca yegua inglesa que trotaba de una manera admirable: no parecía sino que en cada remo llevaba un cronómetro.

En tres horas, ó tres horas menos cuarto, recorría yo, siempre al trote, las siete leguas que median de Madrid al Molar. Le hacía una visita á mi querido amigo y profesor D. José Morer; con él visitaba el trozo de las obras del Canal de Isabel II que estaba bajo su dirección; y á la caída de la tarde me volvía á Madrid sin experimentar ni sombra de cansancio. Sin embargo, había recorrido durante el día catorce y á veces veinte leguas.

Además no me faltaba algún amigo caballista, y recuerdo que uno de ellos me prestó un hermoso caballo, llamado Capellán: el cual Capellán por poco muere del sofocón que le dí.

Cuando yo montaba á caballo me volvía loco: un vértigo se apoderaba de mí: corría y corría desesperadamente, casi siempre á trote largo y á la inglesa, como si quisiera vengar, con aquellos alardes de jinete, antiguas afrentas de la raza caballar, hechas á mi vanidosa y rencorosa persona.

***

¡Imagínese, con estos antecedentes, el regocijo y el apresuramiento con que yo acogí la proposición de aquel hombre providencial, que ángel me pareció á pesar de sus apariencias de arriero!

—Pero ¿es bueno ese caballo?—le dije.

—Pues ya lo creo; ya verá V.

—Pero es que no traigo espuelas,—seguí diciendo.

El, me miró con cierta sorna y me replicó sonriendo: ¡Ca! ¡no hacen falta! Pues, ¡si el animal es más valiente!

Ajusté, pues, el caballo en cinco duros, y fuimos á buscarlo á una casucha próxima.

¡Cielo santo! ¡Qué desengaño!

No había tal caballo. Lo que había era un macho enorme, con algunas mataduras, un aparejo redondo lleno de manchas de aceite (porque en transportar pellejos de aceite se empleaba aquel maldito arriero) y con un ronzal de cuerda en vez de brida.

—Pues, ahí lo tiene V., señorito:—me dijo, haciendo en toda forma la presentación del macho.

—¡Pero, es ese el caballo!—exclamé yo, tartamudeando de cólera.—¡Pero, si eso es un macho; si eso no es un caballo!

Y él, con mucha calma, «¿ni qué falta hace el caballo donde está ese animal?»

Y yo, cada vez más exasperado:—¿Pero he de ir ahí encima? Y él:—Pues, no hay otro sitio, señorito: á no ser que quiera quedarse esta noche en la venta; pero se está muy mal.

El caso es que el hombre tenía razón. Un mal rato, pero al fin llegar al Puerto; ó, Dios sabe hasta cuándo, en la venta.

Tomé una resolución enérgica; y cerrando los ojos, le dije:—Saque V. el macho.

Y sacó el macho; y me encaramé sobre aquel aparejo ancho, grasiento, duro y repugnante; y tomamos carretera arriba, yo encaramado sobre la innoble bestia, y él detrás pegándole al macho con una vara para que aligerase el paso, aunque sin poder conseguirlo.

Cuando de este modo, atravesábamos algún pueblo, parecíame, al oir los golpes del arriero, que me habían sacado á la vergüenza y que me iban azotando públicamente.

El me había dicho que en media hora estábamos en el Puerto; y ya llevábamos una hora y el Puerto no parecía.

Al fin, el demonio del arriero detuvo la cabalgadura, cogiéndola por el ronzal, y me habló, poco más ó menos, en estos términos. Pero lo que él me dijo merece capítulo aparte.

José ECHEGARAY.

LAS RELACIONES COMERCIALES

ENTRE LA PENÍNSULA Y LAS ANTILLAS, SEGÚN UN LIBRO RECIENTE.

El Sr. D. Pablo de Alzola, ex alcalde de Bilbao, ingeniero doctísimo, autor de obras tan importantes como el *Tratado de expropiación forzosa; Africa, su reparto y colonización; El Arte industrial en España; Estudios de Administración municipal*, y otros muchos referentes á ferrocarriles, puentes y todo género de construcciones, ha sido representante de la Liga nacional de Productores en la Comisión nombrada para la reforma de los aranceles de Cuba y Puerto Rico, y como tal ha publicado un hermoso libro, sabio é imparcial á nuestro juicio, sobre el asunto que encabeza los presentes renglones y del que, para conocimiento de nuestros lectores, hacemos un detenido extracto, por el gran interés que en los actuales momentos tienen estas cuestiones.

«Los representantes en Cortes de la isla de Cuba y las corporaciones allí constituidas se han pronunciado contra la ley de relaciones que se promulgó en 1882, produciendo entonces caluroso entusiasmo entre los antillanos, y en la que se preparaba por rebajas graduales la transición al régimen de cabo-

taje como corolario de la política de asimilación, lazo de fraternidad entre regiones de una misma nación y remate necesario de un sistema colonial progresivo.

»El cambio ocurrido después en la opinión cubana se debe á la crisis del azúcar que, como la del trigo y la del vino, proceden de la exuberancia de producción y no del cabotaje. Para demostrarlo ha habido necesidad de suplir las deficiencias de la estadística del comercio insular, con una recopilación hecha en otros manantiales, principalmente del extranjero.

»No se comprende la campaña sostenida en Cuba contra la unión aduanera con la Península, habiendo antiguos ejemplos, como la del *Zollverein* alemán, de grandes Estados independientes asociados por conveniencia mutua para ayudarse contra la invasión comercial de otros países extranjeros.

»El régimen vigente tiene defectos; pero para corregir los lunares no hay necesidad de destruir el sistema. Es doloroso que, en vez de soluciones de avenencia, se propongan las más radicales para echar por tierra lo que se ha dado en llamar *monopolio peninsular*. Y esto viene á ser tanto como pedir el establecimiento de aduanas en las islas Baleares para los productos españoles á pretexto del mar que las separa del continente.

»En la isla de Cuba se ha cometido el error de no diversificar los cultivos, y un país así constituído se halla forzosamente expuesto á grandes vaivenes y oscilaciones. Pendiente la vida económica de Cuba de la colocación en el extranjero de gran parte de su producción de azúcar y tabaco, sufre por la abundancia de estos artículos las consecuencias de la ley impuesta por los países importadores. Los Estados Unidos, dueños del mercado, exigieron franquicias sin compensación, que hicieron perder al Tesoro de la Isla muy saneados ingresos, formando al mismo tiempo sindicatos que estrujaron los precios y exacerbaron la crisis azucarera. Inglaterra, que tanto azúcar extraía de Cuba, ha abandonado aquel centro para sus compras, aunque mantiene la remesa de artículos británicos.

Esas bruscas alternativas tienen su causa en la ley de la oferta y la demanda en los mercados reguladores de Londres y Nueva York, sin que la metrópoli, contra la que se arremete, haya tenido arte ni parte en tales contratiempos.

»El clamoreo levantado contra el cabotaje no se basa en verdadero antagonismo de intereses. En Cuba no hay establecimientos industriales similares á los de la Península, como sucede en la India Inglesa. Aquí no se produce café ni cacao, se prohibe el cultivo del tabaco en beneficio de las colonias, y todo el antagonismo se reduce al azúcar, cuya fabricación fué más antigua en la madre patria; pero esta misma rivalidad existe en Francia, sin que se quebrante el principio del cabotaje entre la metrópoli y sus colonias.

»En las Antillas se rechazan las contribuciones diretas y otras gabelas, prefiriendo la renta de Aduanas, y aun de estos ingresos escogen los de importación. No llevando la Península más que una parte moderada al total de las entradas de la isla de Cuba, ésta no puede vivir, dado su régimen tributario, sin un arancel elevado para los productos extranjeros, á menos de provocar la bancarrota de su Tesoro; de modo que no hay incompatibilidad de intereses.

»El estudio de nuestro viejo sistema colonial ofrece enseñanzas provechosas; fué el sistema más moderado y más humano de los practicados por cuantas naciones europeas dominaron regiones americanas: testigo el Código de leyes de Indias, eterno monumento de gloria para la nación española. Pero á España, en su obra de colonización y civilización de aquellos países, le faltó sentido práctico en materia de industria nacional, por lo que siguió una política comercial desatentada y totalmente contraria á la sagaz y previsora de los ingleses.

»Reinaban en la Península multitud de preocupaciones ridículas, no sólo en menosprecio del trabajo mecánico, sino que inspiradas en el interés, mal comprendido, del consumidor, consideraban como monopolistas y perjudiciales á la comuni-

dad á las asociaciones de capitales, á los negociantes en grande escala, á los productores y á los intermediarios. De aquí las infinitas trabas puestas al comercio de la Península, cuyos productos eran desterrados de las posesiones americanas, mientras las invadía el comercio extranjero, valiéndose como intermediarios de los comisionistas de Sevilla.

»Las Cortes de Valladolid llegaron á pedir que «no se consintiese embarcar géneros fabricados en estos reinos», contribuyendo este escaso sentido práctico de los castellanos en materias económicas y la astucia extrajera á destruir la industria nacional y al empobrecimiento general, nacido de la falta de trabajo. España agonizaba bajo aquel régimen, en tanto que América gozaba de los mayores beneficios para su prosperidad. Sobre este punto formuló D. José Arias y Miranda, en su «Examen crítico del influjo que tuvo en el comercio, industria y población de España su dominación en América» el siguiente juicio: «A los que opinan que la idea de colonia envuelve el monopolio ejercido por la metrópoli, ha de parecerles extraño que América fuese la monopolista y la metrópoli la que sufrió el peso de la exclusiva.»

»Los ingleses siguieron otro camino bien distinto con sus posesiones, y comprendiendo las ventajas de la asociación de capitales, se favoreció el establecimiento de grandes compañías, concediéndolas monopolios y franquicias para impulsarlas á explotar las factorías ultramarinas, con gran provecho de la industria y del comercio británico.

»En ese camino les siguieron los holandeses, fomentando el espíritu de empresa, y planteando, como Inglaterra, el problema de la colonización bajo el punto de vista exclusivo del negocio y de la utilidad para las naciones colonizadoras, punto de vista bien distinto del que siempre guió al hidalgo manchego en sus quijotescas aventuras.

»Cuanto á Francia, recientemente ha establecido la asimilación aduanera de las colonias con la metrópoli. Las procedencias francesas entran libres en todos sus dominios, y en

cambio los azúcares, melazas y dulces de las colonias adeudan en Francia enormes derechos, beneficiándose sólo en una mitad del arancel el cacao, café, te y especias.

»Todos los ejemplos que pudieran citarse conducen á demostrar que no debe seguirse la política romántica que aniquiló á España en los siglos pasados. Los sacrificios hechos por la metrópoli en Cuba y los que actualmente hace, que son incalculables, tanto en hombres como en dinero, no son para que los extranjeros sigan explotando el mercado antillano, ni hay tampoco razón alguna para que se califique de monopolista nuestra modesta participación en las importaciones de Cuba.

»No pueden mirarse con indiferencia los planes encaminados á abrir de par en par las puertas de Cuba á las procedencias exóticas, cerrándolas, ó poco menos, á la industria española. Aun sin la guerra separatista actual, estaba el Tesoro de la Isla en constante déficit, y la mutilación de los ingresos que produciría la reducción del arancel extranjero es un empeño suicida, tan funesto para la gran Antilla como para la madre patria, llamada á pagar en definitiva los vidrios rotos.

»Los artículos coloniales tienen en la Península derechos prohibitivos, por lo cual no entra en España azúcar ni café de procedencia extraña, sino en cantidades insignificantes, y el tabaco Kentuky sólo entra por su valor exiguo. Para corresponder á estas ventajas, es imprescindible que los artículos peninsulares tengan en las provincias ultramarinas un arancel suficientemente protector, porque un margen ineficaz equivaldría á la franquicia absoluta.

»Además, no es este el momento más propio para plantear esas reformas económicas que tanto se pregonan, cuando arde la guerra en los campos de Cuba y el esquilmado Tesoro de la isla se ve abrumado con las deudas de la nueva contienda.

»Nos hemos extendido en esta parte del libro, por hallarse exenta de la aridez de los números, que es la base de la argumentación en sus capítulos sucesivos.

»El régimen comercial entre la Península y las provincias de Ultramar se concertó por las leyes de relaciones de 30 de Junio y 20 de Julio de 1882, informadas por un espíritu benévolo hacia las Antillas.

»La primera declaró libres á su entrada en la Península los productos de Ultramar, excepto el azúcar, café, aguardiente y cacao, cuyos derechos se redujeron considerablemente, y del tabaco, como artículo estancado; los derechos señalados á los citados productos coloniales debían reducirse anualmente por décimas partes hasta quedar completamente abolidos en 1892.

»La segunda dispuso que los Aranceles vigentes á la sazón en Cuba y Puerto Rico se reformaran gradualmente en el mismo período de diez años. Constaban aquellas tarifas de cuatro columnas, las dos primeras relativas á la producción española, y á éstas afectaba la rebaja gradual hasta quedar establecido el cabotaje, debiendo desaparecer en el término de los diez años la cuarta relativa á los artículos extranjeros en bandera extranjera, quedando reducidos los derechos de estas procedencias á los tipos de la columna tercera.

»Por consiguiente, las citadas leyes de relaciones iban encaminadas á la asimilación, pero partiendo de concesiones inmediatas hechas á los productos antillanos á su entrada en la Península y más importantes que las rebajas recíprocas en el adeudo de los productos peninsulares á su entrada en las Antillas.

»A los dos años de dictadas aquellas leyes, y cuando la rebaja gradual favorecía aún muy poco á la producción peninsular, se suprimió en beneficio de los Estados Unidos la cuarta columna de los aranceles antillanos, ventaja que se hizo extensiva pocos meses después á Francia y Alemania por la cláusula de nación más favorecida de sus respectivos tratados de comercio con España. Otras grandes rebajas se hicieron en el arancel cubano de importación extranjera en 1891, con el propósito de facilitar la celebración de un convenio con los Estados Unidos, como principal mercado de Cuba.

»A todo esto se habían llevado á las Antillas las franquicias consignadas en la ley de ferrocarriles de la Península, extendiéndose á todos los efectos que se introdujeran del extranjero con destino á Obras públicas, y solamente pagaban el 1 por 100 de su valor los artículos extranjeros destinados á la explotación de los ingenios, siendo exentos de todo derecho el material y maquinaria destinados á la industria minera y metalúrgica. Este era el *monopolio* que arrojaba á los fabricantes de hierro y acero de la Península del mercado antillano.

»En cambio, fué aumentándose paulativamente el márgen protector concedido á los azúcares antillanos respecto de los extranjeros, debiéndose advertir, además, que mientras se autorizaba á los municipios cubanos para gravar los artículos de comer, beber y arder procedentes de la Peninsula, se prohibía á los ayuntamientos españoles el establecimiento de derechos de consumo sobre los artículos coloniales, sujetos exclusivamente á los impuestos que por diversos conceptos cobra el Estado en las Aduanas.

»Todavía, y en prueba de la solicitud con que casi siempre se han mirado los intereses antillanos, y con objeto de conjurar la crisis producida en el comercio de azúcares por la competencia universal, se suprimió en su totalidad la tarifa arancelaria ocho años antes del plazo señalado, quedando solamente el derecho transitorio y los recargos comunes á todas las procedencias, con lo cual se elevó considerablemente el margen protector para los azúcares antillanos. Según el cuadro que subsigue con el resumen de las cantidades y valores de azúcar importado en la Península é islas Baleares desde 1877 á 1892, resulta que en la primera fecha entraron 18.756 toneladas de Cuba, 445 de Puerto Rico, 1.384 de Filipinas y 10.408 del extranjero; y en el último año citado 53.416 toneladas de Cuba, 18.592 de Puerto Rico, 2.844 de Filipinas y 59 del extranjero.

»Por motivo de la misma crisis azucarera se han ido aligerando las diversas cargas que pesaban sobre este artículo,

hasta que quedaron totalmente suprimidos en Cuba el impuesto sobre fabricación y los derechos de exportación. Este y otros alivios de los gravámenes que antes tenía la industria azucarera antillana no han bastado desgraciadamente á conjurar la crisis provocada en el mercado universal por el desarrollo extraordinario del cultivo de la remolacha en Europa, y por las primas de exportación concedidas en Alemania, Francia y algunos otros países.

»Hasta el año de 1884 fabricaban los hacendados cubanos los mejores azúcares blancos; ahora elaboran principalmente el purgado. Existen colosales ingenios y se hacen laudables esfuerzos para mantener la concurrencia en los mercados de América por haber perdido casi por completo el surtido europeo; pero estas circunstancias son extrañas en absoluto á las leyes de relaciones, y si se reformasen, aboliendo el cabotaje, como tampoco existiría éste para las procedencias antillanas, la entrada de sus azúcares en la Península sufriría el consiguiente descenso.

»Las leyes de relaciones han sido igualmente favorables al comercio del café antillano, pues si bien las importaciones de Cuba tienen poca importancia por haberse descuidado su cultivo en aquella Isla, en cambio Puerto Rico, que enviaba 500 y 600 toneladas á la Península por los años de 1878 á 80, subió en 1893 á 5.126 toneladas, con un valor de 13.327.000 pesetas, observándose el constante crecimiento de esta importación á favor de la rebaja de los derechos iniciada al promulgarse las leyes de relaciones y de la supresión total del derecho aduanero para el café antillano, que también se decretó antes del plazo de los diez años que las citadas leyes estipularon.

»El cultivo más importante de Cuba después del azúcar es el del tabaco, del que la Sociedad arrendataria está obligada á comprar 6.000 toneladas en Filipinas, 3.000 en Cuba, 1.500 en Puerto Rico y 400 en Canarias, ó sean en junto 10.900 toneladas de las 21.000 en que se calcula el consumo total y que se cubren con tabaco Kentuky y Virginia por razón de su pre-

cio ínfimo. Esta diferencia de precio resalta en las adquisiciones hechas por la Compañía el año 1893, de 13.929 toneladas de las provincias ultramarinas españolas, que importaron 30 millones de pesetas y 6.187 toneladas exóticas por un valor de 4 ½ millones de pesetas.

»Las compras hechas en Cuba han duplicado del año 1887 á la fecha, y se mantiene en la Península la prohibición del cultivo de esta planta, á pesar del clamoreo de sus importantes regiones que se agitan para conseguirlo.

»La producción insular de cacao y aguardientes ha sido igualmente favorecida; estos artículos, como los anteriormente reseñados, han tenido aumento en la importación de la Península desde la aplicación de los beneficios otorgados en las leyes de relaciones.

»Influyeron también éstas, como es consiguiente, en el acrecentamiento de las exportaciones de la Península á Cuba, pero si en algunas clases del Arancel ha sido muy rápido, no se ha debido á aumentos sensibles en el margen diferencial, sino á los adelantos de la fabricación española y á la habilidad con que los catalanes han cultivado el mercado de Cuba, realizando con constancia la penosa labor de eliminación de los géneros procedentes de otros países.

»La introducción de las harinas de la Península ofrece, en cambio, resultados bien poco halagüeños, puesto que importaba 19,38 millones de pesetas en 1877, bajaron á 8,93 al comienzo de la ley de relaciones y acabaron en 1893, gracias al convenio *yankee*, por reducirse á cero.

»Los vinos, que constituyen otro ramo importante de la exportación española, á pesar del régimen de cabotaje, están gravados con elevados derechos de consumos á su entrada en Cuba, además de los impuestos de puerto y descarga. Pretenden los antillanos que no se aplique en la Península á los artículos coloniales ninguna clase de derechos de consumo; pero sus pretensiones deben limitarse á lograr casi la exclusiva en el mercado nacional, alejándoles de la concurrencia extranje-

ra, y logrado esto, el gobierno es el llamado á señalar los impuestos que, como artículo de renta, se mantienen en todas las naciones.

»En Cuba se ha procedido así con los vinos españoles, recargados actualmente con derechos mucho más altos que en el período anterior á las leyes de relaciones, y que exceden del 100 por 100 de su valor; así es que la importación, que fué en 1877 de 18 ½ millones de pesetas, y de 16,75 en 1882, descendió en 1893 á 8,64 millones.

»Del cuadro comparativo de todas las importaciones peninsulares en Cuba en los años citados, resulta que, si ha adquirido gran desarrollo la introducción de tejidos y calzado, ha disminuido en cambio la de jabón, vino y harina, y que los hierros y maquinaria han estado sistemáticamente excluidos de aquel mercado.

»Se quejan los cubanos de la desproporción entre las importaciones y exportaciones de la Península, que en el año 1892 estuvieron en relación de 3 á 1, sin contar con que de los 29,1 millones de pesos importados en Cuba, 6,10 lo fueron en plata y moneda, que debiera contarse por separado, por lo que aquella relación se reduce á 2.30×1 mientras nadie se lamenta de la diferencia enorme que el mismo año arroja el comercio de Cuba con Inglaterra, de donde se enviaron á las Antillas españolas productos por valor de 2.735.000 libras esterlinas, y sólo se recibieron 91.000, y todavía se pide rebaja de derechos para los artículos ingleses, sin esperanzas ni posibilidad de la menor compensación.

»Es más: Puerto Rico envía á Cuba productos de un valor siete veces mayor que el de los recibidos, sin que por esto se reclame en contra del cabotaje entre ambas islas; las lamentaciones sólo se refieren á cuanto significa algún adelanto ó mejora para la metrópoli.

»Analizados los datos comerciales con espíritu desapasionado, precisa reconocer que las leyes de relaciones han dado resultados satisfactorios. Las transacciones con Puerto Rico han

crecido extraordinariamente y todavía superan las entradas procedentes de aquella Isla á las salidas; en cuanto á Cuba, mientras no diversifique sus artículos de producción, ha de tener desequilibrada su balanza con todos los demás países.

»Examina después la información que precedió á la reforma arancelaria de 1892; refutando lo alegado en 1888 por la Sociedad de estudios económicos de la Habana contra el cabotaje, é impugnando así bien los datos y afirmaciones consignados en los escritos de la Cámara de Comercio de la Habana y otras corporaciones de la Isla, entre cuyos argumentos, el de la posible nacionalización de las mercancías extranjeras en la Península, para entrar en Cuba como españolas, carece en general de fundamento, desde el punto en que los productores de la Península se conforman con la aplicación á Cuba del arancel metropolitano ligeramente variado.

»Tendríamos que extendernos demasiado para reproducir, aun en extracto, las razones que el autor expone, combatiendo las pretensiones formuladas por los cubanos en aquella información, cuyo resumen hace, diciendo que entre un margen mezquinamente protector para los productos peninsulares y el trato á la madre patria como á nación extranjera que se desprende de la ostensible indiferencia hacia el fomento de las relaciones comerciales que campea en los informes de las corporaciones cubanas, sería preferible esta solución franca con las represalias naturales que en tal caso reclamarían los intereses lastimados contra la exclusiva actual de los géneros coloniales de las Antillas.

»Igualmente extenso y basado en abundante copia de datos estadísticos es el examen que hace el autor de la cuestión comercial con los Estados Unidos, de las concesiones hechas á esta república por las conveniencias de la producción azucarera de la isla de Cuba, del tratado que empezó á regir en Julio de 1892, negociaciones que le precedieron y resultados de su ejecución hasta ser denunciado y fenecer en Agosto de 1894. En este tratado, las franquicias y reducciones arancelarias otorgadas

á los Estados Unidos, no obtuvieron suficiente reciprocidad en las ventajas concedidas á los azúcares brutos de Cuba, únicos beneficiados por parte de la Isla. Fueron en cambio sacrificados muchos ramos de la producción peninsular, incapaces de luchar con aquellas franquicias, así como el tabaco, que quedó excluido de las cláusulas de reciprocidad, la ganadería y otros productos isleños.

»Además, el tratado con los Estados Unidos produjo el desquiciamiento de los ingresos del Tesoro cubano, por la enorme baja que sufrió la renta de Aduanas, quebranto de que visiblemente ha empezado á reponerse desde que dejó de tener efecto un convenio comercial tan leonino.

»También examina el autor, desde el punto de vista de sus resultados, el arancel cubano de 1892 y las tarifas vigentes en Puerto Rico, haciendo consideraciones sobre las estadísticas y valoraciones del comercio exterior y del tráfico mercantil de ambas islas, con una crítica razonada de los errores contenidos en los datos del comercio de las mismas con la Península.

»El supuesto monopolio peninsular es objeto de otro estudio detenido, para demostrar que no se han cumplido las profecías de las corporaciones cubanas, de que las importaciones de la metrópoli acabarían de expulsar, por efecto del cabotaje, á las procedencias extranjeras, llegando sus buques en lastre, pues en vez de disminuir y anularse la entrada de géneros exóticos, ha aumentado.

»Después de examinar la cuestión financiera de la isla de Cuba, la situación aflictiva de su Tesoro con motivo de las insurrecciones, los déficits acumulados, la tributación existente y la necesidad de reforzar los ingresos fomentando la renta de aduanas, pasa el autor á detallar el régimen arancelario de las colonias extranjeras, fijándose principalmente en la organización administrativa y tarifas aduaneras de la Argelia, Antillas francesas y protectorado Indo-Chino, en el sistema colonial inglés con las tarifas de la India, Canadá y Jamaica,

y en el monopolio que Holanda ejerce en sus posesiones de la Oceanía.

»De su comparación con el régimen de las provincias españolas de Ultramar, se desprende la diferencia del beneficio que sacan otras naciones de sus colonias, tanto para la producción metropolitana, como para los Tesoros respectivos, aligerados de los gastos que al español abruman, deduciendo que todas las naciones colonizadoras sacan gran provecho de sus posesiones, y que la pretensión de los cubanos de que España mantenga las suyas para beneficio de los extranjeros y la ruina de su Tesoro no es razonable ni admisible.

»Otra comparación es la de los impuestos sobre los artículos coloniales en España y en el extranjero, examinando con detenimiento todo lo referente á los azúcares, por ser el argumento principal esgrimido por los cubanos en contra de las leyes de relaciones comerciales con la Península. Copia al efecto algunos párrafos de la exposición que los fabricantes andaluces elevaron á las Cortes tratando de la materia, y á seguida hace un recuento de las cantidades de azúcar cubano introducido en la Península, su relación con el consumo general del país é impuesto que satisface como artículo de renta, que así es considerado en todas las naciones.

»En España pagan los azúcares extranjeros por derechos de aduanas y de consumo 82,25 pesetas los 100 kilos; el azúcar colonial 33,50 pesetas por el último concepto únicamente, puesto que se considera de cabotaje; y el peninsular 20 pesetas. En Francia paga el azúcar extranjero 67 francos la misma unidad; y el de las colonias y la metrópoli un mismo derecho, que es de 43 francos. Y fuera de Inglaterra, donde es de libre introducción; en Holanda tiene una tarifa de 57 á 67,20 francos, según las clases; en Bélgica, el producto indígena adeuda 45 francos, y el exótico derechos variables hasta 60,30 de máximo; Alemania cobra 22,50 francos al azúcar bruto extranjero; Rusia, 42,70; é Italia, 21. Todos los derechos consignados y las diferencias entre la producción metro-

politana y colonial respectiva, son, por lo tanto, muy inferiores á la protección que en la Península obtienen los azúcares de sus provincias de Ultramar.

»Llegamos á los últimos capítulos de la obra, uno de los cuales se consagra á los preliminares de la reforma actualmente proyectada en los aranceles de Cuba y Puerto Rico, detallando las reclamaciones formuladas por los antillanos en los años de 1892 y 1893, y las defensas del régimen de cabotaje y asimilación hechas por los peninsulares, con un estudio comparativo del nuevo arancel propuesto para los productos nacionales y una reseña de las conferencias celebradas entre los diputados y delegados de las corporaciones de la gran Antilla con una comisión de la Liga nacional de Productores de España.

»En estas conferencias no se pudo llegar á un acuerdo por la imposibilidad de concertar las exigencias cerradas de los antillanos respecto á la creación de una columna especial para los productos peninsulares en las tarifas aduaneras de Cuba con las aspiraciones de los productores españoles hacia el régimen de cabotaje, dentro del que no escatimaban ninguna clase de concesiones á los productos antillanos.

»El capítulo final es un resumen de lo antecedente y un cuadro del estado presente de la cuestión debatida. Los productores de la Península patrocinan una solución arreglada á las bases siguientes: Mantenimiento del cabotaje mutuo y recíproco, depurando al efecto las relaciones comerciales con las Antillas de las imperfecciones y abusos actuales. Formación de un arancel para Cuba adaptado al de la metrópoli, pero con aquellas variantes inherentes á las condiciones especiales de la Isla y á las rectificaciones exigidas por errores de la legislación vigente. Establecimiento de derechos transitorios que pesen por igual sobre las importaciones nacionales y extranjeras, para atender á las necesidades del Tesoro cubano.

»Hecho el examen de lo que actualmente producen las rentas de Aduanas en la isla de Cuba y lo que producirían con el

régimen propuesto en las anteriores bases y las modificaciones de detalle que en las partidas del arancel se proponen por el autor, resulta un aumento considerable en el rendimiento de aquella renta, á que contribuiría la madre patria en mucha mayor cantidad que con la solución cubana; no quedaría agraviada, ni pediría represalias la industria peninsular, ofreciéndose una solución de concordia, al mismo tiempo que ventajosa para el Erario esquilmado por sus crecientes necesidades.

Vamos á copiar lo que pone término á la obra que dejamos extractada:

«Las leyes de relaciones de 1882 han favorecido la entrada en la Península de los artículos procedentes de las provincias ultramarinas en la forma siguiente:

»El margen protector del azúcar, ó sea la diferencia entre el adeudo del antillano y del extranjero, ha subido paulatinamente desde 8,30 pesetas por 100 kilogramos en 1877 á 48,75 pesetas cobradas ahora, y, en consecuencia, se ha desterrado por completo la introducción de azúcar exótico que figuraba en 1884 por 22.145 toneladas, aumentando en cambio las entradas de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Canarias desde 22.323 toneladas en 1881 á 76.429 en 1892. En aquel año se elevó simultáneamente el derecho para los productos tanto indígenas como de las posesiones españolas, manteniendo entre ambos la misma bonificación por territorial y otras contribuciones, y el notable descenso en las llegadas del dulce en 1893, consiste en que se elude en la metrópoli el cumplimiento de la ley, pagando, en vez de 20 pesetas de impuesto, una parte exigua.

»En este punto las quejas de los cubanos son muy fundadas, debiendo procederse á la abolición inmediata de unos encabezamientos tan onerosos ó á la reforma de los impuestos, volviendo al régimen de 1891, que, según hemos demostrado, no perjudicaría al Tesoro, por merecer nuestra bendita administración el privilegio de recaudar de los azúcares próxima-

mente la misma suma para igual consumo, ora sea doble ó sencillo el derecho, probándose así, en las matemáticas del fisco, que 2 multiplicado por 1 no es 2, sino 1. El gobierno francés recauda por este solo artículo, deducida la suma invertida en primas de exportación, 167 millones de francos anuales, y el español, con cerca de la mitad de vecindario, entre el rendimiento de las Aduanas y los convenios con los fabricantes no cobra más *de 13 millones* de pesetas, y todavía pretenden los cubanos la supresión completa del gravamen. Para que todo sea insólito en tan singular asunto, la representación de la gran Antilla ha renunciado á gestionar con empeño la reforma de los abusos introducidos en el régimen tributario, haciendo, al efecto, el *pacto azucarero*, encaminado á dejar correr la bola con la condición de que pague los vidrios rotos la industria nacional, castigándola á mansalva, á fin de eliminar en todo lo posible el comercio peninsular, reemplazándolo con el extranjero. Sólo que los fabricantes y agricultores españoles no son niños inocentes dispuestos al sacrificio, necesitándose un Herodes formidable para llevar á feliz término un plan tan descabellado.

»El margen protector del café ha subido durante los últimos diez y seis años de 10 pesetas por 100 kilogramos á 74,50, logrando nuestras provincias ultramarinas acaparar el mercado español, que recibió en 1893 5.454 toneladas de las mismas y solamente 193 de género exótico. En el tabaco sucede lo propio, pues gracias á las condiciones impuestas en el arriendo de la renta, se importó en aquel año por valor de 30,06 millones de pesetas procedentes de nuestras posesiones y 4,44 de los Estados Unidos y otros países extranjeros, pero comprándolo á precios mucho más bajos de los pagados en las Islas españolas.

»El cacao está también más protegido que en Francia, y el margen diferencial del alcohol se ha elevado desde 8,75 pesetas á 156,25, cerrándose por completo la puerta á los espíritus extraños; el antillano paga ahora 37,50 pesetas en las

Aduanas de la Península, y el nuestro adeuda el doble en la isla de Cuba. Hay también conciertos desastrosos para la administración respecto de los alcoholes indígenas, pero el ramo ha entrado también en el *convenio*, y no seremos más papistas que el Papa en pedir el remedio.

»Con aquella serie de medidas tan beneficiosas subieron las importaciones en la Península, procedentes de Puerto Rico, desde 5,35 millones de pesetas en 1882 á 22,94 en 1893, y las de Cuba de 23,35 á 49,58; y si en 1893 descendió esta última cifra, consistió en el embrollo del impuesto azucarero, comprendido en el pacto del silencio, y de ningún modo en el régimen de cabotaje. Veamos ahora el contraste, exponiendo lo que la fantasía ha dado en llamar el monopolio y la explotación de las colonias: hemos probado que nuestro contingente, en el comercio de las Antillas, es muy modesto, comparado con el de todas las naciones colonizadoras; el margen protector de los artículos españoles resulta, en general, más bajo que antes de dictarse las leyes de relaciones; las tarifas del Arancel cubano relativas á algunos de los ramos principales del tráfico peninsular, como los tejidos, son muy inferiores á los derechos de la metrópoli, y es completamente incierto que se haya planteado con el cabotaje un régimen de franquicias para las procedencias indígenas. Así debía suceder, porque con el régimen de asimilación no paga un céntimo ningún artículo francés en las posesiones de su gran dominio colonial; pero aquí ocurre todo lo contrario; si volviésemos á la legislación de 1880, sufriría Cuba y se arruinaría Puerto Rico; pero la metrópoli pagaría por su antiguo Arancel, aplicado al tráfico actual, de 1,63 á 1,95 millones de pesos por derechos de importación, pág. 310, y ahora, bajo el sistema de las decantadas exenciones, adeudan las procedencias metropolitanas 1,15 millones por el impuesto de consumos de las bebidas, más otros 0,65, en que calculamos la parte alícuota correspondiente en el 15 por 100 transitorio y en el novísimo gravamen de 10 por 100 aplicado á los artículos de comer y

arder, ó sean en junto 1,80 millones. ¡Así se escribe la historia!

»Conste, además, que la producción peninsular está dispuesta á llevar al acervo común todo el contingente de tributos y recargos necesarios para robustecer aquel exhausto Erario, pero con la condición de salvar el principio del cabotaje del establecimiento de recargos comunes sobre las tarifas más bajas de los Aranceles vigentes en la Península y en Cuba, ligeramente reformadas. Con nuestras soluciones se vencen todas las dificultades y se resuelven todos los problemas,.y con las formuladas por los antillanos queda en pie el conflicto del Tesoro cubano abocado á próxima bancarrota, y se causaría una herida profunda á las regiones industriales de España y aun á algunas comarcas agrícolas.

»Al llegar al término de nuestra tarea, sentimos la satisfacció que produce el cumplimiento del deber, pero al propio tiempo el profundo desconsuelo de contemplar la ofuscación de inteligentes representantes del florón de las Antillas, creyendo descubrir en el fondo de esta desavenencia síntomas más profundos de un desafecto de muy difícil remedio. Repetimos, que, dado el cuerpo tomado por el levantamiento de la Isla, procede se suspendan los trabajos de la Comisión arancelaria; aconséjanlo las razones más obvias y convincentes; pero, si así no sucediese, corresponderá al gobierno fallar el litigio, en caso de que por los mandatos imperativos y de las intransigencias no prevalezcan los temperamentos de concordia, y el problema cubano, en sus diversas fases, es el más arduo, el más grave y el más trascendental que se ha presentado en la política española desde el término de la guerra civil. Dios le ilumine para resolverlo con toda la serenidad de ánimo necesaria para el mejor acierto.»

José PUERTO Y VALLE.

EL PROBLEMA MUNICIPAL DE MADRID

Interesante en extremo sería analizar el movimiento de opinión que en Madrid se ha desarrollado con ocasión de los escándalos del municipio, sacados una vez más á luz por la enérgica iniciativa del marqués de Cabriñana. Los factores psicológicos de tan imponente manifestación del sentimiento público bien merecen especial estudio, como que encierra para los estadistas materia de profunda reflexión y provechosa enseñanza para los gobernantes del país. Pero no es hacer su análisis propósito del que escribe estas líneas: bástale señalar que por primera vez en España han aparecido unidos y compenetrados los sentimientos populares y los altos poderes del Estado, y que esta compenetración se ha hecho fuera y aun en oposición de lo que se llama política, llevados ambos por el anhelo de conseguir moralizar su escandalizadora administración. Este espectáculo, en los momentos en que se consideraba indiferente y anémico el país, dormido el sentido moral y postradas las energías de la masa, si para algunos tiene el carácter de revelación, para todos ha de tener el de síntoma elocuente de los progresos que ha hecho el espíritu público, y del estado de los ánimos en esta gravísima materia.

Pero por lo mismo que revela tanta vitalidad, por lo mismo que se ha presentado tan vigoroso, importa grandemente que

ese esfuerzo dé resultados. Si á nada condujera cuanto está pasando, y si la varonil sacudida del vecindario madrileño sólo hubiera de dar lugar á una decepción más profunda, la fuerza social que la ha engendrado se descompondría necesaria y fatalmente en dos corrientes : la una que iría del lado de las protestas que terminan en revoluciones; la otra del lado de la corrupción, que al fin y al cabo atrae á los débiles de espíritu cuando la experiencia demuestra que la honradez y la ley son inútiles ó impotentes.

Toca, pues, al arte de ejecutar las voluntades del pueblo, que debería llamarse política, si esta palabra no estuviera ya desnaturalizada, hallar la manera de convertir en realidades y de hacer prácticas las aspiraciones del pueblo de Madrid. Son éstas bien precisas y bien legítimas : tener una administración municipal honrada, sencilla y barata ; obtener de esta administración siquiera lo que se obtiene en otras capitales de España y lo que dan á sus administrados las municipalidades del extranjero, aun aquellas tan turbulentas y contagiadas de espíritu político como la de París ; tener, en fin, la seguridad de poder disfrutar y dar á sus familias una vivienda higiénica, una alimentación barata, una atmósfera salubre, y una administración moral y cuidadosa, proporcional siquiera á los sacrificios que hace y á los gastos que destina á los servicios municipales.

Y no es aventurado afirmar que con un presupuesto de ingresos de 30 millones de pesetas, y con una deuda, que honradamente liquidada, apenas excedería de 50, se puede conseguir todo eso, sobre todo si se piensa que la mayor parte de las cosas que el pueblo de Madrid pide y reclama, no han de costar dinero; exigen tan sólo un poco de inteligencia, algo de actividad, y un deseo noble y desinteresado de servir á sus conciudadanos.

¿Será eso imposible? Tan modesta aspiración, ¿no ha de encontrar medio de satisfacerse?

Quizá para lograrlo importe, ante todo, distinguir bien

las dos partes en que se condensa el movimiento de opinión que llena la atmósfera, y que pide, de una parte, el castigo de los culpables; de la otra, el remedio de los males.

Sobre lo primero nada nos proponemos decir, ni, á la verdad, nos interesa mucho. Lo único que importa es no darle una importancia desmedida. La espiación, cuando se trata de faltas exclusivamente individuales, es siempre provechosa; el castigo, cuando se trata de responsabilidades que si bien recaen sobre algunas personas, toca y alcanza á muchas, es sin duda necesario, pero poco ejemplar. Porque cuando la pena se aplana solo en alguno, á pesar de ser muchos los culpables, el común sentir se inclina á atribuir la desgracia del que la sufre á torpeza suya y á falta de habilidad en cubrir sus responsabilidades personales. De donde se deduce que el castigo, por más que sea indispensable, ni educa lo bastante, ni puede corregir los males, mientras estos no se ataquen en su raíz.

Cierto que así lo pide la mayoría con voz potente y con exigencia ineludible; pero, sabido es cuando de la masa se trata, que el deseo no acierta á condensarse, y que si encuentra al fin fórmula definida, es aquella que las circunstancias ó la habilidad de los que tienen interés en extraviar la corriente le van lentamente preparando. Con lo cual ya se dice que su fórmula habrá de ser ineficaz ó contradictoria.

Y en Madrid la que ahora encuentra más partidarios es la del cambio de las personas que ocupan el ayuntamiento, y una modificación, más ó menos lejana y confusamente entrevista, de la ley municipal. Y con discutir si han de ser todos ó algunos los concejales expulsados, si han de nombrarse los nuevos ediles con arreglo á la ley ó pasando por encima de ella, con analizar las facultades legales del gobierno para caso tan excepcional como el presente, y con apercibirse al mismo tiempo á largas disquisiciones acerca de las reformas de la ley municipal, la corriente se ensancha, su intensidad decrece, obstáculos antes insignificantes las irán dividiendo, y la que fué poderosa ola que debía arrollar los obstáculos, se torna en

arroyuelos más ó menos bulliciosos y transparentes, pero que acaban por encharcarse en el suelo.

La cuestión, pues, merece la pena de estudiarse á fondo y para ello discurrir sobre esos diferentes aspectos, someramente esbozados, hasta llegar á conclusiones lógicas y fundadas que ofrezcan holgado molde á las aspiraciones del pueblo y satisfacción suficiente á los deseos de Madrid.

I

Cuando para remediar los grandes males de nuestra administración municipal se invoca la reforma de la ley y se fía á ella la corrección de los abusos y la transformación de la vergonzosa situación á que ha llegado el municipio de Madrid, se prepara, con la mejor voluntad, una peligrosa decepción. A las leyes no les es dado crear; gracias si les es posible impedir. Su efecto es siempre negativo: prevenir el abuso, cortar el mal, atajar el desafuero, y aun esto sólo en cierta medida y á condición de estar amparadas por la vigilancia de los poderes centrales y de contar con la sanción de los tribunales. Cuando estas dos garantías complementarias faltan; cuando la opinión pública se adormece y descuida; cuando la prensa la abandona, ó cuando el cansancio y el escepticismo se apoderan de los ánimos, entonces sólo la intervención vigilante de los altos poderes del Estado, sobre todo de aquel que representa los intereses permanentes de la sociedad, puede impedir que á través de la ley se entronice y establezca sistemáticamente en la administración de un municipio ó de un país los abusos primero y las defraudaciones después.

La acción, pues, de la ley es muy limitada, muy concreta:

cuando se la invoca para remedio de tamaños males, hay que recordar el conocido axioma: «No hay leyes sin costumbres.»

No es esto negar el valor ni la necesidad de reformar la ley: es tan sólo definir su alcance, para no comprometer su prestigio. La acción legal, cuando está inteligentemente desarrollada, y sobre todo cuando encuentra inmediata sanción, puede llegar á formar costumbres, y aun puede lograr que estas costumbres se traduzcan á la larga en reacciones bienhechoras para la vida social. Ejemplos de esto ofrece Inglaterra en sus leyes para corregir las malas prácticas electorales y la administración de las compañías anónimas. En el primer caso, á fuerza de repetidas medidas legislativas, de una vigilancia asidua del Parlamento, de una separación absoluta entre la política y la jurisprudencia electoral, y sobre todo de haber confiado la decisión de la validez de las actas al Tribunal Supremo *(Queen's Bench),* el respeto al sufragio y la verdad de la voluntad electoral han llegado á ser bases inconmovibles del sistema representativo. La eficacia del castigo ha hecho renunciar á la tentativa del cohecho; que no hay crimen donde no hay provecho.

Igual resultado se va consiguiendo en la peligrosa y resbaladiza administración de las compañías anónimas. Los ingleses entienden que la palabra *anónima* significa ausencia de responsabilidad personal, y, por tanto, definida y seria; pero estimando que las sociedades de este orden han nacido para satisfacer una necesidad económica de gran importancia, y que su utilidad es por tanto incontestable, han buscado con insistencia el modo de asegurar sus beneficios y de impedir sus abusos. Constantes modificaciones de la ley, por medio de las cuales se definían las responsabilidades de los Consejeros y Administradores, mientras se daban facilidades á los socios para vigilar la marcha de la Sociedad, prepararon el castigo de los imprevisores y de los criminales, poniendo á cubierto los intereses de los que meditan poco acerca del empleo de su

dinero contra las habilidades de los inteligentes, que no pueden ya quedarse con él sin graves responsabilidades (1).

Pero estos ejemplos y otros que pudieran citarse para probar que las leyes llegan á crear las costumbres, son semejantes á aquellas experiencias de los horticultores que, mostrando á los que visitan sus jardines hermosos ejemplares de exuberantes plantas, despiertan en ellos el deseo de obtener las semillas que las producen, sin reflexionar que esas mismas semillas plantadas en otros terrenos, sujetas á la influencia de otro clima ó descuidadas en su germinación y abandonadas á sí propias, ni viven ni prosperan, ni pueden jamás igualar á aquellas otras de las cuales, sin embargo, se engendraron y nacieron.

Ni está, tampoco, dispuesto el que esto escribe, á repetir el dicho vulgar de que en España sobran leyes y lo que falta es que se cumplan, frase con la cual parece asegurarse que la sabiduría legislativa ha previsto los casos y atendido oportunamente á las necesidades públicas. No, ciertamente; nuestra legislación en su mayor parte es una legislación exótica, copiada del extranjero, introducida por espíritu de imitación, y encaminada á sustituir sin transición lo que en el país existía por los que se suponían ideales de progreso y procedimientos de mejora. Muchos de los que á ellas contribuyeron, especialmente en la organización administrativa y judicial, lamentan ya hoy haberse dejado llevar de aquellas corrientes y no haber atendido al espíritu propio y al caracter peculiar de nuestra civilización y de nuestras costumbres. La postración á que había llegado España á principios de este siglo, la brutal

(1) El proceso de Javez Balfour, que ha durado cerca de un año, cuya extradición de Buenos Aires consiguió el gobierno inglés á fuerza de perseverancia y de grandes gastos, y que termina en estos momentos con la condenación del célebre especulador, es un ejemplo que con el del barón Grant, al cual fué unida la desgracia del redactor financiero de uno de los primeros periódicos ingleses, bastan para corroborar los asertos anteriores.

reacción con que el absolutismo intentó borrar hasta las huellas de las reformas de 1808, la educación que el destierro y la residencia en tierra extranjera dieron á nuestros hombres políticos más notables, todo contribuyó, pero sobre todo lo último, á que desdeñásemos las tradiciones nacionales y saludáramos con entusiasmo las enseñanzas ajenas, y aun éstas sin gran discernimiento, creando así un sistema de gobernación que no ha encarnado en los pueblos, que está como colgado y sobrepuesto, y cuya sanción no es posible las más de las veces, por la desproporción que resulta entre los preceptos de la ley y la manera de sentirla y apreciarla, lo mismo los que han de aptuarla que los que han de ser por ella gobernados.

El invocar, pues, la ley, el volver los ojos al arsenal de nuestra *Coleccion legislativa,* no sólo es materia ingrata sino procedimiento adecuado para extraviar el sentido público: nos sobran, es verdad, leyes; pero la legislación en general y las leyes de gobierno provincial y municipal, en especial, ni se adaptan al modo de ser de nuestro pueblo, ni forman entre sí aquel sistema armónico indispensable para que, apoyándose unas veces en la opinión y sostenidas otras por la sanción penal, lleguen á crear eso que Montesquieu llamó las costumbres, que otros llaman el medio ambiente y que el lenguaje vulgar llamaría leyes apropiadas á los que han de ejecutarlas.

Y en ninguna materia tienen tanta aplicación estas reflexiones como en la vida municipal, vida que fué un tiempo poderosa, popular y simpática en España, vida que responde á nuestro carécter austero, poco comunicativo y dado á la agrupación local que creó, á pesar de todo el espíritu nacional en España, pero de la cual no queda más que una organización aparente, sin raíces en el pueblo, sin simpatías en los hogares, sin esperanzas en los que buscan la reforma y sin virtud ninguna educadora, y por tanto, directora de la vida social del país.

II

Hay, sin embargo, dos puntos de la legislación municipal, acerca de los cuales las opiniones están conformes y el sentido general unánime en pedir la reforma. Estos dos puntos son: la necesidad de organizar separadamente la vida municipal de las grandes ciudades, de las villas y aldeas, y la conveniencia de desarrollar en las municipalidades el elemento ejecutivo, representado por el alcalde, despojándolas del carácter que hoy revisten de asambleas deliberantes.

Demostrar la necesidad del primer punto sería ocioso. Hace ya muchos años lo proclamaba con su habitual buen sentido un hombre á quien debemos no escasas enseñanzas los de la generación presente (1), y no se ha llevado después una sola vez cuestión á la prensa ó al Parlamento, en que no se haya reconocido que por el hecho sólo de la aglomeración y de la masa, cambian esencialmente las condiciones de la administración interior de los grandes centros de población. Porque la diferencia no está aquí en la calidad; está en la cantidad. Cuando los servicios son limitados y las exigencias pequeñas; cuando se conocen todos los individuos de una localidad y cuando la acción de la autoridad tiene grandes puntos de semejanza con la vida de la familia, la vida municipal se organiza por sí sola. Pero cuando la población se convierte en masa anónima y movediza, para que la vida ordenada sea posible y los servicios públicos alcancen su fin, hace falta una acción municipal enérgica y sabiamente organizada. Y si el sufragio universal ha de abrir las puertas de las casas consistoriales á los gobernantes del pueblo, entonces á todas aque-

(1) D. Laureano Figuerola.

llas razones se une la necesidad de amparar los derechos de los más y los intereses del común contra las combinaciones, las cábalas y las maniobras de las agrupaciones que á través de las agencias electorales se establecen dondequiera que reine aquel procedimiento (1).

En cuanto al otro punto, el de hacer desaparecer el carácter deliberante de las asambleas municipales, no parece necesario insistir mucho en su apoyo. La misión de los ayuntamientos no es discutir, es administrar y reformar mejorando. Enseñanza, beneficencia, seguridad de los campos, viabilidad, cuidado de la agricultura, educación de los obreros y mejora de su condición, desarrollo de las fuerzas vivas del país favoreciendo la asociación en sus diferentes ramos: he aquí la síntesis de la vida municipal; tal al menos como la realizan hoy los países que van al frente de la cultura europea; pero todo esto supone una opinión previamente formada, una voluntad dispuesta, una atmóstera, en fin, en la cual prospere la acción que convierta en hechos estas aspiraciones: la discusión se desarrolla en otros centros, el examen de las cuestiones es anterior y ajeno al municipio, y aun suponiendo que haya diferencias de opinión en la localidad, á la elección toca determinar de qué lado está la mayoría. La discusión interna, la elaboración de proyectos, todo eso es ajeno á un municipio y contrario á las necesidades que siente nuestro pueblo.

Y si algún ejemplo hiciera falta, nos lo daría la gran democracia americana, en la cual cada día se define más claramente la tendencia de sus grandes ciudades á gobernarse por un poder único ejecutivo, el Mayor en las ciudades, el Gober-

(1) En su proyecto de reforma de la ley municipal, introdujo el señor Silvela además una distinción, que el autor de estas líneas considera por extremo inteligente: la de conceder mayor descentralización y mayores facultades á aquellos municipios que por algún espacio de tiempo hubiesen administrado con inteligencia y rectitud los intereses municipales. *Proyecto de reforma de las leyes provincial y municipal, 1891, páginas 43 y siguientes: bases para la reforma de la ley municipal.*

nador en los Estados. La dictadura temporal y responsable ha parecido mejor á aquellos hombres enérgicos y prácticos, que las asambleas, donde se enmohece la acción, se paraliza la voluntad en la malla de las intrigas, se funde la responsabilidad individual en el acuerdo colectivo y se prepara la combinación de los intereses bajo las apariencias de la discusión y de la publicidad. Libre acción para gobernar y responsabilidad completa por los actos, he aquí la fórmula sintética de la democracia.

III

No sería discutir de buena fe alegar como prueba de los anteriores asertos el ejemplo de lo que en Madrid sucede. Ha habido aquí tantas concausas y tal complicación de circunstancias, que los resultados que hoy tocamos no se pueden atribuir exclusivamente al sistema, ni á las personas; á entrambos toca la responsabilidad, y sobre todo al estado moral del país, que ha permitido que en la capital y á la vista de todos la gangrena llegue á las entrañas mismas de nuestra vida municipal.

Porque el hecho es que no hay capital de Europa peor administrada que Madrid y en donde su municipio haya hecho heridas más profundas á la moral y al decoro público. En ninguna parte se ha atendido menos á las necesidades de sus habitantes, y especialmente de los más pobres. Madrid, á pesar de estar rodeada en las tres cuartas partes de su perímetro por grandes llanuras que invitan al sano y económico desarrollo de la población, tiene su caserío aglomerado en un espacio insuficiente; estrechas y sucias la mayor parte de sus calles; pequeñísimos é insuficientes para la ventilación los patios; altísimas las casas, y, como consecuencia, corrompido

y malsano el aire que en ellas se respira. Cuando alguna iniciativa privada ha empezado á construir barriadas lejos del centro (la Prosperidad, la Guindalera, la Colonia de Carabanchel, Bellas-vistas), donde la baratura del terreno remediaba aquellos males, la municipalidad no ha hecho nada para darle fácil acceso á sus arterias centrales, y ha mantenido así artificialmente elevados los precios del interior. De aquí la carestía enorme de las habitaciones, renglón el más angustioso del presupuesto del jornalero ó de los que viven de pequeños sueldos. Las condiciones de la buhardilla, el sotabanco, y aun del sótano del centro de Madrid, causan profundo dolor y dejan tristísima impresión en el ánimo del que los visita; y, sin embargo, la mayor parte de esas habitaciones cuesta 0,50 al día, tercera y cuarta parte de muchos jornales, y aun décima de los afortunados que ganan 20 reales diarios. Y no se diga que estas clases y familias desgraciadas pueden buscar sus habitaciones lejos del centro de Madrid, porque no las hay, porque el tiempo para venir y para volver del trabajo les haría imposible el descanso y porque para las mujeres y los niños ese sistema encierra grandísimos peligros (1).

Si se atiende á la salubridad, Madrid es la capital de Europa donde es mayor la mortalidad, y más triste el cuadro de su descuido y abandono. No existe aún en las Ordenanzas municipales la obligación de aislar las casas de las cloacas, por más que los higienistas hayan repetido en todos los tonos que esa comunicación es el principal vehículo de las enfermedades contagiosas; y esas mismas alcantarillas, construidas por modelos que no son, seguramente, los más aceptables, después de respirar á la vía pública, se unen en grandes colectores descubiertos, inficionan un río sin agua, y lo convierten al fin en asqueroso pantano, del cual se exhalan, en cuanto llega la es-

(1) Comisión de reformas sociales. Información oral sobre el estado de las clases obreras de Madrid.—Las quejas formuladas en aquella ocasión por los obreros y por nadie atendidas después, debieron, sin embargo, mirarse como avisos y presentimientos.

tación de los calores, emanaciones pútridas que comprometen la salud de la población cercana (1).

De la carestía, y más aún que de ella, del fraude en todos los artículos de primera necesidad, no hay para qué hablar. Parece increíble, y, sin embargo, demostrado está por una serie de estudios que publicó hace años *El Imparcial,* que el precio de los artículos que se llaman de comer, beber y arder excede en Madrid al que tienen en las capitales de Europa donde la vida es más lujosa. El pan, la carne, la leche, las verduras mismas, todo es más barato en Londres y en París que en Madrid; y, como si esto fuera poco, el fraude y la adulteración toman tales proporciones, que lo que ya era caro por el precio, se vuelve intolerable por la calidad.

Y no hablemos de la carestía de otros elementos de igual necesidad para la existencia de la administración de la justicia municipal, de los precios de los medicamentos, de la carencia de Dispensarios, de la insuficiencia de la asistencia domiciliaria, del abandono del pobre, del desarrollo de la mendicidad: si de todo esto no se protesta es porque familiarizados con nuestras propias lacerias, desesperamos de su remedio.

Y como síntesis de todo esto, queda todavía una institución, cáncer el más odioso bajo el punto de vista moral, higiénico y agrícola, que es el Matadero, célebre ya como los monstruos de las leyendas, adonde no puede traer sus ganados el labrador honrado, á cuyo abrigo viven organizados todos los fraudes y todos los monopolios, en donde, por consecuencia, entran las peores reses de toda España y de donde sale la carne más cara y de peor calidad que conoce ninguna capital de España misma.

La municipalidad, pues, que ha dejado crecer este conjunto de abusos, bajo cuya dirección y administración se han consolidado, cristalizado, sistematizado todo estos fraudes, y que

(1) El personal que hace el servicio en la estación de las Delicias sufre excepcionalmente de fiebres palúdicas.

lejos de vivir para la mejora, desahogo y salud de la capital, pesa sobre ella como una losa que le impide desarrollarse, progresar, transformarse, realizar siquiera las iniciativas individuales, tiene que desaparecer, en tales términos, que ni de lo pasado quede huella, ni lo venidero pueda contagiarse con las raíces emponzoñadas del régimen existente.

IV

Las gentes, pues, de buena fe que esperan la reforma de la vida municipal de Madrid de la modificación de la ley ó del cambio de personas, se equivocan grandemente, y si su opinión prevalece, convendrá que el vecindario se prepare á nuevas y más profundas decepciones: lo hemos dicho por lo que á la ley se refiere; cúmplenos demostrarlo por lo que toca á las personas.

Desde luego así lo piensan los que atribuyen el mal á los defectos del sistema, porque claro está que si éste continúa inalterable, poco ó nada pueden las personas, y como la reforma de la legislación es lenta y difícil, resultará que el mal continuará lo mismo y que el cambio de Concejales no podrá mejorar lo existente.

Pero hay más aún; hay que en esto de los abusos municipales no se trata sólo de los ediles y alcaldes, sino de la organización entera y del personal completo, desde el más alto al más bajo, que se agita y bulle dentro de los servicios municipales. ¿Quién podrá sostener que han de ser puros y honrados los agentes subalternos que han tenido que preparar, que han visto y tocado esos abusos y sido forzosamente los instrumentos de todos los agios, inmundicias y combinaciones fraudulentas que están ahora delante del país? ¿Quién enseñará á prescindir de la parte que les tocaba en esas ilíci-

tas ganancias á los jefes intermediarios de los servicios? ¿Van á mudar de pronto sus costumbres los contratistas que se han enriquecido suministrando losas inservibles para las aceras, disminuyendo el firme de las calles, cobrando por medidas y cubicaciones que exceden en más del 50 por 100 á la realidad de la obra ó del material entregado? ¿Quién les va á demostrar en un día y en una hora que ya en adelante sólo se gana lo que es lícito y honrado y sólo se vive del producto del trabajo? ¿Quién va á desbandar de pronto el ejército enorme de los que viven del matute en los consumos, del fraude en las ventas, de la violencia y de la combinación en el matadero? Y si el ayuntamiento ha de seguir interviniendo en la cuestión electoral; si de su intervención han de depender las actas de diputados á Cortes, ó á la provincia, ó los puestos concejiles, ¿cómo se va á liquidar, á romper y á depurar el lazo nefando que existe entre la vida municipal y la nube de publicanos de todo género que tienen que vivir del abuso y con él sostener, por medio del cohecho, á los representantes de la autoridad? ¿Quién que sinceramente desee limpiar á Madrid ó siquiera disminuir la podredumbre que le corroe, puede admitir que con estos elementos, aun cuando fueran al ayuntamiento los cincuenta hombres más inteligentes, más puros y de intenciones más elevadas de Madrid, habrían de hallar manera de sobreponerse á esta inmensa serie de abusos sistematizados por el tiempo y extendidos por la práctica á una legión de ciudadanos?

Cuando las salas de un hospital han llegado á saturarse de emanaciones pútridas; cuando á sus paredes se han adherido las moléculas emanadas de la llaga purulenta ó del pulmón infeccionado por la tisis; cuando el aire que llena sus salas demuestra en el análisis químico que en él no hay oxígeno suficiente para la vida; cuando el médico evidencia que no puede cicatrizar ninguna herida porque la llaga se maligna al contacto de aquella atmósfera viciada; entonces no basta desinfectar el hospital, ni blanquear sus paredes, ni ver-

ter sobre su suelo ácidos que destruyan los gérmenes morbosos; entonces hay que derribar las paredes, quemar sus techos y sus puertas, esparcir sus escombros y construir un nuevo edificio, saneado por corrientes poderosas de aire y de luz que impidan vuelvan á depositarse en sus muros los gérmenes envenenados que se enseñorearon del antiguo edificio.

Sólo entonces podrán los hombres de sana intención ser útiles al vecindario de Madrid. Hoy no lo serán, si es que los hay dispuestos á sufrir esa prueba, cosa que parece algo difícil. Porque hay que tener en cuenta otro dato decisivo en estas circunstancias. La vida municipal de Madrid requiere grandes iniciativas para remediar el fraude, para corregir el delito, para prevenir la combinación criminal, para desarraigar las malas prácticas, para dar, en fin, á este pueblo las condiciones de salubridad, de viabilidad, de habitación, de beneficencia necesarias, análogas siquiera, al tipo medio de los pueblos civilizados; y para esto hace falta castigar á muchas gentes, tomar sobre sí muchas responsabilidades, iniciar, sobre todo, grandes transformaciones; y ¿quién se atreverá á hacerlo? ¿A qué ciudadano, por honrado y virtuoso que sea, por vivo que esté en él el sentimiento del deber público y de la abnegación, cosas mejor para invocadas que para encontradas se le va á pedir, con la atmósfera que existe, y con las costumbres de nuestra vida pública, que tome sobre sí tamañas responsabilidades? ¿Qué iniciativa no será inmediatamente sospechada? ¿Qué plan no encontrará detractores del peor género? ¿Qué noble intención no será acusada de egoísmo, si es que no se la apellida de cohecho? ¿Es que la falange de malhechores, á quienes se cierra el camino del fraude, va á callarse y á permanecer pasiva? ¿Es que la prensa les está vedada? ¿es que la faltarán plumas hábiles para preparar la calumnia, formular la injuria y mancillar su honra? Sensible é irritada como está la opinión pública, ¿se hará sorda al clamoreo, por estos inventado; aquí donde todo es pasión, y donde la reflexión serena cuenta por poco en la dirección de la vida pública?

Basta plantear así la cuestión para anticiparse á la respuesta. Que hablen sinceramente los hombres honrados que se sienten deseosos del bien, y no se creen incapaces de administrar el municipio de Madrid; que hablen y digan si con el actual sistema están dispuestos á comprometer su reputación, á arriesgar quizá la vida, á gastar sus fuerzas y á perder la tranquilidad de sus hogares en una lucha desesperada contra el mal, de cuyo resultado nadie puede responder, pero de cuya gravedad todo el mundo está persuadido.

V

Planteada la cuestión de esta manera, el problema no puede tener más que una solución. Puesto que la modificación de la ley sería remedio insuficiente y en todo caso lejano y aplazado, y puesto que el cambio de personas sería impotente, sólo queda aquella solución que el espíritu público presiente y desea, aunque sin saber definirla: *el cambio de sistema*.

Es preciso que la organización municipal entera de Madrid concluya en un momento dado y sea sustituida por otra; es indispensable que todo el personal de los servicios municipales, que todas las organizaciones sobre el fraude fundadas y al daño del público encaminadas, que todas las combinaciones para el abuso engendradas sepan y estén convencidas de que van á desaparecer. Cuando esto sea público y notorio, se habrá ahorrado ya una gran parte del camino para la corrección y economizado no pequeña parte del esfuerzo para lograrla, porque para detenerla no podrán emplearse las habilidades, las intrigas, las influencias subterráneas, ni los vergonzosos sobornos. Los fautores del mal, semejantes á un ejército derrotado, sólo pensarán en fugarse para encontrar en la fuga su salvación, mientras que si la resolución no fuese radical,

harían, como otras veces: reunir todas sus fuerzas para mantener lo existente, revolverse contra los reformadores, inutilizar sus esfuerzos, desalentar sus voluntades.

Tiempo habrá de pensar, entre tanto, en la nueva organización ó en la reforma de lo existente; tiempo habrá para ver si se ha de crear la prefectura de Madrid, ó someter la municipalidad de las grandes capitales á especial organización, ó modificar su sistema sobre las bases propuestas en el proyecto de 1884 (1), ó aplicar las del de 1891. Todo eso requiere meditación y tiempo. Lo que no admite espera ni paliativo es la extirpación de los abusos actuales y la corrección de tanto fraude, engaño y corrupción. La opinión pública ha hecho lo que podía; Madrid ha hablado con claridad elocuentísima; la victoria está alcanzada; sólo queda sacar partido de ella. Verdad que esto es siempre lo más difícil. Ya dijo Maharbal á Anníbal después de la batalla de Cannas: «Sabes vencer, pero no sabes aprovecharte de la victoria.»

Pero ¿cuál sería la fórmula para realizar tan radical y provechosa reforma? Una sola: declarar en suspenso la vida municipal de Madrid por espacio de tres años, y nombrar una comisión de 5 ó 7 individuos, quizá de 7, á quienes se confiara en términos precisos y terminantes la reorganización de todos los servicios municipales. Estos pueden, á juicio del que suscribe, condensarse en los siguientes capítulos:

Hacienda municipal (ingresos, gastos, presupuesto y deuda); contabilidad; viabilidad (obras, ensanche y mejoras); ordenación de pagos; salubridad é higiene (ordenanzas municipales, enterramientos y cementerios); asistencia pública (beneficencia é instrucción); mercados, y matadero. Al frente de cada

(1) El redactor de aquel proyecto no considera hoy aplicable una gran parte de sus disposiciones. Las reformas que entonces hubieran quizá evitado muchos abusos, serían insuficientes para desarraigarlos. Por otra parte, el desarrollo que han tomado los gremios y la parte que en la administración municipal podría confiárseles son nuevos datos que habrán de tenerse en cuenta para toda reforma de la ley municipal.

uno de estos servicios se colocaría una persona de autoridad indiscutible y de moralidad irreprochable, que, con independencia absoluta de las otras, hiciera el inventario de lo que hoy existe, liquidara la funesta administración de tantos años pusiera en marcha los nuevos servicios, y propusiera el plan de su desarrollo ulterior (1).

A cada una de estas personas se le daría una remuneración anual, al menos de 15.000 pesetas, y á todas la obligación de publicar en 31 de Diciembre una Memoria colectiva, en la cual se diera cuenta clara y sucinta al gobierno y al público de los tres puntos de su misión: inventario y liquidación del pasado, plan de reorganización, y reformas ya ejecutadas, indicando al propio tiempo las que quedaran por hacer, y el plazo en que debieran llevarse á cabo.

Y para que el nombramiento de las personas á quienes el gobierno habría de encomendar este altísimo servicio, no diera lugar á vacilaciones ni á sospechas, deberían señalarse de antemano las categorías de donde habrían de sacarse. El comisionado de la viabilidad, ensanche y obras, habría de ser un inspector del Cuerpo de caminos, canales y puertos; el que de la higiene y salubridad se ocupara, un doctor en medicina de alta reputación y categoría, y sobre todo de experiencia; el que reorganizase la contabilidad, un ex director de Hacienda de los más caracterizados por sus servicios; la organización financiera se confiaría á un individuo de la alta banca de Madrid que quisiera prestar este servicio; la ordenación de pagos á un ex ministro de Hacienda, de la organización de los mercados habría de encargarse un comerciante de artículos de primera necesidad que conociera los sistemas de venta pública establecidos en España y en el extranjero, y del matadero un

(1) La organización interior de esta junta, y su modo de funcionar no son del momento actual. En un proyecto de ley que debiera presentarse en el acto á las Cortes, estos y otros complementos tendrían su lugar propio.

agricultor ganadero que tuviera la experiencia propia y ajena de este enmarañado, pero en el fondo facilísimo servicio.

Mucho dependerá todavía de la elección de las personas, pero algo contribuirá al acierto la designación de las categorías. No va á atraer sobre sí las sospechas ó las censuras del público, quien, teniendo una fortuna y una reputación que perder, espera el premio de un noble servicio público en la estimación de sus conciudadanos, que habría además de traducirse en el distintivo con que los poderes públicos sancionaran el aplauso del pueblo de Madrid. La memoria de Pontejos vive aún entre nosotros; y ¿quién no recuerda con cariño á aquellos alcaldes de Madrid que han hecho algo por el vecindario, ó que al menos han impedido que se abusara de él? Y si estos antecedentes son ya, por sí solos, animadores, ¿que no habrá de esperarse de los hombres encargados de recoger este movimiento de opinión, que concentrándose durante muchos años, estalla en la unánime y consoladora manera con que Madrid ha formulado sus maldiciones contra los indignos, y su resolución de ser administrado honradamente?

SEGISMUNDO MORET.

LA PRENSA INTERNACIONAL

La cuestión femenina.

La cuestión femenina, que ha prendido fuego por los cuatro costados en Inglaterra y empieza también á preocupar vivamente en Francia, comienza á ocupar á los pensadores en España. La mujer se agita, la opinión se inquieta. Ya hemos tenido ocasión de consagrar varios artículos á las reclamaciones de la mujer moderna. Pero nunca será suficiente cuanto se diga acerca de estos problemas de un carácter tan complejo, sobre todo cuando quien habla está armado con todas las conquistas de la biología y de la medicina juntas. En tal caso se halla el doctor Benedikt, el eminente catedrático de la Universidad de Viena, que une á su reputación como célebre práctico la de un sabio autor de trabajos psicológicos (estudios acerca del estado mental y la psicología de los criminales, acerca de los estigmas, etc.) El profesor Benedikt, que se propone publicar pronto una obra voluminosa respecto á uno de los asuntos más interesantes — *La Psicología como ciencia experimental (Die Seelen kunde als experimentale Wissenschaft)* — ha tenido á bien tomar de su libro y ofrecer á nuestros lectores la síntesis de sus opiniones acerca de la cuestión femenina, considerada desde el punto de vista de la psicología comparada de ambos sexos. Sin conformarse acaso

en todo con el parecer del sabio austriaco, nuestros lectores harán justicia á su argumentación abundante y ceñida, así como á sus ideas caracterizadas por esa rara imparcialidad que en vano se buscaría en quienes admiran ó más bien en quienes menosprecian á «la mujer nueva». Dice así el doctor Benedikt:

«Cuando se pretende profundizar cuál es el influjo de las diferencias sexuales en el alma y en la vida interior, es preciso comparar los dos sexos en la edad de la madurez. Los puntos decisivos son los siguientes:

En el hombre prepondera la impresión de la observación, de la percepción; en la mujer, la del sentimiento.

La mujer está incompletamente organizada para las operaciones superiores de la mente, sobre todo para el pensamiento abstracto.

La transformación de la voluntad en movimiento y en acción se realiza más difícilmente en la mujer que en el hombre.

Estos tres principios ayudan á reconocer los detalles de las diferencias psicológicas entre los dos sexos. Pero debe tenerse en cuenta el hecho de que ningún hombre desciende sólo de un hombre, ni ninguna mujer sólo de una mujer; y, por tanto, las cualidades de los padres se transmiten á los hijos con las mezclas más variadas. Una mujer puede, por excepción, dar pruebas de cualidades esencialmente masculinas, así como un hombre puede tener cualidades femeninas. Las disposiciones naturales pueden estar invertidas por completo. Estos despropósitos contra la naturaleza se llaman perversiones.

Al darnos cuenta de los cambios que nuestros sentimientos é ideas sufren por influjo de nuestras percepciones y sensaciones, con facilidad se encuentran las innumerables diferencias que hay entre ambos sexos. El hombre llega más fácilmente á las nociones adquiridas por su propia intuición y por su propio raciocinio: su entendimiento es creador. Sin

embargo, la mujer tiene la facultad de adquirir conocimientos pertenecientes á la esfera de las ideas con igual facilidad, hasta cierto punto y cierta edad: su facultad de recepción y hasta su inteligencia son superiores cuando niña á las de los niños del sexo masculino. El hombre puede retener más fácilmente la impresión de las cosas, porque sus sentimientos son menos irritables. El hombre es más objetivo, más imparcial que la mujer; ésta depende más de sus impresiones y de su estado anímico, porque es más subjetiva.

La mujer llega más pronto y en mayor grado á sentimientos compuestos; y esos sentimientos son más nobles y delicados porque su lucha por la vida, menos activa que la del hombre, no embota en ella tanto como en él los buenos sentimientos.

La fantasía de la mujer se pinta un cuadro de la vida; la actividad del hombre modela sus propios destinos. Cuando el hombre ve que la realidad no corresponde á los productos de su fantasía, se desembaraza de ellos, mientras que la mujer los recobra y los cambia. La mujer lucha noblemente, allí donde el hombre lucha sin consideración á nada. En vano se predica al hombre que debe soportar su suerte resignado; sólo el hombre nacido con un carácter femenino es quien se somete á ella. En general, el hombre predica que los demás soporten cada uno sus propios dolores; pero él mismo no acepta esta teoría. El hombre se vuelve á menudo feroz, si tiene mala suerte; la mujer, en semejante caso, se doblega y se abate; y como sus nervios son más fáciles de quebrantarse, se pone enferma y cae en el histerismo.

En la mujer, las impresiones son más intensas y duraderas; por consiguiente, sus sentimientos influyen de un modo más decisivo en su vida interior. El amor y el odio son en la mujer tanto más duraderos, cuanto que la absorben menos el pensamiento y la acción.

El hombre desecha con facilidad los sentimientos que le molestan para pensar y obrar, se hace más fácilmente egoísta

y brutal; al paso que en la mujer un sentimiento noble impide casi siempre una acción mala.

La vida sexual ejerce un influjo mucho más grande en la mujer que en el hombre, y en ella se manifiesta por fenómenos corporales de un modo mucho más permanente. La vida interior de la mujer se hace más monótona, su facultad de pensar se resiente de ello, y su existencia se aferra preferentemente á limitarse á las virtudes del sexo y de la familia.

Las religiosas que vemos en nuestros días no pueden emanciparse de la ley natural; y la lucha contra esta ley absorbe mucho más que la sumisión á ella sus fuerzas físicas y morales. Esta lucha tiene además la desventaja de que las hace sufrir en sus ideas y sentimientos, y sus nervios se paralizan y pervierten.

Entre los campeones de la emancipación de la mujer suelen manifestarse vicios contra la naturaleza y perversiones contra la virtud, que la sociedad tiene que eliminar.»

*
* *

Hemos dicho que la razón y la inteligencia, relacionados con la facultad de pensar, existen en la mujer en un grado muchísimo menor que en el hombre. No puede manejar sus ideas y conocimientos como un instrumento. Por ese motivo, es menos apta para una actividad iudependiente y creadora aun cuando tenga el mismo grado de ciencia que el hombre. La mujer es forzosamente inferior, no sólo en las ciencias, sino también en las bellas artes, porque su facultad de pensar no está á la altura de la del hombre. La mujer es también inferior en la vida moral, cuando se trata de transformar los sentimientos y fenómenos morales en juicios y leyes. La mujer observa mejor que el hombre el Decálogo, pero el hombre es quien lo inventó.

La mujer es infinitamente superior al hombre en cuanto á la nobleza de sus sentimientos y á la facultad de soportar su-

frimientos causados por ellos. El hombre sacrifica fácilmente su honor, es decir, sus convicciones íntimas, á cambio de ventajas exteriores, por una condecoración, por títulos, dinero ó poderío. El hombre rara vez estima en su justo valor la conducta de otro hombre que defiende sus convicciones contra su interés personal. Por el contrario, las mujeres soportan la miseria y el aniquilamiento de su felicidad por salvar su honra; y aun en mujeres que ya han sucumbido, el sentimiento del honor y del valor moral permanece con frecuencia aún más vivo que en el hombre.

Hacer daño á cualquiera por evitar un daño que amenaza á nuestra persona, es una acción que al hombre le parece muy natural; para una mujer bien nacida, es un sacrificio al cual no se decide si no difícilmente ó nunca.

Por ese motivo, la entrada de las mujeres en la vida pública es una palanca para la futura mejora del género humano. Pero como las leyes naturales han establecido una diferencia entre los dos sexos, no debe decretarse una perfecta igualdad entre el hombre y la mujer, si no se quiere rebajar el nivel de inteligencia y actividad del género humano.

Preciso es conceder á las mujeres el derecho á la educación y al trabajo dentro de los límites de sus fuerzas naturales, con tanta más razón, cuanto que á las jóvenes inteligentes que pertenecen á las familias bien educadas de la clase media, suelen faltarles ocasiones de casarse y cumplir su natural destino. Lo mismo que en la instrucción primaria, se llegará también acaso en la segunda enseñanza á conseguir mejores resultados para las jóvenes. Hasta en las profesiones liberales que exigen elevados estudios, las mujeres de buena disposición llegarán al nivel de los hombres en todos los trabajos que no requieran facultades creadoras. Sin embargo, los grandes trabajos y los grandes resultados resérvanse para los hombres, no á causa de la descuidada educación de las mujeres hasta nuestros días, sino porque así lo exige la naturaleza. Las pocas excepciones que se ven confirman la regla

general; á veces se divierte la naturaleza en crear variedades irregulares.

Desde hace innumerables siglos, las mujeres saben tañer instrumentos de música y cantar; pero son escasísimas y muy inferiores sus composiciones. Hasta las reglas de la composición musical á duras penas les caben en la cabeza, y el estudio irrita sus nervios. Son excesivamente raras las mujeres que dominan por completo esas reglas.

***

La mujer es superior al hombre por una cualidad que pudiera llamarse «la razón del sentimiento», y que se manifiesta en su tacto y en su prudencia. Por eso suele dominar tan á menudo en la casa la mujer, y es tan apta para cumplir los deberes del cargo de regente. Los soberanos del sexo femenino han desplegado con frecuencia una actividad bienhechora y tranquilizadora, pero nunca han creado nada.

La diferencia entre los dos sexos se manifiesta en su modo respectivo de inclinarse á la inmoralidad. La mujer miente con tanta frescura y frecuencia como el niño, porque la mentira es un arma defensiva cuando no se dispone de otra más fuerte y ofensiva. La mujer está condenada al matrimonio, porque el hombre, en sus relaciones con la mujer, apetece las apariencias cuando no le satisfacen las realidades. La mujer está muy dispuesta á la superchería, porque no puede prescindir de este arma á causa de su debilidad natural.

El hombre está más bien dispuesto á falsear y suprimir lo que le estorba en su lucha por la existencia. El número de malhechores del sexo femenino es insignificante, si con el de los del sexo masculino se compara. La abdicación moral de la mujer se manifiesta más bien en la lucha por su honor; y desde este punto de vista el egoísmo y la corrupción del hombre, así como la mala organización de la sociedad, son mucho más

culpables. Las mujeres que han cedido á pesar suyo son mucho más numerosas que las pecadoras de afición.

Existe grandísima diferencia entre los dos sexos en cuanto á la fuerza muscular. La mujer es mucho menos enérgica y perseverante; pero soporta mucho más, cuando entra en juego la paciencia. Respecto á la habilidad es muy superior el hombre, como lo prueba hasta la conocida superioridad de los modistos sobre las modistas. En general, la fuerza creadora en materia de gusto no es superior en la mujer.

La mujer es muy inferior en todos los ramos de la actividad humana en los cuales la razón debe ordenar y ejecutar un trabajo, ó donde se necesita un gran poderío de la voluntad. La tenacidad, es decir, la facultad de no perder nunca de vista cierto objetivo de la voluntad, es más grande en la mujer.

La relación entre las cualidades psíquicas y morales de los dos sexos varía naturalmente según las razas y el desarrollo de un pueblo. Por ejemplo; las mujeres francesa y rusa se asemejan más al hombre, en cuanto á su energía, que la alemana ó la italiana.

La naturaleza ha querido que el sistema nervioso de la mujer fuese más irritable que el del hombre: el histerismo es una enfermedad femenina. Pero los nervios de un hombre pueden estar también tan trastornados por una vida irrazonable y llena de excesos, que le hacen enfermar de histerismo; como se ve en los americanos, que se fatigan más de lo debido con los negocios y la política.

El cráneo de la mujer tiene por término medio un contenido menor que el cráneo del hombre: unos 220 centímetros cúbicos menos, ó sea el 16 por 100; la proporción entre la superficie del cerebro y su peso es casi la misma. El hombre y la mujer no son dos unidades de un mismo ser, sino dos seres diferentes aunque parecidos. Por tanto, no debe hablarse de un valor idéntico ni de una perfecta igualdad entre los dos sexos. Eso no obsta para que las mujeres tengan derecho á

una educación superior y al trabajo. Los hombres no pueden negar las facultades de la mujer, mientras no dicten una ley especial que disponga el deber de medir la capacidad del cráneo de cada hombre á quien se confiera un empleo ó una dignidad. Hasta cierto punto, una mujer de buena disposición puede producir el mismo trabajo que la mayor parte de los hombres. No debe aplicarse á cada individuo un principio general.

*
* *

Para concluir, digamos algo acerca de la mujer en el matrimonio y acerca del amor libre. El especial encanto femenil es la mejor arma de la mujer en su lucha por la existencia. La edad, las enfermedades y la maternidad disminuyen en la mujer mucho más pronto que en el hombre las condiciones de una vida feliz.

Por eso la naturaleza instituye el matrimonio, á fin de que el capricho, las nuevas concupiscencias del hombre y sus pasiones no disuelvan lo que debe permanecer unido, por conveniencia de la humanidad y de la sociedad.

Las leyes pueden suavizar ciertas rigideces del matrimonio; pero las leyes matrimoniales más duras y más intransigentes son para la mujer y el hijo un beneficio, si con el amor libre se comparan. Nada más natural que lo defienda el hombre; pero la mujer que pide el amor libre es ciega y es la peor enemiga de su sexo.

La mujer á quien se ama libremente está expuesta en todos los momentos á ser arrojada al abismo de la miseria. Por el contrario, la sociedad que quiera realizar un progreso moral debe hacer todo lo posible por metamorfosear el amor libre, que hasta hoy se ha tolerado como una forma especial de amor protegida por la ley y por la sociedad.

LDO. PERO PÉREZ.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Las naciones europeas y el sultán.—Inglaterra y los funerales del Embajador de Turquía en Londres.—Cuestión armenia.—Dificultad de concretar y definir Armenia.—Carta del Papa Pío II á Constantinopla y del Sultán Abdul-Hamid á Londres.—El recuerdo de Constantinopla en la Historia.—El poder de Abdul-Hamid sobre sus vasallos.—El Korán.—Sus apologistas.—Sus dogmas fundamentales contrarios á la libertad y al progreso.—Política de Occidente.—Portugal.—Francia.—Bélgica.—Italia.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Muchos y muy varios sucesos por Occidente; mas no puede negarse que atrae Oriente y fija todo el público interés, toda la general atención. Las guerras y las matanzas de Armenia comenzaron la serie de sucesos, que subsiste y continúa con la nota de los Estados europeos á Constantinopla y la presencia de armadas varias en las aguas vecinas al Bósforo. Como estas armadas no dan otro pretexto para navegar en tales aguas que sus desvelos por los adscritos á las diversas nacionalidades, el sultán, dolorido, ha tocado el cielo con las manos y dicho no haber necesidad alguna de tales aparatos, estando él allí al cuidado de todo y para la custodia de todos. Mas no le han hecho caso; y continúan llegando buques y más buques al husmeo de la carne muerta, pues á muerto hiede aquel Imperio. Y no sólo han llegado buques, á cual más hostil hacia la media luna, también han llegado

notas á cual más triste para los moribundos sultanes. Entre tales notas han resaltado por su acritud, las que Inglaterra expidiera. Empeñada en que hay, amén de las tribus católicas, una tangible Armenia ortodoxa en el cristianismo griego, como cualquiera de los pueblos danubianos bien conocidos por la geografía universal y con claridad encerrados dentro de sus respectivos límites, Inglaterra, la nación para quien era la existencia é integridad completas del imperio turco un dogma, se ha revuelto contra los califas, amenazándolos, no ya con abandonarlos á su triste soledad, con impelerlos al hoyo. Este litigio diplomático se ha enmarañado en términos de degenerar casi en una guerra; y esta guerra sorda y secreta ya tiene sus muertos. Con efecto, una ceremonia fúnebre muy singular se ha celebrado en la iglesita romana, oculta casi sobre la plaza londonense conocida con el nombre de España. Unos concurrentes, en su mayoría luteranos, escuchaban las preces mortuorias cantadas en Misa de nuestra liturgia por sabio Cardenal revestido de púrpura, en presencia de cadáver envuelto entre los pliegues de otomana bandera, en que relucía la media luna de Ostman. Era el cadáver de Rustem-bajá, embajador de la Sublime Puerta en Londres, por su abolengo un italiano, y á fuer de italiano, por su religión un católico. Duelo general reinaba en la corte, manifestado por el concurso asistente á esta Misa de *Requiem*. Y había para qué, pues todo el mundo atribuye la muerte de Rustem al dolor en él causado por las notas de su gobierno quejándose de los procederes del gobierno británico, airado, como nunca, en sus propósitos y en sus resoluciones, contra la corte de Constantinopla. Con efecto, al pronunciar su penúltimo discurso lord Salisbury acerca de la cuestión oriental, y amenazar al jefe de los creyentes musulmanes con una rápida expulsión del Bósforo, como se hallase Rustem agonizando, expresó la pena que le atravesaba el corazón, por ver moribundo al representante de la Puerta en Londres so el trabajo enorme de las negociaciones y so el dolor de ver las medidas extremas premeditadas y aperci-

bidas por Inglaterra para el caso de no cumplir las reformas prometidas para los armenios y no enderezar toda la política imperial á una reconciliación efectiva y duradera entre las razas y las religiones del imperio. Maestro en política, Rustem, como casi todos los diplomáticos orientales, no podía ignorar que si el Gran Señor, cuya representación ostentaba, no metía en cintura las tropas turcas y los caudillos kurdos, se le airaba Europa; y si los disciplinaba y sometía, se le airaba también Asia. Y no le desasosegaba y malhería sólo esta consideración: penetrábale dentro del alma otra más horrible, la consideración de que, aun prometiendo todo cuanto le pidieran las potencias europeas al Califa, no está en su mano cumplirlo. Jamás se ha dispuesto de una banda kurda como se dispone de un destacamento británico. Inútilmente manda y ordena el sultán que hagan tal ó cual cosa tribus, á un patriarcado religioso entregadas, y por lo mismo ignorantes del ánimo de su señor lejano, y dirigidas por un señor feudal con pleno derecho sobre su vida. Y á estos nómadas del desierto, sin arraigo fijo en el suelo y sin otra legislación que sus heredadas costumbres; religiosos y muy fanáticos; odiando á los que disienten de sus creencias y no participan de su sangre y prosapia, no les cabe en la cabeza concepto para ellos tan disparatado como que pueden tener tener derecho á su consideración los perros cristianos, enemigos de su religión y de su raza. Pues qué, los kurdos indómitos y los domados por un régimen feudal bárbaro, ¿superarán en disciplina y sumisión á las tropas regulares del sultán?

Y á estas tropas nunca pudieron dirigirlas y refrenarlas desde Constantinopla, cuando las ponían, por medio de guarniciones, en contacto con los pueblos cristianos, pues á pesar de mandarlas para defenderlos, creían ellas que las mandaban para degollarlos. Aquella fortaleza de Belgrado bombardeando la población casi á diario; aquellos bajaes de Bucarest empeñados en aniquilar los gérmenes de la rumana vida nacional; aquellos exterminadores esparcidos por Bulgaria, que

despertaban las santas indignaciones de Gladstone; todas aquellas calamidades; conjuradas por guerras y revoluciones sin número, se reproducen hoy á las puertas de Asia por todo el inmenso territorio de Armenia, y piden radicales remedios, una extirpación total á hierro y sangre, como el cáncer. Pero no hay que forjarse ilusiones. Armenia cristiana, y los cristianos armenios no presentan los caracteres definidos que Serbia y sus serbios, que Rumania y sus rumanos, que Bulgaria y sus gentes. Hánse reconocido los límites de todas éstas, y contádose las tribus cristianas en ellas con facilidad relativa. Y sin embargo, Bulgaria y Serbia disputan por una parte de Macedonia; disputan por las regiones transilvanas Hungría y Rumania. ¿Cómo definir Armenia con sus georgianos, con sus kurdos, con sus moscovitas, con las gentes de abolengo meda y asirio, con los judíos, con los árabes diseminados en varios puntos y provenidos de las llanuras rusas, con los restos de los escitas y de los parthos, con los persas que se le avecinan, con los mongoles y tártaros así cristianos como musulmanes, con las mil contradicciones contenidas en sus senos, y aquejadas de tal acerbidad, que bien pueden llamarse una guerra continua y agudísima?

II

Y las cosas han llegado á un extremo tal, que se ha visto por la fatalidad el sultán obligado á dirigir al primer ministro de Inglaterra una carta suplicatoria en demanda y requerimiento de que lo trate con mayor consideración. Esta singular epístola me ha recordado á mí otra muy análoga, en sentido bien opuesto á la carta del sultán. Acababa de caer Constantinopla, y tenía la tiara Pío II. Pues bien; á este Papa, historiador y literato, no se le ocurrió en tal catástrofe cosa mejor

que cartearse con el sultán triunfante. Así, desenterró el más puro latín, cortó su pluma de la manera más brillante posible, dispuso del más clásico lenguaje, y enderezó una carta elocuente al gran turco, al reciente vencedor todopoderoso, conjurándole con los ejemplos de Clodoveo, Recaredo y otros célebres conversos antiguos y modernos á que abjurase del mahometismo, y pasado á la religión cristiana, tomara en la Edad Moderna el papel de los Carlovingios en la Edad Media, el papel único de defensor del Papa; por lo cual recibiría Bohemia y Hungría y otras regiones orientales, prontas entonces á entregarse al primero que les designara el Pontífice por dueño y por señor. Esta carta no quería decir otra cosa sino la decadencia del Pontificado al entrar el Renacimiento, cuando la unión de la Iglesia griega con la Iglesia romana se había roto ; y enfrascados los Papas en un terrible combate con los Concilios, llamaban como á voces la revolución religiosa y la reforma futura. Por bien de todos, en aquellos momentos nacía Colón; que, dando un mar nuevo, una tierra nueva, un cielo nuevo al planeta, daba también al Cristianismo una fuerza y una extensión que habían de dañar al islam. Mas la carta de Pío II significaba eso; la decadencia del Pontificado entonces, como la carta del sultán á Salisbury significa hoy la decadencia del califato. Un jefe de los creyentes, dirigiéndose al primer ministro de Inglaterra, en carta que pide perdones y da excusas, revela cómo le toca, en este instante supremo, al buen califa imperante un papel tan triste como el representado por Augústulo, emperador, en el día último de los antiguos romanos, por Constantino, mártir, en el día último de los griegos imperiales modernos; por Carlos II en el día último de los Austrias españoles, por Jacobo II en el día último de los Estuardos ingleses, por Luis XVI en el día último de los reyes absolutos. Una corona con otra corona pueden cartearse y entenderse. Un califa, descendiendo á entenderse con un simple ministro, aunque sea este ministro el jefe real de nación, por tanto extremo poderosa, como Inglaterra lo es, paréceme un Dios descen-

diendo del santuario y mezclándose con los sacerdotes destinados á ofrecerle acatamiento y prestarle culto. ¡Cuán terribles previsiones no deben asaltar la inteligencia de los pueblos musulmanes, y cuán siniestras nubes oscurecer su alma y conciencia, cuando el sultán y califa, es decir, Papa y Pontífice al mismo tiempo, grita, no como un señor desde su trono, como un náufrago desde su tabla!

III

¡Constantinopla! Esta ciudad, destinada en muchos Apocalípsis sociales á capital de la tierra; ciudad relativamente moderna, si con aquellas que han tejido la vida histórica se compara; ciudad cuya grandeza presintieran y señalaran los sacros horóscopos de Apolo; rival de Roma mucho más afortunada que Alejandría; madre de una Iglesia en la cual se juntaban la majestad hierática del Asia con el genio metafísico de Grecia; núcleo del espíritu de Oriente y canal de su infusión misteriosa en nuestra vida; luminar, como Atenas, como Jerusalén, como Córdoba, como los más brillantes soles, en los dilatados cielos del espíritu; sibila del cristianismo en contra de su competidora de Occidente que lo rechazaba y lo combatía de muerte á sus comienzos como injuria grave á sus leyes y atentado á su grandeza; sede principal de los Concilios que han constituido los fundamentos de los dogmas religiosos, tiene Constantinopla sobre todos estos prestigios el singular de su posición geográfica en el maravilloso Cuerno de Oro; á las orillas de ese Bósforo celeste que puede ofrecer abrigo á todas las naves del mar; á la desembocadura de esos ríos que llevan la fertilidad por el centro de Europa y que son vías militares y vías comerciales de singular importancia; al borde del Asia y á las puertas de Oriente de Europa; vecina á Siria y vecina á Italia; con comu-

nicaciones abiertas á todos los productos del trabajo, y con desfiladeros cerrados á todas las invasiones de la guerra; bajo cielo de mágicos resplandores y sobre territorio de sagrados recuerdos; entre los encantos de la naturaleza y los arreboles de la poesía; siendo tal vez el sitio señalado en las transformaciones de lo por venir como punto de intersección de razas y continentes, á sede y asiento de una confederación de pueblos que cierre los tiempos del privilegio y abra los tiempos del derecho, cuando la tierra por el trabajo se haya hermoseado y engrandecido en la naturaleza, y el espíritu se haya acercado más á Dios por la libertad y por la justicia. Esta región, la más hermosa de la tierra, está manchada por un despotismo sin igual. Las últimas rebeliones de Armenia han hecho que se abriera de nuevo el informe contradictorio sobre el imperio turco y que resultara inapelablemente condenado. Los hombres menos supersticiosos en política, los economistas, son los que más acerbamente critican á Turquía y con más seguridad señalan su irremediable ruina. La bancarrota última ha sido terrible, no sólo para su crédito, sino también para su existencia. Allí, como en los antiguos imperios asiáticos, no hay más que un hombre, el sultán. Todos los otros son como si fueran bestias de carga, docilísimo ganado.

IV

Descendiente de los califas y heredero de Osman, este único hombre de Oriente reune en sí el poder espiritual y el poder temporal más poderoso que en el mundo existe, como Pontífice, como legislador, como rey supremo, como supremo juez, como delegado de Dios y copartícipe de su omnipotencia. Recluido en su serrallo, fuera casi de la sociedad, en alturas

donde el aire parece irrespirable, superior á toda crítica, libre de todo examen de sus actos y de toda intervención en su autoridad, ningún vasallo, por grande que parezca, se acerca á él sino temblando, ni entra en su estancia sino con las ceremonias y en la actitud de aquellos que penetran hasta un religioso santuario. Nadie puede mirarle cara á cara ni oirle ninguna palabra sin responderle con toda suerte de adulaciones y de loores. Engendrado en el serrallo, nacido de entrañas esclavas, educado por eunucos, penetradísimo de que todo derecho y toda autoridad le corresponden por juro hereditario; con menosprecio completo á la civilización europea, con espejismos asiáticos en la mente perturbada por las vertiginosas alturas desde cuyas cimas contempla al mundo perdido en los abismos; cree que el imperio entero debe someterse y ajustarse á la continua oscilación de su voluntad y al juguetón mariposeo de sus caprichos de déspota, aumentados y recrudecidos por la venenosa atmósfera de incienso y mirra en que continuamente vive y respira. Los viernes sale á caballo, acompañado de su corte, circuido de sus eunucos, á recitar bajo las bóvedas de la mezquita predilecta, en procesión que podría llamarse la procesión de un ídolo, las oraciones de rúbrica. Después se encierra en su palacio y se entretiene en presenciar riñas de gallos y juegos de atletas, en visitar las aves rarísimas de sus pintadas pajareras y las jaulas de sus alimañas feroces, en contar los presentes recibidos de las diversas provincias, desde aquellos que provienen de los desfiladeros de Macedonia hasta aquellos que provienen del Egipto y de la Nubia, entre los cuales hay hermosas doncellas para el serrallo y jóvenes mutilados que las celen y las guarden. De un presupuesto que sube á 500 millones de francos, retira 50 millones para su divina persona. Y no es maravilla, en verdad, si se tiene en cuenta que tiene 5.500 domésticos de ambos sexos, 300 cocineros, 400 mozos de cuadra, otros 400 músicos, 100 porteros, 1.200 esposas, 25 ayudas de campo, 50 médicos, 50 cirujanos, 50 pajes, 150 esclavos negros, 7.000

personas á quienes dar de comer todos los días, cuya comida importa más de 12 millones de francos al año; 600 caballos de silla, 200 carruajes, 150 cocheros, 4 millones de francos anuales que gastar sólo en el harem, 400.000 francos en terrones de azúcar, 2.500.000 en joyas, 700.000 en leña, 500.000 en cebada, cerca de 5 millones en regalos, 14 millones en la construcción de nuevos palacios, no bastándole para su recreo los setenta y dos que habita y que recorre todo el año; sumas fabulosas que parecen sacadas de *Las Mil y una noches*, y de las cuales no quiere rebajar ni un céntimo, pues lo necesita todo para mantener su prestigiosa gloria en Oriente.

V

Esto no puede durar. El principio del fatalismo condena al imperio turco á una inmovilidad asiática, y esta inmovilidad asiática lo condena á su vez á una corrupción gangrenosa. Ese principio de la autocracia opone una valla insuperable á todo progreso ordenado. Esa organización de la familia es una causa permanente de inferioridad moral, que trae consigo otra multitud de causas permanentes de inferioridad política. Un sólo libro entregado al comentario perpetuo de una raza muy dada á las argucias teológicas petrifica la inteligencia y le da toda la rigidez de la muerte. No se han examinado bien las causas que produjeron el esplendor intelectual de nuestros árabes en la prodigiosa Andalucía. Prescindamos de la cultura natural en aquella tierra milagrosa; prescindamos de la mezcla de razas y del grande influjo que ejercieron siempre los indígenas, ora por sus muzárabes, ora por sus renegados; lo cierto es que una gran parte de aquella gloria se debe á la heterodoxia del califato de Occidente, que abría más anchos horizontes á la libertad de pensar; y después de caído el cali-

fato, á la individualidad de aquellas ciudades disgregadas que se convirtieron en verdaderas academias. Los ilustres Abdíbitas de Sevilla, tan extraordinarios astrónomos como inspirados poetas, los que estudiaban los secretos del cielo desde la gallarda Giralda, eran verdaderos herejes. Pero el actual imperio mahometano del Oriente de Europa contrasta por su rigidez ortodoxa con la fina heterodoxia y con la continua movilidad del antiguo imperio mahometano de nuestro privilegiado Occidente. Así es que á las investigaciones de la raza árabe en Andalucía ha sucedido una fe verdaderamente mongólica, por lo rígida, por lo intransigente y por lo absurda. Con esta fe pueden esperar los turcos que se les abran las puertas del paraíso, pero también pueden temer que se les cierren las puertas del Bósforo. Todas las palabras de progreso quedan reducidas á frases oficiales, sin realidad objetiva, todas las promesas de reformas á programas diplomáticos sin cumplimiento posible.

VI

Uno de los mayores males que ofrece la situación tristísima de Abdul-Hamid, está en el empeño de gobernarlo todo, de comunicarse con todos, de conocer las cuentas, las contratas, las empresas, los tributos, las deudas, lo que piensa el último cortesano, lo que hace el último soldado, como trabajan y cómo proceden desde los ulemas á los cocineros. Y cuenta si tiene problemas sobre sus espaldas. Expirante protectorado sobre Bulgaria; vecindad incómoda con Austria que le detenta dos provincias; represión de la inquieta Macedonia, y de sus desfiladeros fértiles en insurrecciones; litigios perpetuos con los reinecillos desgajados del imperio; cuestión de Armenia; dificultades en Palestina y Jerusalén á causa del

interés que despiertan los Santos Lugares en todos los cristianos. Sería tan perturbada como el Epiro y los árabes del Yémen tan indóciles á su yugo como los eslavos del Danubio; peregrinaciones á la Meca generándole mil dificultades diplomáticas por el lado y aspecto sanitarios; los rusos en el Eúfrates según la porción de Armenia que poseen y en el Mar Negro á causa de Crimea; Chipre y Egipto en poder de los ingleses; como Túnez y Argelia en poder de Francia; Tripolí solicitada siempre por los italianos; Creta en armas; Grecia en zozobra pidiendo los territorios detentados por Turquía que son cuna de sus dioses y de sus héroes: tal es la carga que lleva sobre las espaldas el sultán y que lo aplasta y lo anula en terrible abrumamiento. Y bajo tal balumba saca desde las cuentas que debe pagar al clero por la religión de su imperio hasta las cuentas que debe pagar al cocinero por la plaza. Tal proceder me recuerda el proceder de Felipe II, con Asia y Africa y Europa y América y Oceanía sobre sus hombros, como el globo sobre Atlante, y escribiendo rescriptos acerca del planchado de la ropa en cada hogar ó del corte de los vestidos en cada clase. Y de tal trabajo, tan hercúleo, como inútil, dató la decadencia del imperio español. Pues bien; seamos leales á nuestras convicciones: el primer ministro inglés ha prestado un grande acatamiento á la religión musulmana y ha dicho que supera en número de creyentes islamitas el poder inglés al poder turco. Si lo dicho por lord Salisbury significa una prenda más dada de su respeto á la libertad religiosa, no hay nada que decir; pero habría mucho que decir si llegase á olvidar cómo la causa primera del decaimiento de Turquía, cual del decaimiento de todos los pueblos musulmanes á una, se halla en la religión que profesan, se halla en el Korán.

VII

El mahometismo cuenta defensores en Europa, no ya entre aquellos que lo profesan como una religión de su vida, sino entre aquellos también que en nuestra religión se han educado. Un gran escritor inglés comenzó hace algún tiempo este trabajo de rehabilitar el mahometismo; y un escritor francés, que á profundidad de inteligencia reune gracia incomparable en el estilo, ha trazado en libro lleno de paradojas atrevidísimas y de audaces pensamientos, la apología del triste enfermo que agoniza á las orillas del Bósforo y la defensa de sus creencias y de sus supersticiones. Al oirlo, creeríais oir un santón musulmán educado en la escuela de Hegel. Sus comentarios semejan á bordados de cinceladuras europeas puestas sobre jaspes y azulejos de Oriente, á grecas, á guirnaldas, á grotescos de Ghiberti ó de Udina, tendidos por una capilla de Córdoba ó un patio de la Alhambra. El Asia, y no Europa, representa el cerebro de la humanidad. Nuestro continente da sólo comentadores de los dogmas; pero el continente asiático da los dogmas mismos en su ingenuidad y en su esencia. Y esta ebullición del pensamiento asiático no ha cesado todavía. Mientras aquí morimos por la organización del Estado, ó por la tarifa del trabajo, allí se pelea y se muere por la idea religiosa y por las abstracciones metafísicas. Los penitentes oran todavía en las selvas, los profetas hablan á los desiertos, los hijos de Dios descienden de los cielos, y los mártires del idealismo riegan la tierra con su fecundante sangre. El fundador del babismo en Persia no encuentra jueces ni verdugos entre los musulmanes, y no hubiera muerto mártir si no le matan los fanáticos nestorianos. Allí, en torno de los fundadores de religiones, se extiende bien pronto el genio de la poesía, que

los saca de las tristezas de la realidad y los diviniza en los cielos de la leyenda. Al oriental no le importa que ni Jeremías, ni Isaías, ni Salomón, ni el Salmista, hablen de Moisés; él perpetuamente lo verá en las arenas del desierto, en los espejismos del ocaso, en el humo de los vapores exhalados por las montañas, en todas partes, porque lo lleva dentro de sí mismo, en el seno fecundísimo de su alma.

VIII

Mahoma, sobre esa tierra de Asia, es el reinvidicador de la unidad de Dios en toda su pureza. Cuando él apareció, la religión de Cristo se había trocado en una religión política con su exaltación al trono de los Césares; la pura unidad del Dios hebreo se había perdido en los dogmas trinitarios y en la apoteosis de María; mientras unos cristianos se iban á la corte de los césares bizantinos á comentar estúpidamente las sutilezas de sofística teología en decadencia, otros se iban á atizar los furores demagógicos y las utopías comunistas de los ebionitas y de los gnósticos; el maniqueo resucitaba la dualidad persa, y ponía el diablo á la altura de Dios, mientras el montanista anticipaba diez siglos el protestantismo y su libertad de pensar; dobles guerras en Occidente por las herejías sobre la persona de Cristo, y en Oriente por las interpretaciones á los libros de Zoroastro, lanzaban sobre Arabia sectarios de todos los cultos, vencidos de todas las causas, apóstoles de todas las doctrinas, que llevaban con la tempestad de sus pasiones el hervidero de sus ideas; y como siempre que el espíritu humano se agita de esta suerte y despide por todas partes efluvios de su ser y estelas de su pensamiento, un hombre extraordinario se eleva en la tierra de los profetas y en la raza de los héroes, concentra en sí toda la vida, y opone á las

divagaciones metafísicas de tantas sectas teológicas un sentido práctico, al paganismo extinto del Asia la viva unidad de Dios, idea fecundísima, rayo de las nubes á cuyas chispas se fundieron los ídolos, rayo de sol á cuyo calor se animó en la vida un nuevo espíritu. Los apologistas del mahometismo dicen que en Mahoma concluye el reinado de la teología y empieza el reinado de la ciencia; que su política da la dirección de las sociedades al más sabio y tiene únicamente por sabio á quien lo sepa todo; que su empeño principal consistió en buscar la luz hasta en los últimos extremos del mundo y en los más apartados rincones de la tierra; que su moral ofrece el mismo carácter de unidad dado á su religión; que su espíritu toca al espíritu moderno imbuido de la más amplia tolerancia, diciendo á los judíos y á los católicos: «Vuestro Dios y el nuestro es uno mismo»; que su razón serena expulsa los milagros de todas las concepciones teológicas; que su amor á lo absoluto se exhala en palabras sublimes como la incomparable de que todas las sombras de los seres van á inclinarse con humildad ante el nombre incomunicable del Eterno.

IX

Para estos predicadores de la religión semítica, la mezquita es como el templo de la igualdad; la peregrinación á la Meca, como la liga anfictiónica de las almas; la mujer de los serrallos, como el tipo natural de la madre; la pena del Talión, como el código de la naturaleza; el fatalismo como la gravitación de las sociedades humanas; la apoteosis del sable, como la fuerza puesta al servicio de la idea; el islam en sí, como el eslabón único entre la antigua y la moderna historia; la ciencia nuestra, como la hija legítima de la ciencia enseñada en Bagdad, en Córdoba, en Sevilla; el espíritu europeo, como una de las

derivaciones de ese espíritu semita y profético que acabó con la idolatría en la Caba y dió con la unidad de Dios base incontrastable á la metafísica y á la vida. Las ciencias le deben al mahometismo el descubrimiento del apogeo del sol; la redacción de las tablas naúticas y astronómicas que sirvieron para sus viajes á Vasco de Gama y Alburquerque; la aplicación del álgebra á la geometría; el ácido sulfúrico y el ácido nítrico; dos mil plantas añadidas al herbario de Dioscórides; los adelantos mayores de la medicina y el establecimiento de la farmacia; el sistema hidráulico que riega los más hermosos edenes de nuestra Península, y la arquitectura de los monumentos cordobeses y sevillanos y granadinos, de suerte que su pensamiento ha cultivado y estudiado desde el grano de arroz perdido en las lagunas hasta el astro luminoso perdido en los espacios.

X

A la verdad, así como en la naturaleza hay una química universal, á cuyas operaciones contribuyen las corrientes magnéticas y eléctricas; así como en la atmósfera hay un círculo de vapores por las emanaciones que extraen de las aguas los rayos del sol, y una correlación misteriosa entre la ola que palpita en el mar y la nube que se agarra á la montaña, entre el humillo que se levanta del surco y el rocío que tiembla en la hoja del árbol; así como entre nuestro sol y las nebulosas existen misteriosas armonías, como existen en cada uno de nuestros pulmones retortas que liquidan los gases, y en las fibras de los vegetales instrumentos que solidifican los líquidos; en la historia, en la sociedad, en sus operaciones varias, en la misteriosa elaboración de sus elementos hay como una máquina misteriosa que convierte el espíritu en varias

instituciones, las ideas en sólidos hechos, las leyes del pensamiento en leyes de la historia, y no cabe dudarlo, una trasformación como la producida por el Korán, una personalidad como la elevada á las alturas de la historia en el genio de Mahoma, una ebullición de ideas como la impulsada por tantos dogmas y tantos principios lanzados á los cuatro vientos por la palabra inspirada del singular profeta, han debido formar parte considerable de las sólidas bases de la vida en nuestras agitadísimas sociedades, visitadas por tantas ideas contrarias, heridas por tantas guerras crueles, sujetas á metamorfosis de tan diversa índole, y que no saben todavía de dónde han venido muchos de aquellos principios á cuya virtud fían completamente su existencia. Así como tenemos en nuestro cuerpo átomos de todos los seres, tenemos en nuestro espíritu ideas de todas las religiones y de todas las ciencias; que de esa suerte se verifica en el mundo la milagrosa transformación de las almas.

XI

Las religiones pueden ser juzgadas en sí, en su espíritu absoluto, y juzgadas en su vida histórica, desde el momento de su aparición hasta el momento de su decadencia ó fin sobre la tierra. En un trabajo filosófico, el primer punto de vista sería preferible; en un trabajo histórico es preferible el segundo. Al aparecer Mahoma reinaba la confusión mayor entre los cristianos de Oriente, y el paganismo más sensualista entre los infieles. La Biblia, que contenía la idea madre de la cultura moderna, con llevar y contener la idea de la unidad de Dios, pudo dar con Cristo una religión á Occidente, guardando todavía virtud bastante á dar con otro revelador y otro profeta una religión nueva al Oriente. Así el patriarca Abra-

ham es nuestro padre común, el padre de los hebreos, el padre de los cristianos, y el padre también de los musulmanes. Así el Dios del Sinaí es el mismo Dios del Calvario y de la Arabia. Así las profecías del Korán, como las profecías del Evangelio, dimanan de la Biblia. Dios le dice á Abraham que Ismael llegará á jefe de un gran pueblo; y á Moisés que suscitará otro profeta semejante á él y le pondrá palabras divinas en los labios; y á Isaías que mire al horizonte y verá dos hombres maravillosos, el uno caballero en humilde asno, como Cristo debía entrar en Jerusalén, y el otro caballero en dócil camello, como Mahoma debió entrar en la Meca; y á Daniel, que un hijo del hombre subirá hasta las alturas del cielo y con revelaciones celestes fundará un reino indestructible; y á Habacuc, que el santo vendrá del lado de Pharán, es decir, del lado de la Arabia; y á San Juan, que un caballo negro tenderá su crin y abrirá sus narices entre los huracanes del desierto, y el jinete que lo monte tendrá poder para lanzar sobre el planeta la guerra y blandir su larga espada sobre la cabeza de todos los hombres, peleando en espantosa é interminable carnicería donde mueran razas y pueblos. Por estas profecías se enlaza la vida del pueblo de Israel con la vida del pueblo ismaelita, y se funda verdaderamente el Korán sobre la Biblia, con lo cual los trabajos de los siglos anteriores no se pierden y se preparan nuevos trabajos para los siglos futuros. Luego la idea de Dios se fortalece en el Korán. Bajo el capullo de la simbólica oriental encierra pensamientos profundísimos respecto á la divinidad. Dios es Dios, viviente y eternal. El sueño no se acerca á sus ojos. El sabe cuanto sucedió antes que fuera el mundo, y cuanto sucederá después que el mundo haya sido. Le debéis el reposo de la noche y el despertar en la mañana. Todo lo que hay en los espacios pasará; y quedará resplandeciendo solamente la faz luminosa del Eterno. Aunque todas las hojas de los árboles fueran plumas, y tinta todos los mares, no se podrían escribir ni en lo infinito sus alabanzas. El peso más grave y el más ligero, el de una hor-

miga ó el de la tierra, no se escapa á su conocimiento, porque todo está escrito en el libro de su evidencia. No digáis que Dios es trino, porque decís una blasfemia. No digáis que Dios tiene un hijo, porque á esta palabra se rasgan los cielos y se hienden los montes. El soplo de Dios fecunda la nada. Manda, y todos los seres le obedecen. Mira, y todas las tinieblas se iluminan. El ha puesto los cielos como un dosel sobre nuestra frente y la tierra como una alfombra á nuestras plantas. El ha escrito con letras de estrellas en los espacios la dirección de nuestra ruta. Todas las cosas creadas le cantan, y esos cánticos jamás llegarán hasta nuestros profan sooídos.

XII

Con estas palabras de devoción á una idea sublime despertó el Profeta los sentidos de su heroica raza hacia Dios y su unidad maravillosa; la fundó, la disciplinó en régimen verdaderamente militar; obligóla al cumplimiento del deber, como un general á su ejército; armóla de ideas y de espadas; la arrojó sobre el mundo, y la hizo conquistadora de una parte considerable de la tierra, compartiendo á consecuencia de esta conquista con el cristianismo y con el budismo la dominación más extensa y más avanzada que han conocido los hombres sobre la conciencia humana. Pero, no hay que dudarlo, así como el judaísmo por su idea de Dios y sus mandamientos capitales pertenece á toda la humanidad, pero por su liturgia y por sus ritos exclusivamente al pueblo judío; el mahometismo, por su idea metafísica, por su idea de Dios, pertenece á todas, y por su liturgia, por su legislación, por sus demás dogmas, á las razas orientales. El mosaísmo ha sido la religión de un pueblo, el mahometismo la religión de una raza, y el cristianismo, sólo el cristianismo, entre las religiones histó-

ricas, es la religión de la humanidad. Mientras estuvimos en los periodos guerreros de la vida histórica brilló el mahometismo con resplandor sin igual. Propio para aquel momento de la historia, en armonía con aquel estado social, su espada abría surcos en la conciencia humana y sembraba multitud de ideas. Así, del choque de su alfanje salían centellas que iban á calentar las cenizas donde había quedado como atomizada la cultura antigua después de consumida por la tea de los bárbaros. Enfrente del Africa degenerada, enfrente de los godos españoles consumidos por el bizantinismo, enfrente de ese imperio de Constantinopla devorado por la fiebre teológica y reducido á la impotencia de una vida evaporada en continuas abstracciones, la voluntad enérgica, la disciplina severa, la religión militar, la propaganda por el sable debían prevalecer y triunfar. Junto á una ciencia de comentaristas, junto á un clero decadente, en los primeros siglos de la edad teocrática moderna, la ciencia musulmana debía ser como la faz de Dios, y su Korán el único luminar que difundiera su lumbre vivificadora en el espíritu humano, pues miraba á la tierra, consultaba á la experiencia, vivía en la realidad, mientras nuestra Europa se descaminaba y se perdía en los fantásticos ensueños y en las confusas visiones, producto de la maceración y de la penitencia, entre las estrechas paredes del claustro.

XIII

Pero así que el mundo europeo sintió el primer calor de la primavera del Renacimiento en la Edad Media, tuvo que retroceder el mahometismo en Occidente, y en cuanto, ya en la historia moderna, el mundo europeo sintió el calor de la filosofía, tuvo que estancarse el mahometismo en Oriente: tan cierto es que si las fuerzas rigen la materia, las ideas y sola-

mente las ideas rigen la conciencia. Religión que miraba al temperamento de una raza, al carácter de un pueblo, á la temperatura de una región, como hija de unas circunstancias, con las circunstancias tuvo que pasar su prepotencia y caer por necesidad en irremediable decaimiento. Sus leyes no tienen el carácter de universalidad que deben tener las leyes morales, sino un carácter apropiado á los accidentes pasajeros de la vida y á las facultades exclusivas de una raza. Su gobierno y sus instituciones encuentran regulada la existencia en dogmas religiosos de una rigidez incontrastable. Una autocracia rige la sociedad. Una grande confusión entre el poder espiritual y el poder temporal caracteriza á esta autocracia. El fatalismo pone límites infranqueables á la libertad. El Korán, á su vez, imposibilita todo progreso, porque las leyes civiles, como las leyes políticas, no pueden ser más que comentarios de sus dogmas y derivaciones de sus principios. Así la vida musulmana se corrompe como las aguas de un mar muerto. Así el poder se petrifica como un gigantesco ídolo, en cuyas aras precisa ofrecer la más terrible de todas las inmolaciones, la inmolación de la libertad humana. Así, los pueblos que honraron en otro tiempo la tierra, vuelven á la inocencia de la infancia por exceso de vejez. Los mismos que tanto los enaltecen confiesan que se han quedado fuera de la luz viva y asentados á la sombra de la muerte; atribuyendo á que la escritura jeroglífica opone hoy con sus complicadas letras, con sus innumerables puntos diacríticos, con sus varias vocales, insuperables obstáculos á la difusión de la ciencia. La escritura es jeroglífica, silábica y alfabética. La escritura silábica de los árabes aparece como un progreso respecto á la escritura jeroglífica de los chinos, que emplea ciento treinta mil signos para expresar una limitada cantidad de objetos. Pero con sus ochocientos caracteres tipográficos indispensables para la impresión de un libro ó de un periédico, la escritura árabe tiene verdadera inferioridad respecto á nuestra escritura alfabética, que expresa con treinta caracteres á lo sumo todo cuanto puede

concebir el pensamiento humano. No caben, pues, dentro de tan estrechos moldes el espíritu moderno, la rica variedad de nuestras ideas, los matices de nuestro pensamiento, el análisis prolijo de la filosofía europea, la nomenclatura de ciencias que debieran á la lengua del Korán su primera ilustración, y que hoy del Korán se han separado para desarrollarse y crecer en lenguas más flexibles, más idóneas al progreso, más capaces de dar su expresión adecuada á todas las nobles aspiraciones del humano espíritu en este trabajo infinito por la verdad y por el bien. Una estrecha ortodoxia, que no existió jamás en los tiempos felices de Bagdad y de Córdoba, ha concluido por inmovilizar el espíritu musulmán. El movimiento es el calor, el calor la vida, y la transformación de las fuerzas el secreto de la mecánica y la dinámica universal. Y lo mismo sucede en las sociedades humanas, donde se derivan de unas ideas otras ideas progresivas y todas juntas forman esa ley del progreso, fuera de la que sólo reinan la esclavitud ó la muerte.

XIV

Delante de la enseñanza que al observador ofrecen estos pueblos musulmanes, podemos decir, alterando una de sus frases capitales: solamente la libertad es grande, solamente la libertad es fecunda. La causa primera de su atraso está en el absurdo fatalismo de su doctrina, bajo el cual como que se encorva, y se humilla, y se corrompe toda la vida. Muchos comentadores ilustres del Korán, y entre otros B. Saint-Hilaire, sostienen que el fatalismo no puede en manera alguna derivarse de la doctrina de Mahoma. Y aunque concediéramos este aserto, aunque proclaramos el fatalismo como una inconsecuencia flagrante con la teología ismaelita, no podríamos

negar que la supresión de la libertad ha llegado á ser como el dogma esencial de los turcos. El destino de estos fatalistas escrito está en los cielos; sus acciones se arremolinan y se disipan como los huracanes en el aire y como los remolinos de arena en el desierto. Objeto mecánico que fuerzas ciegas dirigen y mueven, no tiene el turco responsabilidad, como no puede tenerla tampoco la máquina. Sus días se hallan contados en la eternidad y su muerte de antemano señalada en el libro donde se escribe la suerte de todos los mortales. Las acciones caen de su voluntad como caen las hojas de los árboles. La vida corre con el ímpetu ciego de un torrente. Como un cuerpo impulsado por la mano presta el movimiento recibido á otro cuerpo que encuentra en su camino, las acciones de los hombres se mueven unas á otras, porque todas han recibido su movimiento primero de la mano misma de Dios. Una doctrina de esta clase destruye la mayor de nuestras energías, la voluntad; oscurece el mayor de nuestros luminares, la conciencia; suprime la ley más necesaria á nuestra naturaleza, la moral; arrebata el signo característico de nuestra superioridad sobre todos los seres, el libre albedrío; nos quita la gran dignidad humana quitándonos la virtud, que nace del sentimiento más arraigado en nosotros, del sentimiento de nuestra responsabilidad; y desde la esfera de las causas, donde por libres nos movemos como dioses, nos arroja á la baja esfera de los efectos, como seres inferiores, subordinándonos á un poder ciego cuando nuestra actividad reina como una potencia creadora en la sociedad y en la naturaleza. La libertad es la facultad humana por excelencia. La libertad es el título verdadero de propiedad sobre nosotros mismos. La libertad nos es tan necesaria é indispensable, que hasta las buenas acciones no pueden satisfacernos sino cuando son verdaderamente nuestras, cuando nos pertenecen á nosotros mismos por virtud de la interior espontaneidad. El fatalismo musulman, la predestinación luterana, el determinismo moderno, todos los sistemas, ó religiosos ó científicos, que niegan el albedrío, dando á la voluntad divina fuerza avasa-

lladora de la voluntad humana, ó poniendo el motivo como impulsor mecánico de nuestras acciones, jamás destruirán el sentimiento íntimo arraigado en cada hombre de que forma su propia vida por sí mismo; de que determina sus actos por energías é impulsos interiores; de que delibera solicitado por ideas opuestas; de que acepta una razón sobre otra razón y prefiere un motivo á otro motivo; de que elige el bien ó el mal; de que procede en virtud de la energía más viva, en virtud del libre albedrío, causa primera de todas sus obras. Y cuando este gran sentimiento, cuando esta viva conciencia de la libertad se eleva desde el individuo á las naciones, ábrense á sus ojos horizontes infinitos en el pensamiento, y á sus trabajos interminables esferas en la vida. Las grandes instituciones se fundan y á las grandes instituciones corresponden constantes é interminables progresos. Y, al reves, los pueblos que caen tristemente en el fatalismo, como el pueblo turco, se petrifican en la inmovilidad, que es al cabo la muerte.

XV

Nos hemos entretenido mucho en la cuestión de Oriente; y apenas tenemos tiempo de tratar las demás cuestiones europeas. Pero ninguna ofrece tan vivo interés como ésta, porque ninguna puede, como ésta, desgraciadamente, traernos apercibido y aparejado un enorme pleito intercontinental que sólo puede resolverse por las armas. En el Occidente, Portugal se nos muestra muy agitado; pero sin que pueda esta grande agitación todavía trascender al régimen allí vigente, ni cambiar la forma y la personificación del Estado. Diminuciones morales como las sufridas por el rey en su impremeditado proyecto de viaje á Italia; propósitos como los ejecutados por las oposiciones al abrazar el método pesimista

de abstención; proceder como el dementísimo y menguado de invadir las prerrogativas del poder legislativo con acuerdos anticonstitucionales; decretos temerarios, como los que restringen el régimen municipal y amplían los privilegios de la corona, francamente malhieren á los gobiernos en otras partes, y pondrían á las instituciones en trance de muerte, si de cualquier otro pueblo se tratase, pero tratándose de Portugal, aumentarán el malestar abajo, pero no debilitarán arriba ni las viejas instituciones hereditarias, ni los reyes de la dinastía legal. Más grave peligro que las instituciones monárquicas en Portugal, por las faltas del rey Carlos, corren las instituciones republicanas en Francia, por las faltas de los partidos republicanos. No se puede cambiar de ministerios con esa vertiginosa rapidez; poner el caos parlamentario en la presidencia y al presidente legal en el arroyo; dirigir un pueblo contra la mayoría de sus ciudadanos y la mayoría de su Parlamento; entregar el ejército á disposición de un ingeniero y la marina de un Vaudevillista; inclinar el Estado democrático, muy débil de suyo, hacia los comuneros; promulgar el programa radical, henchido de utopías relacionadas unas con la propiedad y otras con el derecho individual; gravar las herencias allí donde son todos propietarios; tocar con mano irreverente á la constitución que sirve de áncora firme á una estabilidad y á un orden, cuyos beneficios gozan los más; instituir á nombre del derecho sindicados de jornaleros levantiscos y bajo la triste advocación socialista, un arbitraje inútil, cuando no dañoso al pro común y al progreso todo so el capcioso pretexto de salvar la república, son cosas imposibles de toda imposibilidad, sin que tal régimen se quebrante y concluya por traer, no anarquías incompatibles con toda sociedad, pero sí las tristes dictaduras, en cuyo seno se refugian las sociedades humanas, cuando no aciertan con el gobierno de sí mismas en paz y con prudencia. Mejor aspecto que Francia presenta hoy Bélgica. Se han sus elecciones concluido, y ellas han mostrado su sinceridad, dando por su-

ma otra muy análoga con el resultado de las elecciones á Cortes. Así como en éstas, se acaba de mostrar que ganan con el sufragio universal á lo belga en las elecciones municipales el grupo socialista de la extrema izquierda y el grupo católico de la extrema derecha. No hay en el mundo institución alguna que tanto asuste como el sufragio universal, ni que tenga caracteres más conservadores. El pueblo se encariña mucho con sus viejas costumbres, y las cambia con dificultad por las nuevas ideas. Gusta del derecho de sufragio, mas desea que en paz lo dejen y que no le lleven á océanos tumultuosos donde teme naufragar y pierde la brújula. Si el partido liberal en Bélgica le hubiese ayudado á reivindicar el derecho de sufragio, se hubiese añadido la democracia como un factor de progreso pacífico á los liberales. Pero habiéndola combatido en tal noble aspiración, se ha separado de su seno para siempre, yéndose con aquellos que le prometen algún bien, siquier lejano, y entre rojas nubes de tormentosísimas utopías. Yo no diré que proceda bien, líbreme Dios de tal aserto, el pueblo belga. Mas no le culpo tanto á él como á los progresistas, quienes, sabiendo cómo el ascenso continuo de las democracias, trae aparejado el sufragio universal, han resistido esta innovación indispensable con tenacidad rayana en verdadera demencia. Ahora se muere, pues en última triste agonía se halla, el gran hacendista Frère-Orban, jefe de los partidarios del progreso á las antiguas usanzas; en él acaba un régimen atrasado, muere el régimen de las clases medias.

En Italia predominan las cuestiones económicas y el presupuesto sobre las demás cuestiones, inclusas las de mayor gravedad y trascendencia políticas. El hallazgo de un ministro dotado de las altas miras y de la profunda voluntad que distinguen al ministro Sonnino es verdadera ventura para Italia. Muy amigo de la verdad, no ha encubierto el mal cuando lo hubo, ni disminuido el déficit para defenderse y defender su administración en circunstancias difíciles, haciéndolo subir á

177 millones, si á tal enormidad montaba, por lo cual todos creen verdadero el escaso y modesto sobrante que acusan hoy sus cálculos y garantizan sus promesas. Sin embargo, al decir ó leer en la Cámara su presupuesto el ministro, poca impresión favorable ha causado éxito de suyo tan plausible. Las tribunas desiertas, los bancos vacíos, la oposición cada vez más hostil; el gobierno tan fuerte, de una triste flojera en este asunto de la nivelación del presupuesto; mil varias circunstancias decían que ocultaba el plan de Sonnino, presentado á las Cortes, alguna grave laca. Con efecto, entre las economías propuestas, hay una de 8 millones, que ha levantado universal anatema; la supresión del catrasto. Muy desigual en Italia la distribución de los impuestos territoriales; sobrecargado el Norte y descargado el Mediodía; librábanse muchas esperanzas de mejor justicia sobre tan importante materia en la buena composición de un catastro, donde constase con toda exactitud y verdad la riqueza imponible. Si no hay catastro en Italia, no hay esperanza de alivio para el Norte. Así, hase movido una terrible algarada en el Congreso, que puede costar al ministerio mucho. No hay que forjarse ilusiones á tal respecto. Por el tesoro público murió la tradicional realeza. Cuando la salvación de aquella horrible hacienda estaba en abolir los feudos é imponer, así al clero como á la nobleza; estas dos clases, reunidas en su Asamblea de Notables, negáronse á pechar como el pechero y trajeron por ende la revolución francesa. Pues bien; ahora por el Tesoro público acabarán los armamentos excesivos y el régimen de conquistas, inaugurado con la toma del Rhin francés y subseguido por la conquista de Madagascar y por la conquista de Túnez y por la conquista de Chipre con Egipto y por la conquista de Formosa y por tantas conquistas como enseñan que, á pesar de nuestra cultura, nos encontramos en período de depredaciones y de guerras. Pues bien; Italia no se ha contentado con el goce de su maravillosa unidad, de sus públicas libertades, de su gobierno propio, de su independencia nacional; ha que-

rido echárselas de gran potencia, y ha entrado en las alianzas peligrosas, en los armamentos excesivos, en las conquistas coloniales, que hacen se sacrifique servicio tan mollar, como la redacción de un catastro, á construcciones de acorazados y al aumento de batallones. Así no se puede continuar; porque Italia misma nos declara por boca de su primer ministro cómo, lejos de haber el socialismo disminuido con las leyes excepcionales, se ha aumentado y pide la continuación de estas leyes. Pues el socialismo crecerá y crecerá mientras el malestar crezca; porque todo exceso, ya consentido, ya perpetuo en el mal, trae aparejado un exceso consigo en el remedio, también propuesto por aquellos que quieren aliviarlo. No se puede dar al socialismo satisfacción en sus aspiraciones utópicas; no se le puede dar en sus errores tremendos; pero se puede aliviar la condición del pueblo para que no arraiguen sus doctrinas erróneas en el espíritu y en el ánimo populares, conservadores por su naturaleza. Quitando las llagas, se quitan las moscas. Quitando el mal que los socialistas pretenden curar, se quita la razón al socialismo: pero aumentar el mal con gastos excesivos y métodos de gobernar absurdos, para luego reprimirlo con leyes excepcionales verdaderas leyes de guerra en cuyo contexto queda como aprisionado el derecho y malherida la justicia, paréceme un gran error coronado por una gran crueldad.

Emilio CASTELAR.

CRONICA LITERARIA

Sobre la crítica dramática.—El género chico.—Los lunes clásicos.—Algunos estrenos.—*Gente Nueva.—Juan José.—El Estigma.*

Un crítico francés—M. Gastón Deschamps—discurriendo recientemente sobre la misión de la crítica, debate siempre abierto entre los que admiten la existencia de tal misión, venía á parar en que aquélla debía de ser á la manera de un mediador entre los autores y el público, que ora abogase por los primeros, llamando la atención del último, ora defendiese los derechos de éste.

Si á algún género literario puede aplicarse esa teoría de la crítica que, en verdad, parece muy discutible, con dificultad podrá hallarse otro á que mejor se adapte que el dramático. En él es mayor que en otro alguno la influencia del público sobre el autor, y más directa también y más viva la del autor sobre el público.

Siempre han procurado literatos y artistas los sufragios del público, y más que nunca ahora que el provecho y renombre que pueda reportar el cultivo de las Letras ó de las Artes no hay que esperarlo de Mecenas ó príncipes protectores del ingenio, sino de multitudes ó en todo caso de colectividades numerosas.

Parece que en esto la relación no ha variado esencialmente, sino sólo el público. Público era el Mecenas en el sentido literario de la palabra (aunque en el etimológico y directo no

lo sea un individuo), como público son hoy los 100.000 ó más lectores de algunas novelas de Zola; mas esta que parece diferencia numérica envuelve otra de muy distinto género. En el fondo se trata ahora, como antes, de agradar; pero los medios tienen que ser distintos. Es indudable que para con una ó contadas personas poderosas, probablemente poseídas de un fuerte espíritu jerárquico, la adulación es uno de los instrumentos más eficaces del agrado. No lo es tanto con las multitudes. Autores hay que, burlándose del vulgo, de los *filisteos*, de los burgueses, son, no obstante, leídos con deleite por los mismos á quienes colectivamente satirizan. Sin duda muchos de los lectores de D. Luis Taboada, por ejemplo, son análogos á los tipos que presenta el articulista; pero como el orgullo toma formas individuales mejor que formas colectivas, el lector no se cree vulgo, y se ríe del personaje grotesco, de la imbecilidad del *filisteo*, de la cortedad de alcances del burgués, sin sospechar que lo que le provoca á risa es su propia imagen.

La adulación posible con las multitudes consiste en acomodarse á sus tendencias y á sus gustos. Se necesita gustar más que adular, y esto, si menos humillante, quizá perjudica más á la independencia de los autores.

Por otra parte, con los grandes públicos modernos, la literatura, que antes difícilmente podía ser una profesión lucrativa, puede ya serlo dentro de ciertos límites. Así, su aspecto industrial, para llamarlo con su nombre, se ha desarrollado extraordinariamente. Y esa misma difusión de la obra literaria, que han traído los adelantos en la imprenta, multiplicando las ediciones baratas y el desarrollo de la instrucción popular, creando lectores, hace que el mismo público que paga sea también el que otorga el renombre y el aplauso. Seguirá tal vez el impulso de una corta minoría directora, pero si la multitud no responde, el sufragio de unos cuantos espíritus delicados y selectos no sustituye, ni siquiera se aproxima, al gran éxito con que sueñan el literato ó el artista.

Puede haber, á pesar de esto, algún que otro espíritu valiente y vigoroso que se eleve á la más pura, desinteresada é independiente concepción del arte; que le cultive por lo que en sí mismo vale, sin otro norte que su ideal, prescindiendo de cuál pueda ser el gusto del público, y renunciando, por consiguiente, á la utilidad y á la gloria. Esto, que en cualquier género literario es difícil, llega á imposible ó se acerca mucho en el dramático, á menos de que, no representándose, quede la obra como castrada é incompleta, sin alcanzar la plenitud de sus medios naturales de expresión.

La representación, esa sola palabra que expresa la característica de las obras dramáticas, da la clave de aquella mutua influencia del autor y del público que indiqué al principio. El teatro supone toda una organización económica de empresa, que tiende, antes que al fin literario, al económico, que es el suyo propio. Quizá llegue algún día en que esto se modifique grandemente, por la común tendencia de los trabajadores de todas clases á sindicarse y á suprimir intermediarios, aunque tengo para mí que en estas contiendas económicas resultarán siempre muy débiles y poco diestros los literatos y artistas, por su misma condición de naturalezas elevadas sobre la prosa de la vida. Mas por hoy, fuera de algún caso excepcional, de algún teatro libre, la existencia de una empresa industrial es un motivo más para la sujeción del autor á las aficiones del público. Hasta tal punto está esto en la naturaleza misma del Teatro, que una empresa de autores dramáticos procedería y pensaría probablemente como empresa más que como cenáculo literario. Y aun dado el caso de que un millonario extravagante quisiera crear y sostener un teatro por el estilo del que para Wagner estableció el infeliz Luis de Baviera, todavía esta tentativa adolecería de la dificultad original: ó habría que renunciar al público, ó sería forzoso tomar en cuenta al público que hubiera, como factor que no puede ser pasado por alto.

Todas las exigencias y cortapisas que supone esa compleja

y desarrollada organización industrial por el teatro requerida, se reducen en último análisis á exigencias del público. La naturaleza de la representación escénica hace que los espectadores juzguen por impresión y en única y por lo común inapelable instancia, y hace también que el efecto de la obra sobre el público sea infinitamente más directo y más vivo que el de la lectura. Entra por los ojos, y supera en mucho á lo que entra en forma de nociones ó de imágenes de la fantasía.

De ahí la importancia del cometido de la crítica, entendiéndola como quiere M. Deschamps, y concediendo, que no es poco, la eficacia práctica de la misión que la atribuye. De una parte, la influencia preponderante del público puede ser peligrosa, si impone sus misoneísmos ó *filovetismos*, y erige en pauta de la dramática un cierto mecanismo teatral, montado á gusto de la vulgaridad común, y que encierre en límites estrechos y convencionales la espontaneidad y la independencia de los autores. De otro lado, como el autor dramático influye más en su público que los que cultivan otros géneros (quizá todos los demás, salvo la oratoria), excusado es decir cuánto pueden degradar y corromper el gusto general los extravíos y desaciertos que en esta clase de obras se cometan. En uno y otro caso, ya defendiendo á los autores, ya al público, puede ejercer la crítica su misión de mantenedora y abogada del buen gusto, y, hasta en ocasiones, del sentido común. Y ¿quién sabe? Quizá no sería perdido del todo el trabajo que en esta obra consumiera.

*
* *

Pero sin pretender tal magisterio, ni aspirar al papel harto comprometido y dificultoso de policía ó de guardia civil de la Literatura; en la posición más modesta pero más sólida y segura del mero observador, tiene la crítica mucho campo por

espigar en el teatro contemporáneo. Todos los primores de la erudición y del ingenio suelen reservarse para el teatro antiguo, y de las obras modernas apenas se hacen más que reseñas ó estudios muy ligeros, ya sea porque las más de ellas no merecen otra cosa, ya por las cortapisas y ataduras que los respetos humanos ponen en la pluma de los contemporáneos; bien por la premura con que la crítica periodística tiene que hacer públicos sus dictámenes, ó bien por ese prejuicio á favor de lo pasado, que á muchos, y en particular á las personas eruditas, les hace no estimar interesante cosa alguna que no cuente algunos centenares de años de antigüedad.

Sea todo lo decadente que se quiera, nuestro actual teatro no deja de ofrecer interés desde los dos puntos de vista literario y social. También las literaturas de decadencia merecen estudio. Y en países como el nuestro, en que se lee poco, en que la misma novela, á pesar de su naturaleza popular, no sale de un círculo reducido de lectores y apenas los hay para los escritos históricos, didácticos ó críticos, el teatro y el periodismo son los dos documentos literarios más importantes para juzgar del estado social y del espíritu colectivo.

Tanto ó más interesante que el estudio de la obra dramática en sí, como cosa concreta y acabada, sería el estudio de los factores que en ella, más ó menos directamente colaboran. La comedia A ó el drama B no es obra tan sólo del autor que pone su nombre en los carteles ó en la portada de la edición. El público ha tenido su parte de colaboración en ella; los actores también, y á veces mucho mayor de lo que pudiera creer el espectador que no conoce la vida del teatro más que de las bambalinas para fuera; ni aquél ni éstos han escrito materialmente tal ó cual escena, éste ó el otro pasaje; pero han estado presentes en el pensamiento del autor, le han llevado la mano, han contenido su espontaneidad, han añadido y segregado cosas que sin ellos no se añadieran ni segregaran.

Está por hacer, en gran parte al menos, el estudio de estos factores, que contribuiría á la explicación de la preponde-

rancia de unos géneros, de la inmovilidad y petrificación de otros, de fracasos que no se justifican aplicando un criterio comparativo, y de buenos éxitos más rebeldes aún á toda explicación satisfactoria.

Una historia de nuestra literatura dramática contemporánea resultaría muy incompleta y falsa en muchos puntos, si el autor descuidase alguno de estos tres elementos: la psicología de los autores, la índole de los diversos públicos que es fácil distinguir en el público total de los espectáculos teatrales, y que con ser cada uno tan complejo y vario, como ocurre en toda colectividad y más todavía en colectividades allegadizas é inestables como éstas, ofrecen, sin embargo, sus caracteres comunes; y por último, la influencia de los actores, influencia doble, de telón afuera y de telón adentro.

Si alguien emprende en lo futuro esta tarea y es posible que alguien lo haga, porque la minuciosidad creciente con que se escribe la Historia hace creer que no escapará á sus investigaciones hecho grande ó pequeño de la vida social, hasta en sus momentos más vulgares ó incoloros—tal vez no encuentre en los documentos contemporáneos toda la riqueza de explicaciones y noticias que podía racionalmente esperarse de tiempos de publicidad tan curiosa y cominera como la actual, que nos registra hasta la ropa interior á poco que nos descuidemos.

*
* *

Mas quédese esto aquí, y allá se las haya el historiador futuro con los datos que pueda descubrir y las cosas que averigüe. Mientras tanto, echemos una rápida ojeada sobre algunos de los acontecimientos teatrales (tomando en su sentido más humilde la palabra acontecimiento), que registra hasta ahora la crónica de la temporada actual.

El llamado género chico prosigue su triunfante carrera,

ocupando como de costumbre la mayor parte de los escenarios madrileños. Asombra la extraordinaria vitalidad de algunas obras de esas de que la crítica suele decir, al tiempo del estreno, que no tienen otra pretensión que la de entretener un rato á los espectadores ó la de hacer reir al publico, etc., etc. Estos amables eufemismos, que han pasado ya á la categoría de frases hechas por la frecuencia con que se usa de ellos, significan que es inútil buscar en tales piezas más que un mínimum de literatura, de sentido común y hasta de gramática, á veces.

Obras de estas hay que se repiten en los carteles temporada tras temporada, lo cual, si acredita lo bonachón y contentadizo que es el público de estos espectáculos, prueba también que los autores no hacen el menor escrúpulo en seguir la máxima que aplicaba Lope al vulgo de su tiempo.

El *género chico* no es propiamente un género más que en sentido cuantitativo. Su nombre usual y corriente es apropiado desde este punto de vista, y con dificultad podría hallarse otro más expresivo y determinante, que abrazara cosas tan diversas y heterogéneas como las que en aquel se contienen. Entran en esta denominación tan cómoda y elástica, sainetes, zarzuelitas, comediejas de figurón, y entre otras varias especies que harían la desesperación de un clasificador escrupuloso, el espectáculo típico de este género, compuesto siempre de los mismos ó muy parecidos elementos: algun coro, ligero de ropa en la mayoría de los casos, cuatro numeros de música animada y viva, un conato de argumento, varias decoraciones vistosas, un puñado de chistes de color verde manzana —de manzana mordida por todo género de Evas—y algunas donosuras gedeonescas, que á veces han pasado previamente por las hojas de los calendarios americanos y por las mesas de los cafés, donde suelen decirse con mayor ingenio. A esta clase pertenecen muchos de los más celebrados ejemplares del *género chico*. Son como la alcachofa con que comparaba Quevedo á algunas mujeres. Si se les van quitando las hojas,

si se hace abstracción del desnudo de las coristas, de la música, las decoraciones y los trajes, apenas queda cosa alguna que agrade ó pueda sencillamente soportarse. No resisten la lectura. Sometidos á prueba semejante, quedan al nivel de los romances de ciego.

Pero ¿quién duda que tienen su razón de ser? El buen éxito que alcanzan, y aun los centenares de representaciones que consiguen, no son un hecho arbitrario y caprichoso, ni denotan una depravación anormal del gusto público. Son estas obras la democracia de la literatura; una diversión asequible á todos los bolsillos y á todas las inteligencias. La mayoría de los espectadores no pide pasatiempos delicados; su paladar está más hecho á la sal de cocina que á las sales áticas; se deleita con la caricatura, goza con la exageración de lo grotesco, se satisface con unas cuantas bufonadas de grueso calibre que amenicen su digestión; no pide más que darse una ración de vista de carne femenina, y tomar un baño de música alegre. La frase con que los críticos suelen compaginar lo que deben á su sentido estético y á su cultura literaria con la consideración al autor y al éxito, aquello de que la pieza no tiende más que á hacer reir, á entretener un rato al senado, como se decía antes, expresa una realidad, aplicándola á la aspiración del público. Lo que éste busca en los teatros por horas es eso; algo que le entretenga y le mueva á risa, para lo cual sirven perfectamente los desatinos. Como excepción, hay algunas obras ingeniosas, y hasta bien escritas; pero en la mayor parte no se descubre otra cualidad positiva que lo que se llama conocimiento del teatro, cierta habilidad de orden inferior, que consiste en buscar *efectos* sobre el público, en aprovechar los puntos vulnerables de éste, en sacar partido de las aptitudes especiales de los cómicos.

Se va á estos espectáculos, como se va en París al Café Concierto, á oir canciones notables por su simpleza, por su obscenidad, ó por ambas cosas á la vez. Aquí la obscenidad es menor—no en balde vivimos en el país de los Padres de familia,

—pero la simpleza no tiene que envidiar nada á la del repertorio de los Paulus y las Yvettes.

***

... Doblemos la hoja, y pasemos al extremo opuesto. La feliz tentativa de los *lunes clásicos* del Español parece que arraiga y se consolida en el teatro de la plaza de Santa Ana. Si en el *género chico* se ve dominar la influencia del público, en estos *lunes* se advierte cómo se puede influir sobre él, y hacer que la corriente del gusto no vaya desde el salón á la escena, sino desde ésta á los espectadores. Cierto que la moda y hasta el sentimiento de las conveniencias, que impide confesar que no gusta una obra cuyo mérito está reconocido por los doctos, habrán podido ser parte para el buen éxito de la que casi pudiéramos llamar exhumación de nuestro teatro clásico. Tengo por seguro que no faltarán, ni serán probablemente escasos, los espectadores que se aburran y miren á los personajes de Rojas ó de Tirso como fantasmas venidos del otro mundo; que encuentren todo aquello frío, arqueológico, muerto, fuera de su atmósfera. Mas al que tenga la franqueza de confesarse á sí mismo sus impresiones, le retraerá de hacerlas públicas este sencillo razonamiento: «Esta obra es admirable, según las personas entendidas; á mí no me *llena*, luego no entiendo una palabra de literatura, y tengo un gusto detestable.» La aureola de admiración secular que rodea á los clásicos les da cierto misterioso prestigio hasta para los más refractarios á las bellezas literarias. Es una de las formas de la autoridad. Y aparte de esto, lo antiguo tiene cierto sabor aristocrático. El tiempo ennoblece las cosas como los linajes. Es distinguido admirar el siglo XVI ó el XVII, puesto que el XVIII ya ha pasado de moda.

Claro que junto á este público hay otro de literatos, de

personas ilustradas y de buen gusto que saborean con deleite los rasgos de inspiración y de ingenio en que abunda nuestro teatro antiguo, y siguen con el interés del aficionado y del inteligente la resurrección en la escena de las comedias y dramas que conocieron archivados en los volúmenes de la biblioteca. Mas aun en aquella parte del público que no tiene el espíritu suficientemente educado para apreciar estas delicadezas, no es estéril la influencia de tales espectáculos. Aunque sólo sea por el contraste que ofrecen con aquellos otros, tan inferiores, de que antes hablaba, y que tan conformes están con el ambiente prosaico y positivo de la vida *burguesa*, son un medio de rectificar el gusto, de dilatar un poco el horizonte intelectual y estético de los que no frecuentan la lectura. Obra lenta, sin duda, pero que, á la larga, dejaría sentir sus efectos.

El peligro que ofrece la predilección exagerada por lo clásico, esto es, el estancamiento, el olvido de que sólo las lenguas y literaturas muertas no cambian ni evolucionan; el considerar como modelo intangible, como fórmula invariable, la dicción y los procedimientos artísticos de una época, por brillante que sea, como si en ella hubieran dicho su última palabra el idioma y las letras; esta tendencia retrospectiva, en fin, que sólo engendra imitaciones amaneradas, faltas de la frescura y la vida de la inspiración original, no es peligro de temer entre nosotros, pues nuestra tradición literaria está casi olvidada en manos de los eruditos, y lo extranjero, al través muchas veces de traducciones de dudoso acierto, influye mucho más que lo castizo. No, no hay temor de que los donaires, lindezas y gallardías de las damas y galanes de la comedia clásica española fomenten el purismo pedante y afectado, n éste puede tampoco, por su naturaleza misma, extenderse como los barbarismos de la chulería ó los vocablos y locuciones en que se ve, bajo el disfraz español, la marca francesa.

***

Han sido, en general, poco afortunados los estrenos en lo que va de temporada. De obras serias, sólo el drama *Juan José*, del Sr. Dicenta, ha tenido buen éxito.

En *Gente nueva*, el Sr. Sánchez Pérez quiso desarrollar una idea muy propia para tema dramático: la eterna oposición entre jóvenes y viejos, el choque de las dos generaciones: la que reclama con impaciencia la sucesión de sus predecesores, y la que se resiste con tenacidad á ser heredada en vida; lucha entre el espíritu innovador y el misoneísmo, conflicto entre ilusiones y desengaños, entre el entusiasmo y la experiencia, entre la mocedad, amiga de novedades, y la edad madura que recela de ellas. Es viejo ese contraste de la *Gente nueva*, pero de perpetua actualidad, como cosa que en todos los tiempos se repite. Desde el teatro greco-latino al moderno, ha salido á la escena muchas veces en diferentes formas, y aún dará que hacer problemente á los dramaturgos del porvenir, pues es de esos asuntos que no se gastan nunca, uno, en fin, de los tópicos constantes de la dramática.

Pero el desarróllo de esta idea en la comedia del Sr. Sánchez Pérez es lánguido, vacilante, anémico. Falta en la obra ese *savoir faire* dramático, general en las piezas más insignificantes del género chico, que tan por debajo están en todo lo demás, de una obra como la del Sr. Sánchez Pérez, obra, al cabo, de un buen literato, cualesquiera que sean sus equivocaciones.

Pudiera decirse que los defectos de *Gente nueva* son *defectos* en el sentido más estricto de la palabra, faltas negativas, de omisión, más que equivocaciones positivas. Lo que de esta obra puede rechazarse no es tanto como lo que en ella se echa de menos. Su gran defecto es la falta de interés y de emoción; es una comedia gris, anodina.

Hablan los personajes un lenguaje muy correcto, dicen en algunas escenas cosas muy hermosas, como la gallarda metáfora del árbol, cuyo tronco y ramas son ejemplo de la solidaridad entre la gente moza y los hombres maduros. Pero obran

con menor discreción que se expresan. Aquellos padres se acaloran demasiado pronto y sin motivo bastante; los jóvenes no son más conciliadores. Y en cuanto al socialista de guante blanco, origen del conflicto, me parece una figura muy convencional. Es un socialista demasiado atildado, más propio para ir á disertar á los Círculos católicos de obreros sobre la Encíclica *De conditione oficium*, ó para discutir en la Academia de Jurisprudencia una memoria cualquiera sobre los excesos y peligros del individualismo *atomístico*, que para arrastrar á las masas en los *meetings* del socialismo rojo. Crean el Sr. Sánchez Pérez y el Sr. Thuiller que, con aquellos trajes de corte inglés y aquel *dandysmo* de hijo de familia burguesa, no se puede ser popular entre la gente de blusa. Cuando el personaje en cuestión se traslada al domicilio del compañero González, debe de echar mucho de menos el *confort* de la casa paterna y hasta la colección de cepillos, esencias y chirimbolos que es de presumir habría en su tocador.

Luego, no se ve la verdadera oposición entre jóvenes y viejos. El socialismo, dadas las circunstancias de cosas y personas que concurren en la obra, me parece mal elegido como tema de esa oposición. Así y todo, pienso que la derrota del Sr. Sánchez Pérez fué una derrota honrosa. Ninguna persona de buen gusto preferirá á *Gente nueva* ciertas obras que duran cien y más noches en los carteles de los teatros por horas; y no lo digo por la primacía que merezca un género sobre otro, sino atendiendo á lo que valen, dentro del suyo, algunas piezas de las que aplaude el público y de las que rara vez se atreve á decir la crítica lo que en realidad le parecen, ó deben de parecerle, dada la calidad de tales producciones.

*
* *

En el drama *Juan José*, del Sr. Dicenta, se descubre ese sentido del teatro, ese conocimiento del público, que, á mi entender, falta en la comedia del Sr. Sánchez Pérez. Las escenas

finales de los dos primeros actos lo demuestran cumplidamente. El desarrollo de la acción en estos dos actos primeros es excelente, y aunque menos feliz en el tercero, no decae hasta el punto de que el interés desaparezca y pierda la obra la intensidad dramática con que se plantea el conflicto.

Para los que entienden el realismo á la manera vulgar, un drama como éste que se desarrolla en parte en la taberna y en la cárcel, que gira en torno de un amancebamiento y termina con puñaladas y estrangulaciones, podrá ser el summun de lo realista. En mi opinión, no lo es tanto como parece. El medio es realista sin duda y lo son también las figuras secundarias, pero Juan José es un personaje romántico, ó le falta poco para serlo.

No hay que buscar su genealogía en los textos del naturalismo, ni sus afines entre los obreros de Zola. Hay que ir más lejos, á otra moda literaria, á un tiempo en que no existía aún aquella escuela. Juan José procede de Sué y Víctor Hugo, de aquel socialismo romántico, hinchado, ampuloso y declamatorio al estilo de 1848, de aquella teoría (que tiene su parte verdadera) de que la sociedad es quien peca en el delincuente; de aquellas apoteosis retóricas del obrero, de la bondad ingénita del pueblo, de aquellas esperanzas, en fin, por la experiencia desmentidas, de que la instrucción haría justos y benéficos á los trabajadores, como querían que fuesen los españoles los constituyentes de 1812.

Esto no impide que en el teatro *resulte* Juan José. Hasta es lógico que así suceda, por cuanto aquel socialismo tenía mucho de teatral. Más reales que el protagonista me parecen los personajes de segundo orden. Aquella pareja de obreros que vive en íntima amistad con Juan José y su querida, la zurcidora de voluntades, el señor Paco y el tabernero, principalmente, son figuras naturalísimas, llenas de vida, presentadas con un arte sano y vigoroso que no necesita de afeites, y contribuyen al ambiente de realidad que presenta lo que pudiéramos llamar *fondo* de la obra.

¿Tiene tesis el drama? Creo de poco interés averiguarlo, y no he de hacer coro á los que se indignan ó se amedrentan de que el socialismo—el coco de nuestros tiempos—asome sus amenazadoras fauces por el escenario de un teatro en que se reunen gentes correctas, bien vestidas, y que nada tienen que decir contra el capital, antes bien le profesan todo el respeto y reverencia debidos. Por otra parte, la tesis, si la hay, no convence. Sería muy fácil contestar á los razonamientos de Juan José; demostrarle que el derecho al trabajo es una utopía y sólo cabe en una organización social de esclavos; que la sociedad no está obligada á alimentar los vicios de nadie, y que aunque sea desagradable para un pobre no poder sostener una querida, la legítima envidia que le inspire el rico que puede permitirse varias, no le da título alguno para erigir en derecho las aspiraciones de su temperamento. Podría añadirse que lo que le acontece á Juan José, es, en suma, lógico, porque desde las remotas épocas en que nuestros antepasados prehistóricos se hacían el amor en las cavernas y en los bosques, á las civilizaciones más refinadas, el varón más apto para la lucha vital y para las competencias sexuales se ha llevado siempre las mejores hembras. Podrá lamentarse desde el punto de vista de la selección fisiológica que lo que antes conseguían los músculos lo logren ahora la riqueza, el talento ú otras manifestaciones indiscutibles de fuerza individual, y hasta podría sacarse de ahí un argumento en favor de un socialismo tan radical y avanzado que quisiera aplicar á la especie humana los procedimientos de selección artificial que se emplean con los irracionales; mas, aparte de que la obtención de una casta de vigorosos y gallardos brutos, no parece ideal suficiente para seres dotados de razón, no sería esto pertinente al caso de Juan José, puesto que quien le disputa la querida, no es un viejo libertino que no pueda ya con los pantalones ni un tipo enclenque y ridículo, sino un buen mozo, *flamenco* y arrogante, que si empieza comprando á Rosa acaba por enamorarla.

Pero todo esto que afectaría á la tesis, no afecta al drama. No se puede pedir á los personajes dramáticos que discurran con más lógica y más imparcialidad que las personas de carne y hueso. Y ¿quién, en la vida real, atiende á consideraciones de justicia abstracta, ni se conforma con la inflexible causalidad que determina el curso de las cosas, cuando sus intereses ó sus pasiones están en juego? Por eso, todo lo que podría objetarse á Juan José en el sentido expuesto, derrotaría la tesis pero no al personaje dramático.

Objeciones de estas pudieran hacerse muchas más al drama del Sr. Dicenta. La teoría de que es preferible robar á pedir limosna es un absurdo moral y lógico, pero un absurdo que tiene partidarios ó puede tenerlos, y la verosimilitud dramática no padece con que salga uno de ellos á la escena. Lo que dice el Cano (presidiario al estilo del que da consejos á Adán en *El Diablo Mundo)* sobre la desconfianza con que miran á un licenciado del presidio las personas honradas, no demuestra, en verdad, que ese sentimiento naturalísimo y tan conforme con los datos de la experiencia y hasta con los de la antropología criminal, deba eclipsarse ante teorías más ó menos sentimentales sobre la redención del delincuente. Pero es natural que un presidiario se lamente de ello, y hasta que lo alegue como disculpa de su reincidencia.

Mas todos estos reparos no irían contra el drama, sino contra las opiniones de sus personajes, ó si se quiere contra una supuesta tesis que el autor habría *querido* desarrollar en su obra. Y en esto de las tesis suele haber mucho de fantástico. Cuando un literato escribe un drama, generalmente lo que quiere hacer es... un drama, y no otra cosa. El drama ó la novela *con sorpresa*, por decirlo así, con una misteriosa tesis oculta en la envoltura literaria, es más raro de lo que se cree, y generalmente las obras de propaganda de esta clase pertenecen á una categoría literaria muy inferior. Lo que ocurre á veces es que un escritor ve en una idea, por la cual puede sentir mayor ó menor simpatía, un tema dramático ó nove-

lesco, y la lleva al libro ó á las tablas. La idea original puede ser errónea y la obra, sin embargo, ser buena. Dado que *Juan José* fuese un drama socialista, no le impediría esto ser un buen drama.

Otras son las restricciones que pueden ponerse al aplauso que merece la obra del Sr. Dicenta. Creo yo que Juan José discurre demasiado para un hombre que no sabe leer ni escribir, aunque reconozco que en el teatro los personajes tienen que discurrir, y sobre todo que hablar, más de los que se usa en la vida real, para que el público se entere, puesto que la obra dramática condensa en un número relativamente corto de situaciones lo que en la vida se desenvuelve en larga sucesión de estados de conciencia y de menudos episodios. El protagonista de la obra del Sr. Dicenta insiste más de lo conveniente en las tristezas de su infancia de expósito, en la falta del calor de la familia. Casi le dan ganas al espectador de decirle: «Lo sé ya: lo ha dicho V. en el acto anterior.»

La escena final del primer acto, que es eminentemente teatral y hermosa, es, sin embargo, de realidad discutible. Juan José, al lanzar el arrogante desafío, más parece un hidalgo de nuestro teatro antiguo que un albañil moderno; lo mismo que cuando en las últimas escenas sale á desafiar en la escalera á su rival, después de reconvenir á Rosa por su traición, en vez de cortarle la cara desde luego, que es lo que suele hacer un amante despechado de la clase baja con la mujer que, después de enviarle á presidio, se ha ido con otro.

El pueblo suele ser más brutal, más espontáneo, no se para en miramientos, ni en desafíos en regla, ni en reconvenciones prolijas; sigue el impulso instintivo de la pasión, que no admite espera. La sangre fría en las contiendas personales, la repugnancia á abusar de la ventaja sobre el adversario, son casi siempre fruto de la educación, y aun de una larga herencia de hábitos caballerescos y de ideas de honor, como que en realidad son cosas artificiales y opuestas á la tendencia de la naturaleza animal. Verdad es que, tratándose de un expósito,

bien puede ser que corra por sus venas sangre hidalga; pero el medio en que se crió Juan José no es el más propio para desenvolver los sentimientos que muestra.

Más falsa aún es la desesperación en que cae Juan José, porque, no sabiendo leer, ignora si al estrujar la carta que le comunica la traición de su querida, destroza el párrafo que habla de la falsía de la mujer amada ó el que contiene la frase cariñosa del amigo. ¿Es posible que nadie, bajo el golpe de una emoción tan viva, se ocupe en estas sutilezas, en esta distinción de párrafos? ¿Acaso el que sabe leer destroza, en el calor del arrebato primero, la frase que le comunica la afrenta ó el desengaño, y tiene cuidado de conservar aquella otra que le da amistoso consuelo? Aquello es simplemente retórico. Podrá el que en tal situación se halle romper la carta ó conservarla, pero no hacer esa selección de párrafos y frases.

Entre las del drama, aquella en que Juan José saca á colación á «la Virgen del altar» á propósito de Rosa, parece, no sólo impía, sino de mal gusto, y hasta ridícula. Una hembra de aquella especie no puede evocar idea alguna de virginidad.

Mas todo esto y los demás defectos que se han señalado en la obra no impiden que sea *Juan José* un hermoso drama. Los dos primeros actos son dignos de un dramaturgo consumado. El segundo es de una fuerza y una intensidad trágica incomparables. Aquella desesperada lucha por el amor y por la vida, aquella desolación del hombre á quien se cierran todas las puertas, es terrible y profundamente dramática. El autor que ha concebido y desarrollado estos dos actos, tiene condiciones para alcanzar muchos triunfos en la escena.

*
* *

¿Qué diré de *El Estigma?* Siendo admirador, como lo soy, del Sr. Echegaray, desearía hallar en su drama motivo para

el aplauso. En algunos pasajes reaparece el gran dramaturgo, el literato que ha trazado tantas páginas elocuentes y tantas conmovedoras escenas: la de la confesión, en el primer acto, es encantadora y delicadísima; el diálogo que precede al desafío entre Mauricio y Roberto está lleno de caballeresca gentileza; y sobre todo la hermosa escena del acto tercero en que Roberto descubre á Eugenia su secreto, es digna de una pluma como la del Sr. Echegaray; pero la gran inverosimilitud de la obra, su falsedad manifiesta, justifican la decepción que ha causado y la cortés frialdad de la crítica.

El Sr. Echegaray nos ha presentado en *El Estigma*, sin quererlo, un caso curioso de perturbación mental. Roberto corresponde á la jurisdicción de Lombroso ó del doctor Ezquerdo. El dilema que sirve de título á *O locura ó santidad* no rige para él, evidentemente comprendido en el primer término. Es un anómalo que tiene la manía del sacrificio, que se complace en propalar la deshonra, que en su fuero interno le enaltece, y cuando ve que le quitan el papel que ha venido desempeñando, para convertirle en héroe, se suicida. Un hombre que ocupa una posición política y social distinguida, que está en vísperas de casarse con la mujer á quien ama, y que el mismo día en que va á anunciarse su boda, lo desbarata todo publicando en los periódicos un comunicado en que dice á sus adversarios: «Tienen Vds. razón: soy un licenciado de presidio, pero como cumplí la pena, he pagado mi deuda á la sociedad, y soy tan digno como el primero»; y luego se va tranquilamente á casa de su prometida, que le cree inocente, y no calcula el efecto que ha de producir aquella intempestiva declaración, no puede tener sus sentidos cabales. Mejor honraría la memoria de su padre procurando ahogar el escándalo, y de todas suertes, no podía elegir momento más inoportuno para la extravagante confesión de su supuesto delito. Sólo admitiendo que Roberto tiene la razón perturbada es como se explica su conducta, y como resulta natural el desenlace, y aun así seguirían siendo inverosímiles muchos particulares del drama.

Este exceso de sinceridad en sostener un papel que al cabo está impirado en una piadosa mentira, me recuerda un cuento que leí hace pocos días en un periódico francés. El diablo, queriendo convencer á Dios de que la mentira es necesaria en el mundo, obtiene autorización para hacer el experimento. Todos los hombres arrojan súbitamente la careta, la verdad sale á todos los labios, las adúlteras confiesan su delito, los criminales denuncian sus desafueros, los explotadores de la credulidad general declaran sus maniobras, los maldicientes dicen en público y cara á cara lo que murmuraban en secreto, y naturalmente todo se vuelve cóleras, disputas, enemistades y homicidios. Con la franqueza exagerada de que alardea Roberto sucede otro tanto: no es de este mundo.

Puede discutirse el grado de verosimilitud que requiere el teatro. Aquella frase que pone Zola en boca de la María Pichon de *Pot Bouille*, cuando dice á Octavio Muret:

—«No me dé V. más libros de Balzac son como la vida»—es, dejando aparte la intención irónica que en ella haya podido poner el novelista, una opinión defendible. Puede sostenerse que la literatura, en vez de recoger lo trivial y corriente de la vida, los tipos frecuentes y ordinarios, debe elegir los caracteres y los hechos excepcionales y depurar y hermosear cuanto pueda los modelos que la realidad le ofrece. Mas hay ciertos límites de verosimilitud que no pueden franquearse, límites no enumerados en regla alguna (que, por su variedad, mal podrían estarlo), pero que el común sentir reconoce, y *El Estigma* los deja atrás, tan gallarda cuanto temerariamente.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONTINUACIÓN

A ésta—y no á la colección de Sepúlveda—pertenecía la citada por Nic. Antonio *(Bibl. hisp. nova,* s. v. *Laurentius Sepulveda),* bajo el título que sigue, aunque no se la conoce más que por esta cita: «*Romances sacados de la historia de Espaňu del rey D. Alonso.* Medina del Campo, Francisco del Canto, 1562 (el lugar de impresión y la oficina los mismos que los de la edición de 1570). También son de este lugar la que se indica en el «*Semanario pintoresco*», año 1853, pág. 149, como existente en la biblioteca de la Universidad de Santiago: «Cancionero de Sepúlveda», 1520 *(sic);* y «Cancionero de Sepúlveda», Sevilla, 1584, citado en el catálogo manuscrito de la biblioteca de El Escorial (de que posee una copia la Biblioteca imperial de Viena, Cod. ms. núm. 9.478.)

6) «*Cancionero llamado Flor de enamorados*», *sacado de diversos autores, agora nuevamente por muy lindo*

orden y estilo, copilado por Juan de Linares, Barcelona, 1573, al final: *Estampat en Barcelona, en casa de Pedro Malo. Véndese en casa de la Compañía,* en 12.°—Ediciones posteriores: Barcelona, *en casa de Sebastián de Cormellas, al Call,* 1608, 8 oblongo, (en el Catálogo de Nodier); Barcelona, 1645, 1647, 1681; todos en 12.°

Esta colección lleva en realidad, con más derecho que las precedentes, el título de «Cancionero», pues forman la mayor parte de ella poesías puramente líricas, como canciones, endechas, villancicos, lamentaciones, coplas y fruslerías amatorias ó jocosas, Preguntas y Respuestas, motes, chistes, muchas de las cuales se hallan en dialecto catalán; indicando ya la añadidura de «sacado de diversos autores» que muchas de estas poesías proceden de poetas artísticos. Hasta la docena y media de romances que encontramos en él contiene «Romances muy sentidos de amores», como lo dice ya la rúbrica, bajo la cual están reunidos la mayor parte. Algunos se hallan ya en el «Cancionero de romances» y en la «Silva»; pero la mayor parte son propios de esta colección y de las «Rosas», de Juan de Timoneda, lo cual se explica fácilmente porque ambas colecciones fueron, no sólo coetáneas, sino engendradas en lugares próximos (Barcelona y Valencia). Entre éstos hay un par de romances distinguidos por su antigüedad y popularidad, v. gr., el único pero muy notable romance del Cid de esta colección: «Ese buen Diego Lainez»; el «Del duque de Berganza: Lunes se decía lunes», etc.

* 7) *a.* «*Rosa de amores. Primera parte de Romances de Joan de Timoneda, que tratan diuersos y muchos casos de amores. Dirigidos al discreto Lector. Impressos con Licencia. Año* 1573. *Véndense en casa de Joan Timoneda.*» Al final: *Fué impresa esta primera parte de Romances en la insigne ciudad de Valencia. En casa de Joan Nauarro. Año de* 1573, 70 hojas foliadas y 2 hojas.

Tabla, está así como las tres partes próximas en 12,° y con letra gótica.

b. «*Rosa Española. Segunda parte de Romances, de Joan Timoneda, que tratan de Hystorias de España. Dirigidos al prudente Lector. Impressos con Licencia. Año* 1573. *Véndense en casa de Joan Timoneda*,» 95 hojas foliadas.

c. «*Rosa Gentil. Tercera parte dc Romances de Joan Timoneda, que tratan hystorias Romanas y Troyanas. Dirigidos al curioso Lector. Impressos con Licencia. Año* 1573. *Véndense en casa de Joan Timoneda.* Al final: *Imprimióse en Valencia, en casa de Joan Nauarro*, 1571» 71 hojas.

d. Rosa Real. Quarta parte de Romances de Joan Timoneda, que tratan de casos señalados de Reyes y otras personas que kan tenido cargos importantes: assi como Príncipes, Visorreyes y Arzobispos. Impressos con Licencia. Año 1573. *Véndense en casa de Joan Timoneda.* Al final: *Imprimiósse esta quarta y última parte de Rosa de Romances en Valencia, en casa de Joan Nauarro. Año* 1573,» 83 hojas y 1 hoja. Tabla.

De estas cuatro partes de la colección de romances del conocido librero y poeta valenciano Juan de Timoneda, se halla un ejemplar encuadernado en un tomo con cuatro pequeños «Cancioneros» en la Biblioteca imperial de Viena, el cual parece ser *unicum*, puesto que ningún bibliógrafo menciona esta edición, ni aun ha sido conocida la existencia de esta obra de Timoneda por los más diligentes biógrafos de éste, Rodríguez, Ximeno, Fuster, autores de la «Biblioteca valenciana» (1). Estas colecciones

(1) Sin embargo, el Sr. D. Benito Maestre en la «Revista literaria» de *El Español*, año 1845, pág. 16, ha hecho mención de una colección semejante de Timoneda, que puede ser la *primera* edición de la «Rosa de amores». El ejemplar se hallaba en la biblioteca del famoso D. Gregorio

de romances se distinguen, empero, no simplemente por su gran rareza bibiográfica, sino también por su importancia literaria; puesto que contienen un no insignificante número de romances, entre ellos muchos indudablemente antiguos y populares, que no se hallan en ninguna de las colecciones anteriores ó posteriores. Esto me movió á editar como apéndice á todos los Romanceros *(Rosa de rom.*, Leipzig, 1846), los romances propios de esta colección que fueran de valor poético ó literario (1). Remitiendo á mi edición al lector que quiera una caracterización y estimación de estas colecciones que llegue hasta los detalles, voy tan sólo á hacer notar, en general, que ésta de Timoneda lleva el carácter mixto de los Romanceros del siglo XVII, conteniendo junto á muchos romances legítimos hechos no sólo por Timoneda mismo, sino también muchos de Sepúlveda y Alonso de Fuentes, otros muchos puramente líricos y algunos mitológico-alegóricos y romances pastoriles, y en la última parte se contienen casi meras relaciones sobre sucesos contemporáneos en forma de romance; lo único que no se halla aquí es el género de romances amatorios pseudo-moriscos (moriscos), pero sí muchos históricos que se refieren á combates con los moros («fronterizos») (2). Finalmente, por lo que se refiere á las

---

Mayans y Siscar, le faltaba la hoja del título, pero al final se decía: «Fué impresa esta primera parte llamada Sarao de Amor, en la insigne ciudad de Valencia, en casa de Juan Navarro: 1561, 12.°»

(1) Para certificarme de la importancia de mi hallazgo, me he dirigido á muchos doctos españoles, recibiendo de ellos la noticia de que allí ni se ha encontrado ejemplar alguno de estos Romanceros ni en biblioteca pública ni en las más ricas colecciones privadas de esa clase (como verbigracia, la de Durán), ni aun se conocía su existencia.

(2) El mayor de estos romances moriscos, que, aunque tenga un fundamento legítimo legendario, forma, sin embargo, á causa de su revestimiento novelesco, una especie de transición á los *moriscos*, el famoso de la «hermosa Jarifa» (en la «Rosa de amores», reimpreso en mi «Rosa de romances», paginas 96 á 107), apareció, según Fuster («Biblioteca Valenciana , tomo I, pág. 162) por separado, como hoja volante: «Historia del

relaciones de esta colección con las anteriormente citadas, tiene muchos romances comunes con los de aquéllas, pero aun éstos, con tales desviaciones ordinariamente que puede asegurarse que Timoneda rara vez los reprodujo inmediatamente de aquéllas, sino que en su mayoría los escribió de memoria ó los sacó de la tradición oral. Las producciones propias de Timoneda no se distinguen por gran fuerza poética, pero hay que imputarles más bien demasiada sobriedad y sequedad, que hinchazón, sentimentalismo ó amaneramiento. Mas hay que hacer notar que los romances históricos procedentes de Timoneda tienen más bien tono de crónica que épico, sin ser todavía, como muchos de este género compuestos en el siglo XVII, lírico-descriptivos.

8) Echeguiar (Fr. Raymundo de), *El héroe chrisiiano y la vitoria más dura, Trofeos de Don Juan d'Austria, Romances. Milán, por Simón Tini,* 1578, en 8.°—Como sólo conozco de esta colección el título, debo limitarme á la sospecha de que contiene, según toda probabilidad, los romances que se hallan dispersos en la «Silva» y en la «Rosa real» de Timoneda y en otros lugares y que se referían á las heroicidades de Don Juan de Austria, romances que llevan el carácter de aquellos de los últimos decenios del siglo XVI, que son secas y escuetas noticias de gaceta en forma de romance, adornadas con algunas frases pomposas.

enamorado moro Abindarraes», compuesta por Juan de Timoneda. Impresa en Valladolid, en la imprenta de Alonso del Riego, impresor de la Inquisición sin año, 4.—En seguida van otros romances, el uno del «Rey Chico de Granada» y el otro de «Fileno». Durán (II, núm. 1.094) ha publicado este romance, que en su texto tiene algunas variantes con el de la Rosa y diferente entrada que éste, tomándolo de esa ó de otra semejante hoja volante.—En el periódico «El Bibliotecario», núm. 1, pág. 4, se halla la «Historia del moro enamorado», del capitán Narváez, alcaide de Ronda. Traducción de un códice escrito en español con caracteres árabes.—Véase Ticknor, II, páginas 240 y 735, y las adiciones de los traductores españoles en la edición de Madrid, tomo III, páginas 547-548.

9) *Romancero historiado, con mucha variedad de glosas y sonetos y al fin una floresta pastoril; hecho y recopilado por Lucas Rodríguez. Alcalá, por Hernán Ramírez,* 1579 (según Durán le hay también de 1581), en 2.°; 2.ª ed. *Alcalá, en casa de Querino Gerardo,* 1582, en 12.° con grabados en madera. Durán cita además la siguiente edición que él posee: *Romancero,* etc... *y cartas pastoriles hecho y recopilado por L. R. escriptor de la universidad de Alcalá de Henares.* La misma, «Hernán Ramírez, 1585, en 8.° Dice respecto á ella que las dos terceras partes del libro las llenan romances de todos géneros, pero aunque hechos en el anteúltimo decenio del siglo XVI y artísticos, están, sin embargo, en el tono de los antiguos más que los compuestos en el último decenio del mismo siglo. Muchos de ellos han pasado á las «Flores» y al «Romancero general».

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

Academia (R.) de Bellas Artes de San Carlos de Valencia. Memoria de la sesión pública que celebró el día 6 de Octubre de 1895, con motivo de la apertura del curso de 1895 á 1896. En 4.°, 48 páginas. Comprende: Memoria, por D. Luis Tramoyeres Blasco.—Discurso sobre el Arte Ojival, por D. Joaquin María Arnau Miramón.

Academia Española (Real).—Antología de poetas hispano-americanos, con un prólogo (218 páginas) de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tomo IV (último de la obra). *Chile.—República Argentina.—Uruguay.* En 4.°, CCXVIII. 480 páginas: 10 pesetas.

Achá (S).—Informe que presenta el Director del Archivo Nacional al Ministro de Gobierno. En 4.°, 10 páginas.

Almanaque Sud-Americano para 1896. En 8.° mayor, 266 páginas con grabados: 2,50 pesetas.

Andrés (F.)—Breve resumen de la Historia de los Amantes de Teruel. En 8.°, 78 páginas: 0,75.

Antón y Ferrándiz (M.)—Discurso leido en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1895 á 1896. En 4.°, 43 páginas. Tema: Razas y naciones de Europa.

Arango (E.)—Las alegres comadres: juguete cómico-lírico en un acto en prosa. En 8.°, 40 páginas: 1 peseta en Madrid.

Balaguer (V.)—Celistias; poesias. En 8.° menor, 221 páginas.

Idem.—Islas Filipinas (Memoria). En 8.°, tela, 69 páginas.

Balart (F.)—El prosaismo en el arte. En 8.°, 243 páginas: 3 pesetas.

Barberá (F.)—La enseñanza del sordomudo, según el método oral. En 8.°, XX-4 hojas de índice, 264 páginas con grabados y una lámina: 4 pesetas.

Berjano y Escobar (G.)—Universiversidad literaria de Oviedo. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1895 á 1896. En 4.°, 38 páginas. Tema: Diferencias más importantes que existen en materia de sucesión testamentaria entre el Código civil y las legislaciones de Aragón, Navarra y Cataluña.

Blasco (E.)—¡Duerme!, monólogo en un acto y en verso, escrito expresamente para el eminente actor D. Emilio Mario. En 8.°, 12 páginas: 1 peseta.

Bueno (A.)—Astronomía popular. En 12.°, 193 páginas: 1 peseta.

Cadena y Eleta (J.)—Proyecto de Código procesal canónico. En 4.°, XV-413 páginas: 5 pesetas.

Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar. *Segunda serie. Tomo núm. 9* (II de los Documentos legislativos). En 4.°, LXXX-471 páginas: 12,50 pesetas.

Coloma (L.)—Retratos de antaño (estudios biográficos del siglo XVIII).—En 8.°, 545 páginas: 5 pesetas.

Comas (A.)—La revisión del Código civil español, 3 tomos en 4.° —I. Parte general. Exposición de motivos. 172 páginas.—II. Parte especial. Exposición de motivos. 795 páginas.—III. Articulado. Proyecto de Código civil español. LXI-348 páginas: 30 pesetas.

Comenge (L.)—Apuntes históricos. Clínica egregia, prólogo de A. Pulido. En 8.° mayor, XXI-603 páginas: 10 pesetas.

Conto (C.) é Isaza (E.)—Diccionario ortográfico de apellidos y de nombres propios de personas, con un apéndice de nombres geográficos de Colombia. *Cuarta edición*. En 8.° menor, XXXVIII-152 páginas. Tela.

Chaves (A. R.)—Cuentos nacionales (episodios de 1807 á 1826). En 12.°, VIII-197 páginas: 2 pesetas.

Díaz de Escobar (N.) y Urbano (R. A.)—¡A la orden, mi coronel!, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original. En 8.°, 35 páginas: 1 peseta.

Echegaray (M.)—El Domingo de Ramos: zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, original y en verso. En 8.°, 46 páginas: 1 peseta.

Espejo (Z.)—La riqueza agrícola y peculiar en España. En 4.°, 107 páginas.

Fernández Valbuena (R.)—Egipto y Asiria resucitados. *Primera parte*. En 4.° mayor, 665 páginas y grabados: 8 pesetas.

Guyau (M.)—La educación y la herencia; estudio sociólogico, traducción, prólogo y notas de Adolfo Posada. En 4.°, 432 páginas: 8 pesetas.—«Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.»

Ibáñez Marín (J.)—Héroes de la Manigua. Sánz Pastor.—Santocildes.—El batallón de San Quintín. En 4.°, 71 páginas y 4 retratos: 3 pesetas.

Instrucciones para el tiro de las baterías de campaña, aprobadas por Real orden de 13 de Julio de 1895. En 8.° menor, 266 páginas, con grabados.

Isaza (E.)—Antología colombiana. Tomo I. En 8.°, VIII-376 páginas. Tela.

Idem.—Gramática práctica de la lengua castellana. En 8.°, XVI-346 páginas Tela: 7 pesetas.

Idem.—El libro del niño, ó texto de lectura para las escuelas. En 8.° menor, 70 páginas: 0,75 pesetas.

López (V. F.)—Theologales (sonetos). En 8.°, 29 páginas.—Tirada de 50 ejemplares. No se ha puesto á la venta.

López-Penha (A. Z.)—Cromos, prólogo de N. Bolet-Peraza. En 8.°, XV-104 páginas: 3,50 pesetas.

Losada y Canterac (D. J.)—Fabricación, descripción y cálculo de montajes. En 4.°: 22,50 pesetas.

Macías (J. M.)—Erratas de la «Fe de Erratas de D. Antonio Valbuena».—*Montón tercero*. En 8.°, 147 páginas: 3 pesetas.

Mir y Noguera (J.)—Vida del celestial mancebo San Juan Berchmans. En 8.°, XXXII-477 páginas y un retrato del santo. Tela: 3,50 pesetas.

Mitjana (R.)—Sobre Juan del Encina, músico y poeta (nuevos datos para su biografía). En 12.°, 63 páginas: 1,25 pesetas. Tirada de 150 ejemplares.

Moreno (T.)—El Oso de la villa; folleto de actualidad. En 8.°, 95 páginas: 2 pestas.

Navarro Gonzalvo (E.) y Rojas (M. de).—Figuritas de barro; sainete en un acto y en verso, original. En 8.°, 37 páginas: 1 peseta.

Neumann, Kleinwaechter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, versión española del alemán, precedida de un estudio sobre «El concepto de la economía y el carácter de su ciencia», por Adolfo A. Buylla, Pofesor y Decano de la Universidad de Oviedo. En 4.°, 676 páginas: 12 pesetas. «Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.»

Observatorio de Madrid.—Resumen de las observaciones meteorógi-

cas efectuadas en la Península y algunas de sus islas adyacentes durante los años 1891 y 1892. En 8.°, mayor, XVIII-428 páginas.—Encartonado. No se ha puesto á la venta.

Otero Valentín (J.)—La persona social; estudio general. En 4.°, XIII-432 páginas: 6 pesetas.

Pardo (M. E.)—Volanderas. En 8.°, VII-266 páginas: 2,50 pesetas.

Pardo Bazán (E.)—Por la España pintoresca; viajes. En 12.°, 192 páginas y retrato de la autora: 0,50 céntimos.

Pardo Figueroa (R.)—Compensación de declinaciones magnéticas en la Península Ibérica. En 4.°, 93 páginas. Tirada de 150 ejemplares que no se venden.

Perrin (G.) y Palacios (M. de).—El Sábado; sainete lírico en un acto y en verso, original. En 8.°, 46 páginas: 1 peseta.

Pí y Molist (E.)—Cartas sobre Pompei. En 8.° mayor, XLIV-885 páginas y el retrato del autor.

Pondal (E.)—A campana d'Anllons. En 8.°, 34 páginas: 1,25 pesetas.

Redobles y Campos (G.)—Anuario internacional de medicina y cirugía. *Segunda serie.* Tomo XXI. En 8.°, XIX-584 páginas: 5 pesetas.

Relación del bautizo y suplicio de un esclavo moro en la Plaza de San Francisco de Sevilla, el día 3 de Octubre de 1625. En 8.°, IX-21 páginas. Edición de 33 ejemplares.—No se ha puesto á la venta.

Rosa y López (S. de la).—Discurso. En 4.°, 43 páginas. Tema: De los efectos de la autonomía académica juzgados por la historia y por la razón natural.

Sala Léyda (A.)—Té, chocolate y café, juguete en un acto, original y en prosa. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Sánchez Jiménez (M.) y Lorenzo Aleu (M.)—Cálculo mercantil. En 8.°, 184 páginas: 5 pesetas.

Sancho y Gil (F.)—Juegos florales y certámen científico literario de Calatayud. En 8.°, 32 páginas.

See (G.)—De las enfermedades específicas (no tuberculosas). En 4.°, 517 páginas: 8 pesetas.

Segovia y Corrales (A. de).—Introducción al estudio de la mineralogía y ligeras nociones de geología. En 8.°, 208 páginas: 4,50 pesetas.

Solano (V.)—Obras. Tomo IV. En 4.°, 479 páginas: La obra completa cuatro tomos: 32 pesetas.

Spencer (H.)—De las leyes en general, por Herbert Spencer, traducción de Miguel de Unamuno, profesor de la Universidad de Salamanca. En 4.°, 386 páginas: 8 pesetas.—«Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.»

Sthal (F. J.)—Historia de la filosofía del derecho, por Federico Julio Stahl, presidente del Consistorio central, profesor en la Universidad de Berlín, miembro de la Cámara de los señores; versión española, precedida de un prólogo del doctor D. Enrique Gil y Robles, catedrático de derecho político y administrativo en la Universidad de Salamanca. En 4.°, 688 páginas: 12 pesetas.—«Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.»

Sumner Maine (H.)—Historia del derecho, por sir H. Stmner Maine, de la Universidad de Cambridge. En 4.°, 400 páginas: 8 pesetas.—«Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Supino (D.)—Derecho mercantil, de David Supino, profesor ordinario de la Real Universidad de Pisa. Traducido de la 4.ª edición y anotado extensamente con las diferendias del derecho español, por Lorenzo Benito. En 4.°, 708 páginas: 12 pesetas.—«Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.»

Taboada (L.)—Cursilones. En 8.°, 270 páginas: 3,50 pesetas.

Taine (H.)—Historia de la literatura inglesa. Los orígenes, por Hipólito Taine. En 4.°, 366 páginas: 7 pesetas.—«Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Torres (M.)—Memoria sobre las má-

quinas algébricas. En 4.°, 107 páginas: 3 pesetas.

Ubeda y Correal (J.)—Estudio sistemático de las bases orgánicas de origen animal (ptomainas, leucomainas, etc.) Memoria. En 4.°, 290 páginas: 8,50 pesetas.

Valbuena (A. de).—Novelas menores. En 8.°, 264 páginas: 3 pesetas.

Vela y Maestre (M. de).—El amo del cotarro, comedia en tres actos y en prosa, original. En 8.°, 80 páginas: 2 pesetas.

Verdaguer (J.)—Mosén Jacinto Verdaguer, en defensa propia. Colección de las cartas al «Noticiero» y á «La Publicidad.» En 8.°, 62 páginas: 0,25 pesetas.

Idem.—Sant Francesch, poema. En 8.°, 165 páginas: 2,50 pesetas.

Vergara y Martín (G. M.)—El Licenciado D. Diego de Colmenares y su historia de Segovia. En 8.°, 55 páginas: 1 peseta.

Vidart (L.)—Vasco de Gama y el descubrimiento de Oceanía. Apuntes histórico-geográficos. En 4.°, 42 páginas: 2,50 pesetas.

Viscasillas y Urriza (M.)—Nueva gramática hebrea, comparada con otras semíticas. En 4.°, CXLI-1.038 y 71 páginas: 20 pesetas.

Wolf (F.)—Historia de las literaturas castellana y portuguesa, por Fernando Wolf, traducción del alemán, por Miguel de Unamuno, profesor en la Universidad de Salamanca, con notas y adiciones, por M. Menéndez y Pelayo. En 4.°, 333 páginas: 7 pesetas.—«Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.»

ÍNDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN **La España Moderna** DURANTE EL AÑO 1895

Alcalá Galiano (**José**).—El último vals, Marzo, pág. 5. —Abril, pág. 5.

Anónimo.—Obras nuevas, Enero, pág. 203. — Febrero, pág. 203.—Marzo, pág. 205.—Abril, pág. 205.—Mayo, página 204.—Junio, pág. 205. —Julio, pág. 203.—Agosto, página 205.—Setiembre, pág. 203.—Octubre, pág. 203.—Noviembre, pág. 203.—Diciembre, pág. 202.

Araujo Sánchez (**Zeferino**).—Goya, Enero, pág. 20.—Febrero, pág. 64.—Marzo, pág. 101.—Abril, pág. 74.

Arenal (**Concepción**).—Estado actual de la mujer en España, Setiembre, pág. 62.

Becerro de Bengoa (**Ricardo**).—Un ladrillazo, Noviembre, pág. 5.

Campillo (**Narciso**).—La niña de los cinco pisos, Octubre, pág. 5.—El difunto, Diciembre, pág. 5.

Campión (**Arturo**).—Pedro Mari, Agosto, pág. 5.—Setiembre, pág. 5.

Castelar (**Emilio**).—Crónica internacional, Enero, página 126.—Febrero, pág. 104.—Marzo, pág. 135.—Abril, página 131.—Mayo, pág. 114,—Junio, pág. 121.—Julio, pág. 80. Agosto, pág. 124.—Setiembre, pág. 126.—Octubre, pág. 154. —Noviembre, pág. 143.—Diciembre, pág. 150.

Cotarelo (**Emilio**). — Cartas inéditas de Cadalso, Enero, pág. 60.

Delorme Salto (**Rafael**).—Los naturalistas cubanos, Julio, pág. 103.—Los progresos científicos de Chile, Octubre, pág. 24.

Dorado Montero (**Pedro**).—El discurso de apertura de los tribunales y la memoria del fiscal del Supremo, Octubre, pág, 127.

Echegaray (**José**). — Recuerdos, Enero, pág. 46.—Fe-

brero, pág. 91.—Marzo, pág. 83.—Abril, pág. 59.—Mayo, pág. 53.—Junio, pág. 91.—Julio, pág. 62.—Agosto, pág. 52. Setiembre, pág. 109.—Noviembre, pág. 113.—Diembre, página 91.

Garabed-Bey.—El movimiento literario en Turquía, Abril, pág. 154.

Gómez de Baquero (Eduardo).—Crónica literaria, Abril, pág. 198.—Mayo, pág. 135.—Junio, pág. 140.—Julio, pág. 121.—Agosto, pág. 174.—Setiembre, pág. 152.—Octubre, pág. 170.—Noviembre, pág. 137.—Diciembre, pág. 177.

Mélida (José Ramón).—El Museo Arqueológico en su casa vieja, Mayo, pág. 84.—El Museo Arqueológico Nacional en el palacio nuevo, Agosto, pág. 38.

Menéndez y Pelayo (Marcelino).—De los poemas históricos relativos á Chile, Enero, pág. 97.—La sátira política en tiempo de Enrique IV, Agosto, pág. 19.—Jorge Manrique, Diciembre, pág. 16.

Moret y Prendergast (Segismundo).—El Japón y las Islas Filipinas, Febrero, pág. 5.—La insurrección de Cuba ante los Estados Unidos, Junio, pág. 47.—La insurrección de Cuba ante la Metrópoli, Julio, pág. 42.—El problema municipal de Madrid, Diciembre, pág. 123.

Pardo Bazán (Emilia).—Los tres arcos de Cirilo (novela), Enero, pág. 5.—Febrero, pág. 41.—Un drama (novela), Mayo, pág. 5.—Junio, pág. 5.—Julio, pág. 5.—Viaje por España, Noviembre, pág. 78.

Pérez de Guzmán (Juan).—El Apostolado de la imprenta en España durante el primer siglo de su invención, Agosto, pág. 140.—Setiembre, pág. 91.—Lo que era en el Congreso de los Diputados la tribuna de los periodistas en en 1864, Octubre, pág. 70.

Pérez (Licenciado Pero).—La Prensa internacional, Enero, pág. 164.—Febrero, pág. 121.—Marzo, pág. 153.—Mayo, pág. 97.—Junio, pág. 102.—Julio, pág. 145.—Agosto, pág. 188.—Setiembre, pág. 168.—Octubre, pág. 184.—Noviembre, pág. 159.—Diciembre, pág. 142.

Posada (Adolfo).—M. Guyau, Octubre, pág. 53.—La Autonomía del Canadá, Noviembre, pág. 96.

Rodriguez (Gabriel).—La Reacción proteccionista en España, Marzo, pág. 34.

Salillas (Rafael).—El Capitán Clavijo, Proceso mental, Julio, pág. 25.—El Espíritu nuevo en España, Agosto, página 70.

Sánchez Pérez (Antonio).—Treinta años después, Setiembre, pág. 29.

Unamuno (**Miguel de**).—En torno al casticismo, Febrero, pág. 17.—Marzo, pág. 57.—Abril, pág. 27.—Mayo, página 29.—Junio, pág. 29.

Un soldado viejo.—Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, Octubre, pág. 107.—Noviembre, pág. 55.—Diciembre pág. 63.

Vera y López (**V.**).—La Vinicultura, Abril, pág. 115.—La Viticultura en California, Mayo, pág. 71.—Junio, pág. 73.

Wolf (**Fernando**).—La Literatura castellana y portuguesa, Enero, pág. 140.—Febrero, pág. 175.—Marzo, página 185.—Abril, pág. 171.—Mayo, pág. 146.—Junio, pág. 154.—Julio, pág. 165.—Sobre Juan de la Encina.—Sobre el drama español *La Celestina* y sus traducciones, Agosto, pág. 91.—Sobre la poesía de los romances de los españoles, Noviembre, pág. 174.—Diciembre, pág. 196.

INDICE

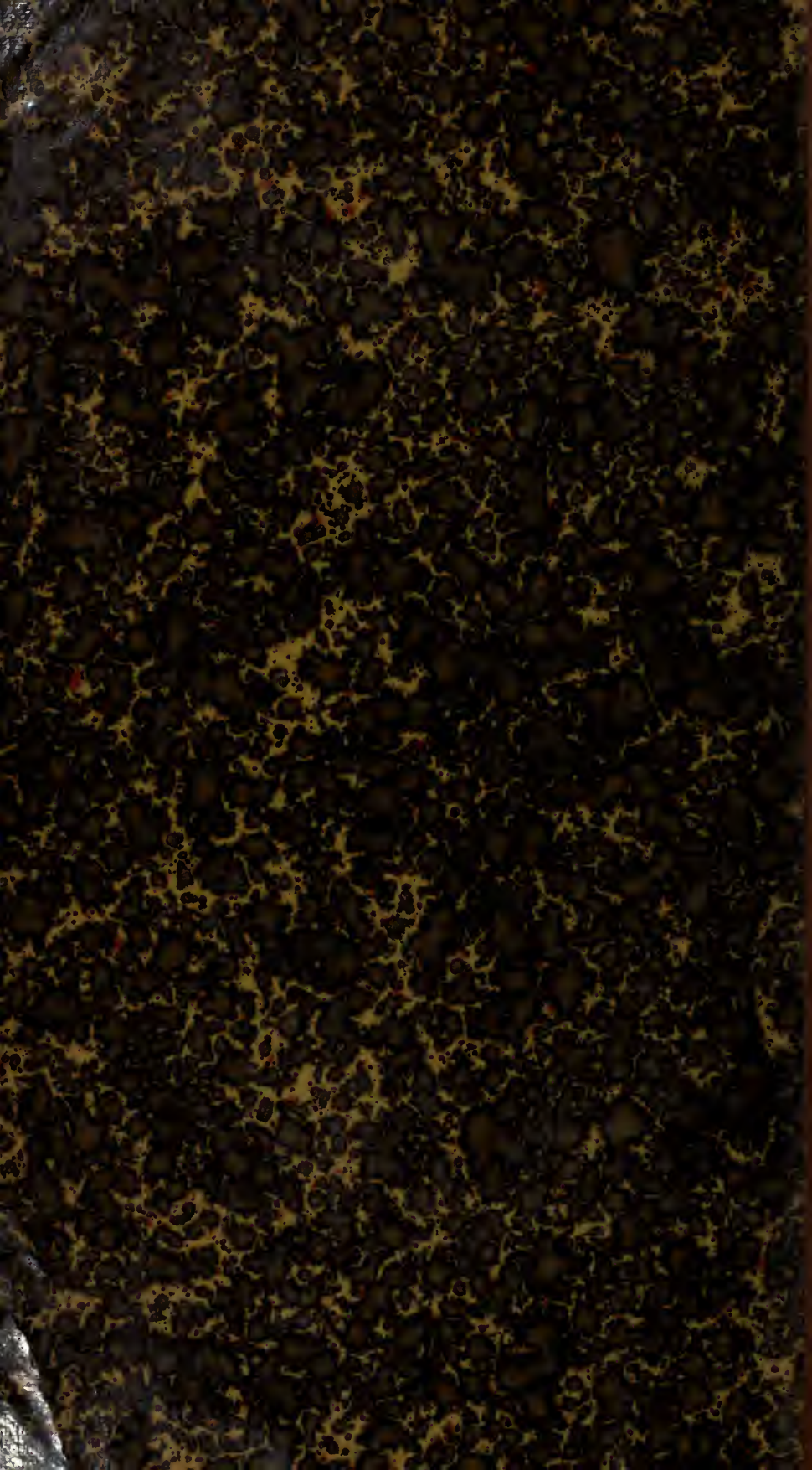
—

Págs.

El Difunto, por Narciso Campillo..... 5
Jorge Manrique, por M. Menéndez y Pelayo..... 16
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un soldado viejo..... 63
Recuerdos, por José Echegaray..... 91
Las relaciones comerciales entre la Península y las Antillas, según un libro reciente, por José Puerto y Valle..... 105
El problama Municipal de Madrid, por Segismundo Moret..... 123
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 142
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 150
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 177
Sobre la poesía de los romances de los españoles, por Fernando Wolf..... 196
Obras nuevas..... 203
Indice de autores..... 206

AP
60
E8
año 7
no.82-84

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY